CUENTOS
COMPLETOS

ROJAS

Manuel Rojas revolucionó la narrativa chilena contemporánea, marcando un quiebre no solo estilístico sino también temático. Introdujo técnicas contemporáneas de narrar, influenciado por Faulkner, Tolstoi, Joyce o Dostoievski y le dio a sus personajes una realidad existencial compleja y profunda, de manera inigualable y pionera. Supuso, de este modo, un corte al relato costumbrista o criollista.

Este libro reúne, por primera vez, todos sus cuentos: los publicados en *Hombres del sur, El delincuente* y *Travesía*, sus cuentos dispersos publicados en revistas y diarios y tres cuentos inéditos.



Manuel Rojas

Cuentos completos

ePub r1.0

Titivillus 07.04.2024

Título original: *Cuentos completos*
Manuel Rojas, 2019
Prólogo: Marcelo Mellado

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



La danza de lo silvestre

Marcelo Mellado

Lugar ocupado

Manuel Rojas sale al camino casi como un «croto» argentino —individuos desarrapados a los que se les permitía viajar en tren sin pagar, en general desposeídos y mendicantes— y se convierte en un «buscavidas», en un aventurero que hace de su experiencia de desplazamiento su clave como escritor. Su lugar en el campo literario chileno podría ser el de quien hizo de puente entre dos mundos que entraron en conflicto o que se instalaron —y definieron— como estrategias culturales diferentes y contradictorias. Estamos aludiendo a una época en que la condición social de los autores determinaba poéticas y formas de comparecencia, incluyendo las posturas ideológicas ineludibles.

En los cuentos de Rojas están los rasgos fundamentales de toda su narrativa, partiendo por la experiencia territorial, sobre todo con esa obsesión por la montaña cordillerana y la urbe del litoral portuario. También está la perspectiva de lucha anarco sindicalista, incluida su severa moral ciudadana en un mundo en proceso de transformación social. Rojas mantiene siempre una profunda vocación pedagógica, con un narrador que adquiere una función hegemónica como instalador de las tesis que explican el mundo y el orden social. Todo dentro de un esquema en que el signo biográfico es clave, como un verosímil asentado en la experiencia del sujeto que asume un oficio, el de la escritura, que se emparenta con otros en el campo del trabajo: zapateros, wachimanes, tipógrafos,

hombres de mar, contrabandistas, etcétera.

Cierta academia con obsesiones clasificatorias lo ubica en la generación superrealista, los nacidos entre 1890 y 1904. Ese grupo habría ajustado cuentas con el pintoresquismo y el nacionalismo imperante, buscando un carácter más universal dado por un contexto literario europeo y norteamericano que imponía nuevas miradas y que había que tomar en cuenta como una necesidad. Faulkner, Hemingway, Dos Pasos, por mencionar a algunos, serían una matriz en la que Rojas se debía mirar. Se supone que de esas nuevas prácticas narrativas el autor habría adquirido técnicas que caracterizarían su escritura, lo que implicaba dar cuenta de otros niveles de conciencia, es decir, surgía en sus textos una nueva subjetividad, nuevos modos del relato y sobre todo nuevos tópicos existencialistas que le imprimían otro sello a la experiencia literaria.

Lo concreto es que a Rojas lo vemos circulando entre las generaciones del 27 y del 38, en donde el criollismo, por un lado, y el realismo social, por otro, son dominantes, aunque la voluntad de vanguardia irrumpía fuerte en el campo literario. La generación del cincuenta, la que vino a continuación de Rojas (con José Donoso y Jorge Edwards a la cabeza), se encargó de tomar distancia o ajustar cuentas con lo local territorial. Optó, estratégicamente, por el universalismo moderno, tomando distancia con la literatura chilena previa, sin distinciones, por lo que Manuel Rojas quedaría relegado o sancionado como tradicional.

El narrador de Rojas, esa conciencia crítica que opera en la zona composicional del relato, tiene como corolario de su subjetividad la tesis utópica de un nuevo sujeto, constructor de un nuevo mundo. Y los personajes que están destinados a esa tarea son, precisamente, los que están al margen del orden social, los bandidos de buena cepa, los mendigos, los desarrapados, los que están liberados de las ataduras de un sistema esclavizador. Se lee la posibilidad de un nuevo sujeto salvador o, al menos, de condiciones abiertas. En sus relatos no hay ese nihilismo europeo propio de la ruina de la guerra y la posguerra. Está, más bien, la afirmación de un mundo por hacerse. Su narrador representaría esa sabiduría o la potencial irrupción de la misma en el acto de contar, sobre todo historias que enuncian una buena nueva, en concreto este nuevo habitante que surge de los sectores más desposeídos, incluso del lumpen proletario

o de aquellos anónimos del sur que luchan por sobrevivir en las montañas: mapuches, arrieros o bandidos cordilleranos.

HEGEMONÍA DE LO RURAL

Un elemento fundamental en el discurso narrativo de Rojas es la afirmación fervorosa del paisaje, más aun, la celebración de cómo el hombre lo habita y se inserta en él, sobre todo el desposeído, el lumpen proletario o el gañán del mundo rural, el trabajador ocasional del sector marítimo portuario; en general todos aquellos que están fuera del acotado orden social. Y aquí, entonces, el relato se transforma en un dispositivo de observación, objetivo y subjetivo, en donde la función del narrador es clave, volviéndose un estratega descriptor del paisaje social y natural que lo determina.

En el caso de uno de los cuentos más célebres del autor, «El vaso de leche», comprobamos que la potencia del relato está en la apuesta ética del personaje o en el manejo del orgullo, más que en el hambre que lo invade. Todo esto en el contexto de la ciudad portuaria, entorno clave en el diseño narrativo de Rojas. Es necesario, en este punto, dar cuenta de la recurrencia del espacio marítimo portuario, más que el de la imagen del mar en su sentido oceánico: se trata, sobre todo, de la primacía de un área orillera, achurada por la tierra firme y por una porción de mar, en donde una tipología especial de hombres ejercen el oficio de la sobrevivencia.

Recuerdo una emotiva lectura de «El vaso de leche» en un curso de adultos en la ciudad puerto de San Antonio. Los alumnos eran trabajadores que debían terminar la enseñanza media y algunas empleadas domésticas que querían emparejarse con sus hijas, aliadas en el proceso de sobrevivencia, y que ya entraban a la educación superior. A ellos, alumnas y alumnos, les fue muy claro determinar que el sentimiento dominante en el protagonista era el orgullo. El hambre era un motivo secundario. El vaso de leche como encarnación y mediación de una acogedora maternidad. Se notaba que la suerte del personaje no les era extraña, la memoria del hambre sigue presente en algunos grupos generacionales.

Desde el Colectivo Pueblos Abandonados al que pertenezco como escritor, constituido por narradores y poetas de provincia,

hemos descrito que este modo antropológico de construir territorio es casi una norma canónica en cierta literatura chilena de antes de los cincuenta. Y en ese registro territorial —que tratamos de convertir en modo de trabajo— está en primera línea Manuel Rojas, junto a otros escritores que llamamos «territoriales» como Francisco Coloane, Carlos Droguett y el mismísimo Pablo De Rokha, por nombrar a algunos autores en donde la travesía es clave, tanto geográfica como hacia el interior de la conciencia de los personajes. En su libro de crónicas *A pie por Chile*, Manuel Rojas da cuenta de esa necesidad constante de ruta. De Rokha la hace con su *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile*, pero en una clave sensual y reinvirtiendo poéticamente el territorio, demostrando un saber otro, gastronómico. El narrador de Rojas, por su parte, construye un paisaje a partir de un saber peatonal frente al saber navegante de un Coloane, lanchero insular de bahías chilotas y conocedor de canales australes.

El saber del territorio se describe en Rojas en el marco de una trashumancia continua, aquí no hay paseante ni *flâneur* urbano, aquí está la hegemonía de lo rural, de una flora y una fauna omnipresente, junto a los accidentes geográficos, los ríos, lagos y quiebres abruptos del paisaje, piques mineros y faenas al aire libre y, en general, junto a la danza de lo silvestre. Lo más cercano a la urbe en la narrativa de Rojas es el puerto y las actividades que lo constituyen; un área especial de lo humano en que la ciudad se sumerge, surgiendo otro modo de convivencia. Esa locación portuaria tiene una toponimia precisa en estos relatos, Valparaíso, espacio en que se verifica su propia biografía de sujeto situado. Es allí donde surge el discurso libertario y la cuestión social se hace propuesta política, la huelga como sistema de resistencia.

El tiempo de la lectura

Hubo un periodo intelectual en el siglo XX —al que algunos tributamos todavía— en que a las obras literarias se les aplicaba una misma matriz analítica. Toda obra debía dar cuenta del estado de la lucha de clases o al menos de las situaciones de poder o un mapa del mismo; modo de lectura entretenido, algo uniforme y unidimensional, pero que en ese instante se enfrentaba al sentido

común dominado por la derecha o al canon conservador, ideológicamente determinado.

Hoy pasa algo parecido con las lecturas de género o con los estudios culturales, sin negar el necesario surgimiento de herramientas analíticas surgidas del pensamiento europeo, como la perspectiva semiológica que a algunos de mi generación nos fue muy útil para combatir, en tiempos de dictadura, el conservadurismo académico que reinaba en las aulas. En esa misma filiación, imagino, irrumpió la perspectiva de género, abierta por ciertas prácticas de escritura que han enriquecido la productividad textual a pesar del emprendimiento académico implicado que supone nichos particulares de gestión cultural.

El problema surge cuando, por presiones del campo cultural y político, se pretende imponer una lectura moral, castigadora, utilizando criterios anacrónicos por parte de una policía cultural literalitosa. Ese revisionismo histórico que somete a juicio modelos autorales y de producción, tiende a contaminar lecturas, sin negar, insistimos, el valor de la creación de nuevos modelos de lectura. La perspectiva de género posibilitó, eso sí, enaltecer la obra de la Mistral y empequeñeció a Neruda, que sin lugar a duda siempre le tributó a una institucionalidad literalitosa muy determinante en el periodo de regencia de la cultura del Partido Comunista. Era el periodo en que dominaba una especie de voluntad poética o metafórica en relación a la construcción de una «nueva sociedad».

En ese contexto el trabajo narrativo de autores como Manuel Rojas se diluía irremediablemente.

Decimos esto con algo de paranoia crítica. Es un tema que hemos trabajado en distintas instancias reflexivas en el Colectivo Pueblos Abandonados. El contexto de práctica crítica lo hemos llamado «el martinrivismo endémico» de nuestra literatura —noción desarrollada por el autor magallánico Óscar Barrientos, uno de nuestros socios—: alude no solo al centralismo cultural, sino a un modelo de jerarquización, territorial y socialmente definida, que determinó que toda una generación de escritores que desarrollaron su producción fuera del ámbito del gran centro urbano decisional quedara fuera del canon o fuera sancionado como de color local.

En tiempos de Manuel Rojas, del escritor maduro, la cuestión social estaba en su apogeo. La estrategia cultural del Partido

Comunista supuso incluso un diseño y una voluntad épica que determinó a la cultura de izquierda chilena y latinoamericana. Este modo coincidió y convivió con varias formas del realismo y también de un modernismo literario, a pesar del surgimiento tibio de la voluntad de vanguardia en algunas élites universitarias.

Para Rojas y otros escritores no debe haber sido fácil trabajar en tiempos de la primacía de lo nerudiano y su exacerbada poeticidad en el mundo literario vernáculo. El Partido Comunista logró instalarse como registro dominante de la cultura —gran logro, por lo demás—, lo que incluyó un diseño centrado en la recuperación de lo popular y de las culturas originarias como parte de su catecismo revolucionario y de reivindicación simbólica. Tampoco la estrategia del *boom* alcanza a Rojas, quien permanece en una especie de lugar autónomo que, si bien no lo aísla, lo pone en un acotado límite que hoy consagramos. Su matriz política no urbana contrasta con los modos pequeño burgueses que se imponían en el diseño cultural de época.

Además, con la omnipresencia de la poesía épico emancipadora y todo lo asociado a ella en el imaginario nacional e internacional, me imagino que debió haber sido un periodo muy difícil para el ejercicio narrativo.

Cuando consultamos en internet sobre Manuel Rojas leemos: «Fue un escritor autodidacta que revolucionó la forma narrativa…». Lo del autodidactismo es un dato maldito, sobre todo hoy cuando casi todos los aspirantes a escritores son doctores en literatura y tienen el espacio académico como eje de su trabajo, de su visibilidad y legitimidad. En la época de Rojas los escritores se permitían ser aventureros, no eran «escritores de escritorio» rodeados de anaqueles librescos. Eran escritores todoterreno o a campo traviesa, como diríamos los militantes de Pueblos Abandonados. Lo del autodidactismo es un dato humillatorio y secundarizador (o romántico), ya que responde a la barbarie academicoide aspiracional, totalizante, que desconoce otros paradigmas experienciales. De más está constatar que la ideología académica es hegemónica hoy en nuestro campo cultural y literario, y contamina con su banalidad y soberbia el trabajo intelectual. Por eso la relectura de Rojas se nos aparece como un acto tan saludable. Él tuvo su experiencia con el mundo universitario pero en un

contexto absolutamente otro. Por otra parte, hay que reconocer que uno aprovecha cuando lee a los «maestros fundadores» para ajustar cuentas con el campo literalitoso actual. Es parte del juego quejumbroso.

En la lectura de estos cuentos no puedo dejar de percibir ese quiebre con la concepción de la literatura como un acto de urbanidad. Y ciertamente aparece el «resentimiento» provinciano que se productiviza en la relectura. De ahí que el «martinrivismo» que comentábamos antes, que alude a los colegas que se desplazan a la capital como parte de su «desarrollo» profesional o de legitimación de la pega literaria, da cuenta de una conducta oportunista del sujeto ubicado, de aquel que hace lo que hay que hacer, y escribe lo que hay que escribir. A mucha distancia de la moral a la que postulaba Rojas y de la que me siento tributario.

Pido disculpas por citar un grupo de interés cultural que ha instalado un asunto poco trabajado, el de la toma de distancia frente al campo cultural literario santiaguino, más aun, con la identificación de la producción libresca entendida como algo que se hace en un par de comunas de Santiago. Esta focalización geográfica tiene, obviamente, un sentido de clase. Algunos de nuestros socios de provincia plantean que ciertos giros de la narrativa chilena metropolitana, sobre todo su universalismo desarrollado por la generación del cincuenta, posibilitó prácticas descalificatorias contra el trabajo narrativo producido en la provincia, silenciado y omitido.

Nuestro objetivo en el Colectivo Pueblos Abandonados siempre fue construir un diálogo con aquellos textos que llamamos «de impronta territorial», y uno de esos autores es precisamente Manuel Rojas. Intentamos diseñar una lectura que dé cuenta de la construcción de un eje no urbanizado del espacio cultural y de una nueva provincia letrada.

Es clave, entonces, ubicar a Rojas como un cómplice, como un escritor territorial. Ponerlo en un lugar preciso, fuera de la capital, circulando por el territorio —porque para nosotros la literatura chilena surgió en la provincia, en la señalada y fértil provincia—, como una práctica de autoafirmación territorial y de diseño de paisaje, con una función profundamente republicana. Siempre sentí a Rojas como un escritor republicano que promovía elementos

simbólicos de un orden cívico.

La función de contar historias

La narrativa es, comunicacionalmente, nos enseñaron en el liceo (y yo también creo que lo enseñé), el predominio de la función referencial del lenguaje, centrada en el factor contexto (o mundo). Me acordé de eso porque el narrador de Manuel Rojas le da a esta función un carácter hegemónico a la hora de construir y promover su mensaje literario, que se centra en dar cuenta del proceso de hacerse a la vida de un sujeto que sale de viaje o se desplaza, en relación con otros (viajeros) que comparten su proceso y su historia.

El pueblo cuenta historias. Los personajes populares son contadores de experiencias vitales que determinan el relato. El narrador de estos cuentos se encarga de que los personajes asuman la función de contadores de historias, casi todos justifican su desplazamiento territorial a través de un relato que opera como un argumento de su ocupación de lugar. Claro ejemplo es «El bonete maulino» y «El hombre de los ojos azules».

En el primero, un objeto posibilita y determina el relato. Un signo de pertenencia social y territorial, un bonete (un sombrero característico de la zona del Maule). Una prenda que adquiere valor simbólico en cuanto posee un relato que la amplifica. En el caso de «El hombre de los ojos azules» aparece la cordillera como rasgo que define y determina la formación de los personajes. Cruzar la cordillera casi como una *conditio sine qua non* del hacerse «hombre».

Entre la producción de imágenes marítimas y cordilleranas de los cuentos de Rojas se establece esta constante del viaje o del desplazamiento. Y el cruce cordillerano es un eje estructural o isotopía que va definiendo a los personajes y posibilita y/o dinamiza la acción. En el cuento «El cachorro», el viaje-caminata por la montaña nevada es una especie de método de sobrevivencia, pero, además, confluyen ahí un haz de motivos propios de la formación del guerrero clásico, como la venganza, la solidaridad, la dignidad y la voluntad del autodiseño como subjetividad particular.

El elemento épico que supone que para hacerse hombre el joven adolescente debía experimentar una experiencia valiosa, y para eso

hacía un viaje material, saliendo literalmente al camino a ejercer la aventura, está en el mundo de Rojas (muy parecido al *self made man* que vimos en el cine de aventuras). Experiencia muy distinta a la del sujeto de las clases acomodadas cuyo lugar en el mundo ya estaba asegurado. Este proceso casi siempre se verifica en un viaje épico, que no es otra cosa que un desplazamiento del protagonista como parte del aprendizaje «de hacerse sujeto emancipado». Este desplazamiento es como una telemaquia (la matriz clásica de Telémaco en busca de su padre) algo degradada por las condiciones socioeconómicas. Recordemos que la literatura clásica es irremediablemente patriarcal.

Quizás esta fue una de las mayores diferencias con la generación del cincuenta. Ellos eran escritores que asumían lo urbano y lo citadino con mucha más soltura y distancia, tal vez porque despreciaban a su parentela del campo. A este respecto hay que recordar que José Donoso escribió novelas de campo, o con degradadas referencias al mismo, a partir de una especie de ajuste de cuentas con su origen de clase. Rojas tuvo que salir a la calle temprano, al camino, en un periodo en que la masculinidad era algo mucho más nítido. Podríamos decir incluso que la cultura patriarcal imponía al mundo de los pobres y al de las capas sociales no privilegiadas hacerse a sí mismos.

Lo social y lo biográfico, por lo tanto, eran una imposición a la letra, tópicos clave de la construcción del sujeto. La narrativa, y sobre todo la novela, eran estrategias pedagógicas para la construcción de un sujeto que enfrentaba un mundo hostil. En el fondo estamos hablando de otro modo de producción de escritura y, por lo tanto, de otra organización del campo literario.

El nivel biográfico de la escritura de Manuel Rojas dialoga con la novela de aprendizaje, o de formación del guerrero, metafóricamente hablando, pero también con la cultura anarquista que era uno de los modos románticos de resistencia al capitalismo burdo y brutal de entonces. El anarquismo como un modo de alfabetización cultural y política. Alfabetizar era un modo de hacer la revolución. El tributo al espíritu anarquista es una de las señales más potentes del discurso narrativo de Rojas, lo que se demuestra no solo en la reivindicación del lumpen proletario, como grupo social con potencial rebelde y emancipador, sino en la promoción

de un sentimiento profundamente humano. Y por cierto, su cercanía con el anarco sindicalismo, que es la fascinación por los oficios del hombre sobreviviente. Y, por otro lado, una subjetividad que apunta al diseño de un sujeto confundido con la naturaleza, no como un dominador, quizás determinado por ese anarquismo con tintes de socialismo utópico y su panteísmo radical, tributando a un Whitman o a un Thoreau.

LA PRIMACÍA DE LOS PÁJAROS

Es clave en los cuentos el personaje redentor que aparece como representación de la posibilidad de un nuevo sujeto, levemente liberador de la humanidad, aunque en los relatos se articula de otro modo que en sus novelas. En la tetralogía que componen sus novelas *Hijo de ladrón, Mejor que el vino, Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*, este personaje es Aniceto Hevia, muy fundamental en su obra narrativa y quien vehiculiza la acción. En muchos de los cuentos la fórmula de la historia al interior de la historia es una estrategia del narrador al servicio de la promoción de una tesis. En «El bonete maulino», en «El Colocolo», en «La compañera de viaje» ese modo de contar o presentar el relato es la clave como recurso enseñante en que se grafica una tesis. Y ese redentor puede ser un bandido o cualquier habitante, en una horizontalidad que es característica de la narrativa de Rojas.

En la lectura del cuento «La suerte de Cucho Vial», así como en «La compañera de viaje», y también en «Canto y baile», surgen personajes femeninos que dan cuenta de un nuevo dispositivo o escenario liberador de cierto espíritu humano que el narrador de Rojas promueve como parte de su esquema propositivo. Y que contrasta con la mujer del «Un ladrón y su mujer», cuya fidelidad tiene que ver con esos signos de la ternura de personajes que rompen con la lógica conductual de modo paradojal. Es el caso del personaje femenino en «La suerte de Cucho Vial», en donde una mujer que es motivo de una apuesta en un juego de cartas tiene una reacción paradojal al respecto. La mujer toma la decisión de asumir la apuesta como algo conveniente porque le permite irse a la montaña. La montaña aparece, una vez más, como un lugar salvífico.

El bello paradigma del reflejo u homología del mundo animal como delirio analítico antropológico queda manifiesto en el cuento «Pancho Rojas». Creo compartir esa experiencia territorial con Manuel Rojas, porque el cuento tiene que ver con ese pájaro con el que yo conviví muy de cerca en mi trabajo de campo, el queltehue, que en Chiloé llamábamos treile. Se trata de un pájaro, en el cuento, que había sido domesticado por la familia, cuya muerte es todo un acontecimiento. Tengo muy buenos recuerdos de los queltehues o treiles, que ponían sus huevos en plena pampa y los cuidaban con un inmenso celo y compromiso. Cómo olvidar sus sobrevuelos muy cercano a la cabeza cuando se transitaba por los potreros en donde habían decidido tener sus crías. Quise domesticar alguno, pero un ambientalista me convenció de que no me metiera con la vida silvestre de ese modo. También conviví con el choroy del cuento «El niño y el choroy» —inédito hasta la presente edición—, ese lorito chileno que siempre anda en bandada y que es súper destructivo: pica las manzanas y una pura bandada puede joderte varios árboles. Estuve muchas veces tentado a hacerlos cazuela, como aparecen hechos en los relatos de Rojas, pero siempre te persuadían de lo contrario. Hay dos cuentos más que dan cuenta de esta especie de primacía de los pájaros, «Mares libres», en donde se hace una especie de revisión del campo lexical de las gaviotas y «Una carabina y una cotorra» en donde la naturaleza humana pasa o está mediatizada por el filtro de la conducta animal.

Teología del habitante

La relación enseñante o pedagógica que el narrador suele establecer no solo con el lector, sino también con el sistema del libro y la cultura en general y se asienta muchas veces en la paradoja conductual de los personajes. Esa paradoja es una clave casi argumental que actúa por el efecto sorpresa, incluso por el simple ejercicio de la contradicción. La tesis moral de muchos cuentos está mediatizada por ese efecto de paradoja conductual. Esto es notorio en «La compañera de viaje» en donde el personaje masculino renuncia, por así decirlo, al modo tradicional o «esperable» de seducción, exhibiendo una actitud de autocontrol y protocolo. La imagen de la mujer, episódicas en las narrativas de un

periodo en que la mujer no tenía el lugar crítico que hoy tiene en el discurso, aparece como muy moderna y en este caso, determinada por una gran urbanidad y hasta por cierto *glamour*.

Paradojalmente, Walter Benjamin percibe que en Europa la guerra destruye la experiencia que él identifica con la sabiduría, «el aspecto épico de la verdad se está extinguiendo», plantea. Sin la intención de homologar, solo quiero plantear que el narrador de Manuel Rojas apela, precisamente, a esa riqueza arcaica, pero con vocación de utopía futura, del contar historias como experiencia relevante que da cuenta de la sabiduría de un sujeto que no habla desde sí mismo, sino desde una comunidad. Es como una teología del habitante, ese que viene antes del ciudadano. Los relatos de Manuel Rojas recobran una suerte de utopía ancestral: la de la literatura como soporte de liberación.

Hombres del sur

Laguna

De aquella época de mi vida ningún recuerdo se destaca tan nítidamente en mi memoria y con tantos relieves como el de aquel hombre que encontré en mis correrías por el mundo, mientras hacía mi aprendizaje de hombre.

Hace ya muchos años. Al terminar febrero había vuelto del campo, donde trabajaba en la cosecha de la uva. Vivía en Mendoza; como mis recursos dependían de mi trabajo y este me faltaba, me dediqué a buscarlo. Con un chileno que volvía conmigo recorrimos las obras en construcción, ofreciéndonos como peones. Pero nos rechazaban en todas partes. Por fin alguien nos dio la noticia de que un inglés andaba contratando gente para llevarla a Las Cuevas, en donde estaban levantando unos túneles. Fuimos. Mi compañero fue aceptado enseguida. Yo, en ese entonces, era un muchacho de diecisiete años, alto, esmirriado, y con aspecto de débil, lo cual no agradó mucho al inglés. Me miró de arriba abajo y me preguntó:

—¿Usted es bueno para trabajar?

—Sí —le respondí—. Soy chileno.

—¿Chileno? Aceptado.

El chileno tiene, especialmente entre la gente de trabajo, fama de trabajador sufrido y esforzado y yo usaba esta nacionalidad en esos casos. Además, mi continuo trato con ellos y mi descendencia de ese pueblo me daban el tono de voz y las maneras de tal. Así fue como una mañana, embarcados en un vagón de tren de carga, hacinados como animales, partimos de Mendoza en dirección a la cordillera. Éramos, entre todos, como unos treinta hombres, si es que yo podía considerarme tal, lo cual no dejaba de ser una pretensión.

Había varios andaluces, muy parlanchines; unos cuantos austriacos, muy silenciosos; dos venecianos, con hermosos ojos azules y barbas rubias; unos pocos argentinos y varios chilenos.

Entre estos últimos estaba Laguna. Era un hombre delgado, con las piernas brevemente arqueadas, el cuerpo un poco inclinado,

bigote lacio de color que pretendía ser rubio, pero que se conformaba modestamente con ser castaño. Su cara recordaba inmediatamente a un roedor: el ratón.

Le ofrecí cigarrillos y esto me predispuso a su favor. Me preguntó mi edad y al decírsela movió la cabeza y suspiró:

—¿Diecisiete años? Un montoncito así de vida.

Y señalaba con el pulgar y el índice una porción pequeña e imaginable de lo que él llamaba vida.

Usaba alpargatas y sus gruesas medias blancas subían hacia arriba aprisionando la parte baja del pantalón. Una gorra y un traje claro, muy delgado, completaban su vestimenta que, como se ve, no podía ser confundida con la de ningún elegante. A la hora del almuerzo compartí con él mi pequeña provisión y esto acabó de atraerlo hacia mí. Más decidor ya, por efecto de la comida, me contó algo de su vida; una vida extraña y maravillosa, llena de vicisitudes y de pequeñas desgracias que se sucedían sin interrupción. Hablando con él, observé esta rara manía o costumbre: Laguna no tenía nunca quietas sus piernas. Las movía constantemente. Ya jugaba con los pies cambiando de sitio o posición una maderita o un trocito de papel que hubiera en el suelo; ya las movía como marcando el paso con los talones; ya las juntaba, las separaba, las cruzaba o las descruzaba con una continuidad que mareaba. Yo supuse que esto provendría de sus costumbres de vagabundo, suposición un tanto antojadiza, pero yo necesitaba clasificar este rasgo de mi nuevo amigo. Su cara era tan movible como sus piernas. Sus arrugas cambiaban de sitio vertiginosamente. A veces no podía yo localizar fijamente a una. Y sus pequeños ojos controlaban todo este movimiento con rápidos parpadeos que me desconcertaban.

—¿De dónde es usted, Laguna?

(¿Por qué se llamaría Laguna? ¿Sería un mote o un nombre? Nunca lo supe).

Contestome:

—Soy chileno, de Santiago. Pura araucanía.

Parecía tener el orgullo de su raza y seguramente decía aquella última frase para significar que era chileno con sangre araucana.

En el tren intimamos mucho. Los demás no me llamaban la atención. Laguna era una fuente inagotable de anécdotas y frases

graciosas. Mi juventud se sentía atraída por este hombre de treinta y cinco años, charlador inagotable, cuya vida era para mi adolescencia como una canción fuerte y heroica que me deslumbraba. Su tema favorito era su mala suerte:

—Yo soy roto muy fatal, hermano. Usted se morirá de viejito, le saldrá patilla hasta para hacerse una trenza y nunca encontrará un hombre tan desgraciado como yo.

El dolor de su vida, en lugar de entristecerme, me alegraba. Contaba sus desgracias con tal profusión de muecas e interjecciones, que yo me reía a gritos. Se paraba un instante, se ponía serio y me decía:

—No se ría de la desgracia ajena; eso es malo.

Y seguía contando. En las partes que él consideraba trágicas o patéticas, sus ojos se cerraban, y sus orejas, largas y transparentes, parecían trasladarse hacia la nuca.

—Y entonces, cuando gritaron: «¡cuidado, que vamos a largar!», yo me hice a un lado, el poste cayó, una piedra saltó y me rompió la cabeza.

Sus arrugas tornaban a su posición normal, sus ojos se abrían, las orejas volvían al sitio predilecto y me miraba para ver qué impresión hacía en mí su relato.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué Laguna!

Y toda la peonada hacía coro a mis risas.

Al anochecer del mismo día llegamos a Las Cuevas. Yo conocía la cordillera por haberla atravesado dos veces en mi niñez, pero de ella no guardaba más recuerdos que el de una mulita muy suave, un arriero que me cuidaba, un coche que rodaba entre dos murallas de nieve, y de mi madre, este último más patente que los otros. Por lo tanto, el espectáculo era nuevo para mí. Una sensación inmensa de pequeñez sobrecogió mi espíritu cuando al descender del tren mi vista recorrió ese inmenso anfiteatro de montañas. El cielo me parecía más lejano que nunca. Ni un árbol. Aridez absoluta en todo lo que veía. Rocas que se erguían, crestas rojas o azules, manchones de nieve, soledad, silencio. El tren se perdía como un gusano, entre las moles, ridículo de pequeño. Y los hombres parecíamos más pegados al suelo que en ninguna parte.

Como no nos esperaban con alojamiento preparado en el hotel,

tuvimos que proceder inmediatamente al levantamiento de las carpas que nos servirían de habitación. A cinco chilenos, entre los cuales estaba Laguna, nos dieron una. La paramos en medio de maldiciones y juramentos. Corría un viento fuerte que azotaba la tela y la hacía hincharse como una vela. Cuando ya la teníamos casi armada, el viento la tumbaba. Laguna cogía su gorra, la tiraba al suelo, zapateaba un poco sobre ella, luego se tomaba la cabeza con ambas manos y levantando al cielo su cara, exclamaba:

—¡Por Diosito, Señor!

Esta parecía ser su exclamación favorita.

Por fin la carpa quedó en estado de habitarla y nos repartimos el pedazo de terreno sembrado de piedras del tamaño de un puño que utilizaríamos a modo de blanda cama. Extendimos ropas en el suelo. Laguna nos miraba hacer: alguien preguntó:

—¿En qué irá a dormir Laguna?

Este lo miró y bajó la cabeza avergonzado. Nada que denunciara la presencia de una prenda de vestir o de cama había en su equipaje; solo llevaba un pequeño poncho.

Cuando nos acostamos, Laguna estuvo un momento parado, con expresión de hombre indeciso; conversaba y fumaba. Luego se decidió y sin hacer ningún preparativo se tendió en el desnudo suelo, al lado mío. Yo quise ofrecerle mi cama, pero el temor de avergonzarlo me hizo desistir. Se apagó la luz. Con los ojos abiertos en la sombra, tendido de espaldas en mi lecho, conversé un momento con él. A la luz de su cigarro veía a intervalos su nariz aguileña y su bigote lacio. Después, insensiblemente me quedé dormido. Desperté al cabo de unas horas y mientras orientaba mi pensamiento, escuché los ruidos de la noche. Afuera el viento, muy frío, parecía aullar como un animal aguijoneado. El rumor del río aumentaba con su rodar de piedras aquel grito prolongado del viento. La carpa crujía violentamente. En medio de toda aquella sinfonía percibí un sonido humano. Pensé que alguien rondaba, tal vez perdido, alrededor de la carpa, e incorporándome en la cama escuché con atención. Pero no era afuera. Era al lado mío. Laguna, dormido, seguramente helado de frío, castañeteaba los dientes y se quejaba.

—Laguna…

No me contestó.

—Laguna.

Silencio.

—Laguna.

—¡Ah!

—¿Qué le pasa?

—Tengo frío, hermanito.

—Acuéstese aquí.

—No, gracias.

—Venga, hombre.

Se levantó y empezó a desnudarse. De repente oí un sollozo y Laguna lo comentó diciendo:

—Yo soy roto muy fatal.

Después, como un perro, buscó la cama y se acurrucó entre las ropas, tiritando.

—Hermanito…

—¿Qué quiere?

—Muchas gracias.

No contesté. Laguna suspiró, se movió un poco, se encogió, seguramente hizo una de sus muecas acostumbradas y por fin se durmió. Yo escuché un momento su respiración, cortada a trechos por suspiros, y luego me dormí.

Al otro día empezó el trabajo. Se trataba de hacer túneles para resguardar la línea de las nevazones y los rodados. El trabajo era fuerte, pero como el frío también lo era, ambos se neutralizaban con gran alegría nuestra y satisfacción del inglés.

A los diez días de estar allí nuestros rostros habían cambiado completamente. El frío quemaba la piel, la rajaba; la cara se despellejaba, las pestañas caían quemadas también y a todo este trabajo de destrucción y transformación contribuía el hecho de que nadie se lavara la cara sino los domingos. El agua era tan helada que nadie se animaba a hacerlo. Solamente los días de descanso se calentaba agua y se procedía a una limpieza, minuciosa por parte de unos, somera por la de otros. Además, nuestras ropas viejas y sucias, los ponchos oscuros y las barbas crecidas, aumentaban el cambio, haciéndonos aparecer, a los ojos de cualquier viajero erudito, como descendientes directos de una familia de trogloditas.

A los quince días de estar ahí le sucedió la primera desgracia a

Laguna, si es que desgracia puede llamarse lo que voy a narrar. Él ya lo extrañaba; me decía:

—¿No le parece raro que no me haya pasado nada?

Y arrugaba la nariz.

Fue un día jueves. El día anterior había nevado y el frío era intenso. Trabajábamos en una zorra y Laguna era el «bandera». Su trabajo consistía en ir delante de nosotros, a distancia de una cuadra, llevando una bandera roja con la cual nos anunciaba la proximidad del tren.

Veníamos con una carga de madera. Cuando llegamos al sitio en que debíamos descargar, vimos que Laguna estaba sentado detrás de un peñasco, bien arrebujado en su poncho. Silbaba monótonamente:

—Fi… fi… fiii…

Le dijimos algunas bromas y empezamos a descargar. En los ratos que descansábamos, Laguna nos advertía su presencia con el fi fi de su silbido. Corría un vientecillo que cortaba las carnes. De repente Laguna dejó de silbar. No paramos en ello la atención y cuando terminamos, uno gritó:

—¡Ya, Laguna, vamos!

Pero Laguna no contestó.

—¿Se habrá quedado dormido? Vamos a darle una broma.

Uno de los compañeros fue sigilosamente hacia él. Cuando estuvo delante, levantó el poncho como para pegarle. De pronto se inclinó, miró fijamente a Laguna y alzando los brazos gritó:

—¡Muchachos, vengan!

Corrimos. Cuando llegamos, Laguna, con la cabeza inclinada sobre un hombro, sonreía dulcemente como si soñara. Se estaba helando. Lo levantamos violentamente y mientras uno lo sujetaba, descargamos sobre él una verdadera lluvia de ponchazos, pellizcones, bofetadas y creo que hasta puntapiés. Al cabo de un rato abrió los ojos y nos miró atontado. Le refregamos la cara con nieve y le seguimos pegando. De pronto gritó:

—¡Ya está bueno! ¡Ya está bueno!

Y salió corriendo. Como un caballo que ha estado largo tiempo atado, Laguna daba saltos, tiraba puntapiés, se revolcaba en el suelo, lanzaba fuertes puñetazos, hacía mil contorsiones y, por último, variando el ejercicio, cantó, mientras se acompañaba de un

furioso zapateo:

Suspirando te llamé
y a mi llamado no vienes;
como me ves sin trabajo
te haces sorda y no me entiendes.

Mientras tanto, el trabajo adelantaba rápidamente. Ya en algunos sitios la vía estaba cubierta por los túneles. Se hacían hoyos en el suelo, se metían en ellos enormes postes, estos se juntaban por medio de una trabazón de madera y luego todo se revestía de planchas de zinc. Como el terreno era pedregoso, muchas veces en los hoyos se encontraban gruesos peñascos que era necesario partir con dinamita. Todos los días, a la hora de almuerzo o de comida, fuertes detonaciones rajaban el silencio de la cordillera. Los estampidos resonaban contra los cerros más cercanos y estos devolvían un eco que chocaba en otros, sucesivamente, hasta convertirlos en un trueno prolongado y profundo.

A consecuencia del accidente anterior, la movilidad de Laguna se acrecentó extraordinariamente. El miedo de helarse nuevamente lo hacía andar en perpetuo entrenamiento físico. Saltaba, corría, bailaba y zapateaba.

¡Pobre Laguna! Verdaderamente, era fatal. Un día cayó un poste; todos corrieron. Laguna más que nadie; pero, al ir corriendo y mirar hacia atrás, tropezó en un durmiente de la vía y el filo de otro casi le quebró una pierna. Otro día lo llevaron preso sin causa alguna y lo tuvieron todo el día haciendo un camino en la nieve, entre el cuartel y la estación, en medio de un fuerte frío. Parece que esto era un recurso de que se valían los guardias cada vez que la nieve tapaba el camino.

Después los acontecimientos se precipitaron y la fatalidad se apretujó más sobre su cabeza de roedor.

Andábamos trabajando en la zorra y volvíamos de Las Cuevas con una carga de ochenta planchas de zinc que pesaban once kilos cada una. Como de la estación al campamento la vía tenía un profundo declive, largamos los frenos y la zorra se precipitó velozmente hacia abajo. Con el impulso que traía, ayudado por la pesada carga y por la pendiente de la línea, el vehículo se cargó.

Agarró tal velocidad, que un poco más allá del puente del río los postes y las rocas pasaban ante nuestra vista con tal continuidad que parecía que entre ellos no había ninguna distancia. Cuando quisimos frenar la zorra no obedeció y de esa manera pasamos por el campamento en una carrera trágica. Yo iba en el freno delantero y Laguna en el de atrás. Ya la peonada corría detrás nuestro, gritando:

—¡Tírense! ¡Tírense!

Uno gritó:

—¡Hay que tirarse!

Se envolvió la cabeza con el poncho y saltó. Dio una vuelta en el aire y luego pareció hundirse en el suelo. Otro de los peones cayó de lado y quedó inmóvil. El tercero quedó parado después de describir un círculo que habría causado admiración a cualquier geómetra. Yo tiré mi poncho y luego me arrojé de espaldas al vacío. Caí de bruces. Cuando levanté la cabeza la zorra iba a una cuadra de distancia. Laguna iba parado en el freno; su poncho oscuro se agitaba a impulsos del viento como una bandera de muerte. La boca de un túnel pareció tragarse al hombre y al vehículo, que después de un instante reaparecieron por el otro lado. Todos corríamos detrás. De repente, el freno resbaló, Laguna vaciló y por un segundo sus manos arañaron el vacío. Luego cayó de boca. A los treinta metros, en una violenta curva de la vía, la zorra saltó y las planchas de zinc se clavaron en los postes. Cuando llegamos, Laguna yacía a un costado de la línea. Había caído sobre la cremallera y del golpe se le saltaron casi todos los dientes. Después rebotó y cayó en una cuneta, en cuyo filo se hizo dos heridas en la cabeza. Tenía la cara llena de sangre y respiraba quejumbrosamente. Al otro día se lo llevaron al hospital.

A los pocos días, antes de terminarse los trabajos del túnel, bajé a Mendoza. Había sido hablado para invernar, como peón, en una estación situada entre Las Cuevas y Puente del Inca, y necesitaba comprar ropas de invierno. Cuando quise regresar, la Compañía me negó el pasaje por no presentar una autorización del jefe o del capataz. Como mi ropa había quedado allá, resolví volver a pie. Me uní a dos anarquistas chilenos que regresaban a su tierra y emprendimos el viaje saliendo de Mendoza una noche de abril.

Después de tres días de viaje llegamos al campamento y allí me encontré con Laguna, que ya había vuelto del hospital. Estaba visiblemente cambiado. La cara se le había hecho más pequeña, tenía la boca hundida a causa de la falta de dientes, y toda su persona parecía estar inclinada bajo un peso invisible. Me llamó a su lado y me dijo casi llorando:

—Hermano, vámonos a Chile. Siento que si me quedo aquí me voy a morir.

Lo pensé y me decidí. Le dije que sí. Se alegró tanto que me dio un abrazo. Esperamos la noche para salir. De día era peligroso pasar porque había nevado y el camino del cuartel a la estación estaba tapado. Los peones nos dieron carne, queso, charqui y café. A unos arrieros que venían de Chile les preguntamos si el tiempo era bueno en la cordillera y nos contestaron que el viento que corría no era fuerte y que la nieve caída era muy poca.

A las nueve, después de efusivas despedidas, partimos los cuatro: Laguna, los dos anarquistas y yo.

Había nevado bastante y el camino estaba tapado. Nos orientamos por las luces de la estación. Atravesamos un pequeño puente y empezamos a buscar el camino ancho. A las dos cuadras nos perdimos. Por fin, después de varias vueltas, encontramos la buena ruta y empezamos a subir. A los mil metros de altura empezó a nevar fuertemente. La noche era oscurísima. Caminábamos un trecho y descansábamos. El peso de nuestra ropa, que llevábamos a la espalda, nos fatigaba un poco. No hablábamos. Laguna iba adelante con la cabeza gacha y silbando despacito. De vez en cuando, con un dulce dejo de pena, cantaba:

Dos corazones tengo
para quererte;
uno tengo de vida
y otro de muerte.

De repente se detuvo y nos dijo:

—Oigan.

Escuchamos. Un ruido profundo y sostenido llegó hasta nosotros. De pronto el ruido se trocó en un clamor casi humano. Parecía que una garganta enorme, de voz ronca, gritaba en la cumbre.

Laguna dijo:

—Es el viento.

Él era. Llegaba loco, furioso, estruendosamente. Después de un momento el clamor subió a rugido y este se multiplicó en todos los tonos. Golpeaba en las rocas, saltaba de quebrada en quebrada, se azotaba contra un cerro y rebotaba en otro. Parecía que un ejército de leones bajaba rugiendo hacia el llano. Era horrible y hermoso.

Como íbamos a favor de un cerro no lo sentíamos en nuestros cuerpos, pero al dar vuelta el camino, el viento nos detuvo como una mano poderosa. Daban ganas de gritar y de llorar. La sangre zumbaba bajo la impresión de este emocionante e invisible espectáculo. El viento subía rabiosamente desde el lado chileno, llegaba a la cumbre y se derrumbaba poderosamente hacia el llano argentino.

Nos detuvimos a conferenciar. Hablábamos en voz baja, como temiendo que el viento nos oyera. Volver era peligroso. Nos exponíamos a que el viento nos cogiera de espaldas y nos lanzara cerro abajo, como a las mulas cargadas. Decidimos seguir. Y nos lanzamos al camino. A los pocos pasos nos detuvimos, ahogados. La fuerza del viento era tal, que nos impedía arrojar el aire absorbido en la respiración. Laguna gritó:

—¡Tápense la boca con un pañuelo!

Seguimos su consejo y pudimos respirar. Caminábamos de lado para ofrecer menos blanco al viento. A los tres mil ochocientos metros nos detuvimos indecisos. Un rodado había tapado el camino y en lugar de la línea recta de este solo se veía una blanca raya oblicua que bajaba vertiginosamente hacia la quebrada. La nieve, endurecida, era resbaladiza como jabón.

—Hasta aquí llegamos.

¿Cómo pasar? No traíamos ni un miserable palo con que ayudarnos. Uno de los anarquistas, llamado Luis, dijo:

—Es preciso pasar.

Sacó un largo cuchillo y se lanzó sobre aquella raya, en cuyo fin la muerte abría su boca enorme en la quebrada.

Inclinados bajo el viento, lo miramos pasar. Clavaba el cuchillo, agarrado a este daba un paso, se tendía en la nieve, sacaba el cuchillo, lo clavaba, daba otro paso y poco a poco se alejaba de nosotros. De repente se resbaló y rodó un metro. Lanzamos un grito. El hombre quedó un momento inmóvil y luego empezó a subir,

arrastrándose, hasta que logró asirse del cuchillo que había quedado clavado. Demoró veinte minutos en atravesar los ochenta metros del rodado.

Después pasé yo. Nunca, como en aquel momento, me he sentido más cerca de la muerte. Apretados los dientes, hincando con todas mis fuerzas los zapatos en la nieve, buscando en la sombra los hoyos abiertos por el cuchillo del anarquista, atravesé aquel camino angustioso. Caer era rodar mil o dos mil metros hasta quedar convertido en una cosa sin nombre. Cuando llegué al camino, permanecí un momento desorientado y luego me lancé a correr hacia la casilla del Cristo Redentor. Allí estaba Luis. Con fósforos hicimos arder papeles y nos calentamos las entumecidas manos.

—¿Y los otros?

—Ya vienen.

Esperamos un largo rato y no aparecieron.

—¿Se habrán perdido? Vamos a buscarlos.

Salimos y gritamos.

—Si han seguido hacia adelante es inútil gritar. El viento nos devuelve los gritos.

Recorrimos los alrededores y de pronto oímos una voz que llamaba a lo lejos. Buscamos al que gritaba y encontramos al otro anarquista, abrazado a un poste de los que marcan los límites de Chile y Argentina. Lo levantamos y lo sacudimos un poco hasta que se repuso.

—¿Y Laguna?

—No sé; cuando yo llegué a este lado del rodado, él empezaba a atravesarlo.

—Habrá seguido.

—No; no ha seguido. Debe haberse perdido.

Una enorme angustia me subió del corazón a la garganta y corrí como un loco, gritando:

—¡Laguna! ¡Hermanito!

Pero el viento me devolvía sarcásticamente los gritos.

Al otro día, mientras bajábamos, busqué por todas partes los rastros de Laguna. Pero seguramente la nieve había tapado sus huellas, porque ni en el camino, ni en las quebradas, ni en ninguna parte la marca de un pie o de un cuerpo quebraba la armoniosa tersura de

aquella inmensa sábana, bajo la cual, seguramente, Laguna dormía su último sueño.

—¡Pobre roto fatal!

UN ESPÍRITU INQUIETO

El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores; que sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece.

JOB

Aquella mañana Pablo González estrenaba un magnífico sobretodo azul. A las ocho de la mañana, después de ponérselo encima de su traje claro de los días de fiesta, salió. Un día hermoso y azul, como su sobretodo, lo recibió en la calle. Encendió un cigarrillo y echó a andar hacia la Avenida de Mayo. Hacía un poco de frío y un vientecillo que subía del río se llevaba hacia el Congreso las bocanadas de humo.

Iba casi alegre. Atmósfera brillante, cielo azul y claro de fines de otoño, sobretodo nuevo, veintiocho años. ¿Qué más podía desear un hombre para ser feliz? ¿Una mujer? Ya vendría. Siempre que estrenaba una prenda de vestir, los últimos días de su juventud se iluminaban con la esperanza de un amor grande y fuerte. El hombre vive de grandes esperanzas y de pequeños recuerdos. Todas las mañanas, cuando el despertador lo despertaba con su gritito estúpido, se sentaba en la cama y se preguntaba: «¿qué espero hoy?».

Cuando después de un momento de examinar las posibilidades advertía que nadie ni nada vendría a traerle una causa o un motivo que justificara ese día su razón de vivir, una carta, un libro, una cita, se sentía amargado, y la neurastenia, adquirida en varios años

de pesada vida de oficinista, bajaba de su secreta buhardilla hasta sus nervios destemplados.

Pero hoy era distinto: cuando se posee un sobretodo nuevo, la esperanza renace: hay derecho para esperar muchas cosas.

Vagó de una acera a otra, acechando el paso menudito de las mujeres. Les decía piropos, se ofrecía para acompañarlas, las invitaba a tomar té, les ofrecía flores; pero ellas pasaban silenciosas, arrebujadas en sus pieles o en sus abrigos, haciendo sonar sus altos tacones sobre las veredas. Algunas le sonreían, pero ninguna le miró como invitándolo a que la siguiera. Era la hora de entrar a la oficina o al taller y no tenían tiempo… ¡Lástima! ¡Tan buen mozo, recién afeitado, con aquel sombrero negro que daba a su rostro de criollo un encanto melancólico de enamorado, y con ese sobretodo azul, por debajo del cual la raya del pantalón se deslizaba hacia el zapato de anca de potro! Hasta se daban vuelta a mirarlo, pero, francamente, no tenían tiempo, por lo menos hoy…

Aquella aparente indiferencia y el resultado negativo de sus invitaciones concluyeron por cansarlo. No se dio cuenta de que la hora era inoportuna. Solo pensó en que tenía un sobretodo nuevo, todo pagado, y que las mujeres casi tenían la obligación de corresponder a sus galanterías y ofrecimientos. Terminó por aburrirse, y, apartándose poco a poco de ellas, empezó a pensar en sí mismo. No tenía nada que hacer, pues estaba sin empleo; pero eso no le preocupaba: tenía unos ahorros y podía vivir con cierta holgura mientras durara la cesantía. Carecía de familia que le recordara necesidades. Su único pariente, una tía vieja que residía en Córdoba, no necesitaba de él. Y esto lo alegraba: el hombre que está solo es el más fuerte. Por lo demás, era previsor. Meses atrás había pagado a la empresa del horno incinerador de restos humanos su derecho a ser carbonizado. Cuando muriera, recogerían su cadáver, lo meterían en el horno y… ¡cenizas!, como la del cigarrillo que tiró en la esquina de Avenida de Mayo y Perú. Le mandarían a la tía el ceniciento recuerdo del sobrino, y se acabó.

La idea de la muerte lo sobrecogió como un grito durante el sueño, pero fue un sobresalto que pasó rápido, empujándolo más hacia su abismo reflexivo. Pasó ante las vitrinas, sin mirarse ya en los grandes vidrios que día a día recogen la visión física de la vida de la ciudad, sintiendo que ya la neurastenia había ahuyentado con

su agria sonrisa la pequeña alegría que le causara el estreno de su sobretodo azul. Siempre ocurría lo mismo: todos los pensamientos sobre su vida tomaban, insensiblemente, y como por una curva suave y sin sentido, el camino de la muerte.

¡La muerte! A fuerza de pensar en ella, Pablo González había entristecido su alma y hecho de su vida un amargo grumo de hiel.

En ese punto era escéptico y contradictorio. Sus ideas sobre la muerte y la inmortalidad del alma no eran definitivas. ¿Era la muerte un fenómeno físico puro? ¿Las fuerzas mentales terminaban en el punto donde fenecían las materiales? ¿Era el alma solo la facultad de pensar, facultad que se destruía cuando el órgano que la generaba perecía, o tenía otra manifestación posterior? No podía afirmarlo ni negarlo. Había leído bastante sobre eso. Y sonreía recordando la Apología de Sócrates, hecha por Platón, en la parte aquella en que el envenenado con cicuta, desplegando toda la agilidad de su poderoso cerebro, intenta probar la inmortalidad del alma. ¿Cómo se puede probar —se preguntaba— con palabras de hombre nacido de mujer la existencia de algo que necesariamente está fuera de los sentidos humanos? Terminó la lectura con un gran desaliento. Tampoco los materialistas llenaron con su barro panteísta el enorme vacío de su doble incredulidad. Los pensadores espiritualistas y los mecanicistas y otros andaban a puñetazos dentro de su cansado cerebro de empleado de banco metido también a pensador. Sócrates, Bergson, Le Dantec, Moleschott… Habían agregado ciencia a su inquietud, y sus pensamientos caían como por un precipicio, arañando esas opuestas paredes. A veces pensaba como aquel que dijo: «Los hombres, al alimentar sus almas con viejas creencias —que son cual racimos secos—, han concluido por hacer sus vidas tan agrias como racimos verdes».

Pero…

Y así, por entre el zumbar de la gran avenida, Pablo González marchaba con un andar firme en su cuerpo, vacilante en su espíritu, pensando en la muerte, esforzándose en encontrar salida dentro de un círculo perfecto y por descubrir claridades diáfanas en un callejón oscuro, en donde el único farol visible, rojo, como el de una casa de diversión en una calle de la Boca, alumbraba el rincón de la locura.

El sobretodo azul, tan hermoso momentos antes, colgaba ahora

de sus hombros como de una percha en un *hall* de casa de pensión pobre, sin gracia, aburrido de cubrir a un hombre que pensaba en problemas tan abstrusos.

De pronto sintió un gran griterío y tuvo la intuición de que era el eje de un acontecimiento inminente y, volviendo a la realidad, levantó la cansada cabeza. Se encontraba en el centro de la calle, entre la acera de la avenida y la de la Plaza de Mayo. En ese momento un reloj público dejaba oír las campanadas de las diez. Vio los viejos pilares de la Recova, el corredor de la Casa del Cabildo y el frente de la Casa Rosada. En una fracción de segundo sus ojos mortales recogieron la imagen de ese trozo de la ciudad y se agrandaron hasta casi desorbitarse cuando Pablo González vio, a pocos metros de su cuerpo, un automóvil gris, loca la dirección, venírsele encima a una velocidad que le pareció de un millón de metros por segundo. Detrás de él paraba en ese instante un tranvía. ¿Para dónde huir? ¿Y cómo huir de un monstruo que no se sabe qué dirección va a seguir en su carrera? Los biólogos y los espiritualistas, en sus libros, no daban indicación alguna para ese caso imprevisto, y a sus alcances no veía ninguno de los cartelitos en que la dirección del tránsito indica las mejores maneras de atravesar una calle, cartelitos que tan útiles son para las personas no atropelladas.

Oyó que aumentaba el vocerío y el horror le corrió por el cuerpo como un escalofrío. Se quedó inmóvil, como una rana, en las jaulas para serpientes del zoológico. Un aire caliente, con olor a bencina y aceite, le llegó al rostro y tuvo la impresión de que un viento fuerte lo tomaba y lo elevaba a gran altura. Se sintió un espantoso chocar de hierros, estallidos de aceros que se quiebran, de vidrios que se desmenuzan, golpes sordos en cuerpos blandos, y perdió el sentido de su personalidad. Pero fue solo un instante, porque de inmediato sintió como que le crecían alas en los pies y de un salto maravilloso, inverosímil —¡oh Aquiles!—, se plantó en la acera de la plaza.

Giró el cuerpo. El monstruo gris, volcado, giraba aún sus ruedas, despidiendo un vapor caliente por entre sus intestinos rotos. El tranvía presentaba el aire de quien recibe un puntapié sorpresivamente, y los pasajeros, descompuestos de terror, se tiraban por las ventanillas. La gente se agrupaba alrededor del montón ardiente. Pablo González suspiró:

«Me libré de una buena».

Siguió caminando. Se sentía ahora liviano, despejado, como si el susto hubiese obrado de válvula de escape a su opresión. ¡Qué salto había dado! En otra ocasión le habría parecido sobrenatural. Llegó hasta la salida de la última estación del ferrocarril subterráneo en el instante en que un convoy que venía de Palermo arrojó una ola de pasajeros hacia el exterior. Se detuvo a mirar. Entre las personas que subían la escala reconoció a una muchacha con la que tiempo atrás había tenido un proyecto de pasión. La había perdido de vista y la encontraba ahora, inesperadamente. ¡Qué ocasión, hoy, que tenía un sobretodo nuevo! Esperó, mirándola con insistencia y hasta tosiendo para llamar su atención. Miró hacia su lado y la saludó con gesto risueño, pero no le contestó y pasó, esbelta y apretada, dejando tras de sí un olor a flores. Se quedó estupefacto, siguiéndola con una mirada llena de sorpresa. ¿Por qué no respondió a su saludo? ¿Estará enojada? No había motivo para ello y decidió alcanzarla; pero cuando iba a lanzarse tras el rastro de aquel olor a flores, una mano se posó sobre su hombro, y una voz, una voz que parecía venir desde el fondo de sus recuerdos de los dieciocho años, le dijo:

—Cómo te va, Pablo González…

Se dio vuelta, incómodo. ¿Quién diablos…? Pero retrocedió con un grito de espanto: ahí, a tres metros de él, alto, delgado, sonriendo, Alfredo Valenzuela, un amigo de su juventud, muerto casi en sus brazos hacía diez años, le sonreía.

—¿Qué te pasa, hermano, por qué te asustas?

Pablo sintió que se deslizaba en una espiral de locura.

—¡Pero, cómo! ¡Alfredo Valenzuela! ¡No puede ser!

—¿Por qué no puede ser?

Hizo un esfuerzo para recobrar el dominio de sus nervios; luego avanzó hacia el aparecido, le puso las manos en los hombros, le miró en los ojos, ojos sin pupilas, en cuyo fondo flotaba la sombra, y le preguntó:

—Pero, tú, ¿no estabas muerto?

Alfredo acentuó su sonrisa:

—Sí… Pero ahora tú también lo estás.

El grito que siguió pudo haberse oído hasta la estación del Once:

—¡Mentira!

—Si estuvieras vivo no me verías y esa muchacha no habría pasado al lado tuyo sin saludarte.

La espiral se acercaba a su vértice agudo.

—¡Yo estoy loco o soñando!

—No estás loco ni estás soñando, Pablo: estás muerto. Y te lo puedo probar.

Lo tomó de un brazo y lo arrastró tras sí. Pablo se dejó llevar.

—Mira.

Estaban en el punto en que Pablo creyó librarse del automóvil. Miró y vio, entre un hacinamiento de aceros rotos y hierros doblados y latas aplastadas, a un joven como de veintiocho años, vestido con traje claro y sobretodo azul. Tenía la cabeza destrozada y sobre su pecho descansaba la cabeza de una mujer rubia que nunca había visto. Reconoció su sobretodo, reducido a un guiñapo lleno de sangre, y todas sus demás ropas de vestir. Se reconoció él mismo.

Toda la angustia del mundo, la tristeza de la Tierra y la soledad del mar cayeron sobre Pablo González como un martinete sobre un maní. Se sintió empequeñecer hasta lo infinito y cayó sentado, llorando sin lágrimas y con sollozos inmensos que nadie oía. Alfredo lo recogió y se lo llevó a través de la ciudad: conducido por su amigo, Pablo González parecía una bolsa llena de trapos viejos colgando del brazo de un trapero.

Así pasó de esta vida a la otra, en una mañana de principios de invierno, un hombre de vida solitaria y ánima triste.

Anduvo así durante un rato, sin pensar, sin hablar, sin mirar, como corresponde a un finado, sumido en una inconsciencia absoluta. Pero poco a poco fue reponiéndose y se atrevió a mirar, es decir, a ver, y notó con sorpresa que nada le era desconocido; caminaban por la calle Corrientes y a su lado pasaban mujeres, hombres, niños, perros, y rostros de amigos vivos que no lo veían y rostros de amigos muertos que lo saludaban al pasar con una sonrisa de bienvenida. Parecían decirle:

—Chao, Pablito.

—Adiós, viejo.

—Qué gusto verte por acá.

—¿Tú también por aquí?

Pensó: lo que le ocurría era casi divertido. Había muerto para

unos y nacido para otros. Y lo curioso es que todo está igual y yo soy yo mismo, con mi misma alma, idéntico sentido de las cosas; hasta parece que mi cara es la misma de antes: me conocen. ¿Qué ha pasado, entonces? La explicación me parece sencilla: yo, Pablo González, empleado cesante, he cambiado, por medio de un accidente del tránsito, mi personalidad material por otra, inmaterial; he dejado de ser persona para convertirme en cosa distinta. ¿Valía más lo que había sido que lo que empezaba a ser? Eso le pareció lo importante e hizo un rápido balance de su vida extinta: ¿qué perdió con ella? Bienes materiales, no, puesto que había sido pobre; espirituales, morales, no: era el mismo de antes, según le parecía. Tampoco había perdido lo que los gerentes llaman alegría de vivir, ya que su vida había sido desolada y su alma fue triste hasta la muerte. ¿Qué, pues? Después de concienzuda reflexión concluyó por convencerse de que lo único que podía lamentar, como pérdida sufrida en la mudanza, era su sobretodo azul. Pero, en cambio, ¡qué mundo se abría ante sus ojos nacidos de nuevo, mundo seguramente lleno de sorpresas y de milagros, de paisajes y de emociones nunca sospechadas antes!

Terminó por tranquilizarse. Tiró del brazo a su compañero y le dijo:

—Oye. Comprendo algo de lo que ha pasado, pero no todo. Quiero saber lo que va a pasar. Habla.

Alfredo Valenzuela entró a un café, se sentó en una silla, indicó a su amigo que hiciera otro tanto y le dijo:

—Es muy sencillo. Tú eras un cuerpo y un espíritu, es decir, un hombre. La muerte, que no es más que un fenómeno de separación de los cuerpos compuestos, ha desunido esos dos elementos; ninguno de ellos ha desaparecido, sin embargo, en el sentido exacto de la palabra. El primero sigue su curso de renovación y simplificación material: se disgrega, entrega sus sustancias a la tierra, a las plantas, al agua. El segundo asciende por la escala de la purificación moral. Ambos, una vez separados, obedecen a leyes distintas. Tú, como espíritu, no sabes ya nada de tu cuerpo, y tu cuerpo, como materia, no sabe ya nada del espíritu. Ambos existen y lo único que ha desaparecido es el hombre como animal ciudadano… Ese es el hecho, examinado de manera simple. ¿Quieres saber más?

—Sí, por favor.

—Es muy sencillo también. Al principio cuesta acostumbrarse a este nuevo estado. Por lo general, el hombre amolda siempre el espíritu a su cuerpo y no el cuerpo al espíritu. De ese modo, y en la mayoría de los casos, el ser humano, salvo que sea bastante cultivado intelectual y moralmente, adquiere, a veces a pesar de todo eso, y en tanto vive su vida dual, muchos hábitos y costumbres, de los cuales hace participar a aquellos dos elementos, cuya influencia persiste después de la desunión y de la que es difícil desprenderse. Así, por ejemplo: cuando comencé a vivir como espíritu puro, sentía, a las horas de almuerzo y de comida, un tremendo deseo de ir a un restaurante. ¿Por qué, si no había de comer? Pero es que el hábito persistía en mí como un mal olor en un cuarto cerrado. Y así en lo demás, en el cansancio físico, en la sed, en el sueño, en el amor… El espíritu experimenta al principio todos esos reflejos inconscientes, como el hombre a quien le han amputado una pierna experimenta, dos o tres días después de la operación, el deseo de rascarse la pierna que el cirujano tiró en un balde para desperdicios.

—Sigue…

—Y es un vagar y un caminar… Como su existencia no tiene ya una causa de resolución inmediata, y procede de un animal de costumbres, anda desorientado, de un lugar a otro, recorriendo los mismos sitios que frecuentaba el cuerpo dentro del cual ardía y se consumía como una llama (clara o turbia) en una lámpara de barro. Hasta que, poco a poco, esas influencias se disipan, el espíritu se libera de las groseras taras y empieza a vivir con libertad, sin necesitar ya más que del aire y la luz para existir y poseyendo nada más que tres sentidos, la vista, el oído y el olfato, llevados ya a un máximum de perfección. Bueno. Eso es todo.

—Bien, eso es, podríamos decir, el estado exterior del espíritu, del alma. ¿Y el interior?

—Aunque me parece que preguntas mucho y que quieres saber todo demasiado pronto, te contestaré. Los valores imponderables, al cobrar su libertad, traen a esta vida el mismo estado de quietud o de inquietud que poseyeron durante su cautividad. Si cuando eras hombre eras sano, normal, equilibrado, es decir, un ente que no pensaba y que vegetaba como cualquier poste del alumbrado

público, o bien un hombre que había pensado y asentado bien su espíritu sobre el mundo, continuarás igual. Si no fuiste ninguno de esos seres y, al contrario, fuiste vacilante, desvelado, febril, seguirás lo mismo que allá.

—Lo mismo que allá…

—Igual, con solo una diferencia: en general, la angustia y la inquietud provienen de insatisfacciones morales o materiales. Aquí no padecerás eso, salvo que tus insatisfacciones sean superiores a lo que esta vida puede darte. Tienes toda la belleza del mundo a tu disposición. Ninguna puerta te será infranqueable ni ninguna muralla impenetrable. Verás y oirás todo lo que desees. Para ti la luz, el aire, son más puros que para los hombres y mujeres mortales. Puedes amar a todas las mujeres que quieras… espiritualmente, es claro. Vivirás aquí lo que anhelaste allá. Tal es la breve noción que puedo darte… Pero, querido Pablo, me pareces un espíritu inquieto en demasía, y eso puede serte fatal.

Pablo no contestó. Lo que al principio le pareció un canto nuevo, lleno de ritmos desconocidos, tomaba al final el mismo estribillo del anterior. Miraba las cosas desde un punto de vista diverso, pero todo lo veía igual, cuadrado o redondo. Y volvía a estar triste como antes, como cuando era hombre. Pensaba que casi no valía la pena haber muerto.

Por la calle pasaba la vida, múltiple, inmensa. Sentía el zumbido de su marcha, la pulsación de sus anchas venas, el ardiente aliento de su respiración, el hondo crepitar de su renovación incesante, su grito de hembra entregándose al amor. ¡Qué lejos estaba ahora de todo aquello que existía completamente! Quiso llorar, como cuando era un animal humano, con lágrimas gruesas y calientes, pero no pudo. De dónde iba a sacar lágrimas, si ya no tenía ojos.

Alfredo se levantó:

—Me llaman —dijo.

Y salió hacia la calle. Pablo fue tras él. Caminaron en silencio durante unos momentos, apresurados.

—Si caminamos así no llegaremos nunca —protestó Alfredo—. Atravesemos por aquí.

Embistió a una pared y la atravesó, luego otras, y otras, y así, sucesivamente, pasaron a través de casas de comercio y de habitación. Marchando, Pablo miraba: vio en un cuarto a una pareja

que se amaba; a un anciano que moría, en otro; una señora gorda que se bañaba, un niño que nacía, hombres que dormían, que comían, que escribían, que pensaban, que reían, que lloraban; toda la tragedia, la comedia y el sainete de la vida íntima de la ciudad se representaba ante sus ojos espectrales. Así, llegaron a una casa de pensión. Atravesaron un último muro y se encontraron en una habitación oscura; cerradas sus puertas y ventanas, se alumbraba con el reflejo de una lamparilla azul. En el centro y alrededor de una mesilla de tres patas, se veía a varios señores y señoras, entre ellos un joven pálido, con aspecto de enfermo del hígado, y entre ellas una hermosa e insustancial mujer de unos cuarenta y cinco años, todos, ellas y ellos, no muchos, con las manos apoyadas sobre la cubierta del pequeño mueble.

Alfredo se sentó en la mesa y Pablo en una silla. La señora insustancial dijo, con voz de tonadillera:

—¡Qué pesado viene!

—¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quiénes son estas personas? —interrogó Pablo.

—Son espiritistas. El calvo que está al frente es un tío mío. Todos los días me llaman para preguntarme idioteces.

La mujer insustancial preguntó:

—¿Estás ahí, querido espíritu?

Alfredo balanceó una pierna y la mesa se levantó, golpeando, al descender, el piso cubierto por una alfombra.

—Está aquí —dijo la mujer con voz de cupletista.

—¿Qué le preguntamos? —inquirió una señora.

—Pregúntele cuántas veces se dará mi sainete en el teatro.

—Distinguido espíritu —dijo la hermosa mujer de cuarenta y cinco años—: ¿Podrías decirnos cuántas veces se dará en el Teatro Avenida la obra del señor Ramos, titulada: Cuidámela, por si acaso? Contéstame por golpes.

Alfredo balanceó su pierna y la mesa sonó dieciocho veces.

—¿Tan pocas veces? ¡Entonces no voy a cobrar nada de mis derechos de autor! —gimoteó el joven pálido.

Alfredo, condescendiente, agregó varios golpecitos más. Pablo se aburría.

—Vámonos. Déjate de tonterías.

—Espérate que me pregunten algo más.

La voz de la médium se elevó de nuevo:

—Honorable espíritu: ¿puedes decirnos cuánto es dos más dos, menos cuatro?

La mesa golpeó ocho veces.

—El pobrecito era muy malo para los números —observó el tío calvo.

—Se ha enojado —objetó una señora.

—¿Te quieres ir, querido espíritu? —preguntó la insustancial.

La mesa se levantó dos veces. Todos sacaron sus manos de sobre la mesa.

—Vete.

Alfredo salió, riéndose, seguido de Pablo, que preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Mira —propuso Alfredo—: hagamos una cosa; vamos a ver cómo te incineran.

Vagaron por varias calles hasta llegar al sitio deseado. Entraron. Sobre una camilla, el cuerpo de Pablo, despojado de sus ropas, yacía en una postura que él jamás hubiera imaginado adoptar en estado de occiso. Un señor gordo advirtió:

—Ya está listo.

Dos robustos mozos, que de seguro no se preocupaban de la inmortalidad del alma ni de nada, tomaron el cuerpo por los brazos y los pies y lo colocaron en la puerta del horno, ya abierta. En ese instante, y mientras el cuerpo era empujado hacia el infierno que se veía adentro, una moscarda color verdoso voló desde su boca, mientras que de la nariz, transparente ya como cera, salía un gusano negro, de ojos azules, que reptó en dirección a Pablo, se detuvo ante su sombra y lo increpó, diciéndole:

—Señor: en nombre de todos mis camaradas presento a usted nuestra formal protesta. Lo que ustedes hacen, además de imbécil, es criminal. Si todos los hombres disponen en vida que sus cuerpos sean cremados después de muertos, ¿qué será del gremio nuestro, tan numeroso como indigente? Todos tenemos derecho a la vida. ¿Por qué entonces violentar y destrozar nuestros derechos naturales y adquiridos, con esta medida que no solo ataca leyes humanas sino que también va en contra de las leyes divinas? ¿Cómo podrá realizarse, en un futuro cercano, la resurrección de la carne, si esta es ahora reducida a cenizas? Porque si un cadáver, depositado en

una fosa o en un nicho, dentro de su ataúd, conserva a su alcance e intactos sus elementos constitutivos anteriores y puede, en un momento dado, reunirlos, incorporarlos y amalgamarlos (ya que nosotros no disponemos más que de la grasa), volviendo así a su primitivo estado orgánico, no sucederá lo mismo con uno que ha sido incinerado y sus cenizas repartidas en los vientos o guardadas en un vaso cualquiera. ¿Le habría parecido a usted bien, cuando existía en figura de hombre, que los animales sacrificados en el matadero fueran reducidos a cenizas? Indudablemente, no. Lo mismo nos sucede a nosotros. Los hombres se están poniendo egoístas y descreídos. Privan al gusano de su parte humana y a Dios de su parte divina.

—Háganse ustedes vegetarianos —anotó Alfredo.

Pablo escuchó apenas el discurso del gusano, y este, desalentado, se encogió de hombros, se arrastró un poco y desapareció en un agujero; llevaba el aspecto de un obrero que ha salido a buscar trabajo y no ha hallado.

La corriente eléctrica fue dada. Al recibirla, el cuerpo estiró un brazo, encogió una pierna, tal como una rana tocada por la corriente galvánica, quedando al fin rígido. Por un segundo Pablo creyó que vivía de nuevo, pero no era posible. Estaba fuera de su cuerpo, le faltaba a este su fuerza anímica y la vida no volvería a agitar aquellos miembros inertes, que empezaron a dorarse como un pavo en un asador. Se fueron.

Afuera la tarde inmensa caía sobre el río y el viento del sudoeste empezaba a arrear sombras sobre las aguas.

Anduvieron, anduvieron, sin rumbo, al azar, tal como cuando eran hombres y no tenían nada que hacer ni nada que decirse.

—¿Qué hacemos, Alfredo?

—Pienso ir a un concierto en el Odeón. ¿Quieres ir?

—No estoy para conciertos. Siéntate aquí un momento y hablemos. Óyeme: yo estoy triste… Siento haber perdido mi hermosa vida, hermosa porque la he perdido y porque en ella pude haber hecho muchas cosas dignas. Me faltó el sentido de la vida misma. Me preguntaba para qué vivía, sin comprender que no hay que preguntar sino afirmar. En lugar de decir: «¿Para qué vivo?», debí decir: «Vivo para esto, para lo otro, para ser puro, para ser fuerte y para decir a los hombres que deben ser puros y perfectos».

Ese es el secreto que ahora poseo, aunque ya no me sirve de nada. Pero quiero que digas, si puedes, cuál es el sentido de esta nueva vida, cuál su desarrollo, cuál su finalidad.

En el silencio del atardecer, la voz atonal de Alfredo se elevó:

—Esta vida es igual que la otra, con las diferencias que ya te indiqué. Pero ya que posees el secreto, sé aquí lo que no pudiste ser allá: puro, perfecto y fuerte. Lo tienes todo: sabiduría, comprensión, medios. El hombre tiene cinco sentidos y todos ellos le sirven admirablemente, mas no los utiliza para elevarse por medio de ellos, sino para rebajarse. Ellos priman sobre el espíritu. Tiene ojos para ver, pero no ve con ellos la belleza del mundo: le sirven solo para no tropezar con los postes, para mirar las piernas de las mujeres cuando suben al tranvía y para cuando van al cine. Tiene oídos, pero no los usa para oír la armonía del Universo; los utiliza para hablar por teléfono, escuchar la radio y otros menesteres. Tiene voz y posee el don de la palabra, pero no lo usa para cosa alguna de provecho; solo le sirve para hablar en el Congreso, para vender papas o gritar en los mítines. Y así en todo. Cuando el hombre suavice sus sentidos y los use para bien de su espíritu y no para saciedad de su carne, estará salvado, puesto que su espíritu se suavizará también y sus sentimientos serán plácidos y sencillos. A esta situación has llegado por medio de la muerte. Estás en el principio: adelántate.

—¡Pero yo no quiero ser un espectro perfecto, sino un hombre perfecto! —se lamentó Pablo—. ¿Cómo es posible que sea feliz, cuando a mi lado, en las calles, en las casas, en todas partes, los seres viven y mueren sin saber, sin comprender, devorados unos por la angustia, otros por la grosería, por la idea de la muerte, sin realizar nada sano, nada bueno, llevándose consigo, cuando mueren, aquello que en ellos hubo de puro y que se pudrió con ellos, sin que nadie supiera que existía? Por un hombre que llega a entender algo, hay millones que no entienden nada y que viven aún como en el primer día del lenguaje articulado. ¡No! Yo quiero que los que viven sean como yo puedo ser ahora. Decirles lo que deben pensar, hacer, crear.

—Eso no es posible, Pablo. Los muertos no tenemos ninguna influencia sobre la humanidad, salvo que hayamos dejado algo de nosotros entre ellos; pero ahora somos espíritus. Los hombres viven

entregados a sí mismos y llegarán, o no llegarán, a perfeccionarse dentro de una eternidad. Nadie puede hacer nada por ellos, sino ellos mismos.

—¿Y Dios?

Alfredo puso la cara que pone aquel transeúnte a quien se le pregunta por una calle que no conoce.

—No me preguntes por Dios; no le conozco. No vive en este barrio ni nadie sabe en cuál.

—¡Cómo! Ni aun siendo espíritu…

—Ni aun siéndolo.

—Pero, entonces, esto es el eterno vagar, el eterno ambular, sin sentido, sin fin. ¿O hay otra vida más?

—Tal vez. Muchos espíritus desaparecen; no vuelven nunca más. Quizá van a un plano superior, a transformarse en luz, en aire, en sombra, y giran a nuestro alrededor, sin que nosotros los veamos, tal como nosotros alrededor de los hombres, sin que nos vean.

Hubo un largo silencio: Pablo pensaba, y Alfredo, con las manos sosteniendo las rodillas, decía para sí: «Voy a llegar tarde al concierto».

Pablo se levantó al fin y dijo:

—¿No es posible, como en la vida del hombre, eliminarse en busca de la nada o de otra vida?

Alfredo señaló hacia el río y contestó:

—El agua es un elemento disolvente para nosotros.

Se separaron, abrazándose. Pablo se dirigió hacia el río, y Alfredo, encaramándose en la capota de un automóvil que pasaba, se fue al Odeón.

Cuando llegó a la orilla del río, las luces de la tarde daban su última vuelta. Parado sobre el murallón con los brazos abiertos, miró por última vez el mundo. Luego, se dejó caer rectamente, hundiéndose en el río. Un espíritu que paseaba por ahí gritó:

—¡Hombre al agua!

Nadie acudió.

EL CACHORRO

Cuando la locomotora lanzó un breve pitazo, algunos pañuelos colorados, grandes y a cuadros, ondearon en las ventanillas, hubo algunos gritos de adiós y el tren arrancó, rechinando.

De pie sobre pequeños montones de nieve endurecida, Jeria, el capataz de la cuadrilla carrilana, y Antonio El Mota, apodo debido a su cabello retorcido y enredado como matorral de zarza, miraron alejarse el tren. Era un tren pequeñito, nuevo y como de juguete, que se deslizaba alegremente sobre una vía de trocha angosta, en medio de la cual la cremallera parecía una larga espina dorsal con vértebras de hierro. Era el segundo tren que partía de Las Cuevas, estación limítrofe argentina, en dirección a Los Andes, primera ciudad chilena. En las ventanillas, rostros oscuros sonrieron al pasar frente a los dos hombres.

—Adiós, don Máximo.

—Adiós, niños.

«Niños» decía Jeria a aquellos hombres, cada uno de los cuales era de seguro más corpulento que él. Más corpulento, porque el que cruza por aquella vía de uno a otro país, al ver aquella línea que sube desde los viñedos mendocinos y atraviesa los campos, las montañas, los puentes, las curvas y las quebradas, y aquel túnel que no se acaba nunca, no puede creer que todo haya sido hecho por hombres de 1,65 metros de estatura y de cincuenta centímetros de pecho; no. Aquello debió haber sido hecho por hombres altos, de pechos anchos y resonantes como troncos de árboles, piernas firmes, rematadas en pies que no resbalaron nunca sobre la dureza de las rocas, y brazos gruesos y musculosos, con manos que abrieron a martillazos los agujeros en donde la dinamita explotó sordamente, estremeciendo el cerro Tolosa.

Aquellos «niños» eran esos hombres. Terminada la obra del Transandino, emigraban hacia Chile en bandadas que irían a perderse en las pampas salitreras del norte de Chile, en los puertos del Pacífico o en las minas de cobre del centro y norte de aquel

país.

El último vagón dio vuelta en la primera curva de la línea y Máximo y Antonio descendieron de su mirador. Ya todos los peones, empleados del ferrocarril y de la policía, habían vuelto a sus casas o carpas. Máximo encendió un cigarrillo, se subió el cuello de la manta, golpeó los pies y apuntó:

—Nos quedamos solos…

—Solos…

Habían llegado con los que se fueron momentos antes. Ahora, Máximo se quedaba, enamorado de Ángela, una mendocina morena, simpática, de alma ingenua y mente sencilla. Antonio también se quedaba: los ojos de María, la hija del capataz de Puente del Inca, concluyeron con su afán de aventuras. Mucho tiempo anduvieron rodando juntos por los caminos, un tiempo durante el cual les dio lo mismo ir hacia adelante que hacia atrás. Todos los caminos eran propicios y al final de cada uno había mujeres, puertos abiertos a todas las rutas del mundo, ciudades anchas y mares profundos. Dos mujeres detenían a los que corrieron por las bahías de las costas del Pacífico, desde Portland, en el norte, hasta los canales del estrecho de Magallanes, llenos de indios alacalufes.

Empezó a correr un vientecito helado. Podía nevar. De pronto, al acercarse a un montón de nieve, Máximo se detuvo, frunció los ojos, levantó la cabeza, y su mirada, un tanto miope, se fijó en un bulto acurrucado entre unos durmientes.

—¿Qué es eso?

—Es El Niñito —contestó Antonio.

—¿El hijo del Loica?

—Sí, el mismo.

—¡Vicente!

El llamado alzó la cabeza y dejó ver un rostro joven, de niño, pero ya curtido y de grave expresión.

—¿Qué haces aquí?

—Nada… —contestó con tristeza.

—¿No te fuiste a Chile?

—¿A qué?… No conozco a nadie, no tengo familia en ninguna parte. Tanto me da irme como quedarme.

Hablaba con la convicción y la firmeza de un hombre. Tenía once años y era delgado y huesudo. Anunciaba un hombre alto y

nudoso, silencioso y decidido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No sé… Algo haré.

Máximo y Antonio se miraron. Vicente era hijo de uno de los tantos mineros que trabajaron en las obras de construcción del túnel. Le llamaban El Loica, nombre indio de un pajarillo chileno que tiene el pecho rojo, el Pecho Colorado de los argentinos, y recibía ese apodo porque Manuel Martínez se cubría corrientemente con una manta boliviana color rojo que le llegaba hasta la cintura y que le hacía asemejarse a una loica gigantesca. Jugador y pendenciero, trabajador infatigable también, El Loica era querido por los guapos, por los tímidos y por los indiferentes, porque nadie nunca lo vio achicarse ante un valentón o decir que no cuando el trabajo era duro y se necesitaban hombres capaces de hacerlo. Llegado el día de pago, El Loica pagaba lo que debía, mandaba a guardar algo de dinero, tomaba a su hijito de la mano y buscaba la cercanía de cualquier manta, estirada en el suelo, sobre la cual las manos oscuras de algún carrilano extendían las cartas, recibían las apuestas y pagaban las ganancias o se guardaban las pérdidas. Manuel era jugador por afición, jugaba sin sentir más que regocijo: si ganaba, recogía su dinero, tomaba a su hijo de la mano y se iba a dormir, ya que las sesiones de monte solían durar hasta dos días o más; si perdía, se encogía de hombros, bebía un trago de aguardiente y también se iba. Y su hijo, delgado, con unos pantalones remendados que querían ser largos y que no le llegaban más que hasta la mitad de la pierna, silencioso, se estaba junto a su padre, yéndole a buscar comida o bebida o durmiendo a su lado, tendido en su mantita negra y cubierto por la roja de su padre. No tenía madre, no la había conocido. Desde que él recordaba, había andado solamente con su padre, aquel hombrón rudo y fornido, moreno, que caminaba como un oso y que, sin embargo, era ágil, con una vista tan hábil que le permitía parar con el sombrero las puñaladas con que, jugando con alguien, armado él con un palito y el otro con un cortaplumas, se entretenía hasta que el contrario se retiraba con las costillas doloridas y cansado de encontrar siempre la defensa del Loica ante su mano rápida. Era un sudamericano puro, desde el cabello lacio y negro hasta el pie, de tobillo fino y planta ancha.

Un día de pago, y al final de una partida que se hacía en el campamento que se alzaba al lado de la vía, El Loica jugó su última apuesta y bebió su último buche de aguardiente.

Jugaban desde las seis de la tarde. A eso de medianoche se promovió un incidente. Un riojano, carrilano, cazador de pumas por oficio, según él, y bandido por afición, según todos, quiso alzarse con el dinero ajeno. El Loica lo tomó de la mano y los dedos del riojano crujieron bajo el apretón que le hizo soltar el puñado de billetes que había tomado. Era hombre que no gustaba de palabras inútiles y se marchó después de decir irónicamente:

—Hasta que nos veamos…

Siguieron jugando y una media hora después una descarga hizo que todos se pusieran de pie. Una voz gritó:

—¡Afuera!

El Loica iba a salir, pero lo detuvieron.

—No, no salga, Manuel.

—Pero ¿cómo no vamos a salir si nos están llamando?

Vicente, parado al lado de su padre, pálido y sin llorar, permanecía inmóvil. Cuando Manuel salió, la claridad de la nieve en la noche le permitió ver al riojano, parado frente a la puerta de la carpa, esperándolo: en su mano derecha brillaba un largo cuchillo. Detrás de él, tres hombres le formaban una guardia de bravos. Dijo:

—Vengo a saber si es tan guapo afuera como adentro.

Todos salieron detrás de Manuel y algunos se pusieron al lado de él, en actitud de pelea, pero El Loica, extendiendo los brazos, los hizo retroceder:

—No, compañeros. Esta naipada es para mí solo. Soy tallador y doy carta. ¡Banca!

Buscó en su cintura y su brazo se alargó con una ancha hoja de acero.

—Papá…

Era Vicente. No quería rogar; solo recordar a su padre que él tenía derecho sobre su vida y que debía pensar en él antes de pelear; pero El Loica estaba seguro de sí, y dándose vuelta hacia su hijo, le dijo:

—No tenga cuidado, mi hijito…

Parecía que, en efecto, no había que tener cuidado. Saltó y

quedó a unos pasos del riojano. Este alzó la mano armada y comenzó a hacer en el aire un enredado finteo que terminó buscando la cara de Manuel Martínez. El Loica se inclinó a un lado y el tajo se perdió silbando. De su cuchillo no se veía más que la punta, que sobresalía por debajo del ala del sombrero. No tiraba nunca a herir en el rostro; para él, las peleas a cuchillo eran a muerte, y se tiraba a fondo, buscando el vientre o el corazón. Debido a eso, y segundos más tarde, el saco del riojano se abrió en el lado izquierdo del pecho, cogido por una puñalada de abajo arriba. Contestó con un viaje capaz de degollar a un jaguar, y la copa del sombrero de Manuel Martínez voló por el aire; pero era hombre tranquilo y no se impacientó.

Nadie hablaba: miraban sin atreverse a gritar, temerosos de que cualquier voz distrajese a los duelistas. De pronto el riojano se inclinó, se estiró con gran rapidez y tiró un tajo que rebanó el pantalón del Loica, haciendo brotar algunas gotas de sangre de la pierna derecha, estirada hacia adelante. El Loica se indignó. Está bien que un hombre se defienda y para herir busque valerse de todas las mañas, pero no hiera en las piernas, como los perros; pegue en la cara o en el pecho: pelea con un hombre y no con un animal. Y enseguida terminó la pelea: se adelantó, abrió el brazo armado, describió con él un amplio círculo, lo cerró, se fue al centro del mismo y desde ahí se estiró como un resorte, alcanzando al riojano en pleno estómago. El hombre abrió los brazos y cayó. En ese instante alguien gritó:

—¡La policía!

Todos desaparecieron y el herido quedó tendido sobre la nieve, de donde fue recogido. Se iniciaron las investigaciones: nadie sabía nada. Pero a las cinco de la madrugada del día siguiente, los que no dormían sintieron lejanas detonaciones. El Loica fue sorprendido en los momentos en que huía a Chile, y como nadie se atrevió a acercársele, lo hirieron desde lejos. Los gritos de Vicente anunciaron a la policía que su padre estaba herido. Cuando llegaron junto a él agonizaba, alcanzado por tres disparos. Y el sargento que mandaba el grupo recibió en mitad del pecho una pedrada que casi lo tumbó.

—¡Cobarde!

Saltó a su cara Vicente, arañándolo, furioso, y fue preciso

amarrarlo para que se quedara quieto.

El Loica murió al otro día, y Vicente, huérfano, quedó ahí y ambuló por el campamento con los ojos secos, sin comer. Los peones lo llamaban, le hablaban de su padre, «hombre valiente y noble», y procuraron ayudarlo y tranquilizarlo. Vivió así hasta que finalizaron los trabajos, y como esas aves que han sido heridas y no pueden levantar vuelo junto con la bandada que emigra, cuando la gente se fue a las ciudades o a otros trabajos quedó solo, indiferente a su destino, resignado a todo en la soledad de la cordillera: era la flor, el cachorro de aquella columna de fuertes hombres ida en el tren pequeñito, nuevo y como de juguete.

Vicente, pues, fue recogido por Máximo y Antonio y adoptado por la cuadrilla. Era el único niño que había en el campamento y se le conocía con el apodo cariñoso de El Niñito, nombre que le quedó para siempre. Varios años más tarde, cuando Vicente cumplía los dieciocho y era un hombre que sobrepasaba en más de diez centímetros las cabezas de todos los demás, seguía siendo llamado por el mismo apodo. Era la mascota de la cuadrilla. Se le quería por el recuerdo de su padre y por sus condiciones de ser silencioso y obediente. Servía para todo: lavaba ropa, cosía parches y cebaba mate cuando en el invierno lo bebían con una gota de aguardiente, mientras afuera la nieve alcanzaba los diez metros de altura.

Cuando tuvo diecinueve años y era ya un miembro activo de la cuadrilla, un capataz que hubo en Las Leñas, pequeña estación de trabajo que hay cerca de Puente del Inca, lo nombró recorredor de la línea, trabajo que consistía en inspeccionar el estado de la vía desde Las Leñas hasta Las Cuevas. Todas las mañanas, a eso de las diez, aparecía en una vuelta de la línea la alta figura del Niñito, calzado con botas, las piernas abrigadas por un grueso pantalón de diablo fuerte, el torso con un saco del mismo género con aplicaciones de cuero y apoyándose en un cayado con punta de hierro. Pasaba por el campamento entre los saludos de los trabajadores.

—Adiós, Niñito.

—Adiós, viejo.

El Aguilucho, viejo peón, lo detenía, lo miraba y lo abrazaba:

—¡Qué buen mozo estás!… Te pareces a tu padre, hijo de tigre.

El viejo se enternecía, y El Niñito, palmeándolo con cariño,

proseguía su viaje. Una hora después estaba de vuelta.

—¡Qué toro! Le ganó al padre en lo alto.

—Esta raza se va acabando. ¡Hombres de ley, como el oro!…

Todo el mundo alababa su conducta: no jugaba, apenas bebía, era un muchacho, un hombre, serio. Sin embargo, en el fondo de sí mismo vivía el recuerdo de su padre, y en ocasiones, cuando por algún motivo grave se enojaba, el espíritu del finado Loica aparecía tan claro en él que los demás peones reconocían al padre en sus movimientos decididos.

Se enamoró de la hija del capataz, y este hombre, que lo conocía muy bien, no vaciló en darle su consentimiento y aceptarle por lo menos como novio. Como Vicente había reunido unos cuantos pesos y quería de veras a María Ana, se propuso casarse pronto. Pero, era hijo de tigre y tenía que salir overo: la fatalidad del padre se continuaba en el hijo.

Un domingo, contento, casi alegre, salió hacia Las Cuevas. Se juntó con un amigo y fueron al hotel a beber algo. Ahí encontraron al sargento Chaparro, hombretón tan fuerte como Vicente, moreno y hosco. No lo saludaba porque no había olvidado que fue el sargento quien mandó hacer la descarga que mató a su padre, y aunque no sentía hacia él nada que se pareciera a un deseo de venganza, tampoco lo tenía de amistad. Pero el sargento tenía días de mal humor y esa mañana detuvo a Vicente en medio de la sala.

—¿Por qué no me saluda?

—Nunca lo he saludado, sargento. No tiene por qué extrañarse.

—Me tiene odio porque detuve a su padre.

—A mi padre no lo detuvieron: lo mataron.

—Había herido a un hombre.

—Pero frente a frente, él solo…, no como ustedes, que se juntaron cuatro para matarlo desde lejos.

—No sea insolente.

—Usted me habla y yo le contesto.

Para esos hombres todo era cuestión de hombría, y la ley, cuando vencía, era buena; si no, inútil. Por eso el sargento levantó su sable y dio con la empuñadura en el hombro de Vicente.

—¡Sargento!

—¿Qué te pasa?

—¡Acuérdese que soy hijo de mi padre!

—¡Peor para vos!

Y otra vez el sable rebotó contra el hombro del Niñito; pero este arremetió con tal fuerza con sus puños que el sargento, alcanzado en el pecho, cayó sobre una mesa, resbalando hasta el suelo con gran ruido. Los parroquianos se acercaron y uno dijo:

—Muy bien por el empujoncito.

Pero el sargento llamó a la guardia y El Niñito fue sacado amarrado codo con codo y llevado al cuartel.

Lo que pasó después no se supo, pero a los dos días, en el tren internacional, María Ana, la novia de Vicente, y todos los que estaban en el andén de la estación de Las Leñas, vieron pasar, pegado a la ventanilla del coche de segunda clase, el rostro pálido y grave del Niñito, que sonrió a su novia con una sonrisa llena de tristeza.

Cuando volvió del hospital se vio que había perdido todo aquel aire tímido y respetuoso, y aunque no se mostraba provocador todos adivinaron que la sangre de Manuel Martínez, El Loica, revivía en las venas de su cachorro.

Pero ya no era tal cachorro. La desgracia le hizo crecer las garras y la rabia había afinado sus instintos de venganza: cuando pasaba cerca del sargento Chaparro tenía la actitud del jaguar que, mirando como de reojo, va a saltar hacia su presa.

Se casó y abandonó su antiguo trabajo, tomando otro idéntico, aunque con recorrido distinto: viajaba entre Las Cuevas y la mitad del túnel. Esperaba el día de su venganza. Sabía que, fatalmente, sucedería. Si no lo hiciera no habría podido vivir tranquilo: el recuerdo de su padre lo atormentaría. Hasta que llegó el momento.

Una mañana, poco antes de mediodía, cuando iba a entrar al túnel a hacer su recorrido, encendida ya la lamparilla, apareció Chaparro, que le sonrió y le dijo:

—¡Cómo te va, guapito!…

—¡No tan bien como a usted, verdugo! —gritó Vicente.

El sargento avanzó, pero El Niñito lo tenía pensado: lanzó su lámpara de aceite contra la cara del sargento y se metió al túnel. Cincuenta pasos más adentro, ya en plena oscuridad, se detuvo y sacó de debajo de su chaquetón de pana la daga de su padre, una hoja hecha de una gran lima, aguzada como una aguja, sin sangrador, con un mango formado por anillos de cobre y hierro y

aplicaciones de hueso. El sargento entraba al túnel, escudriñando la sombra. Vicente se metió en una de las tantas concavidades en forma de nicho que hay en las paredes y desde allí vio, recortada en la claridad que entraba por la boca del túnel, la silueta del sargento que, revólver en mano, avanzaba buscándolo. Lo dejó pasar adelante y enseguida le habló:

—Podría pelear con usted y matarlo cara a cara, pero prefiero matarlo por la espalda, para que así mi delito sea tan grande como el suyo cuando hizo matar a mi padre.

Por primera vez en su vida el sargento Chaparro tuvo miedo. Su revólver arañó la sombra con sus guiñadas de luz, pero se oyó una risa y la daga del Loica se le metió por el hombro izquierdo, buscando el corazón.

Lo demás era cuestión de tiempo. Y a los dos días Vicente Martínez estaba en Valparaíso, con los caminos del mar abiertos ante sus ojos de gato.

El bonete maulino

Durante una correría que hice por las orillas del Río Claro hasta su unión con el Maule, atravesando a caballo parte de la provincia de Talca, marchando a través de bosques de avellanos y de boldos, por caminos solitarios, en cuyas márgenes hay minas de oro abandonadas, llegamos una tarde, ya casi anochecido, mi amigo Segundo y yo, a un negocio, mitad almacén y mitad tienda, con mucho de cantina, situado en la unión de dos caminos. La casa, o mejor dicho el rancho, pues tal era, tenía todo el aire y el aspecto que anticipadamente nos imaginamos al hablar de los negocios de campo: murallas de barro, un techo estilo mediagua, un alero inclinado más de lo normal, una vara en que amarrar las cabalgaduras y varios perros.

Desmontamos, y después de encargar los animales a un chiquillo medio desnudo y casi vestido —pues su único abrigo y vestimenta era un pantalón anchísimo, sin duda de procedencia paterna, y un suspensor en singular que le atravesaba como una banda el tostado pecho— y que merodeaba por allí tirando piedras a una tagua que nadaba en las aguas del río, penetramos en el despacho aquel.

Nos recibió el patrón, hombre ya canoso, con muchas muestras de regocijo y satisfacción. La llegada de dos forasteros, bien montados y vestidos, es demasiada novedad y emoción para un solo despachero en aquella zona solitaria.

Mientras mi compañero renegaba de los viajes a caballo, de las duras monturas y de las polainas, andando por el desigual piso de tierra y enredándose en las espuelas, yo, ya instalado en una amplia silla de paja, echado atrás a lo burrero, lanzaba una ojeada de curioso por aquel interesante interior. Ignoraba si aquel negocio se llamaría: «El arca de Noé del comercio», pero seguramente se merecía tal nombre, pues en sus estantes había las más diversas y extraordinarias mercaderías. No quiero enumerarlas porque resultaría fatigoso. Solo diré, como un detalle de aquel amontonamiento inverosímil, que al lado de un queso que tendría

unos treinta centímetros de altura y un diámetro fabuloso, se encontraba un par de estribos de madera, dibujados con todo el primor que un rudimentario sentido del dibujo y del adorno había permitido al oscuro obrero que los hiciera. Después, tantas y tantas cosas que parecían asustadas de encontrarse vecinas… Pero lo que más llamó mi atención…

—¿En qué les puedo servir, señores? —interrogó el dueño de aquella pequeña babel.

—Vamos a ver, Segundo; si ya ha terminado de desahogar su mal humor nos pondremos de acuerdo sobre el menú.

—Espérese, compañero; estoy peleando con estas dichosas espuelas… Dígame, patrón, ¿cómo diablos se desabrocha esta correa?

—Parece que el señor no es muy de a caballo —observó el viejo —. Permítame, yo lo ayudaré.

—Preferiría andar cien veces a pie antes que a caballo; si no fuera porque ya nos falta poco, lo dejaría irse montado y yo me iría tranqueando de atrás.

—Llegaría un mes después…

—No lo crea, amigo; en la carrera larga el burro gana.

—Así será; bueno, patrón, nos va a traer…

Encargamos una lista de circunstancias, en la cual el queso, la cebolla y el charqui hicieron casi todo el gasto. Salió el viejo y yo continué mi inspección, mientras mi amigo paseaba de un lado a otro con su paso de gimnasta aborrecedor de todo medio de locomoción.

Pero aquel objeto…

Me levanté para contemplarlo de cerca, movimiento que aprovechó mi amigo para instalarse en la silla. Era un bonete maulino, de color amarillo claro, salpicado de manchas rojas, desiguales, dobladas las alas hacia arriba y con un fiador negro amarrado a ellas. En la oscuridad parecía alargarse su parte superior, de forma cónica, en donde una cinta negra formaba un lazo doble de rosa. El objeto no tenía nada de extraordinario, pero me pasaba con él lo que con tantas cosas que pasan inadvertidas para el ojo que no hace más que mirar: despertaba mi imaginación. Allí en la sombra, que ya había entrado a oleadas por la puerta que daba al camino, y debajo del bonete, me parecía ver el rostro del

dueño probable de aquella prenda: un rostro puro de mestizo, moreno, de dientes blanquísimos y bigote negro, rostro típico que se da en las repúblicas sudamericanas, desde México hasta Chile y desde Cuba hasta la Argentina y Brasil, rostro de domador de potros o de campañista, de cholo o de huaso, de llanero, de gaucho o de charro mejicano y que siempre termina con un pañuelo en el cuello y una manta de vivos colores sobre los hombros.

En ese instante entró el viejo con una lámpara y el rostro se desvaneció ante mí.

—¿Qué está mirando, patrón? ¿Ese bonete maulino?

—Sí, lo encuentro interesante… Pero, dígame, ¿esta prenda solo se usa en las provincias del Maule?

—No, señor; se usaba mucho antes, en todas las provincias del sur, desde Colchagua o más al norte, hasta quién sabe dónde; pero hoy no, y si alguien lo lleva todavía es en las montañas o en los pueblos que están lejos del ferrocarril. Cuando yo era joven ya era mal mirado el usar esa prenda y al que tal hacía las mujeres lo llamaban: «Huaso bonetudo».

—¿Por qué no me lo vende?

—Si no es para vender, señor.

—¿No?

—No; esa prenda tiene su historia y a causa de ella mi despacho se llama el «Despacho del bonete».

—¡Hombre, qué curioso! ¿Por qué no nos cuenta esa historia mientras nosotros comemos? —terció mi amigo Segundo.

—Con mucho gusto, patrón… Voy a ver si la patrona ha preparado lo pedido.

Volvió al momento, y en una mesa que pretendía mantenerse firme en el desigual pavimento, pero que solo lo conseguía a medias, nos sirvió el yantar criollo, sobre el cual nos arrojamos decididamente.

—Vamos a ver esa historia, amigo.

—No es una historia, patrón, sino un hecho cierto que sucedió en este camino y casi en esta misma casa. El bonete que ha llamado su atención perteneció a un minero, a quien llamaban Bonete a causa de esa prenda. Un día, por un motivo o por otro, ese minero se echó al hombro a un compañero, es decir, lo mató, y huyendo de la justicia que lo perseguía anduvo merodeando por los montes que

rodean a Talca. Como el pueblo es chico, o era chico en ese entonces, la gente se enteró pronto de que en los alrededores de él se ocultaba un hombre a quien la policía deseaba encontrar; sabían, además, la falta que había cometido, y como a quien ha hecho un crimen la gente le supone aptitudes y condiciones para cometer otros, no hubo después homicidio, salteo, robo o avería que no fuera cargado a la cuenta del Bonete. Claro es que el hombre, después de todo esto, sabiendo que cualquier delito que se cometiera en Talca le sería inculpado a él, no tendría muchas ganas de caer en manos de la policía; y si al principio de su desgracia pensó alguna vez en entregarse, esa intención la desechó después, al considerar que no tendría medios para probar su inocencia en los delitos que no había cometido. Y resolvió mantenerse en libertad, trabajando a escondidas, viviendo de la caridad de algunos buenos amigos y, cuando eso faltábale, robando. Pero una vez, en el camino de Pencahue, la policía le echó el ojo y lo siguió; le dispararon algunos tiros para intimidarlo o para matarle el caballo, y él hizo lo mismo con sus perseguidores, sin ánimo de herirlos. Pero el pobre hombre tenía tan buen pulso, que aun corriendo y disparando por encima del hombro, tuvo la mala suerte de sacar librecito del caballo al sargento que iba mandando la patrulla, y pudo arrancar… Pero desde entonces…

—Por favor, Segundo, no se coma todo el pan…

—… desde entonces no hubo descanso para el pobre Bonete y su vida ya no fue vida, sino un constante sobresalto que al fin terminó trágicamente. Una tarde, perseguido de cerca por la policía, llegó a este despacho, muerto de hambre y de sed. Mi padre le dio de comer y de beber; lo conocía y lo apreciaba mucho; juraba que el Bonete era incapaz de hacer nada malo, fuera de aquella fatalidad inicial, tal vez debida al alcohol… Mientras comía sintió a lo lejos el galope de los caballos de sus perseguidores y salió corriendo hacia el camino.

—Quédate, Bonete, yo te esconderé —le gritó mi padre.

—No, patrón, no quiero que por mi culpa le pase algo a usted. Estoy cansado de esto, pero no quiero entregarme; antes preferiría morir.

Saltó sobre su caballo y, agachado sobre el pescuezo del animal, huyó camino abajo. Su bonete, que no alcanzó a ponerse, quedó

sobre la mesa en que había estado comiendo. Un momento después pasó la patrulla, en medio del ruido de sus sables, haciendo temblar el suelo. Lo habían visto salir y se fueron sobre su rastro como una bandada de aguiluchos hambrientos. Al poco rato se sintieron detonaciones de armas de fuego y al cabo de una hora volvieron los milicos trayendo dos cuerpos atravesados sobre el lomo de un caballo, el del Bonete y el de un policía, los dos muertos… Ese es todo el cuento, patrón.

Ya había oscurecido completamente. Quedamos un rato silenciosos, y después mi compañero y yo nos levantamos para continuar nuestro viaje. Le pedí nuevamente al viejo que me vendiera el bonete y se negó de nuevo, alegando que esa prenda era como un rótulo de su negocio y otros argumentos más. Apelé a diversas metáforas con el ánimo de aturdirlo, y después de mucho logré convencerlo, concluyendo él por cederme el bonete en una suma de dinero que seguramente creyó exagerada, pero que yo juzgué modesta.

Nos despedimos y montamos, siguiendo al paso de los caballos, pues mi amigo Segundo no galopa aunque le paguen. Había salido la luna y cerca del camino el Claro se deslizaba silencioso.

—¿Y qué va a hacer con ese bonete, compañero?

—Lo compré para usarlo cuando me dedique a salteador.

—¡Qué salteador más interesante haría! ¿Por qué no se lo pone?

—No; no vaya a ser cosa que el alma del finado Bonete se presente a pedirme que le devuelva su prenda…

Y en ese instante se me vinieron a la memoria los versos de la tonada popular, que canté con la horrible voz que poseo, afirmado en los estribos y en medio de la noche que ascendía con el croar de los sapos talquinos:

¡Hácele, Pancho Panul;
hácele, José Vicente,
con ese bonete azul
y ese pantalón celeste!

Días después regresé a Santiago y la noche de mi llegada, revolviendo y arreglando mi equipaje, encontré el bonete, que ya tenía casi olvidado. ¿Dónde ponerlo? Di una vuelta por mi

habitación buscando un lugar apropiado para colocarlo, pero no encontré ninguno. Guardarlo era tonto; resolví colgarlo en la pared, encima de una repisa estilo renacimiento español, y como un clavo no le daría carácter, busqué entre mis recuerdos de vagabundo la vieja daga con que el Cachorro mató al sargento Chaparro en el túnel grande del Trasandino; afirmé el bonete en la pared y lo clavé en ella con esa arma. Allí quedó.

Y esta narración, que todavía no es tal, quedaría terminada aquí, con el consiguiente descontento de todos, si al día siguiente mi madre, al servirme el desayuno, no me hubiera preguntado, sorprendida:

—¿Y ese bonete, hijo?

—Lo compré en un viaje de Talca a Constitución, mamá…

Lo miró durante un largo rato, diciéndome luego:

—Pero, mira, si es igualito al bonete que usaba Don Leiva.

Mi madre tiene en su cabeza tantas historias como canas y cualquier cosa antigua despierta en ella viejas reminiscencias del pasado; parece haber heredado el sentido de la lejanía y el recuerdo en el tiempo y en el espacio que poseían los conquistadores españoles y que su hijo ha recibido intacto. Así, pues, sospeché que me quería contar alguna historia, y haciéndome el indiferente, actitud que a ella la anima, aunque en el fondo regocijado por la perspectiva de una narración, le pregunté:

—¿Quién era Don Leiva, mamá?

—¡Ah! —me contestó—. Don Leiva era un hombre muy célebre…

Le llamaban Don Leiva, simplemente, y era un hombre alto, musculoso, de rostro moreno y brillante, labios gruesos y rosados de persona alegre. Los recuerdos de mi madre no alcanzan hasta la primera juventud de este personaje. Siendo joven, su padre lo envió a Santiago, como empleado de un convento, o como postulante, no recuerda bien. Pero Don Leiva tenía la sangre caliente y gorda como el primer caldo que da la uva y no podía durar mucho tiempo en un ambiente conventual. A poco de estar allí se escapó una noche con un corista de la iglesia y buscando dónde alegrarse fueron a dar a una casa de diversión, en la que estuvieron encerrados durante siete días. En el convento el escándalo fue grande. Concluidos los pesos

que tenían enviaron a una persona allí con el recado de que necesitaban ropa y dinero y que, en caso de negativa, ellos contarían ciertas cosillas que sabían y habían visto en el convento. No se sabe la contestación que tuvo tan despechugado mensaje, pero el caso fue que a los pocos días se apareció Don Leiva en Talca, igual que se había ido, alegre y mentiroso; el convento acentuó en él el tono jovial. Su padre no lo admitió en la casa, y Don Leiva, para poder atender a sus gastos, se vio obligado a aprender un oficio. Siguiendo sus inclinaciones, se hizo zapatero. Trabajaba muy poco, pues nunca faltaba un amigo que en trance de diversión o con motivo de celebrar alguna fiesta íntima se acordara de él y dijera:

—Vayan a buscar a Don Leiva.

Iba una comisión de bulliciosos borrachos y entre risas y gritos sacaba a Don Leiva de su banca; él aparentaba resistirse, pero al fin cedía con más ardimiento que el que se podía esperar de un convidado reacio.

—Estos niños no me dejan vivir —decía.

Don Leiva era muy buscado y estimado por la gente de hábitos un tanto o demasiado irregulares, pues su buen humor era inagotable; las mentiras brotaban de él sin esfuerzo alguno y las frases graciosas y los chascarros formaban su conversación habitual.

No pudo jamás trabajar en una tienda, pues su falta de cumplimiento en el trabajo era famosa. Decíanle, por ejemplo, un día martes en la tarde:

—Oiga, pues, Don Leiva, no vaya a faltar mañana; ya ve que estamos tan atrasados.

—¡Cómo se le ocurre, Don Queco! Mañana tempranito estoy aquí.

Se aparecía el día sábado a cobrar los dos días que tenía trabajados.

—Pero, Don Leiva, por diosito, ¿no le dije que no me faltara el día miércoles?

—Mire, patrón, le juro que tenía todas las intenciones de venir, pero va a ver lo que pasó: venía atravesando el puente, cuando me encontré con mi compadre Antuco.

»—¿Para dónde vas, Leiva? —me preguntó.

»—Voy a trabajar, compadre; tenemos un trabajo atrasado en la tienda.

»Entonces empezó a decirme que no fuera, que en su casa estaban celebrando un cumpleaños, que tenía un cordero, tres damajuanas de vino, en fin; a otro menos tentado que yo lo habría convencido enseguida; pero yo me le puse firme y empezamos a discutir. En eso estábamos cuando aparecieron Marcos, Miguel y Juan con una damajuana de vino y un embudo. Iban para la casa de mi compadre… En cuanto Antuco los vio, les gritó:

»—¡Niños, ayúdenme a convencer a Leiva para que no vaya a trabajar!

»Pero los otros no quisieron discutir conmigo, sino que me agarraron entre todos, me tiraron al suelo, me abrieron la boca a la fuerza, me metieron en ella el embudo y empezaron a echarme con la damajuana… Y yo, pues, señor, como la vida es tan amable, a pesar de todas las pellejerías que pasa el pobre, tragaba y tragaba para no ahogarme; hasta que quedé listo…

Poseía Don Leiva esa gracia picante, mezcla de malicia y rústica ironía, que florece a veces en los labios de la gente del pueblo.

—Cuéntanos alguna mentira, pues, Leiva —le decían.

—¡Qué, compañeros, ya estoy dejado de tonteras! Cuanto más que todavía no se me pasa el susto que tuve la otra noche en casa de la María de los Santos…

—¿Qué te pasó? Cuenta, pues.

—Que yo no sabía que era bruja…

—¿Es bruja?

—¡No te estoy diciendo…! Yo andaba templado de ella; cierto es que ella es casada y que Ño Espina es amigo mío, pero me miraba tanto y me hacía tantas musarañas con los ojos y con todo el cuerpo que al fin me animó y empezamos a platicar en serio. Hasta que el otro día me dijo:

»—Mi marido fue a Panguilemo; anda a verme esta noche…

»Fui yo, y al poco rato de estar allí me dijo:

»—¿Quieres que volemos, Leiva?

»—Volemos —le dije, creyendo que se trataba de una broma. Pero ¡qué broma, compañerito! Me llevó para la cocina, de entre las ollas sacó una cajita llena de una pomada negra, se untó un dedo en ella y me dijo:

»—Cierra los ojos.

»Y me pasó el dedo untado por la cara, haciéndome una cruz. Al principio no sentí nada, aunque me pareció que me había achicado.

»—¿Puedo abrir los ojos?

»—Ábrelos, no más.

»Los abrí y vi que ella había crecido como un metro. ¿Qué diablos es esto?, dije yo. ¿Es ella la que se ha agrandado o soy yo el que me estoy achicando? Me miré las piernas y no las encontré por ningún lado; miré un poco más y, ¡por la madre, amigo!, casi me caí muerto del susto.

—¿Qué te había pasado?

—¡La bruja me había vuelto pavo!

—¡Ja, ja, ja! —berreaba el coro de borrachines.

—No se rían todavía… Ella también se volvió pavo, salió al patio y yo detrás de ella con las piernas que se me doblaban. Me dijo:

»—Ahora, si quieres volar, grita junto conmigo: "¡Sin Dios y sin Santa María!".

»—Bueno —le dije.

»Abrió las alas, gritó: "¡Sin Dios y sin Santa María!", y se las echó volando. Yo no me animé a gritar lo mismo, porque como soy tan creyente en Nuestro Señor, me pareció una herejía decir eso. Grité: "¡Con Dios y con Santa María!". Abrí las alas, me levanté un poco del suelo y caí de cabeza encima de una artesa; grité otra vez y me di otro costalazo. Y allí me pasé toda la noche, a cabezazos con las murallas, hasta que amaneció. Yo creo que ella se olvidó de mí porque no apareció por ningún lado. Esto no habría sido nada; lo malo fue que llegó el marido y fue para adentro y me vio.

»—¿Y este pavito, hija?

»Ella se asustó un poco, pero al fin contestó:

»—Lo compré ayer.

»—Parece que está un poco triste; habría que matarlo antes de que se enferme…

»Yo que oí esto, salí caminando con mis pasos muy lentos, como debe caminar un pavo, y me metí debajo de una mesa grande, listo para arrancar.

»—No, hay que dejarlo que engorde un poco.

»—Vamos a echarlo al gallinero, entonces.

»Él que me mete al gallinero, cierra la puerta y se va, y las

gallinas que se me vienen encima y casi me matan a picotones. Me dejaron arrinconado y todo dolorido, con el moco tan largo, sin ánimo de moverme… Allí pasé todo el día y cuando ya fue bien de noche empecé a desplumarme a picotazos. Las plumas del cogote y las de las alas no me dolieron mucho, ¡pero cuando llegué a los cañones de la rabadilla…! Al fin me las arranqué todas y me dije: ¡Qué diablos!, voy a decir las palabritas aquellas. Grité: "¡Sin Dios y sin Santa María!". Al momento me volví hombre, pero en ese instante venía Ño Espina entrando al gallinero, me vio, y creyendo que era un ladrón agarró un palo y enderezó como un longino para donde yo estaba. Arranqué a perderme… ¡Me hubiera visto, compadre, corriendo desnudo por la calle y con aquel animal a la siga volviéndome loco a garrotazos…!

De historias como esta, Don Leiva, según su propia expresión, tenía un saco lleno.

Así vivió durante muchos años, gastando su juventud y derrochando su picaresca alegría. Pero llegaron para Don Leiva los días de la madurez y con ellos las horas de reflexión, durante las cuales vio enfriarse un poco su anhelo de diversión, y sintió el deseo de regularizar su existencia.

Poco a poco fue retrayéndose y, con gran extrañeza de todos sus compinches, se enamoró, sentimiento nuevo en Don Leiva, que siempre había dejado que se enamoraran de él, y que acusaba un franco cambio en su vida. Se casó. Y al día siguiente de su boda, que fue celebrada casi en silencio, se levantó temprano, barrió su tallercito, arregló sus útiles de trabajo, se puso un delantal limpio, se sentó en el pisito delante de su banca, enlazose la pierna con su tirapié hecho de una lonja de cuero crudo de novillo, puso la plancha sobre la rodilla, levantó el martillo, y la casa y la calle en que vivía se llenaron de martillazos claros, alegres, rítmicos, que indicaban una voluntad y una decisión… Don Leiva trabajaba.

¡Adiós juergas en la noche, en el alba y en el atardecer, cuecas apretadas y picantes, tonadas alegres o tristes, jarros de vino chispeante, sueños profundos de dulzura y despertares sedientos! Hasta su puerta llegaban los ecos de las parrandas, y sus amigos de

antaño, los días lunes, se paraban a mirarlo.

—¡Chis! Trabajando día lunes… Usted ya no respeta ni al santo, Don Leiva… ¡Bienhaya el rotito!

Y se iban, afirmándose en las paredes, con los ojos chiquititos de la borrachera.

Durante muchos años, los transeúntes vieron a Don Leiva inclinado sobre su labor, trabajando incesantemente, y él vio, sentado en su piso, cómo los días amanecían y atardecían sin variación alguna. Los niños se hicieron hombres y los hombres envejecieron. Sus hijos, única distracción de su vida y de su hogar humilde, aprendieron a andar agarrados a los bordes de su banca, hablándole en su media lengua infantil e intentando comerse las tachuelas.

La mujer de Don Leiva, Rosa, era una mujer apacible y dulce, de ojos húmedos, silenciosa, que lloraba apenas él alzaba un poco la voz y que nunca ocupó en la casa más lugar que el que ella creía corresponderle, dedicada por entero a criar sus hijitos y a cuidar de aquel hombronazo que tenía por marido.

Así transcurrió mucho tiempo, hasta que un día Don Leiva descubrió que se estaba haciendo viejo. Se sentía cansado y como vacío. Aunque poseía siempre esa gracia que le había hecho querido en las bulliciosas rondas de la juventud, en ella se notaba ahora cierta acritud, algo como un zumo amargo que el tiempo había ido filtrando en su espíritu de antaño.

Los días, que antes eran para él como frutas jugosas, se tornaron grises y secos, sin alternativas, rodando como nueces vacías en la bolsa del tiempo.

Admirablemente dotado de toda clase de cualidades, si el deseo de trabajar y surgir se hubiera revelado en él durante la juventud, habría sido otro hombre del que era entonces. Era simpático, tenía una viveza mental poco común en individuos de su clase, la cual le permitía comprender y juzgar rápidamente todo lo que veía o se le contaba; sus modos de expresión al hablar y accionar atraían agradablemente; era afectuoso, se hacía querer y tenía, después de todo, una gran fuerza y agilidad que, junto con su gracia criolla, se había hecho famosa entre los más guapos pendencieros de la ciudad.

Pero hijo de una tierra soleada, donde la cigarra canta a morir

en las tardes de la trilla, donde las viñas crecen cargadas de racimos y el espino perfuma con su olor penetrante las horas doradas de la siesta, el principio de laxitud que había en él, una como especie de lentitud en el alma y en el cuerpo, de dejadez y de cansancio, herencia de raza tal vez, se acentuó en sus tiempos mozos, atenuando su principio de acción y haciéndole olvidar el futuro de su vida.

Y ahora, bordeando los cuarenta años, revisaba su pasado y procuraba adivinar su porvenir, presintiendo que su vida terminaría tal como se deslizaba en el presente: trabajando sin descanso y siempre pobre, viendo crecer a sus hijos en medio de la pobreza de su hogar, envejeciendo él junto a su compañera, sin ninguna perspectiva de prosperidad y bienestar.

¡Ah, si hubiera podido empezar de nuevo…! A la reflexión de antes sucedía ahora la angustia y le acometían instantes de desesperación, durante los cuales permanecía inmóvil, inclinado sobre su labor, sin pensar, sintiendo que algo descendía incesantemente en él. Suspiraba, a veces hasta quería llorar. Hasta que una tarde no pudo más. Se levantó bruscamente, tiró su delantal, se vistió y salió hacia la calle. Su mujer, que ya se había percatado de su malestar, se sobresaltó:

—¿Adónde vas, Francisco? —le preguntó.

Contestole él con un encogimiento de hombros.

«Con tal que no le dé otra vez por el trago y la diversión», pensó Rosa. Y lo miró desaparecer a lo lejos, tan alto, macizo, con su andar firme de macho, por quien ella sentía más que nada un gran afecto maternal y junto a quien se sentía tan segura.

Don Leiva había conocido años atrás a dos hermanos, Segundo y Marcos Segovia, camaradas suyos un tiempo en las horas de diversión, cuyos modos de vida eran un tanto misteriosos; desaparecían a veces de la ciudad por un largo tiempo y tornaban después, sin que nadie supiera el motivo de esas ausencias. No ejercían ningún comercio visible ni se dedicaban a un trabajo especial. Sin embargo, tenían buenos caballos, vestían bien; poseían un rancho en el barrio del Arenal y nunca les hacía falta dinero, siendo muy generosos y voltarios con los amigos. Don Leiva habíales dicho un día, en tono de broma:

—Díganme, pues, niños, dónde tienen la mina, para ir a pirquinear un poco…

—¡Qué mina, compañero! ¡Ojalá…!

Y no añadieron ninguna otra palabra que diera un poco de luz a Don Leiva.

Segundo, el menor de los dos hermanos, era un hombretón cuadrado, no parecía ni más ancho ni más alto, moreno, duro, fornido. Marcos tenía el mismo tipo, pero era más gordo, con un vientre que la faja roja apenas podía contener. A casa de ellos se dirigió Don Leiva aquella tarde. No tenía la menor noción de lo que iba a hacer y decir en presencia de los Segovia, y su idea de visitarlos obedecía a un impulso inconsciente, a un oscuro presentimiento de que ellos podrían orientarlo o ayudarlo a levantarse de una manera más rápida que la que le ofrecía su trabajo de zapatero.

Los Segovia lo recibieron con extrañeza, pues era la primera vez que Don Leiva iba a casa de ellos con esa cara tan seria y esos ojos tan poco alegres. Además, no había por medio ningún motivo, ya que no existía el del trago, que pudiera justificar su visita. Por otra parte, hacía mucho tiempo que no se veían ni trataban y sus relaciones habíanse enfriado bastante.

Pero Don Leiva no estaba para fijarse en esos detalles y poco a poco, tropezando con las palabras primero y más sereno después, expuso a los Segovia sus angustias de hombre pobre, su miseria constante a pesar de su trabajo continuo, toda la tragedia íntima de su vida de hombre cercano a la vejez, concluyendo por pedirles que lo ayudaran, no con dinero, sino que por medio de consejos, indicándole un derrotero, un desecho, un camino más corto para conseguir un poco de bienestar económico. Él era bastante hombrecito y no se asustaría si la labor era ruda y peligrosa, o si había que pasar privaciones. Les decía esto porque Don Leiva siempre creyó que los hermanos tenían una mina situada cerca del Maule o en el interior de la cordillera, la que trabajarían a escondidas.

Pero Marcos Segovia sacolo del engaño. Pausadamente, mientras Segundo tamboreaba con las manos sobre una mesa, él, recortando con los dedos la hoja de su cigarro, que siempre se prendía más de un lado que de otro, le dijo:

—Mire, Don Leiva, usted es bastante grandecito y yo no tengo miedo de decirle la verdad… Además, en este mundo cada uno mata su toro y se lo come solo. Usted cree que nosotros somos mineros o contrabandistas, y está equivocado. No se asuste si le digo que somos ladrones y nada más; unas veces cuatrereamos y otras salteamos, y así vamos tirando la rastra. Si usted cree que esto le puede convenir, no tenemos inconveniente en trabajar con usted. Piénselo bien, porque esto es delicado, o busque otros medios. Nosotros no tenemos más que el que le digo.

Don Leiva no había contado con esto y la revelación lo desconcertó un poco. Prometió volver y se fue. Se fue y volvió, se fue y volvió muchas veces antes de decidirse. Iba donde los hermanos y allí permanecía largas horas, hablando de cosas indiferentes, contando sus graciosas historias, ya casi olvidadas. Segundo y Marcos se reían a gritos, mientras que él, al final de sus cuentos, se quedaba taciturno y pensativo; ellos no tenían angustia alguna, pues sus vidas eran claras y definidas. En cambio, qué distinta la de él… Procuraba animarse pensando que quizá no sería tanto el riesgo o el pecado, en que tal vez bastaría con una sola vez… En fin, no sabía qué resolver, hasta que la enfermedad de uno de sus hijos vino a decidirlo. Fue donde los Segovia a comunicarles su resolución y ellos lo citaron para la noche siguiente.

Y durante todo ese día y el que siguió a ese vivió en un estado de fiebre, como desorientado, sintiéndose culpable antes de cometer ningún delito, perseguido por una inquietud que aumentaba a medida que se acercaba la hora.

En la tarde fue a casa de su compadre Hilario y entre titubeos y sonrisas que querían ser joviales, pero que en realidad eran muy tristes, le comunicó su resolución. El compadre Hilario se quedó de una pieza, como quien ve visiones, asombrado por aquella salida inaudita. Intentó disuadirlo, pero Don Leiva le cortó el discurso, diciéndole:

—No me diga nada, compadre, porque ya estoy cuadrado con la suerte y ella me ha de acompañar o me romperá la cabeza, pero no echaré pie atrás. Lo único que le pido es que, si me pasa algo, cuide de mis huachitos hasta que crezcan un poco más. Yo le traeré a usted el dinero que junte en mis correrías y así le será más fácil atenderlos, en caso de desgracia mía.

Al principio las cosas marcharon espléndidamente; el trabajo era fácil y resultaba casi entretenido. Don Leiva continuaba atendiendo su trabajo, aunque no con la constancia de antes; trabajaba de preferencia a la hora en que la calle donde estaba su casa era más transitada y procuraba no pasar inadvertido, conversando con los transeúntes, diciéndoles gracias, invitándoles a entrar en su taller y convidándoles con tal o cual golosina. Parecía haber vuelto a sus buenos tiempos.

Llegada la noche, cerraba su taller y desaparecía. Iba donde los Segovia, se ponía una manta, un bonete inclinado sobre los ojos, y ya con Segundo, ya con Marcos, montaban a caballo y se dirigían a distintos sitios. Hacían largas marchas, pero invariablemente estaban de vuelta al amanecer, trayendo el producto de sus correrías, casi siempre animales, especialidad de los hermanos Segovia, que vendían a personas de cierta posición en la ciudad, quienes no ignoraban el origen de lo que compraban. Así transcurrían los días, plácidamente, sin más sobresaltos que los naturales en esta clase de operaciones.

Hasta que un día entre los días apareció ante Don Leiva el primer peligro de esa carrera que había elegido como la última que le quedaba. Habían robado cuatro caballos finos y regresaban tranquilos, creyéndose libres de sorpresas, cuando, en medio del galope de los animales, Marcos Segovia, que tenía el oído acostumbrado del cuatrero, sintió algo que le hizo refrenar violentamente su cabalgadura, obligando a detenerse a Don Leiva, que venía más atrás trayendo de tiro los caballos robados. Escucharon y sintieron un galope que se detuvo instantes después.

—Nos vienen siguiendo —dijo Marcos.

—¿Siguiendo? No esté payaseando… —dijo Don Leiva, un poco asombrado. ¡Le parecía tan raro que alguien se diera el trabajo de seguirlos!

—Sí, pues, señor, si ese que viene detrás no nos viniera siguiendo no se habría detenido casi al mismo tiempo que nosotros.

El argumento era concluyente.

—Sigamos otro trecho.

Galoparon furiosamente unos cien metros y se detuvieron casi en seco, haciendo manotear en el aire a los caballos. Se escuchó de nuevo el galope, que inmediatamente se dejó de oír. No había duda,

alguien venía siguiéndolos.

—¿Qué hacemos?

—Marchemos al paso.

Siguieron al tranco de los animales, deteniéndose continuamente y escuchando. El hombre que venía detrás se detenía también. De este modo, caminando y parándose, empezó a amanecer. Cuando ya hubo bastante claridad, hicieron alto al final de una recta del camino, que en esa parte ascendía, y miraron hacia atrás. A una distancia de ciento cincuenta pasos, un hombre a caballo, detenido en medio del camino, los miraba fijamente, procurando adivinar sus movimientos y sus intenciones.

—Parece que es el rondín del fundo.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? Seguir.

—¿Y por qué no le dejamos los caballos y nos vamos solos?

—¡Ave María! ¿Qué está diciendo, Don Leiva? ¿Dejar los caballos? ¿Tiene miedo, compañero?

—No, miedo no, pero… —y Don Leiva se detuvo, avergonzado, no sabiendo qué responder a una pregunta tan directa.

—Sigamos, amigo; de algún modo nos libraremos del hombrecito ese… Si le dejáramos los caballos nos seguiría lo mismo. ¡Pero si será tonto! Los caballos no son de él, sabe que le puede pasar algo malo con nosotros, y nos sigue no más… Espérese, compañero, lo vamos a asustar un poco en cuanto se descuide…

Continuaron adelante y el hombre detrás, sin perderles pisada, hasta que Marcos se impacientó. Cuando llegaron a un estero que cortaba el camino, se escondió detrás de unos espinos, le dijo a Don Leiva que siguiera adelante con los animales, preparó su trabuco y cuando sintió que el hombre venía cerca, salió al camino y levantando su arma le gritó:

—Oiga, hermanito: hasta aquí lo hemos aguantado, pero ya es bastante. ¡Si usted atraviesa el estero, su caballo va a tener que volverse solo!

El pobre hombre, aturdido con aquella sorpresa, no le contestó una palabra. Marcos volvió su caballo y marchó tranquilamente, aunque mirando de reojo. Caminado un trecho se volvió y vio que el hombre avanzaba, encontrándose ya en mitad del estero. Apuntole y disparó.

Don Leiva sintió el disparo y se detuvo, alzose sobre los estribos y vio que el caballo del perseguidor volvía grupas, asustado por la detonación, y huía. El hombre había caído al agua. Sintió que el corazón se le encogía… Ya había un muerto detrás de él.

Al instante se le reunió Marcos, quien por todo comentario dijo:

—Nunca ha habido un intruso que la haya sacado bien.

Ya estaban cerca de Talca y se separaron, llevándose Marcos los caballos.

Durante varios días Don Leiva no se movió de su taller; se sentía abatido y creía que de repente llegaría la justicia a buscarlo; veía ante sus ojos el caballo que huía, el hombre debatiéndose en el agua verdosa del estero, el rostro casi beatífico de Marcos después del asesinato; en fin, estuvo una semana asustado e inquieto, sin atreverse a salir de su casa.

Al fin de varios días, Marcos Segovia lo mandó llamar. Fue Don Leiva y su sorpresa fue grande al encontrar el rancho de los hermanos Segovia lleno de gente desconocida, de todos los aspectos y cataduras, hasta una mujer con un niño pequeño en los brazos. Marcos lo llevó a un lado y le dijo:

—Estos niños no son de aquí y solo han venido a convidarnos para un trabajo que nos puede llenar de plata hasta los bonetes. No es asunto peligroso, pero hay que ir decidido a todo. Si quiere ir, lo llevamos. Puede ser la última vez que nos metemos en esto.

Don Leiva aceptó y lo citaron para la noche.

Salió del pueblo la caravana, dividida en parejas, con la consigna de reunirse en un punto determinado. Iban todos armados, especialmente de armas de fuego, pues, según expresión de Segundo, se «tostaría el morocho», es decir, tendrían que hacer uso de ellas.

A Don Leiva tocole como compañero de viaje Segundo Segovia. Delante de ellos iban ya dos parejas, cerrando la marcha Marcos, tan risueño y tranquilo como siempre, acompañado de un jovencito a quien llamaban Medias de Seda, apodo derivado de quién sabe qué aventura o detalle personal.

Era la noche de luna, pero unas nubes que el viento llevaba y traía oscurecían a veces la claridad del paisaje, sumiéndolo en una penumbra favorable. A ambos lados del camino se alzaban álamos,

semejantes a centinelas que guardaran la tranquilidad de la ruta.

Durante el trayecto, Segundo contó a Don Leiva numerosas aventuras, casos de robos, salteos, peleas, huidas y prisiones que había tenido con su hermano y otras en que ellos no habían actuado, pero que conocían, y entre las cuales había desde un simple desvalijamiento callejero hasta el homicidio con desollamiento del rostro. En un tiempo hubo, entre la gente de vida trágica de esa región, la costumbre de desollar la cara del asesinado para evitar su reconocimiento, costumbre esta que les valió el apodo de «maulinos pelacaras», apodo terrible que los bandidos ostentaban con orgullo y que infundía respeto hasta a los hombres de más coraje.

Creía Segundo que Don Leiva se admiraría de tales historias y se sobrepondría a su aparente abatimiento, pero perdía el tiempo, porque, en primer lugar, Don Leiva no era cobarde, y después, porque tales hazañas, en vez de entusiasmarlo, repugnábanle. Si aquella marcha en la noche, a través de cerros y caminos poco transitados, no hubiera tenido el fin que tenía, otra fuera su actitud, pues en muchos casos había demostrado su arrojo y seguro estaba de que, llegado el caso, ninguno de sus compañeros de aventuras resistiríale un apretón bien dado. Lo angustioso para él era el robo con violencia, la rapiña brutal, el homicidio frío y casi siempre inútil. Si se hubiera tratado de una venganza, de una sorpresa a enemigos bien armados, o de una aventura de cualquier otra índole, él iría adelante, alegre, animoso, riendo con sus dientes blancos y su rostro redondo y brillante. Pero otra era la tonada y no tenía más remedio que seguirla, procurando sacar el mayor provecho de la brutalidad que cometerían, sin mezclarse él, en lo posible, en los actos de fuerza que se desarrollarían. Sería su última aventura, casi lo había jurado y a ella iba esperanzado con las palabras de Marcos: llenaremos de plata hasta los bonetes.

El camino se desvió de pronto y alejándose del río pareció querer internarse en la montaña, pasando por frente a casas silenciosas, cuya blancura resplandecía bajo la luz lunar; casas de los dueños de las viñas que se extendían a los lados del camino.

Conversando a ratos y a ratos silenciosos marchaban cuando vieron unos bultos que se movían en la sombra. Se detuvieron y un hombre montado avanzó hacia ellos diciéndoles:

—¿Eres tú, Segundo?

—Sí, Don Jecho, nosotros somos…

—Bien, ya hemos llegado; esperemos a Marcos.

Este llegó pronto.

—¿Qué hubo, niños, hay moros en la costa?

—No; ya estamos cerca, compadre; la casa está un poco más adelante.

—Usted manda, Don Jecho; diga lo que haremos.

—Bien… Oye, Medias de Seda… Anda a echar una aguaitada hasta la casa. Mira bien.

Fue y volvió pronto el joven, diciendo que todo estaba tranquilo.

—Vamos.

Don Jecho dejó dos hombres vigilando el camino, separados de modo que la casa quedara en medio y con la orden de que cuando la partida entrara en ella se vinieran a hacer guardia en el frente y en el fondo. Siguieron los seis restantes hasta llegar a la casa principal del fundo. Sus ventanas y puertas estaban abiertas, algunas iluminadas, y la luz que salía de ellas esparcía una gran paz y tranquilidad en medio de la sombra que la rodeaba y que en ese momento era intensa, pues una gran nube negra se había detenido ante la luna.

—Esa ventana del medio es la del comedor y ahí está la gente ahora. La primera descarga hay que hacerla ahí y seguir disparando hasta que todo quede en silencio. Al que se ponga tieso, hay que darle el bajo. Hay pocos hombres, compañeros, y mucho oro. ¡Oro en petacas!

¡Oro en petacas! A más de alguno le brillaron los ojos en la sombra… Dejaron los caballos al cuidado de uno y los cinco restantes avanzaron silenciosamente. Llegaron a unos veinte pasos de distancia de la casa y se tendieron en el suelo, separados unos de otros por una distancia de tres metros.

—Atención —dijo Don Jecho, cuya voz era ahora un poco trémula—; Marcos, mientras nosotros nos ocupamos de los hombres, ocúpate tú de las mujeres.

—Yo me ocuparé de los gatos —musitó Don Leiva, a quien la proximidad del peligro había calmado bastante y que casi sentía deseos de bromear.

Esperaron un instante, durante el cual Marcos desahogó la risa

que le había causado la frase de Don Leiva; hasta que de pronto resonó fuertemente la voz de Don Jecho, mandando:

—¡Ahora!

Al primer disparo, los vidrios de la ventana grande volaron hechos añicos. Hubo después un breve silencio, roto por el ruido de las armas al cargarse, y enseguida se sintió un inmenso clamoreo formado por gritos de mujeres y voces de hombres dominando el tumulto.

Volvieron a disparar. Varias sombras que huían se reflejaron en los vidrios de las ventanas y algunas luces se apagaron. Desde las puertas dispararon los moradores hacia fuera, sin dirección. Los de la banda hicieron fuego sobre los defensores, silenciándolos.

—Vamos…

Se lanzaron hacia la casa y entraron en ella como un tropel de caballos, entre un chivateo espantoso, derribando los muebles y hundiendo las puertas a puntapiés, disparando sus armas sin cesar y profiriendo tremendas amenazas, cubriendo Don Leiva la retaguardia. Recorrieron la casa, furiosos, gritando como una indiada alzada, pero no encontraron a persona alguna; seguramente habían huido a refugiarse en la viña que se extendía a los pies de la casa.

Don Jecho se asomó a una ventana y silbó agudamente: era una señal para los que guardaban el camino, quienes se pusieron a rondar la casa, cada uno en sentido contrario al otro, encontrándose en cada vuelta. Don Jecho había organizado el golpe con toda matematicidad, no olvidando el menor detalle.

—¡A buscar, niños, a buscar! Usted, amigo, quédese aquí y encárguese de recibir lo que traigamos. Vaya haciendo ocho montones en la mesa.

Don Leiva, a quien fue dado este delicado cargo, barrió de un manotón lo que había encima de la mesa y se preparó a ejercer sus altas funciones. Y fueron amontonándose ante sus ojos atónitos diversos objetos de valor, joyas, armas, monedas de oro y plata, oro en polvo y en pepitas, todo lo que la rapacidad de los bandidos juzgaba digno de ser llevado.

Marcos Segovia, que se encontraba descerrajando un mueble con su daga, sintió de repente que un hombre, que había estado oculto detrás de una puerta, se le dejaba caer encima con la fuerza de una

tromba. Rodaron ambos por el suelo, y aunque Marcos tenía una fuerza de bruto, se encontró con que el otro no era ningún inválido. Lucharon un rato en silencio, jadeando, sin gritar para no perder fuerzas, hasta que en un momento de alivio pidió:

—¡Don Leiva, venga, que este baboso me la está ganando!

Acudió el llamado y cogiendo por la chaquetilla al desconocido lo levantó en el aire, estrellándolo después contra la pared, donde quedó inmóvil, acezando, asustado de la fuerza y la figura de aquel gigantón.

—¡Miren qué niñazo!

Marcos había encontrado su daga, perdida en la lucha, y se fue encima del hombre; pero Don Leiva lo sujetó por un hombro, haciéndole dar una vuelta en redondo con la violencia del tirón. Marcos, asombrado, lo miró:

—¡Chis…! ¿Qué le pasa, Don Leiva?

—No le haga nada a ese hombre.

—¡Déjeme, compañero!

Acometió de nuevo, pero Don Leiva se le puso por delante y Marcos se estrelló en él como contra un árbol.

—Déjese de leseras, Marcos. Si vuelve a las mismas lo voy a tirar por la ventana.

Marcos se dio cuenta de que Don Leiva hablaba en serio y, guardando su arma, le dijo:

—Está bien; después arreglaremos esto.

—Cuando quiera, Marcos…

Cogió al desconocido y dándole un empujón lo arrojó al interior de la pieza, amarrándolo enseguida.

En ese momento se oyeron voces de regocijo y alegría, y Don Jecho y otro hombre aparecieron en el comedor trayendo una petaca de cuero, como de sesenta centímetros de alto por otro tanto de ancho.

—¡Aquí está la bola con aro, compañeritos…!

Saltaron la tapa, y ante la vista maravillada de todos apareció un deslumbramiento de monedas de oro, de distintos tamaños y cuños.

—¡Hermanitos!

Se pusieron todos a gritar y a saltar, abrazándose.

—Vamos pronto.

Cogiendo a puñados aquel inaudito tesoro, Don Leiva hizo ocho

montones sobre la mesa, siete iguales y uno más alto que los demás, delante del cual se colocó, con la esperanza de que le tocara a él. Pero Don Jecho eligió ese para sí y distribuyó los demás rápidamente. A Don Leiva le tocó el más pequeño.

—Nadie sabe para quién trabaja —dijo para sí.

Pero era bastante, y mientras lo envolvía en su pañuelo calculaba que era más de lo que esperaba.

Abandonaron la casa, montaron, tomando el camino de vuelta, marchando al tranco, fumando y riendo, hablando y comentando las incidencias de la aventura, contentos, sintiendo todos, entre la camisa y la piel, el bulto que formaba el paquetito de monedas de oro. De repente se detuvieron todos a un tiempo, escuchando. En medio del silencio de la noche, turbado por el rezongo suave del río, oyeron el galope de cabalgaduras a lo lejos.

—Metámonos por aquí.

Se internaron en un bosquecillo, desmontaron, apagaron sus cigarros, colocándose detrás de los caballos, todos con las manos apretando nerviosamente la culata de los poderosos trabucos. Esperaron. Poco a poco fue oyéndose más cerca el rumor de los que venían galopando furiosamente en la noche, hasta que se acercaron y pasaron, sintiéndose claramente el ruido de los sables al golpear en los costados de los caballos. Serían entre todos como unos seis jinetes y parecían tener prisa.

—Es la patrulla —dijo Don Jecho—, y si no nos busca a nosotros, no busca a nadie. Aquí nos vamos a separar; cada uno se va con el que vino. Váyanse por donde quieran, menos por el camino. Adiós, caballeros; nos veremos en Talca.

Partieron para distintas direcciones. Don Leiva se reunió con Segundo y bajaron al camino; los demás, unos atravesaron el río y otros se metieron cerro adentro. Caminaron Don Leiva y Segundo un largo rato, con el oído alerta, hasta que volvieron a sentir el rumor de la patrulla que volvía buscando el rastro de los asaltantes.

—Atravesemos el río; no nos conviene arrancar adelante ni hacerles frente. Desviémonos.

Bajaron la barranca del río y llegaron hasta su orilla; el río era allí hondísimo y no había vado alguno, pero tenían que atravesarlo de cualquier modo si no querían caer en manos de la policía.

Segundo espoleó su caballo, entrando resueltamente al agua. Lo

siguió Don Leiva. La correntada era fuerte y amenazaba arrastrar a caballos y jinetes, quienes alentaban en voz baja a los animales.

—Cuídele las orejas al manco, Don Leiva; si le entra agua va a tener que atravesar el río nadando.

Lucharon un rato con las aguas del Claro hasta que llegaron al otro lado, escondiéndose inmediatamente detrás de unas rocas. Ya era tiempo, pues la patrulla apareció enseguida en el camino.

—¡Guardia con los relinchos!

Aseguraron el hocico de los caballos que chorreaban agua y resoplaban. La patrulla desfiló al trote largo, mirando infructuosamente en la oscuridad.

—Ya pasaron los charrascas.

Se quedaron ahí conversando, riendo a grandes carcajadas, dejando pasar el tiempo. Por fin Segundo atravesó el río para ir a explorar el camino y dejó solo a Don Leiva, que púsose a tantear y acariciar la bolsita de monedas y joyas. ¿Cuánto llevaría en ella? Hubiera querido estar ya en su casa, a puertas cerradas, con todas las monedas desparramadas sobre la mesa, contándolas y apilándolas como tejos relucientes. ¡Cuántas monedas había en aquella petaca y qué flaca había quedado, después que estaba tan guatona! ¡Ah, él no sería como los demás, que seguramente gastarían su dinero en divertirse! Pondría un negocio cualquiera y trabajaría con firmeza hasta levantarse como él quería, asegurando el porvenir de sus hijos.

Allí estaba, entregado a sus dulces meditaciones, cuando algo zumbó en el aire, rebotando en el peñasco. Saltó al claro, armado de su trabuco, gritando con una voz terrible:

—¡Quién vive!

Pero solo vio a Segundo Segovia que lo miraba riéndose y le decía:

—¡No se asuste, hermano! Lo hice para ver si era hombrecito…

Tres días después, mientras la policía hacía activas investigaciones, apresando a todos los pobres diablos que podía y que tenían cara de sospechosos, estalló en Talca una furiosa revuelta encabezada por una persona a quien llamaban El Chilote Vargas y dirigida especialmente contra un juez de esa ciudad, cuyos fallos y procederes de justicia, un tanto duros, habíanle conquistado la

enemistad de muchos individuos.

Don Leiva, avisado a tiempo, formó en las primeras filas de los revoltosos y junto con sus compañeros de la pasada aventura y otros facinerosos más, se dedicó a saquear todas las casas y los negocios que pudo, acarreando en carretas el producto de sus rapiñas.

En medio de sus actividades, recibió un balazo que lo dejó tendido en la calle. Lleváronlo al hospital, desde donde huyó temiendo el castigo a que se había hecho acreedor por sus procederes de violencia y robo; llegó arrastrándose hasta la casa de su compadre Hilario, donde había ocultado todo lo adquirido en sus correrías y desde allí desapareció como tragado por la tierra. Se le buscó por todas partes, sin resultado. Don Leiva se hizo humo.

Pasaron muchos años, tal vez seis o siete, y ya casi había sido dado por muerto, cuando una tarde, un antiguo amigo de él que estaba de paso en Santiago, al pasar por delante de la puerta de una casa de la calle del Cequión, vio, inclinado sobre un banco de zapatero, a un hombre que le recordó vagamente a Don Leiva.

—Parece que fuera Leiva ese… Pero ¡qué va a ser…!

Se quiso detener y volver a mirarlo, pero desechó esa idea y siguió. Sin embargo, la curiosidad y una vaga sospecha de que el hombre visto fuera Don Leiva, lo hicieron retroceder. Llegó hasta la puerta y se detuvo a mirar al zapatero. El presunto aparecido lo miró también y entonces se reconocieron mutuamente.

—Pero ¿eres tú, Leiva?

—Yo mismo, pues, Martín…

Y se abrazaron.

—¡Pero, hombre, en Talca todos te hemos creído muerto…! ¿Por qué no has vuelto allá? Tus hijos están grandes y tu mujer vive todavía.

—¡Qué, pues, hermano! Yo hubiera querido escribirle a mi mujer para que supiera que estaba vivo, pero tú sabes cómo es: le habría contado a todo el mundo que yo vivía y dónde estaba y me habrían venido a buscar para meterme preso. Así que he preferido quedarme callado, esperando que pase el tiempo para quedar libre de todo castigo…

—¿Y la plata que te trajiste?

Don Leiva sonrió.

—Hermano, al hombre tentado de la risa, en Santiago se le hace

sal y agua. Aquí me metí a generoso y en dos meses me quedé sin cobre.

Charlaron así un largo rato, contándole Don Leiva a su amigo Martín todos sus milagros y aventuras corridas en sus años de ausencia, separándose después y pidiéndole Don Leiva a Martín que no contara en Talca que lo había visto; pero al amigo, una vez llegado a Talca, le faltó boca para contar el encuentro que había tenido con aquel condenado de Leiva.

Enterose la mujer de este, y en la primera diligencia que salió de Talca se trasladó a Santiago, donde Don Leiva la vio llegar como un fantasma. Verlo la mujer y ponerse a llorar fue todo uno, siendo inútiles los esfuerzos que Don Leiva hizo para consolarla y atajar aquella lluvia de sollozos y quejas. Llorando estaba Rosa, cuando penetró al cuarto una mujerota alta y morena que, encarándose con Don Leiva, le dijo:

—¿Quién es y qué hace en mi casa esta yegua tal por cual?

Era la querida de Don Leiva, una ropavejera a quien llamaban la Zamba, quien tenía fama de no quedarse nunca con los golpes que recibía de sus amantes, devolviéndolos siempre con creces.

Don Leiva, haciendo frente al temporal que se le venía encima, le dijo:

—Esta mujer no es una tal por cual: es mi mujer legítima.

La Zamba se quedó pasmada, pero reaccionó al instante, diciendo:

—¡Y nunca me habías dicho, animal, que eras casado…! No llore, señora, esta es su casa y en ella puede usted estar hasta que se lleve a este sinvergüenza.

Y dando un gran colazo con su ancho vestido, se fue.

Pocos días después, luego de haberse asegurado de que su libertad no corría peligro, llegó Don Leiva a Talca con su mujer y se encontró con que ella tenía un negocio de almacén y cantina, instalado con los dineros que Don Leiva recogiera en sus piraterías y que quedaran en poder de su compadre Hilario. Y cuando creía que su vida estaba ya arreglada por muchos años y que vería realizarse lo que en su tiempo tanto anheló, una pulmonía cogida en una noche de juerga, a la que se entregaba de vez en cuando para no olvidarse de ella completamente, lo despachó en dos días, como a cualquier mortal de vida tranquila.

El hombre de los ojos azules

Cuando Pedro el Francés, minero, mostró a los demás cateadores la primera pepita de oro hallada en su escondido lavadero, la noticia del hallazgo corrió como un estremecimiento por los pueblos del extremo austral de América del Sur. Todos los buscadores de oro, desde el austríaco, fornido y rubio, hasta el sudamericano, chileno o argentino, bajo y moreno, abandonaron sus cateos del centro de Argentina y Chile, metieron las herramientas en sus bolsas y un día en Río Gallegos, Deseado, Ushuaia, Punta Arenas y otros puertos situados sobre el estrecho de Magallanes o cercanos a él, desembarcaron hombres extraños, de sombreros anchos, de espaldas más anchas aún, que hablaban lenguas distintas al preguntar la misma cosa:

—¿Dónde hay oro?

Fue buscado con ahínco, con fiebre, hasta que apareció. A la primera pepita siguieron muchas más, y, como sucede siempre, la leyenda levantó su vuelo y la visión de una nueva California hizo volver la cabeza a más de un aventurero del norte. Un día el vapor *Santa Rita* depositó en Punta Arenas a un grupo de mineros americanos que se internaron en los lavaderos. Entretanto, los pueblecitos prosperaban. Se veía dinero. Al empezar el invierno, volvían los mineros. En sus cinturones, y en pequeñas botellas, las pepitas de oro pesaban gloriosamente. El apreciado metal hizo abrir hoteles, tiendas y cantinas y se conocieron las peleas a balazos o a puñaladas, en la calle o en el salón de una casa de juego, por la posesión de un lavadero o de una mujer.

De los californianos venidos en el *Santa Rita*, uno de ellos quedó en Punta Arenas. Era un tipo de cateador y de bandido. Se informó de la situación en que se encontraban los trabajos del oro y supo que Pedro el Francés trabajaba solo un lavadero que nadie sabía dónde estaba situado, pues Pedro salía y volvía a escondidas. Pero Kanaka Joe, nombre de guerra adquirido en sus correrías, no tenía mucha prisa; espió a Pedro y lo sorprendió un día en el

momento en que se echaba unas pepitas en su cinturón. Más sorprendido que otra cosa, pues el francés era un fugado de Cayena, el presidio de América Meridional, e ignoraba qué cosa era el miedo, interrogó al recién venido sobre el objeto de su visita, y a Kanaka Joe le brillaron los ojos azules al decir, a manera de respuesta, una sola palabra:

—Oro…

E hizo con los dedos un gesto que quería decir: «Trabajemos juntos y seremos dos a ganar y a defendernos» y medio en inglés y medio en francés los dos hombres hablaron y se entendieron. El americano era hombre de grandes vistas comerciales y si la suerte le hubiera sido favorable su nombre sería hoy el de una familia de millonarios. Estudió, con una larga práctica a su favor, el rendimiento que podía dar aquel lavadero y vio que prometía un resultado mediocre después de mucho trabajo. Como el mucho trabajar no era una cláusula tomada muy en cuenta en su programa de fortuna, buscó un comprador: a un austríaco, enriquecido en el comercio de pieles, le adjudicó aquel «clavo». El austríaco sacó de él lo justo para hacerse una cadena de tres vueltas, hecha con pepitas de oro, y Pedro el Francés y Kanaka Joe proyectaron, con el producto de la venta, un vasto plan de negocios.

Pero el oro de la Patagonia fue un relámpago: deslumbró y murió y las empresas formadas para su explotación se arruinaron. El dólar americano no pudo vencer en Tierra del Fuego el feroz invierno de la región y las maquinarias se inutilizaron: en Punta Arenas se vio, durante decenios y en el camino a la Mina Loreto, una pala mecánica abandonada. El gasto era más alto que la producción y la leyenda se desvaneció. Solo subsistieron pequeñas empresas que se conformaban con un rendimiento escaso y lento. Poco a poco desaparecieron los cateadores y solo de tiempo en tiempo, pasado el invierno, algunos ambiciosos se aventuraban por los arroyuelos y playas de Tierra del Fuego en busca de arenas auríferas.

Entretanto, Pedro y Kanaka, metidos en una amplia combinación, se arruinaron. Pedro quiso echar la culpa al norteamericano, pero este era optimista y sonrió al oír las quejas de su compañero:

—Para el hombre decidido, todo el mundo es un lavadero —lo

consoló.

Y como de un minero fracasado el destino puede hacer un magnífico bandido, Kanaka y Pedro, siguiendo ese camino de perfección, se hicieron contrabandistas de animales. Pero también en esa actividad sucedían contrariedades y competencias. La policía aduanera no vigilaba mucho los pasos cordilleranos, pero cuando se la encontraba era necesario abandonar el ganado o trabarse en una lucha siempre fatal y estéril. Y respecto a la competencia… En uno de los viajes, casi a la mitad del camino, Kanaka Joe alcanzó a ver a un hombre, que le pareció indígena, aparecer y desaparecer rápidamente entre las rocas. Le gritó que se detuviera y hasta disparó un tiro, pero el misterioso indio no volvió. Dos kilómetros más adelante, sin embargo, al volver de un recodo, dos hombres a caballo y un indio a pie aparecieron; se adelantó uno de ellos y les dijo:

—Como somos arrieros y por un mismo camino vamos, alguna vez nos teníamos que encontrar; pero el camino es ancho y hay paso para todos, de modo que nunca tendremos que tropezar unos con otros. Hasta la vista y buena suerte.

Prosiguieron aquellos y estos el camino, pero a Kanaka Joe no le agradaban las rivalidades, y en previsión de futuros acontecimientos inquirió noticias y milagros de aquellos contrabandistas. Matías, el que habló, era argentino, nacido en Cerro Corá, puertecito situado sobre el Alto Paraná, en la Gobernación de Misiones, mocetón no muy alto, pero fornido, de cara morena y ancha; hasta los diecinueve años vivió en su pueblo natal, sin más horizonte que el río y la inacabable selva; mas un día alguien le habló de las llanuras y de las cordilleras, de las minas de oro y de la vida de los hombres en la lejana Patagonia, y entonces, aburrido de cazar jaguares y caimanes a puñaladas, abandonó su terruño y durante largo tiempo rodó por los territorios del sur de la Argentina, siendo sucesivamente peón de estancia, esquilador, domador, cazador, cateador, todos los oficios del gaucho, y por último, contrabandista, con una hoja de servicios que merecía respeto a muchos hombres. Al adoptar su última actividad se radicó en Las Lajas, en donde aguardaba la época propicia para la introducción de ganado. Sus clientes eran estancieros que, burlándose de las leyes, entregaban sus haciendas a hombres como Matías, que las transportaban a

Chile.

Matías, que andaba siempre solo, salvo los obligados arrieros y peones que debían ayudarle a arrear los animales, encontró un día el compañero deseado: durante un viaje de vuelta de Curacautín a Bariloche, en una parte del camino, un poco abrupta, un hombre saltó desde una roca y se plantó delante de él. Pálido y demacrado, con voz llena de angustia le dio el alto. Matías retrocedió unos pasos y, aunque no sacó arma, permaneció alerta. El hombre avanzó, quiso hablar y no pudo, pues la voz se le cortó en la garganta; hizo señas y entonces Matías comprendió: aquel hombre se moría de hambre. Desmontó: una lonja de charqui y un dedo de aguardiente reanimaron al extraño viandante, quien dijo, cuando pudo hablar:

—Si no hubiera entendido tan pronto, quizá lo hubiese muerto…

Y tomando el caballo de las riendas guio a Matías hacia un lado del camino, en donde, sentado, con cara de resignación, un indio araucano sonrió al verlos. El charqui y el aguardiente reanimaron también al indio, y sentados los tres en unas rocas conversaron largamente, entre lonja de charqui y buche de aguardiente.

El blanco era Juan Herrera, llamado El Puelche, nombre con que los chilenos designan un viento que en alguna parte de las montañas sopla desde las cumbres hacia abajo; y el indio, de la tribu Manquilef, era llamado Mariluán. Ambos chilenos, un mes antes eran mutuamente desconocidos. Hacía ocho días que caminaban extraviados, sin alimentos, bebiendo únicamente agua y con el constante temor de ser detenidos por carabineros.

Juan era del norte de Chile, atacameño, nacido en Copiapó, capital de la provincia de Atacama, región minera por excelencia. Cateador de raza, cuando se cansó de revisar sus tierras emigró al centro de Chile y se internó en las minas de cobre de Las Condes, en donde, al final de una temporada de seis meses, jugando, ganó al minero Francisquito, un gigantón, todo lo ganado por este durante aquel tiempo. Con sus salarios y el dinero ganado reunió una buena suma y abandonó la mina en dirección a Santiago; pero Francisquito, que no quedó conforme con perder su dinero, le salió al paso; Juan le ofreció devolverle lo ganado, pero el guapo rechazó el ofrecimiento alegando que quería lo suyo y lo de él, por lo que el copiapino, para terminar pronto una discusión ya un poco

fastidiosa, se vio obligado a abrir el vientre del gigante por medio de un tajo dado con su corvo, un cuchillo de tres dedos de ancho y de unos veinticinco centímetros de largo, que Juan podía manejar, indistintamente, con las dos manos. Desde entonces, Juan el Puelche, al margen de la ley, rodó de mina en mina.

Un día que viajaba en la plataforma de un vagón de tercera clase, en viaje a la minas de Máfil, vio subir en una pequeña estación a un indio joven que, con aire humilde, ocupó la plataforma del coche anterior. En la estación siguiente un policía intimó al indio que abandonara ese lugar y buscara asiento en el interior del coche. Con palabras confusas murmuró el indio una excusa que no satisfizo al uniformado, quien, tomándolo de un brazo, intentó hacerlo entrar por la fuerza. Se rebeló el indio y la mano del policía le cruzó la cara; contestó el indio mudamente tomándolo de los brazos e inmovilizándolo; el hombre quiso desprenderse, pero no pudo; gritó entonces y un compañero suyo que salió del coche ayudó a sujetar al indio. El alto porcentaje de sangre india que poseía Juan lo obligó a intervenir: tomó del cuello al policía primero y le dio tal bofetón que lo hizo caer del tren sobre un terraplén por el que pasaba el convoy. El otro quiso hacer uso de su carabina, pero Juan tenía la mano rápida y fuerte y el segundo fue a hacer compañía al primero. El indio, sorprendido, pues nadie nunca había alzado una mano en su defensa y sí muchas en su castigo, cogió una mano de Juan y quiso llevársela a los labios, diciéndole: «Huinca, buen huinca», pero Juan le dijo que se dejara de agradecimientos y pensara cómo escapar de ahí; si la policía les echaba mano los haría humear a palos. Entendió el indio y antes de llegar al pueblo de Pillanlelbún (Llano del diablo) invitó a Juan a seguirlo. Descendieron del tren y se internaron en los campos, llegando, al cabo de unas horas de marcha, a un lugar lleno de rucas. Los indios le hicieron un amable recibimiento: le ofrecieron una muchacha, una ruca y un jarro de chicha, pero, fuera de lo último, Juan no se sentía propenso a la voluptuosidad. Era grave cosa atacar a dos policías, mucho más en defensa de un indio, que era para ellos, y para muchos, más un animal irracional que un ser humano. Además, el recuerdo de Francisquito le pesaba demasiado y no quería saber nada de autoridades. Preguntó cuál era el camino más corto para llegar a la Argentina y después de haber sido

informado decidió ponerse en marcha. Antes de partir, Mariluán, casi llorando, le rogó que lo llevara con él:

—Yo servir… Hacer todo, hermano. Llévame contigo.

Pero Juan no quería sirvientes y propuso al indio una asociación en la que serían a medias las labores y las ganancias. Aceptó Mariluán y una mañana Juan el Puelche y el indio hicieron rumbo al más cercano paso de la cordillera. Nunca el destino formó una pareja tan diferente y tan unida: Juan era la astucia popular, el valor ingénito, espíritu hecho de truhanería, buen humor y desprecio por lo que no le interesaba. Era alto, delgado, de nariz aguileña, un tipo del norte de Chile. Como buen minero era casto y sobrio y tenía la mano rápida y la decisión más rápida aún. Mariluán, en cambio, era la astucia y la inteligencia primitivas, humilde y casi tímido. Poniendo el oído en el suelo sabía a qué distancia galopaba un caballo y conocía todos los secretos de la selva y de la montaña. Era bajo, un poco grueso, con unos hombros que denotaban gran fuerza. Su paso era breve y rápido y cuando caminaba a prisa, de subida o de bajada, su marcha era un trotecillo que podía cansar a un caballo. Antes su gente había tenido tierras y bienes, pero unos bandidos, decía, valiéndose de la ley de minas, los desposeyeron de sus tierras con el pretexto de que en ellas había un yacimiento de cobre. El mineral no se vio nunca, pero ellos no recuperaron sus tierras.

Tales fueron las noticias que Kanaka Joe sacó de sus indagaciones, aunque no tan minuciosas.

Fue así como Matías encontró a los amigos que buscaba, y Juan el Puelche y Mariluán el compañero que los guiara en tierras extranjeras. Se organizaron para explotar el negocio de contrabando de ganado, y la fortuna sonrió por largo tiempo a los recientes comerciantes: se llenaron los bolsillos de dinero, en tal forma que al final de su último viaje, Juan, al meterse un rollo de billetes en la cartera, dijo:

—Con esta música, que me entierren.

El indio pudo beber bastante «huachacay» para humedecer sus meditaciones de desposeído, pues este hijo de Arauco tenía todas las virtudes y un solo vicio: creía que el aguardiente era el único bien a que podía aspirar un hombre. Juan bebía poco, y en cuanto a Matías, se conformaba con un «enjuague» de caña de tiempo en

tiempo.

En el desarrollo de las operaciones a que se dedicaron, Mariluán hacía el papel de explorador, papel de bastante responsabilidad, ya que la perspectiva de una intervención aduanera era temible en esos sitios, pues el gendarme no da el ¡alto! sino después de disparar su arma, costumbre que traía una consecuencia bastante grave, como era la disminución crónica de contrabandistas y policías, ya que los primeros la observaban con tanta perfección como los segundos.

Al mismo tiempo, Kanaka y Pedro se entregaban a idénticas operaciones, habiendo solicitado para ello el concurso de dos conocidos cuatreros, Miguel Fernández y Santos González, el arriero, hombres que no habrían tenido bastante vida para cumplir los años de condena que un juez no muy exigente les hubiera impuesto por todas las faltas cometidas. Y de este modo, dos bandas burlaban las leyes de internación y se reían de la policía, que no podía más que mirarlos duramente cuando volvían de sus giras.

Pero, desgraciadamente para ellos, la bonanza no duró mucho: los extranjeros, Pedro y Kanaka, aunque ganaban la plata que querían, eran ambiciosos y no podían soportar la rivalidad de los criollos. Intentaron, y lo consiguieron, ponerlos en entredicho con los estancieros que les confiaban sus ganados y fue así como Matías y Juan y el indio quedaron un día sin medios de ganarse la vida; pero, al mismo tiempo, recrudeció en tal forma la vigilancia en la frontera que, en un último viaje, Miguel Fernández, agarrado por una descarga cerrada, quedó tirado sobre el camino. Los compañeros huyeron, la hacienda se perdió y con ello vino la negativa, de parte de los dueños de animales, de entregarles más tropillas. De esta manera todos tuvieron que abandonar sus correrías por la cordillera y vegetar en Las Lajas, a la espera de los acontecimientos y de las mudanzas del tiempo.

La vida en Las Lajas transcurría plácidamente; después de la agitada que habían vivido, la actual era perezosa, suavizaba los ánimos y descansaba los cuerpos. Dormían hasta tarde, daban una vuelta por el pueblo y por las noches se instalaban en las mesas de una taberna que ostentaba el pretencioso nombre de La Estrella de la Patagonia, lugar de cita obligado de todos los que llevaban una vida errante en busca de la fortuna fácil. Arrieros, buscadores de oro, cuatreros, trabajadores, toda gente conocida entre sí, que

aparecía y desaparecía, sin que nadie supiera adónde iba ni de dónde volvía. Allí se organizaban expediciones de toda índole, tanto las que tenían por objeto fines honrados como las que podían ser merecedoras de una intervención policial. De vez en cuando la noticia de un robo de animales, de un asalto o de un crimen, constituía motivo de conversación. Cuando esto acaecía, se notaba la ausencia de algunos y era inevitable la visita del sargento Guaratigua, quien, acompañado de dos o tres hombres del orden, entraba a la taberna, miraba a los parroquianos, a veces se llevaba a algunos y otras se conformaba con aceptar una copita y marcharse luego de examinar de nuevo las caras de los habituales contertulios.

Pasaron así unos meses, dos o tres, y una mañana, Juan, tesorero del grupo, dio cuenta de la merma considerable de los ahorros. Era tiempo de pensar en hacer algo, descartando la idea de lanzarse a una vida de violencias, pues todos eran partidarios del trabajo, trabajo que, aunque no fuera muy lícito, no necesitara el uso de la fuerza. Se acercaba el verano y un verano sin medios de subsistencia era algo muy desagradable. En el contrabando de animales no se podía pensar; trabajar como peones o esquiladores era cosa que se les hacía muy cuesta arriba: ya casi no era tiempo de esquilas y para ser peones habría que emigrar hacia el sur. Pasaron unos días. Mariluán estuvo más pensativo que nunca; quizá la perspectiva de una sequía de aguardiente le hacía meditar más que de costumbre. ¡Y pensar que aquel bruto de Kanaka y ese franchute de Pedro tenían la culpa de todo!… Su ambición había arruinado el negocio. No se miraban con buenos ojos entre sí y cuando se encontraban frente a frente Juan y Kanaka se miraban tan duramente que los contertulios de La Estrella de la Patagonia esperaban cada noche, con una especie de voluptuosidad, el agarrón de esos dos hombres. Pero Juan pensaba que todavía no era tiempo y se conformaba con escupir mientras decía, con desprecio:

—¡Gringo, cara de caballo alazán!

Y Mariluán terminaba la frase exclamando:

—Hombre malo, ojos azules…

Una noche hubo un principio de pelea, que no prosperó gracias a la intervención de Pedro y Matías. Por suerte, Juan no estuvo presente, pues de haber estado habría intervenido y el asunto hubiese terminado mal: Matías y Mariluán abandonaban la cantina

y en la puerta se encontraron con Kanaka y el Francés. Y como el indio no cediera el paso al californiano, este le dio un empujón, echándole sobre Matías, que se enfrentó al americano, diciéndole:

—No sos vos tan barrigón como para necesitar tanta cancha para entrar.

Kanaka contestó con una interjección en inglés y echose hacia atrás en actitud de agredir, pero Pedro pidió disculpa y como Matías era hombre tranquilo no llevó el asunto más adelante. Por otra parte, el odio de Kanaka era contra Juan, aquel hombre delgado y alto, de facciones un tanto aguzadas, que sonreía despreciativamente al verlo y al que estaba seguro de poder derribar de un puñetazo.

En la taberna se formaron partidarios de ambos grupos y todos fomentaron los odios y las rencillas; los chismes hacían más inminente el instante de la riña, y a todo esto se unía el influjo de las dos hijas del dueño del establecimiento, dos criollitas menudas y sabrosas que repartían sus preferencias entre Matías y Juan, con gran desesperación de los demás.

A todo esto, el tiempo transcurría y el problema económico se hacía más insoluble. Por fin, una noche Mariluán confió a sus compañeros un vasto proyecto que requeriría un poco de plazo, pero que de realizarse llenaría por completo las aspiraciones de todos. Dijo que una vez oyó hablar a un indio viejo de un yacimiento de oro: una vez un huinca, un hombre blanco, había llevado consigo, como baquiano, a aquel indio. Fueron tres, el huinca jefe, otro hombre y él. Contó que después de mucho andar, encontraron un gran placer; que el tercer hombre, al regreso de la expedición, había robado al huinca y había huido; que este lo persiguió, lo mató y recuperó su parte, volviendo enseguida junto al indio; pero el invierno los sorprendió y el hombre blanco pereció helado, no salvándose sino el narrador, que regresó con una porción de oro y con los pies casi comidos por el hielo. Recordaba Mariluán que aquel indio dijo que podía precisar el sitio donde estaba el mineral y que lo indicaría algún día a un jefe blanco o a un indio joven que le mereciera confianza.

Todo esto, contado con frases entrecortadas, dejó un poco incrédulos a los amigos: les pareció más bien una fantasía debida al aguardiente; se lo dijeron, pero Mariluán juró que hacía más de

cinco días que no probaba una gota de licor:

—Huachacay, nada, huinca, nada…

Se hicieron repetir la historia. Mariluán recordó nuevos detalles y Matías y Juan quedaron casi convencidos de que aquello era verdad, pero las dificultades eran enormes: no se sabía dónde estaba el yacimiento, si en las entrañas de la cordillera de los Andes o en un río, cercano o lejano, de los innumerables que nacen en las montañas y corren hacia el Pacífico o hacia el Atlántico. Además, para un viaje de ese carácter se necesitaba bastante dinero.

—Yo podría conseguir algo —dijo Matías—. Don Jesús me prestaría algunos pesos.

Don Jesús era uno de los estancieros que en otros tiempos le había confiado sus animales. Con esto quedaba resuelto el punto menos importante del problema. Quedaba el otro: la ubicación del manto, arena o filón aurífero. Sobre esto, Mariluán pidió permiso para ir a Chile a buscar el derrotero fijo. Matías calló, pero Juan se echó a reír.

—Te has vuelto loco, ¡mapuche! Ir a Chile… ¿Te crees que está a la vuelta de la esquina? ¿Y la nieve, y el frío, y los pacos, no te meten un poco de susto?

Pero Mariluán contestó:

—Mariluán quiere al huinca Juan y no tiene miedo.

Juan se encogió de hombros y expuso:

—Si quieres ir, anda, pero acuérdate que te vas jugando el pellejo.

Así quedó concertado el viaje de Mariluán. Le dieron un poco de dinero y media botella de aguardiente, y una noche en que el cielo estaba florecido de estrellas y la Cruz del Sur brillaba marcando el rumbo austral, el indio abrazó a sus compañeros y partió.

La espera fue larga. Los días pasaron lentamente, aumentando en su transcurso la angustia por la suerte del indio y el pesimismo por el resultado del viaje. En la taberna se notó la prolongada ausencia del araucano y se urdieron variadas conjeturas, pero nadie se atrevió a preguntar nada. La cara de Juan denotaba profunda preocupación y aunque Matías no dejaba traslucir su estado de ánimo, Juan veía que su compañero languidecía también en la espera. Transcurrieron muchos días y Mariluán no apareció. Los amigos no hicieron comentarios, pero se acentuó en ellos la idea del

fracaso. Dos días después, sin embargo, en una noche en que el viento aullaba en las callejuelas del pueblo, Juan y Matías, sentados ante una mesa de la cantina, a la sazón silenciosa, sintieron en la calle un paso rápido que les era conocido. Un instante después un grito agudo y prolongado, grito que Mariluán lanzaba cuando estaba contento o cuando llamaba a alguien, resonó en la oscuridad e hizo volver la cabeza a los que estaban allí.

—¡Aaoouuhh!

Era una especie de maullido triste, que evocaba los chivateos de los malones y despertaba ideas de muerte. Mariluán apareció en la puerta. Su cara era siempre ancha y sonriente y no se notaba en ella señales de cansancio: parecía volver de una breve carrera. Se levantaron los dos amigos y tomándolo de un brazo marcharon hacia su alojamiento. Mientras, en la taberna, un viejo bigotudo comentó:

—¡Ave María! ¡Yo creí que era el Malo!

—No hubiera sido raro. En estos días de viento el diablo anda suelto —respondió un arriero, y sobre el motivo se hilvanó una larga charla.

Cuando llegaron a la pieza, la pregunta fue:

—¿Y?

Y Mariluán dio cuenta del resultado de su viaje: encontró al indio casi ciego ya, próximo a morir; con palabras ya balbuceantes contó de nuevo la historia y se negó, en un principio, a indicar el sitio y la ruta seguida; pero, convencido por el jefe de la reducción, consintió en dar mayores detalles, aunque con la condición de que la mitad de las ganancias fueran entregadas al cacique. Aceptado esto por Mariluán, el indio grabó en un papel, con jugo de maqui, un rudimentario plano topográfico de la ruta seguida hasta hallar el yacimiento. Mariluán sacó el papel y Juan lo tomó y de una ojeada recorrió todo el esquema, devolviéndoselo enseguida a Mariluán: todas las indicaciones estaban trazadas con caracteres desconocidos para él y había figuras de cosas, dibujadas en tal forma que solo un individuo perteneciente al grupo del topógrafo podría comprender algo.

—Leela vos…

Y Mariluán, aventurándose con pie firme en aquel revuelto plano, dijo, señalando un dibujo que imitaba un cono:

—Llaima…

Y explicó que debía tomarse como punto de partida el volcán de ese nombre. Seguía una línea que se desviaba hacia el sur: era el camino; al término de esa línea una sucesión de líneas formaban pequeños cuadrados.

—Curacautín.

La línea del camino tomaba un rumbo derecho hacia el este, hasta tocar otra, con la cual formaba un triángulo. Esta última línea se alargaba hacia el sur y sobre ella estaban dibujadas figuras como la que indicó el Llaima, con la diferencia de que eran de distinto tamaño entre sí. Mariluán contó:

—Quiñe, Epu, Quila, Meli… Quince cerros.

Al final, la línea hacía una curva suave, terminando en un pequeño círculo:

—Oro —explicó el indio.

El croquis terminaba con una línea que corría de oeste a este; paralelos, había unos puntitos.

—Río —aclaró Mariluán.

—Viene a quedar en el centro de la cordillera, entre Río Negro y Chubut, más o menos. Este río debe ser el Chubut o algún otro río chico que va a desaguar en aquel.

Estaba precisado el punto principal; pero nuevas dificultades se presentaban: era un viaje larguísimo y por una región en donde solo el sentido personal de orientación podía servir de algo.

—Eso es lo de menos… Si acertamos, bien…; si no, paciencia. Lo peor que nos puede suceder es que nos muramos, pero más vale morir andando que no acostado. Echemos las patas al camino.

Juan había hecho su plan: si no hallaban nada, descenderían de la cordillera y se internarían en el Chubut. Si encontraban, bajarían, por el camino que indicaba el plano, hacia Chile. En el primer caso no se perdía más que el viaje; en el segundo, todo estaba ganado. La expedición fue organizada en el acto. Caballos y herramientas fueron objeto de especial atención. Luego los comestibles, el aguardiente y las ropas de abrigo, mantas chilenas, ponchos cuyanos y matritas tejidas a mano por las indias, fueron cargadas en dos caballos de repuesto que llevarían. Todo quedó listo en una semana y había que apurarse: terminaba el mes de enero y el otoño y el invierno se echarían encima con gran rapidez. Les quedaban

por delante solo dos meses, ya que calculaban que deberían volver al principiar abril.

Los preparativos llamaron la atención de Kanaka y de Pedro.

—Estos diablos de criollos se traen algo bajo el poncho —decía Pedro.

—Oh, lo sabremos —respondía Kanaka.

El día antes de partir, Santos, el arriero, invitó a Mariluán a una gargarita de aguardiente, y el indio, que nunca pudo negarse a esas invitaciones, aceptó. La gargarita resultó un riego intensivo que dejó a Mariluán en un estado deplorable. Fácil les fue a los interesados hacerlo hablar. No dijo muchas cosas; murmuró:

—Oro —y mostró el croquis.

Se apoderó del croquis el arriero, pero al ver aquellos signos, ilegibles para él, se lo pasó a Kanaka, diciéndole:

—Esto debe de estar en inglés.

Nadie entendió nada, pero Kanaka ya sabía todo; devolvieron el plano al indio y el arriero lo condujo a su alojamiento. Al ver aparecer a Mariluán en ese estado y al observar la sonrisa cazurra del arriero, Juan tuvo un acceso de ira.

—¡Maldito mapuche! Se ha emborrachado y lo ha contado todo…

Cogió al arriero por el pescuezo, lo sacudió furiosamente y le gritó:

—¡Qué le han hecho, animales! ¡Habla! Te juro por mi madre que si no decís la verdad te rebano el cogote…

Pero Santos negó todo: dijo que nadie había en la cantina cuando él llegó, nadie más que Mariluán, y que él, al verlo así, lo vino a dejar. Juan lo soltó y registró al indio: el plano estaba en su poder. El arriero desapareció con toda rapidez y Juan confesó a Matías:

—Hermano, si no fuera porque puedo parecerle un cobarde, le pediría que nos quedáramos aquí.

—Como usted quiera, Juan… —contestó Matías.

El Puelche apretó los puños:

—¡Pero a hombres no nos van a ganar! Vamos nomás.

Al día siguiente, al amanecer, tomaron el rumbo de la cordillera. Pocas personas presenciaron la salida de la pequeña caravana. Al trasponer la última calle del pueblo, los viajeros oyeron una voz

irónica que gritaba:
—¡Buena suerte, caballeros!
Juan torció la cabeza, pero la calle estaba desierta.
El primer día de viaje transcurrió sin incidentes. Atravesaron los poblados en dirección al este y encontraron viejos conocidos, con los cuales charlaron un poco. Preguntado el motivo del viaje, respondían que iban a Chile por negocios o a recoger una hacienda que conducirían a otra parte, y como todo eso era cosa corriente nadie se extrañaba y así, tranquilamente, se sucedieron las leguas, sin que a su paso quedaran dudas o reservas sobre el viaje y su objeto. Al fin de varios días la cordillera levantó ante ellos su pendiente inicial. Juan respiró: por fin entraban a la soledad.
Era un amanecer claro y brillante. Un viento fresco traía de las montañas el aliento de los bosques: cantos de calandrias coliblancas, gritos de chucaos y arrullos de torcazas hacían armonioso el viento, ya perfumado. ¡Qué gusto daba vivir así! Todas las fuerzas instintivas despertaban en el hombre; ideas y sentimientos se suavizaban o se exaltaban. La pereza desaparecía: los nervios se distendían bajo la piel como pequeñas viborillas bajo el sol.
Sin darse cuenta, se habían detenido. Juan dio vuelta su cabalgadura y miró la pradera patagónica alargándose hacia el este, hasta el mar, y hacia el sur, hasta las márgenes del Estrecho. Iba asomando el sol. Se colorearon levemente las cumbres; el viento hinchó más su soplo fragante y los pájaros atacaron con brío un prolongado canto. Grandes manchas se abrieron en la tierra, leves primero, vigorosas después, se alargaron y brillaron: eran pequeños arroyos y aguadas, lagunas. Al sur, una ancha franja corría hacia el mar: era el Limay. Más al sudoeste, el Nahuel Huapi era como un diamante. La mañana había florecido.
—¡Andando! —gritó Juan.
En una última mirada hacia atrás tropezó con el bulto oscuro de una caravana que venía hacia ellos, allá lejos. No se distinguía más que un grupo compacto: podían ser cinco como diez los individuos que lo formaban. «Algunos que van a Chile», pensó Juan. Y siguió tras sus compañeros.
Caminaban a paso mesurado; el camino estaba bueno. Grandes bosques de robles y de hayas, encajados en los cerros, mostraban

sus manchas oscuras. A lo lejos, el volcán Domuyo y el Trílope asomaban sus cabezas manchadas de nieve.

Al anochecer hicieron alto. La mitad de un cordero, ensartado en el asador, se doró en las brasas de una fogata. Luego tendieron sus mantas y durmieron; antes del amanecer ya estaban de nuevo en pie. Al tercer día llegaron a un punto que podían considerar como la mitad del camino: era el punto en donde el plano señalaba que debía tomarse la ruta sur.

—¿Descansamos o seguimos? —preguntó Juan.

—Sigamos —respondió Matías—. Mientras más pronto nos alejemos del camino, mejor.

Y se internaron en el corazón de la cordillera; quebradas y valles se sucedieron sin interrupción; daban vuelta un cerro y tropezaban con otro más alto. Arroyos y torrentes que bajaban resonantes de las cumbres y se perdían en las fragosidades del monte, interrumpían el paso. Los bosques eran muy tupidos y algunas veces debían marchar a pie, llevando los caballos de las riendas. Poco a poco se avanzaba y eso era lo principal.

A los dos días se habían alejado bastante. El camino mejoró; los cerros chicos eran menos y eso facilitaba el viaje, pues no era necesario dar tantas vueltas. El Villarrica se veía sobre los cerros altos, silencioso y enorme. Así pasaron varios días. Todo iba bien; solo tuvieron que lamentar una desgracia: un caballo se desbarrancó y perdieron muchas horas en bajar hasta el fondo de la quebrada a recoger la carga.

Una noche, después de una rápida y frugal cena, Juan advirtió a lo lejos, al pie de un cerro que estaba al frente, una fogata. ¿Quiénes serían? ¿Contrabandistas? ¿Un buscador de oro? ¿Algún cazador? Nadie podía saberlo. Tomó su carabina y disparó hacia allá. Al rato, el eco trajo el sonido de un disparo y un instante después la fogata desapareció.

—¿Nos vendrán siguiendo? —se preguntó Juan en voz alta.

—¡Qué nos van a seguir! —comentó Matías—. Serán cateadores, han sentido un disparo, se han asustado y apagaron la fogata.

—¡Quién sabe, hermano, quién sabe! Tengo una sospecha: creo que nos siguen, y si nos pasa algo, el único que tendrá la culpa será este indio borracho.

Mariluán no respondió. Esas palabras se clavaban en su corazón.

Sí, él tendría la culpa si algo sucedía. No sabía cuál era su delito, pero recordaba su última noche en Las Lajas y presentía que en medio de su borrachera algo había dicho. Se acurrucó al lado del fuego, cerró los ojos y se quedó adormilado a medias, sintiendo que Juan se revolvía entre sus pilchas sin poder dormir.

Transcurrieron varios días. Habían traspuesto casi la mayoría de los cerros grandes y el lugar del yacimiento no debía estar lejos. Al lado del fogón, una noche, mientras mateaban, hacían proyectos. Si el oro estaba en forma de placer, les bastaría un mes para llenar los frascos que llevaban; si era necesario chancarlo y lavarlo, se demorarían un poco más y llevarían menos; pero, en todo caso, volverían para el otro verano, con más tiempo, y entonces podrían recoger y llevar una buena cantidad… ¡Cuánto soñaban! Comprarían una estancia, casas, vivirían tranquilos… Mas de pronto, cuando más ensimismados estaban, Mariluán, que dormitaba al lado del fuego, se levantó dando un grito.

—¿Qué pasa?

—¡Hombre, huinca, hombre! ¡Tira allá, tira allá!

Y señalaba un pequeño bosque de araucarias. Su rostro denotaba gran excitación.

—¡Allá, hermano, allá!

—Estás loco, Mariluán —dijo Matías, después de mirar.

—¡No, huinca, no! ¡Hombre!

Cogió el cuchillo de Matías, dio un grito y partió. Un momento se vio su silueta, en lo alto, recortada sobre el fondo del cielo claro. Después desapareció.

Juan preparó su carabina y Matías la suya. Pasó un largo rato. Solo se oía el susurro del viento en lo alto de la quebrada.

—Habrá soñado el indio —dijo Matías.

—Pocas veces se engaña —repuso Juan—. Si algo ha oído es que alguien andaba por ahí. Pero, la verdad, yo no vi ni oí nada.

Momentos después reapareció Mariluán; traía la cara manchada de sangre: una rama lo había golpeado, causándole una pequeña hemorragia nasal.

—¿Qué era?

—Nada, huinca, nada…

Pero esa noche no durmió. Hablaba en voz baja en su lengua nativa y parecía quejarse de algo. Escuchaba atentamente y

husmeaba el aire con frecuencia. Sus sentidos le advertían la presencia de seres extraños; se levantó y dio vueltas alrededor del fuego, se detenía y escrutaba las sombras con sus ojos turbios. Luego continuaba sus monólogos.

Amaneció. Juan dio una vuelta por el bosque cercano y descubrió, sobre la tierra blanda, pisadas recientes.

—Tenía razón el indio —murmuró.

Siguió el rastro, que se dirigía hacia atrás y se perdía en unas rocas. Volvió y contó a Matías lo visto.

—Nos vienen siguiendo.

—Pero ¿quién? Si nadie sabe nada… ¿Serán cuatreros?

—¡Quién sabe! Hay que estar prevenidos.

Emprendieron la marcha, despacio, buscando el río indicado en el plano. Mariluán iba atrás, arma al brazo. A mediodía, después de dar vuelta un cerro grande, fueron detenidos por una profunda quebrada, en cuyo fondo y entre peñascos bullía un riacho. Arriba, varias cascadas descendían desde la montaña, se reunían en una meseta y formaban un salto de unos treinta metros; el agua caía en una ancha banda que parecía evaporarse al chocar en el fondo.

Juan sintió un estremecimiento.

—¿Será aquí? —se preguntó.

—Esperemos que llegue Mariluán.

Llegó el indio y al ver todo aquello su cara resplandeció de alegría. Sacó el plano, lo miró detenidamente y declaró:

—Aquí es.

—¿En la meseta aquella? —preguntó Matías.

—Habrá que buscar; hagamos un campamento junto al río.

Se demoraron toda la tarde en bajar. A las cinco se detuvieron al lado del río y a poca distancia del salto. Cerca de un bosquecillo improvisaron el campamento y hasta muy entrada la noche estuvieron entregados al trabajo de preparar las herramientas que necesitarían al día siguiente. A las diez estaban listos para acostarse y esperar el día. Como a las dos de la mañana, Juan, que dormía, fue despertado por una mano que apretaba la suya con suavidad y por una voz susurrante que le decía:

—Juan… Juan.

—¡Qué! —preguntó, incorporándose.

—Mira —y Mariluán señalaba hacia lo alto.

Era una noche de luna, y a su claridad vio Juan, en la orilla de la alta garganta, un hombre a caballo, inmóvil.

—¡Ah, hijo de…! —masculló, buscando su carabina.

Apuntó cuidadosamente e iba a disparar cuando la mano de Matías, que había despertado, le hizo bajar el arma.

—No —le dijo—. Si se dan cuenta de que los hemos descubierto, será peor. Hagámonos los desentendidos. No nos atacarán hasta que nosotros lo hagamos.

En ese momento el jinete hizo girar el caballo y desapareció.

—¡Daría una mano por saber quién es!

—Pronto lo sabremos.

Vino el día. A las diez Juan cogió una pala y un cernidor y fue al río, acompañado de Matías. Buscó un sitio más o menos hondo y Matías tomó la pala y la hundió en el lecho de la corriente, sacando una gran cantidad de tierra y arena que echó en el cernidor. Juan lo alzó y miró atentamente: pequeñas partículas doradas brillaban a la luz. Hundió el cernidor a medias en el agua y desaparecieron la tierra y la arena y en el fondo solo quedaron algunas piedrecitas que Juan cogió, una por una, examinándolas con ojo de joyero. De pronto silbó alegremente y puso en la mano de Matías una piedrecita pequeña, pero pesada para su tamaño.

—¡Oro!…

Tres pepitas salieron en la primera palada y a las doce meridiano habían recogido una docena, más de cien gramos. La tarde fue más próvida. El oro se hallaba hasta en la orilla, en gruesas y pesadas pepas. Alcanzaron a llenar un frasco. Vino la noche e instituyeron una guardia: se relevaban cada cuatro horas; pero aquella noche no se presentó el menor indicio que pudiera alarmarlos: no apareció ningún caballo ni ningún jinete. ¿Se habrían equivocado? ¿Habría sido una casualidad la presencia del hombre que sintió Mariluán y la aparición del jinete en la quebrada?

El día trajo una respuesta: había pasado la mañana y se hallaban trabajando, cuando Juan, que estaba inclinado sobre las aguas, sintió rodar unas piedras en la pendiente contraria a la que se encontraba. Levantó la cabeza y vio un bulto que procuraba escabullirse entre las rocas.

—¡Matías! —gritó.

Este, que se hallaba a unos cincuenta pasos, acudió.

—¡Qué hay!

—Detrás de aquella roca hay un hombre escondido.

Juan gritó:

—¡El que está ahí, que salga!

No hubo respuesta y Matías disparó dos tiros que hicieron saltar la tierra alrededor del peñasco. Hubo un momento de expectación. De repente un hombre se mostró por entero a los ojos de los amigos, los miró y luego empezó a subir con prisa la áspera ladera.

—¡Alto!

El hombre continuó la subida.

—¡Párate o disparo!

El hombre no se detuvo. Sonó el disparo, y el individuo, alcanzado en la espalda, se enderezó, abrió los brazos y cayó. Saltando de piedra en piedra, seguido de Matías, Juan atravesó el río y se dirigió al lugar donde el hombre yacía. Cuando llegó y lo vio, su cara denotó una profunda sorpresa y dijo a Matías, que llegaba en ese instante:

—Santos, el arriero.

Era el compañero de Kanaka Joe.

—¡Desgraciado!

La bala le dio en la columna, entre los pulmones, arriba; tenía la cara llena de tierra y de sangre. Respiraba todavía. Lo incorporó Matías y le dio de su cantimplora un trago de agua. Al cabo de unos segundos el herido abrió los ojos, respiró, miró a los dos amigos y dijo:

—Kanaka…

Un cuajarón de sangre le llenó la boca: había muerto. Juan y Matías se miraron, mudos. Juan estaba pálido; Matías, tranquilo. Ya sabían a qué atenerse: el norteamericano los espiaba, rondaba alrededor de ellos, esperando el momento de atacarlos y apoderarse del terreno. ¡Gringo, ojos azules! El hombre de los ojos azules, el extranjero, el bárbaro que en el lejano Estrecho pagaba una libra por cada indio muerto, ese, ese exterminaba al pobre criollo, al gaucho, le robaba por las buenas o por las malas, todos sus bienes, y después lo compraba por un puñado de mala plata. ¡Todos eran iguales!

Juan escupió sangre: la amargura y la rabia de esos

pensamientos lo hacían morderse. Pero, desde ese instante, no habría reparos: hombre visto sería hombre muerto.

—Volvamos al campamento.

Descendieron silenciosos. Cuando llegaron, Mariluán, de pie ante la ruca que había construido, con la carabina preparada, estaba al acecho. Le contaron lo sucedido y cuando oyó decir que el muerto era Santos el arriero, su rostro se desencajó. Miró a los dos compañeros con una mirada llena de pena, dejó la carabina afirmada en una esquina de la ruca y se fue. Lo vieron desaparecer entre los árboles, luego apareció en el borde de la quebrada y, por fin, se perdió: reapareció en la meseta, marchando en dirección hacia el norte, por donde habían llegado. Lo siguieron con la mirada, hasta que llegó al otro lado, desde donde hizo una señal con la mano, perdiéndose de nuevo.

—¿A dónde irá?

—Supongo que a hablar con Kanaka.

Transcurrió la tarde y vino la noche, oscura y fría; la luna salía tarde. Como a las ocho, el grito de Mariluán corrió como un escalofrío por la quebrada. Nunca un grito más triste habían escuchado sus compañeros. Media hora más tarde, llegó: venía llorando y se arrodilló delante de Juan y dijo:

—Hermano, yo tengo la culpa. Hombre ojos azules sabe todo. No quiere oír nada. Dice que nos vamos, que quiere todo el oro para él. Y yo te digo: ¡hermano, vámonos, vámonos lejos! ¡Y maldito sea el oro y el hombre malo!

Matías sintió que las lágrimas rodaban por su cara. Juan permaneció silencioso, pero miró a Matías, vio que lloraba y dijo:

—Mañana nos vamos.

Mariluán dio un salto, y otra vez su grito, esta vez de alegría, aleteó en el silencio. Cuando se apagó el último eco, una descarga atronó el aire. Juan vaciló, abrió los brazos y gritó:

—¡Cobardes!

Y cayó muerto.

Matías, aturdido por aquel ataque tan inesperado, permaneció indeciso. Después se echó al suelo y esperó. No se oía una voz ni un ruido. Ni siquiera había visto de dónde se había hecho fuego. Llamó.

—Mariluán…

El indio no contestó. Con la cabeza afirmada en el pecho de Juan el Puelche lloraba con grandes sollozos y hablaba en voz baja, tiernamente, como si hubiese hablado a un hijo muerto.

—Mariluán —insistió Matías.

—Huinca…

—Defendámonos.

El indio se levantó, abrió los brazos y gritó:

—¡Tira aquí, ojos azules!

Se oyó una carcajada. Matías reprimió un grito: una sombra se movía en la otra orilla del río. Siguió sus movimientos y apuntó, esperando que la sombra se detuviese. Pasó un rato. El bulto iba y venía, tal vez buscando la pasada. Se detuvo un segundo y el tiro partió: se oyó un grito sordo y el ruido de un cuerpo que cae al agua. Matías lanzó un grito de triunfo y se enderezó, pero aquel movimiento lo perdió: detrás de él, a unos veinte pasos de distancia, brilló un fogonazo y Matías cayó de boca.

Cuando Kanaka Joe, seguido de dos hombres, se acercó al campamento, encontró dos hombres muertos y un indio que lloraba. Llegaron después otros dos hombres. Pedro el Francés, herido por Matías, había muerto: su cadáver flotaba en el río, chocando con las rocas.

Toda la noche, Mariluán, insensible al frío, estuvo llorando junto a sus compañeros muertos. Cuando vino el día, nublado y triste, un viento helado descendió de las cumbres. Cuando cesó, la nieve cayó silenciosamente sobre la tierra; caía en largas plumillas y poco a poco fue tapando todo.

Muy avanzada la mañana, Mariluán se irguió: había envejecido en una noche; tenía los ojos rojizos y su cara dejaba adivinar una profunda insensibilidad. Miró a los hombres que estaban alrededor del fuego, se agachó, besó a Juan y a Matías por última vez y se fue. Y durante dos días, como una obsesión, oyeron el alarido del indio que vagaba por los montes. Mientras tanto, después de repartirse el oro que Juan y Matías habían recogido, se entregaron a la tarea de buscar más. Aquella nevada les advertía que el otoño sería temprano. Por lo demás, el otoño y el invierno llegan por ahí casi al mismo tiempo.

Al tercer día ya no oyeron los gritos del indio.

«Habrá muerto», pensó Kanaka Joe.

Pero estaba equivocado. Esa misma noche, Kanaka Joe, que tenía el sueño liviano, despertó: le pareció oír un trueno lejano. Escuchó. El trueno se agrandó mucho. Salió de la ruca: el cielo estaba estrellado… De repente comprendió lo que vendría y echó a correr gritando:

—¡Cuidado! ¡Derrumbe!

Los que dormían despertaron asustados. En la oscuridad, atontados por aquel estruendo que iba en aumento, no atinaron sino a gritar y la avalancha los cogió de frente, triturándolos brutalmente. Cuando todo quedó en silencio, el grito de Mariluán era ya el grito de un loco.

El amanecer fue lúgubre. Cuando el hombre de los ojos azules, casi helado, se atrevió a acercarse al campamento, un espectáculo de espanto se presentó a sus ojos: todo había sido barrido por el huracán de piedras; la ruca y los árboles cercanos estaban como descuajados y los cuerpos de sus compañeros yacían como hundidos ya en la tierra. Las rocas se habían detenido en medio del río y sobre una de ellas Kanaka Joe vio, sentado y sonriéndole, a Mariluán. Se acercó. El indio pareció saludarlo amistosamente, y enseguida, como cantando, monótonamente, le dijo:

—Huinca vino a buscar oro… Ojos azules también quiere oro, pero mata al huinca y Mariluán mata a todos. Hombre de ojos azules vive, pero morirá. El oro del indio viejo trae la muerte.

—*Go away!* —rugió Kanaka Joe.

—Hombre de ojos azules mata indio… Indio no quiere vivir. Está triste… ¡Mata, hombre, mata!

Mariluán se levantó y de pie sobre la roca, casi desnudo, llorando y cantando, parecía el espíritu de su raza perseguida y desposeída, ofreciendo su cuerpo al consuelo de la muerte.

Cuando el indio, después de inclinar la cabeza, abrió los brazos y pareció querer volar, rodando por fin al río, Kanaka Joe tiró su revólver y se sentó: estaba triste, abatido. La visión de tantos muertos le causaba un profundo abatimiento. Se arrastró hasta donde había un montón de ropa, hizo una cama y se acostó. Durmió mucho tiempo.

Cuando despertó, era otro. Tapó los muertos con unas ramas, recogió las provisiones que restaban y llevando de la rienda dos caballos emprendió la marcha río abajo: dos kilómetros más allá o

un poco más, armó un refugio y puso en orden todas las cosas. Hizo el balance del oro recogido por todos; era una pequeña fortuna, y con ello habría bastado por el momento, pero era ambicioso. Miró el cielo: era un día de sol, tibio, casi estival. Y dijo:

—Todavía queda tiempo.

Y bajó al río a buscar más oro.

Pero ya no quedaba mucho tiempo: al amanecer del día siguiente, ruidos claros, crujidos leves y algún rodar de piedrecillas, despertaron al hombre de los ojos azules. Al principio no vio nada: un resplandor lechoso brotaba de la tierra. Pronto se dio cuenta: ¡nevaba copiosamente! Era el invierno.

En la mañana siguiente, viendo que la nevada seguía, cargó un caballo con todo lo que pudo, abarrotó de oro su cinturón, montó en el otro animal y se dispuso a marchar. Un momento estuvo reflexionando. ¿Qué ruta tomaría? Sin duda, lo mejor era seguir el curso del río aquel, porque volver por donde había venido era una locura: podía perderse y… adiós todo. El río, en cambio, iba hacia la llanura, tal vez a un lago, y siempre era más seguro.

Siguió caminando; iba contento. El cinturón pesaba un poco, pero eso no era nada: iba lleno de oro. Mejor que mejor. Y en la primera jornada todo fue bien. El caballo era un poco torpe, pero avanzaba. Nevaba un poco menos, pero a la nieve se juntó un viento helado que pelaba. En la noche durmió al abrigo de una roca. Al otro día, al ver que la nieve alcanzaba altura de cuarenta centímetros más o menos, echó un juramento. La segunda jornada fue horrible. A veces los caballos se negaban a caminar y entonces debía desmontar y tirar de ellos rabiosamente, maldiciendo en los mejores tonos usados en los arrabales de San Francisco. Y la nieve caía, lenta pero continua, tan tupida ahora que al día siguiente alcanzaba casi un metro de alto.

Cuando se dio cuenta de la verdadera situación, sintió una enorme angustia. Recogió la ropa que podía llevar, algo de comer, y abandonando los caballos, que ya le parecieron inútiles, echó a andar solo; pero tampoco aquello le era posible. El peso de la carga le impedía andar ligero, y además avanzaba demasiado despacio, la nieve le llegaba casi hasta la rodilla y un frío intenso le entumecía las piernas. Tiró un poco de ropa y avanzó, más ligero ahora. Ya no pensaba, caminaba, caminaba, peleando con la nieve, con las

piedras, con las ramas; lo importante era alejarse, irse, correr si era posible; pero la nieve parecía retenerlo, decirle: «No te vayas». Rodó por el suelo: había pisado en falso y se encontró en el fondo de una pequeña barranca. Se enderezó y subió penosamente. ¡Qué cansado estaba! De pronto oyó un silbido. ¡Oh, si apareciese un hombre, aunque fuese Juan el Puelche, con qué gusto lo recibiría! Se enterneció, recordando al hombre que había asesinado a traición, pero silbaron otra vez. ¡Ah, sí, ya no se acordaba! Miró a todas partes y nadie había, en el terreno que abarcaba su mirada, que pudiese silbar. Pero, sí, parado en una ramita vio un pájaro de invierno que parecía saludarlo. Emigraba, seguramente.

—Buena suerte.

Siguió andando: ya no podía más. Sintió un gran peso en los riñones: ¿qué era aquello tan pesado? Se palpó la cintura: era el cinturón. Lo desabrochó y lo dejó caer al suelo.

—*Let's go*.

Anduvo tres pasos y cayó a un pozo. Permaneció allí, descansando. Cerró los ojos: sentía un poco de sueño; si durmiera, ¿no descansaría? Se encogió como en su cama cuando quería dormir y por un minuto estuvo amodorrado. Durante ese minuto sintió que su cuerpo se desvanecía y que él mismo, su ser íntimo, flotaba en el aire, como diluido, desunido. Vino la reacción: la visión de la muerte lo hizo ponerse de pie y apretó los puños, con la cabeza baja, como embistiendo a la muerte, y empezó a andar de nuevo; pero su voluntad se enfriaba junto con su sangre. Chocó contra un árbol y cayó. Transcurrió un instante, al cabo del cual oyó que lo llamaban:

—¡Kanakaaa!…

¿No era la voz de Pedro el Francés? Claro, era Pedro, Pedro, que sabiendo que andaba perdido, venía a buscarlo. Estaba claro, claro como la llama de esa fogata que brillaba ahí, a unos metros de donde estaba echado, porque nadie podía ponerlo en duda, ahí, había una enorme fogata con una roja llama lengüeteando los troncos y las ramas.

—Ya voy, muchachos…

Se arrastró un poco y le pareció que había llegado al lado del fuego, y que un hombre, a quien no le veía la cara porque la tenía cubierta con una gruesa bufanda negra, lo sentaba a su lado, le

daba un trago de aguardiente y lo cubría con un poncho caliente y pesado. Sonriendo al invisible amigo, murmuró:

—*All right, friend*.

Y se quedó plácida y eternamente dormido.

El delincuente

EL DELINCUENTE

Yo vivo en un conventillo. Es un conventillo que no tiene de extraordinario más que un gran árbol que hay en el fondo de su patio, un árbol corpulento, de tupido y apretado ramaje, en el que se albergan todos los chincoles, diucas y gorriones del barrio; este árbol es para los pájaros una especie de conventillo; es un conventillo dentro de otro. Ignoro si la vida que se desarrolla en ese conventillo de ramas y hojas tiene algún parecido con la que se vive en el mío. Bien pudiera ser. He leído que algunos sabios han encontrado analogías entre la vida de ciertas aves y animales y la de los seres humanos. Si los sabios lo dicen, debe ser verdad. Yo, como soy peluquero, no entiendo de esas cosas. Bien; a este conventillo, es decir, al mío, se entra por una puerta estrecha y baja, que tiene, como el conventillo, solo una cosa extraordinaria: es muy chica para un conventillo tan grande. Se abre a un pasadizo largo y oscuro, pasado el cual aparece el gran patio de tierra, en cuyo fondo está el árbol de que he hablado. Al pie del tronco de este árbol, en la noche, las piadosas viejecitas del conventillo encienden velas en recuerdo de un inquilino que asesinaron ahí un dieciocho de setiembre. Con palos y latas han hecho una especie de nicho y dentro de él colocan las velas. De ahí se surten de luz los habitantes más pobres del conventillo.

Enfrente de este patio, y a la derecha del pasadizo, hay otro patio, empedrado con pequeñas piedras redondas, de huevo, como se las llama. En el centro hay una llave de agua y una pileta que sirve de lavadero. Alrededor de este último patio están las piezas de los inquilinos, unas cuarenta, metidas en un corredor formado por una veredita de mosaicos rotos y el entablado del corredor del segundo piso, donde están las otras cuarenta piezas del conventillo. A este segundo piso se sube por una escalera de madera con pasamanos de alambre, en los cuales, especialmente los días sábados, los borrachos quedan colgados como piezas de ropa puestas a secar.

Como usted ve, mi conventillo es una pequeña ciudad, una ciudad de gente pobre, entre la cual hay personas de toda índole, oficio y condición, desde mendigos y ladrones hasta policías y obreros. Hay, además, hombres que no trabajan en nada; no son mendigos, ni ladrones, ni guardianes, ni trabajadores. ¿De qué viven? ¡Quién sabe! Del aire, tal vez. No salen a la calle, no trabajan, no se cambian nunca de casa, en fin, no hacen nada; por no hacer nada ni siquiera se mueren. Vegetan, pegados a la vida agria del conventillo, como el luche y el cochayuyo a las rocas.

Bueno; veo que me he excedido hablándole del conventillo y sus habitantes, cuando en realidad no tienen nada que ver con lo que quería contarle.

Discúlpeme; es mi oficio de peluquero el que me hace ser inconstante y variable en la conversación.

Yo vivo en la primera pieza que hay a la entrada del patio, a la salida del pasadizo. Debido a esto, soy el primero que siente a las personas que entran desde la calle. Conozco en el paso a todos los habitantes del conventillo; sé cuándo vienen borrachos y cuándo sin haber bebido, cuándo alegres y cuándo de mal humor, cuándo la jornada ha sido buena y cuándo ha sido mala. De noche, echado en mi cama, los cuento uno a uno. Y la otra noche, día sábado, como a eso de las doce y media, en momentos en que estaba por acostarme, oí las voces de dos personas que discutían a la salida del pasadizo. Me sorprendí, pues no las había sentido entrar y desconocía las voces. Escuché. Una voz era alta y llena, sonora; la otra, delgada, empezaba las palabras y no las terminaba o las terminaba sin que se entendieran.

—¡Ah! —me dije—. He ahí dos compadres, uno más borracho que otro, que han entrado al conventillo equivocadamente y que ahora discuten si este es o no es el conventillo donde viven.

Diciéndome estaba estas palabras, cuando uno de los amigos dio con su cuerpo contra mi puerta y casi la abre hasta atrás. Juzgué prudente intervenir en la discusión y abrí la puerta, saliendo en mangas de camisa al patio. En ese mismo momento un carpintero que vive en el segundo piso, el maestro Sánchez, venía entrando de la calle. Me tranquilicé al verlo venir, y digo me tranquilicé porque la mirada que eché a los dos compadres no me produjo ningún sentimiento de confianza. Debajo del chonchón de parafina que hay

a la salida del pasadizo, chonchón que el mayordomo enciende solamente los días sábados, veíase a dos personas, dos hombres; uno muy delgado, con sombrero de paja echado hacia atrás; los ojos azules, pero un azul claro, trémulo, desvanecido, un color de llama de alcohol; la frente muy alta; la nariz larga y delgada, un poco roja en la punta. La cara, es decir, la nariz y los ojos, era lo único notable en ese individuo. Lo demás iba vestido con un traje oscuro y calzado con unos zapatos largos y puntiagudos. Todo él daba la impresión de una persona que se iba andando de puntillas, con aquellos ojos azules, esa nariz delgada y larga y esos zapatos puntiagudos… ¡Ah!, además llevaba un enorme cuello que parecía no ser de él y una corbata negra con un nudo muy grande. Hablaba con una voz que no tenía nada que ver con su débil aspecto físico, ni con sus ojos ni con su nariz, una voz enérgica, fuerte, constructiva, parecía persuadir…

Este individuo sostenía, haciendo un gran esfuerzo, a su acompañante, que, en contraste con él, daba la impresión de algo que se quedaba, que no se iba a ninguna parte. Más alto que el otro, llevaba un sombrero claro, achatado de copa y de alas cortas; rostro moreno, con bigote negro hacia abajo; camisa sin cuello, traje oscuro, zapatos manchados de cal o de pintura. Toda su persona parecía saturada o llena de algo que no lo dejaba moverse.

Cuando el hombre delgado me vio aparecer, hizo un movimiento como para soltar al otro y marcharse, pero la presencia del maestro Sánchez lo detuvo. Yo seguí examinándolos hasta que el carpintero llegó hasta donde estábamos. Dio una mirada al grupo y preguntó:

—¿Qué pasa, maestro Garrido?

—Lo ignoro; me estaba acostando, sentí discutir a estas dos personas y he salido a ver lo que sucedía. Este señor nos lo dirá.

El hombre de la nariz delgada retrocedió y pareció hundirse en la muralla, al mismo tiempo que el gordo, al ser soltado por su compañero, se dobló violentamente hacia el suelo. Lo sujetamos, enderezándolo. Estaba borracho hasta la idiotez.

—¿Qué pasa? Conteste —dije al hombre delgado.

Se encogió de hombros, sonriendo, y estiró una mano que parecía una ganzúa, larga y fina.

—Nada, pues, señor; ¿qué va a pasar? El maestro que me convidó a su casa, diciéndome que había unas niñas que cantaban y

ahora se está echando para atrás.

El gordo resoplaba ruidosamente, como si el vino ingerido luchara dentro de él con el aire que aspiraba. Lo sacudí por un brazo; enderezó la cabeza, abrió un ojo y haciendo un esfuerzo poderoso buscó dentro de sí algo que no estuviera saturado de alcohol y que le permitiera responder. Por fin, dijo con una voz de falsete:

—Sí, échale no más…

La frase fue más larga, pero no le entendimos más que eso; lo demás se enredó y ahogó entre su bigotazo negro, haciendo un ruido de borboteo.

En ese momento el maestro Sánchez dijo:

—¡Bah! ¿Y esto?

Y acercándose al hombre gordo tomó un pedazo de cadena que pendía de su chaleco.

—¿Y esto? —repitió, mirando al hombre del ojo azul desvanecido.

Este retrocedió un paso más y abriendo los brazos contestó:

—¡Chis! ¿Qué sé yo?

Nos quedamos un instante silenciosos. Yo, francamente, no tengo nervios para soportar esos momentos que se alargan y me estaba sintiendo molesto.

—¿Qué hacemos? —pregunté al maestro Sánchez.

Le tomaba el parecer nada más que por cortesía y por el interés que demostraba. Al estar solo hubiera procedido de la siguiente manera: habríale dado un puntapié al hombre delgado, diciéndole:

—¡Vete, ladrón!

Y otro al gordo, agregando:

—¡Ándate, idiota!

Y entrándome al cuarto me habría acostado, quedándome dormido tan ricamente. Pero el maestro Sánchez, que es demócrata, no tiene iniciativas ni ideas propias y prefiere siempre acogerse a lo acostumbrado. Contestó:

—Vamos a buscar un guardián y se los entregamos. Acompáñeme, maestro…

Estuve tentado de echarlo al diablo, meterme en mi cuarto y cerrar la puerta; pero, no sé si se lo he dicho: «soy un hombre tímido; mis iniciativas, al encontrarse en oposición con otras,

quedan siempre en proyecto; no sé discutir ni me gusta imponer mis ideas».

—Bueno; espérese…

Entré a mi cuarto, me eché un revólver al bolsillo trasero del pantalón —ignoro por qué motivo hice esto, ya que el arma estaba descargada y tampoco la necesitaría—, me puse el saco, desperté a mi mujer, y después de decirle que iba a salir y que tuviera cuidado con la puerta, me reuní con el maestro Sánchez, quien estaba parado en medio del pasadizo, dominando con su alto y musculoso cuerpo a los dos pobres diablos que allí estaban.

—Vamos, en marcha, y si intenta arrancarse le daré un puntapié que le va a juntar la nariz con los talones.

Al oír esta terminante declaración, el hombre delgado pareció encogerse. Enseguida, malhumorado, tironeó de un brazo al borracho, y este, desprevenido, dio una brusca media vuelta y se fue de punta al suelo. Lo levantamos como quien levanta un barril de vino, mientras gimoteaba, quejándose amargamente de que la policía procediera de ese modo con él, que era un obrero honrado y trabajador.

¿Para qué voy a contarle, detalle por detalle, paso por paso, el horrible viaje de nosotros tres, el maestro Sánchez, el ladrón y yo, en la noche, en busca de un guardián, empujando a aquel hombre borracho que caía y levantaba, gritando y quejándose como un niño, con aquella voz que parecía no pertenecerle? Teníamos el aspecto de descargadores de mercaderías. Yo tuve que quitarme el paletó; sudaba como un jornalero.

Anduvimos cuatro o cinco cuadras de ese modo sin encontrar un solo policía. Hubo un momento en que los tres, sentados en el cordón de la vereda, descansando, olvidamos el martirio de nuestra diligencia y conversamos como viejos camaradas, hablando de los inconvenientes de beber hasta ese extremo. El borracho, tirado sobre los adoquines, roncaba plácidamente, como si estuviera en su cama. Eran ya como las dos de la mañana. Quise proponer que dejáramos al borracho sentado en el umbral de una puerta y los demás nos lanzáramos cada uno a su casa, pero en el momento en que iba a hacerlo, el maestro Sánchez se levantó y dijo:

—Iremos hasta la comisaría…

—¿A qué? —pregunté distraído; pero enseguida repuse—: ¡Ah,

sí!

Me parecía tan estúpido todo aquello y tan triste; las calles solitarias, oscuras, llenas de hoyos, con unas aceras deplorables y los tres cansados, sudorosos, los tres aburridos de aquella faena extraordinaria que nos había tocado. Sentía ira y desprecio contra aquel cuerpo inerte, fofo, tendido entre nosotros, que resoplaba como un fuelle agujereado, inconsciente, feliz tal vez, y que obligaba a tres hombres a andar a esas horas por las calles, llevándolo con tanta delicadeza como si se tratara de un objeto de arte o de un mueble frágil.

La comisaría quedaba a ocho cuadras de distancia. ¡Ocho cuadras! Eso era la fatiga, la angustia, el desmayo… En fin, andando, andando. Levantamos al borracho, que se despertó gritando y protestando que ni en su casa lo dejaran descansar tranquilo. Recurrimos a las buenas palabras.

—Camina, pues, ñatito; ya vamos a llegar.

—Ya, hermanito; váyase, por aquí.

Entre dos lo tomamos de los brazos y otro marchó detrás, sujetándolo por la espalda. Resbalaba, se tumbaba ya a un lado, ya a otro, se echaba hacia atrás, se inclinaba. ¡Dios mío! Eran inútiles las buenas palabras y los cariñosos consejos. De pronto ocurrió algo inaudito: el maestro Sánchez, de ordinario tan paciente y tan constitucional, largó al borracho, echó un tremendo juramento y le soltó un puntapié, gritando:

—¡Camina, animal!

Yo quedé helado. En cambio, el ladrón se puso a reír a gritos. Reía con una risa asnal, estruendosa. Me contagió esa risa y de repente nos encontramos riendo los tres a grandes carcajadas y dándonos, unos a otros, golpecitos en la barriga y en los hombros.

—¡Ja, ja, ja!

Con la risa, se nos espantó el cansancio; pero volvió de nuevo cuando reanudamos la marcha con aquella preciosa carga. Nuestro viaje ya no tenía sentido real. Nadie se acordaba de lo sucedido en el conventillo. Allí no había ladrones ni hombres honrados. Solo un borracho y tres víctimas de él.

—¿A dónde me llevan? —preguntó de improviso el ebrio.

—¿A dónde? Al Hotel Savoy, viejo mío —contestó el ratero.

—Sí. Allí te servirán una limonada y enseguida te acostarás en

una cama con colchones de pluma —agregó el maestro Sánchez.

Nos sentamos los tres a reír, dejando al borracho afirmado en un farol.

Así marchamos, unas veces silenciosos, otras riendo, pero ya mecánicamente, sin ganas de nada. Nos sentíamos vacíos de todo.

Llegamos por fin a la comisaría. Estaba cerrada. Golpeamos. Se sintieron pasos, alguien abrió una pequeña ventanilla y por ella asomó un casco y un rostro de guardián. Nos echó una mirada de inspección.

—¿Qué quieren?

¿Qué queríamos? Ninguno supo qué contestar.

—Abra usted; ya le explicaremos.

Se oyó el descorrer de una barra y la puerta se abrió pesadamente. Apareció un ancho zaguán y más allá de él un patio amplio y oscuro; ruido de cascos de caballos.

—Adelante. ¡Cabo de guardia!

Acudió un hombre alto y moreno.

—Pasen por aquí.

Nos introdujo en un cuarto en el que había un escritorio, delante de este una barandilla de madera y varias bancas afirmadas en la pared. Una luz en el techo.

—Vamos a ver, ¿qué pasa?

Yo tomé la palabra y conté lo acaecido. Había encontrado a esos dos hombres en tal y cual circunstancia y no sabiendo qué resolver, decidimos venir a la comisaría para que la autoridad tomara conocimiento y resolviera el caso. El cabo guardó silencio; después dijo:

—Mi inspector no está aquí en este momento; ha salido de ronda. Tendrán que esperar un rato.

Después, con voz de trueno, gritó:

—Y vos, siéntate en ese rincón. Tienes cara de pillo. ¿Cómo te llamas?

—Vicente Caballero, mi cabo.

—Caballero… ¡Miren qué trazas de caballero! ¿Has estado preso alguna vez aquí?

—Nunca, señor.

—¡Hum! Eso lo vamos a ver. Espérate que llegue el inspector.

Hizo ademán de retirarse, pero yo lo detuve.

—Dígame, ¿qué hacemos con este hombre?

—¿Con el borracho? Déjelo ahí sentado, que duerma.

Y salió. Sentamos en una de las bancas al borracho, que inmediatamente se tumbó; subió las piernas a la banca y se dispuso a dormir. Procedía como persona acostumbrada.

Y ahí nos quedamos los otros tres, mirándonos, examinándonos, viéndonos a plena luz por primera vez en esa noche, tomando cada uno la impresión que el otro le producía.

Todo quedó en silencio en la comisaría. Pasó una media hora, marcada minuto a minuto en un gran reloj colgado en la pared. Nadie hablaba; los tres pensábamos en nuestros asuntos, indiferentes al sitio donde nos encontrábamos y al motivo de nuestra estada allí.

Pasó otra media hora. Las tres y media de la mañana. Ya no podía más, tenía los ojos pesados y el cuerpo todo dolorido. El maestro Sánchez empezó a cabecear. Solamente el ladrón, aquel hombre delgado, de ojo azul, permanecía imperturbable. Parecía acostumbrado a las largas y pacientes esperas y a los amaneceres sin sueño. Sentado, con las espaldas afirmadas en la pared, los brazos cruzados, miraba, parpadeando rápidamente, el reloj, las tablas del techo, las del suelo, la ampolleta eléctrica; parecía contar una y otra vez los barrotes de la ventana que daba a la calle y los travesaños de la barandilla de madera.

El cansancio y el sueño me rendían. Pensé fumar para distraerme y busqué en mis bolsillos el paquete de cigarrillos que siempre guardo en ellos; no los encontré. Con el apresuramiento de la salida se me habían olvidado encima de la mesa de mi cuarto. El ratero, que me vio hacer todos esos movimientos se incorporó preguntando:

—¿Qué quiere, patrón? ¿Cigarrillos? Aquí tiene.

Se levantó y avanzó hasta donde yo estaba, ofreciéndome sus cigarrillos; pero en ese momento una voz terrible salió de la oscuridad del zaguán y dijo:

—¿Para dónde vas? Siéntate ahí.

Detenido por aquella voz, el hombre quedó inmóvil en medio de la oficina, con el brazo extendido.

—Voy a darle un cigarrillo al caballero —explicó.

—Siéntate ahí, te digo.

Retrocedió el ladrón, aturdido y confuso. Yo quedé silencioso, avergonzado por aquel hecho, doliéndome de que mi calidad de hombre honrado impidiera a otro hombre acercarse a mí y convidarme un cigarrillo.

Patrón, uno procede siempre por estado de ánimo y no por ideas fijas. A veces les tengo rabia a los ladrones; otras lástima. ¿Por qué los ladrones serán ladrones? Veo que siempre andan pobres, perseguidos, miserables; cuando no están presos andan huyendo; los tratan mal, les pegan, nadie puede estar cerca de ellos sin sentirse deshonrado. Cuando le roban a uno, le da rabia con ellos; cuando los ve sufrir, compasión. Lo mismo pasa con los policías; cuando lo amparan y lo defienden a uno, les tiene simpatía y cariño; cuando lo tratan injustamente y con violencia, odio. El ser humano es así, patrón; tiene buenos sentimientos para con el prójimo, pero siempre que el prójimo no le haga nada.

Así nos quedamos, mirándonos y sonriéndonos con simpatía. Él, entonces, sacó un cigarrillo del paquete y me lo tiró por el aire, y como le hiciese señas de que tampoco tenía con qué encenderlo, hizo lo mismo con una caja de fósforos. Pité, patrón, con ganas, gozando, echando grandes bocanadas de humo, regocijado, agradecido. ¡Aquel ladrón era muy simpático! Tan de buen humor, tan atento con las personas, tan buen compañero. Claro es que si me pillara desprevenido me robaría hasta la madre, y si yo lo pillara robándome le pegaría y lo mandaría preso, pero en aquel momento no era este el caso. Yo estaba alegre fumando y esa alegría se la debía a él. Lo demás no me importaba.

Las cuatro. Y en el momento en que el reloj las daba, se sintió en la calle el paso de un caballo que se detuvo ante el portón. Abrieron y el caballo avanzó por el zaguán, deteniéndose ante la oficina. Una voz gritó:

—¡Cabo de guardia!

Se sintió correr a un hombre. Yo toqué en el hombro al maestro Sánchez, quien despertó e incorporose sorprendido, diciendo:

—¡Ah! ¿Qué pasa?

Pero después de mirar hizo un gesto de hombre desilusionado y se sentó de nuevo. El cabo de guardia entró a la oficina y detrás de él el inspector, un joven alto, rubio, muy buen mozo. Se detuvo en medio del cuarto y mientras daba una mirada circular, examinando

a todos los que allí estábamos, se quitó el quepis y los guantes. Después avanzó, abrió una puertecilla que había en la baranda de madera y se sentó ante el escritorio.

—Vamos a ver. ¿Qué pasa, señores?

Avancé y recité de nuevo la estúpida letanía: este hombre y aquel, etc. Luego que hube terminado, volví a mi sitio, y el oficial, estirando los brazos, juntó las manos sobre la mesa con un gesto de satisfacción.

—¡Ajá! Muy bien.

El asunto pareció interesarle. Después, sin mirar a nadie y levantando la voz, dijo:

—A ver, vos, ven para acá.

Cualquiera de los tres hombres despiertos que allí estábamos podía ser el llamado; pero el único que se movió fue el ladrón. Avanzó hasta quedar frente al oficial.

—Sácate el sombrero —dijo el oficial con una voz muy suave—. ¿No sabes cómo debes estar en una comisaría?

El infeliz, sacándose el sombrero, murmuró:

—Disculpe, señor.

Y descubrió su cabeza, una cabeza pequeña, calva hasta la mitad, con unos pocos pelos claros atravesados sobre ella; una cabeza humilde y triste.

El oficial le dirigió una mirada aguda, fina, que lo recorrió por entero.

—Tú eres Juan Cáceres —le dijo—. Alias El Espíritu, ladrón, especialidad en conventillos y borrachos. ¿No es cierto?

El hombre delgado bajó la cabeza y estuvo un momento silencioso, mirando la copa de su sombrero, como si viera en ella algo que le llamara la atención. Cuando levantó el rostro, su expresión había cambiado. La pequeña y alargada cabeza pareció llenarse de malicia y astucia, y los ojos azules, a la luz del alba que entraba por la ventana, achicados, tenían un tinte más oscuro.

Abrió los brazos y dijo:

—No, señor; yo me llamo Vicente Caballero, clavador de tacos de zapatos; no soy ladrón ni tengo ningún apodo.

—Bueno, eso lo dirás mañana en la Sección de Seguridad. ¿Dónde están el reloj y el pedazo de cadena que le faltan a ese hombre?

—No sé, señor.

—¿No sabes, no?

—No, señor; y para que el señor inspector vea que soy inocente y que no he intentado robar a ese hombre, le pido que ordene su registro. Ustedes me acusan del robo de un reloj, sin saber si ese reloj ha sido robado o no.

—¡Hum! Tú conoces demasiado las leyes para ser un hombre honrado… Cabo de guardia, registre a ese borracho.

El cabo tomó de un hombro al borracho y lo sentó. El hombre gordo, a quien lo dormido había espantado bastante la embriaguez, abrió los ojos y preguntó estupefacto:

—¿Qué pasa?

Eran sus primeras palabras conscientes. Hizo ademán de resistirse al registro, pero al ver el uniforme del que lo registraba, se quedó callado, con los brazos abiertos, observando sorprendido todos los movimientos del cabo. Este sacole del ojal el pedazo de cadena, que de allí colgaba, y lo depositó en el escritorio. El borracho, al ver el resto de su cadena, dijo:

—¡Bah!

Y se miró el chaleco. En los bolsillos interiores del saco no tenía nada, ni una cartera, ni un papel, ni una caja de fósforos. Por fin, el cabo dijo:

—Aquí hay un reloj.

Y de un bolsillo exterior sacó un reloj negro, de acero, con un trozo de cadena colgando.

El ratero lanzó una exclamación de triunfo:

—¿No ve, señor, no ve? ¿Qué le decía yo?

Pero estas palabras fueron dichas de un modo tan exagerado y con un tono tan falso, que todos los que allí estábamos sentimos esa especie de vergüenza que produce el oír mentir descaradamente a una persona que se sabe que está mintiendo, y que ella misma lo sabe.

Este sentimiento nuestro alcanzó a ser percibido por el ratero. Miró nuestros rostros y viendo que en ellos no había sino compasión y piedad, se encogió de hombros, dejó caer el brazo que había extendido en demanda de aprobación y de ayuda y retirándose a un lado pareció entregarse.

—Cabo de guardia, registre a ese hombre.

El cabo de guardia puso una mano sobre el hombro de aquel pobre diablo y haciendo una pequeña presión sobre él lo hizo girar, y él giró con una condescendencia automática. Había perdido ya toda voluntad propia y el cabo de guardia hizo con él lo que quiso.

—Levanta los brazos.

Levantó los delgados brazos, seguramente tan ágiles y diestros en su oficio, pero en esos momentos tan tiesos como si hubieran estado sostenidos por resortes a los débiles hombros.

—Date vuelta.

A cada orden obedecida, el hombre empequeñecía más, perdiendo ante nuestros ojos, poco a poco, sus últimos restos de dignidad humana.

Una vez registrados todos los bolsillos, el cabo le ordenó nuevamente levantar los brazos, que había dejado caer cansados, e hizo correr sus manos a lo largo del cuerpo del ratero con un suave movimiento palpatorio, deteniéndose debajo de los brazos, hurgando alrededor de la cintura, entre las piernas. Y aquel movimiento recordaba el que hacen las lavanderas al estrujar una pieza de ropa, una colcha o una sábana, empezando por una punta, retorciendo, apretujando la tela hinchada de agua, que se estira, enroscándose, hasta reducirse a su mínimo volumen. Cuando el cabo llegó a los zapatos, preguntó:

—¿Qué es esto?

—La llave de mi cuarto, señor.

—¿Llevas la llave de tu cuarto en los zapatos? Es una ganzúa, mi inspector.

—Colóquela sobre el escritorio.

Puso el cabo sobre la felpa verde del escritorio una ganzúa larga y fina, que brilló a la luz como un pececillo plateado al sol.

Hízose a un lado el cabo y en medio de la oficina solo quedó Juan Cáceres, alias El Espíritu, ladrón, especialidad en borrachos y conventillos. Los mechones de pelo castaño que detenían en mitad de la cabeza el avance de su calva, habían resbalado hacia abajo y aparecían estirados, pegados por el sudor sobre la alta frente. Los ojos habíanse redondeado y oscurecido, y la nariz, larga y colorada en la punta, avanzaba grotescamente, como pegada con cola a los pómulos demacrados. Con los forros de los bolsillos hacia afuera, el sombrero en la mano, el delgado pescuezo emergiendo del enorme

cuello, el esmirriado cuerpo estrujado por las manos duras y hábiles del cabo, aquel ser no era ya ni la sombra del hombre que era cuando veníamos por la calle, alegres o fatigados, empujando a aquel otro hombre, el borracho, que sentado en la banca miraba la escena con ojos asombrados y tenía en el rostro la expresión del que oye narrar un cuento de ladrones y criminales.

El inspector dijo:

—Muy bien, compañero Cáceres, lo hemos pillado sin perros.

Después, dirigiéndose a mí, dijo:

—Pondremos en el parte que este individuo fue sorprendido en momentos en que robaba a otro y que al ser registrado se le encontró encima el reloj de la víctima y una llave ganzúa. Con eso tiene para un rato. ¡Cabo de guardia!

—Mande, señor.

—Sáquele a ese hombre el cuello y la corbata y échelo a un calabozo. Mañana irá con parte al juzgado.

El cabo despojó al ratero de su enorme cuello y de su gran corbata negra.

—¡Andando!

Y el hombre del ojo azul desvanecido salió, seguido del cabo, como resbalando en la luz cruda del alba.

Después que el ratero hubo salido, se levantó el borracho y preguntó al oficial:

—Señor, ¿qué piensa hacer de mí?

—Espérate, borracho indecente.

Volvió el cabo.

—A este individuo métalo al calabozo junto con el otro. Le haremos parte por ebriedad y escándalo.

—¡Andando!

Y el hombre gordo fue a reunirse con el hombre flaco.

—Ustedes pueden retirarse, señores…

Salimos silenciosos de la oficina. Un policía, que dormitaba afirmado en el portón del zaguán, al vernos preguntó hacia adentro:

—¿Y estos individuos?

—Déjelos salir; van en libertad —contestó la voz del oficial.

Salimos.

Y después, el regreso en el alba, patrón, el regreso a la casa; cansados, con los rostros pálidos y brillantes de sudor, sin hablar,

tropezando en las veredas malas, con la boca seca y amarga, las manos sucias y algo muy triste, pero muy triste, deshaciéndose, por allá dentro, entre el pecho y la espalda.

El vaso de leche

Afirmado en la barandilla de estribor, el marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un envoltorio de papel blanco, manchado de grasa en varias partes. Con la otra mano atendía la pipa.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla del muelle con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

—*I say; look here!* (¡Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

—*Hallo! What?* (¡Hola! ¿Qué?)

—*Are you hungry?* (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

—*No, I am not hungry. Thank you, sailor*. (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero).

—*Very well.* (Muy bien).

Sacose la pipa de la boca el marinero, escupió y colocándosela de nuevo entre los labios, miró hacia otro lado. El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso, como temiendo arrepentirse de su negativa.

Un instante después un magnífico vagabundo, vestido inverosímilmente de harapos, grandes zapatos rotos, larga barba rubia y ojos azules, pasó ante el marinero, y este, sin llamarlo previamente, le gritó:

—*Are you hungry?*

No había terminado aún su pregunta cuando el atorrante,

mirando con ojos brillantes el paquete que el marinero tenía en las manos, contestó apresuradamente:

—*Yes, sir, I am very much hungry!* (Sí, señor, tengo harta hambre).

Sonrió el marinero. El paquete voló en el aire y fue a caer entre las manos ávidas del hambriento. Ni siquiera dio las gracias, y abriendo el envoltorio, calentito aún, sentose en el suelo, restregándose las manos alegremente al contemplar su contenido. Un atorrante de puerto puede no saber inglés, pero nunca se perdonaría no saber el suficiente como para pedir de comer a uno que hable ese idioma.

El joven que pasara momentos antes, parado a corta distancia de allí, presenció la escena.

Él también tenía hambre. Hacía tres días justos que no comía, tres largos días. Y más por timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de las escalas de los vapores, a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca. Y cuando, como en el caso reciente, alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre.

Seis días hacía que vagaba por las callejuelas y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés procedente de Punta Arenas, puerto en donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho de capitán. Estuvo un mes allí, ayudando en sus ocupaciones a un austríaco pescador de centollas, y en el primer barco que pasó hacia el norte embarcose ocultamente.

Lo descubrieron al día siguiente de zarpar y enviáronlo a trabajar en las calderas. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, como un fardo sin dirección ni destinatario, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno.

Mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero después… La ciudad enorme, que se alzaba más allá de las callejuelas llenas de tabernas y posadas pobres, no le atraía; parecíale un lugar de esclavitud, sin aire, oscura, sin esa grandeza amplia del mar, y entre cuyas altas paredes y calles rectas la gente vive y muere aturdida por un tráfago angustioso.

Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas más lisas y definidas como un brazo poderoso una delgada varilla. Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en diversos vapores, desempeñando distintos trabajos y faenas, faenas y trabajos que en tierra casi no tenían aplicación.

Después que se fue el vapor anduvo y anduvo, esperando del azar algo que le permitiera vivir de algún modo mientras volvía a sus canchas familiares; pero no encontró nada. El puerto tenía poco movimiento y en los contados vapores en que se trabajaba no lo aceptaron.

Ambulaban por allí infinidad de vagabundos de profesión; marineros sin contrata, como él, desertados de un vapor o prófugos de algún delito; atorrantes abandonados al ocio, que se mantienen de no se sabe qué, mendigando o robando, pasando los días como las cuentas de un rosario mugriento, esperando quién sabe qué extraños acontecimientos, o no esperando nada, individuos de las razas y pueblos más exóticos y extraños, aun de aquellos en cuya existencia no se cree hasta no haber visto un ejemplar vivo.

Al día siguiente, convencido de que no podría resistir mucho más, decidió recurrir a cualquier medio para procurarse alimentos.

Caminando, fue a dar delante de un vapor que había llegado la noche anterior y que cargaba trigo. Una hilera de hombres marchaba, dando la vuelta, al hombro los pesados sacos, desde los vagones, atravesando una planchada, hasta la escotilla de la bodega, donde los estibadores recibían la carga.

Estuvo un rato mirando hasta que atreviose a hablar con el capataz, ofreciéndose. Fue aceptado y animosamente formó parte de la larga fila de cargadores.

Durante el primer tiempo de la jornada trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado y le vinieron vahídos, vacilando en la planchada cuando marchaba con la carga al hombro, viendo a sus pies la abertura formada por el costado del vapor y el murallón del muelle, en el fondo de la cual, el mar, manchado de aceite y cubierto de desperdicios, glogoteaba sordamente.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones cercanos y otros comían de lo

que habían llevado, él se tendió en el suelo a descansar, disimulando su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado, cubierto de sudor, reducido ya a lo último. Mientras los trabajadores se retiraban, se sentó en unas bolsas acechando al capataz, y cuando se hubo marchado el último, acercose a él y confuso y titubeante, aunque sin contarle lo que le sucedía, le preguntó si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto a cuenta de lo ganado.

Contestole el capataz que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía sería necesario trabajar el día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡Un día más! Por otro lado, no adelantaban un centavo.

—Pero —le dijo—, si usted necesita, yo podría prestarle unos cuarenta centavos… No tengo más.

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiosa y se fue.

Le acometió entonces una desesperación aguda. ¡Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; veía todo a través de una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no habría podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era oscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso.

Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas y se detuvo. Se fue inclinando, doblándose forzadamente y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanos, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga… Después, poco a poco, cesó el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caería al suelo.

Apuró el paso como huyendo de un nuevo mareo, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esta palabra: comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido, dejándole una impresión de vacío

caliente en la cabeza.

No pensaba huir; le diría al dueño: «Señor, tenía hambre, hambre, hambre, y no tengo con qué pagar… Haga lo que quiera».

Llegó hasta las primeras calles de la ciudad y en una de ellas encontró una lechería. Era un negocio muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas de mármol. Detrás de un mostrador estaba de pie una señora rubia con un delantal blanquísimo.

Eligió ese negocio. La calle era poco transitada. Habría podido comer en uno de esos figones que estaban junto al muelle, pero se encontraban llenos de gente que jugaba y bebía.

En la lechería no había sino un cliente. Era un vejete de anteojos, que con la nariz metida entre las hojas de un periódico, leyendo, permanecía inmóvil, como pegado a la silla. Sobre la mesita había un vaso de leche a medio consumir.

Esperó que se retirara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos. Se cansó y parose a un lado de la puerta, desde donde lanzaba al viejo unas miradas que parecían pedradas.

¡Qué diablos leería con tanta atención! Llegó a imaginarse que era un enemigo suyo, quien, sabiendo sus intenciones, se hubiera propuesto entorpecerlas. Le daban ganas de entrar y decirle algo fuerte que le obligara a marcharse, una grosería o una frase que le indicara que no tenía derecho a permanecer una hora sentado, y leyendo, por un gasto tan reducido.

Por fin el cliente terminó su lectura, o por lo menos, la interrumpió. Se bebió de un sorbo el resto de la leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigiose a la puerta. Salió; era un vejete encorvado, con trazas de carpintero o barnizador.

Apenas estuvo en la calle, afirmose los anteojos, metió de nuevo la nariz entre las hojas del periódico y se fue, caminando despacito y deteniéndose cada diez pasos para leer con más detenimiento.

Esperó que se alejara y entró. Un momento estuvo parado a la entrada, indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y dirigiose hacia ella; pero a mitad de camino se arrepintió, retrocedió y tropezó en una silla, instalándose después en un rincón.

Acudió la señora, pasó un trapo por la cubierta de la mesa y con

voz suave, en la que se notaba un dejo de acento español, le preguntó:

—¿Qué se va usted a servir?

Sin mirarla, le contestó:

—Un vaso de leche.

—¿Grande?

—Sí, grande.

—¿Solo?

—¿Hay bizcochos?

—No; vainillas.

—Bueno, vainillas.

Cuando la señora se dio vuelta, él se restregó las manos sobre las rodillas, regocijado, como quien tiene frío y va a beber algo caliente.

Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platillo lleno de vainillas, dirigiéndose después a su puesto detrás del mostrador.

Su primer impulso fue el de beberse la leche de un trago y comerse después las vainillas, pero enseguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al hacerlo, conocería su estado de ánimo y sus propósitos vergonzosos y él tendría que levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciola en la leche y le dio un bocado; bebió un sorbo de leche y sintió que la quemadura, ya encendida en su estómago, se apagaba y deshacía. Pero, enseguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo apretado y caliente subió desde su corazón hasta la garganta; se dio cuenta de que iba a sollozar, a sollozar a gritos, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando no pudo rechazar ni deshacer aquel nudo ardiente que se estrechaba más y más. Resistió, y mientras resistía comió apresuradamente, como asustado, temiendo que el llanto le impidiera comer. Cuando terminó con la leche y las vainillas se le nublaron los ojos y algo tibio rodó por su nariz, cayendo dentro del vaso. Un terrible sollozo lo sacudió hasta los zapatos.

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiese

llorado.

Inclinado estaba y llorando, cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

—Llore, hijo, llore…

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba pareciole que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto se limpió con su pañuelo los ojos y la cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero esta no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste.

En la mesita, ante él, había un nuevo vaso lleno de leche y otro platillo colmado de vainillas: comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado, como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó ya había oscurecido y el negocio se iluminaba con una bombilla eléctrica. Estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse, sin ocurrírsele nada oportuno.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

—Muchas gracias, señora; adiós…

—Adiós, hijo… —le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección, tomando después por una calle que bajaba hacia los muelles. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano.

Pensó en la señora rubia que tan generosamente se había conducido, e hizo propósitos de pagarle y recompensarla de una manera digna cuando tuviera dinero; pero estos pensamientos de gratitud se desvanecían junto con el ardor de su rostro, hasta que no quedó ninguno, y el hecho reciente retrocedió y se perdió en los recodos de su vida pasada.

De pronto se sorprendió cantando algo en voz baja. Se irguió

alegremente, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus fuerzas interiores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó sobre un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente. Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar.

Un mendigo

Fue un día de invierno, alumbrado por un sol transparente y seco, cuando Lucas Ramírez, después de franquear la puerta del hospital, se encontró en la calle. Parpadeó, deslumbrado por la luz fuerte y libre que resplandecía en las paredes blanqueadas, y luego, inmóvil en la orilla de la acera, reflexionó. No lo hizo mucho rato. Ya en el último mes de su estada en el establecimiento que abandonaba, había pensado bastante en el momento de su salida y sabía que su vida, al abandonar el hospital, estaría sujeta a dos hilos: la punta de uno remataba en el hospicio; la del otro, en esa gran institución ambulante y pública llamada mendicidad.

Pero nunca había imaginado la diferencia que había y hay entre el hecho de decir: «Cuando yo salga del hospital…». Y el de encontrarse fuera realmente.

La calle, cuyo aspecto y movimiento casi tenía olvidados después de sus varios meses de enfermedad, desfilaba ante sus ojos, caminando hacia los campos. Le pareció en ese instante, vista desde su ángulo de inválido, una desolada planicie, batida por un viento frío, cruzada de quebradas y pendientes, en las que aquel cuyos pies no se asentaran bien en tierra, vacilaba, caía y no se levantaba. La vida y el mundo estaban al final de esa imagen, allá lejos. ¡Ah, si hubiera tenido en ese momento sus piernas, sus elásticas piernas de antes, tan firmes, con qué placer habría echado a andar, el alto pecho levantado, con la decisión con que los hombres sanos caminan en las mañanas de invierno!

Miró hacia ambos lados de la calle, eligiendo rumbo, aunque para él fuesen iguales todos, el del norte o el del sur, hacia levante o hacia poniente; para donde fuera y por mucho que caminara, aquellos dos hilos no lo soltarían, irían con él, desovillándose, alargándose cuando marche hacia adelante y recogiéndose cuando retroceda, tirando ambos de él hacia sus puntos de término.

Solamente un acontecimiento imprevisto, que no esperaba, podría cortar aquellas invisibles amarras.

En busca de ese acontecimiento se decidió a marchar.

Eligió, para irse, la acera contraria a aquella en que se hallaba y que aparecía enlucida por una atmósfera brillante, dentro de la cual las personas se movían como envueltas en una gelatina dorada.

Antes de atravesar miró hacia ambos lados de la calle: no venía ningún vehículo. Avanzó un pie, luego otro y caminó, caminó con aquel andar que la enfermedad le había dado, horrible andar de muñeco que ha perdido su aserrín y que hacía volver la cabeza a los transeúntes.

Cuando avanzaba la pierna derecha, el hombro del mismo lado descendía hacia la cintura, mientras el pie izquierdo, rezagado, esperaba el tirón que lo haría emparejarse al otro; después, el hombro derecho surgía, recobrando el cuerpo su posición de firme y reuniendo fuerzas para el otro paso. El bastón, torcido y nudoso, marcaba con isócronos golpes los movimientos de aquella máquina a la que la enfermedad había roto un resorte esencial.

Caminó así entre la multitud que llenaba las aceras. Parecía un extraviado, un hombre que ha perdido la orientación y la memoria y que marcha sin saber por dónde, procurando recordar la calle y el sitio en que está su casa, su hogar. Iba hacia todos lados y hacia ninguno.

Estaba solo en esa ciudad. De sus años de infancia pasados en la capital, no tenía sino vagos recuerdos de personas sin posición económica sólida y con las cuales no le ligaba sino esa amistad ocasional de la vecindad, que desaparece con una ausencia prolongada. Su familia, escasa y pobre, era del norte y residía allá.

Se detenía en las esquinas y miraba: hacia allá iba una calle, hacia acá otra, por allí una, por allí otra, y las contemplaba huir vertiginosamente, sin saber cuál era la suya, sin poder elegir una, pues todas eran iguales y ninguna le recordaba algo que lo llamara.

Así transcurrió la mañana y vino la tarde. Grandes nubes pardas y blancas, que el viento, desorientado como Lucas Ramírez, tan pronto había estado empujando hacia un lado como hacia otro, se reunieron por fin, cubriendo el trozo de cielo que correspondía a la ciudad y dando a la atmósfera un tono amarillo helado.

Descendió después el viento y sopló a lo largo de las calles. La gente marchó más deprisa. Los cafés, los bares y las confiterías arrojaban hacia las aceras su vaho oloroso y tibio, absorbiendo con

él a los que marchaban distraídos.

Lucas Ramírez, golpeando con su lamentable bastón las baldosas, caminaba desesperanzado, casi abandonado, sintiendo que el hilo que correspondía al hospicio se ponía cada vez más tirante.

Cayó la tarde, reemplazándola el crepúsculo, un crepúsculo breve y frío, salpicado por las luces que se encendían y se llamaban entre sí a través de los alambres y los cables.

Las vidrieras se llenaron de luz y los automóviles abrieron sus ojos deslumbrantes, agujereando las masas de sombra que caían del cielo.

El viento afinó su soplo, helándolo más, y empujó a los viandantes hacia el refugio de los hogares.

Se apagó el crepúsculo y las calles fueron perdiendo su animación comercial. Los españoles y los italianos y los árabes cerraron sus negocios y solo de trecho en trecho algunas vitrinas arrojaban sus cuadrados luminosos sobre las aceras. Los ciegos, después de haber estado todo el día tocando sus instrumentos y exponiendo sus ojos como naturalezas muertas, regresaron a sus covachas, hablando de cosas que no habían visto.

De pronto, Lucas Ramírez se detuvo sorprendido. Un recuerdo, uno, había brotado en su mente, y era precisamente el necesario. Desde que salió del San Juan de Dios había buscado en su cerebro algo, una idea, un recuerdo, un recurso, una salida, sin encontrar nada, y he aquí que repentinamente surgía, como un hongo después de la lluvia, solitario e imprevisto, este recuerdo.

Meses atrás, un día de visita en el hospital, estando acostado, pasó ante su cama un hombre cuyo rostro le pareció conocido, aunque olvidado. En la soledad en que se hallaba, un amigo o un conocido constituían un acontecimiento, y lo miró sonriendo, invitándolo con la sonrisa a detenerse y hablar. Se detuvo el que pasaba, mirándolo entre serio y sonriente, convencido al mismo tiempo que dudoso, hasta que se reconocieron.

—¡Lucas Ramírez!

—¡Esteban!

Era un antiguo amigo suyo, condiscípulo, a quien no veía desde mucho tiempo, desde antes de dejar la capital e irse con su padre a las tierras del norte, de donde regresaría, después de varios años,

solo y enfermo.

Conversaron solamente breves instantes, pues el que pasaba iba a visitar a un amigo enfermo, en la sala vecina. Se fue, prometiéndole volver a verlo y dejándole su dirección, por si alguna vez quería visitarlo, cuando se mejorara. No volvió más; pero eso no importaba ahora, pues tenía su dirección, es decir, casi estaba seguro de que la tenía. Registró en sus bolsillos y hurgó en su cartera, en busca de la tarjeta en que estaba anotada la dirección de la casa en que vivía su amigo; no encontró nada. Acudió entonces a su memoria y no le fue difícil acordarse del nombre de la calle; quedaba cerca de donde se encontraba ahora. Pero ¿y el número? El número… Era 64 o 164, no estaba bien seguro, pero era una cifra de dos números o de tres y terminaba en 64; tal vez en la primera o segunda cuadra… Pero, de todos modos, le sería fácil dar con él, pues, además de los datos que recordaba, en la puerta de la casa en que vivía debía haber una plancha que indicara el nombre y la profesión. Era dentista.

Echó a andar y le pareció que lo hacía con más soltura. ¡Había encontrado un amigo y seguramente ese amigo le proporcionaría lo que necesitaba y que tan poco era: un plato de sopa y un rincón! Sonreía alegremente y hasta le daban ganas de gritar para expresar su regocijo.

Llegó pronto a la calle, desembocando en ella a la altura de la segunda cuadra. Habría podido empezar desde allí la búsqueda, pero no quiso: quería sentir la voluptuosidad de principiar desde la primera casa, paso a paso, número a número, saboreando su placer con lentitud, hasta encontrar el preciso. Fue, pues, hasta donde empezaba la calle y parándose en la primera casa de los números pares, comenzó a buscar, despacio, así como sin ganas, como el que tiene la firme seguridad de que lo que busca vendrá cuando quiera.

Anduvo baldosa por baldosa, mirando los números de las casas y leyendo las pocas planchas que relucían aquí o allá al costado de las puertas. No encontró el número 64. Llegó hasta el 80 y, creyendo no haber mirado bien, volvió sobre sus pasos y empezó a buscar de nuevo, esta vez con más atención, asustado, como aquel a quien han dado a guardar una suma de dinero y que a la hora de devolverla se encuentra con que le faltan cien pesos y vuelve a contar nerviosamente. Cincuenta, cincuenta y dos, cincuenta y

ocho, sesenta y ocho… Nada.

Se detuvo, contrariado. Estaba seguro de que no era un número impar, sino par, como 64. Sin embargo, miró hacia la otra acera; altas, oscuras, severas las fachadas, cerradas las puertas, en ninguna de ellas se divisaba el reflejo bronceado de una plancha.

Se desanimó algo, pero enseguida se sobrepuso, pensando en que tal vez estaba equivocado y que la cifra sería de tres números, terminada en 64. Atravesó la bocacalle y empezó de nuevo la búsqueda, ya anhelante, mirando los números con mirada fija e inquisitiva.

En esa cuadra, el número 164 caía en un almacén de pianos.

Esto lo desconcertó casi por completo y lo hizo dudar de su buena memoria. ¿Sería 64 el número? De eso estaba seguro. Hay veces en que al querer recordar un número o un nombre, recordamos uno y ese nos parece el auténtico y hasta creemos que es imposible que sea otro, y cuando la verdad nos demuestra que estábamos equivocados, protestamos o afirmamos que el número o el nombre han sido cambiados y que el verdadero, el que se trataba de recordar, era el que nosotros decíamos.

Pero, si ese era el número, ¿cómo no lo encontraba donde debería estar? ¿O sería otra calle? Bien pudiera ser que se hubiese equivocado en la calle y no en el número, pero equivocarse en la calle era perderlo todo: cincuenta calles corrían paralelas a aquella en que se hallaba y cada una de ellas, igual que esta, podía ser la que necesitaba. En recorrerlas todas, con su paso tardo y torpe, demoraría semanas.

Esto acabó con su entusiasmo y su ánimo; sin embargo, se resistió a renunciar. Seguiría buscando. Ya que forzosamente tenía que caminar, aprovecharía su marcha para seguir sus investigaciones.

Pero estaba cansado en extremo y su pobre cuerpo no correspondía a su resolución. Se había fatigado antes que él y se negaba a avanzar; parecía que los hilos invisibles lo envolvían como en una red de araña cazadora, impidiéndole moverse con soltura.

Anduvo aún dos cuadras más. El número y la casa deseada no aparecieron. Se detuvo en una esquina y miró hacia lo lejos, dejando correr su nublada pupila por la alta hilera de focos que parpadeaban en la noche. Sentía ganas de llorar, de dejarse caer al

suelo, irreflexivamente, abandonándose.

Cerca de donde estaba parado había un restaurante con dos focos a la puerta y una gran vitrina iluminada, a través de la cual se veía, en medio de un resplandor rojizo, cómo los pollos se doraban a fuego lento, ensartados en un asador que giraba, chorreando gruesas gotas de doradas grasas.

Se abrió la puerta y un caballero alto, gordo, enfundado en grueso sobretodo, salió; se detuvo en la puerta mirando al cielo, subiose el cuello del abrigo y echó a andar. En este momento lo vio Lucas Ramírez; no lo había visto salir del restaurante sino que se dio vuelta al sentir pasos en la acera. Se le ocurrió una idea. Preguntar a ese señor que venía tan deprisa, por lo que buscaba. El transitar por ahí indicaba que tal vez vivía en la misma calle o en las inmediaciones y bien pudiera ser que conociera a su amigo.

Con un gesto sencillo, con el gesto que cualquiera hace al detener a una persona para preguntarle algo, lo detuvo. El caballero se paró en seco y lo miró de arriba abajo, con mirada interrogadora, y lo vio tan miserable, tan vacilante, tan deshecho, que cuando Lucas Ramírez empezó a decir:

—Señor, yo por favor…

Sin dejarlo terminar la frase, contestó:

—Cómo no, amigo…

Se desabrochó el sobretodo y por la abertura metió la mano en dirección a un bolsillo, de donde recogió algunas monedas y en la mano que Lucas Ramírez había extendido y abierto para detenerlo, las dejó caer con voluptuosidad, diciendo:

—Tome, compañero.

Y se fue, abrochándose rápidamente el sobretodo.

Lucas Ramírez se quedó como si hubiera recibido una bofetada sin motivo alguno y estuvo un instante sin saber qué hacer, qué pensar ni qué decir. Después le dio rabia, y se volvió como para llamar a aquel hombre, pero el otro iba ya a media cuadra de distancia y si lo hubiera llamado no habría vuelto la cabeza; tal vez habría pensado: «¡Qué mendigo fastidioso! Le di casi todo el sencillo que llevaba y todavía me llama».

No podía correr detrás de él; si hubiera podido hacerlo, lo habría hecho, con seguridad. Pensó en tirar las monedas, pero, con gran sorpresa de sí mismo, aunque hizo el ademán de arrojarlas, la mano

en que las tenía no se abrió para soltarlas. Estaba fuera de su voluntad.

Se quedó allí parado y de pronto empezó a llorar suavemente, con pequeños gemidos, como lloran esos perrillos, a altas horas de la noche, delante de una puerta que han cerrado sin acordarse de que estaban afuera.

Se abrió de nuevo la puerta del restaurante y dos jóvenes salieron a la calle, hablando fuerte y riendo, y tomaron la misma dirección que había tomado el anterior. Al llegar junto a Lucas Ramírez lo oyeron llorar y se detuvieron. La risa se les heló en la boca, como quemada por un aire frío. Se miraron, sin atreverse a hablarle. Él no los había sentido y no vino a sentirlos sino cuando la mano de uno de ellos buscó la suya con mucho cuidado. Y como era la derecha la buscada y en la derecha tenía las monedas dadas por el señor gordo, inconscientemente, sin darse cuenta de lo que hacía, dio media vuelta y ofreció la mano izquierda… La dádiva fue más subida que la anterior y debió dar las gracias, pero no las dio, no supo hacerlo. Y es que no se consideraba aún un mendigo; creía que lo que le pasaba era un accidente, una cosa pasajera.

Pero cuando cambió a la mano izquierda las monedas que tenía en la derecha y viendo que ya abultaban las metió en un bolsillo, y cuando puso el oído alerta para escuchar los pasos de los que salían del restaurante y a uno que le dio varias monedas le dijo: «Muchas gracias, señor… Dios se lo pague», se tranquilizó tanto como si hubiera encontrado a su amigo, convencido ya de la ruta que debía seguir y sintiendo que uno de los hilos que lo sujetaban se cortaba vibrando en la noche.

En la otra noche y en las siguientes, las personas que comieron en ese restaurante encontraron a la salida a un hombre contrahecho, miserable, que pretendía preguntarles algo que nunca supieron lo que era, pues jamás le dejaron terminar la pregunta: ese hombre ejercía una irresistible atracción sobre el dinero sencillo que llevaban encima.

Lucas Ramírez, que se había dado cuenta de esto y de que la gente es más generosa cuando hace frío y ha comido bien, pensaba que era necesario aprovechar bien el invierno.

El trampolín

Mucha gente hay que no cree en la suerte. Dicen que todo está determinado y que nada sucede sin obedecer a leyes fijas, invariables, que provocan tales o cuales hechos, ya que el hombre no puede escapar a lo que el destino le reserva. Pero yo creo que hay un ancho margen para los acontecimientos imprevistos, una especie de puerta de escape para lo determinado y lo preescrito, un burladero para lo fatal, un trampolín para los saltos de la suerte. La gente del pueblo habla de «pegarse el salto», es decir, intentar lo que parece difícil. Puede ser esto la casualidad, la eventualidad, lo que quieran, pero existe y yo puedo demostrarlo.

Tengo un delito sobre mi conciencia. Legalmente, es un delito. Moralmente, y sobre todo para mí, para mi conciencia moral, no lo es. Un tribunal me habría condenado; un hombre a solas con su alma, me perdonaría. No sé qué proyecciones tuvo lo que hice. Me conformé con el hecho mismo, sin importarme lo demás.

Hace ya bastantes años, siendo estudiante de medicina, venía de Valparaíso a Santiago, de vuelta de vacaciones, acompañado de un compañero que tenía más o menos mi edad.

Subimos al tren en la estación del Puerto. Viajábamos en tercera clase. Mi familia era pobre y la de mi amigo también. Al llegar a la estación Bellavista, vimos que subía al tren un hombre esposado, pobremente vestido, acompañado de un gendarme armado con carabina y de un señor con facha de agente de policía. Como los dos únicos asientos desocupados del vagón eran los que estaban frente a nosotros, allí se instalaron el preso y el agente. El gendarme, luego de despedirse, bajó del tren.

Jóvenes, llenos aún de piedad para la desgracia ajena, nos sentimos impresionados ante aquel hombre, joven también, esposado y expuesto a la curiosidad de todos. Una vez sentado se arrimó bien a la ventanilla y miró por ella con insistencia, evitando nuestras miradas, que lo recorrían de arriba abajo.

Sí, era joven, treinta años a lo sumo, moreno, muy tostado, con

reflejos cobrizos en los pómulos; los rasgos de su rostro eran regulares, normales. Vestía una ropa de mezclilla, muy arrugada, camisa sin cuello, y calzaba gruesos zapatones, de esos que llaman bototos. Toda su persona daba la impresión de ser un trabajador del norte del país, minero, calichero o carrilano.

Teníamos muchos deseos de hablar con el preso o con el agente y saber los motivos de la desgracia de aquel hombre, las circunstancias, dónde, cómo. Y empezamos a hablar con el agente de asuntos sin interés, hasta que uno de nosotros, sin poder resistir ya la curiosidad, preguntó:

—¿De dónde vienen?

—De Taltal.

—Y… ¿por qué lo trae?

El preso dio vuelta la cabeza y nos dio una mirada como de cansancio. Sin duda habrían sido muchas las personas que hicieron la misma pregunta durante el viaje.

—Por homicidio.

—¿Homicidio?

—Sí, mató a un amigo y compañero de trabajo.

Nuestra simpatía, por supuesto, disminuyó mucho ante la gravedad del hecho, pero el preso, que pareció darse cuenta de ello, empezó a hablar, como si quisiera recuperar esa simpatía que se perdía:

—Sí, eso dicen, que yo lo maté, pero Dios sabe que no supe lo que hacía y que nunca tuve esa intención.

Siguió, y escuchamos, atónitos, su relato.

—¿Cómo lo iba a querer matar, si lo quería tanto? Anduvimos juntos durante mucho tiempo y nos apreciábamos más que hermanos. Nos conocimos yendo en un enganche para las salitreras y desde el primer momento nos hicimos amigos: él era de Temuco, yo soy de Linares, los dos del sur. Recorrimos casi todo el norte sin separarnos, probando suerte por las salitreras, las minas, los puertos, por todas partes; hasta en Bolivia anduvimos. Nos emborrachábamos juntos y juntos caíamos presos, juntos salíamos de la capacha y con uno que trabajara, comíamos los dos. Cuando uno se enfermaba, el otro lo cuidaba; teníamos confianza el uno en el otro y nunca hubo entre nosotros un sí o un no. Para qué les cuento más: nos queríamos muchísimo, pero como hombres: no

vayan a pensar en otra cosa, no. Martín era muy travieso y le gustaba payasear conmigo; a mí también me gustaba. Eso fue lo malo. Era muy pesado de mano y me daba a veces unos manotazos, muy fuertes, que me dejaban medio atontado. Yo le atracaba con todas mis fuerzas, pero era mucho más macizo y cuando pegaba parecía que lo hacía con una piedra. Le quedaba el pellejo ardiendo a uno. Me daba un puñetazo, yo le daba otro, me pegaba una cachetada, se la contestaba, si me pellizcaba lo pellizcaba, y todo esto riéndonos, sin pizca de rabia ni de mala intención, como dos chiquillos. Hasta que una noche en que estábamos tomando, pasó la historia. No sé si sería el aguardiente, que le da mucho calor a uno y lo pone quisquilloso. La cuestión es que me vine para la pieza y Martín siguió bebiendo con los amigos y eso no me gustó, se podía emborrachar demasiado. Y me estaba preparando para acostarme y hasta me había sacado la chaqueta, cuando llegó. Entró a la pieza y se me acercó por detrás y con todas sus fuerzas me dio con los nudillos en la cabeza y me dejó sin aliento. Entonces me di vuelta, y como tenía el cuchillo en la mano, lo iba a guardar bajo la almohada, me di vuelta e hice como si se lo fuera a meter… y el tonto se adelantó y se lo metí no más. ¿Y no se murió el idiota? Si le hice así no más… Se murió, y yo salí corriendo, llorando a mares y gritando que había matado a mi compañero. Me llevaron preso, y aunque conté la verdad, nadie me creyó. Dijeron que lo había muerto a la mala, cuando él no tenía con qué defenderse, y me condenaron a cinco años y un día. Nadie ha llorado más que yo, señor, porque yo era el único que podía llorarlo con razón: era mi compañero, mi amigo, mi hermano, y yo lo había matado sin querer, como jugando. Y no crean que tengo vergüenza de ser un reo rematado ni que me importe la condena. Lo único que siento es que se haya muerto, así, sin motivo, de manera tan tonta. ¿No es una desgracia, señor?

Calló el hombre y volvió de nuevo a su actitud de aislamiento. El agente sonreía, mostrando debajo del bigote una hilera de dientes cuadrados. Sin duda que el asunto, contado así, resultaba una pizca divertido, pero ni yo ni mi amigo sentimos deseos ni siquiera de sonreír. Solo habíamos visto en el relato del reo la gran ternura por su amigo y la ingenuidad que demostraba, ingenuidad que parecía detenerse en el límite de la estupidez.

No cabía duda respecto de la veracidad de su relato y era indudable que en el fondo de su corazón se sintiera inocente. Y en cierto modo, casi absolutamente, lo era, o por lo menos no merecía haber sido condenado, ya que bastante pena y bastante angustia eran para él haber asesinado al ser que más quería, a aquel Martín que yo me imaginé grande, colorado, con bigote color castaño, risueño, despreocupado, vestido con camiseta, faja y pantalón negro.

Ofrecí cigarrillos al agente y al preso. Aceptaron. El preso fumaba penosamente, levantando las dos manos para llevar y retirar el cigarrillo de la boca. El espectáculo me impresionó demasiado y salí hacia la plataforma del coche y me paré ahí a fumar. El tren corría a través de los cerros que rodean Quilpué y Villa Alemana. Calles llenas de cardenales, caminos que se prolongan desde los pueblecitos hacia el campo, subiendo con pereza los cerros; terrenos cultivados, alfalfares, campos de juego, hospitales, jardines. Daba gusto mirar. Y daba pena acordarse de aquel que iba en el interior del coche y que durante tantos años no podría echar a andar por un camino que le agradara, libremente, sin pedirle permiso a nadie. Pero era ridículo que me dejara llevar por sentimientos de piedad o de conmiseración. Lo que aquel hombre necesitaría sería su libertad y nada más. Ni la piedad ni la conmiseración le servirían de nada. Desde la estación iría al presidio, derecho, fatalmente. Cinco años y un día…

Para olvidar el asunto y distraerme, empecé a silbar y a cantar. Aprovechando el ruido de la marcha del tren, canté a grito pelado en la plataforma, fumando y mirando el paisaje. El tren piteó: iba llegando a Quillota. Entró a la estación y paró. Los vendedores de frutas y de fiambres atronaron el aire ofreciendo su mercadería; algunos pasajeros descendían, otros querían bajar. Entre la gente que bajaba vi pasar al agente encargado de la custodia del preso. Me miró al pasar y me dijo:

—Voy a buscar algo de comer.

—¿Y el preso? —le pregunté.

—Se estará quieto; es muy tranquilo.

Al bajar, la muerte lo sorprendió. En lugar de descender hacia el andén de la derecha, junto al cual estaba detenido el tren, descendió hacia el de la izquierda, atravesando la línea de los trenes

que van al Puerto. Algo le pasó, que se distrajo, y una locomotora lo tomó de costado, echándolo sobre los rieles y pasándole por encima. Yo no pude ni gritar, tan fuerte fue mi impresión; en medio de ella recordé al preso y durante unos segundos pensé infinidad de cosas: la muerte abría a aquel hombre la puerta de escape de lo preescrito y lo determinado, y yo era el único que podía sacarlo por ella o volverla a cerrar, pues nadie más que yo, testigo casual del accidente, podía reconocer en aquel montón de carne al agente y decir qué pasaba con él. Pero ¿merecía aquel hombre que se le diera la oportunidad de librarse de su condena? Me pareció que sí, ya lo había pensado cuando consideré que a pesar de lo que había hecho era, moralmente, inocente. Su remordimiento y su pena eran ya bastante condena para él. Por otra parte, el único interesado, por obligación del oficio, en que se cumpliera la condena, era el agente y el agente había muerto: lo estaban recogiendo. La justicia, persona abstracta, había perdido su representante, y mientras apareciera otro aquel hombre estaba libre. Claro es que yo… Pero no quise divagar más y entré al vagón decidido a facilitar el salto de aquel hombre en el trampolín de la suerte. Que cayera donde pudiera… Una vez adentro del vagón vi que mi amigo estaba muy pálido y miraba con tamaños ojos hacia la línea en que había ocurrido el accidente; nuestra ventanilla daba hacia ese lado. Al verme pareció interrogarme con la mirada, haciendo con la cabeza un movimiento como de pregunta. Tenía en su mente los mismos pensamientos míos.

Los demás pasajeros estaban distraídos, efectuando apresuradamente sus compras, y los que ya tenían noticias del accidente no sospechaban quién era el atropellado y pisado por la locomotora.

—¿Qué hacemos? —murmuró mi compañero, con los dientes apretados.

Me senté frente al preso y le dije, en voz baja:

—Ándate.

—¿Y cómo, patrón? ¿No ve cómo estoy? —me preguntó, mostrándome las esposas—. Entrégueme a la policía, mejor. Después, si me pillan, va a ser peor.

Vacilé. El asunto salía ya de la simple simpatía y de la aquiescencia piadosa y entraba en la franca complicidad. Pero mi

compañero resultó más atrevido que yo. Tomó el sombrero del preso y poniéndoselo sobre la esposa, le dijo:

—Sujételo ahí.

El hombre tomó el sombrero con una mano y lo colocó de modo que le tapara las esposas.

—Bajemos.

El preso se levantó. Estaba pálido, tan pálido como mi amigo y tiritaba, no sé si de alegría o de miedo, hasta el punto de que le castañetearon los dientes. Yo estaba también muy nervioso y me temblaban las piernas. Pero bajamos del tren hacia el andén y salimos de prisa de la estación, tomando después una calle cualquiera. Caminamos en silencio, sin mirarnos, entregado cada uno a sus reflexiones o a su angustia.

Llegamos a las afueras del pueblo y buscamos un sitio donde ocultarnos. Digo buscamos, y no es cierto: mi amigo era el que nos llevaba. Había tomado la aventura por su cuenta y nos dirigía con una audacia que nunca sospeché en un alumno de segundo año de medicina. Nos dejábamos llevar, dócilmente, obedeciendo a su voluntad y, en cierto modo, descansando en ella.

Nos ocultamos detrás de un árbol.

—Busca dos piedras grandes, pronto.

Encontré lo que pedía, y él, poniendo una en el suelo, hizo poner al hombre, y en cierta posición, una mano sobre ella y con la otra empezó a golpear la argolla de hierro. Me parecía que los golpes se oían desde la estación. Vigilaba anhelante. De pronto oí un grito.

—¡Ayayay!

En lugar de pegar en la argolla de la esposa, mi amigo, en su precipitación, había dado en la mano del hombre.

—Te estoy dando la libertad y todavía te quejas —dijo mi amigo.

—Sí, caballero, y se lo agradezco mucho, pero ¡pegue sobre la argolla!

Por fin la esposa se partió en dos y el preso levantó en el aire la mano magullada. Empezaba a saborear la libertad.

—Vamos, a la otra. Golpea tú; ya me cansé.

Tomé la piedra, y mientras mi amigo vigilaba empecé a golpear la argolla de la otra mano. No resistió mucho, pues golpeaba con decisión y rapidez. Una vez rota, mi compañero la tomó y la arrojó

por entre las ramas del arbolito. Ahí quedó enganchada.

Después, nos encontramos los tres mirándonos de frente, sorprendidos. Habían pasado el entusiasmo y la angustia de la aventura. El preso, inmóvil, parecía esperar nuestro consejo o nuestra palabra de liberación: a pesar de todo lo ocurrido, no se consideraba aún libre; se sentía atado a nosotros y no se atrevía a marcharse sin que se lo indicáramos.

—¿Qué esperas? —saltó mi amigo—. Ándate. Y procura no jugar con nadie teniendo un cuchillo en la mano y estando borracho.

—Sí, patrón —contestó el hombre—. Para otra vez tendré más cuidado.

Empezó a andar hacia los cerros o hacia el río, no sabíamos hacia dónde, sin mirar para atrás. Pero, sin duda, por vergüenza o por algún otro sentimiento parecido, nuestra presencia debía molestarle ya, le impedía sentirse verdaderamente en libertad, porque de pronto echó a correr, cada vez más ligero, hasta desaparecer en medio de un grupo de árboles.

El colocolo

Negra y fría era la noche en torno y encima del rancho de José Manuel Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos olmos. Los queltehues gritaban de rato en rato anunciando lluvia y algún guairavo perdido dejaba caer, mientras volaba, su graznido estridente.

Dentro del rancho la claridad era muy poco mayor que afuera y la única luz que allí brillaba era la de una vela que se consumía en una palmatoria de cobre. En el centro del rancho había un brasero y alrededor de él dos hombres emponchados. Sobre las encendidas brasas se veía una olla llena de vino, en el cual uno de los emponchados, José Manuel, dejaba caer pequeños trozos de canela y cáscaras de naranjas.

—Esto se está poniendo como caldo —murmuró José Manuel.

—Y tan oloroso… Déjame probarlo —dijo su acompañante.

—No, todavía le falta, Antuco.

—¡Psch! Hace rato que me está diciendo lo mismo. Por el olorcito, parece que ya está bueno.

—No… acuérdese que tenemos que esperar al compadre Vicente y que si nos ponemos a probarlo cuando él llegue no habrá ni gota.

—¡Pero tantísimo que se demora!

—Pero si no fue allí no más, pues, señor. Tenía que llegar hasta los potreros del Algarrobillo, y arreando. Por el camino, de vuelta, lo habrán detenido los amigos para echar un traguito…

—Sí, un traguito… Mientras el caballero le estará atracando tupido al mosto, nosotros estamos aquí escupiendo cortito con el olor… Déjeme probarlo, José Manuel.

—Bueno, ya está, condenado; me la ganaste. Toma.

Metió José Manuel un jarrito de lata en la olla y lo sacó chorreando de oloroso y humeante vino, que pasó a su amigo, quien, atusándose los bigotes, se dispuso a beberlo. En ese instante

se sintió en el camino el galope de un caballo; después, una voz fuerte, dijo:

—¡Compadre José Manuel!

—¡Listo! —gritó Pincheira, levantándose, y enseguida a su compañero—: ¿No te dije, porfiado, que llegaría pronto?

—Que llegue o no, yo no pierdo la bocarada.

Y se bebió apresuradamente el vino, quemándose casi.

Frente a la puerta del rancho, el campero Vicente Montero había detenido su caballo.

—Baje, pues, compadre.

—A bajarme voy…

Desmontó. Era un hombre alto, macizo, con las piernas arqueadas.

—Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

—¡Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En casa del chico Aurelio casi me atoraron con vino.

Avanzó a largos y separados pasos, haciendo sonar sus grandes espuelas, golpeándose las polainas con la gruesa penca. A la escasa luz de la vela se vio un instante el rostro de Vicente Montero, oscuro, fuerte, de cuadrada barba negra. Después se hundió en la sombra, mientras los largos brazos buscaban un asiento.

—Está haciendo frío.

—Debe estar lloviendo en la costa.

—Bueno, vamos a ver el vino.

—Sirve, Antuco…

Llenó Antonio el jarrito y se lo ofreció a Vicente. Este lo tomó, aspiró el vaho caliente que despedía el vino, hizo una mueca de fruición con la nariz y empezó a bebérselo, a sorbitos, dejando escapar gruñidos de satisfacción.

—Esto está bueno, muy bueno. Apuesto que fue Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar mixturas. Creo que se ha pasado la vida en eso.

—No —protestó Pincheira—, lo hice yo, y si no fuera porque lo cuidé tanto, Antuco lo habría acabado, probándolo.

Rio estruendosamente Vicente Montero. Devolvió el jarrito y Antonio lo llenó de nuevo, sirviéndole esta vez a José Manuel.

—Bueno, cuenta, ¿cómo te fue por allá?

—Bien; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

—¿Cómo está la gente?

—Todos alentados… ¡Ah, no! Ahora que me acuerdo, hay un enfermo.

—¿Quién?

—Taita Gil… Pobre viejo, se va como un ovillo.

—¿Y qué tiene?

—¡Quién sabe! Allá dicen que es el colocolo el que lo está matando, pero para mí que es pensión. ¡Le han pasado tantas al pobre viejo, y tan seguidas!

—Bien puede ser el colocolo…

—¡Qué va a ser, señor! Oye, Antuco, pásame otro traguito…

Volvió a circular el jarro lleno de vino caliente.

—¿Tú no crees en el colocolo?

—No, señor, cómo voy a creer… Yo no creo más que en lo que se ve. Ver para creer, dijo Santo Tomás.

—¿Quién ha visto al colocolo? Nadie. Entonces no existe.

—¡Psch! ¿Así que tú no crees en Dios?

—Este… No sé, pero en el colocolo no creo. ¿Quién lo ha visto?

—Yo lo he visto —afirmó José Manuel.

—Sí, con los ojos del alma. ¡Son puras fantasías, señor! Las ánimas, los chonchones, el colocolo, la calchona, las candelillas… Ahí tienes tú; yo creo en las candelillas porque las he visto.

—¡No estés payaseando! —exclamó asustado Antonio.

—Claro que las vi.

—A ver, cuenta.

—Se lo voy a contar… Oye, Antuco, pásame otro trago.

—¡Así tan seguido, se pierde el tañido!

—¿No lo hicieron para tomar? Tomémoslo, entonces.

José Manuel y Antonio se echaron a reír.

—¡Este diablo tiene más conchas que un galápago!

—Bueno, cuenta.

—Espérese que mate este viejo.

Se bebió el último sorbo que quedaba en el jarro, lanzó un sonoro ¡ah! y dijo:

—Cuando yo era muchacho, tendría unos diecinueve años, fui

un día a la ciudad a ver a mi tío Francisco, que tenía un negocio cerca de la plaza. Allá se me hizo tarde y me dejaron a comer. Después de comida, cuando me vieron preparándome para volver a casa, empezaron a decirme que no me viniera, que el camino era muy solo y peligroso y la noche estaba muy oscura. Yo, firme y firme en venirme, hasta que para asustarme me dijeron:

—No te vayas, Vicente; mira que en el potrero grande están saliendo candelillas…

—¿Están saliendo candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de ver esos pajaritos.

Total, me vine. Traía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más quiere un hombre? Venía un poco mareado, porque había comido y tomado mucho, pero con el fresco de la noche se me fue pasando. Eché una galopada hasta la salida del pueblo y desde ahí puse el caballo al trote. Cuando llegué al potrero grande, tomé el camino al lado de la vía, al paso. Atravesé el río. No aparecían las candelillas. Entonces, creyendo que todas eran puras mentiras, animé el paso del caballo y empecé a pensar en otras cosas que me tenían preocupado. Iba así, distraído, al trote largo, cuando en esto se para en seco el caballo y casi me saca librecito por las orejas. Miré para adelante, para ver si en el camino había algún bulto, pero no vi nada. Entonces le pegué al caballo un chinchorrazo con la penca en el cogote, gritando:

—¿Qué te pasa, manco del diablo?

Y le aflojé las riendas. El caballo no se movió. Le pegué otro pencazo. Igual cosa. Entonces miré para los costados, y vi, como a unos cien pasos de distancia, dos luces que se apagaban y encendían, corriendo para todos lados. Allí no había ningún rancho, ninguna casa, de donde pudiera venir la luz. Entonces dije: «estas son las candelillas».

—¿Las candelillas? —preguntó Antonio.

—Las candelillas… Pásame otro trago, por preguntón… Como el caballo era un poco arisco, no quise apurarlo más. Me quedé allí parado, tanteándome la cintura para ver si el cuchillo saldría cuando lo necesitara, y mirando aquellas luces que se encendían y se apagaban y corrían de un lado para otro, como queriendo marearme. No se veía sombra ni bulto alguno… De repente, las luces dejaron de brillar un largo rato y cuando yo creí que se habían

apagado del todo, aparecieron otra vez, más cerca de lo que estaban antes. El caballo quiso recular y dar vuelta para arrancar, pero lo atrinqué bien. Otro rato estuvieron las luces encendiéndose y apagándose y corriendo de allá para acá. Se apagaron otra vez sin encenderse un buen momento y aparecieron después más cerca. Así pasó como un cuarto de hora, hasta que acostumbrándome a mirar en la oscuridad, empecé a ver un bulto negro, como una sombra larga, que corría debajo de las luces…

—Aquí está la payasada —me dije.

Y haciéndome el leso principié a desamarrar uno de los estribos de madera que llevaba; lo desaté y me afirmé bien la correa en la mano derecha. Con la otra mano agarré el cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un pelo en el aire, y esperé.

Poco a poco fueron acercándose las luces, siempre corriendo de un lado para otro, apagándose y encendiéndose. Cuando estuvieron como a unos cuarenta pasos, ya se veía bien el bulto; parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse un poquito más y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firmes las espuelas y me fui sobre el bulto, haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: «¡Allá va, allá va valla vallaaaa!». El bulto quiso arrancar, pero yo iba como un celaje. A quince pasos de distancia revoleé con fuerza el estribo y lo largué sobre el bulto. Se sintió un grito y la sombra cayó al suelo. Desmonté de un salto y me fui sobre el que había caído, lo levanté con una mano y zamarreándolo, mientras lo amenazaba con el cuchillo, le grité:

—¿Quién eres tú? ¡Habla!

No me contestó, pero se quejó. Lo volví a zamarrear y a gritar, y entonces sentí que una voz de mujer, ¡de mujer, compadre!, me decía:

—No me hagas nada, Vicente Montero.

—¿Era una mujer?

—¡Una mujer, compadrito de mi alma! Y yo, bruto, le había dado un estribazo como para matar un burro… Pásame otro trago, Antuco. Al principio no me di cuenta de quién era, pero después, al oírla hablar más, vine a caer: era una mujer conocida de la casa, que tenía tres hijos y a quien se le había muerto el marido tres meses atrás. Le pregunté qué diablos andaba haciendo con esas

luces y entonces me contó que lo hacía para ganarse la vida, porque como la gente era tan pobre por allí no tenía a quién trabajarle y no quería irse para la ciudad y dejar abandonados a sus niños. En vista de todo esto, había resuelto ocuparse en eso.

—¡La media ocupación que había encontrado!

—Se untaba las manos con un menjurje de fósforo y azufre que se las ponía luminosas y salía en el potrero a asustar a los que pasaban, abriendo y cerrando las manos y corriendo para todos lados. Algunos se desmayaban de miedo; entonces ella les sacaba la plata que llevaban y se iba… Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la traje para el pueblo… Y desde entonces, hermano José Manuel, cuando me hablan de ánimas y de aparecidos, me río y digo: «¡Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribo en la mano!». Sírveme otro traguito, Antuco…

—¡Pero, hombre, te lo has tomado casi todo vos solo!

—¿Pero no lo habían hecho para mí?

—Ahí tienes tú, Vicente; yo no creo mucho en ánimas, pero en el colocolo sí. Mi padre murió de eso.

—Sería alguna enfermedad —dijo Vicente, desperezándose—. Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas. ¡Ah! —bostezó.

—Y te voy a contar cómo fue, sin quitarle ni ponerle nadita.

—Cuenta, cuenta…

—Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fue un hombre robusto, bien plantado, macizote. Cuando esto pasó, yo tendría unos diecinueve años. Vivíamos en Talca, cerca de la estación. Un día, por estas y por las otras, mi padre decidió que nos cambiáramos a otra casa, a una que estaba al lado del presidio. La casa era de adobe, grande, aunque muy vieja; pero nos convenía el cambio, porque andábamos un poco atrasados. Cuando nos estábamos cambiando, vino una viejita que vivía cerca y le dijo a mi padre:

—Mira, José María, no te vengas a esta casa. Desde que murió aquí el zambo Huerta, nadie ha podido vivir en ella sin tener alguna desgracia en la familia… La casa está apestada; tiene colocolo…

Mi padre se rio con tamaña boca. ¡Colocolo! Eso estaba bueno para las viejas y para asustar a los chiquillos, pero a los hombrecitos como él no se les contaba esas mentiras.

—No tenga cuidado, abuela; en cuanto el colocolo asome el hocico, lo hago ñaco de un pisotón…

Se fue la veterana, moviendo la cabeza, y nosotros terminamos la mudanza. La casa era muy sucia, había remillones de pulgas y las murallas estaban llenas de cuevas de ratones… En el primer tiempo no sucedió nada, pero, a poco andar, mi padre empezó a toser y a ponerse pálido; se fue enflaqueciendo y en la mañana despertaba acalorado. De noche tosía tan fuerte que nos despertaba a todos. Le dolía la espalda y sentía vahídos.

—¿Qué diablos me está dando? —decía.

Mi madre le preparó algunos remedios caseros y le daba friegas. No mejoraba nada.

—¿Por qué no ves un médico, José María? —le decía mi madre.

—No, mujer, si esto no es nada. Debe ser el garrotazo el que me ha dado… Pasará pronto.

Pero no pasaba; al contrario, empeoraba cada día más. Después le vino fiebre y un día echó sangre por la boca. Se quejaba de dolores en la espalda y en los brazos. No pudo ir a trabajar. Una noche se acostó con fiebre. Como a las doce, mi madre, que dormía cerca de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

—¿Qué te pasa, José María? —le preguntó mi madre, llorando.

—¡El colocolo! ¡Me estaba chupando la saliva!

Nos levantamos todos. Mi padre ardía de fiebre y gritaba que había sentido el colocolo encima de su cara, chupándole la saliva. Esa noche nos amanecimos con él. Al otro día llamamos un médico, lo examinó y dijo que había que darle estos y otros remedios. Los compramos, pero mi padre no los quiso tomar, diciendo que él no tenía ninguna enfermedad y que lo que lo estaba matando era el colocolo. Y el colocolo y el colocolo y de ahí no lo sacaba nadie.

—¡Y dale con el colocolo! —murmuró Vicente Montero.

—Se le hundieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin aliento y respiraba seguidito.

—No me dejen solo —decía—. En cuanto ustedes se van y me empiezo a quedar dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico bien puntiagudo. Se me pone encima de la boca y me chupa la saliva. No lo he podido agarrar, porque en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y lo veo cuando va

arrancando. ¡No me dejen solo, por diosito!

En la casa estábamos con el alma en un hilo, andábamos despacito como fantasmas y no sabíamos qué diablos hacer. ¡No es broma ver que a un hombre tan fuerte como un roble se lo lleva la Pelá sin decir ni ay!

Y así hasta que mi padre pidió que llamáramos a la viejecita que le había aconsejado que no nos fuéramos a esa casa. Fuimos a buscar a la señora, vino, y cuando vio el estado en que se encontraba mi padre, le dijo:

—¿No te dije, José María Pincheira, que no te vinieras a esta casa, que había colocolo?

—Sí, abuelita, tenía razón usted… Pero ¿qué se puede hacer ahora?

—Ahora, lo único que se puede hacer es aguaitar el colocolo en qué cueva vive; a veces se sabe por el ruido que hace; se queja y llora como una guagua recién nacida. Cuando no grita, para encontrarlo hay que espolvorear el suelo con harta harina, echándola de modo que no quede ninguna huella encima. Al otro día se busca en la harina el rastro del colocolo y una vez que se ha dado con la cueva, se la llena de parafina mezclada con agua bendita… Con esto no vuelve nunca más.

—¿Es un ratón el colocolo? —preguntó mi madre.

—No, mi señora, parece un ratón y no lo es, parece un pájaro y no es pájaro; llora como una guagua y no es guagua; tiene plumas y no es ave.

—¿Qué es entonces?

—Es… el colocolo. Nace de un huevo huero de una gallina. Cuando se deja abandonado un huevo así, sin hacerlo tiras, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace, le da de mamar y le enseña a chupar la saliva de las personas que duermen con la boca abierta.

Se fue la señora, dejándonos más asustados de lo que estábamos antes. Esa noche llenamos de harina todo el piso de la pieza, desparramándola bien desde adentro para afuera, de modo que no quedara rastro alguno. Mi hermano Andrés y yo nos tendimos en la puerta, de guardia, armados de piedras y palos, listos para cuando mi padre llamara. Conversando y fumando, nos quedamos dormidos. A medianoche, nos despertó el grito de mi padre:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

Entramos y no hallamos al dichoso bicho. Buscamos las huellas, pero había tantas que nos salió lo mismo que si no hubiera ninguna. En todas las bocas de las cuevas había huellas de entradas y salidas de ratones. ¿Cómo íbamos a saber cuáles eran las del colocolo?

Al otro día se repitió la pantomima. Mi padre estaba muy mal, tosía y tenía una fiebre de caballo. Más o menos a la misma hora de la noche anterior, sentimos que se quejaba como una persona que no puede respirar. Escuchamos y oímos como un gemido de niño chico. De repente mi padre se sentó en la cama y dio un grito terrible. Entramos corriendo y vimos al colocolo; iba subiendo por la muralla hacia el techo.

—Allá va, Andrés, ¡mátalo!

Mi hermano, que estaba del lado en que el animal iba subiendo, le dio un peñascazo con tanta puntería que le pegó medio a medio del espinazo. Se sintió un grito agudo, como de mujer, y el colocolo cayó en un rincón. Si lo hubiéramos buscado enseguida, tal vez lo habríamos encontrado, pero con el miedo que teníamos y con lo que nos demoramos en tomar la luz, el colocolo desapareció, dejando rastros de sangre a la entrada de una cueva.

En la mañana murió mi padre. Vino el médico y dijo que había muerto de la calientita, que la casa estaba infectada y que nos debíamos cambiar de ahí.

Después que enterramos al viejo hicimos una excavación en la cueva en que se había metido el colocolo, pero no encontramos nada. La cueva se comunicaba con otra.

Nos fuimos de la casa, y un mes después, en la noche, volvimos mi hermano Andrés y yo y le prendimos fuego. Y dicen que cuando la casa estaba ardiendo, en medio de las llamas se sentía el llanto de un niñito…

Terminó su narración José Manuel Pincheira y en el instante de silencio que siguió a su última palabra, se oyó un suave ronquido. Vicente Montero se había dormido.

—Se durmió el compadre.

—Debe estar cansado… y borracho.

—¡Eh! —le gritó José Manuel, dándole un golpe con la mano.

Dormido como estaba y medio borracho, el empujón hizo perder el equilibrio a Vicente Montero, que osciló como un barril,

inclinándose hacia atrás. Alcanzó a enderezarse y saltó a un lado gritando:

—¡Epa, compadre!

—¿Qué le pasa, señor? —le preguntó irónicamente Antonio.

—¡Por la madre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed.

Se rieron José Manuel y Antonio. Vicente, desperezándose, dijo:

—Ya debe ser muy tarde.

Buscó en todos sus bolsillos, diciendo:

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy en la buena.

—Sí, tengo un reloj que le compré al mayordomo. Aquí está.

Y sacó un descomunal reloj Waltham.

—¡Ja, ja! Ese no es un reloj, pues señor… Eso es una piedra de moler. ¡Una callana!

—Sí, ríanse, no más… Este es un reloj macuco. Anda mejor que el de la iglesia. Cuando el de la iglesia da las doce, el mío hace ratito que las ha dado. Me sirve muchísimo. Estuve como un año juntando plata para comprarlo. No lo dejo ni de día ni de noche. Cuando me acuesto lo cuelgo en la cabecera y le digo: «Mañana a las seis, ¿no?». Y a las seis en punto despierto. No lo cambio ni por un caballo con aperos de plata… Ya son las once y media. Me voy.

Se despidieron los amigos y después de dos tentativas para montar, Vicente Montero montó y se fue. Dejó que su caballo marchara al trote, abandonándose a su suave vaivén. Tenía sueño, modorra; el alcohol ingerido se desparramaba lentamente por sus venas, produciéndole una impresión de dulce cansancio. Inclinó la cabeza sobre el pecho y empezó a dormitar, aflojando las riendas al caballo, que aumentó su carrera. Insensiblemente se fue durmiendo, deslizándose por una pendiente suavísima. De pronto apareció ante sus ojos, en sueños, un enorme ratón con ojos colorados y ardientes que empezó a correr delante del caballo. Corría, corría, dándose vuelta de trecho en trecho para mirarlo con sus ojos ardientes. Después se paró ante el caballo y dando un salto se colocó sobre la cabeza del animal, desde donde empezó a mirarlo fijamente. Era un ratón horrible, con pequeñas plumas en vez de pelos, la cabeza pelada y llena de sarna y el hocico puntiagudo, en medio del cual se

movía una lengua roja y fina como la de una culebra. Mucho rato estuvo allí, mirándole sin cerrar los ojos, hasta que dando un chillido saltó y quedó colgado de la barba de Vicente Montero.

—¡Eh! —gritó este angustiosamente, tirando con todas sus fuerzas de las riendas.

Detenido bruscamente en su carrera, el caballo dio un fuerte bote hacia el costado y Vicente Montero, después de dar una vuelta en el aire, cayó de cabeza al suelo. La violencia del golpe y el estado de semiembriaguez en que se encontraba, hicieron que se desvaneciera. Rezongó unas palabras y allí quedó, medio desmayado y medio dormido.

Así estuvo largo rato… Después despertó, sintió un escalofrío, se restregó los ojos y miró a su alrededor, atontado. Vio a su caballo, unos pasos más adelante, mordisqueando unas hierbas.

—¿Qué diablos me habrá pasado?

El aire y el sueño le habían avivado la borrachera. Se puso de rodillas, tiritando, procurando explicarse la causa de su estado en ese sitio y en esa postura. Recordó algo, muy vagamente: el colocolo, un hombre que se había muerto porque se le había acabado la saliva, una vieja que echaba harina en el suelo y un ratón con ojos colorados, sin saber si todo eso lo había soñado o le había sucedido.

Se afirmó en una mano para levantarse, y al hacerlo miró hacia el suelo. Allí vio algo que lo dejó inmóvil. A un metro de distancia, entre el pasto alto, un ojo claro y brillante lo miraba fijamente.

—Esta sí que es grande… —murmuró, volviendo a caer de rodillas y mirando asustado aquel ojo amenazante. Recordó entonces el horrible ratón de ojos ardientes que había visto o soñó ver. Hizo:

—¡Chis! queriendo espantar a aquel ojo fijo, pero este continuó mirándolo. Si hubiera tenido la estribera… De pronto se estremeció de alegría: recordó que en el sueño, o en lo que fuera, alguien había muerto un colocolo de un peñascazo.

—Espérate no más… ¡Colocolos conmigo!

Tanteó en el suelo, buscando una piedra; encontró una de tamaño suficiente como para aplastar media docena de colocolos, y calculando bien la distancia la lanzó hacia aquel ojo luminoso y fijo, gritando:

—¡Toma!

Se sintió un leve chirrido y él saltó hacia adelante, estirando la mano hacia el supuesto colocolo. Cogió algo frío y lleno de pequeñas puntas afiladas. Sintió un escalofrío de terror y lanzó violentamente hacia arriba lo que había tomado; en el momento de hacerlo, sin embargo, recordó algo que le era familiar al tacto en la forma y en la frialdad. Estiró la mano y recogió el objeto que descendía. Lo acercó a sus ojos y vio algo que le hizo darse un golpe de puño en el muslo, al mismo tiempo que gritaba con rabia:

—¡Por la misma remadre! ¡Mi reloj Waltham…!

La aventura de Mr. Jaiba

Cuando Mr. Jaiba apareció en la entrada de la pista, un sordo murmullo se levantó de las galerías y plateas, pasó rozándolo como una enorme y pesada ola, y después, ascendiendo, pareció hinchar la lona de la carpa.

Mr. Jaiba, atemorizado, se detuvo.

Hacía su debut y estaba anunciado como número de gran atracción: «Mr. Jaiba, parodista, imitador, monologuista. Gran éxito en los mejores casinos de Sudamérica».

Eso era lo que decían los programas y cartelones; la verdad era distinta. Raúl Seguel no había sido jamás artista de circo o de varieté. Había iniciado su carrera artística en Santiago como galán cómico de un cuadro de obreros aficionados, y cuando se creyó con desplante escénico, fogueado ante el público, abandonó un empleo que tenía en Gath y Chaves y se incorporó, en calidad de galán dramático y cómico, a una compañía nacional que hacía una gira al sur. La gira fue desastrosa. Raúl Seguel volvió con la misma ropa con que fue y con veinte pesos en el bolsillo. Además, durante la gira descendió de categoría. Su poco interesante figura, su voz sin tono y sin gracia, su manera poco elegante de caminar en escena y su escaso equipaje, no eran cualidades suficientes para desempeñar un puesto tan importante como es el de galán joven, cómico y dramático a la vez.

Al final de la gira no le daban ya sino aquellos papeles en que no tenía que hablar más de cuatro o cinco palabras cada vez que salía a escena:

—La señora no ha vuelto.

—La sopa está en la mesa.

—Una carta para el señor.

De vuelta de la gira, disuelta la compañía, Raúl Seguel se encontró sin contrata y con una cantidad de dinero que le alcanzaba justamente para pagar cinco días por una pieza sin comida. Por lo menos, tenía donde dormir durante ese tiempo. Pero después de

aquellos cinco días…

El teatro hízole perder la costumbre del trabajo constante, como empleado o como obrero, y estaba convencido de que sería incapaz de servir algún puesto que le exigiera levantarse temprano.

Además, tenía la ilusión del teatro. Lo que le faltaba eran cualidades. Pero Raúl Seguel no se dio nunca cuenta de ello.

Tres días ambuló por Santiago casi sin comer, en busca de alguna noticia, de alguna oportunidad, pero nada. No se levantaba un telón en Santiago. Al cuarto día se encontró con un amigo de sus tiempos de aficionado, que trabajaba ahora como prestidigitador y malabarista en un circo de la calle Mapocho.

Raúl Seguel le contó la angustiosa situación por que atravesaba y el amigo lo escuchó, callado, como quien espera un golpe que vendrá de sorpresa. Pero Raúl Seguel no le pidió dinero. En vista de esto, el amigo le aconsejó:

—Dedícate al circo.

Raúl creyó que su amigo se volvía loco.

—¿Y qué voy a hacer yo en el circo?

—Cualquier cosa. Puedes hacer un tony elegante, fino, de salón, que se llama.

—Pero, hombre, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Pero ¿qué tiene? El tony Chalupa empezó como galán cómico de compañías nacionales. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo? ¿Sabes en qué trabajaba antes el tony Calzoncitos, gran éxito en mi circo? Era suplementero. Hoy día gana la plata que quiere. Sin money no hay tony…

—No, no podría, francamente…

—De parodista, entonces. ¿No sabes algunos monólogos, parodias, imitaciones? Eso gusta mucho.

—Sí, pero son cosas muy viejas, muy conocidas.

—No hay nada más viejo y conocido que lo que yo hago en el circo, y, sin embargo, la gente se queda así, con la boca abierta. ¿Qué sabes hacer?

—Sé hacer las imitaciones de los cojos, parodias de los bailes y dos monólogos cómicos.

—¡Muy bien! Son tres números. Mira, anda esta noche al circo, te presento a Constantino, el patrón, y todo queda arreglado. Ni él ni el público del circo son exigentes. Además, cuando la cosa va

mal, sale el tony y lo arregla todo. Piénsalo bien y decídete.

Raúl Seguel lo pensó y se decidió. Entre dos riesgos: el de morirse de hambre en la calle o el de que lo silbaran y le arrojaran una silla por la cabeza, prefirió el último, que por lo menos tenía remedio. Habló con el patrón del circo, un griego, hombre de fuerza, hércules circense en otra época, formidable de grasa y de músculos, y todo quedó arreglado. Debutaría al día siguiente.

—¿Qué nombre va a usar?

Raúl ya lo había pensado y contestó:

—Mr. Jaiba.

—Muy bien.

El griego hizo pintar grandes cartelones anunciando el debut del nuevo artista, procedente de los mejores casinos de Sudamérica: Mr. Jaiba.

Y allí estaba Mr. Jaiba, en la entrada de la pista, atemorizado, sintiendo en su rostro el aliento del público que llenaba las galerías y las plateas. Tenía la impresión de que sus músculos y sus nervios se le iban a aflojar de repente, abandonándolo, dejándolo caer como un atado de ropa.

El circo estaba lleno. El anuncio de un debut que vendría a renovar un programa ya demasiado repetido había llevado mucha gente. Y no era de la más fina. La flor y nata de la palomilla de las orillas del río estaba apretada en galería, como una bandada de gansos, presta a graznar en cuanto hubiera motivo y ocasión. Suplementeros, lustradores, revendedores de frutas con sus delantales sucios y sus gorras inverosímiles; chiquillos limosneros, acarreadores de la Vega y de la Estación, vendedores de pequenes y de tortillas, rateros, toda una colonia mugrienta y alborozada, con la boca abierta, que había pagado unos centavos por la entrada y que quería divertirse como si hubiera pagado miles de pesos. Además, choferes, obreros con sus familias, tres o cuatro borrachos y algunos guardianes francos.

En las plateas y en los palcos, recubiertos con fundas de cretona barata, se veían veguinos, carniceros, dueños de restaurantes del Mercado, individuos gordos, colorados, con chaquetas cortas y enormes cadenas de oro que rutilaban sobre el chaleco.

Raúl Seguel se había vestido de un modo excéntrico, procurando

ridiculizar una figura de extranjero. Llevaba puesto un tongo, su tongo de galán cómico; pintados de rojo los pómulos y la nariz; una pequeña barba rubia. Luego, un chaqué, su chaqué de galán dramático; debajo del chaleco y de la parte alta del pantalón habíase puesto un relleno para simular una enorme barriga. Una gran flor en el ojal del chaqué, las polainas marrones, un altísimo cuello de guillotina y un fenomenal bastón que el malabarista le había conseguido entre sus compañeros, completaban la indumentaria de Mr. Jaiba, que tanto podía ser la de un inglés como la de un alemán o un ruso.

Raúl Seguel no creyó nunca que el circo le produciría una impresión tan fuerte. Estaba allí, parado, observado por cientos de ojos curiosos, que lo miraban desde todas partes, por delante, por los costados, por detrás, a su sabor. La luz fuerte de las pantallas y barandales lo cegaba y hubo un momento en que sus ojos deslumbrados no vieron sino una cara enorme, con unos ojos pavorosos y una boca monstruosa, que solo esperaba sus palabras para congestionarse de risa.

Los artistas que habían ya hecho sus números, parados a la entrada de la pista, vestidos con sus uniformes azules, lo miraban también, un poco extrañados por su silencio.

De pronto, la voz de su amigo el malabarista lo sacó de su entorpecimiento:

—¡Vamos! ¿Qué haces? El griego te está mirando.

¡El griego! Raúl Seguel lo buscó con la mirada. Allí estaba, en el pasadizo de la platea, con su alta estatura, su vientre y su pescuezo formidables, observándolo nerviosamente. ¿Por qué no empezaría a hablar ese imbécil? Le hizo un gesto con la cara, como diciéndole: «¿Qué esperas, bruto? ¡Habla!».

En ese momento una voz fina de muchacho se deslizó por el aire como una serpentina:

—¡Habla, pues, patilludo!

Risas aisladas chasquearon aquí y allá.

Entonces Mr. Jaiba se adelantó, hizo un esfuerzo y dijo, procurando dar a su voz un tono exótico:

—Respetable público… Mí ser un artista extranjera qui viene in Chile para hacer jugarretas y payasadas…

Volvieron a chasquear, disparejas, algunas risas.

—Y yo quiera hacer ante ostedes algunas parodias e imitaciones mocho graciosas… ¡Ja, ja, ja!

Rio con una risa hueca, desconcertante. Las risas volvieron a brotar displicentes, aisladas unas de otras.

—Voy a hacer una imitación del origen de los bailes…, vamos a ver.

Esa fue su perdición: empezar su trabajo con un número tan hecho ya en circos, biógrafos y teatros y tan conocido por los aficionados a los espectáculos de varieté. El público juzgó que era demasiado bombo y mucha espera para tan poca novedad y manifestó su desagrado silbando y gritando:

—¡Ya llegaste!

—¡Córtate la patilla!

—¿Dónde aprendiste esa novedad?

Una voz de borracho dominó:

—¡Mejor que reces el Padre Nuestro!

Una tempestad de risas azotó la carpa. Mr. Jaiba esperó que amainara y continuó su número, procurando hacerlo lo mejor posible. Pero su voz, esa voz fría, blanca, sin gracia, resbalaba por la indiferencia del público, sin lograr penetrarla, y resonaba en el circo como dentro de una cripta.

Cuando terminó su primer número, nadie aplaudió. La gente de palco y de platea oíalo como quien oye llover, y en cuanto a la galería, la temible galería, habíalo olvidado: no le oía ni lo miraba. Hablaban los chiquillos y los hombres, gritándose de un banco a otro, comiendo pequenes y tirándose con cáscaras de naranja. Los vendedores gritaban:

—¡Va a tomar la bilz y la aloja!

—¡A chaucha los sángüiches! ¿Quién me dijo un sángüiche?

Mr. Jaiba empezó a transpirar. ¿Para qué se habría metido en aquella aventura? Miró hacia donde estaba el griego, en busca de un movimiento que lo animara, pero el hércules retirado mostraba una cara seria, amenazante casi. Los demás artistas lo miraban fríamente y el malabarista había desaparecido. Se encontraba solo.

Estaba solo en medio de la pista, rodeado de salvajes que gritaban y pateaban, indiferentes a su angustia, no queriendo sino divertirse, aunque fuera a costa de él. Casi sintió ganas de llorar, pero se rehízo. Era necesario que terminara sus números de

cualquier modo.

Alzó la voz y dijo:

—Ahora, señores…

Pero apenas dijo estas palabras, la tormenta estalló violentamente.

—¿Todavía estás ahí?

—¿No te habías ido?

—¡Echen para afuera a ese guatón!

La voz del borracho volvió a dominar:

—¡Reza el Ave María ahora!

Se hinchó la risa como una gran vela y chasqueó en el aire.

Mr. Jaiba esperó que pasara y continuó de nuevo, más firmemente:

—Ahora, respetable público…

Se propuso dominar al público aunque tuviera que hablar a gritos. Después de su segunda frase los silbidos y las voces amenguaron y ya creía poder hablar a gusto, cuando oyó a su lado una voz igual a la suya, idéntica, con el mismo acento extranjero, que repetía sus palabras:

—Ahora, respetable público…

Una carcajada inmensa brotó desde todos los rincones del circo. Gritos, silbidos, exclamaciones, se unieron a la risa, agrandándola como una ola. Raúl Seguel solo vio una gran boca, con los dientes y las muelas cariados, arrojando la risa a empujones, fatigosamente. Rostros desfigurados, caras rojas, abdómenes que saltaban elásticamente, ojos húmedos de alegría, llorando de risa. Parecía una pesadilla.

Se dio vuelta. A su lado, con la gran cara pintarrajeada y su curioso traje de excéntrico, mirándolo sonriente, estaba el tony Calzoncitos, el alma del circo de las orillas del río.

El tony repitió, inclinándose ante él:

—Ahora, respetable público…

La risa volvió a estallar. Raúl Seguel respiró. Seguramente, la intervención del tony suavizaría la actitud del público hacia él. Esperó que cesara un poco el ruido y repitió por tercera vez:

—Ahora, respetable público, vamos a hacer…

El tony repitió como un eco:

—Ahora, respetable público, vamos a hacer…

Y cambiando repentinamente de voz, le preguntó a Mr. Jaiba con un tono infantil, lleno de malicia y gracia:

—Oye, ñato, ¿qué vamos a hacer?

Esa voz, que era la que usaba siempre al trabajar, tenía un efecto cómico estupendo. Hablaba como un chiquillo del pueblo, dándoles a las palabras un tono popular. Bastaba que el público oyera esa voz para que la risa reventara por todas partes.

—¿Qué vamos a hacer? —insistió el tony.

—Vamos a hacer las imitaciones de los cojos.

—Vamos a hacer las imitaciones de los cojos —repitió el tony Calzoncitos.

Aquel diablo pintarrajeado, salido desde el fondo de los conventillos del barrio Independencia, desenvuelto, desfachatado, dueño del público, tenía entre otras excelentes cualidades cómicas la facilidad de imitar maravillosamente la voz y los movimientos de cualquier persona. Cuando estaba sin ganas de trabajar salía a la pista a imitar a sus compañeros de trabajo. Imitaba sus voces, sus movimientos, sus actitudes en el número que hacían, sus saludos, todo. No le costaba esfuerzo alguno y obtenía, en cambio, su gran éxito. Divertía a la gente a costa de los demás artistas.

Aquella noche le había dado por explotar esa vena de su gracia, y el público, que ya lo conocía, se preparó a pasar el gran rato.

Y ya no hubo frase ni movimiento de Mr. Jaiba que no fuese repetido por el tony en medio de las explosiones de risa del público. La gente callaba cuando Mr. Jaiba empezaba a hablar, lo dejaba hacer su imitación de un cojo y esperaba, con los dientes apretados y los músculos del rostro contraídos para no soltar la risa, que el tony imitara al imitador. Apenas el tony terminaba su parodia, la enorme boca se abría, lanzando chorros de risa.

Y, poco a poco, aquello fue perdiendo su carácter de circo y se convirtió en un infierno que mugía, balaba, hipaba, se quejaba de risa. Los hombres se apretaban el abdomen, dolorido por el esfuerzo que hacían al reírse; los chiquillos, menos resistentes, se reían con gritos agudos de dolor. Y en los palcos, los caballeros ventrudos, roja la faz, hacían un ruido de válvulas al dejar escapar sus carcajadas.

Todo el mundo gozaba allí. El único triste era Mr. Jaiba. Lo que al principio creyó que era su salvación se transformó en su martirio.

Aquel tony, ¿no se iría nunca de allí? ¿No se moriría? ¿Por qué no se hundiría la carpa, aplastando a esa indiada que chivateaba de aquel modo?

Estaba cansado; aquello no terminaría nunca. Tenía deseos de sentarse en el suelo a descansar, a llorar, a dormir. Sudaba, fatigado, como si hubiera mantenido una lucha con cinco hombres borrachos.

¡Pobre Mr. Jaiba! El malabarista no le enseñó el modo de deshacerse del tony. Nadie estaba libre de sus bromas, pero todos sabían la manera de librarse de él cuando les estorbaba demasiado: le daban un puntapié o una bofetada, y el tony, que no tenía mala intención al hacer sus imitaciones, huía lanzando gritos infantiles de dolor.

¡Si Mr. Jaiba hubiera sabido eso!

En un momento en que el público se reía, Raúl Seguel se acercó al tony y le dijo, con los dientes apretados de furor:

—¡Déjeme trabajar, por favor!

Su cansancio y su tristeza se iban convirtiendo en ira.

El público, que vio el movimiento, comprendió que el parodista hablaba al tony, y se calló, esperando la respuesta del interpelado. Aquel salvaje contestó con su voz infantil:

—¡Ah! ¿Que lo deje trabajar por favor?

Y ya no se oyó más. Entonces el director de pista intervino.

Tomó de un brazo al tony y le dijo, llevándolo aparte:

—Venga para acá, Calzoncitos. Tengo que contarle una cosa.

—¡Ah! ¿Usted me va a contar una cosa? Pero yo quería ver trabajar a ese caballero. Dice que va a trabajar por favor. ¿Usted no sabe qué es lo que va a hacer?

—Sí, va a hacer unas imitaciones. Es un artista muy inteligente.

—¿Es muy inteligente? ¿Y cómo dice que trabaja por favor?

El tony fue sacado de la pista y Mr. Jaiba volvió a quedar solo. Quiso apurarse para terminar de una vez su número, pero estaba escrito que no lo terminaría. Su martirio no concluía: empezaba.

Un espectador de palco había sido atacado por una risa nerviosa, incontenible, que lo hacía gritar agudamente. Era el que más celebraba las gracias del tony, y la voz y el ademán de este imitando a Mr. Jaiba habían quedado en su retina y en su oído vibrando interminablemente.

Bastó que Mr. Jaiba moviera un brazo y pronunciara una frase, para que el espectador lanzase una carcajada que se propagó por el circo como una corriente eléctrica. Al oír y ver a Raúl Seguel, el hombre, inconscientemente, recordaba al tony, y su risa chillona, en la que predominaba la *i*, perforaba el espacio como una flecha, contagiando a todos; y hubo un momento, un largo momento, cuatro o cinco minutos, en que Mr. Jaiba, parado en medio del circo y reducido al silencio, tuvo que esperar que pasara la racha de carcajadas.

Cuando pasó, volvió a hablar, y el fenómeno se repitió nuevamente.

Entonces sintió que su mano se crispaba sobre el puño de su tremendo bastón. La ira le recorrió de arriba abajo como un escalofrío. Buscó rápidamente con los ojos al griego Constantino y no lo encontró por ningún lado; había desaparecido. Avanzó hacia el espectador, y el público, presintiendo algo, calló repentinamente. En medio de un gran silencio, Mr. Jaiba gritó, más que habló:

—¡De qué te ríes, idiota!

El hombre, sorprendido en mitad de su regocijo por aquella frase dura, se levantó extrañado. Había olvidado que detrás de aquella figura ridícula, detrás de aquella pintura, detrás de ese monigote de circo, respiraba un hombre como él. Preguntó:

—¿Qué dice?

—¡Te pregunto de qué te ríes, idiota! —volvió a gritar Mr. Jaiba.

El hombre, que era alto y vigoroso, ofendido por aquella frase, estiró un brazo para coger a Mr. Jaiba, pero este retrocedió, levantó el bastón y lo dejó caer sobre la cabeza del espectador, que a su vez cayó sobre su compañero de palco.

El circo reventó en un solo grito y en un solo silbido y Raúl Seguel tuvo miedo. Arrojó el bastón y huyó hacia adentro.

La banda, para calmar al público, empezó a tocar, aumentando el bullicio.

Dos minutos después, Raúl Seguel, que se había escondido entre unos cajones, oyó que su amigo el malabarista lo llamaba.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Estás aquí? Vete pronto; el griego Constantino te anda buscando para pegarte.

¡Era lo único que faltaba! Tomó sus ropas y sus pinturas, que el

malabarista recogiera de su camarín.

—¿Por dónde salgo?

—Por aquí.

Arrimaron un cajón a la pared que daba a la calle y Mr. Jaiba subió a él, encaramándose después a lo alto de la muralla. Antes de saltar hacia el otro lado, rogó:

—Oye, préstame unos pesos…

—Toma, ahí tienes diez pesos. Ándate y no vuelvas más por aquí.

En el momento en que se dejaba caer, oyó que el hércules griego gritaba:

—¿Dónde está Mr. Jaiba? ¡Quiero hablar con él!

Así, vestido de mamarracho excéntrico, atravesó corriendo la ancha calle, con su atado de ropas y pinturas bajo el brazo, hasta llegar a la orilla del río. Desde allí sintió claramente el griterío y la silbatina que continuaban aún en el circo. Se dio vuelta y miró. La carpa, alta, blanca, iluminada por dentro, resplandecía en medio de la noche de invierno como una gran medusa fosforescente. Sus tres hileras de bombillas multicolores oscilaban con suavidad.

Hizo una mueca de asco y echó a andar. Estaba cansado, la cara le ardía con la pintura, el mástic y el sudor, y la ira le hervía aún en la reseca garganta.

De pronto se acordó de que aún llevaba barba y estaba pintado. Se arrancó el postizo de un manotazo y lo tiró al río, oscuro y crecido, que corría mugiendo en la noche, arrastrando grandes piedras.

Después arrojó el frasco de mástic, las barras de pintura, el tongo, todos sus modestos útiles de trabajo, inocentes de culpa alguna. Cuando arrojó por sobre la pequeña muralla del río su último útil de teatro, una gran pena lo doblegó. Le pareció que se había desprendido de aquello que para él constituyera durante tanto tiempo su esperanza y su alegría: el teatro.

¿Qué le quedaba ahora? Diez pesos en el bolsillo y la mortificación de un fracaso amargo y oscuro. ¿Qué haría?

Estuvo un largo rato, pensando, afirmado en la barandilla del río, mirando correr el agua turbia.

«¿Qué haré?», se preguntó nuevamente.

Y como no hallara qué responderse, y como no tuviera ya nada

que arrojar al río, tomó un tranvía que pasaba y se fue a dormir.

PEDRO, EL PEQUENERO

—Este era un rey que tenía…

—¡Ya salió con la tonada de siempre! Este era un rey que tenía…

—Cuente algo que no sea de reyes, pues, señor.

—Sí, pues, don Vicho, ya nos tiene guatones con los reyes y los príncipes.

—Vaya, niños, todavía que uno hace el favor de contarles un cuento, se regodean. ¡No cuento nada también!

—No se enoje, abuelo.

—Cuente otra cosa, pues.

—Aquel del minero que se halló un chivatito de oro en la mina.

—No, ese es muy aburridor.

El viejo, ante la protesta formal de su acostumbrado auditorio, inclinó la cabeza y estuvo un rato recordando. Los personajes de los cuentos que don Vicho solía narrar salieron del fondo de su memoria y se revolvieron en su cabeza como fichas de dominó. Reyes desgraciados, princesas robadas y encantadas, príncipes aventureros, dragones horribles, gigantes furiosos, marinos atrevidos, enanos vengativos o bondadosos, con grandes barbas y bonetes de colores; toda la fauna fabulosa de las leyendas apareció un momento ante él. Estuvo un rato escogiendo, separando unos, ya demasiado conocidos por su auditorio, apartando otros que no tenían interés y pasando indiferente ante los demás. En lo que iba corrido del invierno casi había agotado su repertorio.

De pronto, semioculta detrás de la capa de armiño de un rey, apareció una gran cara trágica, con la boca muy abierta y la lengua sanguinolenta colgando de ella; cara redonda, llena de pelos, roja de excitación, con los ojos manchados de sangre. Don Vicho estuvo un momento mirándola, cerrados los párpados. No recordaba a qué personaje correspondía ese rostro. Hizo un esfuerzo. Después de la cara apareció un pescuezo ancho, hinchado de grandes venas; unos hombros redondos de hombre fuerte; un pecho alto y velludo, cubierto apenas por una sucia y desabrochada camiseta. Avanzó,

desde el fondo de los recuerdos de don Vicho, con los musculosos brazos abiertos, vacilante, tropezando con los enanos, reyes, príncipes y marinos. Poco a poco adelantose y a medida que lo hacía su cuerpo agrandábase; la gran cara roja pareció tapar el horizonte. Cuando estuvo bien cerca, don Vicho recordó.

—Bueno, viejito, no se quede dormido.

—No me estoy quedando dormido, roto insolente; estoy recordando.

—Disculpe, don Vicho, pero como usted se queda dormido de repente.

—Vamos a ver. Me he acordado de un cuento que contaba mi abuela hace muchos años, pero muchos.

—¡Chis!

—Es la historia de Pedro el Chuico.

—¿Quién era Pedro el Chuico?

—Pedro el Chuico fue un gallo a quien le pasó una mano con Nuestro Señor.

—A ver, a ver; cuente, cuente…

Apretujose la gente alrededor del viejo. Tosieron algunos para no tener que toser después, mientras durara la narración, y otros, friolentos, envolviéronse bien en sus mantas. Don Vicho revolvió con un palito las brasas del gran brasero de cobre, encendió en una de ellas su último cigarro de la noche y, mientras pitaba, contó:

—Pedro González fue un hombrecito que vivió hace muchos años, pero muchos años, antes de que naciera yo y antes de que naciera mi padre, antes de que naciera el padre del padre de mi padre. Vivió en los tiempos en que Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo a redimir a los hombres y a sufrir y morir por causa de tanto roto mal agradecido.

Pedro González era pequenero. Desde chicuelo trabajó en eso y aprendió bien su trabajo, llegando después, cuando tenía veinte años, a trabajar por su cuenta. Se casó con una moza, nada mal parecida, que tenía muy buenas manos para amasar. Le ayudaba mucho y los dos vivían tranquilos y felices, trabajando y queriéndose.

En el pueblo eran famosos los pequenes de Pedro González. Vivía en una calle donde había muchas cantinas. Sabían los borrachos a la hora en que Pedro sacaba la primera hornada de la

tarde o de la mañana y lo esperaban a la pasada, arrebatándole casi los pequenes, calientes, chorreando gotitas de grasa, llenos de oloroso pino.

Apenas asomaba Pedro en la puerta de su casa y daba su conocido grito de:

—¡Recaliente está la pequenada! —los borrachos salían como disparados de las cantinas.

Ganaba la plata como mote. Y tanta llegó a ganar, que se volvió pretencioso y fantástico. Hizo relaciones y las relaciones empezaron a perderlo. Algunas veces la plata le hace bien al hombre; otras mal. A Pedro le hizo mal.

Poco a poco su casa se fue llenando de amigos; brotaban como callampas después de la lluvia, y empezaron a hacerle perder el tiempo y a olvidar sus ocupaciones. Y como Pedro era generoso, voltario y alegre, la cosa se empeoró. Con la historia de la tonadita y del causeito, poco a poco su casa se transformó en una chingana que pasaba llena de gente muy alentada para comer y tomar.

Muchos días los pequenes no salieron o salieron crudos o secos, y nadie los compraba. Por fin, el horno dejó de encenderse, la harina se apelmazó, la artesa donde amasaban se abrió de puro reseca y la trampa y la remolienda empezaron a llevarse lo que Pedro y su mujer habían ganado en largos años de trabajo.

Un día, borracho, le pegó a su mujer, y esta, poco tiempo después, se arrancó con un roto llamado Juan el Gallo, cuya única fortuna y oficio era la de tamborear y bailar bien la cueca.

Hasta que llegó un momento en que Pedro González —a quien los amigos habían cambiado hasta el nombre, llamándolo Pedro el Chuico, por lo bueno que era para tomar— se encontró en la puerta de su casa, con las manos en los bolsillos, en camiseta, sin un cinco y con una sed que se lo llevaban los diablos.

Fue a una cantina y allí los borrachos lo recibieron como a un hermano en desgracia.

—¡Llegó Pedro el Chuico!

—Tengo sed…

—¡A ver! Pasen un vaso para Pedro.

—¡Este roto que era tan generoso cuando tenía plata! ¡Toma, Pedro, sacia tu sed!

Bebió y calmó su sed; pero después volvió la sed más fuerte que

antes y necesitó beber nuevamente para refrescar sus entrañas, enfermas ya de sequía constante.

Se enhebró así su vida; de la cantina a su abandonada casa y de su casa a la cantina. Comía lo que le daban sus amigos, y si alguna vez le faltó que comer, nunca faltole de beber. Además, el licor lo mantenía y poco echaba de menos la comida; un causeo cualquiera, restos de algún santo o un pequén ofrecido por alguno de sus amigos, le bastaba.

Fue una mañana, en que se levantó con más sed que nunca y buscó en vano por las cantinas algún amigo generoso, cuando Pedro el Chuico se encontró por casualidad con Nuestro Señor. Lo vio venir desde lejos. No lo conocía, pero en sus maneras y en su aspecto adivinó que ese caballero tenía buen corazón y podía ayudarlo. Venía Nuestro Señor acompañado de San Pedro, conversando tranquilamente; habían dormido bajo los árboles de un cerro cercano y se encaminaban en busca de un almacén donde comprar queso y pan con el único peso que tenían.

De repente, Pedro el Chuico se plantó ante ellos, que se detuvieron sorprendidos mirando interrogativamente al hombre que tenían delante. Con la barba crecida, sucio, rotoso, los ojos manchados de sangre y el pelo revuelto, la figura de Pedro el Chuico no era para tranquilizar a nadie. San Pedro quiso retroceder, asustado, pero Jesús lo detuvo. Avanzó hacia el borracho y le preguntó:

—¿Qué quieres, hijo mío?

Pedro el Chuico murmuró:

—Tengo sed, patrón; mucha sed.

—¿Sed? —preguntó Jesús—. ¿En una ciudad donde hay tantas fuentes de agua fresquísima?

—Agua no, caballero; me hace mal.

—¿Te hace mal el agua? ¿Y qué bebes entonces?

Pedro inclinó la cabeza, avergonzado. Era la primera vez que pedía limosna para beber, y las preguntas de aquel caballero, aunque eran hechas con una voz muy suave, lo achunchaban. Hizo ademán de retirarse, pero Jesús lo detuvo.

—Espera; me dices que tienes sed y que el agua te hace mal. Seguramente necesitas vino.

Sacó del bolsillo el único peso que tenía y se lo pasó a Pedro el

Chuico.

—Anda a calmar tu sed —le dijo.

—Muchas gracias, patrón —contestó Pedro en voz baja. Sin levantar la cabeza y apretando fuertemente el peso en su mano, entró a una cantina.

San Pedro se quedó asombrado, y enseguida dijo a Jesús:

—¡Pero, Maestro, le ha regalado a ese borracho el único peso que teníamos!

—No importa, hermano; él lo necesitaba más que nosotros.

Y se fueron a tomar desayuno a casa de un amigo de confianza.

Pedro el Chuico, entretanto, gastó la mitad del peso en calmar la sed que tenía y procuró después seguir bebiendo a costa de sus compinches, guardando para otro día difícil los cuatro reales que le sobraron. Pero pasaron los días y nuevamente se encontró, en uno de ellos, con sed y sin nadie que lo invitara a beber. Soportó todo lo que pudo, pero el deseo de beber era más fuerte que su voluntad. Echó a andar por las calles buscando a alguien que lo feriara. Ninguna cara amiga. Era día viernes y los borrachos habían salido a trabajar los dos días que quedaban para terminar la semana. Desesperado, resolvió pedir limosna otra vez. Pero la gente que no lo conocía andaba sin chapa. Los que lo conocían, no le daban. Mientras tanto, la sed seguía creciendo. La saliva se apelmazaba en su boca, la garganta se le cerraba y la lengua lo hería de puro seca. ¡Nadie!

Pero alguien vino en su ayuda y ese alguien fue nuevamente Nuestro Señor.

—Aquí tenemos al borracho del otro día —dijo San Pedro al verlo venir.

—Es cierto. ¿Andará sediento otra vez?

Lo dejaron acercarse, paso a paso.

—¿Qué tienes, hijo mío? —le preguntó Jesús.

Y Pedro el Chuico, sin levantar la cabeza, contestó:

—Patrón, tengo sed.

—¿Otra vez tienes sed? ¿Y qué vamos a hacer ahora? No tengo nada que darte.

—Aunque sea una chauchita, caballero.

—No tengo nada, ni una ficha.

—¡Qué le vamos a hacer, patrón! Paciencia. Para otra vez será…

Pero Jesús avanzó hacia Pedro el Chuico y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¿Pero tú estás seguro de tener sed?

—Mucha, patroncito, mucha.

—A ver, mírame.

Pedro el Chuico levantó la cabeza y fijó sus ojos en la bondadosa cara de Jesús. Este lo miró sonriendo, pasó su mano sobre la desgreñada y vencida cabeza y le dijo pausadamente:

—No, hijo mío, tú no tienes sed.

Después se apartó de él, tomó de un brazo a San Pedro y se fue.

Pedro el Chuico se quedó parado en medio de la calle, mirando con ojos de asombro a Nuestro Señor, que se alejaba calle abajo, platicando con San Pedro. ¡No tenía sed! Claro que tenía, y mucha. Echó a andar en la misma dirección y en ese momento Jesús se volvió, lo miró y le hizo un saludo con la mano. Pedro le contestó malhumorado y dobló la esquina.

Poco a poco se fue calmando. Notó que el ardor de su estómago disminuía, su garganta se suavizaba y la lengua, humedecida repentinamente, refrescó sus resecos labios. Escupió, y en lugar de una saliva espesa y blanca, arrojó otra clara y liviana. Su boca pareció llenarse de frescura y una gran tranquilidad se extendió por todo su cuerpo.

—¡Esta sí que es grande! Recién casi me moría de sed y ahora ya no tengo —murmuró.

En ese momento un amigo lo llamó:

—¡Oye, Pedro, oh!

—¡Qué hubo!

—¿Qué andas haciendo por acá? Vamos a tomar un litrito.

—Vamos, pues, al tiro.

Entraron a una cantina y el amigo pidió un doble de chicha.

—Sírvete, Pedro.

Pedro tomó el vaso; la chicha hervía y chispeaba, dulce y fresca.

Acercó el vaso a los labios y tomó una gran bocarada, pero con gran sorpresa suya el licor no pasó de su garganta. Extrañado, hizo un esfuerzo para tragarse la chicha, pero la garganta se la devolvió.

Dejó el vaso sobre la mesa y escupió la chicha que tenía en la boca.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el amigo.

Como quien confiesa una grave falta, Pedro dijo:

—No tengo sed.

—¿No tienes sed? ¿Estás enfermo?

—Quisiera tomar, pero no puedo. No sé qué me pasa. Discúlpame.

Avergonzado, salió hacia la calle. El amigo, asombrado, murmuró:

—Este se va a morir pronto.

Y se empinó el doble.

Pedro el Chuico erró por las calles, evitando pasar ante las cantinas. Andaba asustado, se creía enfermo; la falta de sed lo atormentaba tanto como la sed misma. Vino la tarde y oscureció. Los chincheles se llenaron de bebedores que conversaban y reían a la luz de los viejos chonchones. Pedro los oía. Sus risas y sus voces le producían envidia, pero no se animaba a entrar. Le habrían ofrecido de beber y, si le sucediera lo mismo que en la mañana, quedaría desacreditado.

Siguió andando, y vino el otro día y el otro, hasta que aquel estado de frescura y de tranquilidad empezó a pasar. El cansancio y la fatiga andaban con él, y por fin la sed, la deseada sed, apareció de nuevo. Dejó que se agrandara, que aumentara, y cuando llegó al grado insoportable, entró a su cantina preferida, aquella donde se juntaban los mejores tomadores del pueblo. El licor corría por las mesas, derramado de los grandes vasos por las manotadas de los borrachos.

Ese día Pedro el Chuico se desquitó. No bebía, se vaciaba los vasos en la boca y el vino y la chicha goteaba de los pelos de su bigote y de su barba. Reía contento, lleno de alegría. Bebió hasta quedar tirado debajo de una mesa.

Y volvió nuevamente, día tras día, como antes, a su vida de borracho.

Uno de ellos, día viernes, cuando Pedro el Chuico se encontraba en una cantina bebiendo con varios amigos, alguien trajo la noticia de que por allí pasaría un hombre que había sido sentenciado a muerte. Se produjo un gran alboroto y regocijo entre los bebedores. Mientras bebían, uno de ellos se asomaba a la puerta de vez en cuando para aguaitar si venía el cortejo. De pronto gritó:

—¡Ahí viene!

Salieron todos en tropel, gritando bulliciosamente.

El cortejo se fue acercando hasta que llegó al punto donde estaba Pedro con sus amigos. Y este vio, lleno de sorpresa, que el condenado era el hombre que un día le diera un peso para vino.

—¡Por la madre! El caballero del peso… —gritó.

Esta exclamación atrajo las miradas de todos, y Jesús lo vio. Se detuvo, y mirándolo fijamente le dijo:

—Pedro el Chuico, tengo sed.

—¿Tiene sed, patroncito? Espérese.

Entró a la cantina, cogió un gran vaso lleno de chicha, y atravesando la fila de los guardianes, se acercó a Jesús.

—Tome, patrón, sacie su sed.

Jesús sonrió.

—Chicha no, Pedro; dame agua.

—Agua no, patrón; tome chicha. ¿O quiere vino?

—Dame agua, Pedro. Un día yo te di vino; dame agua tú ahora.

—Tome chicha, caballero. Más vale chicha caliente que agua fría.

Este refrán fue celebrado con una gran carcajada.

Jesús repitió:

—Dame agua, Pedro; tengo sed.

Entonces Pedro se acordó de las palabras que la última vez le había dicho Jesús, y le preguntó:

—¿Pero usted está seguro de tener sed?

Una nueva carcajada brotó de todas las bocas.

—Mucha, Pedro, mucha —respondió Jesús.

—No, patrón —le dijo Pedro, riendo—; usted no tiene sed, y si tiene, póngase la mano en la cabeza como me la puso a mí y se le quitará al tirito.

Nuevas risas brotaron por todas partes. Los que negaban los milagros de Nuestro Señor aplaudieron las palabras de Pedro el Chuico.

—¡En marcha! —gritaron los pacos.

Y Jesús fue empujado violentamente. Pero antes de marchar, miró a Pedro con pena y le dijo:

—Pedro el Chuico, tú siempre tendrás sed.

—Mientras haya qué tomar, no tendré, patrón.

Arrastrado por las manos de sus verdugos, Jesús pasó y Pedro se

quedó comentando y riendo:

—¡Agua quería, cuando la chicha está tan buena!

Y cantó:

Chicha y aguardiente puro
es la bebida de los reyes.
Agua que tomen los bueyes,
que tienen el cuero duro.

Y acompañado de sus amigos, entró de nuevo a la cantina. Pero sus amigos lo dejaron pronto y Pedro quedó solo. Se bebió a sorbitos un vaso de vino que quedaba y cuando terminó con él, salió hacia la calle. Mucha gente venía ya de vuelta, comentando lo que había sucedido ese día. Hablaban de Jesús.

—¿Qué hubo? —preguntó Pedro a uno que pasaba—. ¿Mataron al hombre?

—Lo están matando —contestó el que pasaba.

En ese mismo momento Pedro cerró los ojos y ahogó un grito. Había sentido en el estómago un dolor horrible, como una quemadura. Echó a andar y el dolor siguió los movimientos de su cuerpo, abrazándolo como un látigo. Poco a poco le fue subiendo hacia arriba, extendiéndose como una llaga ardiente.

—Es la sed, la sed… —murmuró.

Llegó ante una cantina. No había nadie en ella, pero a pesar de ello entró. El cantinero, afirmado en el mesón, se distraía mirando volar las moscas alrededor de las botellas llenas de chicha.

—¿Qué hubo, Pedro?

—Tengo sed, patrón, mucha sed.

—¿Tienes sed? ¡Qué raro!

—Dame chicha.

—¿Tienes plata?

—Dame al fiado. Después te pagaré.

—Hoy no se fía, mañana sí.

—¡Tengo sed, patrón, me muero de sed!

—Toma agua, Pedro; también es buena para quitar la sed.

Pedro salió violentamente. Afuera estuvo un momento indeciso; de pronto echó a correr. Conocía una cantina donde siempre había gente tomando. Seguramente encontraría allí un amigo.

Llegó y entró atropelladamente, recorriendo de una rápida mirada las mesas ocupadas. ¡Nadie! Ni un amigo. Pero era necesario que bebiera, de cualquier modo, aunque fuera a la fuerza. Se acercó a una mesa donde había cuatro hombres bebiendo. Quiso hablar, pero la lengua endurecida por la sed se negaba a doblarse. Entonces, desesperado, estiró la mano, cogió un vaso lleno de vino y lo acercó temblando a su boca; pero una mano dura lo agarró de la muñeca, mientras otra le quitaba el vaso y una voz fuerte le decía:

—¿Qué le pasa, señor? ¿Es muy bueno para las bofetadas usted?

Pedro retrocedió, acezando, sin poder hablar. La angustia lo sacudía. Miró a los hombres que lo miraban a su vez, indiferentes a su dolor, burlones.

—¡Tengo sed! —rugió de repente.

—Hable con el patrón. Tiene muy buena voluntad para vender vino.

Pedro hizo señas de que no tenía dinero.

—¡Ah! ¿No tiene plata? Entonces tome agua, es bien buena para quitar la sed. Ahí afuera hay un pilón con un chorro macizo.

Pero Pedro se abalanzó de nuevo sobre la mesa para arrebatar un vaso de vino, y los cuatro hombres, perdida ya toda consideración, lo echaron a empujones de la cantina.

Se encontró de nuevo en la calle, respirando agitadamente, con la lengua fuera de la boca y los ojos vidriosos.

Echó a andar y se detuvo ante un pilón que arrojaba un grueso chorro de agua. El agua clara, fresca, caía en una taza de hierro y se derramaba sobre las piedras.

—Agua…, agua…

Corrió hacia el pilón, hundiendo casi la cabeza en la taza llena. Bebió a grandes buches, sorbiendo el agua, hasta notar que el estómago se la devolvía.

Se enderezó, respirando. Sintió un pequeño alivio. El dolor había cesado y el ardor de la boca disminuía. Echó a andar otra vez, pero no había andado mucho cuando sintió que el dolor y el ardor volvían más fuertes que antes. Quiso beber nuevamente, pero no pudo hacerlo. Ya había bebido demasiado y el estómago no le aceptaba más agua. Metió la cara en la taza, con la boca abierta, refrescando la lengua ardiente y dura. Pero apenas se enderezó el

ardor volvió de nuevo. Así estuvo un rato, hasta que, desesperado, viendo que el beber agua era inútil y que la sed aumentaba, se abandonó, dejándose caer al suelo, entregándose al dolor.

Pero repentinamente recordó algo y se levantó dando un grito. Miró hacia todas partes y se lanzó a correr. Corrió, corrió, con la cabeza gacha, tropezando con las personas, que lo rechazaban a empujones.

—¡Hazte un lado, borracho!

Pero él no oía ni sentía nada. Seguía corriendo, corriendo, y corrió hasta llegar donde Jesús estaba agonizando.

—¡Patroncito! ¡Patroncito! —gritó al verle.

Fue a caer rodando a los pies de la cruz. Quiso hablar, pero no pudo.

La lengua le quemaba la boca como un fierro ardiente, y la garganta, apretada y reseca, no le permitía hablar. Se revolvió por el suelo, gritando, rugiendo como un perro envenenado que va a morir, hasta que haciendo un gran esfuerzo pudo decir:

—¡Patrón, tengo sed!

En ese momento Jesús abrió los ojos y dijo:

—Sed tengo.

Y había allí un vaso lleno de vinagre y los soldados hinchieron una esponja de vinagre, y rodeada a un hisopo se la llevaron a la boca de Jesús.

Y como Jesús tomó el vinagre, dijo:

—Consumado es.

Inclinó la cabeza y dio el espíritu.

Al ver morir a Jesús, Pedro dio un grito y cayó de espaldas. Su única esperanza se desvanecía.

—¿Quién es este hombre? —preguntó uno de los soldados.

—Es el pequenero Pedro el Chuico; debe estar borracho —contestó otro.

Y se fueron.

Pedro el Chuico, tirado boca arriba, sin quejarse, miraba crecer la noche desde el fondo del cielo. El dolor y la sed lo consumían poco a poco. No podía moverse, ni hablar, ni gritar. De pronto sintió voces. Volvían los soldados. Se acercaron a Jesús, y como le vieron muerto, no le quebraron las piernas como a los otros crucificados.

Empero, uno de los soldados le abrió un costado con una lanza y de la herida salieron sangre y agua.

Algunas gotas saltaron a la cabeza de Pedro, y una de ellas se deslizó por los labios entreabiertos y cayó sobre la lengua hinchada y roja. Un estremecimiento de frescura, tan agudo como el dolor, recorrió su cuerpo. Sus miembros se extendieron. Suspiró. Una gran tranquilidad le invadía. El dolor cesó y la sed se calmaba. Pero él se dio cuenta de que eso era la muerte. Abrió los ojos y vio, recortada en el cielo, la cabeza inclinada de Jesús. Sobre ella, allá lejos, una gran estrella roja iba naciendo.

Un ladrón y su mujer

Una tarde de principios de invierno, en aquel pueblo del sur, una mujer apareció ante la puerta de la cárcel. Era una mujer joven, alta, delgada, vestida de negro. El manto cubríale la cabeza y descendía hacia la cintura, envolviéndola completamente.

El viento, que a largas zancadas recorría las solitarias callejuelas del pueblo, ceñíale la ropa contra el cuerpo, haciéndola ver más alta y delgada.

Tenía la piel blanca y los ojos claros.

Estuvo un largo rato mirando la vieja y torcida puerta de la cárcel. Detrás de la reja, más allá del ancho corredor, un gendarme con aire aburrido se paseaba con su carabina al hombro. Por fin, la mujer avanzó y entró decidida. Llevaba un paquete colgando de la mano izquierda.

—¿Qué quiere? —preguntó el guardia, interrumpiendo su paseo.

—Quisiera… —dijo la mujer, pero en el mismo instante el gendarme gritó con voz gruesa:

—¡Cabo de guardia!

—¿Qué te pasa? —respondió una voz delgada desde el interior.

—Aquí hay una mujer que quiere… —empezó a decir el soldado, pero como no supo qué agregar, se encogió de hombros y recomenzó su paseo.

Apareció un vejete chico, delgado, de bigote blanco, vestido de uniforme, con la gorra torcida sobre la oreja y un gran manojo de llaves en la mano.

—¿Qué quiere, señora? —preguntó con voz amable.

La mujer se acercó a la reja.

—¿Hay aquí un preso que se llama Francisco Córdoba?

—¿Francisco Córdoba? Espérese… —respondió el cabo, rascándose la cabeza e inclinando más con este movimiento la gorrilla sobre la oreja—. Francisco Córdoba… Sí. Uno delgado, moreno, de bigote…

—Sí.

—¿Y qué?

—Yo soy su mujer y quisiera verlo para entregarle una ropa que le traigo.

—¡Hum! Ahora no va a poder verlo. Es muy tarde. La ropa puede dejarla, con confianza; yo se la entregaré.

—Y estos veinte pesos.

—¿Quiere mandarle veinte pesos? Muy bien. Démelos. No tenga cuidado, señora —agregó, risueño, viendo que la mujer dudaba.

—Sí, tome —dijo ella.

—Si quiere hablar con él, venga mañana temprano.

—Bueno; muchas gracias.

—De nada, señora. Vaya tranquila.

Todavía no había salido, cuando el cabo, dándose vuelta hacia adentro, gritó con voz estentórea:

—¡Francisco Córdoba!

—¡Eh! —respondió lejos una voz que ella conocía; la voz de su hombre. Se detuvo, con la esperanza de oírla de nuevo, pero ningún otro grito salió de aquellas murallas húmedas.

—¡Francisco Córdoba!

—¿Qué hay, mi cabo? —preguntó el preso.

—Toma. Tu mujer ha venido a verte y te manda este paquete y estos veinte pesos.

—¿De veras, mi cabito? ¿Y por qué no me deja hablar con ella?

—Ya es muy tarde. Vendrá mañana en la mañana —respondió el cabo, abriendo la puerta y entregando al preso el paquete y el dinero.

—Muchas gracias, cabo.

—Abre el paquete.

—Enseguida.

El paquete contenía ropa interior limpia. El cabo echó una mirada de reojo y cerrando la puerta del calabozo se fue.

Pancho Córdoba, contento, cantando de gozo, empezó a cambiarse la ropa. Su mujercita había venido, trayéndole ropa limpia y dinero. ¡Tan linda y tan fiel! Desde donde la llamara, por muy lejos que estuviera, venía siempre a verlo. Ni una vez faltó al reclamo de su hombre en desgracia.

Se enterneció pensando en ella, tan seria, tan humilde, tan maternal, siempre sin quejarse, llena de solicitud y de atención.

Pancho Córdoba era un hombre delgado, moreno, de bigote negro. Vestía siempre muy correctamente. Era un poco jugador y otro poco ladrón, poseedor de mil mañas y de mil astucias, todas ellas encaminadas al poco loable fin de desvalijar al prójimo. ¿Qué es lo que no sabían hacer las manos de Pancho Córdoba? Desde jugar con ventaja al póquer, al monte o a la brisca, hasta extraer un billete de Banco, por muy escondido que estuviera en el fondo de los ajenos bolsillos, todo lo hacía. Era un verdadero pájaro de cuenta, hábil, alegre, despreocupado. Lo habían detenido en la estación de ese pueblo en los momentos en que pretendía dejar sin su repleta cartera a un respetable caballero, y a pesar de su aire de indignación, de su chaqué y de sus protestas de honradez, fue enviado rectamente a la cárcel.

Una vez que se hubo cambiado de ropa, se sintió otro hombre y se paseó con aire de importancia por el calabozo. Mañana vendría su mujer, haría algunas diligencias, gastaría algún dinero y seguramente lo pondrían en libertad. Conocía el sistema.

Dos horas después, los presos fueron sacados de sus calabozos y llevados al patio. Antes de las ocho era costumbre pasar lista a los detenidos. Esto servía también como recreo para los reos.

Apenas llegó al patio, el salteador Fortunato García, condenado a una larga condena, se acercó a él y le dijo:

—Pancho, oye bien lo que te voy decir.

—Habla.

—Óyeme sin mirarme. Cuando pase por aquí la guardia de relevo, los hombres de mi cuadrilla se echarán encima de los soldados y les quitarán las carabinas. Seguramente, habrá tiros hasta para regalar. Mientras tanto, yo me correré hacia el fondo y saltaré la muralla que da al río. La fuga está preparada nada más que para mí; pero si quieres escaparte, sígueme. Si la treta sale bien, nos podemos ir muchos. ¿Entendiste?

—Sí, gracias.

—No me des las gracias todavía, porque es muy posible que si la cosa sale mal nos peguen un tiro. Atención.

Al principio, el proyecto le produjo un poco de miedo a Pancho Córdoba. Él no era hombre de tiros ni de situaciones trágicas. No le gustaban las emociones demasiado violentas. Pero, pensándolo bien, el asunto no era tan terrible y todo dependía del modo como

se aprovechara el tiempo. Observaría el desarrollo de los acontecimientos y si las circunstancias se prestaban se marcharía lo más rápidamente posible.

Pensó inmediatamente que su desconocimiento de la región era un obstáculo para su fuga y buscó, entre los hombres que lo rodeaban, a alguien conocedor del terreno que pudiera guiarlo y acompañarlo.

Entre los presos había dos indios araucanos, mocetones fornidos, altos, macizos, condenados a varios años por un robo de animales. Se acercó a ellos y en breves palabras les puso al corriente de lo que se preparaba, comprometiéndose ellos a llevarlo consigo y no abandonarlo. Conocían la región como sus propias rucas.

—En cuanto me vean correr, síganme —les dijo Pancho Córdoba con aire de jefe.

Sin embargo, le quedó una última duda. ¿No sería una estupidez exponerse a recibir un tiro, ya que su causa no era grave y podía salir de un momento a otro? ¿Y su mujer?

Estaba pensando en ella cuando apareció en el patio el pelotón de gendarmes que abandonaba la guardia. Pasó por delante de los presos y desapareció por la puerta que daba hacia el exterior. Inmediatamente entró el grupo que cubriría la nueva guardia. Apenas los soldados llegaron a la mitad del patio, uno de los presos cerró la puerta y los demás se echaron aullando encima de los nuevos centinelas. Gritos de violencia y quejidos de angustia se oyeron. A Pancho Córdoba se le encogió el corazón. Miró hacia el fondo del patio y vio que Fortunato García se lanzaba al aire desde lo alto de la muralla.

La guardia, cogida de improviso, fue desarmada en su totalidad, y sus hombres, pálidos, se arrinconaban, rechinando los dientes de rabia. Dos soldados luchaban aún.

Tres hombres más saltaron la muralla. Francisco Córdoba se repuso y pensó que estaba perdiendo un tiempo precioso. Hizo un rápido cálculo y vio que todavía disponía de diez o quince minutos para ponerse en salvo. Además, ya era casi de noche y sería fácil escurrirse entre las sombras.

Sin saber cómo se encontró en lo alto de la pared. Saltó en el aire y apenas tocó el suelo apretó a correr derecho. Un minuto después los indios corrían a su lado.

—Por aquí.

Se desviaron un poco y llegaron a la orilla de la barranca del río.

—No hay camino. ¡Tírate! —gritó uno de los indios, lanzándose al vacío.

Llevado por el ímpetu de la carrera, Pancho Córdoba no tuvo tiempo de reflexionar y cerrando los ojos saltó. Cayó en una pendiente de tierra suelta que se desmoronó y lo fue a dejar, rodando, a la orilla del río.

El indio más joven corría ya sobre el agua, chapoteando delante de Pancho. El otro venía detrás. Subieron la pendiente contraria y se encontraron en la otra orilla del río, frente al campo inmenso, nerviosos y entusiasmados por la fuga.

En ese momento se oyó el primer tiro en la cárcel y como si esa hubiese sido la señal de partida, los tres echaron a correr como locos.

Los faldones del chaqué de Pancho Córdoba volaban detrás de él.

No supo cuánto tiempo estuvo corriendo. Con los puños cerrados, lleno de una alegría frenética, corría detrás del indio joven, procurando mantener la distancia. El indio corría con un trote largo, elástico, sostenido, resoplando como un caballo. El otro marchaba detrás de Pancho y él sentía su respiración rítmica y su paso liviano resonando en el silencio del campo.

Se sentía seguro en medio de esos dos hombres tan sanos, tan robustos, que parecían dispuestos a correr todo el tiempo que fuera necesario y más aún.

Pero si Pancho Córdoba era ágil y liviano como un verdadero ladrón joven, no poseía, en cambio, la resistencia de sus compañeros. El sudor corría a chorros por su cuerpo y a la hora escasa de marcha se dio cuenta de que no podría correr mucho tiempo más. Sentía el pecho y las piernas pesadas y la respiración producíale un dolor como de quemadura en la garganta. Empezó a perder terreno y tropezaba continuamente, vacilando en la carrera. Quiso detenerse, pero el indio que venía detrás le gritó:

—¡No te pares, huinca cobarde! ¡Corre!

El insulto le dio rabia, pero también le dio fuerzas y continuó corriendo. Pero aquel demonio que corría delante de él era incansable, no disminuía un instante su largo trote y parecía tocar

apenas con sus pies la blanda hierba del campo.

De pronto tropezó y cayó rodando al suelo, con la boca abierta, extenuado. Los dos indios se detuvieron.

—¡Párate! ¡Corre! —le gritaron, desesperados, rabiosos.

—No puedo. Váyanse ustedes. Déjenme solo —murmuró Pancho Córdoba.

—¡Párate! Vienen soldados… —le dijeron.

Pancho no respondió, no podía hablar. Entonces el indio más joven lo levantó bruscamente, se puso delante de él e inclinándose lo tomó sobre su espalda, reanudando la carrera.

Pancho, avergonzado, se tomó del cuello del indio y se dejó llevar. Durante mucho rato el araucano corrió con su carga humana con un trote pesado pero continuo; cuando juzgó que el hombre había descansado lo suficiente, lo soltó. Pancho Córdoba volvió a correr y corrió hasta caer nuevamente al suelo, rendido, tomándolo en hombros el otro indio.

Cuando este lo dejó, se negó a correr más. Ya no había razón para proseguir corriendo, pues se habían alejado bastante y seguramente estaban fuera de peligro.

Sin embargo, siguieron andando de prisa, escuchando de rato en rato. Pero el campo estaba en silencio. Ni un grito, ni un disparo, ni un trote de caballo. La oscuridad era profunda y en medio de ella marchaban los tres hombres, mudos, respirando fatigosamente.

Al día siguiente, muy temprano, la mujer de Pancho Córdoba se encaminó hacia la cárcel. Había tenido noticias de la evasión, pero sin saber detalles de ella. Estaba pálida y demacrada. Apenas había dormido esa noche. En la oscuridad de su pieza, medio dormida, medio despierta, veía a su marido muerto, tendido de bruces en el suelo, o huyendo, perseguido por un soldado que le hacía fuego sin poder herirlo. Otras veces lo veía libre, sonriendo, o herido, afirmado en un árbol, pálido, mirándola tristemente mientras ella lloraba.

¿Hasta cuándo viviría ella así? Todos los trances angustiosos en que él se encontraba a menudo, todos los peligros que corría, las prisiones, las fugas, los procesos, todo ese dolor continuo que forma la vida de un delincuente, recaía únicamente sobre ella. Él soportaba los acontecimientos, vivíalos; ella sufríalos, viviendo

siempre angustiada, recibiendo en su corazón de mujer todo el oscuro dolor de la vida de su hombre.

Resignada, silenciosa, iba de allá para acá, siguiéndolo en sus vicisitudes. Había unido su vida a la de ese hombre, queriéndolo, sin saber que era ladrón; cuando lo supo lo quiso más, sintiendo hacia él un cariño de madre y de hermana.

Antes de llegar a la puerta de la cárcel, se detuvo indecisa. ¿Se habría fugado o no habría podido hacerlo? ¿Estaría herido o muerto? ¿Qué hacer?

Por fin se decidió a entrar.

Detrás de la reja se paseaba un gendarme con el arma al hombro. Pero este no tenía el aire aburrido que tenía el de la tarde anterior. Este se paseaba resueltamente, con aspecto de guapeza y de desafío.

—¿Qué quiere? —preguntó, deteniéndose y echando una mirada terrible sobre la mujer.

—Quisiera hablar con el cabo de guardia.

—¡Cabo de guardia! —gritó él.

Un hombre alto y moreno acudió. La guardia había sido cambiada y el simpático vejete de la gorrilla ladeada estaba descansando.

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere, señora? —preguntó con voz brusca.

—Es que… el otro cabo me dijo que podía venir hoy en la mañana a ver a mi marido.

—¿Quién es su marido?

—Un detenido, Francisco Córdoba.

—¿Francisco Córdoba? —preguntó el cabo, sorprendido.

—Sí. Yo vine ayer a hablar con él y el otro cabo me dijo…

—Sí, sí; espérese. ¿De modo que usted es la mujer del reo Córdoba?

—Sí, yo soy.

—Muy bien, pase.

Abrió la reja y la mujer entró.

—Venga para acá.

La hizo entrar en un cuartucho donde había una mesa y una banca. Algunos grillos colgaban de la pared.

—Siéntese.

La mujer se sentó, tímida. Había notado que el cabo le dirigía

furtivas miradas, como queriendo sorprenderla. Además, su voz estaba llena de malicia. El hombre se plantó ante ella.

—¿Así es que usted quiere hablar con el preso Francisco Córdoba? —preguntó irónicamente.

—Sí, señor.

El gendarme la miró de arriba abajo y después de un momento preguntó:

—¿Usted no sabe lo que pasó anoche aquí?

—No, señor —mintió ella.

—Hubo una fuga. Los presos atacaron a la guardia e hirieron a dos soldados. Su marido fue uno de los cabecillas. ¿Usted no sabía que se estaba preparando una fuga?

—No, señor, nada.

—¿No sabía nada, no? ¿Usted es de aquí del pueblo?

—No, señor; llegué ayer de Santiago.

—¿Él no le dijo nada a usted?

—Si no he hablado con él…

El cabo calló, mirando a la mujer. Después le dijo, repentinamente, queriendo confundirla:

—Usted ha venido al pueblo a preparar la fuga.

—No; él me escribió a Santiago pidiéndome que le trajera ropa y dinero. Nada más.

—¡Hum! ¡Qué casualidad! Llegar el mismo día de la evasión. Y dice que no sabe nada…

La mujer, con la cabeza inclinada, sentía caer sobre ella la mirada y las palabras del cabo. Este, con las piernas abiertas, balanceaba el cuerpo haciendo sonar el llavero que llevaba colgado de la mano izquierda.

—¿Y usted no sabe dónde está su marido?

—¿Se arrancó? —preguntó ella, anhelante. El hombre largó una risotada.

—No, no alcanzó a irse. Está aquí, bien guardado. Espérese un momento.

Salió y volvió acompañado de un sargento. Ante la puerta conversaron los dos en voz baja. El sargento miraba de vez en cuando a la mujer. Terminada la conversación, avanzó hacia ella y díjole:

—Usted va a quedar detenida. Necesitamos hacer algunas

averiguaciones.

La mujer no protestó. Sabía que era inútil.

—Vaya con el cabo.

—Por aquí.

El cabo guio a la mujer por una ancha galería de celdas y calabozos. Afirmados en los barrotes de las rejas, mudos, tristes, algunos presos miraron a la mujer y al cabo. No hacían un movimiento ni decían una palabra; no había ni sorpresa ni pena en sus rostros. Habían perdido toda expresión y parecían formar parte de aquellas rejas, de aquellas paredes y de aquellas tablas de las tarimas.

—¡Está triste la gallada! —murmuró el cabo irónicamente—. Se les dio vuelta la tortilla.

Aludía al poco éxito de la fuga, atribuyendo a ello la causa del silencio y de la tristeza de los presos.

Por fin, en el último calabozo de la galería, fue encerrada la mujer.

Al entrar, vio sobre la tarima una frazada manchada de sangre, extendida sobre un bulto que parecía el de una persona. No dijo una palabra; pero apenas el cabo cerró la puerta y se fue, avanzó hacia la tarima, cogió la frazada de una punta y tiró hacia atrás, con miedo, temiendo ver de pronto aparecer el rostro pálido de su hombre.

El muerto no era su marido; lo tapó cuidadosamente y fue a pararse ante la reja del calabozo. Después de irse el cabo, los presos habían comenzado a hablar en voz baja, de calabozo a calabozo, y ella sentía el cuchicheo a lo largo de la galería.

Escuchando estaba, cuando cerca de ella una voz la llamó desde un calabozo:

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Qué quiere? —respondió, sin ver al que llamaba.

La voz era suave y el que hablaba parecía tener el propósito de servirla o ayudarla.

—¿Por qué la traen a usted? —preguntó.

—Vine a ver a mi marido que está preso aquí; me han dicho que anoche hubo una fuga y he sido detenida mientras hacen algunas averiguaciones.

—¿Y quién es su marido? —preguntó la voz.

—Francisco Córdoba.

—¿Pancho Córdoba? Se fugó anoche con seis reos más —informó la voz.

—¿Se fugó?

—Sí, señora, alégrese.

La noticia corrió rápidamente por la galería. ¡La mujer de Pancho Córdoba estaba allí! El tono de la conversación subió alegremente. La única distracción del momento la constituía el hablar de los que habían logrado fugarse.

Durante mucho rato estuvo oyendo contar los detalles de la evasión. Tranquilizáronla los presos, diciéndole que su situación no era comprometedora y que tan pronto prestara la primera declaración la pondrían en libertad.

La charla de los presos la entretenía y la libraba de la horrible soledad de su calabozo, haciéndola olvidar un poco la fría presencia de aquel muerto.

Pero transcurrió el día y vino la tarde, helada, silenciosa. El rumor y el cuchicheo se fueron apagando poco a poco y por fin la mujer quedó aislada entre las paredes del calabozo. Hasta muy entrada la noche se mantuvo afirmada en la reja, de pie, sintiendo a su espalda algo molesto y extraño, procurando oír alguna voz, algún rumor de pasos, algo que la acompañara en su soledad.

Por fin sintió frío y cansancio. El viaje que había hecho desde la capital, la mala noche pasada, la falta de alimentación, la rindieron. Se acurrucó en un rincón, pero el frío era demasiado intenso y le impedía dormir. Se levantó y haciendo un gran esfuerzo de valor fue hacia el muerto y tomando la frazada de una punta empezó a descubrirlo. Cuando la hubo retirado completamente, caminó en puntas de pies hasta un rincón, se arrebozó en la frazada y sentándose en el suelo se quedó profundamente dormida.

Durante cinco días permaneció en la cárcel, sin ser interrogada. El juez había sido llamado a la capital y ella tuvo que esperar su vuelta, pacientemente, resignada con su suerte.

El cabo pequeño, el vejete de la gorrilla ladeada, venía siempre a hablar con ella, a acompañarla, y procuraba entretenerla contándole historias y chascarros. Le inspiraba piedad y simpatía aquella mujer que no protestaba, que quería tanto a su hombre y que esperaba sin desesperarse. Además, el cabito había apreciado

mucho a Pancho Córdoba, tan jovial, tan generoso y… tan pillo.

A las horas de comida venía a dejarle personalmente la ración, un guisote horrible que ella no podía soportar.

—Hay que comer, hija mía… —decíale, paternalmente—. El que no come no digiere y para vivir hay que comer y digerir. Haga un empeñito. Mire, tápese la nariz, cierre los ojos y échese una cucharadita a la disimulada.

Ella reía y consentía en comer para agradar a aquel vejete tan simpático.

Por fin, al sexto día, habiendo regresado el juez, fue llevada a declarar y como su declaración y la de la dueña de casa donde viviera una tarde y una noche fueran satisfactorias, fue puesta en libertad.

Desde la cárcel se fue hasta la estación, sola, silenciosa, tal como había llegado, y allí estuvo sentada hasta que llegó el tren.

Cuando subió, sintió que la chistaban, llamándola. Se dio vuelta y vio en un rincón del coche a su marido, a Pancho Córdoba, que le sonreía tiernamente. Al verlo sintió algo dulce y triste que le oprimía la garganta y el corazón y empezó a llorar calladamente, sin sollozar, como si se propusiera no hacer ruido.

Él la tomó de un brazo y la sentó a su lado, acariciándola. Estaba locuaz y hablaba alegremente:

—¿Te tuvieron presa todo este tiempo? Yo lo suponía… Fíjate que me fugué con dos indios araucanos que me llevaron en hombros cuando me cansé de correr. Fuimos a dar no sé dónde, por allá, en las montañas, a sus rucas. Me atendieron como a un príncipe, me dieron bien de comer y cuando al venirme les ofrecí dinero, los veinte pesos que tú me mandaste, no me los aceptaron. Les pregunté cómo podía pagarles, ¿y sabes lo que me pidieron? Los forros de seda del chaqué para hacerse bolsas tabaqueras. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué diablos lesos! ¿Qué te parece?

Pero ella no contestó. Con la cabeza afirmada en el hombro de Pancho Córdoba, lloraba dulcemente, sintiendo que con el llanto descansaba su corazón atribulado.

La compañera de viaje

—¡Eh, tú, diplomático! Cuéntanos algo. Una aventura sentimental, política, de cualquier orden, pero cuéntanos algo.

Rodolfo, el gringo Rodolfo, como le llamamos a causa de sus ojos azules y sus cabellos rojos, dijo:

—En la vida de un hombre normal, como yo, suceden muy pocas cosas extraordinarias o dignas de contarse. Ustedes me conocen y saben que, sentimentalmente, soy hombre poco romántico, soy casto; no por sistema, por temperamento. Me he enamorado solo una vez en mi vida y la mujer de quien me enamoré es hoy mi mujer.

»¿Qué aventura sentimental o de otro orden, capaz de interesar a un auditorio como el que forman ustedes, hombres apasionados, puede contar un hombre como yo, normal, poco romántico y casto por añadidura?

—¡Eh, no te hagas el tonto, gringo! Tú puedes ser casto, pero es de suponer que no todas las mujeres que has conocido tendrían tu mismo temperamento. Así es que déjate de explicaciones y cuéntanos alguna cosa.

—Bueno, les contaré; pero estoy seguro de que se van a reír de mí cuando termine.

—Te prometemos que no.

—Bien. Denme un cigarrillo; no, uno de esos rubios. Eso es.

»Allá va. Hace algunos años, era yo bastante más joven que ahora, atendía un consulado en una ciudad de Italia. Llevaba ya tres años allí y dominaba bastante bien el idioma de ese país. De vez en cuando hacía viajes a distintas ciudades: Florencia, Nápoles, Turín, Venecia, unas veces por obligación de mi puesto y otras por el placer de viajar.

»Un día entre los días se me ocurrió hacer un viaje a Milán, viaje que tenía por único objeto ver trabajar a la Duse, actriz que había visto solo una vez en Roma, de la cual era ferviente admirador y que haría en Milán una temporada de diez funciones.

»Llegué a la estación veinte minutos antes de la partida del tren, subí al vagón, dejé en un asiento mi maleta y mi gorra de viaje y bajé con el ánimo de comprar algunas revistas. Las compré, y cuando regresaba a instalarme, vi que en la ventanilla que correspondía al asiento que había elegido se encontraba asomada una muchacha rubia conversando con dos jóvenes parados en el andén. Subí al coche, llegué a mi asiento, y diciendo en italiano: “Con permiso”, me senté. Dirigiome la muchacha una mirada y yo se la correspondí con otra, miradas acompañadas de una sonrisa de amistosa cortesía, como corresponde a personas bien educadas, que, sin conocerse, tienen que viajar juntas. El coche estaba ya lleno de pasajeros. Empecé a hojear mis revistas, indiferente a la viva conversación que sostenían a mi lado las tres personas indicadas.

»Llegó la hora de la partida. Piteó el tren y se despidieron los que charlaban.

»—*Addio! Addio!*

»Retirose la muchacha de la ventanilla y me interrogó:

»—Dígame, señor, ¿este asiento del frente está ocupado?

»—Que yo sepa, no, señorita.

»—Muchas gracias.

»Se sentó. Yo he sido siempre, no solo con las mujeres, sino con todo el mundo, atento y cortés. Le dije, levantándome:

»—Si la señorita quisiera ocupar mi asiento, no tendría inconveniente en cedérselo.

»Sonrió, agradecida.

»—Muchas gracias, señor; no se moleste.

»—Es que hay algunas personas —insistí—, especialmente las señoras, a quienes marea viajar así, mirando en sentido contrario a la marcha del tren. Y como a mí me es indiferente…

»—No, gracias; a mí también me es indiferente.

»—*Bene*.

»Abrí de nuevo mi revista y me entretuve leyendo y mirando las informaciones gráficas. Viajamos así durante una media hora. Llegó el tren a una estación y se detuvo. Entonces la muchacha, extrañada, preguntó:

»—¡Cómo! ¿Para aquí el tren? ¿No es este, entonces, el rápido de París?

»—No, señorita —contesté—. El rápido de París partió de Turín

media hora antes que este tren.

»—¡Ay, *madonna mia*! ¡Qué contratiempo!

»—¿Qué le pasa?

»—¡Pero si yo debía haber tomado el rápido de París!

»—No me parece tan grande la contrariedad. Este tren también va a Milán.

»—Sí, ya lo sé; pero es que a mí me esperan en Milán a la llegada del rápido. Mi hermano telegrafió a una familia amiga que tenemos allí, diciendo que llegaría en ese tren y que me esperaran.

»—Pues llega usted a Milán, toma un coche y se va a la casa de esa familia.

»—¡Pero es que no sé la dirección!

»—¡Ah, caramba! Eso ya es más serio. Y este tren llega a las siete de la noche…

»Como no se me ocurriera en ese momento ningún medio que solucionara el asunto, me callé y volví a hojear mi revista. Pero también las revistas cansan y la dejé a un lado, distrayéndome en mirar la campiña italiana que pasaba ante la ventanilla. Después, por un motivo o por otro, entablé conversación con mi ocasional compañera de viaje. Estaba un poco disgustada y al principio contestome con un tono seco e indiferente. Pero después la charla la fue tomando y hablamos sobre infinidad de asuntos, contándole yo algunos viajes que había hecho por América y Europa y comentando luego asuntos generales, sin llegar a tratar el tema que tantos hombres prefieren para hablar con una mujer: el amor. Era bastante culta, muy liberal en sus ideas, justa en ciertas observaciones.

»De vez en cuando hacía ciertos gestos de enfado y contrariedad, sin duda recordando el conflicto en que se encontraría al llegar a Milán; pero enseguida le interesaba de nuevo la conversación y parecía olvidarse de ello. Viajamos así como dos horas, hasta que llegamos a Novara. En este pueblo venden unas cajitas de bizcochos que tienen en toda Italia fama de exquisitos y sabrosos. Me levanté diciendo que iba a comprar una caja y ella me pidió que comprara una para ella.

»Bajé, compré dos cajas, me entretuve paseando un rato por el andén y subí después, entregándole a ella la caja de bizcochos pedida. La recibió, dejola sobre el asiento, abrió su cartera y

sacando dos liras me dijo:

»—Tome usted.

»—¿Qué es esto?

»—Las dos liras de la caja de bizcochos.

»—Oh, no vale la pena. Yo le he obsequiado a usted esa caja de bizcochos.

»Discutimos un rato, hasta que por fin me dijo:

»—Es que si no me recibe usted las dos liras, le devolveré la caja.

»Me sorprendió la frase y el tono con que fue dicha, porque en ese momento no comprendí el porqué de la insistencia en pagarme.

»—Bueno —repuse—, si usted lo toma de ese modo, se las recibiré.

»Estuvimos un momento callados, molestos por el incidente, mirando ella insistentemente por la ventanilla, como si el paisaje le interesara mucho, y yo mirándola a ella, procurando encontrar en su rostro el motivo de su proceder. De pronto me di cuenta: seguramente pensaba que una mujer que admite un regalo está obligada a admitir después una galantería o un asedio decidido. Y no pensaba mal la muchacha. Pero conmigo no había temor, pues yo estaba muy lejos de tener esos propósitos. Me molestó que sin conocerme juzgara de ese modo un acto tan simple y tan sin intención posterior como el mío; pero me tranquilicé pensando que habría procedido lo mismo con cualquier otro hombre.

»Decidí romper aquel silencio y aquella actitud embarazosa de ambos y volví a hablarle, conversando sobre cosas indiferentes que no tenían nada que ver con las dos liras y la caja de bizcochos de Novara. Viendo que no estaba enfadado, sonrió, y al rato hablábamos tranquilamente. Me fijé un poco más en ella. Era casi bonita; muy blanca, rubia, con unos ojos azules muy hermosos y una boca grande y roja. El cuerpo llenito, muy ceñido en un traje azul de seda. Al hablar hacía ciertos gestos muy graciosos con la boca, estirando los rosados labios y plegándolos suavemente después, con un aire de malicia y picardía inocentes. Yo la miraba, la miraba nada más, sin sentir nada, ningún deseo, ningún atractivo, por mirar nada más, así como miraba de vez en cuando la campiña y el claro cielo del Piamonte.

»De pronto preguntó:

»—¿Qué va a hacer usted en Milán? ¿Negocios?

»—Se va usted a reír de mí. Voy a Milán solamente por ver trabajar a la Duse.

»—¡Ah!, pues vale la pena un viaje por ese motivo. ¡La Duse!

»—¿Le gusta a usted la Duse?

»—Oh, me entusiasma.

»A mi simpática compañera de viaje también le gustaba la Duse, Eleonora, como ella le decía; la había visto trabajar muchas veces. Esta admiración mutua por la gran actriz animó nuestra charla y pareció iniciar nuestra amistad. Reímos y hablamos entusiastamente, no ya solo de Eleonora Duse, sino también de otras grandes figuras de la escena italiana: Zacconi, Mimí Aguglia, Novelli, Grasso, toda una galería de fuertes cabezas de tragedia, desde el intérprete de Shakespeare hasta los actores dialectales de Nápoles o de Sicilia.

»Sin embargo, en medio de la charla y cuando gozaba de ella con la satisfacción de tener una compañera de viaje tan agradable, sorprendía en su rostro ciertos gestos raros, algo como un movimiento de desconfianza o de defensa. Eso me enfriaba un poco y me detenía; pero después comprendía que eso era muy natural. No me conocía y no podía entregarse confiadamente a mi amistad.

»¿Quién era yo? Tanto podía ser un hombre de bien como un bandido. ¡La seducción tiene caras tan plácidas y tan inocentes!

»En fin, pasó el tiempo y el tren devoró con su marcha constante los largos kilómetros, acercando las ciudades entre sí; la joven consultó su reloj e hizo un gesto de impaciencia.

»—¡Dios mío! Falta solamente media hora para llegar a Milán y todavía no se me ocurre qué hacer.

»Reaparecía la dificultad. Volví a mirar por la ventanilla y cogí una revista; pero pensé que no era correcto, así como estaban las cosas, distraerme leyendo, cuando un buen compañero de viaje se encontraba en un atolladero. ¿Pero qué podía hacer yo? De repente me brotó una solución; pero una solución tan natural, tan clara, que me puse a reír solo, gozoso.

»—¿Qué le pasa a usted? ¿Ríe?

»—Río porque se me ha ocurrido una solución para su problema.

»—Vamos a ver.

»—¿Usted conoce el barrio o la calle donde vive esa familia

amiga suya?

»—Sé la calle, lo que ignoro es el número.

»—Pues bien, oiga usted. Vamos a llegar a Milán a las siete de la noche, hora en que es peligroso que una joven como usted se aventure a buscar un número que no sabe en una calle que no conoce sino de nombre. ¿Qué hacer? A mí me parece muy sencillo. Yo voy al Hotel Continental; allí me conocen, pues siempre alojo en él cuando vengo a Milán. Usted se viene conmigo, duerme en el hotel y mañana en la mañana va a buscar a esa familia. ¿Qué le parece?

»Me quedó mirando con fijeza y después sonrió con aire picaresco.

»—¿Ir yo al Hotel Continental con usted? ¡Oh!

»—¿Por qué oh?

»—Vamos, no sea ingenuo. Si se figura que yo soy una tonta…

»—¿Pero por qué?

»Volvió a mirarme fijamente, queriendo encontrar en mi rostro el oculto motivo que me movía a hacerle ese ofrecimiento. ¿Qué aspecto y qué impresión vería ella en mí? Lo ignoro. Sin embargo, estoy seguro de que mi cara expresaba solo la alegría del hombre que ha hallado un recurso para sacar a un amigo de un apuro y que se lo comunica alegremente diciéndole: “Oye, ñatito, se me ocurre tal cosa”…

»Soporté su mirada sin pestañear, mirándola con franqueza. Esto la desconcertó un poco. Pero la duda persistió.

»—No, muchas gracias —dijo—. Le agradezco su ofrecimiento. Tengo aún la esperanza de que me esperarán en este tren.

»—Bueno, como usted quiera. Yo le he ofrecido eso con el buen deseo de ayudarla.

»—Sí, sí, se lo agradezco.

»—No vale la pena.

»Milán. Piteo de la máquina, gritos de los mozos por las ventanillas, ofertas de hoteles y pensiones. Me levanté, cogí mi maleta y tendiendo la mano a mi compañera de viaje le dije:

»—He tenido mucho gusto, señorita.

»—Igualmente. *Addio*.

»—*Addio*.

»Bajé. En el andén encontré al mozo del Continental, quien tomó

mi maleta, saludándome afectuosamente.

»—Esperaremos un momento, señor —me dijo—; voy a ver si hay más pasajeros para el hotel.

»—Bueno, esperaremos.

»Prendí un cigarrillo y me distraje mirando el ir y venir de la multitud que llenaba la estación. Pasó un momento, y de pronto, de entre los grupos de viajeros, vi surgir a mi compañera de viaje.

»Miraba hacia todos lados, desorientada; la llamé.

»—¡Ah! ¿Es usted?

»—¿No ha encontrado a sus amigos?

»—No; seguramente, al no verme llegar en el rápido de París, han creído que ya no vendría y se han marchado. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?

»Yo no contesté y miré hacia otro lado. Ella continuó mirando a un lado y otro, levantándose en la punta de los pies para ver por encima de la gente, buscando algún rostro amigo. Daba golpecitos con los pies y zamarreaba nerviosamente su maleta. Vino el mozo del hotel.

»—*Andiamo, signore…*

»Me volví hacia mi compañera de viaje y con tono tranquilo le dije:

»—Me voy, señorita; pero perdone usted que antes de retirarme le repita el ofrecimiento que le hice en el tren: venga conmigo al hotel, duerma usted allí y mañana buscará a sus amigos. Yo no me marcharía tranquilo si usted quedara abandonada aquí.

»Esta vez no me miró fijamente. Inclinó la cabeza, confusa y como avergonzada, no sé si por la necesidad en que se veía de aceptar lo que yo le proponía o porque reconocía en ese momento haberme juzgado mal. Después levantó la cabeza, me miró y una graciosa sonrisa abrió y estiró sus labios.

»—Bueno, me voy con usted —dijo.

»Subimos a un ómnibus que el Hotel Continental tiene para el servicio de sus pasajeros. Dentro había varias personas. Íbamos callados; pero de pronto se inclinó hacia mí y poniéndome una mano sobre el hombro, dijo, en voz baja y marcando bien las palabras:

»—Supongo que usted pedirá dos piezas en el hotel: una para usted y otra para mí.

»—Seguramente, señorita; una para usted y otra para mí.

»No dijo nada más durante el trayecto. Llegamos al hotel, entré en la administración y pedí dos piezas. Casualmente había dos, en el segundo piso, una junto a la otra, con comunicación. Así se lo dije a ella. Preguntó:

»—¿Tendrá llave la puerta de comunicación?

»—Sí, tiene.

»—Entonces, bueno.

»Me irritó esa extremada prudencia y le dije bruscamente:

»—Si quiere, pediré para usted una pieza que esté bastante separada de la mía.

»Me miró sorprendida, extrañada y como dolida por esa repentina violencia.

»—No, no; así está bien —murmuró.

»Subimos. Nos indicaron nuestras respectivas habitaciones. Entré en la mía y procedí a hacerme una ligera limpieza. Cuando estuve listo salí al pasillo y fui a golpear a su puerta.

»—¿Quién es?

»—Yo, señorita; su compañero de viaje.

»—Un momento; ya voy.

»Abrió.

»—¿Qué desea usted?

»—Voy a hacerle una invitación. La convido a ver trabajar a la Duse. Como la función empieza muy temprano y ya son las ocho, no tendríamos tiempo para comer. Pero si usted quiere, comeremos algo a la vuelta en cualquier restaurante.

»Estuvo un momento pensando.

»—Bien —dijo después—, acepto. Déjeme que me arregle un poco y enseguida salimos.

»Volvió luego, bajamos y salimos a la calle.

»—Nos iremos a pie. Está cerca.

»—Bueno.

»Nos fuimos charlando. Yo iba muy contento. Me encanta pasear y conversar con una mujer que no tenga relación sentimental alguna conmigo. Va uno tranquilo, despreocupado, sin tener la obligación de mantener una actitud constante. Además, la convicción de estar realizando una buena acción, distrayendo y acompañando a aquella muchacha casi perdida en la ciudad,

infundía en mi ánimo un alegre desenfado, tornándome locuaz y risueño, cosa rara en mí. Decía chistes, cantaba trozos de canciones italianas en boga por esa época, caminaba a grandes pasos sobre la acera, adelantándome a ella, y volvía después atrás haciendo gestos y riéndome. Concluimos por reírnos a carcajadas. De repente la tomé del brazo. Me miró asombrada y casi con disgusto. Pero a mí no me importaban ya sus miradas. Estaba alegre por mí mismo, y si ella se hubiera marchado repentinamente no lo habría lamentado sino por el hecho de no tener ya con quién conversar y a quién decir bromas. ¿Qué figura haría yo ante ella? ¿Qué clase de hombre era para ella? No lo sé.

»Llegamos al teatro. La Duse representaba Magda, de Sudermann. Durante la función se apaciguó mucho mi alegría, sobrecogiéndome el espíritu la impresión sombría de aquella tragedia. Cuando terminó, salimos y tomamos el camino de vuelta, sin hablar, impresionados aún. Caminamos así varias cuadras. Me acordé de pronto que no habíamos comido y como nos encontrábamos en el centro, no fue difícil encontrar un restaurante. Entramos en el Olimpia, un poco restaurante y un poco café galante, y ocupamos un reservado.

»—¿Qué va usted a servirse?

»—Muy poca cosa. Algo de caldo y carne fría. Café. Nada más.

»—Yo también. No tengo gran apetito.

»—No vaya usted a pedir vino —me dijo bruscamente.

»—No, señorita; yo no bebo.

»Comimos, riéndonos del mozo que tosía y golpeaba la puerta cada vez que necesitaba entrar. Terminamos y salimos. La noche era muy hermosa, tibia. Llegamos al hotel, subimos, y antes de entrar a su cuarto, con gran extrañeza de mi parte, oí que me decía:

»—No tengo mucho sueño. Si quiere usted, yo me acostaré y después vendrá usted a charlar un rato. Pero se irá cuando yo se lo diga…

»—Bueno. Pero yo voy a ir en pijama —le dije, riéndome.

»Me miró, y en su mirada había ahora un poco de ternura, de afecto, de gratitud, no sé qué había; pero lo cierto es que sentí que algo cambiaba en ella, que su dureza para conmigo desaparecía y que yo entraba un poco, sin proponérmelo, en su corazón y en su confianza.

»—Usted es un hombre de bien —me dijo, suavemente. Y después agregó, sonriendo—: Venga en pijama, con tal de que esté limpio.

»Quince minutos después, en pijama y zapatillas, saboreando un cigarrillo, llamé a la puerta de comunicación. ¿Ustedes han viajado alguna vez, con un amigo, una amiga, un hermano, el padre, todo el día, a través de una región extranjera? Durante el viaje se han recibido innumerables emociones y se llega, en la noche, cansado, a una posada o a un hotel. ¿No es cierto que por mucho cansancio o fatiga que se tenga, gusta, antes de ir a reposar, conversar un rato, comentando lo que se ha visto, lo que se ha recordado, lo que se ha sentido? Eso constituye uno de los más puros placeres del viajar y ese era el alegre deseo que yo llevaba en mi corazón cuando llamé a la puerta de su cuarto.

»—*Avanti!* —gritó.

»Por el sonido de la voz adiviné que ya se había acostado. Cuando están en cama, el tono de las personas se diferencia del que tienen cuando están en pie. Abrí la puerta y una fuerte corriente de aire hizo oscilar la bombilla eléctrica y sacudió los flecos de la colcha rosada de su cama. La ventana estaba abierta de par en par.

»—¿Por qué tiene abierta la ventana? —interrogué.

»—Por precaución —me contestó.

»—¿Por precaución de qué? —pregunté, extrañado.

»—Mire, no se enfade. Pero comprenda que no puedo confiar en un hombre a quien conozco hace solo unas pocas horas. Lo he dejado entrar a mi cuarto; pero, por precaución, he dejado abierta la ventana. En caso de que…

»No la dejé terminar. Me irritaron dolorosamente sus palabras y pensé en ese momento que esa mujer no era lo que aparentaba, es decir, una muchacha honesta, sino una trotamundos que se estaba burlando de mí, que no intentaba ni siquiera preguntarle nada que pudiera molestarla. Fríamente, casi con desprecio, le dije:

»—Señorita, recuerde que usted me invitó a venir a su cuarto. Si ahora piensa que mi visita es inconveniente o inoportuna, con retirarme se arregla todo. Buenas noches.

»Pero no me dejó marchar. Con acento suave y persuasivo, díjome:

»—No, no se vaya usted. ¡Jesús! ¡Qué hombre más susceptible!

»—Procedo honradamente siempre y no me agrada que se interpreten mal ni mis palabras ni mis hechos y mucho menos que se rían de mí.

»—Pero no se enoje… Cierre la puerta. Venga, siéntese ahí, cerca de la cama… Perdóneme. Es usted un hombre tan raro, tan distinto de los demás, que no sé qué pensar. Sus modales, sus palabras, sus finezas…

»¡Ay, amigos míos! Aquella mujer entró por mal camino. Habló de mí con calor, con simpatía, casi con entusiasmo, como si yo no estuviera presente, diciendo que ella era muy poca cosa para mí, que era fea, sin gracia, y que tal vez con otra mujer más bonita yo habría procedido de otro modo. Yo la miraba, la miraba nada más, sin sentir nada, ningún atractivo, ningún deseo, por mirar nada más, así como miraba, de vez en cuando y por la ventana abierta, el cielo estrellado.

»Pero todo tiene su límite, hasta la castidad, y de pronto nos encontramos mirándonos y sonriéndonos, callados, mirándonos con esa mirada única que lo dice todo, esa mirada profunda y húmeda, y sonriéndonos con aquella sonrisa que agranda despaciosamente la boca y que subsiste aún después que los ojos han dejado de mirarse.

»Me incliné rápidamente y la besé. Se enderezó en la cama y sacando un brazo desnudo lo cruzó sobre su cuerpo, sujetando la ropa de la cama. Yo me había parado y la miraba fijamente.

»—Señor —tartamudeó—, yo soy una muchacha honrada, ¿entiende usted?, honrada.

»Me incliné de nuevo hacia ella y le hablé, no sé qué cosas, con la boca cerca de su rostro, aspirando el olor y sintiendo la tibieza de su cuerpo… Después…

»No sé. El hombre, por instinto o por costumbre, conoce cuándo una mujer es honrada, es decir, intacta, y cuándo no lo es. La vi tan afligida, tan asustada, que me dio pena. Pretendió jugar, sin saber hasta dónde llegaría el juego, y cuando lo adivinó le dio miedo.

»Me separé de su lecho, fui a cerrar la ventana, atravesé a largos pasos la habitación y abrí la puerta; desde allí, dándome vuelta, le dije sonriendo:

»—Ya es muy tarde. Perdone usted que la deje. Buenas noches.

»Me estaba mirando con sus grandes ojos azules, la boca abierta, anhelante. Pasé a mi cuarto y cerré la puerta despacio. Oí que

decía:

»—Oiga…, oiga…

»Pero yo ya estaba lejos.

»Desperté al otro día cerca de las diez. Me levanté, me vestí y bajé, extrañado de que en la habitación de al lado no se sintiera ningún ruido. Hablé con el administrador y este me dijo:

»—La señorita del 21 pidió su desayuno temprano, pagó su cuenta y se marchó…

»Esta es toda la historia.

Un momento de silencio.

—¿Y no la viste más? —preguntaron dos o tres voces a un tiempo.

—Nunca más.

Varios puñetazos resonaron sobre la mesa.

Travesía

Bandidos en los caminos

Pancho el Largo y su antiguo camarada de aventuras, el Guaso Blanco Encalada, debían realizar aquella noche una pequeña y delicada diligencia. Separados, por azares del oficio, durante varios años, habíanse reunido en Santiago poco tiempo antes. Volvía del norte el Guaso, después de una accidentada campaña en las regiones mineras. Pancho el Largo, librado milagrosamente de una condena a muerte, había vivido del juego en los últimos tiempos.

Mal les había ido a los dos en esos años de separación. En una aventura por las tierras de Atacama, el Guaso fue abandonado en el desierto por sus compañeros, casi muerto de sed, sin más compañía que su carabina recortada y una lata con un poco de orines. Salvado por alguien que lo encontró cuando la sed lo hacía arañar la tierra angustiosamente, volvió al sur en busca de sus canchas de antaño.

A Pancho el Largo no le había ido mejor. Culpado de un salteo con homicidio y violación, delito que no había cometido, estuvo dos años en la cárcel; fue condenado a muerte, y, salvado de esa condena gracias a la solicitud y viveza de su abogado, instaló una casa de juego, en la cual la mala suerte lo persiguió también, obligándolo a abandonarla.

Se encontraron como una mano amiga encuentra a otra más amiga aún. Su separación habíase debido a motivos muy graves. Combinados para verificar un salteo, alguien los delató a la policía. Llegaron a la casa del fundo, confiados, ignorantes de lo que les esperaba. Entraron. Para llegar a las habitaciones del patrón tuvieron que atravesar un estrecho corredor de madera, y en ese corredor se encontraron con lo inesperado. La policía había quitado una tabla de la pared, y en el agujero que quedó, los guardianes abocaron sus carabinas. Cuando la banda, que caminaba sigilosamente por el oscuro corredor, llegó frente al agujero, una descarga la fulminó. Solo se salvaron dos: Pancho el Largo, que iba el primero, y el Guaso Blanco Encalada, que había quedado fuera.

En la noche, perdidos, cada uno huyó por donde pudo. Y de

resultas de ello, el Guaso se fue a Copiapó y Pancho el Largo al sur, no sin jurar vengar, de la mejor manera que pudiesen, y sin piedad alguna, aquella traición.

—¡Hermanito! —gritaron al encontrarse.

Y se abrazaron llorando.

La fuerte luz de la luna llena dibujaba sobre el suelo las sombras movibles de los hombres y de sus cabalgaduras. Marchaban al paso largo de sus caballos, sin hablar, arrebozados en sus gruesas mantas.

Helaba. Los caballos arrojaban parejos chorros de vapor por las nerviosas narices, y al pisar los pequeños charcos de agua de la calle, la escarcha sonaba al resquebrajarse en delgadas y frías agujas. Poco a poco iba disminuyendo la edificación. La ciudad terminaba con sus últimos miserables rancheríos, y de pronto, al dar vuelta a un callejón, el campo apareció ante los ojos de los hombres, ancho, claro, con sus chacras y sus potreros, todo bañado en la luz fría de la luna.

Uno de los hombres apartó con su mano la bufanda que le llegaba casi hasta los ojos, y dijo:

—¿No te da gusto, Guaso, ver el campo?

—Gusto me da, Pancho —dijo el otro.

—¿Galopemos un poco?

—Bueno, Pancho.

Se colgaron al hombro las carabinas recortadas que traían atravesadas en la montura y lanzaron los caballos al galope. Las sombras corrieron rápidamente detrás, y ellos, levantando las oscuras cabezas, dejaron que el aire helado de la carrera les refrescara los rostros.

Galoparon durante un largo rato, contentos de encontrarse en la soledad del campo, lejos de la ciudad, libres, sin temor a la policía ni a nadie. En su carrera encontraron varias carretas cargadas que marchaban perezosamente hacia la ciudad. Los carreteros, sentados sobre el yugo de la yunta delantera, abrigados en sus mantas, miraban pasar, asombrados, aquellos dos fantasmas oscuros que galopaban bajo la luz de la luna llena de junio.

Aminoraron después la carrera, volviendo a marchar al paso.

Apareció un pequeño fundo. Algunos perros ladraron.

—Ladren no más… Enojado conmigo debe estar don Dionisio.

—¿Qué le has hecho?

—Le robé un cordero y le maté diez.

—¿Por qué?

—Porque no quiso venderme uno. Estábamos de fiesta donde mi comadre Chepa Sarmiento y se nos antojó comer un asado grande. Vine donde don Dionisio y me cansé de rogarle que me vendiera un corderito. No quiso. Le ofrecí pagarle el doble de lo que me pidiera. Tampoco quiso. Le pregunté por qué, y me contestó que no vendía de a un cordero solo, y que, además, era muy tarde para vender nada. Le propuse ir a buscarlo yo mismo para que no se molestara, y entonces me dijo que me mandara a cambiar si no quería que me sacara a empujones. Me fui, pero al poco rato mandé a Juanito con un recado para don Dionisio. Juanito le dijo que iba mandado por mí, sin decirle quién era yo, y que si quería venderle el cordero.

»Se enojó entonces don Dionisio y mandó al diablo al chiquillo, diciéndole que si no se iba tan pronto lo iba a agarrar a pencazos. Entonces Juanito le dijo:

»—Mandó decir don Pancho que él iba a venir a buscar uno.

»—¿Don Pancho? ¿Qué don Pancho?

»—Don Pancho el Largo, patrón.

»—¿Era don Pancho el Largo el que estuvo aquí?

»—Sí, patrón.

»Se fue Juanito. El patrón lo llamó, gritándole que se llevara el cordero, pero el chiquillo no volvió. En la noche fui yo con dos más; matamos diez corderos y nos llevamos uno…

—¡Buena cosa de diablos grandes!

Y el Guaso Blanco Encalada lanzó una carcajada que espantó a los caballos.

—¡Cállate, salvaje!

En ese momento una sombra apareció en el camino y avanzó rápidamente hacia ellos.

—Despacio.

Un agudo silbido se escuchó. Pararon los caballos. La sombra marchaba a prisa. Cuando estuvo cerca, don Pancho gritó:

—¿Eres tú, Juanito?

—Yo soy, don Pancho.

El recién llegado era un muchacho de unos dieciocho años, alto y delgado. Aprendiz de salteador.

—¿Qué hubo?

—El patrón no ha llegado todavía. Está la señora sola, y el mozo anda con el patrón.

—Bueno, sube.

Subió el muchacho al anca del caballo de Pancho y reanudaron la marcha. Pocos minutos después pasaron ante una casa rodeada de una verja y cien pasos más allá se detuvieron.

—Aquí es.

—Bájense.

El muchacho se ocultó con los caballos en un grupo de árboles y Pancho el Largo y el Guaso Blanco Encalada volvieron hacia atrás, hasta llegar frente a la casa. El Guaso se acercó a la puertecilla de la verja, buscó a tientas el pasador y abrió suavemente. Entraron a un pequeño jardín. Se acercaron a la puerta y escucharon. No se sentía el más leve ruido. La ventana estaba iluminada débilmente.

—Vamos —dijo Pancho.

Y alzó su carabina. El Guaso Blanco Encalada, cogiendo la manilla del picaporte, dio vuelta y empujó. Se abrió la puerta. Ni una voz, ni un grito. El Guaso, poniéndose de rodillas en el umbral, asomó su cabeza por la parte inferior de la puerta. Nadie. Entraron y se encontraron en una gran pieza, llena de muebles, iluminada apenas por una vela, que ardía en la palmatoria colocada en la mesilla de noche.

Al lado de la mesilla había una ancha cama, y en ella, tendida de espaldas, una mujer dormía plácidamente. El Guaso, en puntillas, se acercó a mirarla. Era una joven y hermosa mujer, muy blanca, con el pelo negro. Su pecho, alto y amplio, subía y bajaba rítmicamente con la respiración. Ignorante de la presencia de aquellos hombres que la miraban en silencio, dormía.

De pronto, y debido tal vez al aire frío que entraba por la puerta, la mujer despertó. Miró en derredor, y viendo a los dos desconocidos, se sentó en la cama y preguntó asustada:

—¿Quiénes son ustedes?

—No se asuste, señora —contestó Pancho, cerrando la puerta—. Somos salteadores y venimos a buscar plata.

—¡Ay, por Dios, no me hagan nada! —gritó la mujer.

—No tenga miedo, señora; no le vamos a hacer nada. ¿Usted no tiene dinero aquí?

—No señor; lo tiene todo mi marido.

—No me mienta, señora.

—No le miento, caballero —contestó la mujer atribulada—. Si quiere, registre los muebles.

—¡Hum! Esperaremos a su marido.

—¡No! —dijo la mujer—. ¡Váyanse! Si mi marido los encuentra aquí, les va a pegar a los dos.

—No importa, señora —contestó Pancho, sonriendo—. A nosotros nos gusta encontrarnos con los hombres.

Todo quedó en silencio. Pancho el Largo, afirmado en la puerta, escuchaba, y el Guaso Blanco Encalada, parado a los pies de la cama, fumaba tranquilamente. La vela ardía, alumbrando con su llama vacilante la mitad de la pieza. El resto quedaba sumido en una suave penumbra.

La mujer, acurrucada en la cama, miraba con curiosidad y temor a los dos hombres; suspiraba de vez en cuando y decía:

—¡Ay, Dios mío!

Transcurrió un largo rato. El silencio, pesado ya, continuaba dominando. Los hombres, sin cambiar de postura, guardaban la misma actitud de escucha y espera. La mujer seguía suspirando.

El Guaso, por debajo del ala oscura de su sombrero, miraba furtivamente a la mujer, admirando su hermoso y fino rostro. En toda su vida de salteador no recordaba haber visto tan cerca de él y tan a merced de él una mujer tan linda. Le habría bastado dar dos pasos y estirar la mano para tocar con sus dedos, que ahora estaban acariciando la carabina, aquellos hombros tan redondos y blancos y aquel rostro que surgía de entre las almohadas como una flor. Tal vez lo habría hecho, más por curiosidad que por otra cosa, si frente a él, afirmado en la puerta y con la carabina al brazo, no hubiera estado Pancho el Largo. Pancho no admitía bromas en ese sentido. Ya lo sabían los que merodeaban con él. Por causa de ello, aun siendo inocente, había estado una vez condenado a muerte, y le bastaba con esa vez.

Indiferente a la hermosura de la mujer, con sus sentidos puestos en la escucha, Pancho miraba la llamita vacilante de la vela y pestañeaba rápidamente. No había ni fumado, casi no se movía y respiraba silenciosamente.

—¡Hasta cuándo, vida mía! —dijo en voz baja, impaciente, el

Guaso.

—¡Cállate!

Un galope se sintió en el camino. Una piedra rebotó en el techo de la casa.

—Ahí está, Guaso. ¡Cuidado!

—¡Ay, Dios mío! —gritó la mujer.

—Cállese, señora —musitó Pancho—. Si no quiere que a su marido le pase algo, quédese calladita.

Se retiró al rincón más oscuro de la pieza y el Guaso se colocó de modo que al abrirse la puerta él quedase escondido detrás. El galope, que había ido sintiéndose cada vez más cercano, remató frente a la casa. Se sintieron voces de hombres y luego el paso de caballos que se alejaban. Una mano abrió y cerró la puertecilla de la verja y un paso seguro y firme avanzó hacia la casa. Dieron vuelta la manilla del picaporte y la puerta se abrió.

La mujer no había andado desacertada al amenazar con su marido a los dos salteadores. El recién llegado era un hombre alto, corpulento, de aspecto resuelto. Tenía la cara rosada y los ojos azules. Venía abrigado con una manta de cuello y las espuelas le sonaban al andar. Al darse vuelta para cerrar advirtió la presencia del Guaso, que lo miraba socarronamente y que, amenazándolo con la carabina, avanzó hasta quedar frente a la puerta.

—¿Qué quieres tú? —preguntó coléricamente el hombre.

—Plata, patrón —contestó el Guaso, brillantes los ojos.

—¿Plata?

Y antes de que el Guaso se diera cuenta de nada, el hombre saltó sobre él y de un fuerte golpe le hizo saltar la carabina, que cayó al suelo ruidosamente. Enseguida se fue sobre el Guaso con gran violencia; pero el Guaso resistió el encontrón sin retroceder un centímetro; y los dos hombres, tomados de los brazos, acercaron sus rostros, mirándose con odio.

—¿Plata quieres, no?

Hizo fuerzas con la intención de tumbar al Guaso, pero este ni se movió. Con las piernas abiertas, el cuerpo echado hacia adelante, afirmado en los pies, el Guaso habría podido resistir el empuje de un toro. No en vano sus camaradas, haciendo honor a su cuerpo y a sus fuerzas extraordinarias, le decían el Guaso Blanco Encalada, en recuerdo de un barco de la escuadra chilena.

El hombre se puso rojo de rabia y le llamearon los ojos azules. Se recogió para acometer nuevamente, pero la voz tranquila y burlona que vino desde el rincón más oscuro de la pieza lo disuadió de ello:

—No pelee, patrón. Es para peor.

Soltó el hombre al Guaso y mirando hacia atrás vio a Pancho que le apuntaba con la carabina. Retrocedió sorprendido; pero su sorpresa duró poco. Convencido de que era inútil resistir, se acordó de su mujer. Fue hacia la cama y, acariciando el rostro pálido y helado, le preguntó con ternura:

—¿Le han hecho algo, mi hijita?

—No, Pedro —contestó sonriendo, entre temerosa y contenta—; no me han tocado siquiera.

—Muy bien —dijo el hombre, satisfecho—. Les juro que si hubieran tocado a mi mujer, ni muerto me sacarían un cinco. Soy bastante hombre para pelear aun contra ustedes dos. Pero se han portado bien con ella y estoy contento. Tomen.

Metió la mano en el bolsillo delantero del pantalón y sacó un grueso fajo de billetes. El Guaso Blanco Encalada se adelantó, tomó el fajo de billetes que el hombre le ofrecía, le echó una mirada y dijo:

—El patrón no querrá que lo registremos.

—No tengo un cinco más. No miento nunca. Pero si no creen, regístrenme.

—No, patrón —contestó rápidamente Pancho el Largo—; nosotros también somos bastante hombrecitos y creemos en su palabra. Vamos, Guaso. Buenas noches, patrón. Buenas noches, señora.

—Buenas noches —contestaron los dos saludados.

Salieron. El Guaso quedó un momento ante la puerta de la casa, mientras Pancho llamaba al muchacho, que llegó enseguida, con los caballos.

—Vamos, Guaso.

Montaron. Juanito subió al anca del caballo de Pancho.

—¿Nos seguirá? —preguntó el Guaso.

—No tengas cuidado. Vamos no más.

Partieron al galope, y dos cuadras más adelante se detuvieron y escucharon. No se oía el más leve ruido que indicara una

persecución. Corrieron otro tanto y se detuvieron de nuevo a escuchar. Nada. Galoparon, entonces, hasta llegar a la entrada de la ciudad. Dejaron el camino y se metieron por unos callejones.

Marcharon al paso, sin hablar. De pronto el Guaso exclamó:

—¡Me gustó el patrón! ¡Bien hombrecito!…

—Sí —contestó Pancho—; pero con nosotros, ¿qué? A hombres no nos va a ganar, Guaso, ni a caballeros tampoco. Lo que es yo, bailo según me canten.

—Y yo.

Siguieron otro trecho en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace, Pancho, que no andábamos juntos?

—Va para cuatro años.

—¿Te acuerdas de la última vez?

—¡Que si me acuerdo! Me acordaré mientras viva, y cada vez que lo hago siento ganas de volver a matar al Chupalla.

—¡Maldito sea!

Habían llegado al camino de cintura.

—Mañana a las tres.

—Sí, a las tres.

Se separaron, tomando uno rumbo al Parque y los otros para el Matadero.

—Hasta mañana, Guaso.

—Hasta mañana, Pancho.

El hombre de la rosa

En el atardecer de un día de noviembre, hace ya algunos años, llegó a Osorno, en misión catequística, una partida de misioneros capuchinos.

Eran seis frailes barbudos, de complexión recia, rostros enérgicos y ademanes desenvueltos.

La vida errante que llevaban los había diferenciado profundamente de los individuos de las demás órdenes religiosas. En contacto continuo con la naturaleza bravía de las regiones australes, hechos sus cuerpos a las largas marchas a través de las selvas, expuestos siempre a los ramalazos del viento y de la lluvia, estos seis frailes barbudos habían perdido ese aire de religiosidad inmóvil que tienen aquellos que viven confinados en los patios del convento.

Reunidos casualmente en Valdivia, llegados unos de las reducciones indígenas de Angol, otros de La Imperial, otros de Temuco, hicieron juntos el viaje hasta Osorno, ciudad en que realizarían una semana misionera y desde la cual se repartirían luego, por los caminos de la selva, en cumplimiento de su misión evangelizadora.

Eran seis frailes de una pieza y con toda la barba.

Se destacaba entre ellos el padre Espinoza, veterano ya en las misiones del sur, hombre de unos cuarenta y cinco años, alto de estatura, vigoroso, con empaque de hombre de acción y aire de bondad y de finura.

Era uno de esos frailes que encantan a algunas mujeres y que gustan a todos los hombres.

Tenía una sobria cabeza de renegrido cabello, que de negro azuleaba a veces como el plumaje de los tordos. La cara, de tez morena pálida, cubierta profusamente por la barba y el bigote capuchinos. La nariz un poco ancha; la boca, fresca; los ojos, negros y brillantes. A través del hábito se adivinaba el cuerpo ágil y musculoso.

La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero. Y un poco de cada uno de ellos parecía tener en su apostura, y no le hubieran sentado mal la armadura del primero, la manta y el caballo fino de boca del segundo y el traje liviano y las armas rápidas del último. Pero, pareciendo y pudiendo ser cada uno de aquellos hombres, era otro muy distinto. Era un hombre sencillo, comprensivo, penetrante, con una fe ardiente y dinámica y un espíritu religioso entusiasta y acogedor, despojado de toda cosa frívola.

Quince años llevaba recorriendo la región araucana. Los indios que habían sido catequizados por el padre Espinoza, adorábanlo. Sonreía al preguntar y al responder. Parecía estar siempre hablando con almas sencillas como la suya.

Tal era el padre Espinoza, fraile misionero, hombre de una pieza y con toda la barba.

Al día siguiente, anunciada ya la semana misionera, una heterogénea muchedumbre de catecúmenos llenó el primer patio del convento en que se realizaría.

Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros, se fueron amontonando allí en busca y espera de la palabra evangelizadora de los misioneros. Pobremente vestidos, la mayor parte descalzos o con groseras ojotas, algunos llevando nada más que camiseta y pantalón, sucias y destrozadas ambas prendas por el largo uso, rostros embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad.

Los misioneros estaban acostumbrados a ese auditorio y no ignoraban que muchos de aquellos infelices venían, más que en busca de una verdad, en demanda de su generosidad, pues los religiosos, durante las misiones, acostumbraban repartir comida y ropa a los más hambrientos y desharrapados.

Todo el día trabajaron los capuchinos. Debajo de los árboles o en los rincones del patio, se apilaban los hombres, contestando como podían, o como se les enseñaba, las preguntas inocentes del catecismo:

—¿Dónde está Dios?

—En el cielo, en la tierra y en todo lugar —respondían en coro,

con una monotonía desesperante.

El padre Espinoza, que era el que mejor dominaba la lengua indígena, catequizaba a los indios, tarea terrible, capaz de cansar a cualquier varón fuerte, pues el indio, además de presentar grandes dificultades intelectuales, tiene también dificultades en el lenguaje.

Pero todo fue marchando, y al cabo de tres días, terminado el aprendizaje de las nociones elementales de la doctrina cristiana, empezaron las confesiones. Con esto disminuyó considerablemente el grupo de catecúmenos, especialmente el de aquellos que ya habían conseguido ropas o alimentos; pero el número siguió siendo crecido.

A las nueve de la mañana, día de sol fuerte y cielo claro, empezó el desfile de los penitentes, desde el patio a los confesionarios, en hilera acompasada y silenciosa.

Despachados ya la mayor parte de los fieles, mediada la tarde, el padre Espinoza, en un momento de descanso, dio unas vueltas alrededor del patio. Y volvía ya hacia su puesto, cuando un hombre lo detuvo, diciéndole:

—Padre, yo quisiera confesarme con usted.

—¿Conmigo, especialmente? —preguntó el religioso.

—Sí, con usted.

—¿Y por qué?

—No sé; tal vez porque usted es el de más edad entre los misioneros, y quizá, por eso mismo, el más bondadoso.

El padre Espinoza sonrió:

—Bueno, hijo; si así lo deseas y así lo crees, que así sea. Vamos.

Hizo pasar delante al hombre y él fue detrás, observándolo.

El padre Espinoza no se había fijado antes en él. Era un hombre alto, esbelto, nervioso en sus movimientos, moreno, de corta barba negra terminada en punta; los ojos negros y ardientes, la nariz fina, los labios delgados. Hablaba correctamente y sus ropas eran limpias. Llevaba ojotas, como los demás, pero sus pies desnudos aparecían cuidados.

Llegados al confesionario, el hombre se arrodilló ante el padre Espinoza y le dijo:

—Le he pedido que me confiese porque estoy seguro de que usted es un hombre de mucha sabiduría y de gran entendimiento. Yo no tengo grandes pecados; relativamente, soy un hombre de

conciencia limpia. Pero tengo en mi corazón y en mi cabeza un secreto terrible, un peso enorme. Necesito que me ayude a deshacerme de él. Créame lo que voy a confiarle y, por favor, se lo pido, no se ría de mí. Varias veces he querido confesarme con otros misioneros, pero apenas han oído mis primeras palabras me han rechazado como a un loco y se han reído de mí. He sufrido mucho a causa de esto. Esta será la última tentativa que hago. Si me pasa lo mismo ahora, me convenceré de que no tengo salvación y me abandonaré a mi infierno.

El individuo hablaba nerviosamente, pero con seguridad. Pocas veces el padre Espinoza había oído hablar así a un hombre. La mayoría de los que confesaban en las misiones eran seres vulgares, groseros, sin relieve alguno, que solamente le comunicaban pecados generales, comunes, de grosería o de liviandad, sin interés espiritual. Contestó, poniéndose en el tono con que le hablaban.

—Dime lo que tengas necesidad de decir y yo haré todo lo posible por ayudarte. Confía en mí como en un hermano.

El hombre demoró algunos instantes en empezar su confesión; parecía temer el confesar el gran secreto que decía tener en su corazón.

—Habla.

El hombre palideció y miró fijamente al padre Espinoza. En la oscuridad, sus ojos negros brillaban como los de un preso o como los de un loco. Por fin, bajando la cabeza, dijo, entre dientes:

—Yo he practicado y conozco los secretos de la magia negra.

Al oír estas extraordinarias palabras, el padre Espinoza hizo un movimiento de sorpresa, mirando con curiosidad y temor al hombre; pero el hombre había levantado la cabeza y espiaba la cara del religioso, buscando en ella la impresión que sus palabras producirían. La sorpresa del misionero duró un brevísimo tiempo. Tranquilizose enseguida. No era la primera vez que escuchaba palabras iguales o parecidas. En ese tiempo los llanos de Osorno y las islas chilotas estaban plagadas de brujos, «machis» y hechiceros. Contestó:

—Hijo mío: no es raro que los sacerdotes que te han oído lo que acabas de decir, te hayan tomado por loco y rehusado oír más. Nuestra religión condena terminantemente tales prácticas y tales creencias. Yo, como sacerdote, debo decirte que eso es grave

pecado; pero, como hombre, te digo que eso es una estupidez y una mentira. No existe tal magia negra, ni hay hombre alguno que pueda hacer algo que esté fuera de las leyes de la naturaleza y de la voluntad divina. Muchos hombres me han confesado lo mismo, pero, emplazados para que pusieran en evidencia su ciencia oculta, resultaron impostores groseros e ignorantes. Solamente un desequilibrado o un tonto puede creer en semejante patraña.

El discurso era fuerte y hubiera bastado para que cualquier hombre de buena fe desistiera de sus propósitos; pero, con gran sorpresa del padre Espinoza, su discurso animó al hombre, que se puso de pie y exclamó con voz contenida:

—¡Yo solo pido a usted me permita demostrarle lo que le confieso! Demostrándoselo, usted se convencerá y yo estaré salvado. Si yo le propusiera hacer una prueba, ¿aceptaría usted, padre? —preguntó el hombre.

—Sé que perdería mi tiempo lamentablemente, pero aceptaría.

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Hijo mío, yo ignoro tus habilidades mágicas. Propón tú.

El hombre guardó silencio un momento, reflexionando. Luego dijo:

—Pídame usted que le traiga algo que esté lejos, tan lejos que sea imposible ir allá y volver en el plazo de un día o dos. Yo se lo traeré en una hora, sin moverme de aquí.

Una gran sonrisa de incredulidad dilató la fresca boca del fraile Espinoza:

—Déjame pensarlo —respondió—, y Dios me perdone el pecado y la tontería que cometo.

El religioso tardó mucho rato en encontrar lo que se le proponía. No era tarea fácil hallarlo. Primeramente ubicó en Santiago la residencia de lo que iba a pedir y luego se dio a elegir. Muchas cosas acudieron a su recuerdo y a su imaginación, pero ninguna le servía para el caso. Unas eran demasiado comunes, y otras pueriles y otras muy escondidas, y era necesario elegir una que, siendo casi única, fuera asequible. Recordó y recorrió su lejano convento; anduvo por sus patios, por sus celdas, por sus corredores y por su jardín; pero no encontró nada especial. Pasó después a recordar lugares que conocía en Santiago. ¿Qué pediría? Y cuando, ya cansado, iba a decidirse por cualquiera de los objetos entrevistos

por sus recuerdos, brotó en su memoria, como una flor que era, fresca, pura, con un hermoso color rojo, una rosa del jardín de las monjas Claras.

Una vez, hacía poco tiempo, en un rincón de ese jardín vio un rosal que florecía en rosas de un color único. En ninguna parte había vuelto a ver rosas iguales o parecidas, y no era fácil que las hubiera en Osorno. Además, el hombre aseguraba que traería lo que pidiera, sin moverse de allí. Tanto daba pedirle una cosa como otra. De todos modos no traería nada.

—Mira —dijo al fin—, en el jardín del convento de las monjas Claras de Santiago, plantado junto a la muralla que da hacia la Alameda, hay un rosal que da rosas de un color granate muy lindo. Es el único rosal de esa especie que hay allí… Una de esas rosas es lo que quiero que me traigas.

El supuesto hechicero no hizo objeción alguna, ni por el sitio en que se hallaba la rosa ni por la distancia a que se encontraba. Preguntó únicamente:

—Encaramándose por la muralla, ¿es fácil tomarla?

—Muy fácil. Estiras el brazo y ya la tienes.

—Muy bien. Ahora, dígame: ¿hay en este convento una pieza que tenga una sola puerta?

—Hay muchas.

—Lléveme usted a alguna de ellas.

El padre Espinoza se levantó de su asiento. Sonreía. La aventura era ahora un juego extraño y divertido y, en cierto modo, le recordaba los de su infancia. Salió acompañado del hombre y lo guio hacia el segundo patio, en el cual estaban las celdas de los religiosos. Lo llevó a la que él ocupaba. Era una habitación de medianas proporciones, de sólidas paredes; tenía una ventana y una puerta. La ventana estaba asegurada con una gruesa reja de hierro y la puerta tenía una cerradura muy firme. Allí había un lecho, una mesa grande, dos imágenes y un crucifijo, ropas y objetos.

—Entra.

Entró el hombre. Se movía con confianza y desenvoltura; parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Te sirve esta pieza?

—Me sirve.

—Tú dirás lo que hay que hacer.

—En primer lugar, ¿qué hora es?

—Las tres y media.

El hombre meditó un instante, y dijo luego:

—Me ha pedido usted que le traiga una rosa del jardín de las monjas Claras de Santiago y yo se la voy a traer en el plazo de una hora. Para ello es necesario que yo me quede solo aquí y que usted se vaya, cerrando la puerta con llave y llevándose la llave. No vuelva hasta dentro de una hora justa. A las cuatro y media, cuando usted abra la puerta, yo le entregaré lo que me ha pedido.

El fraile Espinoza asintió en silencio, moviendo la cabeza. Empezaba a preocuparse. El juego iba tornándose interesante y misterioso, y la seguridad con que hablaba y obraba aquel hombre le comunicaba a él cierta intimidación respetuosa.

Antes de salir, dio una mirada detenida por toda la pieza. Cerrando con llave la puerta, era difícil salir de allí. Y aunque aquel hombre lograra salir, ¿qué conseguiría con ello? No se puede hacer, artificialmente, una rosa cuyo color y forma no se han visto nunca. Y, por otra parte, él rondaría toda esa hora por los alrededores de su celda. Cualquier superchería era imposible.

El hombre, de pie ante la puerta, sonriendo, esperaba que el religioso se retirara.

Salió el padre Espinoza, echó llave a la puerta, se aseguró que quedaba bien cerrada y guardándose la llave en sus bolsillos echó a andar tranquilamente.

Dio una vuelta alrededor del patio, y otra, y otra. Empezaron a transcurrir lentamente los minutos, muy lentamente; nunca habían transcurrido tan lentos los sesenta minutos de una hora. Al principio, el padre Espinoza estaba tranquilo. No sucedería nada. Pasado el tiempo que el hombre fijara como plazo, él abriría la puerta y lo encontraría tal como lo dejara. No tendría en sus manos ni la rosa pedida ni nada que se le pareciera. Pretendería disculparse con algún pretexto fútil, y él, entonces, le largaría un grave discurso, y el asunto terminaría ahí. Estaba seguro. Pero, mientras paseaba, se le ocurrió preguntarse:

—¿Qué estará haciendo?

La pregunta lo sobresaltó. Algo estaría haciendo el hombre, algo intentaría. Pero ¿qué? La inquietud aumentó. ¿Y si el hombre lo hubiera engañado y fueran otras sus intenciones? Interrumpió su

paseo y durante un momento procuró sacar algo en limpio, recordando al hombre y sus palabras. ¿Si se tratara de un loco? Los ojos ardientes y brillantes de aquel hombre, su desenfado un sí es no es inconsciente, sus propósitos…

Atravesó lentamente el patio y paseó a lo largo del corredor en que estaba su celda. Pasó varias veces delante de aquella puerta cerrada. ¿Qué estaría haciendo el hombre? En una de sus pasadas se detuvo ante la puerta. No se oía nada, ni voces, ni pasos, ningún ruido. Se acercó a la puerta y pegó su oído a la cerradura. El mismo silencio. Prosiguió sus paseos, pero poco a poco su inquietud y su sobresalto aumentaban. Sus paseos se fueron acortando y, al final, apenas llegaban a cinco o seis pasos de distancia de la puerta. Por fin, se inmovilizó ante ella. Se sentía incapaz de alejarse de allí. Era necesario que esa tensión nerviosa terminara pronto. Si el hombre no hablaba, ni se quejaba, ni andaba, era señal de que no hacía nada y no haciendo nada, nada conseguiría. Se decidió a abrir antes de la hora estipulada. Sorprendería al hombre y su triunfo sería completo. Miró su reloj: faltaban aún veinticinco minutos para las cuatro y media. Antes de abrir pegó nuevamente su oído a la cerradura: ni un rumor. Buscó la llave en sus bolsillos y colocándola en la cerradura la hizo girar sin ruido. La puerta se abrió silenciosamente.

Miró el fraile Espinoza hacia adentro y vio que el hombre no estaba sentado ni estaba de pie: estaba extendido sobre la mesa, con los pies hacia la puerta, inmóvil.

Esa actitud inesperada lo sorprendió. ¿Qué haría el hombre en aquella posición? Avanzó un paso, mirando con curiosidad y temor el cuerpo extendido sobre la mesa. Ni un movimiento. Seguramente su presencia no había sido advertida; tal vez el hombre dormía; quizá estaba muerto… Avanzó otro paso y entonces vio algo que lo dejó tan inmóvil como aquel cuerpo. El hombre no tenía cabeza.

Pálido, sintiéndose invadido por la angustia, lleno de un sudor helado todo el cuerpo, el padre Espinoza miraba, miraba sin comprender. Hizo un esfuerzo y avanzó hasta colocarse frente a la parte superior del cuerpo del individuo. Miró hacia el suelo, buscando en él la desaparecida cabeza, pero en el suelo no había nada, ni siquiera una mancha de sangre. Se acercó al cercenado cuello. Estaba cortado sin esfuerzo, sin desgarraduras, finamente. Se

veían las arterias y los músculos, palpitantes, rojos; los huesos blancos, limpios; la sangre bullía allí, caliente y roja, sin derramarse, retenida por una fuerza desconocida.

El padre Espinoza se irguió. Dio una rápida ojeada a su alrededor, buscando un rastro, un indicio, algo que le dejara adivinar lo que había sucedido. Pero la habitación estaba como él la había dejado al salir; todo en el mismo orden, nada revuelto y nada manchado de sangre.

Miró su reloj. Faltaban solamente diez minutos para las cuatro y media. Era necesario salir. Pero antes de hacerlo, juzgó que era indispensable dejar allí un testimonio de su estada. Pero ¿qué? Tuvo una idea; buscó entre sus ropas y sacó de entre ellas un alfiler grande, de cabeza negra, y al pasar junto al cuerpo para dirigirse hacia la puerta lo hundió íntegro en la planta de uno de los pies del hombre.

Luego cerró la puerta con llave y se alejó.

Durante los diez minutos siguientes el religioso se paseó nerviosamente a lo largo del corredor, intranquilo, sobresaltado; no quería dar cuenta a nadie de lo sucedido; esperaría los diez minutos y, transcurridos estos, entraría de nuevo en la celda y si el hombre permanecía en el mismo estado comunicaría a los demás religiosos lo sucedido.

¿Estaría soñando o se encontraría bajo el influjo de una alucinación o de una poderosa sugestión? No, no lo estaba. Lo que había acontecido hasta ese momento era sencillo: un hombre se había suicidado de una manera misteriosa… Sí, ¿pero dónde estaba la cabeza del individuo? Esta pregunta lo desconcertó. ¿Y por qué no había manchas de sangre? Prefirió no pensar más en ello; después se aclararía todo.

Las cuatro y media. Esperó aún cinco minutos más. Quería darle tiempo al hombre. ¿Pero tiempo para qué, si estaba muerto? No lo sabía bien, pero en esos momentos casi deseaba que aquel hombre le demostrara su poder mágico. De otra manera, sería tan estúpido, tan triste todo lo que había pasado…

Cuando el fraile Espinoza abrió la puerta, el hombre no estaba extendido sobre la mesa, decapitado, como estaba quince minutos antes. Parado frente a él, tranquilo, con una fina sonrisa en los labios, le tendía, abierta, la morena mano derecha. En la palma de

ella, como una pequeña y suave llama, había una fresca rosa: la rosa del jardín de las monjas Claras.

—¿Es esta la rosa que usted me pidió?

El padre Espinoza no contestó; miraba al hombre. Estaba un poco pálido y demacrado. Alrededor de su cuello se veía una línea roja, como una cicatriz reciente.

«Sin duda el Señor quiere hoy jugar con su siervo», pensó.

Estiró la mano y cogió la rosa. Era una de las mismas que él viera florecer en el pequeño jardín del convento santiaguino. El mismo color, la misma forma, el mismo perfume.

Salieron de la celda, silenciosos, el hombre y el religioso. Este llevaba la rosa apretada en su mano y sentía en la piel la frescura de los pétalos rojos. Estaba recién cortada. Habían terminado los pensamientos, las dudas y la angustia. Solo una gran impresión lo dominaba y un sentimiento de confusión y de desaliento inundaba su corazón.

De pronto advirtió que el hombre cojeaba.

—¿Por qué cojeas? —le preguntó.

—La rosa estaba apartada de la muralla. Para tomarla, tuve que afirmar un pie en el rosal y, al hacerlo, una espina me hirió el talón.

El fraile Espinoza lanzó una exclamación de triunfo:

—¡Ah! ¡Todo es una ilusión! Tú no has ido al jardín de las monjas Claras ni te has pinchado el pie con una espina. Ese dolor que sientes es producido por un alfiler que yo te clavé en el pie. Levántalo.

El hombre levantó el pie y el sacerdote, tomando de la cabeza el alfiler, lo sacó.

—¿No ves? No hay ni espina ni rosal. ¡Todo ha sido una ilusión!

Pero el hombre contestó:

—Y la rosa que lleva usted en la mano, ¿también es ilusión?

Tres días después, terminada la semana misionera, los frailes capuchinos abandonaron Osorno. Seguían su ruta a través de las selvas. Se separaron, abrazándose y besándose. Cada uno tomó por su camino.

El padre Espinoza volvería hacia Valdivia. Pero ya no iba solo. A su lado, montado en un caballo oscuro, silencioso y pálido, iba un hombre alto, nervioso, de ojos negros y brillantes.

Era el hombre de la rosa.

La suerte de Cucho Vial

Cucho Vial estaba de suerte. Llegó a Osorno a las diez de la mañana de un día jueves, con cinco mil pesos en la cartera. A la una de la mañana siguiente, jugando, había casi duplicado esa suma. Lo hacía con displicencia, casi con indiferencia, sin darle importancia al juego, y hablaba con voz de hombre cansado, de hombre que tiene sueño.

—¿Quiere carta, señor?

—Ofrezco.

—Siete la banca.

Y como obedeciendo al llamado de aquella voz baja, los billetes colorados, azules, amarillos, se amontonaban ante él, crujiendo de un modo suave.

Pero, claro, estaba cansado. A las cinco de la mañana del día anterior partió desde un caserío perdido en la selva, y acompañado de su fiel Bocaza, en demanda de Osorno: siete horas a caballo, con ese madrugón y sin haber descansado en todo el día. Venía por asuntos de negocios: maderas, animales, máquinas, herramientas para el aserradero.

A la entrada de la ciudad, un automóvil espantó a los caballos. Cucho Vial y Bocaza se hicieron a un lado, apartando las cabalgaduras para dejar pasar el automóvil; pero el automóvil no pasó. El hombre que venía al lado del conductor había ordenado detener la máquina y miraba con curiosidad y detenimiento a Cucho Vial. Asomó después la cabeza fuera de la ventanilla del coche y preguntó, con voz natural:

—¿Eres tú, Cucho Vial?

Extrañado, el jinete respondió:

—Sí, señor, yo soy.

Añadiendo:

—Y usted, ¿quién es?

El hombre del auto lanzó una carcajada que casi espantó de nuevo a los caballos, abrió la portezuela y, una vez en tierra,

preguntó:

—Pero, hombre, ¿tanto he cambiado que ya no me conoces?

Era alto y corpulento, rostro blanco y rosado, bigote rubio. Llevaba puestos una gorra a cuadros blancos y negros, impermeable, guantes, pantalones de montar y botas de color. Toda su persona revelaba un cuidado excesivo.

Cucho Vial lo miró y lo volvió a mirar, aunque inútilmente: no lo conocía. Seis años de montaña y de bosque habían borrado de su mente el recuerdo de muchos rostros conocidos en otra época. Respondió:

—Perdone, señor, pero no lo conozco. Hace tanto tiempo que vivo perdido en los bosques que ya me he vuelto un poco salvaje… No lo recuerdo.

—¿Pero es posible? —preguntó el otro—. No te lo puedo creer. ¿No te acuerdas de tu amigo y compañero de otros tiempos? ¡Soy el gringo Etchepare!

Cucho Vial lanzó un gran grito de alegría.

—¡Gringo! ¡Pero qué bruto soy!

Saltó del caballo y corrió al encuentro de su amigo. Se abrazaron dándose grandes palmadas en la espalda. El chofer y Bocaza se miraron sonriendo. ¡Qué pareja hacían aquellos dos hombres! Cucho Vial era tan alto y corpulento como su antiguo compañero, pero moreno, todo rapado, con un rostro ancho, bondadoso y sonriente. Vestía ropa de montar e iba cubierto con un grueso poncho de flecos.

—¡Tantos años, hombre! ¿Dónde vas con esa facha de cuatrero argentino? —interrogó Etchepare.

—Vengo a Osorno a hacer algunas diligencias.

—¿Y después?

—Vuelvo a mis montañas y a mis bosques.

—¿Qué haces por allá?

—Bueno, trabajo en maderas, comercio en animales, compro y vendo todo lo que puedo comprar y vender.

—¿Y te va bien?

—Más o menos, pero no me puedo quejar… ¿Y tú?

—Aquí, de ingeniero.

—¿Te recibiste al fin?

—Por su puesto. Mi padre murió poco después de haberme yo

recibido y me dejó su negocio de Valdivia y algunos pesos… Pero, oye, después hablaremos. ¿Dónde vas a alojarte?

—No sé. Indícame tú algún hotel.

—Ándate al Central. Yo iré a verte dentro de un rato. Ahora voy aquí cerca, a ver los trabajos de un puente. Vuelvo enseguida. Perdona. Después conversamos largo y tendido.

Se despidieron, abrazándose mutuamente.

A la hora de almuerzo apareció en el hotel el gringo Etchepare. Hablaba a gritos, tuteaba al que hallaba a su paso, reía con fuerza por cualquier cosa, sano, fuerte, rico. Su actitud contrastaba con la de su amigo Vial, callado, tímido; acostumbrado a las montañas, tenía el laconismo del hombre fino que vive entre gente ruda.

Durante el almuerzo se contaron cada cual la vida que habían vivido durante aquellos seis años. La de Etchepare era la vida corriente del hombre que lo recibió todo de su padre: profesión, estimación social, dinero. La de Vial, en cambio, aunque no era extraordinaria, tenía más interés que la de su amigo: había tenido que luchar, sufrir un poco, esforzarse para conservar y aumentar lo poco que sus padres le ofrecieron cuando manifestó el deseo de trabajar solo.

—¡En fin! —concluyó el gringo Etchepare—. Lo esencial es que estamos bien de salud y no nos va muy mal… Ahora, salgamos a dar una vuelta. Te presentaré algunas amistades. Pero, antes que nada, vamos a mi casa.

En el curso de la tarde, Cucho Vial supo, porque lo vio, que el gringo Etchepare vivía simultáneamente en dos casas. En una de ellas residía una mujer rubia, alta, joven, muy bien vestida, alegre y amable. En la otra, una mujer morena, más baja que la rubia, muy atenta, un poco silenciosa y como triste. La rubia se llamaba Emperatriz; la morena, María Eugenia.

Cucho Vial no preguntó nada ni hizo comentario alguno. Únicamente, al salir de la casa en que vivía la morena, dijo a su amigo:

—Te felicito por el surtido. Es de muy buen gusto.

Etchepare, envanecido, alborotó la calle con sus carcajadas.

Después de tomar té se separaron. Cucho Vial hizo sus operaciones y en la noche volvió a reunirse con su amigo. Lo hicieron en el club, en donde empezaron jugando póquer y

terminaron en bacarat. Y Cucho Vial, en una soberbia racha de suerte, arreó con cuanto billete salía de sus compañeros de juego. Lo cambiaba primero, y luego, reducido a sencillo, lo iba atrayendo poco a poco. Nunca había tenido tanta fortuna en el juego.

Empezaron a jugar, entre cuatro, a las diez de la noche; a la una de la madrugada, atraídos por el bacarat, eran diez o quince los que se alineaban en los costados de la mesa. Media hora después, al ver que ningún nuevo billete se atrevía a aparecer sobre la mesa, Cucho Vial soltó el naipe y dijo:

—Parece que se acabó…

Y empezó a guardar el dinero que tenía ante sí. Pero el gringo Etchepare, que ocupaba el primer puesto de la izquierda, extendió una mano sobre el tapete y dijo:

—Espérate.

Cucho Vial esperó. Su amigo había bebido algunas copas y su rostro estaba rojo. Reflexionó un momento, repicó con los dedos sobre la mesa y luego propuso:

—Te juego una de mis queridas…

Cucho Vial esperó en vano la carcajada general que merecía esta ocurrencia. Nadie se rio. Los que estaban allí conocían de sobra a Etchepare y sabían que era un jugador entusiasta y un hombre resuelto a todo.

Sonriendo, Vial inquirió:

—¿Va en serio?

—En serio. No te rías.

—¿Contra cuánto?

—Contra tres mil.

—¿Y si gano?

—Te la llevas.

—¿Y si ella no quiere irse conmigo?

—Te pago los tres mil pesos.

La fila de hombres se apretó contra la mesa, anhelante. A ninguno se le ocurrió protestar por un acto que transformaba a una mujer en objeto de apuesta. Se habrían cambiado de inmediato por Vial.

—¿Cuál jugamos? —preguntó Vial.

—Elige la que te haya gustado más.

Vial inclinó la cabeza. Estaba convencido de que su amigo

bromeaba, o que, por lo menos, hacía algo que no tenía derecho a hacer. A pesar de todo, durante un momento recordó a las dos mujeres, comparándolas: la una rubia y alta, arrogante, opulenta, toda rosada; la otra, un poco triste, silenciosa, modesta, pero linda también, con aquella boca y esos ojos negros y esa piel tan clara dentro de su tono moreno, tan suave… Eligió a María Eugenia. Era una tontería hacerlo, pero la eligió. Además, ¡quién sabe! No conocía bien a toda esa gente, mucho menos a su amigo. ¿Y si ella quisiera irse con él? ¿Si la ganara y pudiera llevarla a sus bosques y a su soledad como compañera o como amiga? Sonrió al pensar eso y volvió a sonreír imaginando la cara que pondría Bocaza cuando lo viera que se iba con aquella mujer.

—¡Qué hay! ¿Elegiste ya?

El jugador de la derecha le dijo, haciendo un guiño significativo:

—Elija a la rubia, amigo; es una mujer que manda mucha fuerza.

La doble fila de hombres lanzó la carcajada.

—No —afirmó Cucho Vial—. Me decido por María Eugenia. Traiga un naipe nuevo, patrón.

Mientras llegaba lo pedido, Vial preguntó a su amigo:

—¿De dónde trajiste a esa mujer?

El gringo se encogió de hombros.

—De Santiago.

—Y si la pierdes y me la llevo, ¿no la echarás de menos?

—No mucho. Es una mujer aburrida, una de esas que, para ser felices, necesitan estar enamoradas de un hombre y que el hombre también esté enamorado de ellas. Y como a mí ya no me da por ahí… Puedes estar tranquilo: es fiel al hombre que la mantiene. Y no te parezca poco. Si eres hombre apasionado, será feliz contigo, si es que tú quieres serlo con ella. No te preocupes: si se quiere ir, se irá tranquila. Si no, ya lo sabes: te doy los tres mil.

El patrón echó sobre la mesa un mazo de cartas nuevas. Cucho Vial pidió a su vecino de la derecha que barajara; hizo alzar a Etchepare, colocó el mazo frente a él, afirmado en una caja de fósforos, miró a su amigo y preguntó:

—¿Va?

—Venga —contestó tranquilamente Etchepare.

Los hombres casi contuvieron la respiración. Vial dio dos cartas

a Etchepare y él tomó otras dos. Esperó que su amigo viera las cartas y preguntó:

—Qué dices. ¿Quieres carta?

—No quiero.

Vial dio vuelta las suyas y anunció:

—Siete.

El gringo tiró las cartas sobre la mesa y se levantó.

—Ganaste. Tengo seis.

Y agregó:

—Mañana a las diez te espero en casa de María Eugenia.

—¡Qué lástima que no eligiera a la rubia! —exclamó el jugador de la derecha—. De todos modos, la morena es bastante buena.

Pareció consolado.

Ese mismo día, a las diez, como lo había indicado Etchepare, Cucho Vial, acompañado de Bocaza, detuvo su caballo frente a la casa de María Eugenia. Desmontó y tocó el timbre. El gringo en persona salió a abrir.

—¡Hola! Eres puntual. Entra.

Cucho Vial sonrió al oír lo de puntual. Venía a despedirse de su amigo, nada más, y ni siquiera pensaba recordarle la apuesta ganada en el club. Estaba, ahora, seguro, ya que lo había pensado seriamente, de que todo aquello era poco serio. Una mujer no es, no debe ser, algo que se pueda jugar, ganar o perder, y menos una mujer como esa. Etchepare lo hizo pasar a un saloncito, le rogó que aguardara un minuto y desapareció por una puerta. Al cabo de ese minuto, durante el cual Vial miró el piano, los cuadros y dos o tres cosas de adorno, se abrió la misma puerta y Etchepare apareció llevando una gran maleta oscura. Detrás de él, en traje de viaje, entró María Eugenia. Vial se levantó para saludarla, pero el gringo lo detuvo:

—Cucho Vial, he tenido mucho gusto en volver a verte. Espero que visitarás Osorno más a menudo, ahora que sabes que tienes amigos aquí… Adiós y que tengas mucha suerte.

Lo abrazó cariñosamente, y luego, volviéndose a la mujer, agregó:

—Adiós, María Eugenia. Gracias y felicidad.

Y salió.

Vial se quedó de una pieza. Miró desaparecer a su amigo y

después volvió sus ojos hacia María Eugenia.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

Ella pareció más decidida. Respondió:

—¿No me ha ganado usted? Bueno, aquí estoy: lléveme.

Vial balbuceó:

—Pero yo…

—Mire, Agustín —aclaró ella—, yo soy dueña de mis acciones y he podido elegir entre irme con usted o quedarme. He elegido irme, y aquí estoy.

Cucho Vial no supo qué decir. Aquello le parecía tan extraño, tan fuera de toda lógica, que durante un momento pensó que todo era una broma; pero no, no era una broma: allí estaba la mujer, vestida como para montar y con una maleta, dispuesta a irse con él.

—Pero —agregó la mujer—, si usted no quiere llevarme, dígalo con franqueza. Me arreglaré de otro modo.

—No —la detuvo él—. ¿Para qué le voy a mentir? He pensado a ratos que usted podría irse conmigo y esa idea no me ha parecido mal, al contrario, pero ¡qué quiere usted!, esto me parece tan absurdo que no sé qué pensar ni qué decir. Yo creí que la apuesta, si no era una broma, era por lo menos una extravagancia de Etchepare; y que usted, al saberlo, se ofendería y rechazaría un acto tan poco decente. Pero por lo visto, parece que yo estoy equivocado: la apuesta era seria y el resultado también lo es. Esto me desconcierta, aunque en el fondo me alegra.

—No se preocupe —pareció aconsejarle María Eugenia—, después lo comprenderá todo. Ahora debemos aclarar un punto, el principal: si me lleva o no.

—Si usted quiere irse conmigo, sí.

—¿Y en qué condiciones me lleva?

—En ninguna condición que signifique para usted un compromiso. Más aún: quiero que me declare que lo hace por su propia voluntad, sin exigirme ni ofrecerme condiciones. Vivirá en mi casa como quiera y durante el tiempo que le guste. Cuando se canse de estar por allá, la traeré a Osorno, tal como la llevo.

La mujer lanzó una carcajada.

—¡Es usted un hombre muy raro! —exclamó ella, y agregó—: Pero simpático. Creo que podemos llegar a ser buenos amigos… Bueno, ya que estamos decididos a irnos, vámonos.

—Sí, aguarde un momento.

Tomó la maleta de María Eugenia y salió hacia la calle. Allí ordenó a Bocaza, que se aburría esperando.

—Bájate.

Bocaza desmontó.

—Toma esta maleta. Dentro de media hora espérame a la salida del pueblo, en el camino, con otro caballo. Róbalo, cómpralo, pero no te presentes sin otro caballo. Si no, tendrás que irte a pie, con la maleta al hombro. Toma.

Le alargó un rollo de billetes y entró en la casa. Bocaza quedó con la boca abierta.

—¡Puchas! ¿Qué le pasará al patrón? —murmuró, echando la maleta sobre uno de los caballos.

Pero era diligente y media hora después se hallaba en el camino, a la entrada del pueblo, montado en un caballo que compró apresuradamente.

—¿Para qué querrá otro caballo el hombre? ¿Se irá con nosotros el caballero del automóvil? Bien pudiera ser, pues.

Pero había cumplido con lo que le ordenaron y ahora que viniera quien quisiera. De seguro sería un hombre, porque una mujer… Bocaza era el mozo, el secretario y el compañero de Cucho Vial, quien tenía y veía en él a un compañero estimable por sus condiciones de carácter. La personalidad del chilote Bocaza residía en la boca: su boca era como el espejo de su alma, sitio donde se reflejaban todas las variaciones y movimientos de su mente. A ella debía su rotundo apodo. Era enorme la boca, pero no repugnante, pues sus labios eran proporcionados. Una cicatriz dejada por una daga argentina, que arrancaba de la comisura derecha y subía hacia la mejilla, se la agrandaba más. Cuando reía, parecía que las comisuras casi llegaban hasta el nacimiento de las orejas. Fuera de eso, su persona física no tenía interés alguno.

—Parece que fuera una mujer la que viene con el patrón —murmuró Bocaza, muy sorprendido, al ver aparecer a Cucho Vial con María Eugenia.

—Mujer es —afirmó enseguida, más sorprendido aún.

Pero su sorpresa llegó al límite al ver de cerca a María Eugenia.

—Cierra la boca —le ordenó alegremente Cucho Vial.

Bocaza cerró la boca como quien pliega un paraguas.

—¿Quién es este amigo? —preguntó ella.

—Es mi secretario —contestó Vial—. Nos conocemos hace tiempo y nos apreciamos. ¿No es cierto, Bocaza?

—Así es, patrón —contestó el chilote, sin dejar de mirar a María Eugenia.

No había visto nunca una mujer tan bonita.

Se pusieron en marcha: adelante iba Cucho Vial con María Eugenia. Los seguía Bocaza, con la maleta de María Eugenia amarrada a la silla. María Eugenia parecía contenta: la mañana de sol, la soledad de los campos, el aire libre, la animaban. Empezó a galopar y corrió un trecho, se detuvo y volvió.

—¡Qué tal! ¿Soy buen jinete o no?

—Muy bueno.

En uno de aquellos galopes, Bocaza se adelantó. Quería preguntarle algo a Cucho.

—Oiga, patrón, perdone: ¿esa señora va con nosotros hasta…?

—Sí, va con nosotros hasta allá.

—¿Para la casa?

—Claro, para la casa.

Vial gozaba mirando la boca del chilote.

—Supongo que no irá como empleada.

Cucho Vial rio y aseguró que no, no iba como empleada.

—Va como…, no sé. Como amiga, como… compañera.

—¡No, patrón! Es demasiado bonita para llevarla como amiga o como compañera. Merece algo más.

Cucho Vial rio de buena gana. El chilote entendía las cosas a su manera.

—¿Y de dónde la sacó, patrón?

—La gané jugando.

—¿Jugando? ¿Y a quién se la ganó?

—¿Te acuerdas del caballero que encontrarnos ayer en el automóvil? Al mismo.

María Eugenia volvía de su galope. Traía los ojos húmedos, encendidos de entusiasmo.

—¡Qué lindo es esto! —exclamó—. Allá donde usted vive, ¿hay sitios donde se pueda andar a caballo y correr?

Cucho Vial rio.

—Oye, Pedro, esta señorita pregunta si donde vivimos se puede

correr a caballo.

—Ya lo creo —afirmó Bocaza—, y cuando la señorita quiera salir, yo la acompañaré. Podemos galopar horas y horas sin hallar más que pájaros.

—Gracias. No lo olvidaré —dijo, y volvió a galopar hacia adelante.

Cucho Vial y Bocaza, silenciosos, la miraron alejarse, el uno con un sentimiento de bondad y de piedad, mezclado tal vez a un deseo amoroso; el otro, con admiración, con simpatía que pasaba a través de su patrón y se reflejaba en ella. Cucho Vial, mirándola, pensaba que, fatalmente, terminaría enamorándose de ella. Le gustaba. Ni por un momento pensó que desconocía su pasado y en que podía ser muy distinta de lo que aparentaba. Pensaba solo en lo que sería al lado de él, después, cuando se quisieran, si es que llegaban a quererse. ¿Por qué no? Tampoco le importaba la circunstancia de haberla ganado jugando y llevarse una mujer que otro había abandonado casi alegremente. ¿Por qué? ¿Qué tenía eso de particular? Muchas veces el hombre no conoce el valor de la mujer que vive a su lado, y a muchos, si lo conocen, no les importa ese valor. Cada mujer tiene un valor distinto y ese valor puede interesar a un hombre y a otro hombre dejarlo indiferente. De este modo, lo que a uno le parece poco, al otro le parece demasiado. Además, el gringo le había…

Eso pensaba mientras miraba correr a María Eugenia. En cuanto a Bocaza, monologaba. «Harta falta que le hace al patrón una mujercita. Yo se lo digo cuando lo oigo suspirar como fuelle: Patrón, lo que usted necesita es una mujer que lo quiera, que lo acompañe, que sea cariñosa con usted. Búsquela. Y ahora parece que la ha encontrado. ¡Pero el diablo se pasó en la pedida! ¡Qué mujercita!».

De pronto le dio un salto el corazón. Detrás suyo, a lo lejos, se oyó el rezongo de un motor. Se detuvo, sobresaltado. Cucho Vial, que también sintió el trepidar de la máquina, se detuvo al mismo tiempo. ¿Sería el gringo Etchepare?

—¡No la deje irse, patrón! —le gritó Bocaza.

Vial sonrió.

—Si ella se quiere ir…

—Peléela, patrón. Yo le ayudo.

—Cállate, Pedro. No hay necesidad de pelear.

María Eugenia volvió, extrañada de verlos detenidos.

—¡Qué pasa! —gritó.

En ese momento el automóvil de Etchepare apareció en una vuelta del camino y avanzó rápidamente, deteniéndose al llegar junto a los tres viajeros. Manejaba él. Sin bajarse del auto, explicó:

—María Eugenia: es muy incorrecto lo que he hecho y quiero remediarlo. Vuélvete conmigo. Le daré a Vial los tres mil pesos de la apuesta.

—Si María Eugenia se quiere ir no necesitarás darme nada —explicó Vial.

—Pero, Eduardo —dijo ella—, olvidas que si me voy es porque quiero irme. Soy una mujer libre, a pesar de lo que he sido… para ti.

—Sí, pero es que tú no has pensado bien en lo que haces. Aquello es muy solo, muy desamparado. Te aburrirás —insistió Etchepare.

—¿Más de lo que me aburría en tu casa? No lo creo. Me dicen que hay muchos bosques, muchas montañas. Debe ser muy lindo.

—De modo…

—De modo que me voy. No te preocupes por mí y ándate tranquilo. Déjame ir como me jugaste y me soltaste: tranquilamente.

Etchepare se encogió de hombros:

—Bueno, vete; adiós.

—Adiós, Eduardo, adiós.

Dio vuelta su caballo y partió de nuevo. Cucho Vial la siguió ahora.

Mortificado por aquella despedida, Etchepare se quedó mirándolos. Y Bocaza, parado al lado del automóvil, miraba al gringo Etchepare. Cuando se cansó de mirarlo dio media vuelta a su caballo y se fue. Pero no anduvo mucho. Unos pasos más allá se detuvo, se volvió hacia Etchepare y le dijo, sonriendo:

—¿Qué le vamos a hacer, patrón? Es ella la que se quiere ir con nosotros.

Etchepare lanzó una carcajada, puso en marcha el motor y viró hacia Osorno.

CANTO Y BAILE

Los muebles de aquel salón de baile eran tapizados con brocato color rojo; rojo era también el papel que cubría las paredes y roja la alfombra que, después de orillar de encarnado las patas de las sillas y sillones, terminaba súbitamente ante el piano. En las ropas de las mujeres de aquel salón de baile predominaba igualmente el color rojo. Los espejos, cuatro, grandes, colocados uno encima del piano, otro al fondo, en la pared contraria a la que ocupaba el primero, y dos frente a frente en las paredes restantes, recogían y multiplicaban aquel tono rojo de las sillas, de los sillones, de la alfombra y del papel. Era todo como una sinfonía en rojo, tal vez si conscientemente organizada por la dueña de casa, que no ignoraría, ya que eso formaba parte de su conocimiento del negocio, que el color rojo influye en los nervios, excitando a los apacibles y enloqueciendo a los irritables.

El piano, negro, alto, profundo, destacándose entre el rojo, semejaba un catafalco contrariado, constreñido, a pesar de su seriedad, a presenciar aquella orgía ultrarroja. A su lado había una mesilla vacilante, con cubierta de lata, donde las mujeres acostumbraban tamborilear con la palma de las manos para avivar el baile. Parecía una desordenada y pequeña murga al lado del piano.

El salón tenía forma rectangular; dos puertas se le abrían en un mismo muro. Los muebles de aquel salón de baile eran viejos, pero firmes, como hechos para soportar la caída de cuerpos vacilantes y cansados; únicamente su brocato rojo claudicaba ya, deshilachado y un poco desvaído, y los muelles, molestos por la presión de tantos años, se erguían amenazadores e hirsutos bajo la tela lustrosa. La alfombra, gastada por los millares de pies que habían bailado y zapateado sobre ella, mostraba algunos flecos rojizos.

Cuatro mesitas de color negro, que hacían, con su color, menos sensible la soledad oscura del piano, extendían sus cubiertas opacas en los espacios que quedaban libres entre los muebles.

De día el salón permanecía desierto, y los grandes espejos, vacíos de imágenes móviles, se miraban entre sí, con ojos claros veteados de rojo, como personas que no tuvieran nada que hacer. El salón y sus muebles, el piano y las mesillas se multiplicaban en ellos a sus anchas.

Pero de noche… De noche las lunas claras se llenaban de imágenes, negras o blancas, que se movían dentro de ellas y a través de ellas como grandes peces en un estanque con algas rojas y negras, y a veces eran tantas las imágenes que los cuatro espejos no bastaban para reflejarlas y retenerlas a todas.

Se llegaba al salón después de atravesar un estrecho y oscuro patio, en cuyo centro varios bambúes estiraban sus delgadas cañas verdes. A ambos lados del patio se abrían las puertas de los cuartos de las mujeres, cuartos que no estaban amoblados sino por una cama, un velador, una silla y un bacín de hierro enlozado.

La puerta de calle era maciza y ancha y una luz roja llameaba en lo alto de su ceño adusto. En una de sus hojas había una ventanilla enrejada, que servía para mirar desde dentro a los que desde fuera llamaban. Una gruesa tranca la atravesaba de lado a lado. Al entrar al zaguán se veía, a la izquierda, por el vano de una puerta que no estaba nunca cerrada, la habitación de la dueña de casa; un catre grande, bronceado, adornado de cintas y encajes, con sobrecama de seda roja y amplios almohadones, alzaba en el medio de esta habitación sus brillantes varillas.

El patio, de noche, estaba siempre oscuro y únicamente lo alumbraban de modo ambiguo los resplandores que salían por las puertas del salón de baile; al fondo estaba el depósito de licores, dos o tres cuartuchos destinados a usos menores y una pared de escasa altura, límite último de la casa de canto y baile de doña María de los Santos.

A las ocho y media de la noche de aquel día sábado empezaron a llegar, en hilera alternada, los parroquianos de la casa. Algunos venían en coche, baja la capota; cantaban y gritaban, golpeando las palmas y accionando violentamente; la oscura calle se llenaba con sus aullidos. Otros llegaban a pie, en grupos vacilantes. Golpeaban la maciza y sorda puerta, que devolvía un sonido opaco, como de tronco de árbol; se descorría la placa de hierro del ventanuco y una voz de vieja inquiría:

—¿Quién es?

Esta pregunta era nada más que una fórmula, pues fuera el que fuera, con tal de que no fuera la policía, la puerta se abría enseguida. Contestaban todos a una y nada se entendía, pero el hecho de que no se entendiera nada equivalía a una clara contestación. Se corría la tranca, se abría luego la puerta lentamente y los hombres se hundían en la oscura oquedad del zaguán. La puerta se cerraba despacio tras ellos.

Así fue absorbiendo la casa a sus parroquianos. Algunos salían poco después de haber entrado, dando como excusa la excesiva cantidad de personas que llenaban el salón o la ausencia de la mujer que preferían.

Desde el zaguán se oía ya la algazara del salón, un ruido espeso de música, de zapateo, de gritos, de jaleo y de voces. La voz de la mujer que tocaba el piano y cantaba se elevaba agudamente por encima del tumulto, con acento desgarrador; parecía que la maltrataban o la herían, arrancándole gritos de dolor:

¡Ay, ay, ay!
Si yo llorara…
El corazón, de pena,
se me secara.

El ritmo del baile era siempre el mismo; únicamente cambiaba la letra de sus coplas. Era un ritmo vivo e impetuoso, pero idéntico, que vibraba en el aire como una sola cuerda de un solo tono, saliendo después hacia el patio, envuelto entre los gritos y los zapateos y perdiéndose en los rincones. Un tamborileo claro y seco, hecho con los nudillos de los dedos sobre la caja de una guitarra, surgía en los espacios que dejaban vacíos el canto y la música. En ese tamborileo, alma verdadera del baile nacional, la cueca, que marcaba su ritmo monocorde y constante, estaba el encanto y la atracción de él. Algunas manos, tocando sus palmas, y otras sonando sobre la vacilante mesilla con cubierta de lata, ayudaban a animar el baile, que sin tamborileo y sin palmadas habría cerrado sus alas, dejando caer al suelo, como un murciélago, su ritmo monocorde.

Bailaban los hombres con los ojos bajos, serios, como si cumplieran una obligación ineludible; únicamente en las vueltas, de

pasada, mientras el hombre acariciaba a la mujer con su pañuelo, ambos se sonreían, como quienes están cometiendo a escondidas alguna picardía. Después, los pañuelos daban vueltas en el aire y la seriedad recomenzaba. El ritmo impetuoso parecía dominarlos, ciñéndolos a su voluntad, impidiéndoles pensar en otra cosa que no fuera su seguimiento. El mundo exterior desaparecía para ellos; estaban unidos, mientras duraba el baile, por una especie de compromiso contraído ante una persona que temieran. Muy pocos, casi ninguno, tenía en sus movimientos vivacidad y entusiasmo.

Pero el final del baile los libertaba y una explosión de gritos y aullidos surgía de sus gargantas, haciendo oscilar la araña de cuatro luces que pendía en el centro del salón y empañando los espejos con un vaho caliente. Las manos se extendían ávidamente hacia los grandes vasos llenos de vino, colocados encima de las mesillas negras. Algunos se vaciaban el licor en la garganta, no bebían; estaban dominados por el deseo de embriagarse pronto y perder su timidez y su cordura, timidez y cordura que les impedía desatar toda la puerilidad y locura que bullían en sus corazones. Pero poco a poco todo se iba andando, andando sin prisa, y cerca de la medianoche ya el salón era una reunión de posesos que se retorcían de embriaguez, bailaban a saltos, desdeñando el ritmo imperioso del baile, gritaban, reían a gritos, abrazándose, llorando. Con las ropas en desorden y mojadas de chorreaduras de licor, revueltas las cabelleras, los rostros congestionados, las narices anhelantes y las bocas llenas de una saliva clara que no podían controlar, los hombres daban vueltas al salón, caían en las sillas, rodaban al suelo, hipando. Las mujeres se los llevaban a sus cuartos, vacilantes, los ojos vidriosos, mudos como idiotas.

En medio de este derrumbe, una voluntad y un espíritu permanecían firmes: los de doña María de los Santos. Sentada junto al piano en una amplia silla de paja, desbordante de grasa y de trapos, contemplaba la barahúnda humana; ella no se entusiasmaba, ella no reía, ella no bebía, no hacía otra cosa que cobrar lo que se consumía. Sus ojos sin expresión controlaban el negocio; ni una gota de vino se bebía o se derramaba sin que hubiera sido religiosamente pagada. Su mano derecha bajaba y subía desde el brazo de la silla hasta el bolsillo de su delantal, que poco a poco se hinchaba como un sapo, lleno de dinero.

Así se iba la noche…

Después de la medianoche el salón se despejó bastante; cuatro horas de baile y de licor eran más que suficientes para derribar al más fuerte. Sin embargo, algunos, cuyas cabezas sin duda eran de fierro o de madera, persistían aún; pero no bailaban, bebían solamente, conversando entre ellos, tartajeando, riéndose y profiriendo tremendas palabras. Las mujeres habían sido olvidadas; ellos no venían por ellas, venían por beber, por embriagarse y las utilizaban al principio como un medio de lograr su objeto. Hasta el baile era para ellos un pretexto para emborracharse. Sentadas, inclinaban ellas sus humildes cabezas, esperando una nueva remesa de hombres que vinieran a buscar allí su desequilibrio y su demencia alcohólica y a quienes ayudarían en la tarea. Ese era su papel. No existían allí como mujeres, sino como medio de alcanzar esto o lo otro.

En la calle se oían gritos; los hombres que salían de la casa se quedaban parados al borde de la acera, embotados, sin conciencia alguna; permanecían así un instante, procurando darse cuenta del sitio y estado en que se encontraban, y cuando al fin se orientaban, desaparecían gritando en la noche. Otros peleaban, cayendo al suelo y sonando como sacos llenos de papas o de sandías.

Tres o cuatro dormían sobre los sofás del salón; inútiles fueron los gritos y los remezones induciéndolos a despertar y retirarse. Sus camaradas, aburridos, los habían abandonado y allí estaban, como si estuvieran fosilizados, pálidos, recorridos de improviso por largos escalofríos que les hacían rechinar los dientes.

La casa permaneció así, en silencio, durante largo rato. Las mujeres dormitaban; los borrachos, ahítos ya y callados, no hacían ademán alguno de retirarse; ahí se estaban, sin saber por qué estaban allí, pues ya no sentían deseo de nada, ni de beber, ni de bailar, ni de hablar. Se miraban entre sí, dirigiéndose forzadas e inexplicables sonrisas. Pero de pronto el oscuro patio se llenó de voces claras, firmes, alegres. La dueña de casa, que no bebía, ni bailaba, ni dormía, animó a las mujeres:

—Ya viene gente…

Las mujeres, soñolientas y destempladas, se acercaron a la puerta. Una fila de individuos penetró al salón. Al verlos, la patrona se encogió de hombros y dijo:

—La que faltaba: la palomilla.

Era, en efecto, la palomilla, la temible y peligrosa palomilla; no la formada por chiquillos vendedores de diarios, lustrabotas y raterillos, sino otra muy distinta: la palomilla cuchillera, la palomilla nocturna, que mariposea en la noche bajo la luz de los faroles suburbanos y desaparece al amanecer en los zaguanes de los conventillos, la palomilla que roba cuando tiene ocasión de hacerlo o hiere y mata cuando la dejan y cuando nadie la ve, y que, sin embargo, no es ladrona ni asesina de profesión, faltándole audacia para lo primero y valor para lo segundo, pues no es ni valiente ni audaz sino en la oscuridad y en la soledad de las callejuelas apartadas.

La dueña de casa tenía razón al no recibirlos con agrado; la palomilla no es generosa, puesto que es pobre de condición y miserable de espíritu; no es amable, puesto que es brutal; no es tranquila, puesto que es maleante. Gastaban poco y se divertían mucho, pero su diversión era fría como una daga y triste como una máscara.

Eran seis hombres y los seis iban vestidos de una manera desaliñada y pobre. Camisa sin cuello, gorra o sombrero, ropas lustrosas y deshilachadas; algunos calzaban zapatos gastados y rotos, otros llevaban alpargatas.

Uno de ellos se acercó a la dueña de casa. Era un hombre como de veintiocho años, alto y delgado, con movimientos de autómata en todo su cuerpo; los brazos le colgaban fláccidamente de los enjutos hombros; tenía un rostro grande, huesudo, lampiño, de color mate, linfático, sin expresión, de labios finos y descoloridos, entre los cuales asomaban largos dientes verdosos. Todo él daba una fuerte impresión de frialdad que hacía encogerse a las mujeres como ante una culebra. Se llamaba Atilio, apodado El Maldito, es decir, el cuchillero sin valor.

—Buenas noches, misiá María —dijo, con una sonrisa que quería ser jovial—. ¿Cómo le va?

—No tan bien como a vos. ¿Qué andan haciendo por acá?

—Venimos a visitarla; a divertirnos un ratito.

—¡Pero no vayan a pelear!

—No, somos gente tranquila.

—Sí, muy tranquila. ¿Cuántas veces han estado presos esos que

vienen contigo?

Atilio se encogió de hombros y mostró sus dientes verdosos:

—Las cosas de misiá María… ¡Siempre tan tandera!

—Sí, no ves que yo no los conozco. ¿Cuándo saliste en libertad?

—El miércoles. Me estaban echando la culpa de la muerte del negro Agustín. ¡Tanto tiempo que no lo veo!

—¡Tanto tiempo que no lo veo! El día antes que lo mataran estuviste aquí con él.

—¡Je, je! Las cosas de misiá María…

—Bueno, ¿van a tomar algo?

—Sí, unos diez vasitos de vino. Aquí está la plata.

Extendió la mano, mostrando en la palma de ella un arrugado y sucio billete de diez pesos; pero la dueña de casa vaciló en tomarlos. A pesar de su avaricia, era generosa con la palomilla, pero esta generosidad era solamente un cálculo; regalándoles un poco de licor, se irían en cuanto lo terminaran, y como lo que quería era que se fueran cuanto antes, raras veces les cobraba. Además, con ello hacía méritos para que no le robaran. Por fin dijo:

—No, no me pagues; les regalo los diez vasos.

—Muchas gracias, señora María; siempre tan generosa con los pobres.

—Pero no peleen ni se roben nada.

—¡Cómo se le ocurre! No somos gente tragediosa…

—¡Hum!

Volvió a empezar la música y el baile; bailaban los palomillas en parejas, animándose unos a otros con ásperos gritos y palmoteando las flacas manos, que sonaban como delgadas tablas. Bailaban gravemente, dramáticamente, con una expresión trágica en sus rostros demacrados; hacían la menor cantidad posible de movimientos y sus piernas parecían pegadas unas a otras, de tal modo eran lentos y breves sus pasos. Exigían que las letras de los cantos fueran tristes, que no hablaran de amores alegres, ni de esperanzas sencillas; cuando las tocadoras no les daban en el gusto, cantaban ellos, acompañándose del piano, con voz blanca, sin tono, versos que parecían escritos en la cárcel o en el hospital:

¡Mi vida!
Solicito un imposible,
por un imposible muero;

imposible es olvidar
el imposible que quiero…
¡Ay, ay, ay!

Y los que bailaban, al zapatear silenciosamente sobre la alfombra, con movimientos arrastrados y sin moverse de un mismo lugar, parecían hacer un agujero en el suelo.

Poco a poco se fueron animando. Al terminar de bailar, bebían moderadamente, haciéndose guiños de inteligencia. No servían ni una gota a las mujeres; el licor era para los hombres. Y ellas bailaban sin ganas, por obligación y por temor. De aquellos hombres no se podía esperar amor, ni generosidad, ni siquiera amabilidad; pero tampoco había que olvidarlos o desairarlos, pues se podía recibir de ellos algo más duro y para ellas más temible: una bofetada o una puñalada.

Una hora larga haría que aquellos seis hombres estaban allí, cuando penetró al salón un nuevo grupo de individuos, la mayor parte de ellos vestidos de negro, decentemente. La dueña de casa, que conocía a cada uno y a todos sus parroquianos, comentó:

—¡Bah! Primero la palomilla y ahora los ladrones… Se juntó el hambre con las ganas de comer…

Se habían reunido las dos ramas últimas de la fauna santiaguina: los palomillas y los ladrones. Cuando estos entraron, bailaban Atilio y uno de sus compañeros. Los recién llegados se agruparon en la puerta del salón, observando y comentando:

—Son malditos. Fíjate como bailan.

—Ese que baila, el más alto, es el Maldito Atilio.

—He estado preso con él en el mismo calabozo.

—Cuchillero fino.

—Pega a la mala, por detrás y a la segura…

Los otros, por su parte, hacían lo mismo:

—Son ladrones.

—Ese chico de bigotes es Tobías, el punga.

—Ese alto es el Cabro Armando, llavero.

—Andan tomando.

—Vámonos —insinuó otro.

—¿Por qué? —interrogó Atilio, que terminaba de bailar—. ¿Qué

nos pueden hacer ellos que nosotros no les hagamos? Además, aquí se trata de divertirse y no de pelear. Sigamos bailando…

Al ver a los ladrones, las mujeres palmotearon de contento. Para ellas el ladrón es siempre más amable y más generoso que el palomilla; gasta cuanto tiene y quiere que todos se alegren junto con él. Las mujeres los conocían bien y fueron hacia ellos, olvidando a los otros. Pero la dueña de casa, que conocía muy bien el carácter de unos y otros, intervino:

—No dejen solos a estos niños; hay que atender a todos.

Las mujeres se rebelaron:

—¡Qué, esos rotos! Ni las gracias le dan a una cuando terminan de bailar, ni un traguito le sirven. Palomilla y basta…

Los ladrones pidieron una considerable cantidad de licor y pagaron en el acto. La zalagarda empezó de nuevo, pero ahora estruendosamente, con ímpetu renovado; los ladrones bailaban y cantaban, gritando con aturdimiento, riendo, cortejando a las mujeres, bromeando entre ellos. Eran muy buenos camaradas que se divertían juntos durante un momento, sin importarles el momento siguiente, que para ellos era siempre desconocido.

Entretanto, los palomillas quedaron olvidados en un rincón, bebiendo en silencio y mirando a mujeres y hombres con ojos de rencor. Hicieron dos o tres tentativas para que las mujeres bailaran nuevamente con ellos, pero no lo consiguieron; contestaban:

—Estoy tan cansada.

—Otro ratito…

—Estoy comprometida.

Se daban aire de señoritas. El Maldito Atilio, que recibió una contestación semejante, apretó los dientes y se puso más pálido; los labios se le pusieron más delgados. Murmuró:

—Bueno está…

Y volviendo hacia su asiento, dijo a sus compañeros:

—Afírmense, ñatos, porque de aquí alguien va a salir para los mármoles de la Morgue.

Los demás, que no tenían el avezamiento y la destreza de su camarada, se pusieron nerviosos, palpando inconscientemente los mangos de sus cuchillas, esperando el instante de la riña, que no se hizo esperar.

En un salón lleno de hombres y mujeres de esa calaña, no había

de faltar. Una de las mujeres, al terminar de bailar y desorientada por el griterío y el baile, equivocó la mesa de los ladrones con la de los palomillas y tomó un vaso, bebiendo un trago de vino; pero apenas había realizado este último movimiento, advirtió su error y miró hacia los maleantes. Doce ojos la miraban fijamente. Quiso pedir disculpas, pero antes de que lograra pronunciar una palabra recibió un insulto y un empujón que la estrelló violentamente contra uno de los ladrones. Y el Maldito Atilio, de pie junto a la mesa, le gritó:

—¿Tenemos cara de tontos nosotros o crees que venimos aquí a regalarte el vino? Miren qué niña…

La mujer, furiosa, contestó:

—¡Palomilla maldito!

—¿Y qué me sacas? —preguntó Atilio con sorna.

—¡Cobarde!

—¿Y qué más?

Un insulto brutal rebotó contra el rostro de madera de Atilio y este marchó impetuosamente contra la mujer, levantando el brazo. Pero en este instante un hombre se interpuso entre los dos. Era un hombre de baja estatura, pero grueso y musculoso, lleno de vivacidad y resolución en sus movimientos; su rostro moreno lucía un bigotillo negro y rizoso; los ojos eran grandes y llenos de fuego. Un diente de oro le relumbraba en la sonrisa, haciéndola más viva. Era la antítesis del Maldito Atilio, frío y estirado como una raíz marina. Detuvo al Maldito poniéndole una mano en el pecho y haciéndolo retroceder.

—¿Qué pasa? —preguntó este, asombrado.

—¡Eso es lo que digo yo, señor! ¿Qué pasa? —contestó el otro—. ¿Para qué tanta bulla por un poco de vino? Yo se lo devolveré si tanta falta le hace y tanto lo siente. Tome…

Fue hacia la mesa y cogiendo dos vasos llenos de vino los colocó en la mesa de Atilio.

—Ahí tiene su vino; no llore.

Atilio se encogió como un gusano al ser tocado:

—¿Y quién lo mete a usted en lo que no le importa?

—Me meto porque soy capaz de meterme. ¿O cree que el único capaz aquí es usted? Psché, qué niñito…

El tono del ladrón era agresivo y duro. Los demás presenciaban

la escena sin intervenir, sorprendidos, tan rápido era el desarrollo de ella y tan enérgico su contenido. Estaban separados los dos grupos de hombres, y las mujeres, al fondo del salón, arrimadas al piano, parecían una parvada de pollos asustados. La patrona salió hacia el patio y desde allí observaba los acontecimientos, pronta a llamar a la policía.

Pero Atilio, agachado, con los hombros encogidos, estiraba los brazos y abría las manos en un gesto de sorpresa:

—Bueno, pues, señor, ¿qué le digo yo? Así será, pues…

Pero el otro no se dejaba engañar.

—No, no se encoja de hombros. Si yo lo conozco… En cuanto me dé vuelta usted se me va a echar encima; pero a mí no, hermanito. Si es brujo me va a pegar por detrás; si no, no.

—¿Y con qué le voy a pegar?

—¿Con qué me va a pegar? Con su cuchilla, que la tiene en la cintura o debajo del brazo… Sáquela, ¿qué espera?

—Cuchilla… ¿De dónde saco yo cuchilla?

—Bueno, basta… Sigamos bailando —intervino uno de los compañeros del ladrón.

—Bailemos —contestó él.

La tocadora se sentó al piano y empezó a tocar desmayadamente, sin quitar los ojos del espejo; las mujeres se rehicieron y la dueña de casa volvió al salón. Le parecía que el asunto había terminado. Sin embargo…

Tobías, el ladrón, que no quitaba el ojo de las manos del Maldito, quiso probarlo y se dio vuelta, dándole la espalda, pero observándole por el espejo; Atilio, que no esperaba sino este movimiento para proceder a su modo, sin sospechar que era una trampa que se le tendía, levantó rápidamente la mano hacia la axila del brazo izquierdo; pero Tobías se dio vuelta y se lanzó contra él, sujetándole el brazo derecho:

—¡Qué va a hacer, señor, qué va a hacer!

—¡Suélteme! —gritó el otro, forcejeando, rabioso por haber sido sorprendido.

—¡Suéltese usted solo, si es capaz!

Pero el Maldito se esforzaba inútilmente por soltarse; el ladrón lo tenía sujeto con mano de hierro.

Tobías era mucho más bajo de estatura que Atilio, siendo, en

cambio, más fuerte; su rostro enrojecía con el esfuerzo, mientras que el de Atilio empalidecía. La dueña de casa volvió a salir al patio y se fue directamente a la puerta. El asunto ya no tenía arreglo; alguien iba a quedar tirado en el suelo. De pronto, haciendo un violento esfuerzo, el Maldito logró deslizar un poco el brazo y su mano apareció empuñando una cuchilla. Uno de los palomillas, más nervioso o más decidido que los otros, se lanzó hacia Tobías, pero recibió de uno de los ladrones un puñetazo que lo derribó sobre la alfombra. Y el agresor, saltando al medio del salón y sacando una daga, gritó:

—Ya, Tobías, suéltalo, que yo lo afirmo.

Sin soltar el brazo derecho de Atilio, el ladrón dio un puñetazo en el rostro de su contrincante, empujándolo, al mismo tiempo que lo soltaba; luego saltó hacia atrás y gritó:

—¡Pásamela!

Recibió el arma e hizo frente a Atilio, que se le venía encima, parándolo con un movimiento de su daga. Las mujeres salieron gritando.

—¡Y ahora, compadre Atilio, encomiéndese a su madre, porque usted no le volverá a pegar a nadie a la mala! —gritó Tobías.

Atilio tuvo miedo. Tenía costumbre de manejar cuchilla, pero no en esa forma y frente a un hombre apasionado como aquel; sin embargo, el hecho era inevitable y si no hería y mataba pronto, sería él el herido o muerto. Se recogió sobre sí mismo y ocultó su arma bajo el sombrero, mostrando solamente la punta asomada bajo el ala.

Los demás se dispusieron a pelear igualmente. Con los dientes y los puños apretados se miraban con rabia, dirigiéndose preguntas breves y agresivas:

—¿Y qué, pues, y qué?

—¿Y qué?

—¡Sácala!

—Sácala vos primero…

Un brazo volteó en el aire y los espejos recogieron un reflejo metálico. Tobías, sorteando la puñalada, avanzó resueltamente, acercándose a Atilio, y en el momento en que este echaba el brazo hacia atrás, estiró el brazo y lo volvió a estirar y las dos veces su arma encontró el cuerpo del Maldito. Atilio se encogió, cayendo

pesadamente al suelo. Más pálido y demacrado que nunca, sus ojos miraban hacia un punto lejano. Tobías gritó:

—Tan diablo y tan maldito que eres y por dos chuzacitos que te pegué ya te estás muriendo…

Se oyó una voz de mujer que gritaba:

—¡La policía!

Uno de los ladrones cogió una silla y dio un fuerte golpe a la araña; se apagaron las luces y en la oscuridad nadie supo lo que pasó.

Cuando la policía, precedida de la dueña de casa, entró al salón, encontró al Maldito Atilio que se desangraba copiosamente y en los sillones a tres borrachos que dormían a pierna suelta. Los demás habían desaparecido.

Así terminó, en la casa de doña María de los Santos, aquella noche de canto y baile.

EL LEÓN Y EL HOMBRE

En lo más alto de una montaña y en un chiflón que un minero abrió al seguir una veta que se agotó pronto, vivían el León viejo y su hijo.

Para el primero habían terminado ya los días de la juventud, aquellos lejanos y alegres días en que sus patas, elásticas y firmes, recorrían los confusos senderos de los bosquecillos cordilleranos, deslizándose silenciosamente entre los quillayes y los litres, como una inquietante mancha amarilla que en el otoño se confundía con el color del paisaje.

Estaba ahora viejo y achacoso, respetable de vejez y de achaques.

Para el segundo, en cambio, empezaban aquellos alegres días.

En su mocedad, aquel León viejo fue el terror de los caseríos y fundos comarcanos. Vivía entonces a su lado la compañera de sus días, una Leona de ancho pecho y pesadas patas, de piel nerviosa y brillante, ágil en el salto y veloz en la carrera. ¡Cuántas noches de aventuras con ella y cuántas de amor en la soledad de las montañas! Salían de la guarida al atardecer, cuando el águila, inmóvil en el aire, a gran altura, recogía en sus ojos y en sus alas las últimas luces del sol; bajaban hacia el valle por atajos conocidos por ellos y al anochecido marchaban ya sobre las primeras vegas cordilleranas. Saltaban sin esfuerzo las pircas de piedras y ramas de espino y sorprendían a los animales perdidos o atrasados, sembrando la muerte y el terror entre los pacíficos piños de engorda. Toda la noche, dueños de la soledad y del silencio, sus pasos suaves recorrían el campo y solo regresaban al cubil, marchando perezosamente, cuando la noche empezaba a palidecer en las cimas de los cerros y las claras estrellas se diluían en una claridad mayor.

Así transcurrieron los hermosos tiempos de la juventud, que el viejo León, ahora medio ciego y casi inválido, recordaba todos los días a la hora en que la noche echa a rodar su río silencioso sobre el mundo.

Y aquello fue así durante tiempo, durante años, hasta que un día el Hombre que vivía allá abajo, al pie de los cerros y en el nacimiento del valle, se aburrió. Era pobre, su chacra era pequeña, escaso su ganado, muchas veces ajeno —recibido para engorda— y las piraterías del León causaban gran estrago en su modesta hacienda. Era preciso terminar con ellas…

Y una tarde limpió y engrasó cuidadosamente su carabina, llamó y reunió junto a sí a todos los perros del contorno, buscó el rastro de los depredadores y acompañado de otros hombres esperó en la entrada del valle a los nocturnos visitantes. Como era inteligente, preparó una celada. Una vaca vieja e inútil, amarrada a una estaca, fue el cebo. En la noche la Leona cayó sobre ella como una masa tibia y elástica que emergiera de la sombra y la vieja vaca se derrumbó sin un gemido. Pero en ese mismo instante diez disparos de carabina atronaron el aire y veinte perros salieron corriendo tras las diez balas.

Alcanzada por varios proyectiles, la Leona quedó tendida junto a la vaca, manchada de rojo su piel azafranada, y el León, lleno de coraje, excitado por los ladridos y los disparos, se lanzó sobre los perros, aplastándoles con las poderosas patas y abriéndolos como sandías con las afiladas garras. Pero las carabinas gritaron de nuevo y otras diez balas buscaron en la sombra el cuerpo del León.

Exasperada por el dolor de un tiro recibido, desorientada, la fiera saltó, cayendo entre los hombres escondidos detrás de una pirca; hirió a uno y a otro y luego huyó, desapareciendo en la oscuridad.

Volvió a los pocos días, cuando el Hombre, confiado de nuevo, dormía. Mató sin ruido a los perros que encontró a su paso y sin ser sentido llegó junto al rancho del Hombre. Al dar vueltas alrededor de él, tal vez buscando una entrada, encontró, estacada en la pared que daba hacia el oriente, la piel de la compañera de sus días. Furioso, la rasgó de cabeza a cola con un arañazo brutal, que hizo oscilar la delgada pared y despertó al Hombre.

Extrañado del ruido, el Hombre se sentó en la cama y escuchó. ¿Qué podía ser aquello? Oyó un jadeo profundo y agitado que no podía ser producido por un ser humano y se levantó a mirar por el ventanuco de su rancho. Junto a la piel rasgada de la Leona, el León, lamiéndose las garras, parecía aguardar a alguien. Trémulo de

alegría, el Hombre buscó a tientas su carabina; pero tan anhelante estaba que no pudo hallarla ni recordar el lugar donde la había dejado. Lo único que encontró fue una vieja escopeta que utilizaba para cazar perdices y conejos y que por fortuna estaba cargada.

Un instante después el León recibió en la lustrosa piel del flanco una perdigonada estruendosa que lo hizo huir lamentablemente.

Pero volvió de nuevo. Quería disputarle al Hombre, palmo a palmo, su dominio. Esta vez lo cercaron los perros contra un matorral y solo pudo salvarse a costa de la muerte de cuatro de ellos.

En la última excursión que efectuó, los perros, que también veían en él a un enemigo, lo descubrieron desde lejos, olfateándolo, y se avisaron entre sí ladrándose de rancho en rancho, despertando con ello la curiosidad y la sospecha del Hombre, que acudió a los ladridos armado de su temible carabina.

Acosado por los perros y sintiendo silbar cerca de sus orejas las calientes y redondas balas, el León fue arrojado hasta el nacimiento del valle, donde el Hombre, después de dispararle un último balazo que tronchó junto a la fiera un gracioso tallo de huille florido, le gritó, amenazándolo con el puño:

—¡Hijo de una grandísima! ¡No vuelvas más por aquí!

Y el León no volvió más. El Hombre no era ni más valiente ni más fuerte que él; pero era, en cambio, más inteligente y tenía perros y armas y sabía tender lazos en los caminos del bosque. El León había visto conejos y zorros apresados en ellos. Además, el Hombre defendía su trabajo y cuidaba su prosperidad, ambicionando que todo estuviera bajo su dominio inmediato.

El León abandonó la partida y subió a su montaña. Tenía un hijo pequeño, que le dejara su vieja compañera, y a él dedicó el resto de sus días.

Y de este modo la ley del Hombre, afirmada por la carabina y los perros, imperó sin contrapeso desde donde nace el valle hasta donde muere el río, y más allá aún.

Una mañana de principios de primavera, el viejo León, echado a la entrada del chiflón que le servía de cueva, tomaba el sol, dormitando. El aire era fresco y el sol tibio. Un poco más allá, en la orilla de una pequeña planicie, desde donde se dominaba una parte del río, que por allí corría entre altas gargantas antes de echarse al

valle, estaba el León joven. Era un magnífico cachorro, robusto y ágil, consciente y orgulloso de su robustez y agilidad. Había entrado ya en la pubertad y su cuerpo era apretado de músculos y de nervios; las patas eran ya anchas y vigorosas y los colmillos agudos y fuertes. Todo él pedía aventuras, carreras, saltos, peleas, violencia. Los instintos de los animales de presa bullíanle en las venas. Criado entre rocas y árboles, en la soledad y en el silencio de las montañas, sus sentidos eran finos y precisos. Sus orejas percibían los menores ruidos y su olfato recogía todas las variaciones del olor; sus dorados ojos advertían desde lejos los más pequeños movimientos y su piel azafranada, eléctrica de sensibilidad, expresaba, en escalofríos que terminaban en la punta de las redondas y cortas orejas, las impresiones que los sentidos le transmitían.

El Padre lo había educado como a un verdadero León, haciéndolo fuerte y astuto, valiente, alerta, enseñándole todo lo que un León debe saber para subsistir en medio de la vida salvaje de las montañas; los modos de cazar y los modos de pelear; los modos de huir y los modos de atacar, y, sobre todo, infundió en él el sentido de su superioridad sobre los otros animales. Así como el Cóndor es el rey del aire, el León es el rey de la tierra. Pero toda aquella sabiduría estaba aún en reposo, inédita. El León viejo no le permitía alejarse de su lado y la impetuosidad del cachorro se estrellaba y doblaba ante la prudencia del padre.

Y es que había un secreto que el León viejo no revelaba todavía a su hijo y ese secreto era el que le obligaba a impedir su alejamiento.

Aquella mañana, echado al sol sobre el vientre, con la cabeza levantada y los sentidos en tensión, el León joven oteaba la lejanía. Miraba el río, los bosques colgados de las faldas amplias de las montañas, las vertientes que salían de los macizos de árboles, brillando entre ellos como pequeñas culebras plateadas; advertía las locas carreras de los conejos por entre los litres y los arrayanes y los vuelos cortos y repentinos de las perdices; oía el canto largo y apasionado de la tenca y el silbido displicente del zorzal gaucho. El cielo estaba de un azul radiante y el aire, alto y puro, llenaba hasta los bordes el cuenco del espacio.

¿Cuándo podría él echarse a andar?

Se levantó desperezándose y miró a su padre. Si alguna vez hubo en el mundo un hijo respetuoso con su padre, ese fue el León joven. Y no solo le infundía respeto sino también admiración. Admiraba en él su aire de adustez y de tranquila fiereza, su expresión de fuerza en sosiego, su sabiduría de la vida. Anduvo unos pasos y se detuvo ante él. El León viejo abrió un ojo y lo miró. Aunque sus pupilas estaban ya nubladas por la vejez, conservaban todavía un recuerdo de la fijeza y penetración de antaño.

—¿Qué quieres, hijo? —preguntó.

—Estaba pensando, padre —contestó el cachorro—, si habrá en todo el mundo alguien más guapo que su merced. —Así trataban antes los hijos a los padres.

El León viejo inclinó la cabeza. El momento de la revelación, durante tanto tiempo postergado, llegaba al fin. Después de un instante contestó:

—Sí, hijo.

Esta respuesta llenó de sorpresa al León joven. Su padre, hasta ese momento, le había enseñado que los animales de su raza eran los más guapos de la tierra.

—¿Cómo puede ser eso, padre —preguntó—, cuando yo, que soy su hijo, no le tengo miedo a nadie ni más respeto que a su merced?

A pesar del orgullo que esta pregunta produjo en él, contestó el veterano:

—No te engañes, hijo. Hay en el mundo un animal muy bravo que se la gana a todos, si no por bien, por mal se han de dar. Por eso es que yo, que era el rey del mundo, me he tenido que enriscar entre estos cerros, por no darme.

—¡Bah! —repuso jactanciosamente el León joven—. Con su permiso, padre, écheme su bendición y yo iré a pelear con ese animal para quitarle el mundo. ¡Qué tanto será lo guapo! Después de su merced, ¿qué animal será tan grande que yo no me le anime?

El León viejo contestó:

—No es tan grande, hijo, pero es más ardiloso que todos, y se llama el Hombre. No te daré nunca permiso, mientras viva, para que vayas a pelear con él.

Insistió el León joven, pero el viejo se mantuvo inflexible. Mientras él viviera no le consentiría alejarse de su lado y mucho menos para ir a pelear con el Hombre. Y quieras que no, el cachorro

tuvo que quedarse refunfuñando y afilándose las uñas.

Pero el León viejo estaba muy enfermo y a los dos días murió. Poco antes contó a su hijo la historia de su madre.

Esto avivó en el León joven el deseo de ir a medir sus fuerzas con aquel animal extraordinario, de cuya figura y de cuya inteligencia, a pesar de los relatos de su padre, no tenía la menor idea.

Después de llorarlo fue a buscar unas ramas y lo tapó cuidadosamente, velándolo durante todo ese día y su noche, y al día siguiente, apenas amaneció, dijo:

—Ahora sí que no me quedo sin pelear con el Hombre.

Y salió cordillera abajo, a buscarlo.

El día era espléndido, fresco. El viento corría bajo, entre los cajones del río, haciendo oscilar los pesados robles. El agua reverberaba al sol. Los bosques estaban llenos de cantos y de murmullos. Los insectos y los pájaros se cernían ingrávidos en el aire seco, dorados de sol. La gran araña peluda ascendía desde el fondo de su agujero tapizado y salía a la luz, mostrando sus largas patas rojizas y su vientre de cobre. Grandes bandadas de tórtolas cordilleranas se levantaban y se abatían entre los pajonales. Conejos, vizcachas, zorros, perdices, quirquinchos, pululaban sobre la tierra, deslizándose entre los arbustos. Era la población menuda, pero densa, de la montaña, que salía a tomar el sol. Más allá, en las orillas de las vertientes, enormes helechos empapados de agua mostraban sus cabezotas verdes. Todo parecía incitar a la aventura, a la marcha errante y sin sentido a través del mundo.

El León llegó rápidamente a la orilla del río. Durante su marcha tuvo ocasión de observar el respeto y el temor que su presencia despertaba en los demás animales. Al verlo, el conejo amarillento o gris paraba desmesuradamente las orejas y dando un golpe seco con las patas traseras, como tomando impulso, huía a perderse en los matorrales; la zorra dejaba escapar un gruñido de terror y arrastrando su cola amarilla, erizada de miedo, desaparecía entre los intersticios de las rocas; la perdiz lanzaba un silbido de espanto y horadaba los aires como una piedra; el quirquincho se recogía y ovillaba, rodando cerro abajo como un pedrusco, y los pájaros, las tórtolas, los zorzales, las tencas, las loicas con sus mantas bermejas y las codornices con sus gorros de tres plumas, se levantaban en el

aire como impelidas por un viento poderoso. Viendo aquello pensó orgullosamente:

«Después de mi padre, ¿qué animal habrá en el mundo más guapo que yo? ¡Ninguno!».

Tomó hacia abajo por la orilla del río, saltando de peñasco en peñasco, dando vuelta los matorrales, ya corriendo, ya trotando, sintiendo que sus músculos y sus nervios le respondían maravillosamente al ser requeridos. Se sentía lleno de fuerza y de confianza.

Pero poco a poco la garganta se fue ensanchando y de pronto se abrió, apareciendo ante los ojos del León un espectáculo que lo hizo detenerse estupefacto. Allí las montañas se dividían en dos filas, tomando una hacia allá y otra hacia acá, distanciándose una de otra hasta perderse de vista. La tierra se aplanaba y cambiaba de color, desaparecían los peñascos, todo era blando y suave y el río seguía corriendo por en medio de aquella tierra plana, dividiéndola en dos.

Aquello era el valle, la misteriosa región donde empezaba el dominio del Hombre, el animal más bravo del mundo, según dijera el León viejo a su hijo.

El León vio a lo lejos las casas del Hombre, sus chacras y potreros, las divisiones que separaban unos campos de otros, y los piños de animales. Pero él no sabía qué era todo aquello. La ignorancia en que había vivido hasta ese momento impedíale especificar y diferenciar lo que veía. Por lo demás, su único deseo era encontrar al Hombre y medir sus fuerzas vírgenes con él.

—¿Adónde andará ese guapo? —se preguntó—. Vamos a buscarlo.

Y siguió andando hasta entrar en el dominio del Hombre. Le extrañaba el cambio del paisaje y la diferencia que notaba entre su abrupta montaña nativa y esta tierra amplia y lisa, donde todo parecía estar bajo el cuidado de una mano poderosa. Le extrañaba también la ausencia de los animales que vivían en la montaña. Ni una perdiz, ni un zorro, ni un conejo. Únicamente los pájaros y los insectos continuaban allí su vida de siempre.

Ya estaba pensando que en esa tierra no habitaba animal alguno, cuando vio, en una pequeña vega junto al río, un caballo muy flaco. Se detuvo y lo observó un momento.

—¡Bah! —dijo después—. Ese no me aguanta nada.

Avanzó con el vientre pegado a la tierra y cuando estuvo cerca del Caballo, que pacía tranquilo y despreocupado, se irguió repentinamente y gritó:

—¿Tú eres el Hombre?

Al oír esa voz gruesa y desacostumbrada, el Caballo dio un respingo, asustado. Aunque hacía años que no veía un León, recordaba perfectamente qué clase de compadre era, y contestó con rapidez:

—Yo no soy el Hombre, señor.

—¿Quién es el Hombre, entonces?

El Caballo, al ver que el León no pretendía nada contra él, contestó, cachazudo y dolido:

—El Hombre, señor, está más abajo y es un animal muy malo y muy guapo. A mí me tiene bien dado, y porque no me la quería dar me metió unos fierros en la boca, me amarró con unos correones, y con otros fierros clavadores que se puso en los talones se me subió encima y me agarró a pencazos y puyazos por las costillas, hasta que tuve que hacer su voluntad y llevarlo para donde se le antojaba y después me mandó a estos rincones, en donde casi me muero de hambre.

—¿Para qué eres leso? —dijo despectivamente el León—. Yo voy a buscar al Hombre a ver si es capaz de pelear conmigo.

Siguió andando y poco más allá, detrás de una pirca, vio el lomo de un Buey, con sus cuernos.

«Ese es el Hombre», pensó. «¡Y qué grandes son las uñas que tiene!… Pero las tiene en la cabeza, mientras que yo las tengo en las manos. A ver si es el Hombre».

De un salto se encaramó sobre la pirca.

—¿Tú eres el Hombre? —gritó al Buey.

El Buey se puso a temblar, más muerto que vivo, y sacando la voz como pudo contestó:

—Yo no soy el Hombre, señorcito. El Hombre vive más abajo.

Pero el León no le creyó.

—Me quieres engañar diciendo que no eres tú porque estás tiritando de cobardía. ¿Te animas a pelear conmigo? ¿Para qué ese cuerpo tan regrande y esos armamentos que tienes en la cabeza sino para ganársela a los que no son guapos como yo? ¡Ponle al tiro si quieres!

Y el Buey, viendo que no podría huir del León ni hacerle frente, respondió casi llorando de miedo:

—¡No, señorcito, por Dios! Si yo no soy peleador ni guapo. Ya ve que el Hombre me tiene bien amansado y que cuando yo estaba toruno y me le quise sublevar me echó unos lazos, me tiró al suelo y me marcó el pellejo con un hierro caliente que todavía me escuece. ¿No ve, su señoría, aquí en las ancas…? Y me hizo otras cosas, bien peores, que me dan vergüenza… Después me puso el yugo y a picanazos me hizo tirar la carreta. Y aquí estoy, señor, padeciendo hasta que al Hombre se le ocurra matarme para comerme…

El León, al terminar el Buey sus quejas, le dirigió una mirada de profundo desprecio:

—¡Tan regrande y tan… vilote! No sirves para nada. Me voy.

Y siguió valle abajo, en busca del Hombre, pensando:

«Todos son aquí unos cobardes y ninguno es capaz de enfacharse conmigo».

Ya veía las chacras y al dar vuelta un bosquecillo vio un humo y después el rancho de una posesión de inquilinos. Se acercó a los cercos, sin hacer ruido. El Perro del inquilino, que estaba echado a la sombra de un peral, lo olfateó y salió a ladrarle. El León se sentó a esperarlo y pensó:

«Este sí que ha de ser el Hombre. Bien me decía mi padre que no era tan grande. ¡Pero a mí no me la gana este chicoco! Es pura alharaca la que trae y no se viene al cuerpo».

El Perro, que por instinto sabía lo que era un León, le ladraba desde lejos.

—¡A ver, Hombre, cállate un poco! —le gritó el León.

El Perro contestó, arrogante:

—Yo no soy el Hombre, pero mi amo sí es el Hombre.

—Así me está pareciendo, porque lo que eres tú no me aguantas ni la primera trenzada. Anda a decirle a tu amo que vengo a desafiarlo a ver si es cierto que él es el más guapo del mundo, como dicen.

Fue el Perro para la posesión y poco después volvió acompañado del Hombre, que traía al brazo una escopeta y fumaba, apacible, un cigarro de hoja.

—¡Bah! —dijo el León, al verlo—. ¡Qué raro es el Hombre! No anda con la cabeza agachada, como todos nosotros… ¡Y echa

humito! ¿Cómo comerá? Anda echado para atrás. ¡Bah! Yo también me siento en las patas para pelear con las manos libres. ¿Qué gran ventaja me llevará?

Poco a poco el Hombre acercose al León. Era un labrador delgado, de bigotes, pálido, de aire tranquilo y reposado, vestido con liviana ropa campesina y calzado de ojotas. Nada había en él de temible ni de feroz y la fiera no habría necesitado gran esfuerzo para acabar con él. El León estaba sorprendido y miraba fijamente al Hombre, que a su vez miraba al León.

Estaban frente a frente el rey de la montaña y el rey del valle.

—¿Tú eres el Hombre? —interrogó el León.

—Yo soy el Hombre —contestó el labrador tranquilamente.

—A pelear contigo vengo para saber cuál es el más guapo en el mundo.

—Bueno —dijo sonriendo el Hombre—. Pero para que yo pelee contigo tienes que sacarme rabia. Rétame tú primero y después te contesto yo.

Y ante la admiración del Perro, que contemplaba turulato la escena, el León empezó a insultar al Hombre:

—¡Asesino, que mataste a mi madre! ¡Ladrón, que le robaste el mundo a mi padre! ¡Abusador, que abusas con los que no son capaces de pelear contigo! ¡Cobarde, que te vales de trampas para pelear! ¡Salteador! ¡Bandido…! Ya está, ya te insulté. Ahora, si eres capaz, pelea conmigo.

—Bueno —dijo el Hombre—. Ahora me toca a mí.

Y aquel Hombre, delgado, de aspecto tranquilo, que de no tener una escopeta en las manos habría huido al ver al León, se echó el arma a la cara y le apuntó diciendo:

—Allá va una mala palabra.

Y le disparó un escopetazo y le quebró una pata.

—¡Ay, ay, ay, aycito! —exclamó el León—. ¡Señorcito Hombre, por favor, no peleo más con usted!

Y más asustado y maravillado que dolido, el León huyó cordillera adentro, seguido de los ladridos envalentonados del Perro.

Cuando llegó al nacimiento del valle, antes de internarse para siempre entre sus montañas, miró hacia el dominio del Hombre y dijo:

—¡Bien me decía mi finado taita que no viniera a pelear con el Hombre! Si con una palabra no más me quebró una pata, ¿qué habría pasado si se me viene al cuerpo?

El fantasma del patio

A las diez y media de la noche, la señora Fortunata, cansada del trajín del día, se acostó. Era una viejecilla ya sexagenaria, pero animosa y locuaz, un poco sorda, baja de estatura, regordeta, de piel rosada y cabellos entrecanos. Un tic nervioso, insistente, le bajaba el párpado derecho sobre el ojo pequeño y claro.

Su marido dormía ya, cerca de ella, respirando apaciblemente. No se veía de él más que la punta de la nariz, asomando displicente entre la sábana y la frazada, y el bigote recio, recortado como a podadora, cuyos pelos, apuntando hacia el techo, parecían amenazar a alguien que estuviera en el tejado.

Un momento estuvo la señora Fortunata sentada en la cama, entregada a meditaciones de índole familiar; su familia era numerosa y en ella pensaba todas las noches, al acostarse, recordando a cada uno de los individuos que la componían y observando mentalmente su salud y su prosperidad, sin olvidar a nadie y yendo desde Tristán, nieto suyo, de tres meses de edad, hasta ella misma, arrugadita ya por los años.

Pero aquella noche sus meditaciones fueron interrumpidas de modo brusco; un gemido ahogado, como de angustia, salía de entre las ropas de la cama de su marido. La señora Fortunata levantó con un dedo el párpado caído y miró a su esposo con los dos ojos.

—Alguna pesadilla —murmuró.

Un nuevo gemido salió de la cama vecina y el cuerpo del durmiente se agitó en convulsiones lentas.

—Eleuterio… —llamó ella.

—¡Ah! —contestó el hombre, ahogadamente, como si saliera de debajo del agua.

—¿Qué te sucede?

Farfulló don Eleuterio algunas palabras ininteligibles, diciendo al fin:

—Una pesadilla, mujer… Siempre que en la mesa cuentan alguna historia de fantasmas o de ánimas, duermo mal. ¿Qué objeto

tiene contar esas tonteras?

Sacó una mano, hizo con ella su gesto favorito, que consistía en frotar el dedo índice con el medio, y aseguró:

—Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto… ¡Hummm!

—¡Bah! —rio ella, y la risa le llenó el rostro de arruguillas—. ¡Qué hombre tan valiente! Le tiene miedo a las ánimas…

Pero él protestó:

—Estando despierto no le tengo miedo a nada; pero estando dormido, cambia la figura.

En la mesa, después de comida, se habló de ánimas y apariciones y don Eleuterio contó que su padre, una noche que marchaba a caballo por un camino solitario, acompañado de un compadre, había sentido que un bulto caía de un árbol sobre el anca de su animal. Por la forma de las ropas, que alcanzó a ver de reojo, comprendió el viandante que se trataba de una mujer, y sin darse vuelta a mirarla, la intimó:

—Déjese de bromas, señora, y bájese.

Pero la mujer saltó al suelo y, mostrando unos dientes horribles, de una cuarta de largo, preguntó, al tiempo que lanzaba un chillido de lechuza:

—¿Queeeeeé?

Con lo cual, y sin ponerse previamente de acuerdo, los dos compadres cayeron desmayados al suelo.

—Y eso que mi padre era hombre serio —aseguró el narrador.

Se habló también del fantasma que, según algunos vecinos, solía aparecer en el patio de la casa. Decían —y esto era cierto— que el primer propietario de aquella casa fue un agenciero llamado Belisario, difunto ya, el cual —aquí empezaba la leyenda— antes de morir, como no tenía herederos, enterró su fortuna en el patio, al pie de un saúco que aún existía, y que en las noches su alma de avaro venía a contar las monedas de su tesoro.

—Y tú mismo, ¿no estuviste contando tonteras?

—Sí, pero… Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto… ¡Hummmmm!

Un minuto después don Eleuterio roncaba tranquilamente y doña Fortunata apagó la vela y se tendió en la cama; estaba cansada. Sin embargo, como sus meditaciones habían sido interrumpidas, las reanudó en la oscuridad. Recordó la casa y los

que en ella vivían: su hija mayor, Laura, con el marido y tres niños; sus hijas menores, de doce y trece años, Tránsito y Lucha; un amigo de la casa, don Carlos Borne, que estaba alojado allí mientras solucionaba cierto asunto de carácter judicial; su ahijado Guillermo, mocetón campesino, y las dos empleadas de la casa. Además, a su hija Irma, llamada cariñosamente Pitiuca, que residía con su marido en un pueblo de la costa. Nadie se le escapó.

En la casa todos reposaban ya, menos don Carlos, que después de la sobremesa saliera a dar un paseo hasta el club y no regresaba aún. Antes de acostarse dispuso ella todo lo necesario para el día siguiente: la higiene de la casa, los pagos que habría que hacer, las compras que deberían efectuarse, la lista de las comidas, la ropa limpia; todas las menudencias domésticas estaban resueltas de antemano. El jarro en que por las mañanas se recibía la leche estaba en el patio, al alcance de la mano, y el perro Zafiro, soltado por su yerno Jorge, el marido de su hija Laura, corría por la casa ladrando bravamente. Nada faltaba, todo estaba previsto y en orden y ella podía esperar en paz el nuevo día. Lanzó un suspiro de satisfacción:

—Gracias a Dios…

Se pasó la punta de los dedos por la comisura de los labios, gesto acostumbrado en ella, que al hacerlo parecía recoger algo que se le quedara olvidado allí, y luego metió la mano bajo la almohada, sacando el rosario, un viejo rosario de cuentas coloradas que usaba en sus oraciones desde hacía muchos años y al cual atribuía condiciones milagrosas; buscó una cuenta gruesa y se puso a rezar, bisbiseando:

—Padre Nuestro que estás en los cielos…

Terminó rápidamente, pues el sueño la apuraba, y las emprendió contra una hilera de avemarías. Una, dos, tres, cuatro… Pero cuando iba en la mitad de la cuarta y avanzaba a través de la oración como por un bosque espeso, pesadamente, lanzó un ronquido. Despertó, irritada con el sueño que siempre la asaltaba en medio de sus devociones piadosas, y empezó de nuevo la cuarta avemaría; pero antes de llegar a la mitad un ronquido decisivo se escapó de su garganta. Quiso rebelarse aún, pero el sueño, de oscuro y ancho rostro, colocole sobre el pecho su pesado pie y la dejó inmóvil, tendida de espalda, roncando suavemente.

La quietud y la oscuridad volaban como murciélagos sobre la

casa. Por los tragaluces salía el suave rumor de las respiraciones y algunos borboteos profundos resbalaban en el aire nocturno. Era noche de luna, que aparecía y desaparecía entre grandes nubarrones, deslizándose entre ellos como una gota de metal frío. El pueblo dormía tranquilamente su medianoche.

La casa en que habitaba la familia Bobadilla era una amplia casa provinciana con dos grandes patios empedrados con guijarros de río. El primero estaba rodeado por un corredor, donde se alineaban las habitaciones de la familia. En el ángulo inferior derecho, se alzaba la mata de saúco, entre cuyas matas —según la leyenda— aparecía el ánima atribulada del prestamista Belisario. En el segundo había una pesebrera, y frente a esta, a la derecha, estaba la bodega donde don Eleuterio convertía en chicha y vino la cosecha de la viña que se extendía a los pies de la casa.

De noche la casa se agrandaba con el silencio y la oscuridad y los patios se llenaban de sombríos rincones, donde parecían apiñarse los fantasmas de las leyendas populares. Los gatos se deslizaban por ellos como movibles trozos de sombra, y el perro Zafiro, alto, macizo, negro, hacía sonar sobre las piedrecillas sus largas uñas de can sedentario.

Pasó una hora y el reloj de la cárcel, que a pesar de su vejez tenía buena memoria, la marcó con gran calma; las campanadas sonaban en la noche como monedas de cobre en un tarro vacío. Entretanto, las nubes proseguían su marcha hacia el este, mientras la luna, como huyendo de ellas, avanzaba hacia el oeste. Algunas estrellas brillaban de súbito entre los nublados; irradiaban un instante y desaparecían luego entre los nubarrones de octubre.

Cerca de las doce se oyeron en la calle algunos pasos rápidos que se detuvieron frente a la casa; una llave sonó en la cerradura y la antigua puerta se abrió sin prisa. En el vano apareció la figura de un hombre delgado y alto, que entró, volvió a cerrar y desapareció de repente en la oscuridad larga del zaguán. Avanzó despacio, pisando cautelosamente, como un ladrón o como una persona que no quiere molestar a los que duermen; llegó a la entrada del patio y torció hacia la derecha.

Fue en ese momento cuando el fantasma apareció ante sus ojos. El terror lo detuvo, clavándolo en el sitio, enmudeciéndolo; desde el

fondo del oscuro patio y como surgiendo de entre las raíces del saúco, una forma blanca y delgada avanzaba hacia él. Parecía flotar en el aire, pues no se veía cuerpo alguno que la sostuviera sobre el suelo. La oscuridad profunda que había en ese instante, pues las nubes concluyeron al fin por triunfar sobre la luna, apagándola, hacía resaltar más la mancha blanca. Durante un segundo, el hombre procuró explicarse qué era aquello, pero no pudo hacerlo; en la casa no existía nada que tuviera esa forma y ese color y que pudiera deslizarse y flotar en el aire. Y esto, unido al recuerdo de lo que se conversara durante la sobremesa respecto al ánima que aparecía entre el ramaje del saúco, contribuyó a perturbar la poca serenidad y cordura que tenía en ese momento. Sintió que todo él se convertía en un solo cabello erizado e instintivamente volvió a hundirse en la oscuridad del zaguán; pero la aparición se dirigió sin vacilar hacia donde él estaba. Don Carlos Borne no vio nada, pues la oscuridad era espesa como un aceite. Oyó junto a sí una respiración que jamás antes ni después oyera, y algo frío, sin vida, se posó sobre una de sus mejillas, mientras dos manos pequeñas, descarnadas, lo recorrían de arriba abajo. Quiso gritar, pero lo único que hizo fue lanzar un estertor ronco. Un instante después la respiración se alejó y él vio salir hacia el patio, donde la sombra no era tan densa, la forma blanca del fantasma; se alejaba velozmente y una mancha oscura, inexplicable, flotaba tras ella.

Allí se quedó, pegado a la muralla, sin movimiento, sin raciocinio, como si fuera un sobretodo colgado a un clavo. Sin embargo, reaccionó. Se palpó y se encontró intacto, y la certeza de que aún vivía y la circunstancia de que el fantasma hubiera desaparecido le dieron ánimos. Salió del zaguán y a tientas, sintiendo que un sudor frío le corría a chorros por la espalda, caminó hasta llegar a la puerta de la habitación donde dormían la hija mayor y el yerno de la señora Fortunata. Golpeó suavemente los vidrios, pero nadie respondió. Golpeó más fuerte y una voz de hombre preguntó:

—¿Quién es?

—Bo… Bo… Bo… —tartamudeó el que llamaba, sintiendo que los pantalones se le caían de miedo.

—¿Qué bo bo bo? —preguntó la voz enérgicamente.

—Borne —dijo al fin el aterrorizado caballero.

—¡Ah! ¿Don Carlos?

—Sí, don Jorge; yo soy.

—¿Qué le pasa?

—Le ruego que se levante, don Jorge; aquí en el patio he visto algo que me parece extraordinario. Es como una cosa del otro mundo…

—¿Cómo dice? —interrogó la voz, menos enérgica ya.

—Una cosa del otro mundo, don Jorge; ha salido de entre las raíces del saúco…

La voz del que hablaba era débil y parecía próxima a extinguirse.

—Ya voy —respondieron desganadamente.

Y mientras don Jorge, sin saber si estaba dormido o despierto, olvidaba la existencia de los fósforos y de la vela y buscaba su ropa a oscuras, se escuchó un rugido sordo seguido de un grito de terror.

—¿Qué pasa, mi hijito? —preguntó una voz de mujer.

—Don Carlos dice que en el patio hay algo sobrenatural —contestó don Jorge, intentando meter los pies por las mangas del paletó.

Se oyó un chillido femenino y enseguida un llanto de niño. En el patio no se oía nada.

—¿Siempre está ahí, don Carlos? —preguntó don Jorge, medio vestido ya y medio desnudo y con la esperanza de que don Carlos hubiera desaparecido y él no tuviera que salir.

—Sí, aquí estoy —suspiró el interpelado.

—¿Sigue ahí eso?

—Levántese, por favor —fue la respuesta.

Don Carlos hablaba como si ya estuviera enterrado. Pero don Jorge juzgó oportuno observar primero la situación. Era un hombre bajo y grueso, de barbilla y mosca entrecanas; aunque de apariencia tranquila, en el fondo era muy impresionable y el color en extremo rosado de su rostro denotaba una gran inclinación a la apoplejía. Tenía que ser prudente. Sacó la barra de hierro que aseguraba la puerta y soltó el pestillo; entreabrió el postigo y miró a través del vidrio hacia el patio. Este estaba oscurísimo y en un principio no pudo ver nada; pero después, fijándose bien, observó una forma larga, mitad blanca y mitad negra, que daba vueltas sobre sí misma y que de pronto se alargó hacia arriba en un salto prodigioso. Cerró

violentamente el postigo, sin acordarse de que del otro lado de la puerta alentaba un hombre que tenía más miedo que él. Allí se quedó, inmóvil, sintiendo que el corazón le latía hasta en los zapatos.

—¿Qué va a hacer, mi hijito? —preguntó su mujer, temblorosa.

—Es lo que estoy pensando —contestó él, que pensaba en todo menos en lo que debía hacer—. No tengo ni una miserable escopeta. Pero, por otra parte, ¿de qué me serviría una escopeta si eso es…?

No se atrevió a terminar la pregunta que se hacía a sí mismo. Pero de pronto se sintió avergonzado y decidió salir. Cogió la barra de hierro y abriendo la puerta se deslizó hacia afuera. Inmediatamente, como si le hubieran avisado, la aparición se le fue encima, lanzando un rugido ahogado que le heló la sangre. Oyó junto a él una respiración anhelante, angustiosa, como de garganta que se asfixia, mientras que un cuerpo extraño le rozaba las piernas y dos manos húmedas le palpaban la cara. Retrocedió un paso, cerró los ojos y haciendo un gran esfuerzo levantó la barra de hierro, soltando un golpe al azar, sin saber a quién lo dirigía y si daría en aquella extraordinaria forma o en la cabeza de don Carlos. Pero, afortunadamente para este, la barra de hierro dio en el fantasma, que devolvió un sonido claro, como de metal, y un grito gutural, casi humano, que aumentó el terror de los dos hombres y arrancó un chillido frenético a la mujer. Un niño volvió a llorar y un instante después otro llanto de niño lo acompañó; la mujer lanzó otro grito, y los niños, como si esto hubiera sido una señal, elevaron el tono, y de pronto dos nuevos gritos, ahora de niñas, que salían de la habitación contigua, se unieron a los primeros. Eran gritos agudos, finos, que emergían en la noche como agujas de terror.

Cuando don Jorge, después del golpe, abrió los ojos, el fantasma había desaparecido, y don Carlos, agarrado a él, castañeteaba los dientes.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó don Jorge, secándose el sudor, irritado.

—Don Belisario —tartamudeó su atribulado compañero.

Pero, ante esta afirmación, don Jorge perdió la paciencia y, olvidando que don Carlos era un huésped en la casa y que como tal le debía respeto y consideración, le gritó, levantando la barra de hierro:

—¡Cállese, señor, no me ponga nervioso! En lugar de estar ahí, tiritando como un perro, vaya a llamar a don Eleuterio y dígale que traiga la escopeta.

Y, asustado de su inesperada energía, se escabulló dentro de la pieza, mientras el infeliz don Carlos se deslizaba a través del corredor como una vacilante hilacha de sombra, procurando agujerear la oscuridad con sus medrosas miradas y sintiendo unos locos deseos de echar a correr y no detenerse hasta llegar a su pueblo.

—Don Eleuterio… —llamó en voz baja, sin dejar de mirar hacia el patio.

—¿Quién es? —respondió el solicitado.

—Soy yo, Carlos Borne, señor.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa?

—Levántese, don Eleuterio; aquí en el patio hay algo que no sabemos lo que es; parece un fantasma del otro mundo.

—Voy enseguida.

Extendió la mano hacia el velador y tomando los fósforos encendió la vela. En ese instante despertó doña Fortunata.

—¿Qué pasa, Eleuterio?

—Don Carlos dice que en el patio hay un fantasma del otro mundo —informó don Eleuterio tranquilamente.

La señora lanzó un grito y buscando su rosario reanudó precipitadamente sus interrumpidas oraciones.

—¡Ave María purísima!

Pero don Eleuterio no se levantó con la rapidez que había anunciado. Era hombre muy lento. Además, era muy aficionado a contraer resfríos y esto lo obligaba a tomar infinitas precauciones cada vez que tenía que levantarse o acostarse. Lo primero que hizo, luego de sentarse en la cama, fue coger el sombrero, que siempre dejaba al alcance de la mano, y ponérselo con todo cuidado. Era lo primero que se ponía y lo último que se quitaba. Después se agachó y buscó a tientas sus zapatos y sus calcetines; los encontró y, echando la ropa un poco hacia atrás, procedió a ponérselos con toda calma.

—¡Pero qué tonto soy! —exclamó de pronto—. Se rompió hace tres días un cordón de los zapatos y no me he acordado de comprar otro… Pero ¿qué es eso? Parece un piño de cabras.

Había oído el griterío de los niños.

—Son los niños que gritan —dijo doña Fortunata—. ¡Pobrecitos, cómo estarán de miedo! Apúrate, hombre.

—Espérate, mujer… Hace tres días que no me cambio cuello. Esa dichosa lavandera…

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Apúrese, don Eleuterio, y traiga la escopeta.

Por fin, después de los cien membrillos, don Eleuterio terminó de vestirse; tomó la escopeta, la examinó y satisfecho de ella abrió la puerta. Afuera, don Carlos, próximo a desmayarse, procuró explicarle la situación, pero lo hizo de una manera tan desordenada y tartamudeante, que don Eleuterio se vio en la necesidad de confesarle que, a pesar del aprecio que sentía por él, no le entendía una palabra:

—Le ruego que no se ofusque, don Carlos, y se explique con claridad.

Pero don Carlos no tuvo tiempo de explicar otra vez lo sucedido.

—¡Allí viene! —dijo de pronto, y se metió de estampía en la habitación, cerrando por dentro.

Doña Fortunata, a pesar de que sus sesenta años la ponían a cubierto de cualquier desmán, al ver que un hombre que no era su marido entraba en el cuarto y cerraba la puerta, lanzó un tremendo grito y se desmayó.

—¡No me cierre la puerta! —exclamó don Eleuterio.

Y al darse vuelta, con la intención de empujarla y abrir, sintió que alguien se le echaba encima con gran fuerza; oyó una respiración fatigosa y profunda y enseguida el contacto de algo muy frío en la cara, mientras dos manos lo palpaban precipitadamente.

—¡Quítate, diablo! —gritó, frenético, más irritado que temeroso, pues el fantasma le sacó el sombrero al abrazarlo.

Se echó hacia atrás, al mismo tiempo que levantaba la escopeta; pero inútilmente buscó un blanco en la sombra. El fantasma se había hecho humo.

—¡Esta sí que es! —comentó, sorprendido, casi asustado, mientras buscaba su sombrero por el suelo.

Una vez encontrado, cubriose la semicalva cabeza y se dedicó a escudriñar la sombra con sus pequeños ojos; dio una cautelosa vuelta sobre sí mismo, llevando la escopeta en actitud ofensiva,

como si esperara en un bosque el ataque de un león; pero nada vio que lo indujera a apretar el gatillo y soltar la copiosa carga del cartucho conejero. Se sintió desorientado, sin saber qué debería hacer y sin tener del fantasma más conocimiento e impresión que el que tuviera y experimentara durante unos segundos, ya que la narración que le hiciera don Carlos más le parecía una adivinanza difícil, dicha en jerigonza, que un informe claro. Además, la gritería de los niños, los chillidos de la señora Laura y los gemidos angustiosos de doña Fortunata le confundían y atribulaban más que el mismo fantasma. Resolvió llamar a don Carlos y se acercó a la puerta:

—Don Carlos… Salga, pues, señor.

—No aguanto —fue la respuesta.

Don Eleuterio dejó escapar una risilla nerviosa.

—Pero, hombre, ¿qué voy a hacer yo solo aquí?

—Usted que tiene escopeta, aguáitelo, y en cuanto lo vea, péguele un tiro.

—Y Jorge, ¿dónde está?

—Está escondido en su pieza, armado con una barra de hierro.

—Capaz que mata al fantasma así…

Hacia allá se dirigió don Eleuterio, andando en puntillas —para no llamar la atención del ánima, según declaró después—. Don Jorge, que estaba al acecho, atisbando por el vidrio, lo vio venir y entreabrió la puerta:

—¿Es usted, don Eleuterio?

—Sí, soy yo. ¿Qué, no me ve? ¿Y el fantasma?

—Ha desaparecido.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

Hablaban en secreto, como si fraguaran algo gordo.

—Yo voy a ir a despertar a Guillermo, que tiene un revólver Smith & Wesson legítimo. Usted quédese aquí aguaitando el ánima y en cuanto la vea aparecer sílbeme despacito, que ella no se entere… Hasta luego.

Y don Eleuterio se deslizó en la oscuridad, pegado a la muralla, andando a grandes y silenciosos pasos y llevando la escopeta preparada para disparar contra el primer bulto que se le pusiera por delante. Su ahijado Guillermo dormía en una de las habitaciones del lado derecho y él podía atravesar el patio para llegar más pronto,

pero como se había vuelto prudente, eligió el camino más largo.

Guillermo dormía a pierna suelta, dejando escapar unos ronquidos que aumentaban el bullicio formado por los gritos de los niños y las mujeres. Don Eleuterio tuvo que pegar en la puerta con la culata de la escopeta para lograr despertar a su ahijado.

—Levántate, hombre…

—¿Qué pasa, padrino?

—Que aquí en el patio anda un fantasma. ¿No lo has oído?

—No he oído nada.

—Claro, con tus ronquidos tienes bastante. Levántate.

Guillermo salió, en camisa, armado de un gran revólver.

—¿Dónde está el fantasma?

—¿Quieres que te lo traiga aquí? Tenemos que buscarlo.

—¿Por dónde anda?

—Después que me saltó encima ha desaparecido.

—¿Y cómo es, padrino?

—Dicen que es largo, blanco, delgado, negro, ¡qué sé yo! A mí me tocó la cara con las manos. Respira como si estuviera ahogándose.

—¡Por la madre! ¿Y qué hacemos? ¿Vamos a buscarlo?

—¿Adónde lo vamos a ir a buscar? ¿Al otro mundo? Esperémoslo aquí mejor.

—Oiga, padrino, y si el fantasma es de verdad, ¿qué le vamos a hacer nosotros? Los tiros no le harán nada…

—Eso es lo que vamos a ver. Mira, tú ponte en aquella esquina del patio y yo me quedaré en esta; en cuanto aparezca, ¡pum! lo atravesamos.

—Y si es un fantasma, ¿qué hacemos?

—Entonces arrancamos y nos metemos a las piezas.

—¿Y si entra a las piezas?

El ahijado empezaba también a no tenerlas todas consigo.

—Si entra a las piezas… ¡Hummm! Te metes bajo la cama.

Segundos después los dos hombres estaban al acecho, mirando hacia el patio con ojos que parecían platos soperos. Empezó a llover en ese instante; sonaban las gruesas gotas sobre el tejado y un viento caliente pasó bramando sobre la casa, sacudiendo al pasar el apretado ramaje del saúco. Don Eleuterio se subió el cuello del sobretodo:

—No va a ser resfrío el que voy a pescar…

Don Jorge, que distribuía su tiempo entre palabras afectuosas dirigidas a los niños, con el ánimo de hacerlos callar, y miradas exploradoras hacia la negrura del patio, no sabía lo que pasaba. ¿Qué se habría hecho don Eleuterio? ¿No se habría acostado y él estaría haciendo el ridículo, escondido detrás de la puerta, con la barra de hierro al hombro, como un centinela con su fusil? ¿Y don Carlos? ¿Habría muerto del susto o habría huido? No se atrevía a salir y esperaba la aparición del fantasma para abrir la puerta y silbar despacito, como conviniera con don Eleuterio.

Las hijas menores de doña Fortunata, que no tenían quién las apaciguara, pues dormían en una pieza incomunicada, gritaban desaforadamente, sin saber lo que sucedía y sin saber por qué gritaban, contagiadas por los gritos que oían en la pieza contigua.

Don Carlos, por otra parte, que había logrado calmar a doña Fortunata asegurándole que el fantasma, si bien de apariencia horrible, no era peligroso, ya que a él le había saltado varias veces encima sin hacerle el menor daño, escuchaba detrás de la puerta los ruidos que venían del patio; pero, fuera del murmullo de la lluvia menuda y persistente, del viento y del bullicio de los gritos y lamentaciones, no oía nada que le indicara la existencia o proximidad de hombres. Ni una voz, ni un paso. ¿Qué pasaría? Este silencio aumentaba su tensión nerviosa y el miedo subía como una garrapata por su médula.

Mientras tanto, Guillermo, dando diente con diente de frío, y don Eleuterio, aburrido de mantener una posición que lo hacía semejarse a una estatua de cazador, esperaban al fantasma. De repente, un trueno profundo rodó en el vórtice de la tormenta; parecía que cien carros metálicos se arrastraban pesadamente sobre un empedrado de adoquines sueltos. Con el trueno se agrandó la gritería hasta tomar caracteres de chivateo indio. Tras el trueno, un relámpago vivísimo rasgó el cielo, iluminando la tierra como un sol que hubiera perdido su forma, alargándose. La luz blanca y violeta de la descarga eléctrica, penetró por las rendijas de las puertas y ventanas, irradiando un instante en la oscuridad de las habitaciones y produciendo en todos una sensación horrible de espanto y haciendo callar a los que gritaban.

A la luz del relámpago vieron los dos hombres al fantasma.

Surgía por el zaguán que conducía al segundo patio y avanzaba lentamente, mostrando su extraño cuerpo, su forma blanca, larga, delgada, que se prolongaba después en otra forma negra, larga y delgada también. Su aspecto era escalofriante por lo desacostumbrado. Aquello no podía ser otra cosa que una aparición sobrenatural, pues nunca habían visto ellos, ni en cosas inanimadas, ni en seres humanos ni en animales, algo parecido.

La claridad esparcida por el relámpago duró un breve instante, y cuando la sombra volvió a extenderse en el cuenco de la noche, los hombres, silenciosos, sintiendo que de cansancio y de temor las piernas ya no eran suyas, procuraron seguir, pestañeando rápidamente, la marcha del fantasma en la oscuridad. Este avanzó hasta llegar al centro del patio, deteniéndose allí; estuvo un momento inmóvil, luego hizo varios movimientos horizontales y repentinamente se irguió, alargándose hacia arriba en un elástico salto de animal. En ese mismo instante se oyó el trémulo silbido. Era Jorge, que anunciaba a don Eleuterio la reaparición del fantasma, y don Eleuterio, que apuntaba con un entusiasmo y justeza que no tuvo nunca, antes ni después, con ningún conejo ni con ningún zorzal, apretó el gatillo… Pero el tiro no salió. Agatilló presuroso y volvió a apretar… Pero el tiro no salió.

—Decía yo que esta friolera me iba a dar un disgusto el mejor día —murmuró haciendo un gesto de ira.

Pero una especie de ametralladora empezó a funcionar en la otra esquina del patio, y el fantasma, cogido por los disparos en un momento de inmovilidad, pareció abatirse, derrumbándose al fin silenciosamente. Y en el momento en que caía, don Eleuterio, que ya estaba pensando en tirarle con la escopeta al ánima, logró disparar; pero como el tiro salió de improviso, no tuvo tiempo para apuntar y la descarga hizo pedazos los vidrios de la habitación de las empleadas.

—¡Por fin! —exclamó, arrojando la escopeta contra el suelo.

—¡Traigan luces, traigan luces! ¡Ya matamos al fantasma! —gritaba Guillermo, ejecutando una especie de danza guerrera alrededor de uno de los pilares del corredor.

Y don Jorge apareció con un cabito de vela cuya menguada llama defendía con la palma de la mano puesta como una ramada sobre ella. Se acercaron los tres, con precaución, hacia el fantasma,

que yacía sobre el mojado suelo del patio, y lo que vieron fue el jarro de la leche, un jarro grande, largo, de cinco litros, y al final del jarro al perro Zafiro con la cabeza metida dentro.

Don Jorge cayó al suelo, saltando como un pejerrey recién pescado, presa de un ataque nervioso que lo hacía reír y llorar al mismo tiempo, y don Eleuterio y Guillermo, atacados de una risa que los sacudía violentamente, lo fueron a acostar a empujones.

Al día siguiente, acompañado de toda la familia y de algunos vecinos, don Eleuterio cogió de la cola al fantasma del patio y lo arrastró hacia la viña, donde se le iba a dar piadosa sepultura. Y como durante la noche el perro se hinchó de tal modo que fue imposible separarlo del jarro, se lo enterró con jarro y todo.

HISTORIA DE HOSPITAL

A las doce y media de la noche, Raúl González, que dormía en su pieza de interno del Hospital San Rafael, despertó violentamente. Se sentó en la cama y balbuceó, medio dormido:

—¡Qué! ¡Qué pasa!

Nadie respondió… Esperó un momento, volvió a repetir la pregunta y obtuvo el mismo resultado. ¡Qué raro! En medio de su sueño había sentido claramente que alguien golpeaba la puerta llamándole por su nombre.

«¿Habré soñado?», se preguntó.

Echó una mirada a su alrededor. La habitación estaba débilmente alumbrada por el reflejo de la bombilla eléctrica del pasillo; el tragaluz, abierto; la puerta cerrada; las sillas, el velador y la mesa guardaban la misma posición que tenían cuando él se acostó; enfrente, entre la puerta y el rincón, se veía el ropero, juntas las sueltas hojas de su puerta, con su mismo aspecto de viejo asmático.

—¡Bueno! —murmuró Raúl González—. ¿Qué le vamos a hacer? Seguiremos durmiendo. Parece que he soñado.

Se acostó de nuevo; se acomodó bien en la cama, buscando su postura favorita para conciliar el sueño, y ya cerraba los ojos cuando oyó distintamente tres golpes que parecían dados con los nudillos de la mano sobre la pared.

—¡Esto sí que no es sueño, pues! —exclamó, sentándose de nuevo—. ¿Quién llama? —gritó con una voz fuerte, tan fuerte que él mismo se asustó.

Una voz lejana respondió:

—Yo, Raúl, yo.

—¿Quién es yo?

—Yo, el Cadáver Guerrero —contestó la misma voz.

—¡Ah, eras tú, Cadáver! ¿Qué sucede?

—Ven un momento, por favor; me siento mal —suplicaron.

Raúl González hizo un gesto de desagrado. ¡Bonita hora para

enfermarse! ¿Qué tendría ese maldito Cadáver? Algún cólico, seguramente… Pero de pronto se acordó de algo que le hizo dar un salto en la cama y echarse enseguida al suelo, buscando a tientas sus zapatillas. ¡Qué bruto era! Ahora recordaba…

El Cadáver Guerrero, o sea, Valentín Guerrero, interno del hospital a quien llamaban por ese apodo a causa de su aspecto funerario, de su cuerpo delgadísimo y del color terroso de su piel, se manifestaba enfermo desde días atrás. Quejábase de dolores en la región del apéndice y del epigastrio, vahídos, mareos, náuseas, inapetencias, todo un cuadro clínico muy sospechoso. Sus compañeros diagnosticáronle:

—Tienes una apendicitis.

—O una colecistitis.

—Te sacarán el apéndice.

—Y la vesícula.

—Puede ser también una úlcera gástrica.

—Cuidado con la peritonitis.

Pero, a pesar de todos esos diagnósticos y pronósticos, que hubieran bastado por sí solos para matar a un hombre impresionable, aquella noche, a la hora de comida, el Cadáver Guerrero se mostró muy alegre y muy despreocupado de sus dolencias; comió de todo y hasta se bebió media botella de vino, siendo inútiles las advertencias de sus camaradas de internado, que le aconsejaban, en vista de los dolores que sentía, no excederse en la alimentación.

—Nadie se muere más de una vez —contestó él, engullendo a más y mejor—, y como yo ya soy el Cadáver Guerrero, no hay cuidado de que pueda cadaverizarme de nuevo.

Por lo desusada, su actitud llamó la atención. Generalmente, Valentín Guerrero hacía honor a su apodo, permaneciendo callado, pálido, linfático, hepático, frío, mientras los demás reían y charlaban.

—¡Y claro! —monologaba Raúl González mientras se ponía el sobretodo encima de la camisa de dormir—. El imbécil comió y bebió como un cerdo, y ahora estará con unos horribles dolores, tendrá náuseas, tal vez vómitos y quizás…, quizás…

No se atrevió a seguir: lo que venía después de aquel repetido quizás era verdaderamente trágico. Abrió la puerta, salió y se

deslizó por el pasillo haciendo sonar las zapatillas sobre el *parquet*. Llegó a la puerta de la habitación del Cadáver Guerrero, situada junto a la suya, abrió y entró. La pieza estaba a oscuras.

—Prende la luz —murmuró una voz muy débil.

Dio vuelta el conmutador y miró hacia la cama. El corazón se le encogió de angustia. Allí estaba el Cadáver Guerrero, acostado, con el amarillento rostro vuelto hacia el techo, entreabiertos los descoloridos labios, dejando ver los desiguales y afilados dientes, y el tieso cabello en desorden, pegado sobre la alta frente. Raúl González, trémulo, se acercó al lecho.

—¿Qué te pasa, ñatito? —tartamudeó.

Guerrero entreabrió los transparentes párpados, lo miró vagamente y respondió:

—Dolores…, vómitos, fiebre… Me muero. Creo que se me ha perforado el apéndice.

Cerró los ojos, exhaló un agudo suspiro y no agregó una palabra más.

Raúl González sintió que su camisa de dormir tomaba proporciones infinitesimales. Se quedó allí parado, aturdido, sin saber qué hacer ni qué pensar. Seguramente, si se hubiera tratado de un enfermo extraño, y como casi médico que era, no le sucediera eso; pero un amigo enfermo, a esa hora, en ese sitio…

De repente el Cadáver Guerrero sacó de entre las ropas un velludo y esquelético brazo y, alargando y encogiendo los perfilados dedos, pareció llamarlo. Se acercó.

—¿Qué quieres? —preguntó, en voz bajísima, como si se dirigiese a un moribundo que desease confiarle su última voluntad.

—Llama, por favor —contestó el enfermo, también en voz baja, tan baja que parecía exhalar con ella el último aliento.

Raúl González salió al pasillo y recorrió rápidamente las piezas de sus compañeros, llamándolos.

—¡Oye! —decía en voz alta, golpeando la puerta.

Los internos despertaban asustados, preguntando:

—¿Qué ocurre?

Y oían la siguiente respuesta:

—El Cadáver Guerrero se está muriendo. Levántate.

Poco a poco el internado fue cobrando animación y diez minutos después, en el pequeño cuarto del Cadáver Guerrero no cabía un

alfiler más, de tal modo se repletó de gente. Había allí veinticinco o treinta internos, médicos nonatos, que alargaban el pescuezo para contemplar al enfermo, que continuaba presentando su aterrador aspecto: el rostro demacrado, los labios entreabiertos, el cabello en desorden, los ojos hundidos, inmóviles, verdosos.

—Parece que ya se estuviera pudriendo —dijo alguien en voz baja.

Raúl González, situado en el centro del semicírculo que rodeaba al enfermo, contó tres o cuatro veces lo sucedido, y parecía dispuesto a contarlo nuevamente cuando un interno llamó la atención de todos, exclamando:

—¡Miren! —al mismo tiempo que levantaba el cobertor de la cama, que aparecía cubierto de un líquido viscoso, salpicado de manchas blancas y rojas.

—Son vómitos.

—¡Pobre Cadáver! —exclamó uno—. Ni siquiera tuvo tiempo de sentarse en la cama.

Ante este espectáculo y ante esas palabras, que parecían referirse a una persona ya muerta y sepultada, un sincero sentimiento de piedad brotó en el corazón de cada uno de los presentes, quienes querían y apreciaban mucho al Cadáver Guerrero, porque el Cadáver Guerrero, a pesar de su aspecto de ultratumba, que hacía pensar, a primera vista, en un espíritu atravesado y agrio, era un hombre simpático, generoso, de excelente corazón y magnífico carácter. Jamás se enojaba por las bromas que le hacían; era respetuoso, servicial y atento. Prestaba sus libros y apuntes de medicina a todo aquel que se los solicitara, y sus bolsillos estaban siempre llenos de cigarrillos y de monedas que obsequiaba o prestaba a los compañeros más pobres.

El recuerdo de estas cualidades y de estas virtudes provocó un silencio emocionante en la habitación. Y este silencio hubiérase prolongado hasta el deceso del enfermo, si una voz fuerte, imperiosa, una voz venida desde el límite exterior del semicírculo no lo hubiera roto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó aquella voz.

Los internos volvieron la cabeza. En el hueco de la puerta se veía a dos personas, dos hombres: el gringo Schelling y Romualdo Rodríguez, internos también del hospital, que a esa hora volvían de

su guardia por las salas del hospital, la última que hacían, pues al día siguiente abandonarían el internado para ir a ejercer su profesión de médicos, el uno a una salitrera y el otro a su provincia natal.

—El Cadáver Guerrero está enfermo —respondieron algunos.

—A ver; déjennos pasar.

El semicírculo se abrió respetuosamente. Todos guardaban consideración al gringo Schelling, delgado, enérgico, ojos claros, rosada la cara de aire extranjero, muy serio, que había sido el mejor alumno de su curso y que prometía ser un hábil e inteligente cirujano. No pasaba lo mismo, en cambio, con Rodríguez, especializado en enfermedades de trascendencia social, hombre ladino, socarrón, cuadrado de cuerpo, aindiado el rostro, ojos vivaces y pequeños, boca grande y risueña, que había sido durante su internado el terror de los internos por las pesadas bromas que solía gastar.

Llegado junto al enfermo, el gringo Schelling púsole una mano sobre la frente y le preguntó:

—Cadáver, ¿qué tienes?

En voz baja el paciente explicó sus dolencias y temores. Dolores, vómitos, fiebre…

El gringo Schelling y Rodríguez examinaron detenidamente al enfermo: palparon con cuidado la región dolorosa y sus alrededores, tomáronle el pulso, auscultáronle el corazón, echaron una mirada de reojo al cobertor manchado y diagnosticaron a dúo:

—Apéndice perforado. Hay que proceder inmediatamente.

Y enseguida, el gringo Schelling, volviéndose hacia los internos que presenciaban en silencio la escena, les dijo con voz dura:

—Y ustedes, idiotas, ¿qué hacen aquí? ¿No saben aún lo que hay que hacer en casos como estos? ¿Qué clase de doctores van a ser ustedes, que ven a un hombre con el apéndice perforado y se quedan plantados como postes? ¡Hay que operar inmediatamente! Después de la perforación del apéndice sobreviene la peritonitis y…

Y el gringo Schelling largó una serie de términos, todos tan técnicos, tan terriblemente técnicos, que parecían inventados por él en ese momento, dejando con ellos apabullados a los internos, quienes, en su mayoría, empezaban su año de práctica médica.

Tras él tronó Rodríguez:

—¡A ver! Dos hombres que vayan a buscar al doctor Ramírez; está en el Pensionado y es el único cirujano que hay en este momento en el hospital. Otros tres hombres a preparar el instrumental y cuatro que se queden aquí para transportar al enfermo. Los demás pueden irse a dormir.

Pero nadie pensaba en esto último. Apenas terminó Rodríguez de hablar, veinte hombres salieron corriendo por el pasillo, gritando, cerrando de golpe las puertas, saltando de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, tropezando, cayendo y desparramándose enseguida a través de los patios del hospital, sembrando la alarma por todas partes.

Veinte minutos después, el instrumental estaba preparado, y el doctor Ramírez, sacado casi violentamente de su cama, esperaba ya en la clínica. Los internos aguardaban una señal del gringo Schelling para cargar con el paciente.

—¿Ya estamos? —preguntó este—. En marcha.

El Cadáver Guerrero fue levantado de su lecho, delicadamente, como si se tratara de un objeto de lujo, frágil, y colocado en la camilla. Bien abrigados los fláccidos miembros, fue sacado de la habitación y transportado hasta el principio de la escalera, paso escabroso para un enfermo como él, tan grave.

—¡Vamos a ver! —dijo Rodríguez, con aire de jefe de expedición —. Vamos a bajar con mucho cuidado, procurando que el enfermo no sufra sacudidas bruscas, que agravarían su estado. Yo me voy a situar al final de la escalera y mandaré la maniobra. Cuando diga: «¡uno!», todos bajarán el pie derecho al peldaño siguiente, y cuando ordene: «¡dos!», reunirán el pie izquierdo con el derecho. ¡Atención!

La organización del descenso era excelente, pero el resultado no correspondió a ella. A la primera orden, algunos se equivocaron de pie y el enfermo sufrió una sacudida que le arrancó gritos de dolor.

—¡Pero no sean brutos! —gritó Rodríguez—. He dicho el pie derecho primero, no el izquierdo. Tendré que explicarles de nuevo.

Subió a saltos la escalera y pretendió volver a explicar su programa, pero fue interrumpido por la violenta discusión que durante varios segundos sostuvieron los que cargaban con el doliente:

—Este tuvo la culpa.

—¿Yo? Si he bajado el pie izquierdo primero.

—Por eso mismo, imbécil.

—¡El imbécil eres tú!

—¡No griten que van a despertar al Cadáver!

Una carcajada hizo temblar los vidrios de la galería.

—Además, somos tantos los que vamos aquí, que nos estorbamos unos a otros en lugar de ayudarnos.

—Claro, doce hombres para transportar a uno.

—No tocamos ni a diez centímetros cuadrados cada uno.

—Y con lo poco que pesa esta lombriz solitaria.

—¡Idiota! No hables así de un enfermo.

—¡No me llames tantas veces idiota! Me pones nervioso.

—¡Silencio, señores! —intervino el gringo Schelling—. No nos pongamos a discutir, porque si no, en lugar de llevar al enfermo a la sala de operaciones, tendremos que seguir de largo e ir a dejarlo al depósito. Lo importante es llegar pronto y como mejor podamos. ¡Andando!

Continuaron bajando la escalera. Rodríguez, situado al final de ella, seguía gritando:

—¡Uno! ¡Dos!

Pero estas voces de orden no eran escuchadas. En medio de los trágicos quejidos del enfermo, llegó la caravana al pie de la escalera, dio vuelta por el pasillo y desembocó en el primer patio del hospital. Era la noche de verano, con luna, clara y tibia. El ancho patio, los caminos, los árboles, las fuentes, todo estaba sumido en una luz lechosa, manchada únicamente por las sombras que provocaba la misma luz. Los estudiantes, abrigados con sus oscuros sobretodos, cayeron en esa luz de diciembre como un enjambre de negros mariposones nocturnos en una fuente llena de leche. Por debajo de los abrigos veíanse los fláccidos faldones de las camisas de dormir o los arrugados pantalones de los pijamas. Las desnudas piernas de algunos salían como avergonzadas de las pantuflas y zapatillas. Todos desgreñados, perdida ya en parte la fuerte impresión de los primeros instantes, hablaban a gritos, enérgicamente; cada uno de ellos sentíase el salvador del compañero enfermo. La pasión de la ciencia, tan fuerte y tan honda como cualquiera otra pasión, empezaba a dominarlos. Tenían que defender a ese camarada, salvarlo de la muerte a costa de lo que

fuese; la cirugía era casi infalible, y si no bastaba, para salvarlo, el extirparle el apéndice, se le extirparía lo que hiciese falta. ¡Y cómo no!

El entusiasmo iba en aumento. ¡Loable interés sentido por un amigo! Sin embargo, muchos de ellos no habían presenciado todavía una operación hecha en carne viva. No habían trabajado más que en cuerpos insensibles, indefensos, muertos, donde el bisturí corta, abre, charquea, sin encontrar estremecimientos ni reacciones, sin que brote una gota de sangre caliente ni fría. Ignoraban aún el sentimiento de angustia y de fatiga que produce el ver alzarse, armada con el inquietante bisturí, una mano enguantada que desciende después sobre el campo operatorio, abriendo en la piel una delgada y larga huella, de la cual brota ciegamente la sangre, la terrible sangre. Quién sabe si la expectativa de contemplar este espectáculo, anhelado y temido a la vez, no influía en ellos, más que otro sentimiento, para aumentar el interés que demostraban por el enfermo.

A través de los patios se deslizaba el compacto y oscuro grupo. Durante el trayecto hasta la clínica, Raúl González encontró otra nueva ocasión para contar nuevamente, hablando a gritos, pues era difícil hacerse oír, lo sucedido. Los veladores y los practicantes, alarmados ya por las carreras de los que fueron a preparar el instrumental, salían a inquirir lo que sucedía.

—¿Qué pasa? —interrogaban.

—Vamos a operar al Cadáver Guerrero —contestaban todos a una.

Los enfermos febriles, los moribundos, los graves, oían en medio de sus delirios aquellas voces y aquellas palabras y las unían enseguida a sus fantasmas y visiones, forjándose con ello espantosas pesadillas.

La sala de operaciones de la clínica, con su aspecto frío, su amplitud y sus altas y desnudas paredes, apaciguó un poco los ánimos y acalló un tanto las palabras vehementes.

—Colóquenlo ahí —dijo el gringo Schelling, señalando la mesa de operaciones.

El Cadáver Guerrero fue instalado en ella cuan largo y flaco era. Había llegado el momento. El doctor Ramírez, de pie junto a la mesa, vestido de punta en blanco, silencioso, hermético, como corresponde a un apóstol de la ciencia en funciones, completamente aséptico, calzados los guantes de goma, con su gorrito blanco y cubierto el rostro con el antifaz, ofrecía una figura original, imponente por su albura, su adustez y su silencio.

Cerca de él, colocado en grandes fuentes niqueladas, estaba el instrumental, brillando sus metales bajo la luz fuerte de los focos, deslumbrantes de limpieza, escalofriantes en su simplicidad de acero.

Al fondo de la sala se veía el anfiteatro, sitio que los estudiantes ocupaban durante las clases, pero que en ese instante aparecía oscuro y desierto, contribuyendo, con su soledad y oscuridad, a aumentar el grave y severo aspecto de la sala.

Dos minutos después de haber entrado, nadie hablaba ya en voz alta, nadie reía. Todos bajaron la voz y hablaban como en secreto, mirando al doctor, al anfiteatro, al enfermo, al instrumental.

—¿Han examinado ya al enfermo? —preguntó gravemente el doctor Ramírez.

—Sí, doctor; se trata de un apéndice perforado.

—¿Hay antecedentes?

—Sí, doctor; el diagnóstico no puede fallar.

—Bien; operaremos bajo su responsabilidad, doctor Schelling.

—Perfectamente.

—Preparemos al enfermo.

—Necesitamos dos ayudantes —dijo Schelling—. ¿Algunos de ustedes han ayudado a operar otras veces?

—Yo, yo —dijeron aisladas voces.

—Bien; a ver tú, Raúl González, y tú, Pato Mardones; en ese cajón hay una navaja, un hisopo y jabón. Aféitenle el abdomen hasta el pubis al enfermo y háganle después una asepsia rigurosa, como se acostumbra. Yo me prepararé entretanto.

Pato Mardones, como su apodo parecía indicarlo, era un joven de muy baja estatura: apenas llegaba al nivel superior de la mesa de operaciones.

—Pero este joven va a tener que encaramarse a un taburete para ayudarnos —objetó el doctor.

—No; él se las arregla subiéndose a los travesaños de la mesa —contestó Rodríguez.

Pato Mardones, que en ese instante se sentía un Mayo en miniatura, dirigió una mirada perforante a Rodríguez; después, armado de hisopo, procedió a embadurnar de jabón el abdomen del Cadáver Guerrero. Este, entretanto, inmóvil en la mesa de operaciones, parecía mirar, a través de los semicerrados párpados, los refulgentes focos de la sala. No decía nada, no se quejaba, no se movía, su rostro estaba como siempre. Y esta inmovilidad y este silencio llamaban la atención, pues, generalmente, los enfermos que van a ser operados hablan, hacen preguntas sobre la operación, sus posibles resultados; si los anestesiarán con cloroformo, con éter o con raquídea; si la operación no se transformará en autopsia, etc. Pero ese enfermo no decía nada…

Una vez que le fue rasurado el abdomen, se le hizo en el mismo una fricción con bencina, encima de esta una de alcohol, y luego, con un ancho pincel, se le extendió en toda la región una gruesa capa de yodo.

El enfermo, al sentir la fuerte picazón del yodo, hizo un movimiento de impaciencia y los músculos de la cara se le recogieron, como reteniendo una violenta expresión.

—Listo, doctor —anunciaron González y Mardones.

—Bueno —dijo entonces el gringo Schelling—. Nos encontramos ahora ante un problema: no hay más que dos pares de guantes disponibles, los que tiene puestos el doctor y los que usaré yo. ¿Cómo se las van a arreglar los ayudantes?

Todos se miraron entre sí, esperando del vecino la solución del problema.

—Es muy sencillo —respondió el doctor Ramírez—. Bastará que estos jóvenes consientan en hacer un sacrificio por el compañero enfermo.

—Diga, doctor; estamos dispuestos a todo con tal de salvar al Cadáver Guerrero.

Un murmullo de simpatía y admiración salió del semicírculo.

—Perfectamente. Procedan a lavarse minuciosamente las manos y los brazos y luego hagan lo que hicieron en el abdomen del paciente: una fricción de bencina, otra de alcohol y una capa de yodo, todo ello desde las uñas hasta el codo. Tendrán que sacarse

los abrigos.

Aunque la perspectiva de quedar en camisa de dormir, delante de un público tan numeroso como irónico, no era muy halagüeña, Pato Mardones y Raúl González, heroicamente, accedieron. Pasaron a otra pieza, se sacaron los abrigos y ayudados por varios camaradas hicieron lo que se les había indicado. Diez minutos después reaparecieron. Al verlos, el gringo Schelling, el doctor Ramírez y Rodríguez tuvieron que hacer esfuerzos para no lanzar la carcajada. Con el pelo en desorden, en camisa, las piernas desnudas y los brazos enyodados hasta el codo, más parecían dos albañiles que dos ayudantes de cirugía.

—Bravo, muchachos —exclamó el doctor.

—Manos a la obra.

—¡Atención!

—¿La máscara del éter?

—Aquí está.

—¿Sabes dar anestesia, Rodríguez?

—Sí, doctor, aunque no soy cirujano.

—Toma la mascarilla. Cuidado, ¿eh? No aprietes mucho. El enfermo es de gravedad.

—¡Un momento! —gritó Schelling.

Este grito asustó a todos.

—¿Qué pasa, hombre?

—Voy a ponerle una inyección de éter.

Volviose hacia una mesita, tomó una jeringa, la llenó de un líquido que parecía agua y dirigiéndose al enfermo frotole el hombro con un algodón empapado en alcohol, metió la aguja y apretó el émbolo hasta vaciar la jeringa.

—En mi vida he visto un enfermo más tranquilo —comentó.

—¿Ya?

—Sí.

—Anestésienlo.

Rodríguez colocó la mascarilla sobre la cara del enfermo.

—Cadáver —dijo.

—¿Qué? —preguntó Guerrero con voz muy lejana.

—Respira fuerte.

Guerrero aspiró violentamente y expelió, después, silbando, el aire aspirado. Estuvo así un momento, un momento en que se oyó

volar una mariposa alrededor de los focos, y de pronto, en medio del espanto de los que observaban la escena desde el semicírculo, el enfermo hizo una contracción violenta con los brazos, alzó el pecho, recogió el abdomen y dejó escapar un grito sofocado.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor.

—Parece un síncope respiratorio —contestó Schelling.

—¡Retire la mascarilla!

—Pero ¿qué has hecho, Rodríguez?

—No es nada —respondió este.

—¡Cómo nada! Casi has ahogado al enfermo. ¿No te dije que apretaras despacio?

—Sí; pero se me pasó la mano.

La tensión nerviosa de los estudiantes se desahogó en improperios contra Rodríguez:

—¡Qué bruto! ¡Qué animal! ¡Le dicen que no apriete mucho y hace lo contrario! ¡Esto es éter, caballo, y no cerveza!

—¡Bueno, silencio!

—¡Es que no hay derecho para ser tan bestia!

Por fin, después de un rato, restablecidos el silencio y el orden, el enfermo fue anestesiado. Así lo verificó Schelling, levantando los párpados del Cadáver Guerrero y observándole los ojos.

—Ya está.

—Bien. ¿Están listos los algodones, las pinzas, las tijeras? —preguntó el doctor.

—Todo preparado.

—Ha llegado el momento.

El doctor cogió el bisturí, examinó detenidamente el filo, luego se inclinó sobre el enfermo, alargó el brazo y…

—¡Pero este hombre no tiene carne ni para darle un tajo! —exclamó.

Bromeaba. Claro, la costumbre. En cambio, los demás, fuera de Schelling y Rodríguez, no tenían ganas de bromear. Algunos estaban pálidos, otros trémulos, otros transpiraban y más de uno sentía que el estómago se le subía a la garganta. Esperaban el terrible momento del tajo y de la sangre. Raúl González estaba más blanco que su camisa; Pato Mardones aparecía más chico de lo que comúnmente era.

En el momento en que el doctor pareció decidirse a efectuar la

incisión, se formó un tumulto en el semicírculo que rodeaba la mesa: un estudiante cayó al suelo, víctima de una fatiga.

—¡Llévenlo fuera! Con el aire se le pasará.

El muchacho fue llevado afuera y sentado en un banco del patio. Los que lo llevaron volvieron precipitadamente a la sala; no querían perder el espectáculo.

—¡Alerta! —exclamó el cirujano—. ¡Ahora sí que es cierto!

Pero cuando ya bajaba el brazo, Rodríguez gritó con voz tremenda:

—¡Levántate, Cadáver!

Entonces, en medio de la estupefacción general, el Cadáver Guerrero se sentó en la mesa, buscó un momento entre su camisa y sacando un cartón blanco lo levantó en el aire. En aquel cartón estaban escritas estas extrañas palabras: «28 de diciembre. Día de los Inocentes».

Hecho esto se bajó de la mesa y antes de que nadie pudiera impedírselo, salió corriendo a largas zancadas. La sorpresa duró solo un brevísimo instante, pues alguien gritó:

—¡Claro, imbéciles! ¡Si hoy es el Día de los Inocentes! Nos han tomado el pelo.

Y toda la horda salió corriendo y gritando detrás del Cadáver Guerrero. ¡Qué paliza le iban a dar! El muchacho que sufriera la fatiga y que recién volvía de ella, al ver correr y gritar, sin saber qué pasaba, echó a correr también detrás de ellos, aterrorizado. En la clínica solo quedaron el doctor Ramírez, Rodríguez y Schelling, revolcándose de risa.

Guiándose por la blancura de la camisa de dormir del Cadáver Guerrero, la turba lo siguió a través de los patios, gritando, saltando, aullando. El Cadáver Guerrero subió a saltos la escalera, corrió por el pasillo y se metió al comedor, encendiendo todas las luces. La horda venía pisándole los talones y allá se fue tras él. Pero a medida que los muchachos entraban al comedor, las amenazas se trocaban en frases de admiración y los gritos de rabia en carcajadas. En el centro del comedor veíase la ancha mesa, servida opíparamente, y arriba de ella, en camisa de dormir, el Cadáver Guerrero sostenía un listón con un letrero que decía:

«Banquete y fiesta preparados por el Cadáver Guerrero, el doctor

Rodríguez y el gringo Schelling en conmemoración del Día de los Inocentes y en honor de los dos últimos, que se ausentan mañana del hospital».

El Cadáver Guerrero, en medio de un espantoso chivateo, fue paseado en andas alrededor de la mesa.

Poco sueldo

Las oficinas de administración de aquella empresa se componen de tres habitaciones que ocupan el lado derecho de los bajos del edificio. El izquierdo está ocupado por las de la gerencia. Entre las primeras y las segundas hay un amplio vestíbulo con techo de vidrio. Al fondo del vestíbulo está la escalera que conduce al segundo piso, en el cual están instalados los talleres y la sala de máquinas. Junto a la escalera está la caja.

En la primera de las tres habitaciones que componen la administración se encuentra siempre un vejete, pequeño de estatura, delgado, apergaminado el rostro y surcado de arrugas. Lleva unas ropas tiesas, como de cartón, y su cabecita de pájaro sale fatigosamente de un alto cuello que parece también de cartón. Esta habitación es grande y el vejete aparece como perdido en ella, cuyo mobiliario no cuenta más que con un escritorio muy chico y dos sillas derrengadas. Las paredes no tienen adorno alguno.

Las ocupaciones de este viejo son muy poco variadas y se reducen a dos: cortar tiras de papel en forma rectangular, de unos cuatro centímetros de largo por dos de ancho, y recortar avisos de diario, pegándolos luego en unos libros en blanco. Para estos trabajos usa siempre unas tijeras muy grandes, casi tan grandes como él y con las cuales apenas puede. En realidad, la empresa haría muy bien prescindiendo de sus servicios; cualquier empleado joven podría hacer lo que él hace y le sobraría tiempo para realizar otros trabajos, sin ganar más que un solo sueldo; pero ese viejo es el empleado más antiguo de la casa, y la casa, para retribuir sus servicios y premiar su longevidad, le ha creado ese puesto. Por otra parte, el vejete vivirá pocos años más, lo cual constituye una esperanza a favor de la empresa.

En la segunda habitación, el aspecto cambia. Hay dos estantes de color caoba, uno para los archivadores y otro para anuarios y guías comerciales; dos calendarios en las paredes, a manera de adorno; un escritorio más grande que el de la primera habitación;

una mesita con una máquina de escribir, otra con una prensa; tres sillas tapizadas y un secretario.

El secretario es un hombre joven, casi un muchacho. Viste de negro, pulcra pero pobremente. Su cara es de forma irregular y no se la afeita todos los días; sus ojos revelan inteligencia y sus ademanes vivacidad. Es simpático y risueño, muy trabajador, un poco cargado de espaldas. De rato en rato tose y después de toser se inclina hacia un lado del escritorio. Tiene asma, bronquitis crónica o lesión antigua del pulmón, cualquiera de estos tres interesantes entretenimientos. Su sueldo es mayor que el del vejete, pero no demasiado. La empresa lo necesita más que al otro y lo alimenta mejor, aunque sin llegar a excesos que puedan comprometer la salud del secretario.

En la tercera habitación, que da hacia la calle, hay que entrar con el sombrero en la mano. Es amplia, llena de luz; los muebles son más numerosos y cómodos que en las anteriores. Hay una imponente caja de fondos, un escritorio grande con cubierta de vidrio y cajones que se abren suavemente, llenos de papeles en orden; hay sillas con tapiz nuevo, litografías y copias de cuadros en las paredes, calendarios; un armario grande, siempre recién barnizado; una percha pintada al laqué y un administrador.

Las tres habitaciones tienen un ambiente frío, inhospitalario; se sienten pocos deseos de permanecer allí mucho tiempo. Se entra y se sale rápidamente, como si se temiera algo.

A las nueve de la mañana empieza el trabajo en esas oficinas. Entra allí toda clase de gente, desde individuos que van en busca de empleo hasta personas que llevan grandes carteras bajo el brazo y que generalmente son cobradores, corredores de casas comerciales o agentes de avisos. A veces entran grandes señores vestidos magníficamente y que tienen aspecto de ser dueños de la ciudad o estafadores. No se sabe con exactitud lo que son y a veces son las dos cosas. Todos atraviesan la primera habitación sin dispensar el menor saludo al viejo, el cual, en retribución, ni los mira. Está acostumbrado a ese río de gente que entra y sale continuamente y que se renueva cada día. El secretario, sentado ante la máquina de escribir, contesta a esa hora la correspondencia del día anterior. Frente a él se detienen todos los que llegan.

—¿Ha llegado el señor administrador?

—Todavía no, señor; vuelva después de las diez.

Inclinan la cabeza sin gran cortesía y se marchan. El vejete sigue recortando avisos. A las diez llega el administrador. Es el único que saluda afablemente al viejo:

—Buenos días, don Tomás.

—Buenos días, señor —responde él desde el fondo de su cuello de cartón.

Pasa el administrador, saluda al secretario y entra a la oficina. Es un hombre entrado ya en adultez, alto, blanco, limpísimo; lleva traje color café, a grandes cuadros, amplio, bien cortado; camisa de seda, gran corbata azul, de mariposa, zapatos escoceses. Viene alegre, fresco, recién afeitado y bañado; huele a salud y bienestar.

Este es el señor administrador. Su sueldo es mayor varias veces que el del vejete y del secretario juntos. Es muy inteligente y trabajador, es el cerebro comercial de la empresa, y esta lo remunera como corresponde a tan importante órgano; le interesa que ese órgano esté nutrido abundantemente y que no tenga una falla, una lesión.

Fuera de ese puesto, que corresponde al de cerebro, no hay ningún otro allí que corresponda al del corazón. No es necesario. Sería un puesto más superfluo aún que el del vejete, y si alguien, algún día, por debilidad de la empresa, llegara a desempeñarlo, ganaría un sueldo de hambre.

Un momento después de haber entrado el administrador a la oficina, el secretario se presenta ante él. Lleva varios papeles en las manos.

—¿Qué hay, Miguel? —pregunta el jefe, sentándose ante el escritorio—. ¿Hay novedades?

—Muy pocas, señor; una carta del agente González comunicando que pronto enviará el dinero.

—Muy bien, ya era tiempo. ¿Algo más?

—Sí, un telegrama del agente viajero: hace pedidos por valor de quinientos mil pesos. Además, una carta del superintendente Bermúdez informando sobre la solvencia de la Casa Manzur, de Temuco. Buenos informes. Nada más.

—¿Ha venido alguien?

—Dos personas: un agente de avisos y un señor que manifestó deseos de hablar con usted sobre un asunto importante. No dejó

tarjeta. Volverá después de las diez y media.

—Perfectamente.

—Esta es la correspondencia llegada en la mañana.

Después de este breve diálogo, que parece sacado de un manual de correspondencia comercial, el secretario vuelve a su oficina. En ella hay ahora un hombre.

Es un hombre de edad indefinible y parece amasado en barro. No hay nada blanco en él, ni en la ropa que lleva puesta, ni en el rostro, que tiene un color moreno grasoso y que luce una barba de quince días por lo menos, que le da un aspecto magnífico de suciedad. El cabello es tieso y apelmazado. El cuello de la camisa perdió hace muchos días su color original y tiene muestras de haber sido ya usado por sus dos únicas caras; tiene ahora el mismo color del rostro del hombre y aparece como barnizado con una mezcla de aceite y polvo. Entre el cuello y la camisa, que parecen no estar de acuerdo en el número, se ve una tira de piel cetrina. La camisa está deshilachada y rasgada en varias partes y el alto de la pechera, bajo el mentón del hombre, tiene el mismo color del cuello. Una corbata hecha jirones le hace un nudo pequeñísimo, avanzando hacia el hombro derecho. Un mameluco de mecánico, de un azul que ya no es azul, pues el aceite, la grasa, la tierra y el roce le han obsequiado un tono pardo oscuro que hace juego con el cuello, la camisa y el rostro, completa la vestimenta. Ese es su traje de todos los días. Los zapatos no tienen ya tacos y casi no tienen suela. El cuero se ha agrietado y aparece como lleno de escamas.

El hombre despide un tremendo olor de multitud y parece que hubiera entrado allí por el alcantarillado. Saluda al secretario:

—Buenos días, don Miguelito…

—Hola, Laureano. ¿Qué tal? ¿Qué haces por aquí?

El hombre sonríe, mostrando unos dientes que tienen el mismo color del mameluco.

—Me dijo uno de los mozos que la lámpara del escritorio de don Carlos estaba descompuesta…

—Sí. ¿Quieres arreglarla ahora?

—Si se puede…

—Voy a ver… El electricista pregunta si puede entrar a arreglar la lámpara del escritorio —dice el secretario al jefe.

El administrador, que lee un contrato, levanta la cabeza:

—¿El electricista? Sí, que pase.

El electricista avanza; lleva en las manos varias herramientas que tienen el mango forrado con cinta aisladora, endurecida por el uso y cubierta por una capa de grasa. Cuando Laureano se encuentra frente al administrador, no saluda; permanece callado ante él, esperando ser saludado o interpelado. Saludar él primero le parecería una impertinencia grande, tal es el sentido profundo que tiene de su posición y condición frente a aquel caballero que lee papeles escritos a máquina y que despide un olor que a su olfato le parece excesivamente fluido, casi femenino.

Parado allí, entre los muebles brillantes y los tapices lucientes, sobre la alfombra color cáscara, semeja uno de esos trozos de estopa que se encuentran en las orillas de las vías férreas y que arrojan los fogoneros y maquinistas desde las locomotoras en marcha.

—Hola, Laureano… ¿Vienes a arreglar la lámpara? Se apaga y enciende sola; anoche echó una chispita por aquí.

—Debe ser el alambre, señor; en quince minutos estará lista.

—Sí, apúrate; espero gente.

Laureano coge la lámpara y se la lleva hacia el balcón, por donde entra la luz de la mañana. Allí procede a examinarla.

Este hombre es uno de los varios electricistas que trabajan en la empresa y ocupa entre todos ellos el último puesto. Aprendió el oficio por casualidad, y no aprendió de él sino aquello que requería menos habilidad y dedicación: instalar una luz, poner un enchufe, arreglar una lámpara, probar una ampolleta, pelar o aislar un alambre, todos esos detalles menudos del oficio de electricista que muchas personas, con conocimientos generales, pueden realizar, sin ser por eso electricistas.

Nunca se preocupó de perfeccionar o ampliar sus conocimientos. Le bastó con lo aprendido casualmente, por lo cual está incapacitado para ocupar un sitio de más importancia. Para él están vedadas las grandes y poderosas máquinas eléctricas de los talleres, las potentes dínamos, las intrincadas y misteriosas instalaciones de fuerza, que hacen girar las poleas, funcionar los engranajes dentados y trabajar matemáticamente las íntimas y vitales piezas de las maquinarias.

Alterna sus trabajos del ramo con pequeños servicios de mozo, limpia lo que le indican, ayuda a barrer los talleres y a cargar y

descargar los grandes fardos que la empresa recibe o envía. De esta manera, es uno de tantos allí donde hay muchos.

Quince minutos después, la lámpara está arreglada; la deja sobre la mesa y la prueba ante el administrador.

—Está bien —dice este, y sigue leyendo.

Laureano empieza a recoger perezosamente sus útiles de trabajo: el rollo de cinta aisladora, unas pinzas, un cortaplumas con su única hoja quebrada por la mitad, un destornillador, todo su equipo. Después de recogerlas da dos o tres pasos hacia acá y hacia allá, como buscando una herramienta que se le ha perdido; pero no se le ha perdido nada. Lo que pasa es que se le ha ocurrido una idea y está haciendo tiempo para desarrollarla y hacerse ánimos para expresarla. Por fin, cuando ya es imposible permanecer más tiempo allí sin llamar la atención, avanza hacia la puerta y se detiene frente al escritorio del administrador. Ahí se planta, sonriendo tímidamente, como avergonzado de tener una idea y de querer expresarla. El administrador levanta la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿No terminaste ya?

—Sí, señor, es que…

—¿Qué?

—Yo quiero aprovechar este momento para hacerle una petición.

—¿Cuál?

—Quisiera pedirle, señor, un aumento de sueldo. Gano tan poco aquí, señor, que apenas me alcanza para vivir mal, y tengo mujer y dos hijos. Desde hace dos años, que me aumentaron el sueldo en doscientos pesos, no se han vuelto a acordar de mí. Y ya ve que soy electricista…

—Sí. ¿Cuánto ganas tú?

—Gano tres mil pesos al mes. Ya ve, señor, ¿qué es eso para un hombre que tiene mujer y dos hijos?

El administrador da una mirada al obrero. Es la primera vez que lo mira detenidamente, a fondo. No tiene costumbre de mirar con detención a los trabajadores de la empresa. Los mira bien nada más que al tomarlos, para ver si son sanos, fuertes, si denotan hábitos de trabajo. Una vez colocados no los mira sino a la cara y rápidamente, al mandarlos o al saludarlos. Ignora cómo viven. No tiene tiempo de informarse. Pero esa mañana mira al hombre que tiene delante

como se debe mirar a los hombres, de arriba abajo, para saber de ellos no solo lo que dicen o piensan, sino también lo que viven y lo que sienten. El examen le produce angustia; aquello no es un hombre, es un estropajo. Nunca ha visto tanta pobreza y tanto abandono.

—Bueno —dice, mirando a otra parte—; en realidad, no ganas demasiado. Pero yo me ocuparé de ti. Ahora, vete.

El hombre da las gracias y se retira, y cuando la puerta se cierra suavemente tras él el administrador exclama:

—¡Qué horror!

Y sigue estudiando el contrato.

El administrador cumplió su palabra. A fin de mes, con gran sorpresa de su parte, el electricista Laureano González cobró en la caja un sueldo de tres mil quinientos pesos. Casi se desmayó de la impresión; jamás había tenido tanto dinero suyo en sus manos y salió de allí trémulo de alegría.

Pero diez días después, a las nueve y media de la mañana, una mujer vestida muy pobremente y acompañada de dos niños, uno de ellos de pecho aún, y el otro de más edad pegado a su falda como una sombra, se presentó en las oficinas de administración de la empresa. Un mozo la condujo hasta allí.

—Hable con aquel señor —le dijo, indicándole al secretario, que, sentado ante la máquina de escribir, contestaba la correspondencia del día anterior.

La mujer fue hacia él. El niño mayor, tomado de su vestido, miraba azorado hacia todas partes.

—Buenos días, señor —dijo la mujer.

Su voz era clara, como de niña, inexplicable en ella, que representaba una edad superior a los treinta y cinco años.

El secretario levantó la cabeza y miró asustado a la mujer; creyó que era una mendiga que se había introducido hasta allí burlando la vigilancia de los mozos.

—Buenos días. ¿Qué desea?

Ante esta pregunta, la mujer no supo qué responder. Nadie hasta ese momento le había dirigido la palabra «desea». Por fin, dijo, como hablando de otra cosa:

—Soy la mujer de Laureano González.

—¿Laureano González? —preguntó extrañado el secretario—.

¿Quién es Laureano González?

No conocía ese apellido entre los empleados.

—Laureano González, pues, señor. Uno que trabajaba de electricista aquí.

—¡Ah, Laureano!… Sí, sí… ¿Qué pasa?

—Es que… yo quería hablar con el señor administrador. ¿Es usted?

—No, el administrador no ha llegado todavía. Si quiere esperarlo, siéntese.

La mujer se sentó. El niño mayor, asombrado, quedó en medio de la oficina, mirando, con la boca abierta, la brillante máquina de escribir. La madre lo llamó en voz baja:

—Laureanito, venga…

El niño se acercó a ella y afirmándose en sus rodillas continuó mirando lo que tanto llamaba su atención. El secretario reanudó su trabajo. Pero momentos después levantó la cabeza y miró a la mujer. Tenía una duda. ¿Por qué había dicho ella: «Uno que trabajaba de electricista aquí»? ¿Acaso ya no trabajaba en la empresa? ¿Estaría enfermo? No podía suponer que se hubiera muerto. ¿Qué querría esa mujer?

Ella, inmóvil en la silla, miraba los archivadores alineados en los estantes. Como su hombre, la mujer tenía una edad indefinible, la edad indefinible de la mugre, que envejece y apaga a las personas; pero parecía más bien vieja que joven. Era delgada y alta, morena la piel, huesudo el rostro y demacrado, los ojos grandes y negros, pero sin brillo, con la esclerótica amarillenta; los labios gruesos y oscuros; la frente alta, prominente; el opaco cabello le caía en largos mechones por detrás de las orejas; el cuello flaco, con los tendones desgrasados, en relieve bajo la piel. Toda su cabeza era como tallada en madera dura. Su aspecto era el de una esclava miserable. Su ropa era pobre y rota, de color café; bajo ella se delineaba un cuerpo mal alimentado, vacilante, casi asexual. Las medias que llevaba eran negras y parecían quedarle grandes, pues la parte del pie le hacía una arruga sobre el talón del deteriorado zapato.

Mirándola y conociendo a su marido, se comprendía que fuera su mujer y que no pudiera ser la mujer de otro. Los niños, que semejaban monitos de greda hechos por una mano inhábil y sin

gracia, parecían ir vestidos con restos de las ropas paternas.

A las diez en punto llegó el administrador; saludó al vejete y al secretario y pasó hacia su oficina, echando de reojo una mirada a la mujer. El secretario fue tras él.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó con aire de extrañeza al que llegaba.

—Es la mujer del electricista Laureano; quiere hablar con usted.

—¿Qué querrá?

—No me lo ha dicho.

Hubo una pausa.

—¿Le digo que pase?

—Sí, y venga usted con ella.

La mujer entró con sus niños y se detuvo frente al escritorio. El secretario quedó de pie junto a la puerta.

—Buenos días, señor —volvió a decir la mujer con su voz fresca, inexplicable.

—Buenos días, señora —respondió afablemente el administrador —. ¿Usted desea hablar conmigo?

—Sí, señor.

—Acerque una silla, Miguel; siéntese, señora.

Pero la mujer rehusó sentarse.

—Muchas gracias, señor; estoy bien de pie.

—Bueno, diga usted.

—Yo soy la mujer del electricista Laureano González, uno que trabajaba aquí.

—Sí, ya lo sé; pero ¿por qué dice usted que trabajaba aquí?

—Porque ya no trabaja, señor.

—¿Lo han despedido?

—No, señor; ha muerto.

—¿Ha muerto Laureano? —preguntó sorprendido el administrador.

Le parecía absurdo que se muriera una persona a quien se aumenta el sueldo.

—Sí, señor; murió hace cuatro días.

—Pero ¿cómo? ¿De qué murió?

La mujer se encogió de hombros.

—Estuvo tomando cuatro días seguidos. El día que cobró el mes llegó a la casa muy contento, diciéndome que le habían aumentado

el sueldo; me dio dos mil pesos y lo demás se lo fue a tomar.

La mujer se detuvo. Indudablemente, le costaba decir muchas palabras seguidas; al hablar no se refería sino a aquello que le preguntaban.

—¿Y qué más?

—Durante cuatro noches llegó al amanecer, que no se tenía de borracho; dormía un rato y se levantaba para venir a trabajar. La quinta noche no llegó y yo creí que estaría preso; pero no fue así. Un vecino, el maestro Lezana, lo encontró, a las seis de la mañana, en el servicio, sentado, lleno de sangre, como muerto. Se le había reventado un tumor en el estómago…

—¿Y?

—Lo llevaron al hospital y allá lo operaron, pero no aguantó la operación y murió al día siguiente, hinchado, como sapo. Antes de morir me dijo que si él moría yo viniera a hablar con usted para una cuestión del seguro, que usted la arreglaría.

—Sí, nosotros le arreglaremos todo eso —respondió el administrador—. Pero dígame: ¿Laureano tenía la costumbre de tomar?

—Sí, señor, tomaba y se curaba casi todas las noches.

—¡Pero cómo! ¿Con qué dinero?

La mujer volvió a encogerse de hombros:

—A mí me daba dos mil pesos, pagaba la pieza y lo demás se lo tomaba. Le duraba la plata tres o cuatro días. Una damajuana de vino, de diez litros, cuesta trescientos pesos… No se compraba nunca ropa, tenía una pura muda, que yo le lavaba los sábados, cuando no se emborrachaba, porque cuando lo hacía no llegaba hasta el lunes al amanecer. Dormía un rato y se levantaba para venir a trabajar.

El administrador estaba asombrado.

—¿Pero cómo es posible que un hombre que ganaba tan poco y que tenía mujer y dos hijos pudiera beber de esa manera?

—Tenía amigos, señor, y nunca le hacía falta una casa donde ir a tomar cuando no tenía plata. A un borracho le puede faltar qué comer, pero nunca le falta qué tomar… Además se emborrachaba con un litro. Ya estaba pasado.

—Y aquí nunca se sospechó que viviera de ese modo, jamás llegó borracho.

—Estaba acostumbrado y no se le conocía.

—¡Qué barbaridad!

El administrador se quedó pensativo. El secretario miraba alternativamente a la mujer y a los niños; no sabía qué pensar de lo que oía.

—¿Así es que el aumento de sueldo contribuyó a matarlo? —preguntó el administrador.

—No; de todas maneras hubiera muerto; hacía mucho tiempo que estaba enfermo del estómago.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintitrés años, señor.

—¿Veintitrés? Parece que tuviera usted cuarenta…

—Las penas, pues, señor… Me casé cuando tenía dieciocho.

—¿Y ahora qué va a hacer usted?

—Trabajar, pues, señor; soy lavandera. Con eso me he ayudado siempre, porque lo que Laureano me daba no me alcanzaba para nada… Si el señor me hace el favor de arreglar ese asunto del seguro, se lo agradeceré muchísimo.

—Con mucho gusto. Dele todos los datos al secretario y vuelva la semana que viene.

—Muchas gracias, caballero; hasta otro día.

La mujer tomó a su niño de la mano y abandonó la oficina. El más pequeño, indiferente a su destino, se había dormido sobre el hombro de la madre. El secretario fue con ella.

El señor administrador no pudo trabajar en paz aquella mañana. Le parecía mentira todo lo que había oído; antojadiza y fantástica aquella historia del hombre que ganaba apenas tres mil pesos al mes y que, sin embargo, bebía y se emborrachaba casi todas las noches, teniendo una mujer y dos hijos que alimentar y vestir. ¿Cómo comprender eso? No tenía explicación lógica, parecía absurdo, estúpido, y hubiera rechazado todo aquello como una invención si no lo hubiera oído de labios de aquella mujer joven, envejecida por la miseria, que en la habitación de al lado hablaba con el secretario, haciendo oír su voz fresca y clara, de niña, inexplicable en sus labios gruesos y oscuros de mujer del pueblo.

EL RANCHO EN LA MONTAÑA

El rancho estaba situado frente al desfiladero y era la primera habitación que se encontraba al salir de la estrecha y profunda garganta. Para llegar era preciso ascender la falda del cerro y cruzar una meseta rocosa, brillante, sin una brizna de hierba, sin una piedrecilla, lisa como el viento que la barría sin cesar. Atravesada la meseta y orillado un despeñadero rojizo que se descolgaba a puño hacia la quebrada, tomábase el camino, cerro abajo, con una suavidad de trote indio.

Al empezarlo, tras unas rocas se veía el rancho. Era un rancho sin importancia. La pared que miraba hacia el camino, así como la que daba hacia las rocas, era de piedras sin revestimiento y entre una y otra se veían agujeros y rendijas, por donde entraban, en invierno, ráfagas de fina ventisca. Las restantes murallas y la techumbre eran hechas con planchas de zinc, latas y bolsas. Grandes piedras aseguraban a duras penas la insegura cubierta.

En sus mocedades, si es que alguna vez las tuvo, pues parecía viejo de siempre, el rancho sirvió de habitación a la pareja de guardias fronterizos; pero, construida más abajo una casa destinada a ese fin, fue abandonado y solo se servían de él los guardias que en las noches acechaban a los contrabandistas y ladrones de ganado y los viajeros que, de tránsito de un país a otro, llegaban allí al anochecer, pernoctando entre sus paredes humosas. A pesar de sus dos murallas de piedra, era endeble y vacilante, y si algún día el viento hubiera soplado en sentido inverso al que siempre soplaba, ni rastros de su existencia habrían quedado. Cuando, de soslayo, los zurriagazos del viento lo alcanzaban, sacudíase como un perro que sale del agua.

Sin embargo, un día alguien se interesó por ocuparlo y ese alguien fue Floridor Carmona, campesino de aquella región, que poseía, cordillera abajo, una casa y un trozo de tierra. Cuando expuso su petición ante la autoridad correspondiente, riéronse de él. Pero el viejo Floridor, detrás de su apariencia de zorzal mero, de su

bigote de perro viejo, de su naricilla roja y de sus ojillos claros, pitañosos; dentro de sus pantalones que llegaban apenas a cuatro dedos del tobillo, de su chaquetilla blanca y de su chaleco cruzado por gruesa cadena de bronce, de donde pendía, a manera de dije, una moneda de a peso del año 86, ocultaba un hombre que no daba puntada sin hacerle nudo. Durante el verano aquel paso era bastante frecuentado: arrieros, trabajadores que iban o venían de las vendimias mendocinas, viajeros, comerciantes en ganado, hasta turistas pasaban por allí, y la boca del desfiladero era el lugar a que se arribaba, casi invariablemente, al final del cuarto día de viaje si se venía del este y del segundo si se iba del oeste. La gente llegaba cansada, hambrienta y con sed, sin encontrar quien le proporcionara algo con qué reponerse. ¿Por qué dejar perder esa ganancia, si tan fácil era lograrla? El rancho estaba hecho y no faltaba más que ocuparlo. Podía pasarse allí el verano, y en invierno, época en que alma alguna se aventuraba por esos lugares, se regresaría al rancho familiar. El asunto le parecía muy claro al viejo Floridor, hombre infatigable, que emprendía todos los negocios que estuvieran al alcance de sus medios, aunque el fruto de ellos fuera solo de dos o tres pesos.

—Estos tres pesos no estaban en mis bolsillos y ahora están. ¡Qué le va hallando!

Su mujer era como él, una hormiga. A pesar de sus años y de su obesidad, trabajaba desde el alba hasta el anochecer; atendía la crianza de aves, el huerto frutal y las hortalizas; hacía pan, que vendía a los vecinos que no tenían horno o a aquellos que, si lo tenían, no les hacía falta pereza para amasar; entregaba al hotel el producto diario de su gallinero, y los domingos, días en que la gente de la ciudad venía a pasar unas horas en la montaña, sacaba una y dos hornadas de empanadas que hacían alargar los dientes a los paseantes, quienes le encargaban, además, otras comidas y licor. ¡Qué no hacían sus manos gordas y negras! Lo hacían todo, y por hacerlo todo hasta tocaban la guitarra. Cuando las personas que acudían a su casa, envalentonadas por las libaciones, sentían deseos de oír cantar, fenómeno de relación muy común en el país, doña Mercedes sacaba una vieja y descascarada guitarra, sentábase bajo el nogal del patio y, ante la curiosidad y la alegría de la concurrencia, la templaba, carraspeaba atipladamente, excusábase

por lo poco y malo, abriendo al fin su profunda boca. Los que no la conocían, a hurtadillas desternillábanse de risa al verla en esas primeras actitudes de cantora. ¿Qué iría a salir de esa boca casi tan ancha como la del horno? Un mugido, quizás. Pero la sonrisa de los desconocidos trocábase pronto en gesto de sorpresa porque de aquella boca desdibujada salía una voz llena de dulzura y de gracia; las tonadas parecían cantadas por otra persona oculta tras ella, de tal modo era extraña su voz a su figura. Sencillos cantares amorosos, maliciosas tonadas guasas, estilos gauchos que aprendiera de los arrieros argentinos, brotaban de su garganta al llamado de la guitarra, en cuya caja, con el rodar de los tiempos, sus manos dejaron perdurables huellas de grasa y finas capas de masa blancuzca.

La culebra en el espino
se enrosca y desaparece.
La mujer que engaña al hombre
corona de oro merece.

Gracias a ambos la familia prosperaba.

El viejo Floridor consiguió en arriendo el abandonado rancho, no sin que ello dejara de costarle tiempo y parla, pues las autoridades, considerando ridícula su pretensión, no le hacían caso. ¿Para qué quería ese rancho? Sus explicaciones causaban hilaridad.

—Pero ¿qué demontre va usted a hacer allá arriba?

Por fin, el campesino se irritó:

—¿Y qué le importa a usted lo que voy a hacer? ¿Acaso le estoy pidiendo plata prestada? Usted sabe que soy hombre honrado y que si deseo arrendar el rancho es con buenos fines. Yo no voy a contrabandear.

—¡Quién sabe!

—Sí, a mis años… Cóbreme usted un arriendo baratito y lo demás déjelo por mi cuenta. ¿Que me va mal? ¡Friégate, tonto! Con mi pan me lo comeré… Ustedes no perderán por eso el dinero del arriendo.

Solo por molestarlo y ver si abandonaba sus proyectos, le cobraron treinta pesos mensuales de alquiler; pero entonces Carmona puso el grito en el cielo:

—¡Treinta pesos! ¿Está loco usted? ¿Treinta pesos mensuales por el arriendo de un rancho que no vale ni un cobre y donde, de seguro, voy a perder hasta la sombra?… No, señor, apéese de ese macho.

—Si le parece caro, no lo arriende.

—No, no; apéese señor.

Le rebajaron poco a poco, hasta llegar a la mitad: quince pesos, y el viejo Floridor, con el gozo brincándole en el corazón, pagó dos meses anticipados.

—¡Arrendé el rancho! —gritó en la puerta de la casa.

Y todos los habitantes de ella se pusieron al trabajo. El negocio no le parecía de perlas a doña Mercedes, pero algo se ganaría y dejaba hacer al viejo y le ayudaba de buen grado; cada cobre de ganancia era un cobre más en la casa. Había que batir el cobre si se quería hacer un buen lingote. Además, Floridor no hacía falta en la casa, ya que para la chacra y los sembrados bastaban ella, su hija mayor y su yerno.

En la madrugada del día siguiente, Floridor montó a caballo y se fue al rancho, llevando de tiro otro caballo cargado con lo necesario para arreglar el local del futuro negocio. Volvió, de noche ya, cansado como perro, pero alegre como unas pascuas.

—Ya dejé todo listo, limpiecito. El rancho es bastante grande y se puede dividir en dos partes, una para dormitorio (claro que un poco estrecho) y la otra para despacho. Con un tabique de tablas y sacos bastará. Estuve hablando con los guardias y me dijeron que iba a ganar mucha plata; pasa gente hasta fines de abril. ¿Compraste lo que te encargué? Muy bien; mañana temprano me voy.

Estaba entusiasmado y durante varios días no cesó de subir y bajar. En el último viaje se llevó a Florisa, su hija, muchacha de diecisiete años, agraz y apretada, con aspecto de bobalicona, pero excitante y maliciosa.

Doña Mercedes discutió:

—Mejor es que te lleves a María Inés.

—Sí, para que se lo pase con la boca abierta y pestañeando, como una legañosa que es. No, yo necesito quien me ayude.

—Bueno, pero ¡mucho cuidado! Hay tanto atrevido por ahí…

Poco después el negocio quedó instalado y abierto, provisto de

todo lo necesario. Floridor estuvo un poco nervioso los primeros días; la soledad lo abrumaba; salía al camino, atravesaba la meseta e iba a hundir la mirada de sus ojillos en la salida del desfiladero, observando los cerros rojizos o azules que siempre estaban allí, inmóviles, desiertos, indiferentes a todo, aun al viento, que a él sacudíalo como a un cabo de cordel, empequeñeciéndolo con sus zamarreos. En algún instante llegó a dudar de la bondad de su proyecto; por allí no pasarían ni gatos. Florisa se aburría entre los tarros de conserva y las damajuanas de vino; bostezaba y dormía.

Pero una tarde aparecieron los primeros clientes; una tropilla de animales surgió del desfiladero y se escucharon los gritos tensos de los peones. Al viejo Floridor le volvió el alma al cuerpo; salió disparado hacia el rancho.

—¡Ya viene gente! —gritó a su hija.

Y, por si acaso aquella gente pretendía pasar de largo, salió a esperarla al camino. Durante mucho rato solo se oyeron el rumor del ganado, los gritos enérgicos de los hombres y los ladridos de los perros. Parecía que todo venía flotando en el aire, mas de pronto, como colina en marcha, aparecieron los animales, inclinadas las cabezotas, cimbreantes los pesados cuerpos, y un hombre cubierto por negro poncho, jinete en nervioso macho colorado, pasó junto a Floridor, gritando como un demonio mientras hacía silbar sobre su cabeza el largo látigo arriero.

«Debe ser el capataz», pensó Floridor.

Pero el hombre volvió hacia él sonriendo:

—¿Qué haces por acá, Floridor?

—¡Caramba, es mi compadre Aniceto!

Era un hombre como un cerro. Los dientes le relumbraban entre la barbaza, tupida como zarzamora. Dio media vuelta en el aire y gritó:

—¡Niños! Atraquen las bestias para este ladito. Vamos a visitar el boliche de mi compadre Floridor.

Su voz tonante dominaba el bramido del viento. Gritaron los arrieros, se arremolinaron las bestias, alzáronse en el aire las cabalgaduras, y se veían testuces soberbios, belfos brillantes de espuma, finas cabezas de hombres, torsos de centauros. La tropilla se aquietó rumorosa, ondulante, y los últimos gritos volaron y murieron como pájaros en el aire.

Hasta medianoche, sentados en cajones o en el suelo, los arrieros, argentinos y chilenos, comieron y bebieron, conversaron y cantaron, mientras pellizcaban las piernas y los brazos de Florisa y llenaban de pesos fuertes chilenos y billetes argentinos los bolsillos del viejo Floridor. Al amanecer, después de pasar el resto de la noche tendidos al raso, envueltos en sus mantas y ponchos, se alejaron entre gritos, carreras, imprecaciones y mugidos.

Quedó de nuevo silenciosa y desolada la cordillera; pero desde ese día no se interrumpió ya la fila de los clientes; pasaban los viajeros en parejas o en grupos, arrieros, comerciantes, vagabundos, y las monedas caían en lenta pero continua gotera en los bolsillos del patrón.

—Esto va bien —decía, relamiéndose.

Las noches sin luna o nubladas, en que era escasa la visibilidad, la pareja de guardias se hacía presente en el negocio y acompañaban unas horas al viejo y a su hija. La dotación del retén se componía de cinco hombres, un sargento y cuatro soldados, el primero hombre viejo ya, pero duro y tieso, resecado por el aire de la montaña, con apariencia de charqui de guanaco, seco y salado, bigotazos ásperos y voz entera y firme como un sable, y los otros, jóvenes, esbeltos, joviales, que miraban a Florisa como un sediento puede mirar a una fruta que no por ser verde deja de ser apetecible. Conversaban, midiendo el tiempo mate a mate, contando aventuras y cuentos fantásticos, mientras el viento mugía al chocar con los cerros.

Pero era en las noches estrelladas cuando el viento bramaba más fuerte. Subía a tientas la repechada del cerro, bufando como animal cansado; pasaba por la meseta casi sin tocarla y se lanzaba al vacío rodando montaña abajo entre repiqueteos de fina piedrecilla y gritos estentóreos de rocas azotadas. Cuando se detenía, algunas noches, un gran silencio y un gran vacío se hacían en el mundo, y las estrellas, titilando, prendidas en el poncho sin flecos, azul y negro, de la noche, amenazaban caerse, como si el viento fuera quien las sostenía con su torso desnudo y helado, y faltándoles, las dejara libradas a su frágil suerte.

En el rancho se sentía apenas y solo algunas ráfagas que se soltaban violentamente, como varillas de un haz, lo azotaban a intervalos. Después de cruzar la meseta y llevado por su impulso, el

viento se afirmaba en las rocas que guarecían el rancho, como un saltador en un trampolín, y pasaba sobre él, en el espacio, en un ululante y múltiple salto mortal.

Pasaron así un mes y dos, y los bolsillos se le hicieron ya estrechos al viejo Floridor, quien tuvo que recurrir a un tarro de conservas vacío para guardar el dinero. Florisa, entusiasmada por el asedio constante de los mozos, se despabilaba y atendía con desenvoltura y amabilidad. Los viajeros se marchaban encantados. Y Floridor Carmona estaba contento. En las noches, tendido en su camastro, hacía largos cálculos: en dos meses llevaba ganado tanto, en los meses que restaban de buen tiempo ganaría otro tanto; total: tanto; una bonita suma. No era avaro ni ambicioso, pero le entusiasmaba el negocio, el salir y entrar de la gente, el ir y venir de los centavos y de los pesos, el movimiento, en fin. Si al final de la temporada no le quedara sino una escasa ganancia, se conformaría, y si perdiese, no se afligiría.

Pero los cálculos del viejo Floridor no se realizaron como él los proyectaba.

Una tarde en que, como de costumbre, acechaba la boca del desfiladero, mientras el viento lo tiranteaba, vio aparecer un hombre montado en un macho negro, animal nervioso, de reluciente anca y fina cabeza. Llevaba poncho al hombro y sombrero oscuro, levantada el ala sobre la frente a estilo mendocino, con barboquejo que le atravesaba las mejillas como negra cicatriz. A juzgar por su actitud en la cabalgadura, era joven. En una mula que arreaba zangoloteábanse dos fardos de ropa o mercadería.

«Yo conozco a este ñato», murmuró el viejo, aguzando la mirada de sus ojos claruchos.

Empezó el hombre a ascender el cerro y a medida que se acercaba latíale con más fuerza el corazón al viejo. Cuando el viandante llegaba a mitad de la ladera, Floridor exclamó:

—Ese macho es Panchote…

Después:

—Esa mula es la Florisa…

Y por último:

—¡Y ese es mi hijo, por la misma!

Y gritó con voz trémula, mojada de ternura:

—¡Davicito!

Entre un aletazo y otro del viento, el grito rodó hacia abajo como un fino y claro guijarro. El que subía, sorprendido, se detuvo, y viendo al viejo en la orilla de la meseta, le hizo con el brazo un ademán de saludo.

—¡Es David! —gimió el viejo, casi llorando y entregándose a una alegre y extravagante danza que el viento secundaba con sus anchos soplos—. ¡Es David!

Cuando el hombre llegó a la meseta desmontó de un salto y recibió entre los brazos, que al abrirse bajo el poncho semejaron alas de cóndor, al esmirriado cuerpecillo de Floridor. Perdiose el viejo en los pliegues tibios del poncho y David Carmona tuvo que inclinarse para recibir en las mejillas los besos húmedos de saliva y de lágrimas de su padre.

—¡Bueno, viejo, no llore! —exclamó David, abriendo en sonrisa su ancha y fresca boca.

—¿Cómo no voy a llorar, bandido? ¡Tanto tiempo sin verte! Te pierdes como lagartija en la cordillera. ¿Sabías que estaba aquí? —contestó e interpeló Floridor, enjugándose lágrimas más grandes que sus ojos.

—Padrino Cheto me lo dijo.

—¿Viste a Aniceto por ahí?

—Anteayer lo encontré en la Laguna.

—¿Y de dónde vienes?

—De San Rafael.

—¿Y los caballeros que llevaste?

—Bajaron en Mendoza.

—Bueno, vamos al rancho. ¿Traes hambre?

—Traigo un poco de todo.

—¿Y plata?

—Un puñadito.

—¿Un puñadito grande o un puñadito chico?

—Regular, regular —sonrió David, abriendo una mano que parecía una pala.

Era un real mozo David Carmona, alto y cenceño, recto y firme, de cara rosada y ojos infantiles. Vestía a usanza campesina, con botas, pantalón grueso, chaquetilla corta y bufanda al cuello. A su

lado, el viejo Floridor parecía un cabrito aún mamón. Era un hombre andariego —como decía el padre— que se aburría de la casa paterna y amaba la soledad de las montañas. Hizo a los diez años su primer viaje, como marucho de la cuadrilla de arrieros de su padrino Aniceto, y desde esa edad se echó a andar por el vasto mundo cordillerano. A los veinte conocía la cordillera como a sus dientes y podía adivinar, solo con oír el silbido del viento, en qué lugar de ella se encontraba. Lentamente se alejó del rancho y de sus relaciones familiares; lo buscaban como baqueano los cazadores de guanacos, los ganaderos contrabandistas y los viajeros, y él no se negaba nunca, y a veces viajaba solo, por el placer de viajar, formándose así, poco a poco, un mundo aparte del de su hogar, con gran pena de los viejos, que, sin embargo, lo amaban por eso y porque les costó poco y prosperó por su iniciativa, por sus puños. Era para ellos un hombre, un verdadero hombre, casto y sobrio como animal de soledad.

Hasta media tarde estuvo acompañando a su padre y a su hermana, y al irse dijo al primero, secretamente:

—Volveré pasado mañana; traigo un negocio macizo y necesito hablar con usted. Pero no se lo cuente ni a su camiseta…

Floridor Carmona se quedó pestañeando.

Tres días después, y al mediar la noche, un hombre subía a pie por el camino de la ladera, llevando de tiro una mula cargada con dos fardos, mula a la cual seguía otra, igualmente cargada; venía luego otro hombre, y tras este otro hombre, otras cuatro mulas en idénticas condiciones que las anteriores, cerrando la marcha un último hombre. La caravana diluíase en la oscuridad de la noche sin luna, y bajo el viento ascendía paso a paso, sintiendo ellos, en el silencio, el tamboreo precipitado del corazón. Llegados a la meseta torcieron hacia la derecha, llevando de las riendas, cada hombre, una pareja de mulas. No hablaban y sus respiraciones jadeantes eran como un cuchicheo que el viento escamoteaba con mano rápida apenas salía de sus bocas entreabiertas. Más que hombres y bestias semejaban sombras, sombras de las altas montañas que hubieran adquirido movilidad a favor de la noche. Avanzaron a tientas, como en busca de algo, y atravesaron la meseta hasta el punto en que el camino empezaba a descender. Allí se desprendió

de entre las rocas una sombra y el hombre que marchaba delante se detuvo e, inclinándose, procuró penetrar la oscuridad con miradas medrosas a la par que resueltas. Pero la sombra murmuró:

—Soy yo…

—Davicito…

—Pasen ligero y sin miedo. Los milicos están bailando.

Reincorporose el bulto a la sombra y hombres y animales reanudaron el camino apresuradamente. Al finar la primera curva apareció el rancho, distante unos cincuenta pasos; dentro había luz y el viento traía rasgueos de guitarra, el eco de una voz femenina que cantaba y repiqueteos de dedos ágiles. Una sombra oscilaba sobre el trozo de arpillera que le hacía puerta al rancho.

Pasaron de prisa. A la derecha el precipicio abrió su boca desdentada y el camino, temeroso de caer, se estrechó, pegándose a la pared del cerro. Marchaban en fila india y cuando una mula se detenía y vacilaba porque alguna arista de roca arañaba la tela de los fardos, se detenían todos, inquietas las bestias, anhelantes los hombres, que animaban al animal en peligro con palabras llenas de ternura. Pero el paso fue sorteado, el camino se ensanchó y durante largo rato el convoy marchó sin detenerse. Por fin el hombre que iba delante dio la voz de alto.

—Por aquí está —murmuró, tanteando el suelo con las manos—. Sí, aquí está.

Empujó a la mula, pero el animal resopló asustado, retrocedió e hizo retroceder a las demás.

—¡Mula mañosa! —rezongó el hombre. Y soltándola tomó las riendas de la que seguía; llevada a la orilla del camino, la mula estiró el pescuezo, olfateó el suelo, tactó con suave pata el terreno y se deslizó al fin por un senderillo que bajaba hacia la quebrada. Una tras otra siguieron las demás y tras todas bajó el hombre que cerraba la marcha. Los otros estuvieron escuchando un instante el ruido de los pasos que se alejaban y luego retrocedieron.

—¡Están bailando los niñazos! —comentó uno de ellos al llegar frente al rancho.

—¿Cómo se las arreglarán para bailar ahí?

—Los milicos son capaces de bailar hasta en la punta de una bayoneta. ¿No ves que bailan marcando el paso?

Girada la curva, aparecieron en la meseta; allí se les unió el que

acechaba, y los tres, achaparrados bajo el viento, sin hablar palabra, se hundieron de nuevo en el lugar de donde habían surgido, en la ancha sombra, llena de aletazos y susurros.

Pero reaparecieron de nuevo en la medianoche del día siguiente y la escena se repitió sin variación alguna. Fue en la tercera noche cuando los acontecimientos sucedieron de distinta manera, pues a uno de los soldados ocurriósele salir del rancho en el momento en que tres mulas cargadas, conducidas por un hombre, pasaban por el camino, y él, creyendo oír pasos, llevado del hábito y sin imaginarse lo que le esperaba, dio la voz de alto, y como los pasos no se detuvieran avanzó corriendo. Cerca del camino y en la oscuridad tropezó con un hombre que parecía huir y a él se aferró; el hombre lanzó una exclamación de ira y procuró deshacerse del soldado, golpeándolo, pero este no soltó su presa y gritó:

—¡José! ¡José!

La voz vibró, extendiéndose como una onda eléctrica en la noche, irradiando, al mismo tiempo que valor, zozobra y angustia.

—¡Qué! —contestó el otro soldado, apareciendo en la puerta del rancho.

—¡Trae las…! —gritó el que luchaba, sin poder terminar la frase, pues un violento manotazo le llenó de sangre la boca. Pero el otro entendió lo que pasaba y lo que se pedía y tomando la carabina enderezó sus pasos hacia el lugar de donde venían los gritos. Allí el hombre se abrazó también a él y los tres lucharon en la oscuridad, profiriendo insultos y echando maldiciones, hasta que uno de los soldados retrocedió unos pasos y amenazó con la carabina al rebelde, gritándole:

—¡Ríndete a la autoridad!

El amenazado retrocedió también y alzó los brazos, diciendo en tono de asombro:

—¡Cómo! ¿Es la autoridad la que pelea conmigo? ¿Por qué no me lo dijeron antes? Yo creí que eran salteadores… Baje la carabina, compadre. Estoy dado.

Se apoderaron de él y lo llevaron hacia el rancho; un empujón lo echó dentro y entró, como si fuera una ráfaga de viento, enredándose en la arpillera y arrancándola. Al verlo, la señora Mercedes exhaló un grito, pues el hombre, con la cara llena de sangre, jadeando, rotas las ropas en la pelea, el cabello revuelto, el

color oscuro y la mirada terrible, tenía un aspecto espantable. Florisa escabullose tras el tabique, y don Floridor, si bien no hizo ningún gesto, sintió que el corazón le temblaba.

—¿Por qué te defendías tanto? —preguntó el llamado José, amenazante.

El otro soldado limpiábase la sangre que manaba de su boca rota. El interpelado respondió, sin amedrentarse:

—¡Y cómo no me voy a defender! Voy tranquilo por mi camino y oigo que alguien me da el alto sin decirme por qué ni quién es. Creyendo que era un bandido, quiero arrancar, y él se me echa encima, me pega; me defiendo (no soy zunco), pero llama a otro hombre y entre los dos casi me aturden a golpes. ¿Me iba a quedar con los brazos cruzados? La culpa no es mía, es de usted o de él (porque yo no sé cuál fue el primero que me asaltó), que no me dijo quién era.

—¿Y no te fijaste que éramos guardias?

—¿Cómo? ¿En la oscuridad? Más bien parecían perros bravos.

La voz del hombre era alta, sin vacilaciones, como de quien dice la verdad, y los guardias se desconcertaron un tanto; pero reaccionaron inmediatamente.

—¿Por qué ibas tan calladito?

—¿No se puede ir callado? Cada uno va como le da la gana. Yo no tengo costumbre de cantar cuando voy arreando…

Había sacado un gran pañuelo rojo y se limpiaba el sudor y la sangre, y al hacerlo, mientras el pañuelo le cubría el rostro de frente, lanzaba de reojo miradas rapidísimas. Una de ellas chocó con la del viejo Floridor, quien se sintió como trasminado por ella.

Los guardias no sacaron mucho de él: era un honrado arriero que venía de la Argentina trayendo tres mulas cargadas; chileno; hacía mucho tiempo que no transitaba por ese camino; se llamaba Cupertino Morales. Nada más.

—¿Por qué no me deja ir a ver las mulitas? Se pueden perder —dijo al terminar el interrogatorio.

—No.

—Pero ¿por qué me detienen? Soy hombre honrado.

—Eso dice usted, pero nosotros no le creemos. Golpea muy fuerte usted. Cuando amanezca iremos al retén y ahí decidirá el sargento.

—¿Y por qué no vamos enseguida? —preguntó el hombre con aire inocente.

—¿Para qué tanto apuro? Esperemos un rato. ¿Usted conoce a este hombre? —preguntó el guardia al viejo Floridor.

—Primera vez que lo veo —mintió el viejo Carmona.

Vista la inutilidad de sus súplicas, el desconocido pareció resignarse y se ensimismó, quedándose inmóvil, semicerrados los párpados. Los guardias observábanle con desconfianza: a pesar de sus excelentes explicaciones y de la sinceridad que reflejaban sus palabras, no le habían creído nada. Fluía de su persona algo inquietante y turbador y parecía que de pronto se erguiría y gritaría con voz sobrecogedora, realizando luego una acción extraordinaria. Sin embargo, ni su figura, ni su actitud, ahora de reposo, hacían presagiar tal cosa. Era un hombre de apariencia común, musculoso, rostro oscuro, casi negro, cabello crespo y bigote rizado.

Eran sus ojos vivísimos, sus movimientos precisos y elástico su cuerpo al realizarlos; su voz sin vacilaciones, que llenaba los oídos como un agua fría y que no dejaba oír, cuando sonaba, otra cosa que no fuera ella; era todo esto y su aspecto de espera sin temor y sus contestaciones, que más que de hombre que decía la verdad eran de hombre que estuviera acostumbrado a darlas en otros idénticos casos, lo que le hacían sospechoso y temible. Además, pegaba muy fuerte, como no suelen pegar los hombres honrados y mansos, y los guardias, que sentían aún en sus costillas el choque de sus duras manos, sospechaban de él a través de los machucones recibidos.

—No se me puede estancar la sangre —dijo el guardia herido—. Deme una copita de aguardiente, don Floridor.

Se lo vació en la boca, revolviolo en ella como si se tratara de una brasa y haciendo una mueca espantosa se lo tragó. El desconocido sonrió bajo su bigote negro. Quedó el rancho en silencio, y doña Mercedes, pretextando cansancio y sueño, fuese a acostar. Se la sentía, tras el tabique, revolverse y suspirar sin poder dormir. Los guardias parecieron hundirse en meditaciones, y don Floridor, sentado junto a la lámpara a carburo que daba luz al rancho, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, nervioso, con la boca amarga y seca, mirando tan pronto al desconocido como a los guardias. Pensaba. De todos los presentes, él era el único que

conocía a ese hombre. Si el viento era el espíritu de la montaña, el Negro Isidoro era el diablo de ella, el diablo, sí, el diablo, y al decir esta palabra sintió que un escalofrío le helaba hasta el ombligo. Ubicuo e inencontrable, burlador de los más sagaces y pacientes sargentos fronterizos, contrabandista y cuatrero, valiente hasta la desesperación, tal era aquel hombre. Lo conocía desde niño, pues era oriundo de la comarca, y lo había seguido paso a paso, hecho a hecho, hazaña a hazaña, en su carrera de diablo montañés. El Negro Isidoro pertenecía ya a la leyenda y no había en la región nadie que no lo conociera siquiera de oídas, hasta los mismos soldados que lo custodiaban con tanta indiferencia habrían oído su nombre de labios del sargento. ¡El sargento Urriola! ¡Qué sorpresa si al día siguiente sus hombres le llevaran, sin saberlo ellos mismos, al Negro Isidoro! Bailaría de gusto quizás…

—¡Bueno! —exclamó de pronto el detenido, como si despertara, impaciente. Los soldados sobresaltáronse al oír su voz, y el viejo Carmona casi se cayó del asiento; pero Isidoro echó una mirada tranquila en derredor y al ver sobre la mesa un vaso lleno de vino lo agarró, echándoselo al coleto, después de decir:

—Con permiso, patrón.

Cayó de nuevo en su quietud y mutismo y hasta pareció que se quedaba dormido. Pero no dormía, no. Todos sus sentidos estaban tendidos como un arco hacia afuera, hacia la sombra, donde la noche rodaba como un río empujado por el viento y desde donde venían pequeños ruidos, susurros, deslizamientos, que sus oídos recogían, separándolos del gran grito del viento para diferenciarlos y reconocerlos. Cada minuto que llegaba y transcurría, lento o rápido, pues todos los minutos no son iguales, empujaba su vida hacia la salvación o hacia la muerte, y él los esperaba ansioso, creyendo que cada uno de ellos le traería el acontecimiento deseado; pero esperó en vano. Aquella noche los minutos de la vida del Negro Isidoro cayeron como nueces vanas en las alforjas rotas del gran arriero del mundo: el tiempo.

Por fin se fue la noche y con ella el viento. El mundo quedó vacío, indeciso, sin saber qué hacer ni con qué llenar la soledad que dejaran la noche y el viento. Una claridad sin luz, opaca, de neblina, surgía del suelo y de las montañas, flotando en el espacio

como agua muerta, sin estremecimientos, sin vibraciones. Pero el amanecer echó a andar en puntillas y avanzó; la atmósfera tomó un color más caliente y una ráfaga de viento, tal vez atrasada, trajo un vuelo de tórtolas cordilleranas. Un águila se deslizó rectamente por los andariveles del espacio y por su huella invisible el día empezó a rodar sus horas nuevas.

—Andando —dijo uno de los guardias.

Todos estaban pálidos, brillantes los rostros, húmedas las manos. El hombre se desperezó, rugiendo al bostezar, llamando a la acción a los músculos entumecidos por la inercia. El soldado que estaba junto a la puerta anunció:

—Las mulas han desaparecido.

—¿No ve? ¿Qué le decía yo? —dijo el hombre, sonriendo, porque la desaparición de las mulas indicábale que sus compañeros estaban alertas.

Pero esto hizo crecer las sospechas en el ánimo de los guardias.

—Parece que usted se alegra porque las mulas han desaparecido, y eso es raro en un arriero. Por si acaso, vamos a llevarlo amarrado. Nadie sabe con quién ara en la cordillera.

El soldado extrajo de su montura una cuerdecilla delgada pero firme, de unos cuatro metros de largo, y aseguró con un extremo las manos del Negro, amarrando el otro a la argolla de la montura. Hecho esto montaron los guardias y se alejaron los tres al paso, tranquilos aparentemente los soldados, jurando y rabiando por lo bajo el Negro Isidoro, quien al llegar al camino giró la vista hacia todas partes, en busca de sus camaradas, sin encontrar a nadie. Juzgó que estaba abandonado y que no debía esperar más, confiando solo a su habilidad, a su valor y a su fuerza la salvación de su vida. Lo esencial era no llegar vivo al retén. Temía al sargento Urriola tanto como pudiera temerse a sí mismo, si fuera hombre honrado y en el mundo existiera alguien a quien llamaran el Negro Isidoro.

Dieron vuelta al camino y el viejo Floridor, con el corazón lleno de temor y de coraje al mismo tiempo, los vio desaparecer. No podía creer que su hijo abandonara a su suerte al Negro, no, señor, y aunque era su hijo y lo quería mucho, prefería verlo muerto antes de saberlo cobarde. Si él fuera joven… Desesperado, entró al rancho, hablando solo, gesticulando. Su mujer y su hija lo miraban

asustadas y él procuró explicarse, contar lo que sabía, lo que sentía y lo que quería en ese instante. Pero un disparo lo dejó con la boca abierta.

—¡Ave María! Han muerto al Negro Isidoro… —gritó.

Pero el Negro Isidoro no estaba muerto. Estaba colgando en el precipicio, la cara roja de ira, las manos amoratadas por el estrujón de la cuerdecilla, mientras uno de los soldados, de pie a la orilla del abismo, se burlaba:

—¡Ah, diablo! ¿Creíste que la cuerda se iba a cortar? No, si es firme, para bandidos como vos. ¿Qué quieres ahora? ¿Un tiro en la cabeza? Ya decíamos nosotros que no eras pájaro de los que vuelan bajito… Toma.

Apuntó con su carabina. El Negro Isidoro gritó:

—Mátame, cobarde…

Pero la bala pasó lejos de la cabeza del prisionero. El guardia no tenía intenciones de herirlo; solo quería asustarlo. El otro guardia, a caballo, reía de las frases de su camarada.

—¿No tienes miedo a las balas?

—¿Miedo? Otros más valientes que tú no han sido capaces de matarme. Tírame.

—¿Quieres…? —empezó a preguntar el guardia, pero tronó el estampido de un disparo y se le vio encogerse y soltar la carabina, que cayó al precipicio. La bala le había roto el brazo.

—¡Ahora, mi alma! —gritó, entusiasta, el Negro.

Resonó un nuevo disparo y la bala pasó silbando a escasa altura. El soldado, con el brazo roto, inútil para luchar, huyó por el sendero, cubriéndole el otro la retirada. Al llegar al camino ancho, el herido continuó su marcha, y el otro, desmontándose, ocultose tras una roca; pero desde allí no veía nada ni oía otra cosa que los disparos. Miró hacia el retén y vio que tres hombres, seguramente el sargento y los otros dos guardias, avanzaban a caballo por el camino. Entretanto, el Negro, colgado sobre el abismo, gritaba:

—¡Por aquí, niños, por aquí!

Logró afirmar los pies en la pared del precipicio y sostenido de la cuerda pendió casi horizontal sobre el vacío; mas, de pronto, asustado por los disparos, el caballo del soldado herido, a cuya montura estaba atada la otra punta de la cuerda, echó a andar, y él se fue de bruces contra la roca. El golpe hízole perder el

conocimiento, y como el caballo no se detuviera, lo arrastró, desollándole el rostro el duro roce de la roca, de tal modo que cuando el cuerpo de Isidoro llegó al camino, su rostro no era sino una masa viva de sangre, donde las piedrecillas se fueron incrustando profundamente. Lo desataron dos de sus camaradas, mientras el otro, oculto el rostro por un pañuelo, disparaba para evitar que los guardias entraran en el camino estrecho.

—¡Vamos, vamos! —gritábanle sus amigos, zamarreándole para reanimarlo.

—No veo, no veo —murmuró con angustia.

La sangre y la tierra lo habían cegado.

—¡Por la misma!

—Tráiganme el macho y váyanse ustedes.

—¡Cómo se te ocurre! Camina.

Lo tomaron de los brazos y lo condujeron hasta la meseta, donde, ocultas tras las rocas, estaban las cabalgaduras. Le dieron la suya y la montó de un salto.

—¡Guíenme! Corran adelante…

Atravesaron la meseta corriendo velozmente y llegaron a la orilla de la ladera en el instante en que un disparo de los guardias atronaba el aire de la mañana.

—Aquí está la bajada. ¡Lárgate!

Apretó las piernas con toda su alma, espoleó vigorosamente al macho, y ciego, con el cabello erizado por el viento que volvía, el rostro sangrante, se lanzó cerro abajo como una tromba, pegado al animal que se deslizaba casi sentado sobre la pendiente, sintiendo cerca de él los gritos de sus camaradas y el resonar de las patas de las cabalgaduras.

Cuando los soldados llegaron a la orilla de la meseta, los contrabandistas corrían ya por la garganta del desfiladero, a mucha distancia.

Al día siguiente, el viejo Carmona fue desalojado del rancho. Inútiles fueron sus palabras para impedirlo. El sargento Urriola díjole:

—Yo no le echo a usted la culpa de nada, pero es necesario que se vaya. Por culpa de su negocio ha pasado lo que ha pasado. Hágame caso si no quiere que lo saque a empujones, viejo Carmona.

Y don Floridor no tuvo más remedio que liar sus bártulos y largarse con su mujer y su hija. Al irse dijo:

—¡Buena cosa de harta pena que me da dejar esta mugre! Para lo que ganaba aquí… Ahí te quedas, vejestorio.

Se iba sin pena. En el rancho familiar lo esperaba Davicito, con los bolsillos llenos de billetes y una sonrisa de fruta en su boca ancha y fresca. Antes de dar vuelta el camino miró hacia el rancho y vio que este, de nuevo abandonado, tenía un gesto de asombro en su puerta abierta.

Cuentos

Una carabina y una cotorra

Hay seres que nunca harán nada digno de mirar o de considerar. En la mayoría de los casos, no será suya la culpa: no han tenido preparación ni oportunidad para ello, o la vida se les ha presentado en tal forma, que apenas les ha permitido luchar para subsistir, es decir, para trabajar, es decir, para pelear diariamente y durante horas, ocho, diez o doce, con los más heterogéneos y extraños elementos: con el barro, el que hace adobes; con grasientas y ensangrentadas piltrafas de cuero de animal, el curtidor; con madera, clavos y duras herramientas, el carpintero de obra; con trozos de suela y con zapatos viejos y malolientes, el zapatero; con una manivela que debe hacer girar incansablemente o con una bocina que debe tocar diez, cien, mil veces al día —muchas veces sin necesidad y solo por hábito—, el conductor de vehículos motorizados; con fríos hierros, potes de grasa y tarros de aceite, el mecánico; con un escobillón, un tarro y un carretón hirviente de moscas, el basurero… ¿A qué seguir? La lista de trabajadores es interminable, así como es interminable el número de oficios que desempeñan. ¿Qué tiempo, qué oportunidad? Sin olvidar que el contacto diario y durante años con el barro, los cueros, las maderas, la manivela, los hierros y el carretón repleto de basura terminan por dar a su personalidad una condición semejante a la que esos elementos tienen.

Algunos logran, a veces, hacer algo. ¿Cómo? No se sabe y casi no se explica, pero lo hacen. En la mayoría de los casos no son hechos extraordinarios. Lo extraordinario está en que, dada su condición, hayan podido realizarlo.

Siempre recuerdo lo que alguien contaba sobre el indio que allá en Tierra del Fuego venía periódicamente a pedirle la carabina.

—Préstame tu carabina, patrón.

—Llévala.

Le daba el arma y dos proyectiles y el indio —Juan, Domingo, Santiago, o sin nombre alguno— regresaba dos o tres días después,

llevando sobre su desnuda espalda un cuero de guanaco y un cuarto del mismo animal. Además, el arma y la bala sobrante.

—Toma tu carabina. Guanaco gordo, cuero *very well. Good bye*, patrón.

Sabía inglés y español, aunque ignoraba cuál era el español y cuál el inglés.

Un día, mientras el patrón la usaba, la carabina se descompuso. Se atrancó, algo se le aflojó o algo se le apretó, lo mismo daba: el patrón la miró y la remiró, forcejeó aquí, le echó grasa allá; inútil. Cuando el indio volvió, le dijo:

—No hay carabina.

—Guanacos gordos, patrón.

—Carabina mala.

El indio volvió dos o tres veces. Su mirada era cada vez más triste.

—Carabina mala.

No tenía tiempo para llevarla a algún armero de Punta Arenas. Después de varias visitas del indio, se dio cuenta de que ocurrían dos cosas: primera, el indio se moría de hambre; segunda, no entendía lo de que la carabina estuviese mala; creía, sencillamente, que no quería prestársela. Eso le dolió, y en la primera visita le entregó, como siempre, el arma, con los dos proyectiles. Mejor sería que se convenciera por sí mismo.

El indio se fue casi corriendo. Volvió, dos o tres días después, con dos cueros de guanaco, un cuarto de animal, la carabina y la bala sobrante.

—Toma tu carabina. Guanacos gordos, cueros macanudos. Chao, patrón.

Sabía también un poco de italiano.

El patrón estuvo dos o tres días con la boca abierta: la carabina funcionaba como si acabara de salir de la fábrica. El indio la había arreglado. ¿Cómo? Sabría tanto de mecánica como de propedéutica y no tendría la más insignificante herramienta; quizá poseería un anzuelo; ¿pero quién ha arreglado jamás una carabina con un anzuelo? Cuando el indio volvió de nuevo, el patrón le entregó el arma y las dos balas, sin atreverse a preguntarle nada: estaba seguro de que no habría sabido explicarle cómo la había arreglado. El indio por su parte, no lo intentó. Quizá no podía. La lucha por la vida le

había impedido aprender a pensar y a expresarse.

Pedro Lira no había arreglado jamás una carabina y nunca tuvo un anzuelo. Todo en él y en su hogar estaba desarreglado: las sillas estaban cojas, la puerta no cerraba y apenas si se abría, la ventana no tenía vidrios, la cama permanecía siempre a medio hacer, el piso de la habitación estaba siempre sucio, y la vajilla, hecha añicos. Él era como su cuarto, con bigote además, un bigote que parecía estar siempre empapado en vino. Su mujer era un atado de trapos que se movía, un atado de trapos que hacía la comida, lavaba la ropa y se quejaba cuando Pedro Lira, quizá para cerciorarse de que debajo de eso que se movía había algo más que trapos, le dejaba caer encima un palo o un puñetazo. ¿De qué vivía? Era comerciante: compraba escobas en una fábrica y las vendía por las calles; con el dinero que obtenía compraba de nuevo escobas y las volvía a vender; con el dinero…, etcétera. Las ganancias le permitían mantener cojas las sillas, a medio abrir y a medio cerrar la puerta, sin vidrios las ventanas, sucio el piso, hecha polvo la vajilla. Además, húmedo el bigote y en movimiento el atado de trapos. No tenía hijos.

Lo único estimable en su cuarto era la mesa, no por su estilo, no por su madera, no por su barniz. Lo era por su tamaño, demasiado grande para el cuarto, y porque sobre ella solía moverse lo único hermoso que hubo en la vida de Pedro Lira, lo único que quizá justificó su triste y destartalada existencia de comprador y vendedor de escobas: una cotorra.

Yo tenía, por esos tiempos, una estatura que sobrepasaba solo por escasos centímetros la altura de la mesa, diferencia a mi favor que me permitía mirar de pie lo que ocurría sobre aquel mueble. Digo de pie porque Pedro Lira jamás me invitó a que me sentara. Quizá pensaba que no era de mi gusto hacerlo o quizá tenía la sospecha de que, como él, no tenía fe en sus sillas. Parado allí, miraba.

Pedro Lira, sentado en una de las sillas —las conocía mejor que yo—, iniciaba sobre la mesa, con sus largas y negras uñas, un repiqueteo parecido al de un tambor. La cotorra, que vagaba por el cuarto o por el patio buscando qué comer o que subía y bajaba, interminablemente, por los palos o guías del parrón, se detenía: era una llamada, una llamada para ella sola. Si el repiqueteo persistía y

aumentaba la intensidad o si al golpe de las uñas se unía el golpear de los nudillos sobre la mesa, abandonaba todo, el palo, la guía o el trozo de papa cocida que picoteaba y corría hacia la puerta de la pieza de Pedro Lira, colábase por ella y, acercándose a la mesa, se detenía junto a uno de los derrengados zapatos del vendedor ambulante. Allí esperaba. El repiqueteo aumentaba en profusión e intensidad. Pedro Lira, transfigurado, brillantes los ojos, erguido el cuerpo, casi seco el bigote, olvidado de las sillas desvencijadas, de las escobas amontonadas en un rincón del cuarto, de la ventana sin vidrios, del piso sucio y de la vajilla hecha harina, olvidado también del atado de trapos, ignoraba a la cotorra, que allí, a sus pies, levantada la cabecita, le miraba con la expresión del niño que espera que su padre o su abuelo lo tomen en brazos, izándolo. Llegaba un momento, sin embargo, en que ya no se podía esperar más: el repiqueteo alcanzaba intensidad sobrecogedora; el redoble del tambor se convertía en un rumor de caballos lanzados a la carga, y en medio del trepidar de los cascos se escuchaba algo como el explotar de gruesos proyectiles. Una voz venía a dominar el tumulto:

—¡Atención!

En ese momento la cotorra, bajando la cabecita, daba fuertes picotazos sobre el zapato de Pedro Lira, quien, sin torcer el cuerpo ni mirar hacia abajo, dejaba caer uno de sus brazos y ponía al ras del suelo, estirado el dedo índice, la oscura mano. En aquel dedo, con la rapidez de quien salta a un tren en movimiento, se encaramaba la cotorra. El brazo subía y se posaba de nuevo sobre la mesa, sobre la cual la cotorrita descendía y en la que quedaba inmóvil, erguida, esperando.

El repiqueteo cesaba bruscamente. Pedro Lira, recogiendo hacia el cuerpo los brazos que reposaran sobre la mesa, gritaba:

—¡Atención! ¡Firmes!

Miraba hacia lo lejos, ajeno ya a todo, dominado también por aquella voz que surgía inesperadamente de él, aquella voz marcial y estentórea, tan diversa de la monótona que usaba al ofrecer su mercadería:

—¡Va a querer las escobas, las buenas escobas, caserita!

La cotorra estaba más inmóvil y más erguida.

—¡Soldados: la contienda es desigual! ¡Vivir con gloria o morir

con honor! ¡Adelante! ¡De frente! ¡Marchen!

Se reiniciaba el repiqueteo, otra vez como el del tambor que marca un compás de marcha, repiqueteo que Pedro Lira, mirando ahora fijamente a la cotorra, matizaba con sonoros ¡rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán!, dando al mismo tiempo, con las muñecas, golpes que imitaban la percusión más profunda del bombo. Tambor, timbal y bombo… Solo faltaba el clarín.

La cotorra, puesta también en trance, recta la posición, iniciaba el desfile del imaginario batallón lanzado a la muerte. Sus pasos, más largos que de costumbre, seguían el compás de la marcha, y allí, toda verde claro, la garganta, el pecho, el abdomen y la cola con dulces reflejos azulados, fileteada de amarillo aquí y allá, rosado el pico y de color carne las patas, no mayor toda ella que la cuarta de la mano de un hombre, parecía, marchando sobre la amplia mesa llena de manchas, un animado y breve resplandor de hojas nuevas. A veces, en aquellas partes en que la mesa no tenía manchas, solía resbalar, perdiendo un poco el paso, que recuperaba inmediatamente. Centímetros antes de llegar al filo de la mesa, la sorprendía el grito:

—¡A la derecha! ¡De frente! ¡Marchen!

Giraba, procurando guardar la compostura, y seguía adelante, hasta que el otro grito la alcanzaba:

—¡A la derecha! ¡Marchen!

Avanzaba, ahora derechamente, hacia Pedro Lira, presintiendo que el instante, el temido instante en que el soldado debe lanzarse hacia el enemigo en busca de una muerte casi siempre cierta y de un honor no del todo seguro, llegaría unos pasos más allá. El nuevo grito la alcanzaba en el centro de la mesa, pero no era un grito: era el clarín, que se juntaba por fin al bombo, al tambor y al timbal:

—¡Tararí! ¡Tararí!

La cotorra se detenía, electrizada. Pedro Lira hablaba otra vez con su terrible voz:

—¡Soldados! ¡El enemigo se lanza al ataque! ¡Empieza el combate! ¡Adelante, soldados de la patria!

Cesaba el repiqueteo, callaba el bombo, enmudecía el timbal y un diluvio de proyectiles empezaba a zumbar en el espacio.

—¡Pum! ¡Pim! ¡Pam! ¡Rac! ¡Trun! ¡Cataplún! ¡Chin! ¡Chin!

Silbidos, explosiones, golpes, desgarramientos del aire… La

cotorrita, sola en medio de aquel fragor, abandonada a su suerte frente a un invisible y feroz enemigo, luchaba denodadamente: avanzaba, retrocedía, inclinaba el cuerpo, torcía la cabecita hacia un lado y otro, giraba a la derecha o a la izquierda. La lucha duraba poco, sin embargo; alguien, allá a lo lejos, lanzaba el proyectil decisivo. Se oía un silbido. Al mismo tiempo el brazo derecho de Pedro Lira, estirado hacia atrás, empezaba a levantarse bruscamente sobre su cabeza, aproximándose a la mesa. El silbido aumentaba de intensidad, convirtiéndose en rugido. Por fin el brazo caía sobre la mesa y el puño golpeaba en ella con toda la fuerza de que era capaz:

—¡Pam!

Era un golpe seco. La cotorra, tocada por el obús, caía fulminada, tiesas las patas, cerrados los ojos, entreabierto el pico. Silencio. Pedro Lira volvía en sí y miraba al pequeño y verde soldado tendido en el campo de batalla. Sonreía y se frotaba las manos: su trabajo y el de la cotorra eran perfectos. Nunca hubo una banda de regimiento como aquella, jamás un comandante como él, y en los tiempos de los tiempos ningún soldado como aquel, tan denodado, tan valiente, tan patriota, tan muerto.

Yo, empinado ahora sobre las puntas de los pies, miraba a la pequeña víctima. Todo aquello me sobrecogía, pues todo, gracias a Pedro Lira, aparecía real. Pero el mago tornábase de nuevo serio: faltaba el último acto. Se escuchaba otra vez el clarín, un toque alegre y ligero:

—¡Tararí, tararí, tararí!

La cotorra no se movía. Pedro Lira gritaba de nuevo marcialmente:

—¡Soldados: la batalla ha terminado! ¡El enemigo ha sido vencido! ¡El regimiento vuelve a su cuartel! ¡Tararí, tararí!

Se reiniciaban el redoble del tambor, el golpe del bombo y el rataplán del timbal, y, junto con ello, la cotorra, único y digno soldado de aquel regimiento, abandonando su papel de soldado muerto, volvía, más afortunado que otros soldados, a desempeñar su papel de soldado vivo. Se erguía sobre sus rosadas patitas, poníase recta y avanzaba airosamente, a paso de parada, hacia Pedro Lira, quien la miraba venir hacia él, brillantes los ojos, encendido el rostro, húmedos los labios. Ella, toda verde claro, con

dulces reflejos azules y suaves destellos amarillos, su obra, la única belleza que había logrado crear durante su trashumante vida de vendedor de escobas, llegaba ante él y ante él se detenía, esperando su recompensa: una caricia o un trozo de papa cocida.

Dos o tres años después de separarnos de él, mi madre y yo supimos que Pedro Lira había muerto: borracho, un tren lo arrolló, junto con su mercadería, en un solitario paso a nivel. ¿Qué destino tendría su cotorra? ¿Cuál su mujer? Lo ignorábamos y estábamos lejos de ellas: toda una provincia nos separaba. Hablábamos muchas veces sobre aquel hombre y aquella avecilla. ¿Cómo había logrado enseñarle todo aquello? ¿Cuánto tiempo demoró? ¿Cualquier persona podría, con tiempo y paciencia, lograr lo mismo? Nos parecía difícil, y cada vez que en alguna parte veíamos una cotorrita, preguntábamos:

—¿Sabe hacer alguna gracia?

Sí, sabían dar la pata y hablaban tal o cual palabra; nada más. No había en el mundo muchos Pedro Lira ni muchas cotorras como aquella. La gracia era escasa. Mi madre, sin embargo, que apreciaba mejor que yo, niño aún, aquel prodigio, no perdía la esperanza de encontrar alguna vez algo semejante. Y una tarde, al regresar del colegio y entrar a la pieza en que vivíamos, vi colgada del muro, junto a la puerta, nuevecita y limpia, una jaula de metal. Dentro, toda verde claro, había una cotorra semejante a la de Pedro Lira, aunque tal vez un poco más corpulenta. Silenciosa, me miró. Mi madre no estaba. Dejé en la pieza mis libros y salí a mirar al pájaro. ¿Sabría hacer alguna gracia? ¿Daría la patita, hablaría, haría algún especial movimiento? No me atrevía a meter el dedo dentro de la jaula, ni mucho menos, a sacarla de ella. Mi madre llegó pronto. Me dijo:

—La compré, hijo. El hombre me dijo que era muy inteligente.

Aquello me extrañó: era año de pobreza, más pobre quizá que el anterior —los años de los pobres son así: cada vez más pobres—, y me pareció raro aquel despilfarro. Me explicó:

—Me costó muy barata. Además, no pude resistir la tentación. Tenía tantas ganas de tener una. ¿Te acuerdas de la de Pedro Lira?

Comprendí que, en secreto, mi madre tenía la esperanza de llegar a enseñar a aquel pájaro, sino todo lo que el otro sabía hacer,

algo por lo menos, algo que ella discurriera. Días después, al llegar a mi casa, encontré a mi madre con una cara extraña en ella.

—¿Qué le pasa?

Tenía un dedo, el índice de la mano derecha, vendado.

—¿Se lastimó?

Señaló hacia la jaula. La cotorra, toda verde claro, con dulces reflejos azules y toques amarillos aquí y allá, le había dado, al abrir mi madre la puerta y ofrecerle el dedo para que se subiera a él, un feroz picotón. El pico, fuerte, casi había desgarrado la piel.

—La culpa es mía. Es muy pronto todavía.

La cotorra, detenida en el travesaño central de la jaula, parecía escuchar. Es muy pronto todavía… Pero mi madre era impaciente y pocos días después vi de nuevo la venda sobre el mismo dedo: en idéntico sitio y con la misma fuerza, increíble en una mancha toda verde claro, con tonos azulados y reflejos amarillos, el pico había abierto la piel; se veía la desgarradura. Una fracción de milímetro y la sangre brotaría. La cotorra, silenciosa, miraba desde el travesaño.

Mi madre la mimaba, hablándole con todo el cariño de que era capaz y llenándole la jaula de papas cocidas, trozos de choclo tierno, hojillas de lechuga. La cotorra comía como un león. Pero en ella había algo que no tenía la de Pedro Lira, algo distante y aislado, tal vez como un sentimiento de propia soledad.

Varios días después, a la hora de almuerzo, noté que comía algo extraño para aquellos días de pobreza: una sopa en la que, además de arroz y papas, se hallaban unos trozos de carne blanca y tierna.

—¿Qué es esto, mamá?

Muda, señaló con la cabeza hacia la jaula. Miré: estaba vacía. Después miré el índice de la mano derecha de mi madre: una venda, más voluminosa que las anteriores y ahora manchada de sangre, lo cubría.

Me extrañó aquello, pero me lo expliqué, aunque no en el acto: nuestro cuarto, aun en la mayor pobreza, estaba siempre limpio y ordenado, las sábanas brillaban de blancura, el piso se hallaba siempre sin manchas y todo estaba en su sitio y en buen estado. Ella lo hacía todo, absolutamente todo. No podía reprocharle nada. La gracia necesita, quizá, para expresarse, tiempo y despreocupación de otras cosas, y ella no tenía ni lo uno ni lo otro.

La cotorra había ganado la batalla, pero perdido la vida. La

libertad y la independencia tienen, por lo visto, un duro precio. Mi madre había perdido una ilusión. Yo, gratuitamente, ganado una cazuela.

Oro en el sur

Por un momento pareció que la silla iba a derrumbarse o por lo menos quedar como desjarretada, mas no ocurrió así: crujió y hasta se arqueó, pero se mantuvo. Era una silla bien construida, sin estilo, pero sin clavos. El hombre la llenó con su cuerpo. Con los brazos sobre el pecho dijo:

—Han encontrado oro en el sur. Dos hombres alojaron en una casa abandonada, y al día siguiente, al marcharse, descubrieron que algunas de las piedras del fogón eran muy pesadas y tenían unas vetas raras. Se trataba de arrieros, no de mineros, aunque no de tontos, y llevaron las piedras a Talca; las examinó un joyero: oro. No supieron qué hacer, y el joyero les dijo: «Véndanme eso y vayan a buscar más. No diré una palabra ni haré nada por saber de dónde lo sacan. Aquí está el dinero». Aceptaron. El joyero esperó y los hombres regresaron con dos piedras más. Entonces el joyero dijo: «Estamos haciendo tonterías. ¿Por qué no formamos una sociedad? Tengo amigos y puedo juntar unos miles de pesos. Véndanme lo que traen y autorícenme para hacer gestiones. Aquí está el dinero». Aceptaron de nuevo, y el joyero cerró la tienda y se vino para Santiago. Los arrieros, entretanto, se emborracharon y contaron todo. En estos momentos se está formando una sociedad anónima y mucha gente se prepara a marchar hacia allá.

Calló el hombre, desunió los brazos y puso las manos sobre los muslos. Eran manos grandes, de dedos gruesos y fuertes, aunque blancas y limpias, manos de artista: el hombre era músico y componía sobre todo valses, unos valses desgarradores que le permitían vivir sin grandes angustias. Mirándolo resultaba difícil suponer que tuviera semejante actividad: era ancho y poderoso, desengrasado, barba y cabellera doradas, un verdadero toro, por alguna parte del cual, tal vez avergonzada, corría una tierna y dulzona linfa. Sus hijos eran como él. Uno de ellos preguntó, por preguntar:

—¿Y dónde está ese oro?

El hombre señaló con el pulgar hacia un punto situado a su espalda:

—En el sur, más acá del río Maule y cerca de la costa. Es un lugar llamado Putú.

Los hijos callaron. No se les ocurría, a pesar de estar bastante creciditos, el porqué de aquella reunión y de aquel informe sobre minería aurífera. El padre siguió:

—Les cuento esto porque creo que hay aquí una oportunidad para ustedes, la única que se les presentará en muchos años. Son jóvenes y vigorosos, y, aunque un poco distraídos, nada de tontos. Si tienen suerte podrán irse a estudiar a Europa. No tengo dinero que darles para ello, pero puedo darles lo que tengo, unos pesos, para correr esta aventura.

—¿Qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Bien —contestó Manuel, alzando los hombros.

El padre les había dado no solo su vigor y su hermosa apariencia, sino también aquella tierna linfa, aunque un poco transformada: Manuel era pintor, escultor Julio. La melodía había tomado cuerpo.

—Supongo que no tendrán miedo. Los dos juntos, con lo fuertes que son, pueden rendir tanto como media docena de hombres, y solo esa media docena de hombres, juntos, podrían con ustedes. ¿Convenido?

—Muy bien, padre; iremos.

El hombre se levantó y la silla se arrufó como un gato, aflojando la tensión a que debió recurrir para no despatarrarse.

—Apenas termine un vals que estoy escribiendo, les daré la plata.

Días más tarde los hermanos llegaron a orillas del Maule. En Constitución compraron lo que estimaban necesario: palas, picos y azadones, harneros, sartenes y cacerolas, baldes y coladores, la mayor parte usados. Al terminar y contemplar el montón, los hermanos rompieron a reír:

—¿Cómo vamos a llevar todo esto?

—Y todavía faltan los comestibles.

Los fideos, las papas, el arroz y los frijoles aumentaron el equipaje en tal forma, que se les hizo necesario adquirir una mula o

un caballo. Recorrieron los alrededores y regresaron al alojamiento en compañía de un caballejo de ojos tristes, muy peludo y un poco descuajaringado, que aceptó con resignación cuanto le echaron sobre el lomo, las costillas, la grupa y la cruz. Le pusieron un ronzal y con él de tiro llegaron, una madrugada, hasta el balsadero. Mas el balsero no estaba; se le divisaba en la otra orilla, lejano, esperando algo.

Allí quedaron, fumando y mirando el río, conversando. El lugar, debido a la hora, aparecía solitario; solo pájaros y arbustos, allá un rancho, más allá otro, un humo y algunas embarcaciones. Solo después de un largo rato descubrieron que no estaban solos; alguien tosió y escupió ruidosamente. Había allí un hombre. Mas ¿cómo verlo a la primera mirada? Sentado sobre una piedra, miraba también el río inmóvil, confundido con las rocas y los arbustos. Su ropa, incluso su sombrero, tenía un color de piedra, de arena o de tierra. Menos que el de un ser humano, el bulto de su cuerpo parecía, por su color e inmovilidad, el de una iguana con propiedades mimetistas. Manuel fue a mirarlo.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —contestó la iguana, torciendo el pescuezo.

El rostro no tenía relación con el bulto del cuerpo, no por el color, que no tenía nada de extraordinario, sino por la expresión: era vivo y lleno de inteligencia y simpatía, largo y delgado, de acusados huesos. Los ojos oscuros miraban con rapidez y profundidad, ojos que no perdían el tiempo: guardaban lo que veían. Las manos, muy morenas, le recordaban a Julio las manos de los picapedreros, gente que trabaja al sol. Manuel hizo un esfuerzo para separar su mirada de aquel rostro y no parecer impertinente. De haber tenido allí un trozo de tela, unos tubos de pintura y sus pinceles, habría empezado su retrato, el retrato de la vida libre y despierta.

El hombre lo miró sonriendo, una sonrisa que descubría unos dientes largos y amarillos y que hacía correr hacia los maxilares unos bigotes de cola de ratón.

—¿Va para el otro lado?

—Sí, para allá vamos.

Giró la cabeza y miró a Julio: una rápida mirada, y volvió a girarla hacia el río; pero algo se le había escapado y la torció de

nuevo: una mirada más detenida, no a Julio, sino al caballo. Manuel lo observaba. El hombre miró otra vez hacia el río. Pareció estar ya al cabo de todo, no solo de lo que sucedía, sino de lo que había sucedido.

—¿Para Putú, entonces?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Manuel.

El hombre sonrió e hizo con la cabeza un movimiento en dirección al caballo.

—¿Para dónde se puede ir con una carga de esa laya?

Julio se aproximó. Ninguno de los hermanos, artistas e hijos de familia burguesa, tenía experiencia en cuanto a lo que puede hallarse en las orillas de los caminos o de los ríos.

—¿Y para qué tanto cacharro?

Se refería a los harneros, ollas, baldes, palas y azadones que el caballo llevaba encima y que sonaban vivamente apenas el animal movía las inseguras patas.

—Ya viene el balsero.

—Y usted, ¿también va para allá?

El hombre asintió y Manuel buscó con los ojos el equipaje: un saco harinero, lleno hasta la mitad o hasta sus dos terceras partes, estaba al lado de sus piernas.

—¿Y eso es todo lo que lleva?

El hombre soltó una carcajada.

—Todo —dijo—. ¿Y para qué más? Si encuentro oro tendré lo que necesite; si no lo encuentro, ¿para qué llevo lo que no voy a necesitar?

—¿Es minero usted?

—Lo he sido toda mi vida, no por aquí, sino en el norte, y tengo inscritas a mi nombre treinta y seis minas: oro, plata, cobre, níquel, y nadie me daría un peso por todas. ¿Tiene un cigarrillo?

El balsero venía por la mitad del río. El hombre se levantó, desperezándose: era delgado, casi flaco, y de estatura más que mediana; sus movimientos eran ágiles y seguros. A su lado, Manuel y Julio, bien alimentados, altos, robustos, de ojos claros, cabellera rubia, piel rosada, parecían sus patrones, los patrones de siempre. El hombre tomó el saco y se lo echó a la espalda con gran desenvoltura; parecía un miembro más.

Una vez en la balsa, río adentro, en tanto el balsero cuidaba de

la navegación y los hermanos miraban en dirección a la barra del río, siempre peligrosa, el hombre se puso locuaz:

—He oído hablar de Putú, pero no estoy seguro de lo que pasa. Si hay que buscar oro, lo buscaremos, y si hay, lo hallaremos. ¿Quién sabe? En cuestiones de minas nadie sabe lo que puede pasar.

Calló un instante y luego continuó:

—Los mineros pasamos a veces mucho tiempo sin hablar y cuando nos encontramos con gente queremos desquitarnos. Hace años pasé tres meses en el desierto sin más compañía que un burro; creí que iba a quedar mudo. Cantaba, decía versos, le contaba cuentos al burro, me hablaba a mí mismo y me respondía yo mismo, y a veces me daba un no sé qué, como si alguien me dijera: «Cállate, jetón. ¡Vergüenza debía darte de estar hablando solo!». Callaba, pero sentía que si continuaba así se me iba a poner dura la lengua y que después no podría manejarla. Cantaba entonces a gritos, aunque nunca me ha gustado hacerlo y tengo una voz como de vaca; pero ¿qué hacer? Cuando volví al pueblo estuve hablando como ocho días… Por eso es que no me gusta ir solo a catear minas. Procuro siempre llevar un compañero, mejor un socio que me ayude a pagar los gastos.

Calló el hombre. El Maule corría hacia el mar, ancho y claro, y sus aguas murmuraban contra la balsa, haciéndole alrededor un fugitivo bordado de espumas. El caballejo, asustado, miraba hacia el río y permanecía quieto, como si sospechara lo que podía pasarle si se dedicaba a manifestaciones de desagrado y rebelión. El hombre continuó su charla:

—He tenido muchos compañeros, y algunos se me murieron en el desierto, pero otros están vivos todavía, entre ellos un fotógrafo español, de Antofagasta. Lo conocí en una pensión. Es de esos que andan por las calles con una maquinita: «¿Le tomamos una fotografía, caballero?». Parecía hombre serio y sospeché que podía tener un poco de plata. Yo tenía mis ideas sobre un reventón de mineral que había visto en mi última correría por el desierto y que no había podido catear a gusto porque el hambre y el cansancio me traían apurado. Le hablé de minas y me oyó como quien oye llover. Por fin, después de oírme decir que la minería era así o asá, que mucha gente se hacía millonaria de la noche a la mañana, que quedaba mucha riqueza en Atacama y Tarapacá y que no era

necesario mucho trabajo para descubrirla y aprovecharla, me dijo: «Oye: no me des más la lata y dime qué es lo que quieres de mí». Se lo dije, y él aclaró: «Siempre he querido descubrir una mina y hacerme rico, pero no entiendo nada de minería. Explícame bien este asunto». Se lo expliqué y al final aceptó: pondría el dinero y nos iríamos por mitades. Yo loco de contento. Compramos lo que necesitábamos y partimos. Estuvimos más de un mes escarbando. El burro que llevábamos murió de hambre y nosotros casi corrimos la misma suerte. Por fin el español dijo: «Oye, tú: sé que no me has querido engañar y no estoy enfadado, pero esto no da para más. Volvámonos». Le dije que bueno, y el español amontonó, junto a un tremendo agujero que habíamos hecho, todas las herramientas y hasta el esqueleto del burro; después armó con papeles y palos una especie de cartelón, escribió algo encima y lo puso junto al agujero; sacó la máquina y tomó una fotografía. Después dijo: «Anda, vámonos». Recogimos lo que podíamos llevar y regresamos a Antofagasta. Allí el hombre sacó copias de la fotografía y las vendió al público. En pocos meses recuperó la plata que había perdido.

El hombre se interrumpió y lanzó, a modo de carcajada, un relincho que hizo retroceder un paso al caballo, un solo paso. Los hermanos rieron también, contagiados por aquella carcajada, y el balsero, hombre silencioso, echó una sonrisa. El hombre concluyó:

—¿Saben lo que decía el cartelón? Decía: «Aquí se jodió un fotógrafo».

En la otra orilla del río, al desembarcar, el balsero les indicó la dirección:

—Por ahí, y tomando ese camino, no se perderán. Para Putú, ¿no es cierto?

Julio tuvo una corazonada y preguntó:

—¿Ha pasado mucha gente?

El balsero, moreno y de ojos verdes, abrió una mano, separando los dedos, y la movió sobre sí misma, con la muñeca como eje:

—Regular, regular…

El movimiento, repetido, podía indicar veinticinco, pero también podía indicar quinientos. La precisión no sería la mayor virtud del balsero, ya que un balsero no tiene por qué ser preciso. El río no lo es, y el hombre tiene, casi siempre, algo de aquello en que trabaja. El minero abrió la marcha y Julio y Manuel, con el caballo, lo

siguieron. La mañana era agradable y el paisaje resultaba un placer para los ojos.

El minero enmudeció. Con el saco a la espalda avanzaba a pasos regulares. No miraba el paisaje, como los hermanos, que eran artistas, sino la tierra en sí misma, sus colores, sus accidentes, su tendencia, como un minero. Había entrado al terreno, como el balsero entra al río, y trabajaba ya y no podía perder el tiempo en mirar los árboles, que jamás han producido mineral alguno, ni el cielo azul ni los pájaros ni las flores, ajenos en absoluto a la minería. El oro puede estar en cualquier parte y puede que no esté en ninguna; pero si uno lo quiere hallar tiene que buscarlo. Julio y Manuel, en cambio, no lo buscaban, y no lo buscaban porque, aunque lo hicieran, no sabrían hallarlo. Debían llegar al sitio en que se había descubierto, preguntar si era allí, efectivamente, en donde se había hallado, y, una vez recibida la afirmación, empezar la búsqueda. Si había, lo hallarían; y si no era cierto que había, no sería culpa suya el que no lo encontraran. Para ellos el oro significaba París, el Louvre o Florencia o la Capilla Sixtina, cosas hermosas y lejanas, cosas que esperaban. Pero el minero no esperaba, se anticipaba; era un profesional, no un aficionado, y su objetivo era fijo y no podía perder el tiempo en mirar el decorado. El oro tenía para él un significado más inmediato.

Las colinas descendían hacia el mar y la proximidad del verano las había puesto verdes, de un verde que variaba con la diferencia de vegetación: era más claro aquí, más oscuro allá, pero siempre verde, y solo se advertían manchas ocres en las partes casi absolutamente ajenas a la vida vegetal o allí en donde solo más tarde aparecería, con el aumento de la temperatura, una vegetación más lenta en crecer. Árboles coposos, de un verde oscuro que tendía al negro, matizaban el verde y el ocre. El viento que venía del mar refrescaba las caras y las manos.

Después de dos horas de marcha, sin haber tenido más encuentros que una que otra carreta ocupada por hombres que los miraban asombrados, hombres con sombreros que les llegaban hasta las orejas y cubiertos con mantas grises o anaranjadas, tomaron un breve descanso, continuando enseguida la marcha. Cerca del mediodía, un poco cansados ya, llegaron hasta el pie de una pronunciada pendiente. Reposaron otra vez.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí; el balsero nos dijo que podíamos llegar a las doce.

—Allá arriba almorzaremos.

El primero en alcanzar la parte alta del repecho fue, naturalmente, el minero. Se detuvo a echar un respiro y miró hacia todas partes, deteniendo sus ojos en un punto del horizonte. Allí quedó inmóvil, como animal al acecho. Al alcanzarlo Manuel y Julio, con el caballejo que acezaba como si padeciese asma, miraron también en la misma dirección: no vieron nada.

—¿Qué mira?

—Aquella loma —señaló el hombre.

Había allí una loma, es decir, había muchas, pero una de ellas se destacaba entre otras: no era verde clara ni verde oscura ni ocre: era negra. ¡Una loma negra! ¿Acaso un incendio la había dejado de aquel color? Pero el negro de la colina aquella era un negro especial: es cierto que de pronto se veían pequeñas manchas claras, pero el fondo oscuro tenía una apariencia que recordaba la de las manchas que se ven en el fondo del mar, en las partes bajas de la costa, cuando se las mira desde lo alto y se ve cómo el movimiento de las olas, según sea a favor o en contra de la luz, las aclara o ensombrece. ¿Qué significaba aquello?

El minero reanudó la marcha, a prisa ahora, como quien ha descubierto algo y se lanza sobre ello y no quiere que se le escape. Julio y Manuel, incapaces de hallar una explicación de lo que veían y sorprendidos por la decisión de los movimientos del minero, partieron detrás, a paso rápido también. Media hora después se detenían, con la boca abierta, al borde de la loma: toda ella hervía de hombres, hombres que cavaban, que hacían zanjas y agujeros, que movían las piedras y la tierra de un lado para otro, como si el orden en que estaban no les gustase y quisieran darle uno nuevo, uno nuevo que no se sabía cuál podía ser, ya que cada uno obraba como le daba la gana. Algunos individuos desaparecían en hoyos que ellos mismos habían excavado; otros estaban como ocultos detrás de trincheras de piedras y tierra; los de más allá tomaban paladas de tierra y las lanzaban hacia atrás o hacia los lados, sin fijarse si caían o no encima de otros, y otros, por fin, examinaban y medían el suelo, estacándolo con gran vigor. Todo parecía un hormiguero, una colmena, un montón de moscas que ululaba,

runruneaba, jadeaba, un montón compacto, uniforme, sin claros y sin reposo. Cuando los hermanos reaccionaron, el minero había desaparecido: el montón se lo había tragado.

—¿Qué hacemos? —susurró Julio—. Aquí no hay dónde meterse, mucho menos con un caballo. No podríamos dar ni un azadonazo.

—Correríamos el riesgo de pegárselo en el traste a alguno de estos.

Amarraron el caballo a una piedra, sacaron comestibles y se dispusieron a almorzar. Nadie hizo caso de ellos, y comieron tranquilos, tranquilos aunque un poco desasosegados. No era posible llegar hasta allí y quedarse al margen de lo que ocurría, aunque la verdad era que no había dónde meterse con todo aquel equipaje y un caballo que no podían abandonar. Recordaron a su padre y este recuerdo les produjo gran desazón: el vals se titulaba Lamentos del alma. Ellos habían gastado su anticipo y tenían ahora la angustiosa sensación de que esos lamentos quedarían sin eco. Pero algo se le ocurrió a Julio, no enseguida, sino después de haber almorzado, como si su mente, al revés de la del minero, que funcionaba por la necesidad, funcionase por la satisfacción.

—Tengo una idea —dijo—. Apurémonos.

Partieron en dirección a Putú. La colina continuó runruneando, negra de hombres agachándose, enderezándose, trasladándose, hundiéndose, surgiendo.

—¿Dónde estará la casa de que habló papá? Aquí no se ve nada —dijo Julio.

—Deben haberla demolido —comentó Manuel, empujando el caballo.

La aldea no distaba mucho y no tuvieron necesidad de preguntar nada a nadie: estaba constituida por una sola calle, de tres o cuatro cuadras de largo, y en mitad de ella, llenándola de acera a acera, un trozo de colina, que parecía haberse trasladado hasta allí, se movía con el mismo zumbido y afán. Al llegar cerca del montón humano, Manuel y Julio se afirmaron en un muro y rompieron a reír; pero la risa terminó cuando surgió de nuevo el recuerdo de los Lamentos del alma y de sus pesos de anticipo. Julio, que era el más enérgico, ya que era escultor, trabajador en duras piedras, hombre de recias manos y robustos lagartos, sintió de pronto ira.

—Es necesario hacer algo —exclamó.

—Pero ¿qué? —preguntó Manuel, sofocado aún por la risa.

—Lo que hace esta gente. Si ellos lo hacen, ¿por qué no nosotros?

—¿Y el caballo?

—Tráelo.

Tomó el ronzal y ató el extremo a un árbol cercano.

—Métete por ahí —dijo—. Yo me meteré por aquí.

—¿Y qué haremos cuando estemos dentro? —preguntó Manuel, disponiéndose a lanzarse.

—Haz un pedimento —gritó Julio, ya metido dentro de la marea.

—¡Un pedimento de qué! —rugió Manuel, luchando contra una parte de los trescientos hombres que pugnaban por entrar o por salir.

—¡Un pedimento minero, animal! —aulló Julio, mientras sentía que centenares de codos, rodillas, caderas, hombros, piernas y pies lo apretaban, lo reducían, pretendiendo inmovilizarlo. Oyó que Manuel preguntaba, como desde debajo del agua: «¿Y cuánto?». Gritó: «¡Todo!», para ser más breve, y siguió bregando. El sudor empezó a brotarle, y al llegar frente a la estrecha puerta, en donde la muchedumbre tenía ya la densidad del mineral, y en donde la fricción, en medio de quejas, insultos y fatigosas respiraciones, era casi dolorosa, sintió que estaba próximo, si no a desmayarse, por lo menos a renunciar y volverse. Pero el recuerdo volvió a surgir —Lamentos del alma, vals para piano—, e hizo un último esfuerzo y entró. Media hora después, tan pronto lanzado hacia adelante como empujado hacia atrás, aunque ganando terreno en cada movimiento, llegó hasta el mostrador, tras el cual tres hombres en camisa, sudando, procuraban atender a la multitud.

—¡A mí, a mí, a mí! —se escuchaba.

Manos sucias, mandíbulas llenas de pelos, sombreros derrotados, mangas deshilachadas, papeles rotos, manchas de tinta, bigotes y labios húmedos, olor a ajo o a cebolla o a vino o a transpiración. Sintió que el estómago se le subía a la garganta, pero lo rechazó; no podía perder el tiempo en vomitar.

—¡Oiga! —rugió, estirando el brazo en dirección a uno de los empleados.

El empleado se acercó. Era un hombre delgado, ya de edad. Sudaba y miraba con lacrimeantes ojos por encima de unos lentes empañados y con armadura de alambre. Se le notaba agotado y rabioso.

—¿Un pedimento, eh? —gritó.

No se podía hablar sino a gritos.

—Sí, un pedimento.

—¡Veinte pesos!

Los billetes estaban húmedos. Tomó dos y los entregó al empleado, recibiendo en recompensa una hoja de papel sellado.

—Una lapicera, por favor —mugió.

El empleado le dio una lapicera. Pero no era suficiente.

—¿Qué pongo aquí?

Veinte hombres preguntaban lo mismo y muchos no sabían escribir y gritaban rogando que alguien les escribiera lo que era preciso escribir, mas nadie hacía caso de nadie y todos empujaban y bramaban.

—Lo que va a pedir —respondió el empleado, usando una mano como bocina—, y su nombre, domicilio, edad y profesión.

¿Qué era lo que él deseaba pedir? Un empujón lo colocó en línea oblicua con el empleado, urgido por cuarenta manos y veinte bocas. ¿Qué era lo que tenía que pedir? Un trozo de terreno, allá, en la loma negra; pero ¿qué parte de la loma, en qué dirección, con qué límites?

El empleado se le acercó.

—¿Lo hizo ya? —preguntó.

—No —respondió Julio—. Dígame, ¿cuánto puedo pedir?

—Lo que quiera; dos, tres, cuatro cuadras, da lo mismo.

—¿Y dónde me tocará?

El empleado se sacó los anteojos, se pasó un pañuelo por el rostro, se sonó además, y después, volviéndose hacia adentro, le preguntó:

—¿Ve usted eso?

Eso era una columna de hojas de papel sellado que se acercaba rápidamente al techo de la habitación.

—Todos son pedimentos —cacareó—, y habrá que despacharlos por orden de llegada. ¿Qué parte le tocará? Es difícil decirlo, pero es posible que no le toque en el centro de la loma.

Se alejó. Julio empezó a hacer cálculos:

«Bueno, puedo pedir dos, tres, cuatro cuadras, lo que quiera; pero la gente que hizo esos pedimentos también pudo pedir lo que le dio la gana. ¿Cuántas cuadras tendrá la loma? Veinte, pongamos cuarenta, a lo sumo, y ¿cuántos pedimentos habrá en esa columna? Si hay mil y cada hombre pidió una cuadra, resultarán mil cuadras, y si han hecho lo que yo pienso hacer, pedir cuatro cuadras, serán cuatro mil las cuadras».

Tuvo la sensación de que algo se movía bajo sus pies.

«Pero la columna nace en el suelo —continuó— y alcanza ya el techo, y debe haber por lo menos tres mil pedimentos. Tres mil pedimentos: doce mil cuadras».

—Me va a tocar cerca de Santiago —murmuró, próximo a sollozar.

Soltó la lapicera y se dio vuelta hacia la puerta. Junto a ella encontró a Manuel.

—¡Qué hay! —exclamó este, roja y llena de esperanza la cara.

—¡Vuélvete! —gritó Julio.

La muchedumbre lo expulsó con gran suavidad y energía.

—¿Qué pasó, hermano?

—Ya se acabó la loma.

Salieron a la calle. Julio estaba sombrío, asombrado Manuel. El caballo no estaba de ningún modo: había desaparecido.

Mares libres

La Skúa, entre pardo y ocre sucio la color, vivísimo el ojo, ancha de pecho, pico de matarife, vuela y revuela sobre la bahía. Desde donde vuela y revuela todo lo vigila y lo ve; ningún movimiento se le escapa. Distingue a los peces bajo el agua y a los pájaros sobre ella y sabe quién se lanza sobre la presa, qué presa es y si tiene suerte… la presa o el pájaro. Si el bocado es bueno y el pescador lo consigue, siente un estremecimiento y las alas tienden a lanzarla hacia el afortunado. Pero se retiene. ¿Por qué? De todas las aves que vuelan sobre la bahía o que están inmóviles en alguna parte de ella, la Skúa, bien llamada Gaviota Salteadora, es la más desalmada: ningún pájaro puede pescar a su vista ni el más miserable de los peces sin correr el riesgo de que ella se lo arrebate a picotazos. A pesar de ello, representa allí, y en este momento, a su especie. ¿Cómo? Es difícil explicarlo. Solo se podría hacerlo si se recuerda que muy rara vez o nunca las especies escogen con tino a sus representantes.

Representa a su especie y vigila.

Un Piquero se lanza en gran estilo. La Sardina le muestra, como una burla, un resplandor de plata y se va a fondo. El pájaro, cariacontecido, remonta el vuelo. La Skúa sonríe de lado, como por un colmillo: ella no habría fracasado, no en coger la Sardina, sino en arrebatársela al Piquero. Es salteadora, no pescadora, reina de la costa desde más allá de la Tierra de Graham, en la Antártida, donde nacen las últimas skúas, hasta las playas de Trujillo o de Chiclayo, adonde llegan las primeras.

Vuela desde muy temprano y tiene hambre. Bajo ella el Piquero y el Blanquillo, la Gaviota Cocinera y la Garuma, la Monja y el Cáhuil de Cabeza Gris, el Chibrillo y la Gaviota Dominicana vuelan y revuelan, pescando, y más abajo, a ras del agua o en el agua misma, el Pato Yeco y el Pato Lile, el Alcatraz y el Pato Yunco Zambullidor del Norte no hacen otra cosa que comer, pero aprisa, como si el tiempo de que dispusieran para ello se fuese a acabar de

un momento a otro.

«Nunca han comido tanto como hoy», intenta pensar, mirando hacia abajo.

Y no se equivocaría si llegara a pensar así: los pájaros, aprovechando la tregua, se atiborran.

«Supongo que no se habrán burlado de mí», intenta pensar de nuevo.

Pero no ha sido una burla. Sus ojos, al mirar hacia el norte, ven llegar lo que espera: una mancha blanca vuela cerca de la playa, zigzagueando. La Skúa, maestra del vuelo remado, gira y en rápidos y poderosos aletazos baja hacia la playa, que toca, al posarse, con sus patas membranosas. Allí queda, frente a la mancha que volaba y que ahora está detenida.

—¡Hola! —grazna.

Ante ella, macilentos, se halla una bandada de cáhuiles blancos.

—Hola —responde uno de ellos, el más estragado, sin gran entusiasmo.

La Skúa avanza un paso; el Cáhuil retrocede tres. Delante de la Skúa no tiene figura: aquel cuerpazo lo domina, ese pico de matarife puede matarlo de un golpe. Además, vuela desde hace muchos días y está cansado.

—Estaba esperándolos —masculla la Skúa.

El guía siente deseos de agradecer la atención, pero sabe que de una Gaviota Salteadora no se puede esperar nada que haya que agradecer, y calla.

La Skúa los examina: los cáhuiles, treinta o cuarenta, ágiles, de alas angulosas, remadores del aire también, esbeltos, esperan. Vienen del norte. Algunos han nacido ese año en la parte alta de la cuenca del Misisipi, otros más allá aún y todos han atravesado volando el Golfo de México y el Trópico. Algunos llegan por primera vez; otros, por segunda o tercera. Estos, cuando partieron hacia el norte, vestían la caperuza negra del plumaje nupcial. Ahora, de regreso, la caperuza es de nuevo color café.

—¿Alguna novedad? —pregunta el guía, mirando a su vez a la Skúa.

—Sí —responde gravemente el representante—; hay una novedad.

—¿Y qué es ello?

—Tenemos que hablarlo, pero no aquí ni solamente nosotros. Hay más interesados y querrán estar presentes.

—¿Quiénes?

La Skúa señala hacia el mar, hacia la playa, hacia el cielo: por todas partes hay pájaros, y dice:

—Pájaros.

—¿Todos?

—Todos los del mar.

—¿Y si no queremos ir?

La Skúa prorrumpe en un atroz graznido: es una carcajada y los cáhuiles sienten desgarrárseles los tímpanos. Si aquello es una carcajada, ¿cómo será un lamento o una injuria?

—Si no quieren ir se expondrán a cosas peores.

Frunce el ceño y mira hacia el norte: a unas cuadras de distancia, entre la arena y los rompientes, algo se mueve y avanza, pequeños puntos que se desplazan con gran rapidez y con irregularidad, internándose tan pronto en el mar como en la tierra. Momentos después rueda sobre la arena, cerca de la Skúa y de los cáhuiles, una bandada de pollitos de mar blancos.

—Otros viajeros —rezonga la Skúa, con aire de vista de aduanas.

Avanza hacia ellos.

—¡Hola! —gruñe.

Los pollitos miran de lado, recelosos. No saben si contestar o huir.

—¡Hola! —vuelve a gruñir la Skúa, irritada al no recibir respuesta.

—Hola —se atreve a exclamar, desganado, el guía de la bandada.

—¿Ya de vuelta, eh?

El Pollito, desconfiado, temeroso, responde en un susurro:

—Sííí…

Durante el día llegan la Perdiz de Mar y el Vuelvepiedras, el Pitotoy Chico y el Gaviotín Elegante, el Chorlito de Mar y el Perrito, y por fin, ya casi anochecido, el Salteador Chico de Cola Larga. Unos solos, en parejas otros, estos en pequeñas bandadas, recién nacidos aquellos en las costas de Alaska o de Groenlandia, de California o de Canadá, y los de más allá, adultos, de espléndida madurez, otra

vez de regreso a las tierras del sur; turistas del aire y del océano, pero turistas sin máquinas fotográficas y sin pasaportes; solo alas, grandes o chicas, remadoras o planeadoras, grises o blancas. A todos los notifica la Skúa con su graznido, y al día siguiente, muy temprano, en la solitaria caleta de los Pájaros Niños, el representante abre el pico y grita:

—Queridos…

¿Queridos qué? La segunda palabra no se oye: un grupo de garumas y de pilpilenes, de monjas y de gaviotas dominicanas prorrumpe en agudo griterío:

—¡Queridos, queridos, queridos…!

El griterío se convierte al fin en carcajada. La Skúa se yergue y grazna, dominando el bullicio.

—¡Silencio!

Y agrega:

—No hablo en mi nombre. Hablo en nombre de los hermanos de la costa, es decir, de ustedes, que me han elegido. Déjenme hablar o me voy.

Una Garuma —su grupo es, como siempre, el más numeroso y bullicioso— se adelanta y dice, con atiplada voz:

—Es cierto lo que dices, pero no nos llames queridos… Nos da risa.

Cloquea de nuevo una carcajada, mueve, como una señora antigua, la cenicienta cola y se retira. La mirada de la Skúa parece atravesarla.

Sobre las rocas y sobre la arena, sobre la tierra y en la pendiente del barranco hay pájaros, decenas de pájaros, y no solo marítimos: los hay también terrestres, loicas y zorzales, jilgueros y chercanes, queltehues y jotes, bailarines y canasteros, chincoles y remolineras, diucas y golondrinas, tencas y chirigües, turcas y gallinas ciegas, pero todos estos arriba, en el filo de la barranca, espectadores sin voz ni voto, humildes semilleros estos, modestos comedores de gusanos aquellos, cazadores de insectos estos otros, atrapadores de ratones y culebras los de acá, basureros, en fin, los de allá.

Sobre una pequeña roca, aislada, reluciente, fino, de patas amarillas, gris oscuro el cuerpo, un Petrel de Wilson, el bailarín del mar, solitario del océano, contempla la escena. ¿Qué hace allí el descendiente de aquel que dicen que pretendió andar sobre las

aguas?

Cerca, solitario también, se yergue el Salteador Chico de Cola Larga, pariente, aunque menor, de la Gaviota Salteadora, pero tan bandido como ella.

La Skúa prosigue:

—No hablo solo en mi nombre, he dicho, y es cierto. Se trata de lo siguiente.

Carraspea y alza la voz:

—Los hermanos de la costa aseguran que cada día hay menos pescado en estos mares. No me consta, pero ellos lo dicen; y dicen más todavía: dicen que ese pescado debe ser para los que nacen y viven en estos mares y no para los que nacen en otras partes y vienen aquí a comer lo que no les pertenece.

Calla y da unos pasos sobre la arena. Pregunta enseguida:

—¿Han entendido?

Hay un silencio. La Skúa añade:

—En pocas palabras: los cáhuiles y los pollos de mar blancos, las perdices de mar y los vuelvepiedras, los pitotoyes chicos y los gaviotines elegantes, los chorlitos de mar y los perritos, los… —vacila y mira a su pariente, el Salteador Chico de Cola Larga, que no pierde palabra— salteadores chicos —recalca un poco despectivamente esta última palabra— y todos los pájaros que no han nacido ni nacen en estos lugares, deben ir pensando en renunciar a sus viajes de todos los años y quedarse en sus tierras.

Calla de nuevo. Da una mirada a todos y termina:

—Tienen la palabra los…

No sabe qué palabra agregar: ¿extranjeros, extraños, forasteros? Intrusos le parece demasiado. Por fin encuentra una:

—Los afuerinos…

Es una palabra criolla.

Su discurso ha terminado. Carraspea de nuevo y espera. ¿Quién hablará?, se pregunta a sí misma. Piensa que ella debe defender la causa, a pesar de que es salteadora y no trabajadora. Trabaje quien trabaje, ella siempre tendrá qué comer: es la suerte de los representantes; pero los representantes deben defender la causa de los representados, aunque no crean en ellos ni les interese. Y ya cree que nadie se atreverá a tomar la palabra, cuando se oye una voz que dice con firmeza:

—Oye…

Es el Salteador Chico de Cola Larga.

—Oye —repite, dirigiéndose a la Skúa—: ¿dónde naciste tú?

La Skúa, sorprendida por la pregunta, no contesta.

—Te pregunto que dónde naciste.

—Pues allá, hacia el sur, en la Tierra de Graham… —responde, un poco atragantada, la Gaviota Salteadora.

—¿En la misma Tierra de Graham? —insiste el Salteador Chico.

La Skúa vacila:

—No, más allá, en la Tierra de Hearst.

Su voz ha perdido tono.

—¿Y por qué no te quedaste allá?

La Skúa no contesta.

—¿Por qué no te quedaste allá? —vuelve a preguntar el Salteador Chico—. Tu tierra está más lejana que la mía, y si tú naciste más lejos que yo de estos mares, ¿por qué puedes estar tú aquí y yo no? Y no me refiero al pescado: ni tú ni yo hemos pescado nunca ni una miserable anchoveta. Todo lo que hemos comido y comemos lo hemos robado y lo seguiremos robando hasta que alguien venga a poner orden en ese asunto. Hablo de ti y de los demás, de los hermanos de la costa, como tú les llamas, y pregunto: ¿cómo puede haber alguien tan estúpido como para elegir representante de sus bienes y de su trabajo a quien vive de los bienes y del trabajo ajenos? Contéstenme.

Nadie, por supuesto, contesta.

—No me importará irme —termina el Salteador Chico—. Puedo ir a otros mares y a otras costas. Pero no quiero que me eche de aquí quien no tiene ningún derecho para hacerlo.

Hay un largo momento de silencio. El Salteador Chico da unos pasos, arrastrando la cola, y mira a su alrededor. ¿Nadie más hablará? ¿Será aquello solo una discusión entre ladrones, en tanto los honrados, que deberían hablar, callan? ¿Siempre ocurrirá lo mismo? Mira a los cáhuiles, a los pollitos de mar blanco, a los pitotoyes, a los gaviotines elegantes. ¿Qué esperan?

Un Cáhuil se adelanta. Vacila un poco y luego habla. Su voz es débil, casi tímida, sin la brusquedad que tiene la de la Gaviota Salteadora y sin la arrogancia que luce la del Salteador Chico.

—Yo —empieza, y se detiene. Ha empezado mal y recomienza

—: Nosotros, es cierto, no hemos nacido en estas costas, pero ¿tenemos nosotros la culpa? ¿Sabe alguien, con seguridad, por qué emigran algunos pájaros? No. Nosotros tampoco. Y si nadie lo sabe, ¿por qué va a ser nuestra la culpa? Además, ¿de dónde es uno? ¿Del lugar en que nace o del lugar en que vive? No hay, en toda la región en que los cáhuiles de cabeza oscura nacen, un solo lugar que lleve su nombre; sin embargo, lo hay en estas costas. ¿Por qué lo hay, si somos extranjeros, o afuerinos, como dice la Gaviota Salteadora? ¿Quién puede contestar estas preguntas? Nadie. Pero hay un pueblo y hay una laguna que se llaman como nosotros y eso lo saben el Runrún y el Siete Colores, el Trabajador y la Guala, la Tagua y el Flamenco, el Cisne de Cuello Negro y el Canastero. Que ellos lo digan.

Ha hablado demasiado y calla. ¿No vendrá nadie a certificar lo que ha dicho? Un pájaro vuela desde el filo de la barranca y se posa al lado del Cáhuil. Parece un Tordo, pero no es un Tordo: no es todo negro; parece un Trile, pero no es un Trile: le falta el toque amarillo de los codos alares. Es un Runrún. Dice:

—No tengo nada que hacer aquí, pero he venido y puedo hablar en nombre de los pájaros de laguna, sobre todo de aquellos que no son comedores de pescado.

Parece la caricatura de un escribano antiguo: negra la levita, anteojos con armadura de color limón, pico ribeteado de amarillo. Tiene blancas las puntas de las plumas voladoras.

—¿Por qué no ha venido el Trabajador? —pregunta la Skúa.

—Tenía mucho trabajo —contesta el Runrún.

—Debió haber venido. Se llamó a todos.

—No quiso venir. Dijo que si todos trabajáramos más y hablásemos menos, las cosas andarían mejor para todos.

Calla y agrega después:

—Lo que dice el Cáhuil es cierto. Hay un pueblo y una laguna que se llaman como él. He tenido el honor de nacer allá. ¿Por qué, si los cáhuiles son extranjeros, esa laguna y ese pueblo se llaman así? Otra pregunta para agregar a las que no tienen respuesta.

Dice y se pierde entre la multitud que le abre paso respetuosamente. Hay otro momento de silencio. La Skúa sospecha que los otros afuerinos no hablarán: el Pollito de Mar es demasiado pequeño; el Vuelvepiedras, a causa de su trabajo, es muy confuso

para expresarse, y el Gaviotín Elegante solo se preocupa de su ropa. ¿Quién hablará?

La que se oye es una voz extraña y más que voz parece el susurro del viento, pero de un viento solitario, un viento de desierto o de alta mar. En el primer instante, todos se miran entre sí, sorprendidos, sin saber si aquello es realmente una voz o solo un sonido. ¿Puede alguien hablar así?

—… no somos pescadores —se oye—. Como los picaflores de tierra, los petreles de Wilson nos alimentamos de la flor del mar, una flor que los otros pájaros marinos no ven, así como los otros pájaros de tierra no ven lo que los picaflores encuentran entre los pétalos de las flores. Comemos plancton y, como el Runrún, que no es comedor de pescado, no tengo nada que hacer aquí. He venido solo porque me han invitado.

—¿Quién te invitó? —pregunta la Skúa sordamente. Su voz ha adquirido, de pronto, una mayor ferocidad.

—El Alcatraz —contesta el Petrel, con su extraña voz.

—Sí, yo lo invité —interviene el Alcatraz.

Su voz es terrible, una voz fuerte y gangosa. Parece hablar con la nariz.

—Me invitó el Alcatraz y yo vine. Tengo muchas cosas que decir y contar. Los petreles de Wilson nacemos también en la Tierra de Graham y a veces más allá aún, en la de Hearst, donde nacen las últimas skúas.

Calla y mira fijamente a la Gaviota Salteadora.

—¿No es cierto, Skúa? —pregunta.

El representante desvía la mirada y no contesta. Empieza a darse cuenta de que dentro de un minuto, de dos o de tres —todo dependerá del Petrel—, se verá obligada a hacer cualquiera de estas dos cosas: matar o huir. Pero matar le parece terrible. Es un representante y un representante no puede matar a nadie por sí mismo. Ella, sin embargo, no tiene a quién mandar: no tiene comisarios, ni ministros, gendarmes ni soldados. Nadie, por otra parte, será capaz allí de matar, excepto quizá, el Salteador Chico de Cola Larga, con quien no se debe contar; está en el otro bando. ¿Por qué se habrá metido en esto? ¿Quién le mandó ser representante, mucho más de aquellos pobres diablos pescadores de sardinas? Ella es una Gaviota Salteadora. ¿Por qué aquellos estúpidos no eligieron

a un Pato Yeco o a un Alcatraz?

Huirá, pues. Sabe que no tiene la culpa de ser como es, así como el Cáhuil no la tiene de nacer en otra tierra; pero su pecado, el pecado de su género —no el robo, que no le importa—, es demasiado espantoso: no es un pecado para pájaros; es un pecado para animales, y su solo reproche es ya insoportable.

No le importará huir. A pesar de ello siempre será la reina de la costa.

—¿Qué importa que el Cáhuil nazca en el norte o en el sur? —sigue diciendo el Petrel con su voz de viento en soledad—. ¿Y qué importa que venga aquí o vaya a otra parte a vivir? Hay en el océano muchos más peces que los que pueden comer los pájaros, muchos más. ¿Y qué importa que la Gaviota Salteadora arrebate ahora una Sardina a una Garuma o un Jurel a un Piquero? Nada. Cuando una bandada de piqueros se tira de cabeza sobre un cardumen, solo se come la milésima parte del cardumen. El océano es generoso. Sus seres se reproducen por millares, y mientras más desaparecen, más nacen, y el débil se reproduce más abundantemente que el fuerte. ¡Oh, hermanos!

Su voz crece como crece el zumbido del viento en alta mar al encontrar en el camino la arboladura de una embarcación. Hay un gran silencio. Los pájaros escuchan su voz como un hombre puede escuchar, en un bosque o en la orilla del mar, el rumor del surazo: con temor y con placer. Hasta la Skúa parece dominada por el encanto de aquella voz.

—Lo terrible es el crimen —asegura aquella voz—. Lo terrible es el crimen que el hermano fuerte comete contra el débil.

Ha llegado el momento. La Skúa corre tres o cuatro pasos, abre las alas, aletea y se va. Los pájaros la siguen con la mirada, levantando o torciendo el cuello, y luego, al perderla de vista, vuelven a mirar al Petrel de Wilson, que está inmóvil, reluciente, fino, la garganta hinchada y estremecida por aquel sonido de viento en soledad que surge extrañamente de él.

—Pero tampoco el crimen tiene remedio entre nosotros —continúa el Petrel—; tampoco. En la Tierra de Graham y en la de Hearst, todos los años, las gaviotas salteadoras matan centenares de petreles. ¿Por qué? Ni ellas mismas lo saben. Las madres han terminado por hacer galerías, como los ratones, para defender sus

crías. A pesar de ello, mueren muchos todos los años bajo los picotazos de las gaviotas salteadoras. ¿Qué hacer? No podemos hacer nada y no podemos hacer nada porque, como pájaros, no sabemos dominar nuestros instintos.

Calla de nuevo y luego agrega:

—Hermanos de la costa: dejad que los pájaros vayan y vengan, que coman aquí o que coman allá. Eso no tiene importancia. Hay comida para todos y tierra y mar para muchos más. Lo importante sería terminar con el crimen y el robo, pero eso es imposible: no tenemos conciencia, como la tienen los hombres, y eso nos impide hacerlo. Ellos son felices. Su conciencia les permite arreglarlo todo.

Calla y mira hacia el mar, pero muy hacia adentro, más allá de la línea del horizonte, mucho más allá aún. Abre las alas, las sacude como abanicándose el cuerpo y dice:

—Adiós, amigos.

Su vuelo es una delicia. El viento parece llevarlo.

La conferencia ha terminado. Una Garuma, sin embargo, se adelanta y dice, con su voz de falsete:

—Hermanos: mares libres. Nada ha cambiado.

Se escucha un solo rumor de alas.

El Runrún vuela hacia el filo de la barranca y se reúne allí con el Canastero.

—¿Vamos?

Viven en la misma laguna.

—Vamos.

—¿Qué te pareció el Petrel?

—Sabe mucho de las cosas de la mar —asegura el Canastero con su voz de obrero manual—, pero parece que no entiende nada de las cosas de la tierra.

La Gaviota Salteadora, muerta de hambre, vuela y revuela sobre la bahía.

Pancho Rojas

No podría decir a qué hora murió Pancho Rojas. Sospecho que murió al amanecer, instante que me parece el más angustioso para morir: irse cuando nace el nuevo día, un nuevo día que uno no vivirá, debe ser más duro que irse al caer la tarde, cuando se espera el sueño y cuando sueño y muerte se confunden.

Y no es por crueldad que me inclino a creer que murió al venir el día: la violenta posición de su cuerpo, que parecía hundido en la tierra, así me lo hizo suponer. No murió apaciblemente.

Al encontrarlo, boca abajo, sobre el pasto lleno todavía de rocío, y levantar su cabeza para mirarlo, tuve un estremecimiento: la cara estaba cubierta de pequeñas hormigas rojas, algunas de ellas amontonadas sobre los cerrados párpados, trabajando tal vez para atravesarlos y llegar a las pupilas.

Solté la cabeza, que cayó de nuevo sobre el pasto, y me enderecé. Estábamos solos, en aquel rincón, el muerto y yo. Era un día de otoño, de un otoño seco y brillante. Los primeros picaflores llegaban ya desde el sur y se les veía bailar ante los caquis maduros, hundiendo el agudo pico en la amarillenta corteza.

No sentí tristeza, sino más bien lástima o piedad; algo hondo, de todos modos. Pancho Rojas, sin ser de la familia, era considerado como uno de sus miembros. Llevaba dos años viviendo en la casa, y aunque entre él y nosotros existía solo una relación física, que es la única que suele existir entre muchos seres, esa relación era, felizmente, simpática, por lo menos para mí y para los míos. Pertenecíamos, por lo demás, a mundos diferentes, y esa diferencia impedía cualquiera otra aproximación.

No sabía nada de su vida anterior. ¿Dónde había nacido? ¿En qué lugares vivió sus primeros días? Nunca lo supe. Suponía sí, que era oriundo de algún lugar de la costa central de Chile y que sus primeros días los había vivido sobre las lomas o en las quebradas, en los pantanos o en las vegas de esa región, quizá cerca de alguna laguna, como la de Cáhuil, por ejemplo, o como la de Boyeruca, o

en los valles que cortan por allí la cordillera de la costa.

Al mirarlo y ver su fina estampa, su cuerpo esbelto, su andar elegante, su vestimenta impecable, sentía una gran ternura: me recordaba pasados y hermosos días, mañanas de sol y viento, amaneceres con húmedas neblinas, espacio, tranquilidad, rumores, soledad, y me parecía ver, entre todo ello, a hombres que algo tenían que ver con él, de tez morena y ojos claros, sencillos y callados, que llevaban apellidos de la tierra, pero que tanto podían parecer mapuches o changos como vascos o andaluces. Me recordaba también el canto y el vuelo de los pájaros, el grito sorpresivo y el vuelo brusco de la perdiz de mar, el quejumbroso lamento del pilpil, el vuelo rasante, sobre el agua tranquila de las lagunas, del rayador, el caminar urgente del pollito de mar. Sí. Me recordaba todo aquello, formaba parte, aun desde lejos, de todo aquello, que existía siempre, pero de lo cual él y yo nos encontrábamos separados y parte de lo cual estaba perdido para él y para mí.

Hice lo imposible por llegar a tener con él más estrechas relaciones. Nunca lo logré. Algo, muy importante, que yo no podía traspasar ni derribar, nos separaba. Cada vez que intenté acercarme a él, fracasé. Se apartaba, y desde lejos, mirándome de lado, parecía decirme:

«¿Por qué pretendes convertirme en algo tuyo? Déjame ser como soy. No quiero llegar a ser como uno de tus hijos, como tu mujer o como uno de tus zapatos, algo doméstico y manoseado. Si represento para ti la imagen de una vida libre y salvaje, déjame ser salvaje y libre, aunque dependa de ti para subsistir y aunque a veces tengas que cortarme las alas para impedirme regresar a mi mundo».

Sus ojos me miraban, en tanto, recogida una de sus largas patas, permanecía inmóvil sobre el pasto.

Yo callaba. ¿Qué podía decirle? Callaba, sintiendo en el corazón el dolor de su reproche. Era cierto: cada dos o tres meses el jardinero lo tomaba, no sin que tuviese que correr tras él durante un largo rato, y le despuntaba las alas, soltándolo después. Era una crueldad, pero no quería perderlo. Me gustaba mirarlo y lo miraba durante horas enteras, observando sus movimientos, contemplando y admirando su desenvoltura, su soledad, su orgullosa

independencia. Me lo había regalado un amigo:

—A ti te gustan los pájaros —me dijo—; a mí también, pero a mi gente le molesta el grito que da este. Te lo regalo.

Había sido un regalo, pues, un regalo de un amigo estimado que regala algo estimable también: un pájaro, un pájaro que llegó a ser para mí una vertiente inagotable de recuerdos. Allá, en los lugares en que nací, en los alrededores de Buenos Aires, también los había, aunque era llamado por otro nombre. Desde niño escuché su grito y lo vi volar sobre los campos de mi ciudad natal, de Rosario, de Mendoza, de Córdoba, y, ya hombre, a lo largo de la costa central de Chile, en los potreros, en los pantanos y en las vegas del valle central, en la laguna de Cáhuil, y en las lomas marítimas de Valparaíso y Colchagua, y su grito, que tenía la virtud de volverme inmediatamente hacia el pasado, me recordaba todo lo que en esos lugares había yo visto, admirado y amado. ¿Cómo resignarme a perderlo? En ocasiones, aun a costa de sus sentimientos y a trueque de parecer falto de piedad, el hombre no se decide a perder o abandonar lo que ama o lo que admira.

Él no veía nada en mí —si es que un pájaro puede llegar a ver algo en un hombre—: yo no era elegante ni independiente, no era tampoco hermoso, ni tampoco representaba un mundo que valiera algo para él. Me desconocía. Yo, en cambio, lo conocía; conocía sus costumbres, su carácter, sus movimientos, esa rápida carrerita, ese casi imperceptible encogerse de hombros, un movimiento como de desconfianza o tal vez como de displicencia, movimiento que hace decir a los argentinos, al encontrarse ante un hombre que quiere evitar un problema o sacar el cuerpo a una responsabilidad: «No me venga con agachadas de tero». Sabía la artimaña a que recurre para evitar que los intrusos descubran su nido, artimaña que inspiró a José Hernández los famosos versos:

De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los teros
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otro tienen los güevos.

Pancho Rojas estaba incorporado a la sabiduría popular y a la

poesía epopéyica. Valía, pues, más que yo, modesto empleado público, de quien jamás nadie diría nada, mucho menos un poeta.

Sí, lo conocía. Terutero en Argentina, queltehue y tréguil en Chile, queroquero en Brasil, en todas partes era igual, conocido aquí y allá. Mi hija lo bautizó.

—¿Cómo lo llamaremos? —me preguntó, cuando lo solté sobre el pasto, en el jardín, y lo vimos alejarse, un poco agarrotadas las finas patas, luego de sacudir las alas, quizá para librarlas del pesado recuerdo de mis manos.

—Ponle el nombre que gustes —contesté.

—Me gusta Francisco —dijo, mirando el pájaro, que nos miraba de lado con sus ojos color carmesí.

—Me parece bien: mi abuelo se llamaba Francisco y ese es también mi segundo nombre.

—Pancho Rojas, entonces, papá.

—Eso es: Pancho Rojas.

No solo Hernández había hablado de él. Otros, tan valiosos como él, Hudson entre ellos, que lo observó en libertad y describió sus juegos, sus marchas, sus pasiones. Era un pájaro con historia en manos de una familia anodina.

Y ahora estaba muerto.

En ocasiones, para hacerme grato a sus ojos, le buscaba algunas lombrices, hurgando con una palita, la tierra más húmeda y sombría del jardín. Me costaba mucho hallarlas y, por fin, cuando ya tenía cinco o seis, se las ponía sobre un papel y se las arrimaba. Desconfiado, no se acercaba hasta que yo, sabiendo de su desconfianza, me alejaba unos pasos. Entonces se aproximaba al papel y en un segundo, en un abrir y cerrar de ojos, las devoraba. Una vez, mientras intentaba arreglar un artefacto de la casa, abrí la cámara en que estaba la llave maestra del agua: había allí decenas de chanchitos, gordos, relucientes.

«¡Qué banquete para Pancho Rojas!», pensé.

Los saqué todos y se los llevé. Los comió con rapidez, como una gallina hambrienta come el maíz que se le arroja al suelo. Fue un picoteo vertiginoso; no se le escapó uno solo.

Después de procurarle esos atracones, pensaba que tendría o sentiría algún agradecimiento hacia mí y que, en consecuencia, me dejaría acercarme a él y quizá me permitiría tomarlo y acariciarlo.

No, señor. Se retiraba como siempre, levantaba una pata y me miraba con su ojo rojo, alzando al mismo tiempo su copete.

«No», parecía decirme. «Me has dado de comer y te lo agradezco, pero no quieras aprovecharte de ello para convertirme en lo que no quiero ser. Si quieres algo doméstico, búscate un perro».

Concluí por acostumbrarme a su independencia y se la respeté, pero no me decidí a soltarlo. Ahí estaba mi debilidad. Mirándolo y reflexionando sobre su conducta y la mía, llegué a pensar que los hombres cometen una crueldad al obligar a la mansedumbre, a la domesticidad y a veces a la servidumbre, a aquellos a quienes alimentan o favorecen. La piedad y la caridad no son generosas, pensaba. Exigen más de lo que dan: unas lombrices, a cambio de la domesticidad; un poco de sopa, a cambio del sometimiento a nuestras ideas, a nuestras creencias o a nuestras costumbres.

El queltehue, felizmente, Pancho Rojas, no era un ser humano, y vivió y murió como deberían vivir y morir todos los animales y todos los hombres: libremente, sin sometimientos.

Era preciso enterrarlo en alguna parte del jardín, pero no debía hacerlo yo; deberían hacerlo los niños, que estaban más cerca que yo del ave, libres y un poco salvajes aún, aunque no tanto como Pancho Rojas; mi paternidad ya los había manoseado un poco. Hubo conferencia.

—Lo enterraremos en el jardín.

—Claro. ¿Lo pondremos en una cajita?

—No. Mejor sin caja.

—¿Y qué le pondremos encima? ¿Una cruz?

—¿Para qué? Es un pájaro, y una cruz no significa nada para un pájaro.

—Así, suelto, entonces.

—Claro, en la pura tierrita, sin caja ni cruz.

—Le pondremos unas flores.

—Sí, pero no muy finas; unos cardenales.

—¿Y debajo de qué árbol lo enterramos?

—Debajo de cualquiera.

—¡Debajo del maitén, papá!

—Muy bien: debajo del maitén.

Allí quedó, bajo tierra, con unos cardenales y unos alelíes

encima, unos alelíes tardíos, rojos como sus pupilas.

«Aquí yace Pancho Rojas, el queltehue», decía el papel que los niños pusieron sobre su tumba, atado a una varilla. Pero el letrero duró poco: el jardinero, en la primera regada, barrió con papel y varilla. Mejor. No venía bien, sobre la tumba de un ser libre y salvaje, una flor ni un papel, mucho menos un epitafio. Pancho Rojas valía más por lo que era que por lo que de él se podía decir.

ZAPATOS SUBDESARROLLADOS

—¿Su nombre?

La visitadora social se inclina sobre la enferma, que hiede a sangre y a sudor y que no responde.

—Rufina Sánchez —dice la mujer que está a su lado.

—¿Tiene la libreta al día?

—Sí, señorita.

Se trata de la libreta de trabajo, que le concede, si la tiene al día, atención médica. La mujer la saca de alguna parte; sí, está al día. La visitadora es alta, joven, delgada. Me gusta. Tiene ojos de mujer de desierto, piensa el caballero, que tiene sus gustos.

—¿De dónde la trajeron?

—De la Asistencia Pública, señorita.

—Es cierto que llegaron en la ambulancia —murmura la visitadora, que ha mirado los papeles. Raspaje. Este será el quinto de la mañana—. Enseguida la van a atender.

Se vuelve hacia la otra pareja, un matrimonio, supongo, piensa. Pero el profesor está ocupado, operando. Cuatro en dos horas y media… Son las diez y treinta minutos.

—Tendrán que esperar. El doctor sigue ocupado.

—Muy bien, gracias —dice el caballero que tiene sus gustos y a quien la visitadora ha supuesto marido.

Se va, ondulando, por el corredor, toda de azul, blancos los zapatos, unos zapatos de reglamento, sin gracia, como todo lo de reglamento, y entra a la sala de operaciones, de donde sale una fuerte luz. Cuatro en dos horas y media. Y este será el quinto. La amiga de la enferma mira a su amiga, y no saca nada en limpio. Ha metido la cabeza dentro de un pañuelo de rebozo y tirita como un pequeño animal herido; después se mueve muy despacio; parece temer los movimientos rápidos.

Es un viejo edificio, maderas apolilladas, muros descascarados, agujeros de ratas. Alguien echó yeso en las descascaraduras y en los agujeros y los dejó casi peores. Es un hospital pobre y para pobres.

Menos mal, afuera brilla el sol y no hace frío. Una camilla sale del pabellón de operaciones. La mujer, como si ya hubiese muerto, va toda cubierta por una sábana y lleva a los pies la ropa y los zapatos, unos zapatos ordinarios, con el cuero ya un poco vencido, que avanzan entre desafiantes y avergonzados, desafiantes por ir en primer término y avergonzados por no ser nuevos y pertenecer a alguien que va en tan malas condiciones; operada de urgencia, de seguro. Algún aborto. Este hospital atiende casi tantos abortos como partos, por lo menos esta parte del hospital. Por eso será que tiene tantos agujeros y descascaraduras. Las mujeres llegan como en fila india, a punto, con fiebre y hemorragia, y de las dos mujeres que están ahí una está lista para la mesa de operaciones. Pero el caballero parece tranquilo. Esta es una maternidad y no corre ningún peligro. (Mi mujer tampoco. Después de los treinta y cinco años toda mujer debe consultar un especialista cada seis meses. Así dice el libro que leyó, y aquí estamos. Debió haber venido antes, ya que hace rato que cumplió los treinta y cinco, pero solo en la semana pasada cayó el libro en sus manos. Viene a ver a Mujica; es pariente suyo. Pero está operando y tiene para rato. Mira pa'llá, como dicen los puertorriqueños. Los zapatos de la mujer enferma. Zapatos subdesarrollados en un país subdesarrollado. Zapatos de gente derrotada. Están como debe estar el alma de su dueña: rotos, desesperados, los zapatos de quien va a una policlínica a hacerse un raspaje. Los de la enferma que pasó recién estaban mejores).

La mujer mira otra vez a su amiga y le habla. Teme algo.

—¿Cómo te sientes?

No contesta. ¿Qué va a contestar? La vida se le va de entre las entrañas y no sabe cómo podrán detenerla. Sangrará hasta que muera o hasta que le arranquen lo que la está matando. Cuatro en dos horas y media. Viene la visitadora, con sus zapatos blancos, ordinarios, de lona. (¿Por qué me fijo tanto en los zapatos? La culpa la tiene aquel andaluz, que me dijo: «¿Te has fijado en el aspecto de los zapatos del hombre que se acostó borracho? Parecen sumergidos en la misma marea en que está él, las puntas hacia el techo o hacia los muros, como sus narices y sus pies. Cuando despiertes de una borrachera, mírate los zapatos; te verás retratado. Si te los pones y caminas, crujirán, quejándose, como tú». No soy buen observador y hace tiempo que dejé de emborracharme. «Mal hecho, pero

tampoco hace falta. Si se trasnocha, y aunque no se trasnoche, los zapatos tienen, en la mañana, el aspecto que tiene uno, aunque lo tendrán peor si uno se acuesta con carga alcohólica completa». ¿Será que el borracho pesa más que el sobrio o camina de una manera más recia, cambia su tranco, pone, por ejemplo, el taco así o asá, al revés de como lo hace siempre, o pisa más con la punta o con la suela que con el taco y entonces el zapato se resiente como el músculo que hace un movimiento que no es el suyo o como el que lleva un peso que no está acostumbrado a llevar? «Vete a saber». ¿Cómo sabes tanto de asuntos de zapatos? «Estuve dos años emborrachándome y acostándome al amanecer o ya amanecido, me daba igual; fue una hermosa vida, una vida que desapareció hace treinta años y a la que quisiera volver aunque fuese en calidad de pollo. Y durante tantos días desperté en las mismas anormales condiciones —quiero creer que son anormales— que las imágenes de ciertas cosas tomaron una vida que excedió lo puramente material y se transformó en sensible, es decir, adquirió personalidad. En las tardes, antes de salir de mi casa, miraba los zapatos que me iba a poner: estaban como yo, rozagantes, tensos, hasta parecían tener ganas de juerga. Los volvía a mirar al día siguiente, al despertar, y estaban también como yo. Y para qué te digo cómo estaba yo»).

Vuelve la camilla, ya desocupada. La enfermera, que no es joven y que ha hecho ya muchos viajes esta mañana, la deja junto a la puerta del pabellón y se sienta en una de las bancas. Reposa. Y mientras reposa mira a la gente, el matrimonio y las dos mujeres. Otra más. Y qué zapatos, como peludos, como con lenguas. Qué zapatos, ¿no es cierto? El caballero ha visto la mirada de la enfermera. Mira a su vez. ¿Qué es lo que miran tanto?, se pregunta la amiga. Miran hacia abajo. Los zapatos de Rufina, destrozados corriendo detrás del Lucho, ese Lucho que anda en bicicleta. El marido, la enfermera y la amiga, los tres al mismo tiempo. Solo no se da cuenta Rufina, que cree agonizar, y la señora, que recuerda el libro (Biología del matrimonio) y espera al Profesor Mujica. (Después de lo que me contó el coronel español he seguido observando los zapatos, ya como observador independiente. No he hecho más que sufrir, ya que no veo sino los enfermos, los destrozados, los desintegrados. La verdad es, también, que un

zapato nuevo no tiene gracia más que para el que lo lleva puesto. Me atraen los viejos. Tienen diversa vejez, como los hombres y como las mujeres. Un buen zapato envejece como un ex gerente de banco, uno malo como un ex comprador de botellas vacías. Los zapatos de un criminal son siempre distintos de los de un estafador. Precisemos: hay una calidad y un aspecto, como quien dice, una presencia y una esencia. La última depende de quién los lleva puestos, ser cuya inmanencia se trasciende en ellos. Voy llegando a la filosofía. He mirado zapatos en los subterráneos de Nueva York y en los de Buenos Aires y casi podría asegurar que no hay entre ellos diferencias apreciables, aunque los de la capital del Plata puedan ser de mejor calidad; de aspecto andan así así. Los de La Habana en cambio, aunque no sé si en este momento, ganan en aspecto a Nueva York y a Buenos Aires, aunque no en calidad. ¿Qué es lo preferible? No es cuestión de preferir, mucho menos en lo que se refiere al aspecto. En los países y en las ciudades, así como hay una presión barométrica, hay una presión mental, y esta presión mental, producto de diversas fuerzas, económicas, políticas, sociales, se une a la condición o situación psicosomática del ciudadano y se refleja en sus zapatos, dando el aspecto. Oscilo entre la filosofía y la pedantería, lo que es corriente. Si de Buenos Aires, Nueva York o La Habana pasamos a Santiago, a La Paz, a Lima o a Asunción, veremos que las diferencias de aspecto y de calidad son notables; cambio de climas y de economías. Por favor, no me hable de Guayaquil o de Buenaventura).

—¿Qué te pasa? —pregunta, inesperadamente, la señora.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

—Me pareció que hablabas solo.

—¿Yo?

(Qué ocurrencia. Hace tiempo me contaron que en cierta época no hubo, en la puerta de la casa presidencial de Asunción, sino un par de zapatos, o de botas, que los centinelas se ponían al llegar y se sacaban al irse. Decían que cuando en la guerra del Chaco un soldado paraguayo tenía la suerte de matar a uno boliviano, lo primero que hacía era sacarle los zapatos y ponérselos. Pero no sé si esto es cierto. Hay zapatos que son zapatos y zapatos que son nada más que imitaciones de zapatos, hechos de cueros y suelas deleznables, como de cartón o cáscaras de papas; se convierten, con

cualquier lluviecita, en esponjas que empapan los pies y suenan como fuelles. Son como alpargatas y los cobran como zapatos. Al comprarlos semejan joyas, como los de la amiga de la enferma, pero una semana después, y si no se tiene más que un par, parecen suicidas cinco minutos antes de ingerir el veneno, apretar el gatillo o saltar al aire. Buenos para ser vendidos, son malos para ser usados. Si los pobres supieran que hay otros zapatos, que, aunque cuestan más caros, duran bastante más, harían cualquier sacrificio para comprarlos. Como son pobres no lo saben y si lo supieran no podrían hacer ningún sacrificio y es posible que puestos a elegir entre un par de zapatos malos y otros buenos eligieran los malos, ya que son más bonitos que los buenos. Aquí hay cuatro pares. En primer lugar, los míos. Son hechos con buenos materiales, firmes, nada elegantes, pero tienen cuatro años de uso. Ya han cambiado suelas y las suelas que les pusieron eran también buenas: se las puso en Nueva York un zapatero italiano de la calle 23. Tienen aspecto de personas que envejecen con dignidad, de personas que para morir no se desintegrarán. Se ven rechonchos. Caminar con ellos es como navegar en una buena embarcación, un remolcador de alta mar, por ejemplo. Los de mi mujer son también buenos, hechos de medida. Tiene pies defectuosos, pisa mal o pisó mal cuando era joven; antes de hacer caso de los libros, usó zapatos estrechos o con tacos demasiado altos, todo ello para parecer elegante, y eso le deformó los pies y la obligó a usar zapatos de medida. Pero si los comprara hechos serían igualmente buenos, ya que le gusta calzar y vestir bien y tiene con qué pagarlo. Tales son nuestros zapatos. En cuanto a los de estas dos mujeres… Aquí viene otra vez la visitadora).

La joven hizo un gesto a la enfermera, que se levantó y tomó de nuevo la camilla.

—Vamos —dijo la visitadora y tocó el hombro de la enferma. La mujer gimió. La enfermera la tomó de un brazo y, levantándola, la acercó a la camilla.

—Siéntese aquí.

Al hacerlo descubrió el rostro. Era joven, morena, agraciada, aunque de miserable expresión. Sana, se habría visto preciosa. Enferma, mostraba color de tierra y cera, el pelo pegado a la piel, los ojos turbios. Y los zapatos… «La América morena —piensa el

observador independiente, que es inclinado a hacer metáforas—: joven, hermosa y miserable».

La mujer gimió de nuevo. La enfermera la había tomado de los hombros y, sosteniéndola, quiso echarla hacia atrás; se resistió. Para tenderse de espaldas debería estirarse y temía hacerlo; la herida podría abrirse más. Se acostó de lado, encogida, siempre como un pequeño animal herido. La enfermera tomó la orilla de la colcha y la cubrió, pero mal: los zapatos quedaron al descubierto. La amiga, que estaba cerca, quiso tirar hacia abajo la colcha y tapar los zapatos, pero la enfermera la detuvo:

—Déjela así no más. Me va a ensuciar la colcha.

Miraba los zapatos como zapatos, separándolos de la persona. Estaba acostumbrada, como todos nosotros. Y empujó la camilla hacia la sala de operaciones y se detuvo ante la puerta. Esperaba a la visitadora. Los zapatos resplandecieron bajo la fuerte luz, en toda su miseria, sin dignidad, sin calidad.

—¿Puedo esperar, señorita?

La amiga no quiere irse aún.

—Por supuesto —contesta la visitadora.

—¿Demorará mucho?

—No. Pero va a quedar hospitalizada.

—No importa. Quiero verla salir.

Saber, por lo menos, que no murió. La visitadora gira, hace un gesto y la enfermera empuja la puerta con la camilla: los zapatos avanzan. Adentro se advierte, a través de los vidrios catedrales, sombras blancas que se mueven; se oye ruido de metales que se deslizan sobre superficies muy pulidas. La amiga se sentó de nuevo en la banca, ahora de lado, esquivando las miradas del observador. La señora sigue pensando en algo que no tiene nada que ver con esto. Este será el quinto. Cinco en una mañana. (Tantas veces que le dije que no saliera sola con el Lucho, por lo menos que no fuera a donde él pudiera hacer lo que todos ellos piensan y quieren hacer a toda hora, caminando, durmiendo, bailando, comiendo, no piensan más que en eso y son simpáticos y una quisiera ir con ellos a todas partes, pero ¿y después?, algunos contestan que es una la que debe cuidarse, no ellos, y la tonta salió y fueron a donde quiso él que fueran, ¿vamos para el parque?, usted sabe que soy serio; sí, cómo no, ¿serio para qué?; al parque no; al cerro entonces, es muy bonito;

y ahora qué hago, ¿qué hago?; chiquilla bruta, te dije que no fueras; ayúdeme, por favor, mi tata me va a matar si lo sabe; yo fui cobarde o valiente, no sé, y tuve mi chiquillo, pero es cierto: si lo sabe el padre, la mata; son siete hermanos y la mujer pedía quince mil pesos, lo dejó en doce; no hizo más que pincharla y la dejó peor, debe doler hasta el alma y empezó a perder sangre; lleva más de una semana; la patrona la echó, yo no podía hacer nada, no soy más que la cocinera y tuve que callarme; además de que gasté toda mi platita; ándate con ella a la asistencia, allá la atenderán, que no vuelva más por acá, la insolente; a veces se olvidan de que todos somos cristianos y de que lo que le pasa a una le pasa a todas; menos mal, le pagó el mes y le arregló la libreta y fui a ver al Lucho; ¿casarme?; si no gano ni para comer; y si no ganas para comer, ¿para qué te metes a hacer barbaridades?; y a usted, ¿no le gustó?, también tiene su niñito; sí, de un badulaque como tú; ni la bicicleta es de él, es del italiano; parece sombra repartiendo cosas del almacén, sombra repartiendo cosas).

Se abre la puerta del pabellón y el gran chorro de luz fluye hacia el corredor. Otra camilla, otra enfermera, otra enferma, otra operada, la cuarta. Adelante van los zapatos, también desafiantes, y también avergonzados, un bultito de ropa, el cuerpo bajo la sábana, la enfermera. Ya son las once. El observador, la señora, la amiga, inmóviles. Pasa la camilla, la visitadora se acerca al caballero.

—Después les toca a ustedes.

—¿Ah? —pregunta el marido. Está pendiente de los zapatos de la camilla y no ha oído nada.

—Después les toca a ustedes.

—Sí, gracias.

Está absorto, mira los zapatos. (¿Por qué he de mirar siempre los zapatos, por qué no los ojos, que son el espejo del alma, como decía la abuela? Esos también van rotos, también están vencidos, no tanto como los de Rufina, y ella saldrá pronto, es la quinta y última. Se lo dije tanto: «Rufinita, cuídese, no salga sola con el Lucho»; pero una es joven, pues; sí, y además mujer; y esos zapatos, tan rotosos, los acabó en un santiamén y va a pasar por aquí y todos los van a ver, sobre todo ese señor, tan mirón. No me importaría nada por ella, pero es mujer y yo también lo soy. Zapatos subdesarrollados, de gente subdesarrollada, de un país subdesarrollado, y nosotros, con

zapatos tan buenos, hablando estupideces en los congresos nacionales o internacionales. La muchacha va a salir luego).

La amiga vaciló: ¿si se lo pidiera a la visitadora? Parece buena señorita. Se levantó casi de un salto y el caballero casi se levantó también. Pero la señora lo miró muy seriamente. («Después de los treinta y cinco años…»). Y el caballero se estuvo quieto. La amiga alcanzó a la visitadora en el momento en que iba a ser absorbida por el chorro de luz.

—Señorita…

Le habló en voz muy baja, y la visitadora, que era muy alta, hubo de inclinarse.

—¿Cómo dice?

Mientras oía miraba, con sus ojos de mujer de desierto, al caballero, que también la miraba. No solo se fijaba en los zapatos, el pícaro, pero ahora su mirada estaba triste. La visitadora miró después, un poco asombrada, a la mujer, y dijo que sí, bueno, no me cuesta nada, cómo se le ocurre, y la amiga miró hacia atrás y el caballero era todo ojos, aunque no de desierto, y entonces se metió en el hueco de la puerta del pabellón y desapareció, no del todo, ya que el hueco no era muy profundo, y durante un instante se vio sobresalir solo su parte trasera, gorda, gordita, y al enderezarse desapareció de nuevo y de pronto salió al corredor con sus zapatos en la mano y caminó hacia la banca y se los entregó a la visitadora, que se movió y fue absorbida. La amiga ya no miró al caballero y el caballero tampoco la miró, por lo menos de frente. Lástima. Habría visto que la mujer presentaba dos centímetros menos de estatura. Sus pisadas eran ahora silenciosas, como las de un gato; y se sentó, inclinada la cabeza y los pies ya no le tocaban el suelo. Por suerte, las medias no estaban rotas. El caballero vio todo de reojo, mirando por debajo, un poco avergonzado. Entonces empezó un largo silencio.

Por esa puerta se va a la calle. Hay sol, un sol brillante. Por aquella a otro corredor, sombrío, en donde están las salas. Nacen muchos niños aquí, demasiados, demasiados porque, en general, son hijos de pobres, niños que serán pobres. En este momento duermen, y lloran o maman. Después usarán zapatos como estos o peores, zapatos subdesarrollados. Las mujeres seguirán viniendo a tener aquí sus hijos o a que les hagan lo que necesitan, serán la

primera, la tercera o la quinta de algún día, si es que no mueren. (Tendré que escribirle al tata y decirle que ha estado enferma, hay tanta influenza ahora, mueren como moscas. Y le buscaré otro trabajo. Algo aprenderá con esto. El golpe enseña). La visitadora se desprendió del chorro de luz y caminó hacia ella. Se inclinó como en una reverencia, depositó a sus pies los zapatos de Rufina y se reintegró a su luz. No se los puso. Los dejó ahí, y los zapatos, los humildes zapatos, parecieron, por un momento, abandonados a su suerte, más abandonados que Rufina, ya que ella estaba, ahora, en manos de Mujica, el infatigable Mujica: cinco en una mañana. Hallaba, por fin, remedio; pero para ellos no habría ninguno. No tenían base; eran casi como Lucho, y ni Lucho ni ellos tenían la culpa de carecer de base. No obstante, la presión había subido, no la barométrica, ya que el anticiclón andaba bastante bien y no hacía falta nada más, sino la otra, la que gravitaba sobre los nervios de la amiga de Rufina y sobre los del caballero observador. ¿Nunca has esperado, en los corredores de un hospital, que operen a alguien que amas o que nazca tu hijo? Parece que no estás allí y estás, quisieras hacer algo y no puedes hacer nada, nadie te puede ayudar tampoco y entonces te paseas, fumas, vuelves a fumar y a pasearte, recuerdas algo y lo que recuerdas no te importa nada, la sangre ha brotado, el cirujano te aseguró que sería corto y llevas una hora, sí, no todos los niños nacen rápidamente, algunos, en especial los primerizos, se toman su tiempo, y menos mal si tienes quien te acompañe, aunque en esos momentos la compañía no sirve de gran cosa y mucho menos puede servirle a esa mujer la presencia, para qué hablar de compañía, del caballero y su señora. Pero, a pesar de que ella no lo sabe, él también espera, no a Mujica, que es ginecólogo o partero y que no tiene nada que ver con hombres, por suerte, sino a Rufina, joven, hermosa y miserable, ahora doblemente herida, y a pesar de que nadie sabe que él espera a Rufina, la espera. Muchas cosas suceden sin que lo sepamos y a veces no tiene importancia que lo sepamos o no; es suficiente que ocurran. Paséate, fuma, recuerda. La señora, la amiga, el caballero, los zapatos, la visitadora, que esta vez sale como disparada por el chorro de luz, precediendo a los zapatos, a la enferma y a la enfermera. Ya has paseado y fumado bastante.

La camilla pasó en silencio y solo la señora, que no tenía espíritu

de observación, la miró. No presentaba nada de anormal. El observador, inclinada la cabeza, detenido el discurso, solo tenía ojos para los zapatos de Rufina y para los pies de su amiga. Y la amiga tampoco miró. Rufina iba ahí, bajo la sábana, viva, y eso era lo importante. Ahí irían también sus zapatos, casi nuevos. Ella no era más que cocinera y Rufina era la muchacha de las piezas, las dos del mismo pueblo, una mayor que la otra. ¿Qué importaban ya Lucho y los zapatos, cosas pasajeras, sombras? La camilla desapareció al final del corredor y entonces se inclinó, estiró un brazo, tomó un zapato y lo acercó a uno de sus pies. El pie entró con toda facilidad. Ahí entraba cualquier pie. Después se puso el otro y se levantó y echó a andar. El caballero, que había cerrado los ojos, oyó el chancleteo. Con esos zapatos no se podía caminar de otra manera; se iban para todas partes. Miró cuando la puerta, que estaba a unos quince pasos, rechinó al abrirse. Un chorro de luz, solar esta vez, absorbió a la mujer, y el chancleteo, un chancleteo entre tímido y arrogante, desapareció con ella. Todo había terminado y el caballero se levantó. Ya casi no valía la pena de quedarse ahí. Pero la visitadora se acercaba, sonriendo esta vez.

—¿Quieren pasar, por favor?

Inéditos y dispersos

Nota editorial

Tres de los cuentos reunidos en esta sección eran hasta ahora inéditos. Otros tres corresponden a relatos dispersos, aparecidos en diarios y revistas chilenas. Se ordenaron cronológicamente.

«Una pelea en la Pampa» se publicó en 1926 en la revista *Claridad* (nº 135), «Una historia sin interés» apareció en la primera página de *El Mercurio* el año 1927 (13 de febrero) y «Corazones sencillos» se publicó en *La Información* en enero de 1930. En el prólogo «Hablo de mis cuentos», que Manuel Rojas escribió en 1970 para sus cuentos reunidos (incluido en esta edición como epílogo), señala que «dos o tres se perdieron, de seguro por irremediables». Recién en 1982, el profesor de la Universidad de Berkeley, Darío A. Cortés, recupera estos tres relatos y los transcribe en un artículo de la *Revista Hispanoamérica*.

Los cuentos inéditos se rescataron de los cuadernos y papeles que dejó Manuel Rojas, archivo que está en manos de la Fundación que lleva su nombre y del Centro de Estudios de Literatura Chilena.

El original de «Tres alemanes y un chileno» está fechado en una nota inicial del autor el 22 de marzo de 1927 y se encontró en un cuaderno junto a varios manuscritos de cuentos publicados por Rojas en vida.

«Nochebuena en Santiago» no tiene fecha pero Rojas lo redactó en un cuaderno que agrupa varias de sus crónicas periodísticas publicadas en 1968, por lo que fijamos en ese año su data de escritura.

Del cuento «El niño y el choroy» se encontraron varias versiones: tres manuscritos iniciales e inacabados y un texto mecanografiado, revisado por el autor pero sin fecha. Los tres manuscritos se encuentran en cuadernos diferentes: el primero —titulado «El choroy»— se sitúa justo después del original del cuento «Una carabina y una cotorra» de 1951; el segundo —titulado «Benito y el choroy»— está junto al prólogo «Hablo de mis cuentos»; el tercero es un fragmento ubicado en un cuaderno que reúne varias columnas

periodísticas y crónicas de viaje aparecidas entre 1968 y 1969. Suponemos, pues, que el cuento fue terminado alrededor de este último año.

Las versiones aquí publicadas se mantienen apegadas a las últimas que trabajó Manuel Rojas, corregidas por él mismo con tachaduras e incorporaciones. No obstante, al haber variantes fue necesario tomar algunas decisiones de edición para «Tres alemanes y un chileno» y «El niño y el choroy», además de correcciones obvias. En el primer caso, se incorporó, después del cuarto párrafo, un fragmento que Rojas escribió al final del manuscrito: «Una tarde de primavera [...] Soy muy hombrecito». El título del cuento y el texto definitivo de «El niño y el choroy» se establecieron en base al texto mecanografiado, sin embargo se conservó el final que se encontraba en el manuscrito «El choroy». De dicho final se suprimió el siguiente fragmento en paréntesis: «... bien cuidado por los niños [y preferido con mucho a los perros], no se movió», con el fin de evitar la contradicción con el párrafo anterior.

UNA PELEA EN LA PAMPA

Seis hombres, con los codos afirmados sobre la mesa, medios sentados y medios de pie, seguían con la mirada, el lento deslizarse de la primera carta del naipe que el tallador sostenía en su mano izquierda. El índice de la derecha, húmedo de saliva, recogía suavemente la delgada hoja.

Después del blanco del margen, apareció la línea que en las barajas españolas indica la pinta de la carta.

—Oro es —dijo una voz.

—Oro —repitió otra.

—Dos pesos más al seis.

—Van.

El tallador retiró la mano, esperando que se depositara la apuesta. Una vez depositada, el índice, humedecido de nuevo, volvió a subir un poco más la carta.

De pronto reventó una tempestad de exclamaciones: el número había empezado a verse y la pequeña línea curva aparecida indicaba que sería uno de estos cinco: un dos, un tres, un ocho, un seis o un nueve. Descontando la posibilidad de que fuera alguno de los tres primeros, quedaba la expectativa de los dos últimos. Con nueve ganaba la banca; con seis, los apostadores.

—Es un nueve.

—No; un ocho.

—¡Es un seis, niñitos; es mi encartada!

—¿Nadie juega más?

—No, señor; échelo no más.

Se deslizó nuevamente la carta y entonces no quedó duda alguna: era un seis o un nueve.

—¡Es seis!

—¡Seis!

—¡Lo tenemos agarrado de la cola…!

El tallador tiró bruscamente de la carta. Apareció un flamante seis de oros.

—¡El seis de oros!

—Perdió la banca.

—¡Aquí, cuatro!

—¡Aquí, diez!

—¡Aquí, cincuenta cobres!

—¡Chís! No juegues tan subido…

—¡Aquí, un pesito!

—Bueno, no griten… A todos les voy a pagar —dijo un hombre moreno y gordo, el garitero, sentado junto al tallador.

Empezó a pagar, a este cuatro, a este otro diez, al de acá dos, al de más allá, cincuenta centavos, al de aquí cinco. Al final, solo quedó un peso fuerte sobre la mesa.

—¿De quién es ese peso? —preguntó el garitero.

—Mío… —respondió un joven, de unos diecinueve años, parado al final de la línea de jugadores.

—¡Psch! ¿Me has visto cara de tonto? —interrogó el pagador—. ¿Cuánto jugaste?

—En la segunda carta que sacó el tallador.

—¿Y cuándo, que yo no te vi?

—¿No le digo, pues, señor, que en la segunda carta?

—¡Esta sí que es buena! Oye, Miguel, ¿jugó Leyton en la segunda carta?

—No sé, no me fijé —contestó el tallador.

—¿No ves?

—¡Vaya, señor! ¿Así es que porque él no se fijó, yo voy a perder mi apuesta?

—No, no… ¡Miren que diablo! Puso la plata cuando vio que la banca perdía. ¿Te vienes a armar con ese peso? No, caballero, no. Aquí no estamos enderezando curcunchos… ¡No faltaba más!

—Bueno, señor, no hable tanto… Al fin y al cabo, la culpa es mía, por meterme a jugar con pillos y sinvergüenzas…

El garitero tuvo un acceso de ira. Dio un feroz puñetazo sobre la mesa y acercándose al joven, mientras le ponía los puños debajo de la nariz, le preguntó:

—¿Quién es pillo y sinvergüenza?

—Vos —contestó el joven, sin inmutarse.

El garitero se rio nerviosamente y volviéndose hacia los que allí estaban, dijo:

—¡Miren quién me llama pillo y sinvergüenza! Este niñito que acaba de salir del presidio después de cumplir una condena por robo. ¡Ladrón!

—¿Y qué más me sacas? —preguntó con sorna el joven.

—¡Salteador!

—¿Y qué más?

—¿Qué más te saco? Esto…

Y agregó un horrible insulto.

El joven retrocedió. Pálido y apretando los dientes, preguntó:

—¿Por qué me dices eso?

—¿Por qué? Porque todo el mundo lo sabe, y vos mejor que nadie.

Y sarcásticamente, explicó los motivos que tenía para llamarlo como le había llamado. Y de tal modo lo hizo, que el joven no supo qué responder para alejar la acusación que le hacía.

Temblando de coraje, recogió su moneda, la guardó y se fue.

El garitero, entonces, como si algo adentro se le hubiera destapado repentinamente, vomitó un torrente de injurias y blasfemias, concluyendo por hablar de balazos y puñaladas. Entre gritos y risas lo calmaron, y el juego se reanudó.

—¡Jugar, niños, retirar las manos de la mesa! ¡Atención, que el que más mira menos ve! ¡Jugar y cubrir las pintas!

El joven insultado, mientras tanto, después de salir de la casa de juego del Rucio Ramos dando un tremendo portazo se marchó sobre la acera a largos y resueltos pasos, lanzando interjecciones en voz alta y pegando con el puño en las paredes.

El insulto lo había enardecido; le dolía en la cara como la quemadura de un latigazo. Cualquier otro hubiera sido menos grave y menos infamante que ese. Podía permitir que se le llamara ladrón, salteador, hasta asesino; pero eso no, eso no… A un hombre no se le puede llamar así, sin correr el riesgo de perder los dientes, o la vida. Él lo creía así y así tendría que proceder.

Llegó a una esquina y allí estuvo parado un momento, reflexionando. Por fin murmuró:

—Voy a ver a don Pancho.

Caminó varias cuadras, llegó al Camino de Cintura y torció hacia la derecha, metiéndose después en una callejuela oscura. A los pocos pasos se detuvo ante una puerta, escuchó en ella. La casa

estaba en silencio. Golpeó. Después de un rato, una voz grave de hombre preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—Yo, don Pancho; el chiquillo Leyton.

Se oyó el ruido de una tranca que resbalaba sobre la puerta, esta se abrió y la misma voz grave, desde la oscuridad del pasadizo, dijo:

—Entra, Guillermo.

Entró el joven. El hombre colocó de nuevo la tranca en su sitio, avanzó por el pasadizo y abriendo una puerta hizo pasar al joven y él entró detrás. A la luz de la lámpara apareció un hombre muy alto, huesudo, de bigote gris, ojos negros y penetrantes. Estaba cubierto con una manta de castilla.

—Siéntate —dijo—. ¿Qué andas haciendo por aquí? Estás pálido. ¿Qué te pasa?

—Venía a hablar con usted, don Pancho.

—Bueno, hablemos.

Encendió un cigarrillo, sentándose calmosamente.

—Habla sin cuidado. ¿Andas en la mala?

—No, don Pancho; es otra cosa.

—Vamos a ver.

Un mes hacía que Guillermo Leyton había salido del presidio, donde cumpliera una condena por robo. Durante su permanencia en el penal, hizo amistad con don Pancho, quien se encontraba allí procesado por un salteo con homicidio. Don Pancho, que conocía a primera vista la calidad de los hombres, pudo apreciar en el joven Leyton ciertas cualidades que le agradaron: voluntad, guapeza y un grave sentido de la dignidad dentro de su carácter de delincuente. Debido a esto, concedió al joven su protección, llevándolo a vivir a su celda, prestándole pequeños servicios y compartiendo con él las comodidades de que disfrutaba. El joven, agradecido por la atención que don Pancho le demostrara, hizo cuanto estuvo de su parte para retribuir los favores recibidos y agradar a don Pancho, limpiando la celda, lavando el reducido menaje de cocina que don Pancho poseía y desempeñando otros menudos quehaceres.

Esta amistad y esta mutua simpatía despertaron la envidia de los demás presos, que empezaron a correr la voz de que entre don Pancho y el chiquillo Leyton existían otras relaciones que las que

supone una simple amistad entre hombres… Y como Guillermo era jovencito y don Pancho hombre ya maduro, y como ambos vivían separados, de palabra y de hecho, de los demás detenidos, ello contribuyó a que lo que en un principio fuera una simple murmuración, tomara cuerpo, transformándose en una verdad probada o indiscutible, que rebasó las paredes del presidio y esparciose rápidamente entre la gente tragediosa.

Cuando Guillermo, después de cumplir su condena, salió del presidio, se encontró con esa calumnia como con un regalo de libertad. Varios amigos se lo dijeron, y aunque ello le molestó algo, no quiso darle importancia. Y nunca se la habría dado si no hubiera sucedido lo que acababa de suceder, que se lo dijeran en serio delante de otros hombres.

Don Pancho no lo sabía, nadie se lo había dicho. En todo el presidio, y eso que en él se anidaban pájaros bastante bravos, se hubiera encontrado con un hombre capaz de decir a don Pancho:

—Entre tú y Leyton… ¿eh?

El que a tal cosa hubiérase atrevido, no habría podido dormir bien en muchas noches.

Por esto, la calumnia cogiole de sorpresa, dejándolo pensativo. Primero, le dio ira; después risa. Él conocía bien a la gente baja del presidio, ladronzuelos de suburbio, pequeños asaltantes, guapos de oficio, ralea menuda, sin valor alguno. Inventa una calumnia con la misma facilidad con que le roba una prenda a un compañero confiado. Sin embargo, eso no podía quedar así. Era la primera vez que una mancha de esa especie caía sobre su persona, porque, mirándolo bien, el calumniado era él, ya que se le suponía capaz de semejante ruindad y bajeza. Y como alguien tenía que responder por los demás, ese alguien sería el garitero que insultó a Guillermo.

Por eso, cuando Leyton le preguntó:

—¿Qué haré, don Pancho?

Él contestó, arrojando la colilla de su cigarrillo:

—Desafíalo a pelear, yo te acompañaré. Mañana a las seis de la tarde, en la Pampa. Ven a buscarme.

Se despidieron. Guillermo se fue contento, aliviado. Yendo con don Pancho, llevaba ganada la mitad de la pelea.

Casi corriendo llegó a la casa de juego del Rucio Ramos, abrió la puerta de un puntapié y ante la estupefacción de todos los

presentes, dirigiéndose al garitero, gritó:

—Oye, vos, pillo y sinvergüenza: mañana a las seis de la tarde te espero en la Pampa. Allá sabremos quién es el más… hombre de los dos.

El garitero se quedó con la boca abierta.

El prestigio de que gozaba don Pancho entre la gente de avería, no lo había conquistado jugando a las bolitas o encumbrando volantines. Silencioso y solitario, no era don Pancho uno de esos guapos de cantina que pelean con otro por cualquier motivo fútil. Él nunca faltaba el respeto a nadie, no provocaba jamás riñas. Era muy afable, cariñoso en su trato, y cuando hacía uso de sus manos, de las cuales se decía que rompían donde pegaba o desahogaba su violencia en una forma más brutal, era porque juzgaba llegado el momento ineludible de hacerlo. Pero fuera de estos momentos, que tampoco eran muy escasos, trataba de igual manera a todos los hombres, sin distinguir a nadie entre los demás. A causa de estas cualidades, se le quería mucho, y por ello se le respetaba mucho también, pues la gente dábase cuenta de que esa afabilidad y esa llaneza provenían de una fuerza interior, superior a la que estaban acostumbrados, equilibrada perfectamente con otra exterior.

Su prestigio venía además de su leyenda de bandido, bandido en el sentido de nobleza y de alto valor que la gente del pueblo da a esa palabra. Sus aventuras corrían de boca en boca entre los hombres de trilintroya y esposas; sus asaltos, sus peleas con la autoridad, sus lealtades, fugas y condenas, formaban muchas veces el motivo de las conversaciones entre el lobaje del presidio. Cuando don Pancho llegaba a una casa de diversión, se suspendía, al verlo, el baile y el canto y solo se reanudaban cuando él lo pedía. Igual cosa pasaba en las casas de juego y en todas aquellas partes donde aparecía su alta y nerviosa figura.

Al otro día, como a las cuatro, Leyton golpeaba la puerta de la casa de don Pancho. Este lo hizo pasar a su cuarto. Allí abrió una vieja cómoda y sacó de ella una daga y un cuchillo. La daga era muy larga, recia y afilada como un machete, pesadísima; el cuchillo era más bien una de esas terribles armas que los españoles llaman

navajas; corto, de un solo filo y agudísimo, que terminaba en una delgada y elegante curva.

—Elige una de estas —le dijo.

—No, don Pancho, no se moleste; yo tengo ya mi herramienta.

—No; elige una de estas. Son muy leales y fieles. No te dejarán en vergüenza.

Decidiose Leyton por el cuchillo. La daga era demasiado grande; parecía más apropiada para una pelea a caballo. Don Pancho la tomó y la hizo desaparecer debajo de su manta.

—Cuando uno va a bailar cueca, tiene que llevar pañuelo —dijo.

Salieron a la calle y se encaminaron lentamente hacia la Pampa. La Pampa llamaban en ese tiempo al Parque Cousiño, nombre que tal vez tenía su origen en la impresión de aridez que da el centro del Parque, lleno de tierra y sin árboles. Durante el camino, don Pancho recordó a Leyton ciertas lecciones que le había dado sobre el manejo de las armas blancas, en lo cual él tenía mucha práctica.

Llegaron al Parque y se pasearon un rato entre los árboles, esperando la llegada del contrincante. Leyton estaba un poco nervioso: era la primera vez que peleaba en una forma franca con otro hombre armado como él.

De pronto sintieron un griterío detrás de ellos. Se detuvieron y mirando hacia donde venían los gritos, vieron que por el camino de los vehículos, avanzaba un coche lleno de hombres que cantaban cuecas, batían las manos avivándola y lanzaban penetrantes gritos de animación. Cuando el coche llegó frente a ellos, alguien ordenó parar; detúvose el coche y los que en él venían sintieron que el canto se les cortaba en la garganta y la alegría desaparecía de sus rostros, al ver a don Pancho parado junto al chiquillo Leyton. Descendieron silenciosos, tropezando unos con otros. Al final bajó el garitero. Avanzaron despacio y saludaron respetuosamente.

—Buenas tardes, don Pancho…

—Buenas tardes, niños… ¡Cómo te va, Tifitifi! —exclamó después, saludando irónicamente al garitero.

—Para servirle, don Pancho —respondió el garitero secamente.

Siguieron todos caminando, en silencio, hasta llegar a uno de los rincones del Parque. Allí se detuvieron y después de breves palabras, el grupo formó un círculo alrededor de los que iban a pelear. En ese momento don Pancho dijo:

—Amigo Tifitifi, usted ha insultado al chiquillo Leyton y me ha insultado a mí. Aquí vamos a ver si es capaz de sostener, como hombre, lo que anoche dijo.

Y después de mirar hacia todos los lados, ordenó:

—¡Ahora!

Los dos duelistas avanzaron.

Tifitifi, llamado irónicamente así por la costumbre que tenía de pronunciar esas sílabas cuando repartía el dinero del juego, diciendo: «Tifitifi para mí, tifitifi para vos», era un hombre valiente en principio. Nadie podía jactarse de haberlo convidado a pelear sin que él hubiera aceptado. Acudía siempre y se paraba, cuchillo en mano y con toda la arrogancia del caso, frente a su rival. Acometía él primero, demostrando empuje y coraje. Pero cuando la hoja del cuchillo principiaba a danzar ante sus ojos y cuando el que peleaba con él demostraba las malas intenciones que tenía, Tifitifi sentía un miedo horrible; empezaba a retroceder, disimuladamente primero, francamente después, y por fin, abandonando toda idea de decoro y dignidad, echaba a correr como quien apuesta algo a su rapidez. Debido a esta mala costumbre, toda la región glútea de su cuerpo estaba cubierta de cicatrices, pues el que peleaba con él, al verlo huir, lo seguía, y no pudiendo pegarle de frente, y dándole compasión la actitud vergonzosa de Tifitifi, se conformaba con herirle en esa parte. En una riña rápida y apretada, sin posibilidades de huida, Tifitifi habríase conducido como un valiente, pero cuando la pelea se alargaba más allá de dos minutos, Tifitifi estaba perdido para el valor.

Ese día, acudió a la pelea con la seguridad de dejar tendido sobre el pasto al chiquillo Leyton. La juventud de este y su posible inexperiencia parecíanle propicias. Confiado en esto, tomó un coche y convidó a varios amigos. Por el camino encontraron a otros y los que ya iban con él convidaban a los demás:

—¡Oye, oh! ¡Sube, vamos a ver pelear a Tifitifi!…

La seguridad de su triunfo, y el optimismo que ello le provocaba, se contagió a sus compañeros, que empezaron a cantar y gritar alegremente, llegando en ese tono la animada comparsa a la Pampa.

Pero Tifitifi tuvo ese día la sorpresa más grande de su vida. Desgraciadamente para él, fue también la última.

En lugar del jovencillo inexperto que esperaba y deseaba,

encontrose con un hombre que se le plantó al frente, decidido y resuelto, con todo el aspecto y la postura de un viejo y fino cuchillero. Tifitifi empezó a saltar de un lado para otro, moviendo ágilmente el cuerpo, haciendo mil contorsiones y piruetas repentinas, con el ánimo de desconcertar a Leyton y engañarlo, haciéndolo descuidar su guardia cerrada. Pero el joven, imperturbable, recordando los consejos de don Pancho, guardó la misma actitud, limitándose a seguirlo en sus movimientos, sin perder su sangre fría. Se veía claro en sus ojos y en su ademán que esperaba el menor blanco para lanzarse a fondo en un solo y definido «viaje».

Esto empezó a alarmar a Tifitifi. Dejó de saltar y pareció replegarse sobre sí mismo, concentrando su atención en el brazo armado del joven. Entonces, este principió a seguirlo. Repentinamente se estiró. Tifitifi dio un salto atrás. La hoja del cuchillo pasó a dos centímetros de su garganta y enseguida volvió a pasar a la misma distancia. Tifitifi experimentó un miedo feroz e inconscientemente miró hacia atrás, como buscando un camino libre para huir. En este momento don Pancho gritó:

—¡Se te va a arrancar, Leyton!

Cuando Tifitifi, después de su breve mirada hacia atrás, volvió la cabeza, vio que el chiquillo Leyton había saltado hacia adelante y estaba encima de él. Lanzó un ahogado grito de angustia y echó la cabeza hacia atrás, pero el joven había calculado bien la distancia y el cuchillo rebanó la robusta garganta. La sangre saltó violentamente.

—¡Bonito tajo, chiquillo! ¡Pégale otro por mí!

Guillermo recogió su brazo y lo lanzó de nuevo en una amplia curva. El cuchillo, esta vez, cogió el costado izquierdo del garitero, el cual se dobló como una caña quebrada, cayendo después de rodillas. Así estuvo un instante, procurando retener la sangre que fluía de su garganta. Enseguida se desplomó de bruces en el suelo.

—Le cortaste la gran vena…

Todos los espectadores se miraron entre sí, pálidos, no sabiendo qué actitud asumir. Entonces, don Pancho avanzó tranquilamente hacia el centro del espantado círculo, recogiose la manta sobre los hombros y dirigiéndose a los amigos de Tifitifi, dijo con acento frío e irónico:

—Ahora, si alguno de los caballeros presentes quiere pelear conmigo, estoy pronto a servirlo.

Retrocedió el grupo y se escucharon breves respuestas:

—¡Cómo se le ocurre, don Pancho!

—¡Psch!

—¿Está payaseando?

Y todos huyeron precipitadamente hacia el coche.

Don Pancho sonrió. Después miró el cuerpo de Tifitifi, vio que permanecía en la misma actitud en que cayera y recordando la superstición que existe, de que si un hombre asesinado queda echado de bruces, su matador fatalmente será aprehendido, dijo a Guillermo:

—Oye, chiquillo; dalo vuelta.

Y hecho esto, se fueron.

UNA HISTORIA SIN INTERÉS

Esta aldea está situada al final de una línea férrea que se interna en las montañas.

Sus casas y ranchos, enjalbegados de blanco y desparramados, como distraídamente, a la orilla de caprichosos senderos y caminos, entre bosquecillos de quillayes y en la cima de pequeños cerros, parecen una manada de ovejas paciendo en libertad.

Está rodeada de altos cerros que la encierran, formando como un cajón alrededor de ella. Un río que corre vertiginosamente entre altos peñascos, canta en su costado izquierdo.

Los álamos y el viento dan al paisaje de esta aldea su movimiento y su color y son el carácter de ella. Semejantes a largos chorros amarillos o verdes, según la estación, los álamos, cuando el viento no sopla, inmóviles, parecen ascender en el espacio, agudizándose, dando al paisaje una actitud de recogimiento reflexivo. Pero enseguida el viento hace silbar sobre los cerros su largo látigo azul, y el álamo se estremece y agita, sorprendido, siempre tomado de sorpresa por el primer huascazo del arriero infatigable, haciendo cambiar con su danza de color el aspecto tranquilo del paisaje.

Los habitantes de esta aldea son pobres, y aparte del producto de sus escasas tierras, los que las tienen, la única entrada que reciben proviene del ejercicio de la sola industria que allí se desarrolla: la explotación del bacilo de Koch. Su clima es recomendado a los enfermos del pulmón y de los bronquios y la atención de los numerosos que allí afluyen absorbe la total actividad de sus pobladores.

Mujeres y hombres, generalmente jóvenes, magníficos tosedores, rostros de cera, cuerpos vacilantes, respiraciones fatigosas van a dar allí, después de recorrer las primeras etapas de «la calientita», como el pueblo llama a la tisis, y allí viven, sintiendo sobre ellos los árboles, como vanos frutos caídos de ellos, secándose lentamente, consumidos por la llama gris de la fiebre.

En las callejuelas de esta aldea, los días de semana se ven los mismos rostros macilentos, las mismas parejas, paseando y tosiendo, tomando el sol; los niños que van y vuelven de la escuela, el señor cura, la señorita profesora, el boticario y alguno de estos infatigables correidile de los pueblos chicos, que no trabajan en nada, pero que desarrollan una actividad asombrosa en los más diversos asuntos: ponen inyecciones, organizan veladas teatrales a beneficio de la escuela o de la capilla, atienden la pequeña biblioteca de la aldea y son corresponsales de algunos diarios de la capital.

Caen los días como pesadas peras maduras. El único acontecimiento que anima a veces los rostros y los espíritus es la noticia de la hemorragia sobrevenida a algún enfermo:

—Fulano tuvo tres hemorragias.

—¡Tres hemorragias! ¡Dios mío, ya no se puede vivir!

Al otro día el enfermo grave es bajado a la capital: se muere a las cuarenta y ocho horas y después de un breve comentario, el pueblo y los enfermos recobran su fisonomía habitual, y los días siguen cayendo de las cargadas ramas del tiempo.

Aquella mañana, día domingo, la pequeña estación de la aldea estaba llena de gente a la hora de la llegada del tren.

El domingo es el día en que la aldea vive verdaderamente, el día de la animación y de la novedad, el día de las visitas, de los canastitos con frutas y dulces, de las cartas sentimentales o familiares que manos amigas traen, enviadas por los que no pudieron venir a ver sus enfermos.

Hacía mucho sol, y un viento fuerte y fresco hacía ondear los chales de color de las muchachas. Formando bulliciosas filas, paseaban estas por el andén, charlando y riendo. En grupos aparte, los hombres cuchicheaban al paso de las mujeres.

Entre ellas destacábase Elena Benavides, una muchacha con rostro de virgen española, ojos y cabellos negros.

Elena Benavides padecía una afección a los bronquios: las manifestaciones de su enfermedad reducíanse a una suave ronquera que hacía más graciosa su charla pueril y a una tos seca, que era más bien un carraspeo claro, el carraspeo de los afectados levemente a las vías respiratorias. Esta incipiente enfermedad

durábale desde mucho tiempo y obligábala a seguir un régimen estricto, pues lo obstinado de esos síntomas hacía temer a los doctores que un abandono de la línea de curación hiciera que su afección degenerara en una de esas terribles tuberculosis a la garganta. Como su familia poseía bienes de fortuna, era muy bien cuidada: pasaba el otoño y el invierno en esa aldea y la primavera y el verano en un balneario de cordillera.

Su cara, aunque era bonita, no era lo que impresionaba en Elena Benavides. Era su cuerpo, justo, bien formado, lleno de gracia, ceñido y apretado, que se distinguía y resaltaba entre los vacilantes y delgados de las demás muchachas que allí estaban. A causa de esto, era la que primero atraía, y entre los enfermos que vivían en la aldea ni uno solo había dejado de dar vueltas alrededor de ella, mirándola ansiosamente. Su cuerpo parecía llamar a aquellos jóvenes flacos y pálidos, de ojos ardientes; era como una fruta para esas bocas resecas por la fiebre.

Pero Elena Benavides era una muchacha de pequeño espíritu, infantil y variable, inconscientemente coqueta, y las abejas habían zumbado en torno a esa rosa, concluyendo por mirarla sin acercarse.

Poco antes de la llegada del tren, detrás de las filas de las muchachas, apareció la alta figura de Hernán Pizarro, acompañado de su amigo Perujo González.

Hernán Pizarro atrajo todas las miradas. Era un magnífico tipo de hombre, erguido, bien formado, blanco, ojos y cabellos castaños. Ya la fiebre y la tos habían consumido gran parte de su gallardía, pero conservaba aún el aire y el aspecto de otros tiempos y sus maneras de hombre hecho y derecho.

—Aún eres un esqueleto arrogante —habíales dicho Perujo al salir hacia la estación— y llevas con desenvoltura tu pellejo.

Hernán Pizarro era hijo de un rico hacendado del sur. Su fortuna y su falta de inclinación al estudio, y al trabajo, desviaron su juventud hacia caminos alegres, desparramándola y gastándola en las casas de diversión. Sus días y sus noches habían transcurrido en continua juerga: acompañado de otros jóvenes de su edad y condición, entre los cuales aparecía como un caudillo de la farra y la aventura, recorrían los diversos pueblos de su provincia, en automóvil, en tren o a caballo, vestidos de huasos ricos o de

cazadores, llevando entre ellos mujeres. Tan pronto se veía a Hernán aquí como allá, formando grandes desórdenes, rompiendo a balazos los espejos de los bares o de los salones de baile, pegándole a los infelices guardianes que se atrevían a llamarlo al orden, pagando generosamente las multas, gastos y desperfectos, admirado y amado por todas las pobres mujeres y hombres que giraban alrededor de su vivir de rico heredero provinciano. Hasta que una pleuritis mal cuidada le llevó rectamente hasta la tuberculosis.

Con la enfermedad entrole tardíamente el juicio y con él un desarrollo desmedido del sentimiento. Para llenar sus largos días de enfermedad, dedicose a leer toda clase de libros, novelas, filosofía, crítica, ciencia, todo lo que su hermano menor, un hombretón más alto que él y muy optimista, estudiante de agronomía, enviábale desde la capital.

En ese estado se encontraba cuando conoció a Elena Benavides, que volvía de su temporada de primavera y verano. Cuando Perujo González se dio cuenta de que su amigo se enamoraba de Elena, lo llamó a juicio, diciéndole:

—Ojo al charque, ñato: tú no estás para largos procesos sentimentales y esa muchacha te va a hacer bailar como un trompo. Ahí hay mucho que pajarear, pero esa breva no madurará nunca. ¡Atención!

Perujo González, cuya juventud habíase gastado, aunque de un modo más inteligente, en las mismas actividades que las de Hernán, padecía de una tuberculosis fibrosa que no le causaba grandes trastornos. Contrajo su enfermedad siendo estudiante de leyes; a pesar de los ruegos de su familia, nunca quiso ponerse en tratamiento, hasta que una temporada de diversión dio con él en cama. Apenas se levantó fuese a vivir a un pueblucho de los alrededores de la capital, donde, según él, se mejoraría completamente, pero donde en realidad se empeoró, pues aparte de que el pueblo era muy sucio y estaba lleno de fábricas que viciaban el aire, Perujo pasaba las noches en claro, acompañado de los oficiales de un regimiento de guarnición de allí.

Una noche en el bar del hotel él y nueve oficiales conversaban, cuando en medio de la charla, uno de los militares dijo:

—La otra noche en esta cantina batí un récord.

—¿Sí? ¿Cuál? —le preguntaron.

—Me tomé diecisiete copas de menta.

Los oficiales nada dijeron, pero Perujo González murmuró:

—¡Psh! No son muchas.

El oficial se sintió herido en su amor propio de récordman.

—¿No son muchas? Ahora vamos a ver… ¡Eh, patrón, sirva diecisiete copas de menta a cada uno!

El patrón miró al oficial con una expresión de asombro y de estupidez en el rostro. ¡Ciento setenta copas de menta!

—Vamos, sirva pronto…

Servidas y alineadas en diez claras filas las ciento setenta copas de menta, cada uno se situó frente a una de ellas, y entre grandes gritos y risotadas empezaron a bebérselas pausadamente.

Perujo González recordaba haber llegado, en empate con varios más, hasta la copa decimoséptima, igualando así el récord del orgulloso oficial. Pero este no se dio por satisfecho: era necesario quebrar el récord y establecer una supremacía.

—¡Patrón, otras ciento setenta copas!

Todos reían estúpidamente, hablando y gritando frases sin sentido, aplaudiendo al patrón que volvía a servir.

Pasadas las veinte copas, cada uno habló y cantó para sí mismo y procedió por su cuenta sin importarle un comino la prueba en que tomaban parte y la vecindad de sus compañeros. Total, nunca se supo quiénes fueron los vencedores ni quiénes los vencidos, pues todos quedaron reducidos a un estado lamentable.

Al otro día, los militares, metidos como una estaca dentro de sus uniformes grises, con las botas bien lustradas y con el aspecto de hombres que ni siquiera han visto una copa de menta en su vida, daban órdenes con una voz terrible en el cuartel.

En cambio, Perujo González, entusiasta sin cualidades de resistencia, estuvo ocho días en cama, pasados los cuales arregló su equipaje y se internó en la cordillera, yendo a parar a aquella aldea habitada por campesinos pobres, dueñas de casas de pensión, y tuberculosos.

De su vida de estudiante díscolo, de su cultura literaria y filosófica, de su enfermedad y de sus relaciones con algunos condiscípulos influenciados de ciertas tendencias sociológicas avanzadas, Perujo había sacado un espíritu burlón y amargo, apasionado, implacable en sus juicios sobre las personas y sobre

algunas costumbres y procedimientos sociales. En el fondo era un ser dulce y generoso, excelente amigo y camarada, y con el tiempo seguramente llegaría a ser un buen padre de familia; pero esto no lo mostraba; prefería aparecer como un pequeño filósofo epicúreo, con puntas de cínico.

Hernán Pizarro no habría podido encontrar allí mejor amigo y compañero. Ignorante, como buen provinciano, de ciertos aspectos de la vida espiritual y social, halló en Perujo un maestro inmejorable, charlador gracioso, narrador excelente, justo como un bisturí en sus pinchazos de observación y de juicio. Se completaban y neutralizaban muy bien los dos, pues Hernán Pizarro, a pesar de su juventud agitada que podía hacer creer en una madurez prematura, era un muchacho sencillote, cuya inteligencia no llegaba hasta el dominio de ciertos matices del sentimiento y la ironía, que el puntiagudo Perujo González conocía y manejaba muy bien.

—¿De dónde diablos saldrán tantas mujeres?… Con razón Schopenhauer decía que el mundo está lleno de mujeres… y de judíos…

Piteó la pequeña locomotora en la curva que había un kilómetro antes de llegar a la estación y apareció de improviso en la recta, arrastrando sus seis coches de pasajeros. En los andenes hubo un revuelo nervioso y se mezclaron las masas claras de las filas femeninas con las oscuras de los grupos de hombres matizándose caprichosamente.

—¡El tren!

Voces regocijadas y chillidos de alegría vibraron en el aire: hubo carreras precipitadas, llamamientos y tropezones, y el convoy entró en la estación.

Numerosas cabezas asomaron por las ventanillas.

—¡Oye, aquí!

—¡Allí está!

—¡Delfina!

—¡Recíbeme la canasta!

Bajaron los viajeros y la muchedumbre se ensanchó, desbordándose. Saludos, besos, abrazos; se formaron y se apartaron de nuevo los grupos.

Poco a poco se fue deshaciendo la multitud y al final solo

quedaron en el andén Hernán Pizarro, Perujo, Elena Benavides, Ester y Ema, amigas de ella, y un desconocido que miraba hacia todas partes como desorientado.

—¿Quién será ese traro? —murmuró Perujo.

El hombre, vacilante, no sabía qué lado tomar y miraba atontadamente a las personas que allí estaban, las cuales observaban sus movimientos indecisos. Pareció decidirse al fin; acercose a las muchachas y sacándose el sombrero preguntó dirigiéndose a Elena:

—Señorita, ¿sería usted tan amable que me indicara el camino de la Casa de Salud?

Elena miró de arriba abajo al desconocido: este era un hombre como de veintiséis años, muy bien vestido, blanco, rosado, con un pequeño bigote negro; sus ojos oscuros y grandes miraban con una suave expresión de bondad. Su rostro, en conjunto, no expresaba ni inteligencia ni carácter, pero resultaba simpático, con esa simpatía física que poseen tantos hombres bien vestidos y de bigote negro.

El resultado del examen pareció satisfacer a Elena Benavides, pues contestando con una afectuosa sonrisa a la mirada que el desconocido le dirigía, contestó:

—Sí, señor… Mire, se va usted por esta calle hasta… Pero es preferible que venga con nosotros hasta la plaza; desde allí será más fácil orientarlo.

—¡Oh, agradecidísimo! —contestó el desconocido.

Y poniéndose al lado de las muchachas, se fue con ellas.

A los pocos pasos conversaban ya animadamente, y una cuadra más adelante las muchachas sabían quién era el desconocido y el motivo de su visita a la aldea. Llamábase Alfredo Vicuña y era de familia acomodada. Él trabajaba en negocios de compra y venta de propiedades. Venía a la aldea a visitar una tía enferma, recluida en la Casa de Salud.

Agradable, fino, poseedor de todos esos pequeños recursos que sirven para mantener una conversación que interese a las mujeres, Alfredo Vicuña atraía fácilmente a estas. Además, su traje bien cortado, su sombrero claro, sus guantes y sus polainas impresionaban a aquellas personas que no exigen más de lo que Alfredo poseía.

Así se lo hizo notar Perujo a Hernán, mientras marchaban a unos

cincuenta pasos detrás del grupo formado por el desconocido y las tres muchachas.

En su proceso sentimental con Elena Benavides, Hernán se encontraba en ese período de sensibilidad que precede al enamoramiento definitivo y que está formado por el crecimiento de todas las raíces de la pasión, raíces que vibran al más pequeño roce, produciendo tan pronto la alegría como el dolor, el convencimiento como la duda, la angustia como la plenitud. Debido a esto, la atención que Elena prestó desde el primer momento a Alfredo lo impresionó agudamente.

Perujo, que desde que vio a Alfredo sintió por él una antipatía invencible, iba diciendo, con un dejo de despecho irónico:

—¡Hum! Ahí tienes… ¿De qué me sirve a mí ser inteligente, gracioso sin ser vulgar, de una cultura casi completa? De nada… Viene uno, cualquiera, bien vestido, sabe hacer chistes con las palabras, seguramente tiene automóvil, usa guantes, reloj pulsera, bastón, fuma con boquilla, y con solo esas cualidades exteriores se arranca con todas las mujeres… Elena, Ester, buenas y simpáticas chiquillas, pero nada más. Tienen un alma próxima y soportan la charla de uno sobre las nuevas teorías de la sensualidad y el amor libre, mientras no llega otro con corbata de color y calcetines a cuadritos.

Alfredo Vicuña, después de visitar a su tía y almorzar con ella en la Casa de Salud, situada en la falda de un cerro plantado de eucaliptus, regresó a la aldea buscando la compañía de Elena, con la cual pasó toda la tarde, conversando y paseando alrededor de la plaza. Ester y Ema acompañaron un rato a la pareja formada por Alfredo y Elena, pero viendo que la conversación se transformaba en un diálogo en voz baja entre ellos, los abandonaron, yendo a sentarse al banco donde estaban Hernán y Perujo.

Allí se estuvieron los cuatro, sin hablar, observando a la pareja que pasaba riendo y conversando ante ellos, apreciando, detalle por detalle el avance de aquella repentina amistad. Perujo, contra su costumbre, callaba: habíase dado cuenta de que sus observaciones no hacían sino aumentar el malestar de su amigo. Propuso, para cortar aquel estado de tensión en que se encontraban, dar unas vueltas, pero Hernán se negó. Un rato después, ya entrada la tarde,

pidió que lo acompañaran a su casa.

Cuando se levantó, vaciló como un borracho. La fiebre, que se había ido acumulando lentamente en él, se estiró de pronto como un elástico dando un salto en sus nervios. Desde la puerta de su pensión, situada frente a la plaza, dirigió todavía una mirada a Alfredo y Elena; después, ya en su cuarto, respirando cansadamente y con los ojos iluminados por la fiebre, se acostó. Dejáronlo allí, y se retiraron.

Perujo se fue solo. Se sentía molesto e irritado, lleno de ímpetus y deseos de violencia. De buena gana habría ido a enfrentarse con Elena, a retarla y enrostrarle su mal proceder, y se habría agarrado a golpes con Alfredo hasta hacerle perder su línea de hombre elegante. Pero después esto le pareció ridículo: ni Hernán ni él tenían derecho alguno sobre ella. Se desahogó entonces repasando en su mente todas las malas opiniones que tenía sobre las mujeres y dando puntapiés a los perros que se le ponían por delante.

Cuando Elena y Alfredo se despidieron en la estación, su amistad había avanzado bastante. Se dieron la mano afectuosamente, prometiéndole ella no olvidarlo y él venir a verla todos los domingos.

Esa noche, Hernán Pizarro no durmió. Una fiebre de 39 grados lo mantuvo en vela desde el crepúsculo hasta el alba. Estuvo dos días en cama. Cuando se levantó estaba muy débil. Sus ojos habíanse agrandado y en el fondo de ellos parecía temblar una pequeña llama azul.

Instintivamente se dirigió hacia el banco en que Elena acostumbraba sentarse a tomar el sol. No estaba ella. Se sentó y estuvo mucho rato mirando hacia todos lados, como llamándola. Perujo intentó llevárselo de allí pero Hernán se negó, concluyendo por irritarse cuando Perujo insistió en su tentativa.

—Déjame, no quiero moverme de aquí. No insistas.

Perujo se encogió de hombros y se fue.

Llegó por fin Elena. Venía andando despacio y mirando como distraídamente. Cuando llegó frente a Hernán, su rostro expresó sorpresa y alegría.

—Hernán…

La cara de Hernán pareció abrirse como una flor y se le humedecieron los ojos de alegría. Después de lo que había pasado,

esperaba que ella lo miraría como a un extraño, despectivamente, y, en cambio, la vio venir hacia él afectuosa, risueña.

—Pero ¿qué se había hecho usted? Desde el domingo que no lo veo.

Él inclinó la cabeza, como avergonzado, pues en las palabras de ella parecía haber una intención de reproche. Creía que ella no ignoraba su reciente malestar y hasta teníale un poco de rencor porque no había ido a visitarlo. Por su actitud y sus palabras se dio cuenta de que no había tenido noticias de sus dos días de cama, de que sus suposiciones eran infundadas y sin motivo alguno su rencor.

Como quien confiesa una falta, contestó:

—He estado dos días en cama, enfermo.

—¿Enfermo, Hernán? Pero, por Dios, podía usted haberme hecho avisar.

—Yo creí que Ema le habría contado y que usted lo sabría…

—No he sabido nada, y hasta llegué a pensar que usted había ido a la capital a ver su médico.

—No…

Ella mentía, y mentía porque no daba importancia a lo que había pasado el domingo y a las consecuencias de ello.

Inmediatamente Hernán abordó el tema que le preocupaba. Pero como ella venía preparada, no le costó gran trabajo atenuar y borrar la falta que él le reprochaba. Aquel joven era simpático, agradable, fino, pero no la había impresionado hasta el extremo que él suponía y si demostró ella tanta atención para con él fue porque lo creyó un deber de cortesía y hospitalidad. No era posible abandonar a una persona que no conocía el pueblo, que no tenía amigos en él y que tan amablemente había solicitado su ayuda y su compañía.

Él insistió, hablando precipitadamente, tosiendo y ahogándose, deteniéndose para respirar. Su queja era continua, se pegaba a ella como un mendigo insistente, iba y volvía, febril.

Pero Elena Benavides era fecunda en recursos y artimañas; lo desviaba, lo hacía perderse, hasta que terminó la fatigosa charla del enfermo, saliendo Elena de ella tan limpia de culpa como él de extenuado y deshecho.

Así se avivó y agrandó, por medio de este incidente, la pasión que Hernán Pizarro sentía por Elena Benavides.

—¡Cuidado, ñato! Esa muchacha te va a hacer bailar como un trompo —habíale dicho dos meses antes Perujo González.

En realidad, hasta ese momento no había hecho otra cosa sino rondar despacio alrededor de ella; en adelante, empezaría la danza del trompo, sirviéndole de base para girar, su corazón cansado y sus pulmones desgarrados por el rasguño incesante del bacilo.

—Si tú fueras más hombrecito, más duro, más firme, habrías aprovechado esta oportunidad para liberarte de esa pasioncilla: pero eres fofo, blando y has preferido cerrar los ojos y saltar… ¡Bien! Buenas noches.

Y Perujo, después de su visita de esa noche, salió dando un portazo.

Poco a poco se fue estrechando y apretando el nudo.

Alfredo Vicuña iba todos los domingos a la aldea y pasaba junto a Elena todo el día, paseando por la plaza o por la orilla del río y yendo a veces a ver unas pequeñas cascadas que había cerca de la aldea, que en invierno se helaban, formando en el hielo caprichosos dibujos. Nevaba algunos días y entonces refugiábanse en el hotel en que vivía Elena, donde organizaban juegos de naipes o de damas, charlando al lado de la estufa.

La amistad había pasado ya de los límites de la pura simpatía. Alfredo estaba enamorado. Elena no; le gustaba aquel hombre, como le gustaban tantos otros, sin trascendencia alguna, y le placía que estuviera enamorado de ella.

El día domingo, día de regocijo para Alfredo, era el día de angustia para Hernán. Desde el sábado en la noche empezaba a sentirse mal. El domingo no se levantaba y terminaba el día con fiebre.

—Hoy le sube la temperatura a Hernán —decía Perujo en la mañana.

Y en la noche:

—Ya le está bajando la temperatura; treinta y ocho, treinta y siete cinco, treinta y siete, treinta y seis cinco, treinta y seis… ¡Listo! Hasta el otro domingo.

El día lunes Hernán Pizarro se levantaba temprano. Era necesario ganar terreno, recuperar en una semana lo que Alfredo Vicuña ganaba en un día. Él necesitaba esforzarse más que el otro,

ya que estaba en situación desventajosa. A veces Elena se hastiaba de su charla continua, inagotable y espesa, y aunque hacía lo posible por no demostrarlo y decirlo, él llegaba a darse cuenta. Ya se sabía de memoria a aquel hombre y sus palabras. ¿Qué quería que hiciera? ¿No le bastaba con que le asegurara que entre Alfredo Vicuña y ella no había sino una simple amistad? Y él, avergonzado, viendo su majadería y estupidez, se marchaba con una llama amarga ardiéndole adentro, entre el corazón y los pulmones. En su cama sentía que descendía como en sueños, vertiginosamente, sin llegar nunca al fondo, jadeando, y gritaba en la noche, desvelado, llamando a Perujo González.

Por fin el nudo pareció soltarse, reventando y soltando las apretadas cuerdas.

Inesperadamente Alfredo descubrió que Elena Benavides mantenía correspondencia con un joven de la capital, y no se conformó, como Hernán, con simples explicaciones y excusas ingeniosas. Exigió y gritó, casi la insultó, echándole en cara su falta de franqueza, su coquetería y su frialdad.

«Este me resultó más duro», pensó Perujo cuando Ester contole lo ocurrido. «¡No le afloje, hermano! ¡Agárrela de los hombros y estréllela contra la pared y no la suelte hasta que se lo cuente todo y le pida perdón!».

El resultado fue que Elena se rio de Alfredo y lo despidió, diciéndole que no sabía con qué derecho se atrevía a levantarle la voz.

Cuando Hernán supo esto vibró de gozo y la temperatura le descendió hasta casi más abajo de la normal.

—Va a llegar a cero grado —dijo Perujo.

Esa semana fue la semana de gloria para Hernán: la aprovechó de punta a cabo, gozándola sin perder un minuto.

Pero llegó nuevamente el domingo y los que estaban ese día en la estación a la hora de la llegada del tren vieron bajar de él a Alfredo Vicuña. El dardo estaba demasiado hundido en la carne, más que en el espíritu, para arrancarlo de un tirón, y parecía hundirse más a cada intento de sacarlo.

Con la siguiente indignación de Perujo, Elena recibió a Alfredo hecha toda una sonrisa.

—Y yo que creía que a Hernán no le volvería a subir la temperatura —dijo Perujo.

Se les vio juntos todo el día, aunque no conversando tranquilamente, sino discutiendo ahora, peleando quizás, a juzgar por los ademanes violentos de Alfredo y los movimientos nerviosos de Elena.

Volvieron a disgustarse ese día, y esta vez, definitivamente, pues a una palabra demasiado fuerte de Alfredo, Elena lo trató de imbécil, agregando que la tenía cansada con sus estupideces de palabra y por escrito y que prefería no verlo más.

Al otro día, sabiendo lo sucedido, Hernán dejó su pensión y se instaló en el hotel en que vivía Elena. La hora de su reinado había sonado por fin.

Tres días después, inesperadamente, llegó Alfredo.

—¡La danza, la danza, la danza! —gritó Perujo al verlo bajar del tren.

—¿Qué le pasa a usted? —le preguntó Ema.

—A mí, nada; pero ¿sabe usted lo que va a pasar hoy? Mírele la cara a Alfredo Vicuña.

Ya no era este el hombre elegante de otros días; sus ropas no presentaban la corrección de antes, sus pantalones tenían rodilleras y no traía ni guantes ni polainas. Su rostro estaba demacrado y sus ojos, colorados, como de persona que no ha dormido en muchas noches.

—¡Pero qué cosa horrible! ¿Cómo es posible que esto pueda suceder? Vea usted: dos hombres, dos machos —y disculpe el término excesivamente fisiológico— hechos y derechos; el uno, Hernán, ha tenido tantas mujeres como Elena ha tenido novios, y más aún, y las trataba como a puntapiés; el otro, sano, rico, buen mozo, elegante, por el cual cualquiera otra mujer haría locuras; y los dos, los dos enamorados hasta la estupidez de una muchacha que no entiende que se pueda querer hasta esos extremos, que cree que ellos juegan como ella juega, por pasar el tiempo, por distracción y que lo único que tiene es un cuerpo precioso, y que a pesar de serlo nunca llegará a valer lo que uno solo de esos hombres vale. ¡Señor, apiádate de los idiotas!

Las muchachas abandonaron a Perujo; se estaba poniendo demasiado elocuente.

Durante los días que habían pasado desde el domingo, Alfredo escribió cartas a Elena; ella ni siquiera las abrió y las tenía envueltas en una cinta para devolvérselas.

Llegó hasta el hotel, preguntó si estaba en él Elena y habiéndosele dicho que sí, le mandó decir si quería recibirlo. Elena le envió todas sus cartas, encargando que se le dijera que no podía recibirlo. Alfredo se quedó un momento parado allí, aturdido por aquella respuesta. Después se guardó las cartas y se fue.

A las seis de la tarde lo encontraron en las cascadas, tendido sobre la nieve; se había cortado las venas de la mano. El frío impidió que se desangrara completamente; lo bajaron al pueblo, donde lo curaron y al otro día fue llevado a la capital.

Hernán no supo nada, todos hicieron lo posible para que no se enterara. Él estaba muy feliz con la idea del alejamiento definitivo de su rival. Elena, cuando lo supo, dijo:

—¡Pero qué tonto el hombre!

Al día siguiente, Perujo fue a visitar a Hernán al hotel. Lo encontró más débil y pálido que nunca, pero alegre y animoso. Estaba sentado al lado de Elena, siempre tan bonita y graciosa, envuelta en pieles.

—¿Qué tienes en la garganta? —le preguntó, al notarle una pronunciada ronquera en la voz.

—No sé; pienso ir a ver a mi médico.

—No hables demasiado.

Hernán se sonrió.

—¿Cómo está Hernán? —le preguntó Ester al encontrarlo poco después en la calle.

—Ahí está; tirándole bastoncitos colorados a Elena.

Decía bastoncitos colorados, refiriéndose a la forma y color que el bacilo de Koch presenta al ser tratado con la coloración de Ziehl y mirado al microscopio.

La alegría de Hernán duró muy poco tiempo. A los dos días llegó de improviso la madre de Elena y sorprendió a la pareja en una animada conversación. El aspecto de Hernán asustó a la señora: fue a hablar con el hotelero y preguntó quién era ese joven. Se lo dijeron: era un joven rico, enfermo, muy amigo de su hija.

—¿Pero cómo permite usted que un joven, enfermo grave como ese, esté en su hotel y converse con mi hija?

—Señora —le contestó el hotelero, sin darle importancia al asunto—, este es un hotel y yo no tengo motivos para rechazar a ningún pensionista que acuda a él. En cuanto a que esté muy grave y converse con su hija, ¿qué quiere usted que haga? Si ella no lo impide, mucho menos puedo impedirlo yo.

—Bien; si usted no despide a ese joven, yo me llevo a mi hija de su hotel.

El hotelero se asustó. Elena Benavides era su mejor cliente, pagaba puntual y generosamente sus cinco meses de pensión y apenas daba trabajo. En cambio, Hernán estaba recién venido allí y se podía morir el mejor día. La elección no era dudosa… A pesar de esto, no se atrevió a despedirlo: no tenía motivos para hacerlo.

El médico vino en su ayuda. Llegó al otro día y después de examinar a Hernán le ordenó que se trasladara inmediatamente a la capital a ver a un especialista. Su garganta presentaba una lesión tuberculosa avanzada. Hernán, con el temor que Elena se fuera mientras él estaba ausente, se resistió, pero el médico le dijo que si no lo hacía él declinaba toda responsabilidad. Por otra parte, Elena le aseguró que ella no se movería del hotel.

Bajó a la capital y subió al día siguiente, después de oír de labios del doctor un diagnóstico terrible. Llegó al hotel con los ojos saltados, con una disnea que lo sacudía como una hoja, febril.

En la puerta lo recibió el hotelero.

—Su cuarto ha sido ocupado —le dijo.

—No importa. ¿Y Elena?

—La señorita Elena se fue con su mamá.

—¡Pero cuándo!

—Poco después que usted. En automóvil.

Hernán no habló más. Fue en busca de Perujo y este recorrió todas las pensiones del pueblo buscando una pieza para su amigo. En ninguna parte lo quisieron admitir. Su estado era muy grave y la pensión no podía recibir a un hombre que moriría de un momento a otro, desacreditando la casa. En vista de esto, Perujo se llevó a su amigo a otra aldea cercana, donde encontró pensión en casa de unos campesinos muy pobres, tan pobres, que manifestaron no tener interés en mantener el buen crédito de su casa.

Hernán estuvo quince días agonizando, sin hablar, sin comer, con la mirada fija en un punto lejano. La garganta se le cerró poco a

poco y al respirar le silbaba como una tetera con agua que está empezando a hervir.

Durante estos quince días, Perujo cuidó a su amigo como si fuera una madre, sin dormir, silencioso y pálido, con el pecho lleno de sollozos y el corazón henchido de amargura y rencor.

Todos los días telegrafiaba al hermano de Hernán, dándole cuenta del estado del enfermo. Cuando ya este estuvo muy mal, le telegrafió diciendo:

«Sin esperanza. Venga inmediatamente».

Cuatro horas antes de que Hernán muriera, llegó el hermano trayendo un ataúd que le quedó perfectamente al muerto.

TRES ALEMANES Y UN CHILENO

En la hacienda La Perdida de don Matías Reyes, situada en la Gobernación del Neuquén, Argentina, y en los márgenes del río Limay, era costumbre, cada noche, después de la encierra de los animales y al término de las faenas del día, que se reuniera en uno de los patios de la casa del patrón toda la gente que en ella trabajaba.

Después de la comida, a las nueve, o nueve y media, insensiblemente, y obedeciendo a una costumbre ya clásica, la peonada, los capataces y los hombres que habían arribado en el día a la estancia, de tránsito algunos y otros por diligencias, rumbeaban hacia el patio grande de la cocina, donde don Matías, sentado en su mecedora, los recibía amablemente, ofreciéndoles mate, galleta, tal cual traguito de aguardiente o cualquier golosina dulce o pastel que la cocinera preparara especialmente para ellos y por orden del patrón.

En sillas, en bancas, en los cueros de las monturas gauchas, en cuclillas o tirada sobre sus cuartos, la gente se arrimaba al fogón que ardía en medio del patio, en cuyas brasas hervían varias panzudas «pavas», teteras, esperando ser vaciadas a través de las bombillas de los mates camperos por los labios del paisanaje. Muchas noches, en que la conversación decaía por cansancio de la gente, o por falta de materias, las guitarras hacían el gasto de la reunión y la gente del norte o la del sur y los orgullosos porteños que andaban perdidos en las pampas de la Patagonia rivalizaban en habilidad y en gusto. Milongas de las grandes ciudades, vidalitás gauchas o vidalas salteñas, en las cuales hay una mezcla del melancólico eco del canto boliviano y del argentino, tristes entrerrianos o correntinos, toda la gama y la tonalidad de la música nativa argentina surgía de las gargantas de los cantores y de la caja armoniosa de las guitarras.

En el verano las reuniones se efectuaban en el patio que quedaba frente a la cocina; en el invierno se hacían en la misma

cocina, grande y confortable.

Una tarde de primavera, llegó un hombre joven, alto, delgado, muy mal vestido, que pidió se le diera trabajo en el establecimiento.

Atendido por los capataces de las distintas faenas que se realizaban en la estancia, manifestó no conocer los trabajos del campo. Se le dijo que era indispensable saber trabajar en algo para ser admitido allí. Pidió entonces hablar con el dueño. Se le hizo pasar hasta la casa del patrón, y avisado este de lo que sucedía, mandó que se trajera a su presencia al hombre aquel.

—¿Qué quieres? —le dijo don Matías, después de mirarlo con curiosidad.

—Trabajo, patrón, en cualquier cosa.

—¿Qué sabes hacer tú?

—Sé hacer muchas cosas patrón, pero en el campo no sirve lo que sé hacer.

—¿De dónde eres?

—De Chile, señor.

—¿Y en qué trabajabas allí?

—Allá… Yo soy roto marítimo, patrón. He vivido siempre entre vapores, lanchas y boyas. Sé remar, manejar un güinche, hacer una lingada tan bien como una vieja puede hacer una humita, echarme al hombro un barril de cien kilos; he sido carbonero, aceitador, de todo, hasta pirata —terminó, riéndose.

—Sí —dijo don Matías—, pero aquí todo eso no te sirve de nada. Aquí hay que ser bueno para el caballo, hay que saber esquilar, correr los animales, sembrar, cosechar, en fin, los trabajos propios de una hacienda.

—¿Así es que en una estancia tan grande como la suya no hay cabida para otro hombre más?

—Pueden caber cien hombres más, pero deben saber trabajar. Tú no querrías estar aquí como un mantenido, comiendo sin hacer nada.

—No, patrón; a mí me gusta ganar lo que mastico.

Don Matías estuvo un rato silencioso. El hombre aquel le había caído en gracia y quería hacer algo por él.

—Vamos a ver… ¿tú eres honrado?

—Nunca he estado preso por ladrón.

—¿Eres borracho?

—Tampoco he estado preso por borracho.

—¿Pero has robado o te has emborrachado alguna vez?

—Cuando he robado nadie lo ha sabido, ¿quién va a echar de menos una pieza de seda en un vapor?, y cuando estoy borracho no se me conoce. Soy hombre de confianza, señor. Cuando a mí me dicen: «Luis Alfaro, te encargo esto porque tengo confianza en vos», nunca quedo mal, señor. Soy fiel con los que quiero y me quieren.

—Bueno, te vas a quedar en la casa a mi servicio, para los mandados y diligencias que yo te encargue. Después te enseñaremos a trabajar en algo. Anda a la cocina y que te den de comer. Dormirás en los ranchos. Puedes retirarte. Mañana hablaremos.

Dio media vuelta Luis Alfaro, en actitud de irse, pero la voz de don Matías lo detuvo:

—Oye bien lo que te digo: cuando me hagas algo malo, me robes o te emborraches hasta ponerte insolente, te voy a ir a dejar yo, rebenque en mano, hasta las puertas por donde has entrado ahora.

—No tengo miedo, patrón. Soy muy hombrecito.

Así quedó incorporado a la gente de la estancia La Perdida el chileno Luis Alfaro.

Una noche, como a eso de las diez, en momentos en que la reunión alcanzaba su mayor apogeo, los perros de la estancia, que dormían al lado de la cocina, se levantaron a un tiempo y empezaron a ladrar furiosamente.

—¡Bah! —dijo don Matías—. ¿Qué les pasa? ¡Quieto, Pastor! ¡Cállate, Colorado!

Allá afuera, enfrente del primer patio de la casa, dos manos golpearon llamando y una voz gritó algo que no se entendió. Los perros salieron corriendo.

—¡Che, Pascual! Andá a ver qué pasa y atajá a esos perros, no vayan a morder a alguien.

Pascual, el primer capataz de la estancia, salió corriendo detrás de los perros, haciendo silbar el rebenque para espantarlos.

La reunión quedó en silencio, esperando la vuelta de Pascual. ¿Quién sería? No se había oído el galope de ningún caballo ni el rodar de ningún coche ni la bocina de ningún automóvil. Alguno que andaba perdido, a pie, por esas llanuras, un atorrante tal vez.

Volvieron los perros, ladrando aún, y al rato llegó Pascual.

—¿Quién es? —interrogó don Matías.

—Tres hombres a pie, patrón —contestó Pascual—. Me han entregado esta carta para usted.

—¿Qué te dijeron?

—Nada; parecen mudos.

Abrió la carta don Matías y se agachó para leerla a la luz del fogón. La carta decía:

«Che Matías. Me dijiste hace tiempo que te gustaría dar algunas tierras a hombres extranjeros que quieran trabajar. Ahí te mando tres gringos. Parecen buenas personas. A ver si te entendés con ellos. Tu compadre. Floridor.»

—Es de mi compadre Floridor; me manda tres gringos que quieren tierras para trabajar. ¿Les dijiste que pasaran, Pascual?

—No, patrón.

—Deciles que entren.

Se fue Pascual y volvió al poco rato acompañado de tres hombres que traían grandes bultos en la espalda y que saludaron en un idioma que nadie entendía.

—Parece que saludan. Buenas noches —dijo don Matías y les hizo señas de que avanzaran—. Estos no deben saber jota de castilla. A ver, desocupen unas sillas y ofrézcanselas.

Ofrecieron tres sillas a los recién llegados, los cuales desembarazáronse de los bultos que traían y se sentaron, mirando curiosamente a la gente allí reunida, que los miraba también de hilo en hilo.

—Prendan la luz y les veremos las caras.

Encendieron la luz del patio y a la vista de todos aparecieron los hombres rubios, de ojos claros, muy blanca y rosada la cara. Parecían más o menos de la misma edad todos, aunque uno de ellos, el más corpulento, presentaba un aspecto de hombre ya maduro, pero no porque su rostro estuviera ajado o arrugado, sino porque una cicatriz, que le atravesaba la rosada cara, dábale una expresión de enérgica adultez.

—¡Qué tajo, compadre! —dijo don Matías, mirando a la peonada —. Seguramente no se lo habrá hecho afeitándose.

Soltó la risa la gente, se rio también don Matías y hasta los tres extranjeros sonrieron al ver la alegría despertada por las palabras

del patrón, quien les hizo seña de que lo que llamaba su atención era el tajo que ostentaba el rostro de uno de ellos.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con ellos? No les entendemos una palabra. ¿Serán ingleses?

—No, patrón; parecen rusos.

—Austriacos.

—Alemanes.

—Yugoeslavos.

—Bueno, sean lo que sean, la cuestión es que no les entendemos ni palabra. ¿Qué son ustedes? ¿Ingleses?

—No —dijo con la cabeza el de la cicatriz.

—¿Rusos?

—Alemanes —dijo uno de ellos dificultosamente.

—¡Alemanes! Son alemanes, patrón —dijo un peón.

—¡Bah! Eso lo sabemos todos —dijo otro.

—¡Cállense! Ya están cotorreando. ¿Alguno de ustedes sabe hablar alemán?

Ante la idea de que alguno de los peones allí reunidos supiera hablar alemán, la gente soltó el tufo a reír.

—Yo sé algo de italiano —dijo un arriero.

—Oiga, patrón; el chileno Alfaro debe saber alemán.

Una gran carcajada retumbó en el patio.

—¡Alfaro!

—¡Eh, rotito!

—¿Dónde está el chileno Alfaro?

—Sí, patrón, él ha sido marinero.

—¡Qué va a saber alemán!

El chileno Alfaro, detrás de la rueda que formaba la gente allí reunida, dormía plácidamente, tendido sobre su manta.

Lo despertaron entre risas y carcajadas.

—¡Oye!

—¡Eh, roto Alfaro!

—¡Ja, ja!

El roto Alfaro se incorporó y con los ojos medio cerrados, gritó rabioso:

—Bueno que son… remañosos. ¿No lo pueden ver durmiendo a uno? Déjenme tranquilo.

Se sacudió como si le picaran las pulgas y se acostó nuevamente.

—¡Che, te llama el patrón!

—¡Díganle que estoy durmiendo!

—Che, Alfaro —dijo la gruesa voz de don Matías—, vení para acá.

Se levantó de nuevo Alfaro y avanzó hacia el patrón.

—¿Qué quiere, don Matías?

—Mira, aquí han llegado tres gringos y no les entendemos una palabra. A ver si tú les entiendes algo.

Nueva risa de la peonada.

—¡Silencio!

El roto Alfaro miró un rato a los extranjeros.

—Parecen yonis —murmuró indiferente—. ¿O serán alemanes? —agregó, con un temblor de ternura en la voz.

Y después, en medio del silencio y la admiración de todos, dijo en alemán:

—¿Ustedes son alemanes?

—Sí —dijo en el mismo idioma el hombre de la cicatriz, levantándose.

—¿Alemanes?

—Alemanes —respondieron los tres hombres a un tiempo.

El chileno Alfaro retrocedió sorprendido.

—¡Alemanes! ¡Por la madre!

Se dio vuelta hacia donde estaba don Matías y le dijo:

—Son alemanes, patrón, los gringos que yo más quiero en el mundo; rotos generosos, trabajadores, valientes.

Avanzó hacia los extranjeros y dándoles la mano dijo a cada uno de ellos, en alemán.

—¿Ustedes son alemanes? Yo soy chileno. Donde hay un chileno y un alemán, los dos tienen que ser amigos y quererse como chinos.

Riéronse los extranjeros, mientras la gente allí reunida miraba a los cuatro hombres con asombro y regocijo.

—¿Quién habría de creer que el roto Alfaro sabía hablar en alemán? —gritó uno.

Alfaro se dio vuelta y lo miró despreciativamente.

—¡Qué saben ustedes, rotos ignorantes! —dijo—. Yo me crie a bordo de los vapores alemanes, en Valparaíso. Mi padre era capataz de una lancha en la Compañía de Vapores alemanes y hablaba ese idioma tan bien como yo lo hablo ahora. Desde chico anduve entre

ellos; jugaban conmigo, me daban regalos, me llevaban de un lado para otro de los vapores, me enseñaron a decir en alemán hasta aquello que no se puede decir cuando hay mujeres. Cuando mi padre murió, yo me hice cargo de la lancha y durante muchos años trabajé con ellos. Los ayudé como pude durante la guerra y ninguno lloró más que yo en Chile cuando los ingleses hundieron varios buques de guerra alemanes frente a Valparaíso y en Juan Fernández. Los «deuches» son los rotos más buenos y más generosos del mundo y el chileno Vicente Alfaro los quiere y los ayudará en lo que pueda, aunque él valga menos que nadie.

—Bueno, bueno, no te pongas a hacer discursos. Pregúntales algo.

—¿Qué quiere que les pregunte?

—Primero, dónde diablos le hicieron a ese gringo ese tajo tan grandazo en la cara.

—En la guerra, patrón. Dice que los tres son oficiales del ejército alemán que peleó contra los franchutes y los yonis —contestó Alfaro después de preguntar y recibir la respuesta.

—¿Qué vienen a hacer aquí?

—A trabajar; quieren tierras, agua y buena voluntad. Ellos harán lo demás. En Alemania hay mucha miseria. América es rica.

—¿Saben trabajar la tierra?

—Los tres son hijos de campesinos, muy bien educados. Traen algo de plata y muchas ganas de trabajar.

—Pregúntales si tienen hambre.

—Tienen bastante, patrón. Mírele la cara al jovencito ese, ya se eleva de hambre.

—Pascual, anda a la cocina y dile a Fidelia que prepare algo para estos gringos. Bueno, señores —dijo don Matías, levantándose —, por esta noche se ha terminado la reunión. Será hasta mañana.

Levantose la gente y se dispersó, caminando hacia los ranchos en busca de descanso, comentando de paso los incidentes de la noche y riéndose de la figura que hacía el roto Alfaro hablando alemán.

En la cocina quedaron los tres alemanes, don Matías y Alfaro, quien dio al patrón todos los detalles que este quiso saber respecto a los recién llegados, haciendo reír a los cuatro, hablando en alemán y en castellano.

Corazones sencillos

I. El zorro

La aldea de Los Duraznos está sumida aún en la frescura de la mañana, pues aunque el sol surge ya por encima del cerro que le hace sombra por el oriente, su luz no la alcanza todavía. Viene recién un poco más allá del río. El aire, en la sombra, tiene la nitidez fresca del agua en las tinajas.

Los cerros del frente, sí; están ya sumergidos en la luz y flotan en ella como paquidermos en un río rosado y diáfano. Se adivina que allá el aire está ya tibio y que las grandes rocas empiezan a calentarse, cubriéndose de lagartijas impacientes. Algunos niños, en los cerros, gritan al correr tras los conejos.

La aldea tiene aún un rato de sombra y de frescura y se regocija en ellas como entre altos helechos mojados. A sus pies, el río, crecido con el deshielo, corre, heladísimo.

El cura de la parroquia, que atraviesa a caballo la aldea, la encuentra casi desierta. Solo algunos viejos, que parecen amar, como los niños, la adolescencia azul del día, se mueven lentos por las estrechas aceras. A su paso, el párroco recoge grandes sonrisas desdentadas:

—Buenos días, mi padre…

—Buenos días…

Toda la noche el viento ha soplado por el cajón cordillerano, limpiando la ruta de esmeralda del día; al amanecer se ha detenido de improviso y unas nubecillas blancas, desorientadas, flotan en el espacio, chocando a veces con los cerros, sin saber hacia dónde dirigirse. ¿Quién habrá cerrado las compuertas del viento? La mañana no parece pasar sobre el mundo y crece en el espacio, sobre las montañas, como una gran flor sin tallo.

Pero el tiempo transcurre a prisa y el párroco apresura su marcha. Tiene que recorrer ocho kilómetros; todos los días de fiesta va al próximo villorrio de Las Perdices, que depende de su

parroquia, a decir misa en la pequeña capilla del hotel. Esos días el sotacura lo reemplaza en los oficios sagrados de la iglesia de Los Duraznos.

El caballejo lleva un trote vivo y pronto el cura se encuentra a la salida de la aldea. El campo abre su corazón verde de árboles y chacras y su espacio claro rayado de pájaros. Los cerros, ásperos, velludos de boldos y quillayes, orgullosos de quiscos, detienen al campo, lo encajonan, y el campo, para extenderse, busca las faldas de ellos y se desliza apretadamente por las riberas del Maipo.

Para saltar de una a otra orilla del río, la luz se afirma en las barandillas del puente de cimbra.

Un poco más allá de la última casa de la aldea, donde el camino tuerce bruscamente hacia el cerro, como si quisiera trepar a él, un grupo de hombres y niños detiene al cura. Los hombres son campesinos o arrieros, hombres viejos ya, habitantes de Los Duraznos, y van sin paletó y sin sombrero, calzando estropeadas ojotas; la mayoría luce barbas ralas y mal cuidadas, barbas de hombres pobres. Uno de ellos sostiene una carabina en las manos. Los niños son leñadores, maruchos o vagabundos; visten únicamente camisa y pantalón; todos descalzos; dos o tres llevan sombreros deformes, viejos, sin cintas, recogidos en cualquier parte y demasiado grandes para sus pequeñas cabezas greñudas. Son de color moreno, tostados, hombres y niños.

Haciendo círculo, miran hacia el suelo y conversan con animación; de vez en cuando una risotada de niño se eleva como un pájaro asustado. Cuando el cura se acerca, el círculo se abre despacio y el párroco ve, extendido en el suelo, el cuerpo pincelado de amarillo y negro de un zorro. Un tiro de carabina, atravesándolo, le ha hecho dos agujeros en el enjuto cuerpo. Dos perros blancos, sentados, parecen velarlo.

—¿Y ese zorro?

—Está muerto.

—¿Quién lo mató?

—Yo, que salí a cazar conejos, lo acabo de matar ahí, a la salida del bosque —responde el hombre de la carabina.

—¿Y qué hacen ahora?

Nadie contesta; es una pregunta difícil. Por fin un niño, que está en cuclillas junto al zorro, levanta la cabeza y dice, sonriendo bajo

su gran sombrero:

—Lo estamos aguaitando, padre…

Algunos ríen; otros miran al cura, como pidiéndole consejo. No saben qué hacer con el zorro y no se deciden a llevarlo ni a dejarlo. ¿Para qué llevarlo? ¿Y cómo dejarlo? Es un problema que no pueden resolver.

De pronto, tal vez en un último estremecimiento de los nervios, el cuerpo del zorro tiene una convulsión; las patas se encogen y se estiran y un calofrío recorre la dorada piel. Un grito de terror sale de la garganta de uno de los niños y el círculo se deshace; los chiquillos huyen gritando y los perros, asustados por el movimiento repentino de los circunstantes, ladran. Uno de los hombres, al retroceder bruscamente, tropieza en el caballo del párroco y grita:

—¡Está vivo!

Pero el terror solo dura un breve instante; todos se detienen y miran desde lejos al zorro. Alguien vuelve a gritar:

—¡Está vivo!

Pero el niño que estaba en cuclillas junto al zorro explica:

—¡No! Si está muerto… Es que como los zorros son tan diablos, este se está haciendo el vivo.

Se rehace lentamente el círculo de cabeza greñudas; el cura reanuda su marcha. El sol ya ha saltado sobre el río y avanza hacia la aldea. En los espinos cantan las cigarras. En los cerros del frente los árboles parecen estar suspendidos en el aire; se ve el espacio limpio, transparente, destacando cada rama, cada piedra, cada pájaro. Un águila, dorada de luz, atraviesa volando de un cerro a otro y su sombra se desliza por el suelo de la quebrada, vertiginosamente, como otro pájaro silencioso, inmaterial.

II. El niño muerto

El camino abandona la sombra y entra en la luz; una oleada de tibieza baña al caballo y al cura. Los pájaros cantan a desgañitarse; gorjean los chirigües, murmuran las tencas, arrullan las tórtolas cordilleranas, se quejan de su orfandad los chincoles, silban y aplauden las perdices. La atmósfera está elástica, vibrante, azul y oro.

De vuelta de la falda del cerro, el camino se dirige al río,

cruzando la línea del ferrocarril. Una vertiente de aguas claras se desangra en el río de aguas turbias. Algunos sauces humedecen en el agua la extremidad de sus ramas flexibles.

Durante gran trecho, el camino se empeña en acompañar al río. Hay una gran soledad dorada sobre el mundo. De pronto, el río y el camino parecen ponerse de acuerdo y tuercen violentamente hacia la izquierda; aparece, entonces, en la margen contraria, un rancho; una reducida chacra lo circunda; algunas cabras balan en un corralito hecho de piedras y de ramas de espino. El cura se detiene frente al rancho y mira; no hay nadie.

Pero, sí, hay alguien; hay un hombre sentado a la sombra de la ramada y ese hombre parece que estuviera llorando o, simplemente, pensando. Su actitud es de recogimiento y de tristeza. El párroco llama golpeando las palmas y al oír el llamado el hombre se incorpora, ve al cura en el camino y se mueve; desciende un poco, tuerce hacia la izquierda y aparece en la extremidad del puente de cimbra; avanza. Es un hombre delgado, alto, de barba; su ropa es tosca, pobre y le queda corta. Al marchar sobre las gruesas ramas que forman el pavimento del puente, el viento del río lo azota, adelgazándolo más. Con el balance del puente el hombre avanza como bailando. Un perrillo de lanas lo sigue.

En pocos momentos está cerca del cura; es un hombre ya viejo, de cuarenta a cincuenta años; moreno, terroso, de labios secos y partidos, pero erguido y de apariencia sana. Unos ojillos castaños, con reflejos verdes, se mueven entre las pobladas cejas y las pestañas largas, tiesas.

—Buenos días, mi padre —saluda, sacándose el burdo sombrero y levantando hacia el cura su rostro triste. La cabellera es negra, apelmazada.

—Buenos días, José.

—¿Para Las Perdices?

—Sí, para allá voy. ¿Cómo están por tu casa?

—Mal, pues, mi padre —responde el hombre.

—¿Y el niño?

José inclina la cabeza y da una mirada a su alrededor, como si buscara algo; contesta:

—El niño… murió.

En ese momento el caballo, asustado por un movimiento insólito

del perro, da un respingo.

—¡Cómo! —exclama el cura, sorprendido—. ¿Murió el niño?

—Sí, padre; murió el miércoles en la noche.

—¡Y yo no he sabido nada! ¿No vino el médico? Yo le encargué al doctor Torres que viniera.

—Vino; vio al niño y lo encontró malito. Me dijo que fuera a la ciudad a buscar unos remedios que dejó apuntados en un papel; fui yo el martes, los traje y se los di al niño; pero ya era tarde. Al día siguiente…

El hombre vuelve a inclinar la cabeza y mira al suelo, como buscando algo que ya no ha de encontrar; el cura calla, sobrecogido, y recuerda al niño muerto; era ya grande, doce o trece años, delgado, moreno, alegre; ayudaba al padre en sus faenas y cuidaba los animales; cuando él pasaba para Las Perdices lo veía en la falda del cerro guiando su hatillo de cabras. Lo saludaba desde lejos:

—¡Eh, padrecitoooo!

Agitaba su chupalla de anchas alas. A veces, cuando a su pasada el niño estaba en el rancho, lo obsequiaba con leche. Eran buenos amigos los dos, y ahora…

—¿Y cómo murió?

—Murió tranquilo, padre; se quedó como dormidito. Ahí en Las Perdices está enterrado.

Un sollozo ronco brota entre la barba de José. ¡Su niño! El único que le quedaba, porque los otros… Uno está en el norte, el otro huyó a la Argentina; era contrabandista. El cura hace un esfuerzo para reprimir el sollozo que hincha su garganta. Se oye el rumor del río. Cantos de pájaros.

—¿Y por qué no me llamaste?

—No tuve tiempo, padre; no atiné a nada. Cuando comprendí que se moría me entró un desconsuelo tan grande…

—¿Así es que el niño murió sin ayuda religiosa?

José no entiende bien la pregunta, pero como la palabra ayuda, le indica vagamente de qué se trata, responde, como avergonzado.

—Yo lo ayudé, padre.

—¿Tú? ¿Y cómo?

—Cuando me di cuenta de que ya se iba a morir, agarré un crucifico de cobre que tiene la Tránsito, lo besé, se lo mostré al niño

y poniéndoselo en el pecho, le dije: «Oye, ñatito, encomiéndate a este Señor que es el único que te puede ayudar en este momento». Me persigné y la Tránsito le rezó. Así lo ayudamos a bien morir…

Una ráfaga del viento salta del río y azota al hombre, al cura, al caballo y al perro, levanta un poco de tierra y muere. El cura tiene los ojos nublados de lágrimas y el corazón parece crecerle en el pecho.

—¿Y tu mujer?

—En la chacra, regando unos almácigos de cebolla.

—¿Está tranquila?

—Llora y se desespera cuando se acuerda de Josecito; pero se conformará poco a poco. ¿Qué hacer, sino conformarse con la suerte? Si supiera uno que llorando…

Y aunque sabe que su llanto no resucitará al niño, llora. El cura se despide. Va triste; espolea su caballo y lo suelta al galope. El perro lo sigue un momento, ladrando; luego vuelve y va hacia su amo que ya atraviesa el puente, donde el viento del río lo azota, adelgazándolo más.

Los pájaros siguen cantando, el río sigue corriendo y la atmósfera está elástica, vibrante, azul y oro.

Nochebuena en Santiago

Mi nombre es Augusto, aunque mis parientes y amigos me llamen Tito, diminutivo que no sé si se debe al cariño que me tienen o a la apreciación de mi corta estatura (digo corta y no baja porque lo considero más exacto; el segundo adjetivo se presta a malentendidos). No soy chileno sino guatemalteco. Vine a dar aquí poco después de abandonar Bolivia, país en el que servía, casi a pesar mío, un cargo de secretario de la embajada de Guatemala. Digo «casi a pesar mío» porque no creo en las embajadas ni en los secretarios y si acepté el puesto fue porque el presidente era mi amigo y prometía trabajar realmente por el bienestar del pueblo. Pero el hombre, imprudente, se puso a hablar de reforma agraria y de nacionalización y los accionistas de las compañías fruteras y de otra índole, accionistas que no viven en Guatemala sino en otra parte, fruncieron el ceño, aunque mejor sería decir que rechinaron los dientes. Intervino un embajador, se puso de acuerdo con algunos militares —digo algunos porque supongo que unos pocos bastan— y el resultado fue el que es de suponer: en Lima, Perú, mirando hacia el oeste, me dije: «México o Chile»; ganó Chile y aquí estoy.

Aquí estoy, con el cuerpo un poco malo, como dicen los chilenos. Es un estado que se presenta al amanecer o al despertar. La expresión es precisa y casi me gusta más que «cruda», como dicen los mexicanos, o «marea», como le llaman otros: dolor de cabeza, boca seca, columna vertebral encogida, disminución del entusiasmo por vivir, tendencia a la inmovilidad y a la horizontalidad, disgusto por los ruidos y las voces, tales son sus síntomas más comunes. Se combate con las mismas armas que lo producen, acto que se llama «componer el cuerpo», *similia similibus curantur*, o con la más absoluta quietud, agua, tiempo y aspirinas. Debería decir que se produce en gran cantidad en los días 2 de enero, 19 y 20 de septiembre, 25 de diciembre, además de los días que siguen a algunas fiestas, movibles o no: San Luis, San Manuel, San Francisco, fuera de una docena o más de otros santos menos

famosos, y no sería exagerado decir que todos los días, a lo largo de este país, amanecen con el cuerpo malo centenares de individuos que el día anterior se festejaron a sí mismos, festejaron a otros o sencillamente se emborracharon porque no pudieron o no supieron hacer otra cosa. Cosa que, según creo, ocurre en todo el mundo por lo cual no hay que alarmarse porque ocurra en Chile.

Hoy, precisamente, es 25 de diciembre, día de calor y cuerpo malo. Tener el cuerpo malo en un día de frío, en julio o agosto, es desagradable, pero tenerlo en un día de calor es mucho peor. Se habla mucho de la Nochebuena, pero no se dice que la tal noche no es eterna, que llega un momento en que se termina la noche y la fiesta y en que el nuevo día surge con su horrible luz. Lo peor es que anoche estuve preso en una comisaría. Preso por curado y por ladrón de zapatos.

Mis antecedentes son honorables, por más que haya sido secretario de embajada. Ya he dicho cuáles fueron las razones que me indujeron a aceptar ese puesto. En este caso, sin embargo, en la acusación de robo, hay algo que me mortificó mucho, que me mortifica todavía: fui acusado de robar «un» zapato, no un par sino uno, usado además, y por más que haya secretarios de embajada que han sido acusados de contrabandear oro o divisas extranjeras, de robarse el *whisky* o de espiar, ninguno, que yo sepa, ha sido acusado de robarse «un» zapato usado.

Cuando emboqué la calle San Francisco vi al borracho y, no sé por qué, me enternecí, aunque parte de esa ternura se debiera al ponche en leche, al vino y a otras bebidas ingeridas durante la noche: estaba más borracho que yo y se encontraba entre dos policías, resistiéndose a que lo llevaran detenido, no resistiéndose violentamente sino con cierta silenciosa y mesurada dureza. Me detuve.

—¿Y por qué… me van a llevar preso? —dijo—. ¿Que no estamos en día de Pascua?

El tono de su voz resuelto era un poco infantil.

—¡Ya, camina! —dijo el carabinero, dándole un tirón.

Me acerqué.

—¿Por qué lo llevan? —pregunté.

Uno de los carabineros me contestó.

—Está curado y metió un alboroto regrande…

—Pero —le dije— hoy es día de Pascua, día de los villancicos, del amor entre los seres humanos, el día en que se celebra el nacimiento del más grande símbolo de fraternidad creado por los hombres de hace dos mil años. Hay que amar y perdonar.

El carabinero me miró como si le hubiera dicho que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, una mirada que me abarcó por entero —cosa que no le costaría mucho—, examinó mi cara y mis ojos y, sobre todo, la boca, y me dijo:

—Es mejor que se vaya, caballero. Usted también está medio chamuscado.

El tirón siguiente echó al borracho contra el muro, el subsiguiente lo llevó hasta la orilla de la calzada, en donde estuvo a punto de irse de bruces; otro tirón lo equilibró. Tirón va y empujón viene, los dos policías y el ebrio iniciaron su marcha hacia la comisaría más cercana, y allá fui yo, perorando, transmitiendo, como se dice vulgarmente, acerca de la Navidad y de su significado. Había llegado el momento de la marea, el momento en que el alcohol ingerido sube con más fuerza hacia la cabeza, y en que el intoxicado, ya cansado, pierde un poco el control de sí mismo. Pasé frente a la calle en que vivo sin darme cuenta de ello. Arrebatado por mi prédica, sollocé un poco, y el borracho, a quien también sin duda le subió la marea, replicó a mis sollozos dando unos gritos tremendos y tirándose al suelo; lo arrastraron y entonces perdió un zapato, un zapato de color, que recogí con riesgo de clavarme en el suelo al agacharme. Las cuadras que siguieron después permanecen aún en la penumbra: zapato en mano, hablando y lanzando uno que otro pequeño grito, pues odio los gritos grandes, observando desde unos metros al zamarreado y a los zamarreadores, seguí por San Francisco.

Por fin, después de un tiempo y un espacio que me parecieron muy largos, percibí que entraba a una zona de fuerte luz: era la puerta de la comisaría. Allí, debajo de una brillantísima ampolleta el borracho me señalaba con una mano y gritaba:

—¡Ese pije me robó el zapato!

Había pasado la marea. Me acerqué, entregué el zapato y pretendí decir a los carabineros que yo…, pero los carabineros no eran los mismos que había visto al embocar San Francisco. Estos no

me conocían. ¿En qué momento se habían cambiado? Lo ignoro. Lo que sé es que fui metido adentro de un tirón y que pasé la noche en un calabozo con el curado roncando a mi lado.

No quedaba mucho de la Nochebuena, pero, por corto que fuese el trozo que restaba, tuve tiempo para olvidar los villancicos, el amor entre los seres humanos y los símbolos de fraternidad.

El niño y el choroy

La bandada de choroyes pasó gritando sobre el rancho de Benito Contreras. Caía ya el sol y el cielo estaba claro y nublado, de modo que había aquí y allá, en el espacio, lugares de sombra y lugares de luz. Al pasar por las partes sombrías, los pájaros se vieron incoloros, grises tal vez; al atravesar los espacios con sol, el verde de las aves resplandeció, sobre todo al volar en dirección oblicua respecto del suelo, verde que se hizo más evidente cuando la bandada, después de girar, voló hacia el gran coihue que se alzaba en el fondo del sitio asignado por la administración a Benito para que hiciera en él lo que pudiera, pues entonces la luz los tomó con las alas extendidas y de frente.

Benito levantó la cabeza y miró: la bandada se abatió sobre el árbol, desapareciendo entre las ramas en medio de agudo griterío. Ahí quedó. Benito inclinó la cabeza y siguió trabajando en sus papas. La llegada de los choroyes constituía para él y su familia un acontecimiento importante, no porque algún miembro de la familia tuviese amor alguno por esos pájaros sino porque esos pájaros venían a entonar un poco la monótona vida económica de la familia, siempre con ganas de comer y siempre con pocas probabilidades de hacerlo de modo siquiera mediocre.

Junto con los choroyes llegaba el otoño, época en que emigran a las tierras bajas, época también de mayor escasez y de mayor depresión para el estrujado hombre de las tierras del sur de Chile.

—Están empezando a llegar los choroyes —dijo esa noche, a la hora de la precaria comida constituida por unas papas con cochayuyo—. Comeremos algunas cazuelitas.

El choroy, como el tricahue y el barranquero, es uno de los loros que nacen en Chile, de los loros de gran tamaño, pues hay otros, catitas y pericos, más pequeños. El choroy, de alrededor de cuarenta centímetros de largo, bastante corpulento, es siempre, aunque de carne un poco dura, un buen plato, plato de comida que viene a animar el flaco menú de la mesa campesina, sin contar con que se

puede venderlos o cambiarlos por algo.

Al día siguiente Benito escrutó el cielo y el paisaje con más asiduidad que de costumbre. El choroy, que durante el verano vive en la cordillera, hartándose de semillas y bayas que puede hallar hasta los dos mil metros de altura, límite al que llega, emigra hacia el oeste en otoño, alcanzando a veces hasta la orilla del mar y llegando, en ocasiones, hasta las islas oceánicas chilenas, como las de Santa María y la Mocha. Benito no perdió su tiempo: grandes bandadas seguían pasando. A veces se detenían en los coihues y ulmos cercanos, y otras se abatían sobre el suelo en busca de alimento, semillas, tubérculos, hasta raíces. Pero, ya estuviesen entre los árboles, donde era casi imposible verlos, ya en el suelo, en donde eran más visibles, o ya en vuelo, su griterío era constante.

—Siempre tan platicadores —pensó Benito, que era de natural silencioso—. Y deben venir gorditos…

En la noche preparó su arma: una vieja escopeta que debía cargar por la boca, echando primero la pólvora y enseguida las municiones, tapando y asegurando todo con la baqueta. El fulminante haría lo demás. El tiro era espantoso y Benito sentía retemblar su cuerpo y dolerle el hombro.

Al día siguiente, luego de cumplir con sus trabajos de la hacienda, y con aire de estratega, recorrió el terreno. El choroy, desconfiado como buen loro, no deja acercarse a nadie a menos de una cuadra: los vigilantes de la bandada, siempre al acecho, dan la señal de peligro y el grupo desaparece en un solo vuelo color verde. Cuando vuela sobre lugares poblados vuela siempre a una altura que pueda preservarles del tiroteo. Era necesario preparar una trampa, un escondrijo. Cortó unas ramas con bastantes hojas, acarreó unos rastrojos y con todo y con la maña y arte que pudo fabricó un cobertizo de no más de un medio metro de altura, suficiente para poder tenderse debajo, escopeta en mano, mirando hacia el coihue grande.

Al otro día, día de descanso, y a media mañana, amarró los perros y advirtió a su mujer y a sus hijos de lo que se proponía: nadie debería ir hacia el sitio y… callado el loro, no gritar, hablar apenas y en voz baja.

Le echó una última mirada a su arma, se metió bajo el cobertizo, levantó el gatillo, puso el fulminante y allí quedó en espera. Todo

dependía ahora de que el jefe de la bandada, de una bandada cualquiera, eligiese aquel lugar y aquel coihue para detenerse a descansar y conversar un poco más. Tenía confianza: en años anteriores había hecho lo mismo y no había salido defraudado; tendría sus cazuelitas.

Esperó largo rato. Pasó una bandada, pero lejos: se oía el rumor de su algarabía. Por fin, y cuando ya comenzaba a sentir que el cuerpo se le acalambraba, vio que una bandada que pasó detrás del coihue, a cierta distancia, viraba bruscamente, dirigiéndose hacia el árbol. El viraje fue repentino, tanto, que pareció dividirse: los que volaban del lado opuesto a la dirección del viraje quedaron un momento como sin dirección; pero reaccionaron enseguida, uniéndose por detrás del grupo. Benito Contreras se encogió, afirmó los codos en el suelo y encañonó el coihue.

El averío llegó rumoroso y se abatió sobre la falsa haya, cuya parte superior se llenó de pequeños movimientos. Serían unas cien aves. Benito supo que sería inútil apuntar a un pájaro dado. Debía disparar, además, inmediatamente, antes de que se asustaran por la presencia del cobertizo o por cualquiera otra cosa, ya que un loro se asusta de todo. Apuntó al centro y arriba y apretó el gatillo.

Salió una inmensa cantidad de humo. A través de la humareda Benito vio que varios bultos se deslizaban por el aire hacia tierra. Soltó el arma, se irguió y corrió, en tanto los perros rompían a ladrar, y la bandada, más conversadora que nunca, emprendía la fuga.

—¡Amelia, ven a ayudarme! —gritó—. ¡Chiquillos, vengan!

La mujer y los tres hijos salieron disparados, mientras los perros, amarrados aún, ladraban como locos.

En el suelo yacían cinco o seis choroyes, inmóviles algunos, moviéndose otros, todos llenos de sangre: rojo sobre verde, casi más rojos que verdes si se agrega el rojo natural de algunas partes de su cuerpo.

—¡Cuidado con los vivos! —advirtió Benito—. ¡Pican refuerte!

Remató a los que aún se movían y revisó con los niños y la mujer los matojos de los alrededores en busca de algún posible choroy herido y escondido. Parecía no haber más; pero uno de los niños, Benito, el segundo, de unos doce años, gritó de pronto:

—¡Papá, aquí hay uno vivo!

Medio oculto entre un arbusto, confundido casi con él, un choroy, caída un ala manchada de sangre, pero de pie todavía, miraba y callaba. El niño se inclinó para tomarlo.

—¡Cuidado, Benito! —gritó el padre.

El grito del padre y el del niño se oyeron al mismo tiempo: de advertencia el primero, de dolor el segundo; el choroy, silencioso ahora, había cogido con su corvo pico el dedo del niño, apretándoselo como con un alicate; el dedo chorreaba sangre.

—¡Loro de porquería! —gritó el padre, furioso, lanzándole un puntapié.

Pero no le acertó y Juan, el mayor, se interpuso entonces:

—No, papá —rogó—, no lo mates; yo lo voy a agarrar, yo sé agarrarlo, yo, yo.

Se sacó la delgada chaquetilla y acercándose al ave la cubrió con ella; luego, con precaución, la tomó. El ave lanzó dos o tres gritos, forcejeó un poco y enseguida, vista la inutilidad de sus esfuerzos, quedó inmóvil.

—Matémoslo mejor —sugirió Benito, luego de mirar el dedo del niño y estirando el brazo hacia el bulto.

—¡No, papá! ¡No lo matemos! —volvió a rogar Juan—. Quiero que sea para mí.

—¿Para qué quieres un choroy? —interrogó desabridamente la madre—. Es un pájaro bruto. No aprende nunca a hablar.

—No importa, mamita —suplicó de nuevo el niño—. Déjemelo.

Fue inútil discutir, y Juan, apretado el bulto contra su pecho, se dirigió al rancho; lo siguió Benito, el hermano herido, apretándose el dedo y echando maldiciones contra el loro. Los demás continuaron registrando la maleza.

Muchas cazuelas de choroy comieron ese año, como en años anteriores, en el rancho de Benito Contreras. Engordaron todos, pues hubo días en que les tocó un choroy por cabeza —había que comerse hoy lo que se cazaba hoy; de otro modo la carne se descomponía— y hasta los perros engordaron. Pero vino la lluvia, una lluvia que duraría seis meses, y los choroyes desaparecieron. Junto con los choroyes desapareció la poca gordura adquirida y tuvieron que volver a la harina y a las papas, en una región en donde lo que hay, fuera de agua y bosques, son animales, rebaños de reses cuya carne está destinada a bocas privilegiadas, que no son

las de los trabajadores de las haciendas ganaderas.

El choroy, bautizado con el nombre de Juan Chico —apelativo que escogió su propietario—, curó de su herida: un perdigón le había atravesado un ala. También curó de su herida el niño picoteado por el loro, pero curó después de sufrir horrores, ya que la herida, más profunda y peor atendida que la del ave, se infectó: el dedo se hinchó, vino la fiebre y hubo que llevarlo a las casas del fundo para que lo sajaran; el resultado fue un odio casi homicida contra el choroy, odio que manifestaba por tal o cual puntapié dado al loro cada vez que podía, y no siempre podía, pues Juan vigilaba; los puntapiés, por lo demás, eran dados con el lado interno de la ojota, lo que no impedía que el choroy sintiera la ofensa y lanzara gruñidos de indignación.

En la primavera, cuando sus compañeros empezaron a regresar hacia la cordillera, ya Juan Chico, bien cuidado por los niños, no se movió. Sin embargo, hubo momentos en que los niños, Juan principalmente, temieron que se uniera a sus compañeros: al ver pasar algunas bandadas, chillando, Juan Chico torcía el cuello y miraba hacia arriba; luego daba saltos sobre el suelo, como si algo lo impulsara a emprender el vuelo y algo se lo impidiera. Finalmente, la excitación fue tan grande que Juan Chico levantó el vuelo, pero quizá no tenía ya la fuerza de antes en las alas o quizá no era tan grande su deseo de unirse a sus camaradas; lo cierto es que fue incapaz de alcanzar a la bandada y que, dejado muy atrás, terminó por regresar al rancho. Fue su única tentativa. Allí quedó, agregado a la familia de Benito Contreras, peleando con los perros, siguiendo a los niños y dando alaridos de terror cuando alguien llegaba al rancho con una escopeta.

HABLO DE MIS CUENTOS

Manuel Rojas

Nací en Buenos Aires, Argentina, en la calle Combate de los Pozos, hijo de Manuel Rojas Córdoba, santiaguino, y de Dorotea Sepúlveda González, talquina. El 29 de abril de 1912, después de atravesar a pie la cordillera de los Andes, llegué por segunda vez a Santiago. El primer viaje lo hice cuando tenía cuatro años; en el segundo ya tenía dieciséis. Durante el verano de ese año trabajé en Las Cuevas y al bajar a Mendoza dejé allí algunas ropas; tuve que volver a buscarlas. La compañía del Ferrocarril Transandino, para el cual iba a trabajar durante el invierno que se venía, en la estación Las Leñas, me negó el pasaje; no pude presentar nada que certificara mi identidad y mi nuevo contrato de trabajo; no estaba yo en condiciones de pagarme el viaje, pues había gastado el dinero en comprar ropas para invernar, y la alternativa fue volver a pie o perder un colchón y dos frazadas, una fortuna para un obrero ferroviario, sobre todo en la cordillera. Decidido a caminar, pensé que debía aprovechar el esfuerzo y continuar hasta Chile. Si iba a caminar ciento setenta y cinco kilómetros, ¿por qué no caminar setenta y cinco más y llegar hasta Los Andes? Necesitaba ganarme la vida y a un obrero le da lo mismo ganársela en Argentina o en Chile. Por lo demás, este país me atraía mucho. Mi madre me había contado muchas historias sobre su tierra.

Me uní a dos anarquistas chilenos que volvían a su patria y un poco a pie y otro poco escondidos en un tren de carga subimos hasta Las Cuevas. Recogí mis dos frazadas, dejé el colchón a un amigo chileno, recogí también al chileno Laguna, que manifestó deseos de irse conmigo, y seguimos. (El amigo chileno llegó en su oportunidad a Santiago, con el colchón prestado).

En Mendoza había conocido a varios anarquistas chilenos que llegaron a la Argentina huyendo del proceso conocido como el Proceso de la Sociedad de Oficios Varios, una entidad obrera anarcosindicalista; entre ellos estaban Teodoro Brown y Víctor Garrido, peluqueros, muertos ya los dos. También han muerto los que se fueron conmigo y los otros que conocí en Mendoza.

Al llegar a Chile sabía enmasillar y pintar y conocía algo del oficio de electricista, pues, en 1910, había trabajado en Mendoza en la iluminación que se hizo en la ciudad con motivo del Centenario de la Independencia. En Santiago viví, durante un tiempo, en la peluquería que Teodoro Brown y Víctor Garrido, que en Mendoza disfrutaron de la hospitalidad que les ofreció mi madre, mantenían en un barrio obrero de la ciudad. Al cabo de ese tiempo me disgusté con Brown y este me pidió que dejara su casa —era una sola pieza, que daba a la calle—, en un conventillo: allí tenían su peluquería y su dormitorio, oculto tras un tabique de papel.

Durante varios meses vagué de un conventillo a otro, leyendo, trabajando a veces y hablando sin cesar de anarquismo, de literatura, de ladrones, de mujeres, de arte. Algunos de los jóvenes anarquistas de los que me había hecho compañero decidieron convertirse en pistoleros al estilo de Bonnot y de Garnier —anarquistas franceses que por esa época se dedicaron a asaltar bancos para ayudar a la propaganda de sus ideas— y sin querer, peor aún, temiéndolo, me vi metido en vastos proyectos de robos de automóviles —ninguno de ellos sabía manejar ni siquiera uno de los tranvías de aquel tiempo— y de atracos a cualquier parte en donde hubiese dinero en cantidades apreciables. El azar, la necesidad de ganarme la vida de modo más inmediato, así como el deseo de vagar, me libraron de tomar parte en la realización de algunos de esos proyectos.

La llegada de mi madre a Santiago (había quedado en Mendoza) enderezó un poco mi existencia; por lo menos, tuve un domicilio estable.

En 1913, a raíz de una reyerta en que quedaron tres hombres heridos, tuve que huir a Valparaíso, en donde trabajé como guardián nocturno en la bahía y enseguida como lanchero. De vuelta a Santiago y tras una temporada de trabajo en un balneario de la costa de Santiago, me encontré con el hombre que me instó a

que, sin pérdida de tiempo, me dedicara a escribir. Leía mucho y hasta había escrito unas correspondencias para el diario *La Protesta*, de Buenos Aires, pero no había pensado en hacerme escritor. Gómez Rojas tenía la manía o la virtud de aconsejar a sus amigos que se dedicaran a trabajos de orden artístico, tuvieran o no tuvieran disposiciones para ello o deseos de hacerlo. (Poco después, al publicar su primer libro, *Rebeldías líricas*, me dedicó uno de sus poemas, tratándome de «bohemio argentino»).

Estimulado por él empecé a escribir poesías y produje las peores que se hayan escrito en el hemisferio sur. Estaba de moda el modernismo, con sus princesas, sus bohemios, sus cielos color violeta y sus tardes grises, y yo, que no tenía cultura literaria y que carecía de espíritu crítico, seguí la moda y hablé de las princesas con un desparpajo no igualado hasta este momento.

> El poeta Gómez Rojas le instó a escribir. Y Manuel Rojas, lápiz en mano, permanecía horas dando forma al primer verso. Agotada la posibilidad de mejorarlo, en otra hoja lo reproducía y comenzaba el segundo. Mientras, había fumado por cuatro. El segundo y los siguientes sufrían afinaciones copiosas. Pulidos, repulidos, copiábalos en otra carilla. Al levantarse, por más que no tuviera sino una estrofa, el alto de páginas era abrumador. Empresa de varias tardes era terminar un soneto. Por suerte, el telégrafo empleaba buen papel, sin letras en el reverso, que podía cogerse de los mesones como bien público.
>
> (José Santos González Vera, *Algunos*, Santiago de Chile: Nascimento, 1950).

Por fin, después de cinco años de esta abrumadora tarea: «El grupo de Los Diez (1918) insertó su soneto "Gusano" en la pequeña antología que prohijara. Era honor grande, sin duda». (Ibíd).

Entretanto, había entrado en relaciones con gente de teatro y el teatro terminó por arrastrarme: era un modo de ganarse la vida y de vagar. Me desempeñé como apuntador y gracias a ello pude comer durante unos años y conocer todo el sur de Chile y casi todo el norte. Con una compañía, finalmente, la de Arturo Mario - María Padín, salí de Chile en dirección a la Argentina. Era en 1922. La

compañía terminó su gira en 1923, en Buenos Aires. Allí me quedé, en mi ciudad nativa, con una mujer nueva, la primera de ellas, y sin trabajo. Era el mes de febrero. Un amigo, que actualmente vive en el pueblo de José Mármol, Modesto Oyarzún Marín, me buscó un refugio en casa de un anarquista (esto está contado en mi novela *Mejor que el vino*) y ahí quedé fondeado, por Triunvirato.

Era yo linotipista, además, y me puse a buscar trabajo. Mientras lo buscaba, el diario *La Montaña* abrió un concurso de cuentos con premios de trescientos, cien y cincuenta nacionales. En ese año el sueldo de un empleado modesto, de un profesor primario, por ejemplo, era de ciento veinte nacionales, y para mí, que no tenía ningún sueldo, aun el premio de cincuenta era atrayente. Decidí presentarme a ese concurso; pero ¿qué escribir? Recordé lo que había vivido: de alguna parte de esa experiencia debería salir el cuento. Escribí «Laguna», un amigo lo copió a máquina y envié el cuento al concurso. Poco tiempo después, todavía cesante, vi en un puesto de diarios un ejemplar de *La Montaña* en que se anunciaban los resultados del concurso. Necesitaba comprar ese diario, pero costaba diez centavos, y diez centavos era todo el capital del que disponía. Si lo compraba, debería irme a pie hasta el lugar en que vivía, distante como una legua; pero, para mí, que había andado, al atravesar la cordillera, cincuenta y dos kilómetros en un día, una legua no significaba nada. Compré el diario y me enteré de que había obtenido el segundo premio: cien nacionales. La legua me pareció una cuadra y media.

Meses después, ya trabajando como linotipista en el diario *La Patria degli Italiani*, la revista *Caras y Caretas* abrió otro concurso. Escribí «El hombre de los ojos azules», lo mandé y me dieron también el segundo premio, quinientos pesos y una medalla de oro. (Por los días que escribí este cuento había leído *Bocetos californianos*, de Bret Harte, y bajo su influencia bauticé a dos de mis personajes con nombres de individuos de ese libro, Kanaka Joe y Pedro el Francés. El escritor chileno Mariano Latorre, también admirador de Bret Harte, descubrió el hurto bastantes años después).

Escribí enseguida «El cachorro» y «Un espíritu inquieto» (el primero se publicó en la revista *El Suplemento* y el segundo en

Caras y Caretas, que me pagaba trescientos pesos por cada cuento), y, ya de regreso a Chile, «El bonete maulino», cuento que junto con los ya citados formó mi primer volumen.

Seguí escribiendo poesías y cuentos hasta bastantes años después, hasta el momento en que la novela me atrajo de una vez y para siempre. Escribí alrededor de treinta cuentos y los escribí en el espacio de tiempo que media entre 1923 y 1934, once años. Mis tres libros de cuentos contienen veintitrés en total. Los enumeraré libro por libro, indicando la fecha de publicación de los libros. *Hombres del sur*, 1926: «Laguna», «Un espíritu inquieto», «El cachorro», «El bonete maulino» y «El hombre de los ojos azules». *El delincuente*, 1929: «El delincuente», «El vaso de leche», «Un mendigo», «El trampolín», «El colocolo», «La aventura de Mr. Jaiba», «Pedro, el pequenero», «Un ladrón y su mujer», «La compañera de viaje». *Travesía*, 1934: «Bandidos en los caminos», «El hombre de la rosa», «La suerte de Cucho Vial», «Canto y baile», «El León y el Hombre», «El fantasma del patio», «Historia de hospital», «Poco sueldo», «El rancho en la montaña». En total, veintitrés cuentos. Los demás se escribieron en años posteriores y ellos son: «Una carabina y una cotorra», «Pancho Rojas», «Mares libres», «Oro en el sur» y «Zapatos subdesarrollados». Dos o tres se perdieron, de seguro por irremediables.

Algunos de los cuentos merecen un comentario biográfico. Empezaré por los del primer libro. «Laguna»: el personaje de este relato era exactamente como está descrito en él y los hechos en que intervino fueron tal cual. Laguna —tal era su apellido—, sin embargo, no murió, por lo menos no murió, si es que ha muerto, y todo hace sospechar que sí, en la forma que el cuento hace suponer. Llegamos juntos a Santiago, desembarcamos del tren en la estación y nos encaminamos hacia el centro de la ciudad. Laguna no traía equipaje alguno y yo traía la maleta de la que hablo en *Hijo de ladrón*. Al despedirnos me pidió, por favor, que le prestara una de las dos frazadas que traía: yo iba hacia una determinada casa y apenas si necesitaría alguna; él iba hacia Las Puertas de Las Condes, punto situado ya casi al empezar la precordillera, e ignoraba si encontraría alojamiento en alguna parte. Me la devolvería apenas pudiera. Encantado de hacerle un favor, ya le había hecho tantos

que lo tenía casi por hábito, le presté la frazada y no vi nunca más a Laguna ni a la frazada. No fue ese, por supuesto, el motivo de que decidiera, en el cuento, hacerlo desaparecer; lo hice desaparecer por exigencia de la composición literaria, más sagrada, para un escritor, que toda una fábrica de frazadas.

«Un espíritu inquieto» corresponde, o responde, a algunas reflexiones sugeridas por la lectura de los *Diálogos* de Platón, sobre todo por el que trata de la inmortalidad del alma. Hay en dicho cuento, sin embargo, una anécdota vivida: la que se relaciona con la sesión de espiritismo. Vivía en Buenos Aires, allá por el 24, Alejandro Flores, actor chileno, galán joven hasta su muerte, y vivía en compañía de Carmen Moreno, mujer bonita y sin grandes pretensiones intelectuales; y esta mujer, instigada por el actor, que había perdido poco tiempo atrás a una hermana suya a quien llamaban Fetiche, dedicaba algunos momentos al espiritismo. Cuando la compañía de la que he hablado llegó a Buenos Aires, ella cantaba algunos cuplés en el teatro Florida —más bien era un teatrito: le llamaban La Bombonera—, situado en la calle del mismo nombre, en un pasaje, el Pasaje Florida. No tardaron en enredarse en amores y en casarse después. También vivía en Buenos Aires en ese tiempo otro actor chileno, Rafael Frontaura, quien trabajó una o dos temporadas con Florencio Parravicini; vivía con una actriz chilena llamada Anna Novella, gran amiga mía. Una tarde, Alejandro y su mujer nos invitaron a tomar té. Fuimos, y a continuación del té nos ofrecieron el espectáculo descrito en el cuento. Rafael era tan incrédulo como yo y aseguró, al final de la sesión, que si Carmen lo dejara sentarse encima de la mesita no habría dios que pudiera moverla. Carmen, por supuesto, no aceptó el desafío. Poco tiempo después se me ocurrió escribir un cuento que contuviese todas o casi todas las reflexiones de carácter metafísico que me suscitó la lectura del *Diálogo* aludido, y como al escribir algo acuden a la mente, por simpatía, todos los elementos que directa o indirectamente tienen afinidad con lo que se escribe, ideas, hechos, sensaciones, reflejos, conscientes o subconscientes, resultó que la sesión de espiritismo y sus personajes principales, estos un poco caricaturizados, se metieron allí. Terminé el cuento, lo envié a *Caras y Caretas*, lo publicaron, me pagaron, y un día que Carmen Moreno viajaba de Mendoza a Buenos Aires por ferrocarril,

le ofrecieron, para entretenerse, una revista, *Caras y Caretas*. Empezó a hojearla y encontró un cuento: «Un espíritu inquieto». Al terminar de leer la escena de la sesión espiritista, dejó de leer y pensó un poco: ella había visto algo parecido o tomado parte en algo semejante. Volvió hacia atrás y buscó el nombre del autor: Manuel Rojas. Sí, aquella mujer era ella. Me rayó de la lista de sus amistades y afectos. No nos vimos nunca más, ni por casualidad, a pesar de que vivimos años de años en la misma ciudad.

«El cachorro» está basado en una historia que se me contó mientras trabajaba en el campamento ferroviario que se describe en «Laguna». Un día vi pasar, en dirección a Las Cuevas, a un hombre joven que llevaba un cayado y que caminaba al lado de las vías del Transandino. Iba adecuadamente vestido, lo que no sucedía con nosotros, cuya vestimenta era de una inadecuación extrema, y marchaba con el aire de la persona que camina para cumplir una función. ¿Quién es?, pregunté. Es un recorredor de la línea, me dijeron, explicándome enseguida qué significaba eso. Agregaron también la historia de su padre. Era todo. Cuando escribí el cuento, agregué por mi parte al sargento y su muerte a manos de Vicente Martínez. («¡Qué sanguinario eres, papá!», me dijo una vez una hija mía a quien explicaba las exigencias de la composición).

«El bonete maulino» no es más que lo que se cuenta allí y es una historia contada por mi madre, como también se dice allí. Agregué el breve prólogo y el relato salió de una vez, como si lo contara ella.

Según decía ella, todo es cierto, excepto detalles que agregué. Bret Harte y otros criollistas son los responsables de «El hombre de los ojos azules», una pura invención.

De los cuentos del segundo libro citado, «El delincuente», de igual título que el libro y el primero que aparece en él, es una historia contada por el anarquista peluquero, Víctor Garrido, de quien ya he hablado. El asunto está tal cual fue recibido, excepto, claro está, lo que yo hube de poner. Del cuento que sigue hay varias cosas que decir. Hace algunos años, en un curso de Literatura Chilena del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, el profesor y los estudiantes dedicaron unas sesiones al estudio de «El vaso de leche». Hicieron un examen completo: cómo estaba escrito, qué características psicológicas y de otro orden tenían los personajes y el ambiente, en qué consiste su valor y qué,

precisamente, le da el toque de ternura que posee. Quisieron fijar el lugar de la acción y desecharon enseguida cualquier parte de Chile: por el año en que se escribió el cuento, 1927, no había en Chile ningún negocio semejante al que se describe ahí; creyeron que podía ser Buenos Aires y se equivocaron y creyeron que el personaje era el mismo autor y se equivocaron también. La verdad es otra: siendo muy joven conocí en Chile a un hombre, también joven, aunque no tanto como yo, a quien sus compañeros llamaban El Negro Nieves. Era anarquista, zapatero de profesión. Su cara y su cabeza denotaban de lejos un origen negro: labios gruesos, pelo rizado, tez de color más oscura que la del chileno medio. La explicación de su tipo podía hallarse al saber que era oriundo del norte de Chile, de las salitreras, región en donde se produjeron, y quizá se producen aún, las más extrañas mezclas y cambios: mulatos, pardos, cholos, chinos, collas, changos, japoneses, negros, han pasado y continúan pasando por allí. El Negro Nieves conoció, entre los anarquistas de Santiago, a algunos jóvenes que se decían partidarios de la acción directa, locución que significa varias y peligrosas cosas, la menos inocente de las cuales es la que se refiere, en el campo anarquista, al hecho de conseguir dinero por cualquier modo, especialmente por medio de asaltos a bancos y otras instituciones que lo tienen o lo manejan. Se supone que ese dinero, aquel dinero, iría a dar a los fondos de los sindicatos anarcosindicalistas. Algunos anarquistas han hecho eso y por eso son recordados con gratitud por sus compañeros, pero otros no lo hicieron, aunque querían hacerlo, y entre ellos están los compañeros de Nieves y Nieves mismo, quien, seguro ya de su destino, abandonó su profesión y se unió a ellos. Pasó más hambre que un perro guacho, y al fin, casi exánime, renunció a los millones que habrían podido pasar por sus manos, y uniéndose a unos obreros que venían a trabajar a la Argentina atravesó a pie la cordillera de Los Andes. Durante algunos años lo perdí de vista.

Después de esos años, un día que viajaba y leía un diario o un libro en un tren que había partido desde Constitución hacia el sur —yo también vivía entonces en la Argentina—, noté, de un modo casi subconsciente, que alguien me estaba observando. Iba sentado de espaldas a la dirección de la marcha del tren y el observador estaba frente a mí, aunque algunos bancos más atrás. Levanté la

cabeza y miré: era El Negro Nieves. No hice ninguna manifestación y continué leyendo mi diario o mi libro, aunque de modo que podía observar sus movimientos. Siguió mirándome y se levantó de su asiento, caminó unos pasos y vino a sentarse frente a mí. No le hice caso, pero unos segundos después me habló:

—Perdone, señor —me dijo—, ¿usted ha vivido en Chile alguna vez?

—¿En Chile? —pregunté a mi vez. Lo siento, no, no he vivido en ese país.

Lo sentí desconcertado y le hablé.

—¿Por qué me lo pregunta? —inquirí.

—Porque… usted me recuerda a una persona que conocí en Chile hace años.

—¿Cómo se llamaba esa persona? —volví a preguntar, provocándolo.

Dijo mi nombre y ya no pude disimular más: me levanté y le di un gran abrazo, diciéndole:

—Sí, Negro, soy yo.

Resultó que vivíamos en el mismo pueblo, Lanús, aunque yo vivía más hacia el oeste, casi frente a la estación y pueblo que por ese tiempo se llamaban Talleres. Estaba casado con una joven española y tenían un niño pequeño. Trabajaba de nuevo de zapatero y parecía que no se sentía feliz, ni siquiera tranquilo. Nos visitamos y nos contamos aventuras que habíamos vivido. Entre las suyas estaba la que sirvió para «El vaso de leche»: le había ocurrido en Montevideo. Después de dos o tres visitas y casi sin quererlo, dejé de verlo. Nunca he sabido qué fue de él y tampoco sé si alguna vez leyó mi cuento, que se publicó en Buenos Aires en el número 1495 de la revista *Caras y Caretas*. El Negro Nieves, como tantos otros amigos, contribuyó con una parte de su vida a mi carrera literaria. Hubo un tiempo en que mis amigos de Santiago se decían entre sí: «No le cuentes nada a Manuel; enseguida hace un cuento».

Ese relato ha contribuido, más que ningún otro de los míos, a la difusión de mi nombre. Ha sido leído por millares de estudiantes chilenos y norteamericanos, en mis libros y en las antologías que los profesores de español que trabajan en USA confeccionan para ganar méritos; lo han estudiado otros tantos millares de estudiantes. En 1942 recibí una revista titulada *American Prefaces*, publicada por

la Universidad de Iowa. Contenía una traducción al inglés de «El vaso de leche» y estaba dedicada así: «*To that sensitive and excellent writer, Manuel Rojas, with the profound admiration of one who would like to be considered a friend*». Firmaba Joseph Leonard Grucci, traductor del cuento. Porque había guerra, porque tenía mucho trabajo, porque algún niño estaba enfermo, nunca escribí para agradecer el envío. Muchos años después envié al señor Grucci un libro mío y entonces le tocó a él callar.

En 1957 visité Tulane University, en Nueva Orleans. El jefe del Departamento de Español, cuyo nombre no recuerdo, me recibió. Preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel Rojas —repuse.

—¿Usted es el escritor Manuel Rojas?

—Sí.

—¿Qué tiene que ver con Manuel Rojas Sepúlveda, cuya visita ha anunciado el Departamento de Estado?

—Resulta que soy el mismo.

—Lo anunciaron con los dos apellidos y no sabía quién era. ¡Pero, hombre, yo aprendí español leyendo sus cuentos, en especial «El vaso de leche»!

Seymour Mentón, profesor norteamericano, no sé si de la Universidad de Kansas, publicó en 1964 un libro titulado *El cuento hispanoamericano*. Es una antología crítica, según él. En los dos volúmenes publica cinco cuentos chilenos de tendencias varias; uno de esos cuentos es «El vaso de leche», considerado como criollista.

Carlos Borcosque, cineasta chileno que fijó su residencia en Buenos Aires y que en esa ciudad murió, me pidió una vez permiso para hacer un cortometraje con el tema del cuento: se trataba de un concurso y me ofrecía no sé qué fabuloso porcentaje. Después de enviarle mi conforme no supe más de él, hasta su muerte. Pero en 1958, en Buenos Aires, me contaron que había hecho el cortometraje, que para animarlo le había agregado otros personajes, entre ellos una «rea», y que no había tenido éxito. Y todo, aquello y esto, porque una vez un hombre, a quien llamaban El Negro Nieves, un día tuvo hambre y una señora española le dio unos vasos de leche y unas galletitas.

«Un mendigo» se debe a algo contado por un anarquista

argentino que llegó a Chile, se enfermó, tuvo que permanecer mucho tiempo en el hospital y al salir y buscar a un compañero fue confundido con un mendigo, tan acabado estaba el hombre. «El trampolín» es un asunto que sucedió y me fue contado por un médico, uno de los dos que figuran ahí. «El colocolo» salió de una superstición que existe en Chile. («*El colocolo* es un ratoncillo muy bravo, anida cerca de las habitaciones, y la persona a quien le bebe la saliva comienza desde ese momento a enflaquecer y a desfigurarse, y concluye por morir si no se logra matar a tiempo al animalejo». Recogido por Julio Vicuña Cifuentes en *Mitos y supersticiones*, Santiago de Chile: Nascimento, 1947). Le agregué algunos detalles tomados de conversaciones con mi madre sobre esa superstición. «La aventura de Mr. Jaiba» es una historia real y me fue contada por el mismo protagonista, un cómico chileno. «Pedro, el pequenero» (el pequén es una empanadita chilena, con mucha cebolla y jugo, pasión de algunos chilenos; si están borrachos, deliran por ella) es nada más que una pura invención mía, aunque tal vez tenga alguna influencia que no podría precisar. «Un ladrón y su mujer» es un relato basado en datos proporcionados por algún amigo. «La compañera de viaje», último cuento de este volumen, está basado en una experiencia personal de mi amigo Adolfo Crenovich, ya desaparecido. Cuando sus hijos leyeron el cuento dijeron que su padre mostraba ahí facetas desconocidas por ellos, pero que no podían ser sino de él.

Los cuentos de mi tercer libro, *Travesía*, son nueve. El primero de ellos, «Bandidos en los caminos», es una historia contada por mi madre. Le agregué lo indispensable. «El hombre de la rosa» es un asunto tomado del folklore chileno. Buscando temas, hallé en un libro del folklorista don Ramón A. Laval, *Cuentos populares chilenos*, la raíz de ese cuento. Eran unas pocas líneas y las transformé en ciento y en mil, procurando respetar y aun aumentar el tono mágico que poseían. En el libro de Laval se titulaba «La rosa de las monjas Claras» y no traía nota alguna que señalara concordancia con algún otro cuento folklórico europeo o americano. Parecía una historia puramente chilena. «La suerte de Cucho Vial» está basado en una partida de póker jugada en la ciudad de Osorno por algunos desalmados, que apostaron como prenda a una mujer. Tenía tono de realidad, el hombre que me lo contó parecía serio y

lo tomé. «Canto y baile» es, absolutamente, una creación literaria, aunque dos de sus personajes, El Maldito Atilio y El Chico Tobías, maleante el primero, punga el segundo, eran personas de mi conocimiento. «El León y el Hombre» está también tomado del folklore chileno y en el mismo libro de Laval. Está contado allí con un lenguaje popular tan precioso y puro, que pensé que también, como «El hombre de la rosa», era netamente chileno. Me llevé una gran sorpresa cuando vi, en la segunda edición, anotada ahora por Alfonso Escudero, O.SA. (es un sacerdote agustino), que el tema tiene una concordancia europea: figura también en *Contes Populaires de Gascogne*, de Jean-François Bladé. «El fantasma del patio» es la versión estricta de una anécdota contada por miembros de la familia de la que fue madre de mis hijos, María Baeza. Algunos de esos personajes viven aún; los demás, la mayoría, han muerto, incluida la María Luisa del cuento, que años después se casó conmigo. El asunto ocurrió en la ciudad de Los Andes. Lo mismo o casi lo mismo sucede con «Historia de hospital», contada por mi entrañable y recordado amigo el médico Juan Gandulfo, muerto hace tiempo en un choque de automóviles. El organizador de la broma fue otro médico, el doctor Hugo Vicuña, famoso por las que emprendía: en cierta ocasión armó una despedida de soltero a un colega que contraía el dulce vínculo, lo emborrachó y cuando lo tuvo borracho, con ayuda de otros perdularios, le enyesó las dos piernas, como si hubiera tenido un accidente. ¡Es de imaginar la cara que tendría el novio al despertar! Se casaba a las 12 de ese día. «Poco sueldo» es un asunto que ocurrió, palabras más o palabras menos, en un gran diario de la capital de Chile. Por fin, «El rancho en la montaña» es una creación basada en el conocimiento de una pareja que vivió hace años en el cajón del río Maipo, cerca de Santiago.

Los demás cuentos, cuatro en total, fueron escritos bastantes años después que los que acabo de examinar. Leyéndolos, se advierte el cambio ocurrido en mi prosa, un cambio que yo llamaría natural, no buscado, no impuesto. Quizá me había desarrollado otro poco, lo que era natural y, naturalmente, escribía de otro modo. «Una carabina y una cotorra», que empieza recién a llamar la atención, es una historia casi toda vivida por mí: Pedro Lira era chileno, amigo de mi madre, y la mujer que figura ahí como mi

madre no es otra que ella misma. Es un cuento autobiográfico, en cierto modo. Transcurrió mitad en Buenos Aires y mitad en Rosario; cuando recién lo publiqué figuraban en él las dos ciudades, pero cuando lo preparé para libro pensé que sería mejor suprimir sus nombres: no aumentaban en nada el valor que podía tener el cuento. «Pancho Rojas» es también una historia vivida, ahora en mi casa; todavía me duele. «Mares libres» no es más que un apólogo de la libertad y de la propiedad común: todo para todos, nada es de nadie. Cuando lo leyó el escritor chileno Mariano Latorre, aficionado a los cuentos sobre pájaros, me dijo: «Está bien. Se conoce que usted conoce los pájaros chilenos, pero no los conoce de propia observación. Además, no debió haber puesto todos los pájaros de una sola vez. Hay que ponerlos de a uno, para que el material dure más. Con su cuento, poniéndolos todos, usted ha jodido el asunto por una punta de años». «Zapatos subdesarrollados» es un asunto que me contó una amiga mía, recuerdos de sus tiempos de visitadora social. «Oro en el sur», el último de estos cuentos, está basado en un relato que me hiciera Julio Ortiz de Zárate, pintor y escultor chileno. Era un episodio de su juventud. Su padre, en efecto, era compositor de valses y otras piezas populares. Su hermano Manuel, pintor, vivió en Francia después y allí murió. Julio murió en Chile.

Mis primeros libros de cuentos encontraron una buena acogida —nunca podré agradecer bastante esa acogida— y tuve una sola objeción, la que sigue: este escritor es literariamente vigoroso, construye bien sus cuentos y sus temas son interesantes; su prosa, sin embargo, carece de estilo. Esta objeción me mortificó durante mucho tiempo, pensé mucho en ella y a veces consulté a los amigos: ¿tengo yo estilo? Me aseguraron que lo tenía hasta prestar, pero pregunté qué era, específicamente, el estilo, y no hallé una explicación clara.

Al escribir mis cuentos, y mis primeras novelas, y aún ahora, nunca pretendí dar a mi prosa algo que pudiera llamarse estilo, en primer lugar porque no sabía qué era estilo y en segundo porque tal cosa no me preocupaba. Procuré usar un lenguaje de acuerdo con la condición del personaje, con el tema y el ambiente, no solo desde el punto de vista narrativo o reflexivo, sino también desde un punto de vista emocional, un lenguaje que lograra transmitir lo que me

dominaba al escribir. Evité siempre el uso de palabras grandilocuentes o altisonantes, arcaicas o retorcidas, exquisitas o exóticas, falsamente filosóficas o pretendidamente originales. Esas palabras no acudían a mi mente ni a mi pluma, por lo menos desde el momento en que me juzgué un escritor con responsabilidad. ¿Constituía el no uso de esas palabras mi falta de estilo o mi falta de estilo residía en que no usaba en forma regular ciertos giros o formas especiales? ¿Era necesario, para tener estilo, usar metáforas? No lo supe y no me preocupaba saberlo. Yo quería contar algo y el deseo de contarlo era superior a una preocupación de lograr un lenguaje de esta índole o de esta otra. Lo único que deseaba era contarlo de manera viva, con un lenguaje directo, fácilmente comprensible. Nunca me propuse deslumbrar a nadie: lo que quería, quizá inconscientemente, porque tampoco me lo proponía, era emocionar, y aun al usar las metáforas que puse en mi novela *Lanchas en la bahía*, mi primera novela seria, lo único que deseaba era ser expresivo.

Esto no significa que tenga la pretensión de haber escrito esos cuentos con el lenguaje que sus temas requerían; de ningún modo; tampoco quiero afirmar que tuviese estilo. Mi lenguaje tiene, en muchos de ellos, sobrada deficiencia; muchas frases están como en el aire y no hay un buen equilibrio en la estructura de muchos párrafos. Al leerlos ahora, sobre todo mis primeros cuentos, tengo la sensación que debe sentir el hombre que, en plena marcha, se le desatan los cordones de los zapatos, y no puedo decir de ellos lo que Flaubert decía de Madame Bovary: «No sé lo que será de esta novela; pero tengo la seguridad de que no tendrá una sola frase floja».

¿Qué ha dicho de mí, como cuentista, la gente, es decir, la gente que escribe? Citaré algunas palabras. En primer lugar, el comentario de Seymour Mentón en el libro ya indicado:

> «El vaso de leche» se distingue de la mayor parte de los cuentos criollos por su visión optimista del hombre y de la vida en general. Aunque el hambre del protagonista cobra relieve en contraste con el oportunismo del atorrante y con la indiferencia del vejete, la bondad de la señora de la lechería remata la generosidad del marinero inglés y del capataz de

los cargadores. Vencida el hambre, el protagonista se duerme «con el rostro vuelto hacia el mar». Es decir, que a pesar de la dureza de la vida marítima, el mar simboliza la creación y el renacimiento del hombre.

La importancia del individuo es muy chilena. La anonimidad del protagonista no le quita en absoluto su valor humano. En este cuento, Rojas no está preocupado por la protesta social; solo quiere analizar lo que siente una persona que está sufriendo hambre. Describe con tanta intensidad los varios momentos críticos para el protagonista que el lector llega a identificarse con este sin conocerlo. En efecto, se sabe muy poco del protagonista. Es joven y delgado, trabajó en un barco, desertó, trabajó con el pescador de centollas y se embarcó ocultamente. Eso es todo. No se saben detalles físicos ni por qué motivos abandonó el hogar. Lo importante es el sufrimiento y la presión ejercida por el hambre sobre la timidez y la vergüenza.

El énfasis en el individuo no quiere decir que el cuento está desarraigado de la realidad. Al contrario, Rojas se esfuerza por crear el ambiente de puerto: los extranjeros (el marinero inglés, el pescador austríaco —no importa que no esté presente— y la lechera española); los vagabundos; los estibadores; los figones, el montón de bolsas, y las luces del muelle y de los barcos. Solo que a diferencia de Mariano Latorre, jefe de los criollistas chilenos, el propósito principal de Rojas no es captar los rasgos distintivos de una región, sino presentar un drama humano dentro de un ambiente realista.

«El vaso de leche» da la impresión de una narración sencilla y directa, sin trucos literarios. Sin embargo, los recursos estilísticos de Rojas son tan valiosos como los de Aguilera Malta o de Juan Bosch. La comparación del hambre con un fuego abrasador da doble sentido al efecto del vaso de leche, de las lágrimas y del mar. De acuerdo con la sencillez de la acción y con la intensidad de las emociones, el estilo de Rojas, muy chileno, se caracteriza por su lentitud. Las oraciones son largas; abundan las construcciones paralelas; y hasta la traducción de las palabras del marinero inglés contribuye a establecer el ritmo lento. Para reconciliar la intensidad emotiva con el ritmo lento, Rojas construye sus oraciones a base de verbos, que a veces adorna en el lugar apropiado con enclíticos. «Se bebió de un sorbo el resto de leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigiose a la puerta». El sentido del ritmo también se percibe

en el uso del pronombre «las» en la frase bimembre «las luces del muelle y las de los barcos».

En cuanto a la estructura del cuento, Rojas rechaza la técnica común y corriente de encuadrar su obra con motivos artísticos. La unidad del cuento se deriva del solo tema del hambre que se liquida al final. De cierta manera, el desenlace feliz se prepara con el comienzo falso. Parece que el autor nos está tomando el pelo al hacernos creer por más de una página que el marinero inglés va a ser el protagonista. Esa picardía de parte del autor no concordaría con un fin trágico.

La primacía del ser humano en «El vaso de leche» marca el fin del criollismo. En Chile, la preeminencia de la vida citadina y el influjo de los inmigrantes europeos han creado una literatura más «antropocéntrica» que la de la mayoría de los otros países hispanoamericanos. Sin embargo, ya para 1945 la reacción contra el criollismo se había hecho general.

(S. Mentón, 1964. *El cuento hispanoamericano*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, Vol. II, págs. 110-112).

En términos generales, puede aseverarse que Manuel Rojas no es solo gran novelista, como ya aceptaron los editores extranjeros que han publicado versiones de su *Hijo de ladrón*, sino también excelente cuentista, y cae dentro de lo posible que los editores acepten asimismo este maestrazgo y en cualquier fecha próxima comiencen a dar sus producciones breves traducidas a los mismos idiomas en que ha sido vertida *Hijo de ladrón* y aun a otros. El despejo para narrar, la sencillez de la psicología de los personajes escogidos, la chistosa amenidad, son valores que no abundan con exceso en el cuento chileno y que el público busca con ahínco. También se da en los cuentos de Rojas algo que conquista la adhesión de los lectores: todos esos relatos parecen vividos, de todos se podría asegurar que son auténticos, ya que en ellos queda a la vista, a poco que se lea, la sinceridad con que fueron observados. No hay trampa, y la emoción corre parejamente desde la pluma del narrador hasta el corazón de quien lee.

(R. Silva Castro, 1961. *Panorama literario de Chile*.
Santiago de Chile: Editorial Universitaria).

Sus cuentos, fuera de sobrios, son vigorosos y fluidos. Teme al comienzo asomarse a través de ellos. Todavía es raro encontrar reflexiones. Le preocupa la acción; quisiera comenzarla en la primera línea; sufre cuando se le escapa una larga página de preámbulo.

Unos son relatos que escuchara a su madre; otros los oyó al doctor Juan Gandulfo, y los demás corresponden a experiencias de su cambiante vida. También ha transformado leyendas o relaciones de gente silvestre.

En su obra intervienen escasas mujeres, pero las que figuran son atrayentes. Pueden exhalar un tremendo suspiro, decir una frase pasional o ahogar en un pañuelo un sollozo, acaso para mantener la armonía entre el cuerpo y el alma. No son mujeres que impongan a sus padres o maridos gastos de botica.

Manuel Rojas es bastante universal en la elección de sus personajes masculinos. Sin embargo, los que se adueñan al momento de nuestra simpatía son sus tipos serios, tal vez por hablar poco e inspirar la confianza de que se podría contar con ellos. En esto, el autor hace prevalecer un rasgo de su naturaleza…

Es en el cuento de este nombre («El delincuente») donde empieza a sentirse el tono denso de Manuel Rojas, en que alternan la indignación y la misericordia.

(J. Santos González Vera, 1950. *Algunos*.
Santiago de Chile: Nascimento).

Waldo Frank llamó a Manuel Rojas «el andariego Sherwood Anderson de los Andes, que ha hecho poesía con lo más real y lo más prosaico». Y en una nota erudita se refiere a la «osmosis cultural iberoamericana», que señaló a propósito de Quiroga.

En verdad, las primeras obras de Manuel Rojas le aseguran un lugar de preferencia en la historia literaria de Chile junto a

Federico Gana y Baldomero Lillo.

(Enrique Espinoza, 1957. Manuel Rojas,
prólogo a *Antología de cuentos*.
Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag).

«Su preparación, el tiempo que estuvo en el colegio, el medio ambiente por él respirado durante su primera juventud, tampoco se dirían los más a propósito para formar no ya un artista, pero ni siquiera un escritor. No alcanzó a estudiar Humanidades. Llegó solo, en un establecimiento de instrucción de Buenos Aires… hasta la cuarta preparatoria. La pobreza lo hizo trabajar pronto en tareas rudas y a los dieciséis años ayudaba a un maestro de obras en plena cordillera, hacía hoyos con sus manos, sujetaba postes de madera que era preciso clavar…

… de toda esta combinación no ha resultado, como parecía lógico, ni un obrero más, huelguista y rebelde, luchador por las reivindicaciones del pueblo, ni un panfletista admirador de Gorki o un narrador turbio de historias truculentas, a base melodramática, con pretensiones ideológico-sociales. Nada de eso. Como para burlarse de los teorizantes literarios y dar un mentís a los psicólogos, la naturaleza ha hecho de Manuel Rojas, en primer lugar, un poeta de la más delicada, de la más exquisita sensibilidad y luego un autor de cuentos y novelas, donde la ternura se apaga en ironía y la observación aguda, tranquila, se prolonga en imaginaciones llenas de gracias. Todavía más, por obra del invisible principio interior del alma misteriosa y omnipotente, no sujeta a leyes conocidas, este hombre, aparentemente condenado a la tosquedad de las formas, ha seguido una línea progresiva de sutil refinamiento y se ha hecho estilista, o ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la perfecta y sencilla naturalidad».

(H. Díaz Arrieta, Alone, 1932.
Prólogo a *Lanchas en la bahía*.
Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag).

Nació cuentista como otros nacen cantantes u oradores.

(Mariano Latorre, 1941. *La literatura de Chile*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires).

Manuel Rojas es el producto más genuino de la época representada por la generación del 20. Interrumpida su formación escolar en plena pubertad, se nutre y compensa esa irregularidad con las enseñanzas que le proporciona su contacto con la vida misma, con los seres y peripecias de fuertes perfiles frecuentados en los diversos oficios que se vio obligado a desempeñar desde niño. Ese material básico fue enriquecido por otros veneros de solvencia igualmente indiscutible: «Conocí —dice el mismo autor—, andando por el mundo, muchos hombres que narraban, en un campamento, en una estación de ferrocarril, en una comisaria, sus historias y las ajenas».

Así, entonces, la producción literaria de Manuel Rojas aparece —tal como en Luis Durand y en Baldomero Lillo— con la categoría del testimonio de un mundo verdadero y fascinante. La cordillera y sus carrilanos andinos, el puerto de Valparaíso y sus estibadores, contrabandistas y vagabundos, el sur patagónico y sus buscadores de oro, el campo del Valle Central y sus bandidos, toda una galería de gentes y un trasfondo de sabiduría humana, que de algún modo acusan la huella de una vida densa y trabajada.

También desde el punto de vista técnico, la obra de Manuel Rojas resume y perfecciona el largo proceso de renovación del relato en Chile, que viene desde las formas regulares, rectilíneas, al modo llano de Maupassant, hasta las modalidades de plástica distorsión expresionista, que tiende a reproducir la multiplicidad de planos con que la conciencia fragua la realidad. El fenómeno así concebido se encauza desde *Hijuna…*, 1934, y *La fábrica*, 1935, de Sepúlveda Leyton; *La última niebla*, 1935, de M. Luisa Bombal; *Aguas abajo*, 1943, *Humo hacia el sur*, 1946, y *La mampara*, de 1946, de Marta Brunet, y culmina en *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas, con lo que el autor asume el rango de líder de la generación renovadora de la tradición criollista.

(Instituto de Literatura Chilena, 1963.
Antología del cuento chileno.
Santiago de Chile: Editorial Universitaria).

Un último agregado: cuando tuve listo mi primer libro, aunque debiera decir mis dos primeros libros, pensé, antes que nada, en publicarlos en Buenos Aires. Era en 1926 y en ese año la única editorial visible, por lo menos para mí, era la Editorial Babel, dirigida por Samuel Glusberg, hoy y ayer Enrique Espinoza. No lo conocía sino de nombre y le escribí, ofreciéndole las obras. Me contestó diciendo que con mucho gusto publicaría esos libros. Una segunda carta mía preguntaba por las condiciones. La segunda de él aseguraba que la editorial no podía dar anticipos ni hacer liquidaciones: trabajaban a pérdida y solo podían ofrecerme doscientos ejemplares. Yo vería qué hacer con ellos. ¿Qué hacer con tanto libro?, me pregunté. Era linotipista de un diario de Santiago y no podría salir a vender libros, más aun: no tenía dónde guardarlos. Recurrí a Eduardo Barrios, el desaparecido autor de *El hermano asno*, y me llevó a conversar con Carlos George Nascimento, editor que me contrató los dos libros, dándome por ellos mil pesos: *Hombres del sur*, cuentos, y *Tonada del transeúnte*, versos. Aparecieron los dos en las postrimerías de aquel año, hace hoy cuarenta y tres de ellos. Y ahí vamos.

Santiago, 21 de marzo 1969